Colección páginas de historia

إثنان

EL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS: LA HISTORIA TRASCENDIDA

Dirección de
Manuel Aragón Reyes
Edición y coordinación de
Manuel Gahete Jurado
Colabora Fatiha Benlabbah

Este libro se encadena, ampliando su dimensión informativa,
con la página web www.lahistoriatrascendida.es

El Protectorado español

en Marruecos: la historia trascendida

Volumen II

Dirección de Manuel Aragón Reyes
Edición y coordinación de Manuel Gahete Jurado
Colabora Fatiha Benlabbah

Eduardo Torres-Dulce Lifante / Bouabid Bouzaid / Enrique Arias Anglés
Josep Lluís Mateo Dieste / Federico Castro Morales / Mustapha Adila
Paloma Rupérez Rubio / José Carlos Mainer Baqué / José Sarria / Vicente Moga Romero
Mohamed Abrighach / Mohamed Bouissef Rekab / León Cohen Mesonero
Abdelkader Chaui / Severiano Gil Ruiz / Said Jedidi / Mohamed Lahchiri
Rafael Martínez-Simancas Sánchez / Carlos Tessainer y Tomasich

Índice

pág. 11
La vertiente cultural e historiográfica

España en Marruecos: una reflexión en el cine
Eduardo Torres-Dulce Lifante
pág. 13

Mariano Bertuchi: la enseñanza del arte patrimonial y moderno
Bouabid Bouzaid
pág. 35

Una mirada al mundo marroquí a través de la pintura española,
desde la Guerra de África (1859-1860) hasta el fin del Protectorado (1956)
Enrique Arias Anglés
pág. 55

El teatro nacionalista marroquí:
escenario de luchas políticas y cambios sociales
Josep Lluís Mateo Dieste
pág. 105

Huellas arquitectónicas de un proyecto transfronterizo:
la identidad andalusí
Federico Castro Morales
pág. 125

Prensa y periodistas del Protectorado español en Marruecos
Mustapha Adila
pág. 155

Las fuentes documentales del Protectorado español de Marruecos:
los pilares de la memoria
Paloma Rupérez Rubio
pág. 175

pág. 199
La vertiente literaria

La huella de Marruecos en las Letras Españolas (1893-1936)
José Carlos Mainer Baqué
pág. 201

La literatura hispanomagrebí en Marruecos
José Sarria
pág. 223

El duelo del *pied-noir:* una reflexión acerca de la representación
del Protectorado en la novela española actual
Vicente Moga Romero
pág. 247

La narrativa breve del Protectorado: los cuentos de Dora Bacaicoa Arnaiz
Mohamed Abrighach
pág. 281

Narrativa marroquí
Mohamed Bouissef Rekab
pág. 303

pág. 349
Los autores y sus obras

Literatura e interculturalidad
León Cohen Mesonero
pág. 351

Restos y recuerdos
Abdelkader Chaui
pág. 365

Uno de los últimos
Severiano Gil Ruiz
pág. 375

Protectorado español en Marruecos: antes de olvidar
Said Jedidi
pág. 397

Rastreando la época en cuatro libros de relatos y una novela
Mohamed Lahchiri
pág. 417

Igueriben noventa años después
Rafael Martínez-Simancas Sánchez
pág. 435

Hijos del olvido
Carlos Tessainer y Tomasich
pág. 443

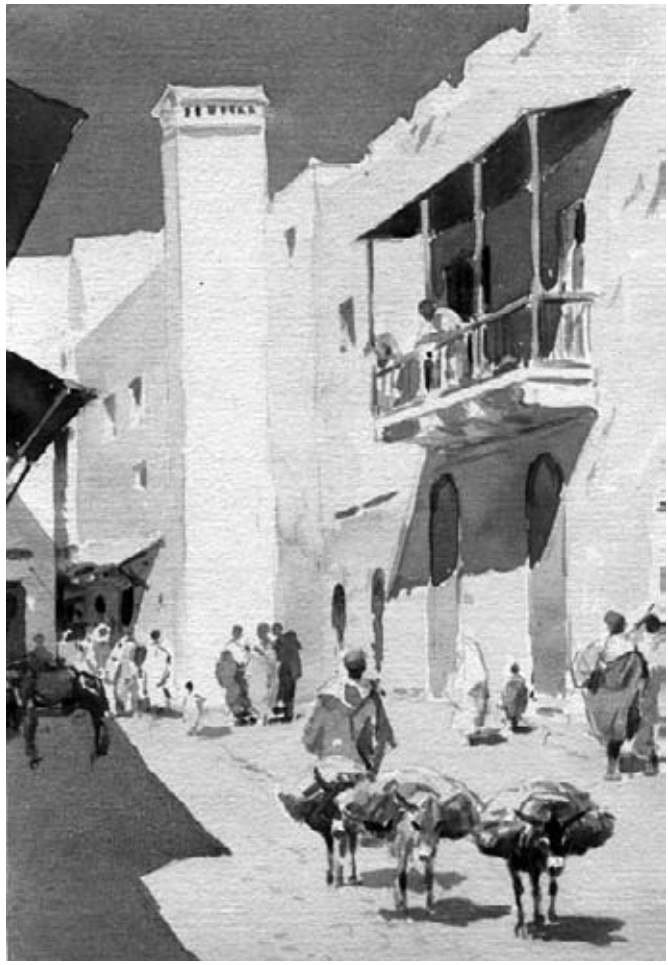


Imagen página anterior:

Mariano Bertuchi Nieto: Calle del Mesdaa, El Trancat, Tetuán

La vertiente cultural e historiográfica

España en Marruecos: una reflexión en el cine

Eduardo Torres-Dulce Lifante

1. Una historia diferente

Cuando uno evoca los nombres y las geografías de Marruecos de finales del XIX y comienzos del siglo XX, enseguida le vienen las imágenes de un decorado cuidadosamente romántico de exotismo, aventura y sensualidad: Legión Extranjera, pasados dudosos, garitos, pasiones, negocios turbios, indígenas sinuosos y europeos inadaptados. Si se evocan ciudades como Casablanca, Tetuán, Tánger, Larache, Fez, Marrakech, el Rif, Annual, Monte Arruit, Alhucemas, no menos referentes de aventura, política, desastres y vidas rotas o sueños imposibles acuden a recibirnos. Libros, películas, cuadros, crónicas viajeras, todo ha servido para describir un enclave geográfico y una realidad histórica, la colonización que Francia y España llevaron a cabo en esa porción del norte de África durante más de medio siglo.

Si lo reducimos —que es el horizonte de este trabajo— a lo que el cine nos ha ofrecido, el bagaje resulta tan extravagante como a veces un tanto desalentador, al menos *a priori*, en cuanto al Protectorado español se refiere. Y es que Marruecos suena a la magnífica y desesperadamente romántica película de Josef von Sternberg, *Morocco*, su título original, en la que con una inolvidable Marlene Dietrich y un seductor Gary Cooper atrapa

el tópico literario del legionario y la aventurera en medio de un decorado *Paramount,* y con un final en la que la Dietrich entregada a Cooper sigue a la tropa legionaria que parece perderse en el horizonte de un desierto *made in Hollywood*.

¿Y qué decir de Casablanca? Posiblemente no exista una ciudad en el mundo que concite tanta decepción cuando se visita como esta ciudad marroquí. La culpa es de una modesta pero ya imperecedera película de propaganda bélica que el estudio Warner fabricó en medio de la Segunda Guerra Mundial. De nuevo un decorado tópico, en este caso Warner, que comprendía básicamente un garito, el *Rick´s Café Americain*, que podía estar en cualquier sitio del Sunset Boulevard, otro, el *Blue Parrot*, *idem*, y un aeropuerto lleno de niebla, para encubrir lo exiguo del plató en el que se rodaba, sirven de *locus facti* de una historia de amor y decepciones, de traiciones y mentiras amorosas, donde *Ilsa* —Ingrid Bergman— descubre que sigue enamorada de *Rick* —Bogart— y este, amargado primero y luego generoso o cínicamente calculador, la devuelve a los brazos de su marido, un brioso luchador antifascista, mientras le pide a *Sam*, su pianista negro, que no toque o, bueno, que lo haga, *As times goes by*, mientras medita si les queda o no París, justo cuando ella vestía de azul y los nazis de gris, y un competidor en el negocio de los *night clubs*, un levantino de fez en coronilla y nombre Ferrari, intenta convencerlo de que el mejor negocio de Casablanca es el comercio de seres humanos o de visas para escapar en el último avión hacia Lisboa, siempre que un superviviente nato, el capitán *Renault,* que cree que el régimen de Vichy va a durar tanto como una botella de agua de esa marca, sencillamente porque comienza a comprender que *La Marsellesa* engancha más que un himno nazi y más si lo dirige un oficial con bigotito de la Gestapo. Así no hay quien pueda, y menos si todo ello lo dirige un astuto húngaro, Michael Curtiz, que habla trabajosamente inglés, pero al que no le importa cómo va a acabar el guion, quién se va a quedar con la Bergman o quién a comenzar una gran amistad. Por eso, viajero, si llegas a Casablanca, olvida cualquier propósito de peregrinación porque todo fue una elaboración brillante de *Las mil y una noches* de la edad de oro del cine clásico. En realidad, la Warner quería que la película se situara en Tánger, la joya del norte marroquí, fascinante ciudad, pero su estatuto de ciudad internacional provocaba sarpullidos en el Departamento de Estado en Washington. Y la memoria de Tánger sigue aún viva para cualquier viajero avisado incluso en los días de hoy que corren ya tan lejanos a aquellos tan evocados por la nostalgia.

Incluso una figura histórica mítica, una suerte de demonio para la memoria colectiva española durante muchos años, la del Raisuni, magnífica-

mente descrita en su antagonismo con esa trágica figura del general Fernández Silvestre por mi amigo Luis María Cazorla en su novela *El General Silvestre y la sombra del Raisuni,* se transforma de la mano de un brillante cineasta y guionista, John Millius, en *El viento y el león*, en un icono de guerrero elegante, sabio, jugador de ajedrez y seductor…, no en vano lo encarna Sean Connery. Millius construyó su película en torno a un hecho histórico. El Raisuni secuestró a una viuda norteamericana y a sus hijos, lo que provocó la ira del presidente Theodore Roosevelt que exigió a "Mrs. Pedekaris viva o al Raisuni muerto", provocando calculadamente un incidente internacional que parecía sugerir la reunión internacional de la bahía de Algeciras que concluiría con el desigual reparto hispano-francés del territorio marroquí. Mrs. Pedekaris es, en las manos de Millius, Candice Bergen; y, de nuevo, el *glamour* bate a la realidad como debe ser en justicia cuando se trata de fabricar aventuras y entretenimiento en Bagdad-Hollywood, porque, de lo contrario, el "califa-espectador" suele cortarle la cabeza al metraje del celuloide.

Cuando se trata de la historia en cine de nuestro Protectorado, la cosecha —sin ser magra— queda a mucha distancia de sus referentes literarios, que, sin ser numerosos ni parcos, alcanzan en algunos casos excelencia narrativa, *Imán*, *La forja de un rebelde*, *Blocao*, *El tiempo entre costuras*, *Doce balas de cañón*, todos ellos material excelente para ser adaptados a la pantalla; y aún lo son más cuando se pasa revista a los hechos históricos, algunos de los cuales —como la carga del Regimiento de Alcántara— habrían hecho las delicias de John Ford por su brava y ejemplar epicidad, extraordinaria e irrepetible.

Solo con pensar que la mejor película sobre la Legión española es francesa —*La bandera*, dirigida por Julien Duvidier— ya dice bastante de cómo el cinema patrio ha logrado con empecinamiento incomprensible rehuir las huellas de una gloriosa historia que, amén de crónicas, cuenta con gestas asombrosas, en muchas ocasiones glosadas por magníficas plumas.

2. Una visión sistemática

Aunque su impacto pueda parecer no muy grande o reducido en ciertos momentos de la actualidad histórica, básicamente los primeros y sangrientos momentos de la presencia española en la zona del Protectorado y sus combates con los rifeños o en la Guerra Civil y la posguerra, lo cierto es que el número de películas rodadas con esta temática en ese periodo y en esa zona no es pequeño. Mohamed Lemrini el-Ouahhabi ha catalogado doscientas trece películas rodadas entre 1909 y 1956.

2.1 Documentos de principios del siglo XX

Las primeras películas que se rodaron sobre el Protectorado español se rodaron en buena medida en Marruecos y suponen un interesante aporte documental. El cine, en su primera vocación, fue documental. Recuérdese a los hermanos Lumière rodando la entrada de un tren en la *Gare de Lyon* o la salida de obreros de una fábrica. Una de las primeras muestras del cine español permite ver a ciudadanos saliendo de misa en la basílica del Pilar en Zaragoza. En Marruecos, lo primero que registra en celuloide una cámara cinematográfica es la realidad que permite fotografiar en movimiento la historia, en ese concepto de noticiario que, en español, se designó casi en un principio como *actualidades*. Como acertadamente señala Alberto Elena son sucesos como los del Barranco del Lobo los que mueven los hilos del interés de los documentalistas a la hora de trasladarse a la geografía dramática del Protectorado y filmar los lugares de esos hechos (Elena: 2002, 15).

Destaquemos *Tetuán* (1908) de Josep Gaspar que, aún en 1920, rodaba *La toma de Xauen* a la que siguen diversos documentales rodados por un excelente pionero, hoy en buena medida olvidado, Ignacio Coyne, del documental español de tan renovado vigor en nuestros días. Desde 1909 Coyne rueda, según señalan algunas fuentes con la ayuda o bajo la indicación del Ministerio de la Guerra, documentales como *La primera y segunda casetas*, *Toma de la caseta Z*, *La vida en el campamento*, *Protección de un convoy de víveres en el puente de los camellos*, *Toma del Gurugú*, *Campaña del Rif* y *Guerra de Melilla*. Algún otro cineasta, como Ricardo de Baños, también sigue esta vena por ese año de 1909 con documentales como *Guerra de Melilla*, *La guerra del Rif*… Todos esos documentales, según cuentan las crónicas, gozaron de una gran popularidad cuando se exhibían en la Península, ya que los sucesos de Marruecos suscitaban notorio interés y las más encendidas controversias, como se puso de manifiesto en la Semana Trágica de Barcelona.

A comienzos de la década de los veinte, por decisión del empresario gallego Isaac Fraga, se inicia un cierto sistema de producción de cine inspirado en lo que acontece en el Protectorado con la serie de documentales titulados *España en África*. Elena cita incluso cómo se desplazó a África como operador el novelista Alejandro Pérez Lugín, cuya novela *La casa de la Troya* se convertiría en un descomunal éxito editorial. Pérez Lugín rodaría *Los novios de la muerte* (1922) y *Los regulares* (1922).

Debe destacarse que el Ejército, principal beneficiado en general tanto de esos documentales como de las películas de inspiración patriótica que abundan en la filmografía de esta temática, apenas dedicó esfuerzos a do-

cumentar sus operaciones o propósitos. Baste citar casi como excepción una serie de documentales, *España en Marruecos*, que ya en fecha avanzada, 1925, bajo el patrocinio del Estado Mayor Central, se consagraron a esas tareas prestando especial atención al desembarco en Alhucemas, a la colaboración entre España y Francia en Marruecos o al popular Tercio de Extranjeros, esto es, la Legión.

Cuando se pacifica el Protectorado, el Ministerio de Guerra planificó un viaje de SS. MM. los reyes por el Protectorado y, al hilo de ello, se filmó un documental, *La paz en Marruecos* (1927) de José Almeida, al que siguieron otros de ese tenor como *Marruecos en la paz* (1928), obra de Rafael López Rienda, un productor y cineasta muy vinculado al cine relacionado con el Protectorado; *Para la paz en Marruecos* (1928) del que es autor uno de los escasos militares metidos en estas tareas cinematográficas, el comandante Tomás García Figueras; y *Marruecos en la guerra y en la paz* (1929), del que es autor Luis Ricart.

Más adelante, y con propósitos meramente turísticos, se filmaron *Melilla* (1929) y *Larache* (1929), que, según Elena, perseguían ser exhibidos en certámenes como las Exposiciones de Sevilla y Barcelona (*Vid*. Fernández Colorado: 1998, 97-110).

2.2. Llega la ficción

El terreno de la ficción debe esperar algunos años más para que, de manera no meramente presencial, pueda desplazar a aquellos primeros momentos de comienzos de siglo en los que los documentales de *actualidades* copaban la producción de películas sobre el Protectorado. En 1921 se estrena en el Teatro de la Comedia de Madrid la película *Por la patria: memorias de un legionario* (*Por la patria y por el rey*), dirigida por Rafael Salvador, cuyos rótulos —estamos en pleno cine mudo— son del ilustre escritor Pedro de Répide. Su argumento anticipa lo que vendrá después con harta frecuencia: un legionario se alista por mal de amores en la Legión y morirá como un héroe redimido en combate africano.

Mucho más interés reviste, porque revela una acción colonizadora rara en el cine que hemos examinado, *Alma rifeña* (*Una aventura en el Rif. Sangre española*), una película de 1922, dirigida por José Buchs, uno de los más interesantes pioneros del balbuceante cine mudo español. La película cuenta, con vagos ecos de *western*, los trabajos arriesgados de unos ingenieros españoles en el arriscado Rif, hostigados y atacados por los indómitos rifeños. El reparto lo encabeza Florián Rey, el actor que luego se convertiría en uno de los grandes cineastas españoles.

Otra muestra del intento del cine español por copiar formatos de éxito norteamericanos lo ofrece *Ruta Gloriosa*, una película de 1925 que dirigió

Fernando Delgado, otro clásico de esos primeros tiempos de nuestro cine. Cuenta en clave de película de aventuras cómo un grupo de oficiales españoles se evade de sus prisiones rifeñas a bordo de un hidroavión. Ese gusto por la aventura se repite de manera un tanto folletinesca mezclando historia y ficción en el argumento de *Águilas de Acero* (*Los misterios de Tánger*) que, en 1926, dirigió el gran Florián Rey con amplia participación de militares de los tres ejércitos: espías que pretenden seducir a aviadores para que se pasen al bando rifeño que dirige el temible Abd-el-Krim, amigos que los protegen y luchan para que no lo hagan, etc., etc.

Melodrama y guerra de África siempre se han llevado bien, y ese es el sustrato de *La Condesa María* (*La Comtesse Marie*) que en 1927 dirigió otro gran nombre del cine español, Benito Perojo. Es una coproducción hispanofrancesa inspirada en la comedia de Juan Ignacio Luca de Tena y adaptada por Perojo cuyo reparto lo encabeza una eminente actriz, Rosario Pino, y en la que cabe de todo, amoríos y embarazo entre noble y plebeya, desaparición en combate africano del joven aristócrata, lágrimas entre suegra noble y abnegada madre soltera, y reaparición *last minute* del joven aristócrata. En esa misma línea se encuentra *Sonrisas y lágrimas* que en 1928, casi al borde de la irrupción del sonoro, ofrece todos los temas del género: el militar amnésico que, rechazado por la familia de la novia, es obligado a casarse en secreto; y, herido en África, logra finalmente la más completa de las felicidades.

Uno de los más grandes personajes de la Historia de España del siglo XIX, el general Juan Prim, fue motivo para José Buchs de una película rodada en 1930, que le permite acercarse al héroe de la batalla de los Castillejos, una de las mayores gestas militares españolas del XIX y precedente casi exacto, aunque victorioso, del enfrentamiento hispano-marroquí que festonearía con gravedad nuestra historia durante el primer tercio del siglo siguiente.

Más clásica es *Los héroes de la Legión* que dirigió y produjo, también en 1927, Rafael López Rienda, muy presente en la producción española de la época y singularmente en este ramo de películas coloniales marroquíes.

2.3. Un cine republicano

El periodo histórico de la República española es uno en los que la historia del cine español empieza a girar hacia una concentración más industrial e interesante que la enorme dispersión del periodo anterior. Ha llegado ya el cine sonoro, desde 1929 en Hollywood, y su llegada convulsiona al mundo más allá de sus fronteras. La pujante industria californiana capta desde el primer momento la importancia estratégica del mercado global, del mercado internacional. Hasta que las leyes *antitrust* de Roosevelt y las

decisiones del Tribunal Supremo de los Estados Unidos se pronuncien sobre su contenido, la influyente industria de Hollywood concibe de manera inevitablemente capitalista el proceso de producción, al modo de las exitosas cadenas de producción que siguen los procesos de fabricación de automóviles en Detroit. Warner, Fox, Metro, Columbia, Universal y Paramount producen, distribuyen y exhiben sus películas. A su socaire nacen los géneros cinematográficos; un creciente e ingente número de películas sale a la luz cada año para poder satisfacer esa completa cadena de fabricación de películas. Sin embargo la diversidad de idiomas se antoja una barrera formidable. El doblaje es una alternativa industrial poco desarrollada y, para un arte industrial esencialmente dirigido a masas populares, la opción de los subtítulos era algo casi inimaginable. La primera solución se revelará a la vez prometedora y a la vez letal para el cine patrio. Hollywood contrata casi masivamente a escritores de teatro; se piensa, equivocadamente, que el dominio de la palabra es cosa exclusiva de la gente de la escena, y de actores y actrices. En Hollywood aparecerán desde Jardiel Poncela —su experiencia será despreciativamente crítica— hasta jóvenes talentosos como Edgar Neville, que abandonará la diplomacia definitivamente, y José López Rubio, el más profesional y persistente en la experiencia. Solo regresará al socaire de la Guerra Civil, Tono, junto con el gran patrón de la escena española, Gregorio Martínez Sierra, cuya comedia *Canción de Cuna* —al parecer fruto de su talentosa mujer María Lejárraga, pese a que el marido cosechara los honores de la autoría— había triunfado en Broadway en la década precedente; y actores y actrices como las talentosas y guapas Catalina Bárcena y Conchita Montenegro. Neville y López Rubio sintonizaron a la perfección con el ambiente y formaron amistades duraderas con gente como Chaplin, Fairbanks... La idea era filmar primero el guion en inglés y reproducirlo posteriormente de manera mimética en otros idiomas. La idea costosa y de dudoso resultado artístico perduró unos años pero, mediada la década, se abandonó por completo.

Mientras que buena parte del talento viajaba a Hollywood, en España se formaban compañías de producción de perfiles modernos como *Filmófono*, regresaban prestigios como Buñuel tras su exitosa etapa parisina, a la vez que veteranos como Florián Rey trabajaban junto a talentos jóvenes como José Luis Sáenz de Heredia. Todo ese espíritu, esos aires de renovación, que mezclaban ideas nuevas —*Tierra sin Pan*, el documental de Buñuel sobre Las Hurdes— junto a comedias castizas —*Don Quintín el amargao*, colaboración de Buñuel con Sáenz de Heredia (el primero salvó la vida del segundo en los albores del conflicto) por citar extremos opuestos—, se los llevó el viento violento de la Guerra Civil.

En el enfebrecido ambiente de creciente confrontación republicana, los asuntos de Marruecos parecen difuminarse casi por completo. Amarrada una paz militar en el Protectorado, apenas nada destacable cabe reseñar —cinematográficamente hablando— en este periodo. Y, sin embargo, en las tierras norteafricanas se anidaba el germen de la sublevación militar de la Guerra Civil, cuyo bando nacional se surtiría del espíritu de los militares africanistas forjados en las luchas coloniales del primer cuarto de siglo.

2.4. Guerra Civil: la lucha por la propaganda

La importante intervención de tropas marroquíes integradas en el ejército de los sublevados provocó durante la contienda civil que el interés sobre tales tropas, y sobre sus costumbres y lugares de origen, se hiciera por primera vez presente en la cinematografía nacional. Es la hora de la propaganda y de mostrar el lado amable de los grandes desconocidos de una filmografía ya extensa.

Algunos de los esfuerzos bélicos del bando nacional durante la contienda tienen que ver con Marruecos. En ellos aparece fuertemente comprometido el alto comisario de España en Marruecos, el fascinante y misterioso militar que fue Juan Beigbeder, uno de los personajes reales de la novela de María Dueñas *El tiempo entre costuras*. Beigbeder había fundado en el mes de septiembre de 1936 la productora *Films Patria* junto con la Falange de Marruecos. De igual manera el brillante y seductor militar está, y de nuevo en compañía falangista, con la Falange de Tetuán, en el origen de tres cortometrajes que, con finalidades propagandísticas, realiza Joaquín Martínez Arboleya. En 1936 se rueda *Alma y nervio de España*. Al año siguiente *La guerra por la paz* (1937); significativamente el negativo se procesa en los Laboratorios Geyer de Berlín, debido en buena medida a las carestías de infraestructuras de producción con las que se enfrentaba el bando nacional y símbolo no solo de la colaboración germana con el bando nacional sino el flujo que, con la brillante industria alemana, se producirá en el seno de la gente del cine franquista. Finalmente, en ese mismo año de 1937, se filma *Voluntad*, el tercero de los mentados cortometrajes. La importancia que Beigbeder otorga al cine en ese momento bélico, y con proyección hacia el papel del Protectorado como significativa y esencial retaguardia del esfuerzo bélico, se pondrá de manifiesto en la inspiración y cuidado con los que planifica otra película, *Romancero marroquí*, a la que me referiré más adelante.

En el bando republicano, aunque de signo contrario, también podemos detectar la presencia de los marroquíes. En ese mismo año de 1937 se produce *Los moros en España*, en la que combatientes marroquíes del ejército

nacional, hechos prisioneros por el republicano, muestran su satisfacción por haber sido liberados de aquel yugo. La Dirección General de Marruecos y Colonias produce, casi al filo del final de la contienda en 1939 —otros autores citan la fecha en 1937—, *Cultos*, dirigida por Juan José Fogues, un documental del que apenas quedan tres minutos de metraje y en el que, al parecer, unos soldados marroquíes, apresados por tropas republicanas, expresan su satisfacción por encontrarse en el seno de un régimen que profesa un gran respeto por la libertad de cultos religiosos.

Al filo del final de la Guerra civil, en 1939, se producen dos interesantes intentos —*Romancero Marroquí* y *La canción de Aixa*— de hacer un cine diferente al que se venía produciendo; un cine que tuviera en cuenta la identidad marroquí, cultural y étnica, de los que vivían y poblaban esas tierras, fruto sin duda de ese espíritu de mostrar a quienes se habían convertido en noticia cotidiana en la zona nacional, los combatientes marroquíes de presencia tan exótica como decisiva en las tareas guerreras (Elena: 1997: 26-29).

La canción de Aixa, que Florián Rey rueda en 1939 en los estudios berlineses, tiene incluso un título alemán; constituye el tímido intento por introducir elementos étnicos marroquíes más allá de referencias puramente tópicas y de género. Teóricamente es una coproducción hispano-alemana, con un ente —la Hispano-Film-Produktion— creado en 1936 y formado expresamente para las películas que, desde 1937, Benito Perojo y Rey rodaban en Berlín, aunque *de facto* parece que era Cifesa la tenedora de la realidad de la producción, rodada en parte en Marruecos, en escenarios naturales de Alcazarquivir, Xauen, Tetuán y Larache, y después en los estudios berlineses E.F.A. Los alemanes aportarán buena parte del equipo técnico como los dos operadores de fotografía, el montador, el encargado del sonido y los decorados. La importancia de la cinta se revela en la presencia de Rey, en estos momentos a la cabeza del prestigio del cine nacional, que firma también el guion basado en una novela de Manuel de Góngora; de un no menos prestigioso Federico Moreno Torroba —en la ficha aparece asimismo un compositor alemán— que se encarga de la música de la película; y de un reparto lleno de primeras figuras que encabeza la mayor de las estrellas del cine nacional, Imperio Argentina.

La sinopsis de la película revela la aplicación de un modelo dramático occidental, capuletos y montescos, *Romeo y Julieta*, a una historia entre marroquíes. La joven y hermosa mestiza Aixa despierta la atención amorosa de dos musulmanes, Abslan y Hamed. Al pertenecer los dos galanteadores a sendas familias encontradas, la rivalidad sentimental cobra un cariz más dramático todavía. Abslam y Hamed son dos primos hermanos

con ideas muy modernas que acaban por poner fin a las rencillas que han separado durante años a sus familias. En un café, Hamed presenta a su primo a la joven bailarina Aixa. Abslam queda prendado de ella al instante, hasta el punto de desatender sus obligaciones de gobierno y le propone matrimonio, pero resulta que Aixa está enamorada de Hamed. Y este, por razones políticas, debe casarse con su prima Zohira. Es claro que la apuesta se inscribe en la citada necesidad de resaltar el elemento marroquí presente en la realidad militar de la Guerra Civil: la película se planifica en el año 1938, se rueda desde octubre de ese año a enero de 1939 y se estrena tras la victoria de Franco en el mes de abril. La cinta gozaría de gran popularidad y sería bien distribuida incluso internacionalmente (Francia, Italia, Portugal, Marruecos y en otros países de África e Hispanoamérica). *La canción de Aixa* estuvo circulando hasta bien entrada la década de los cincuenta. La película es, pues, una operación en principio claramente coyuntural y no puede entenderse, al menos en mi opinión, como el inicio de una apuesta de la industria nacional del cine por un cine autóctono de perfiles marroquíes. Ni el argumento, como hemos visto de origen inequívocamente occidental, ni el reparto, por completo nacional, permiten llegar a otra conclusión.

Un examen de las bases argumentales de la película evidencia el cuidadoso *melting pot* con el que se ha construido. Los dos protagonistas, Hamed (Ricardo Merino) y Abslam (Manuel Luna), son primos y les reúne el deseo de enterrar cruentas y eternas guerras civiles de cabilas; pero, si el primero, vestido con un elegante *smoking* blanco, es la viva imagen del musulmán occidentalizado que ha renunciado a tradiciones y creencias; el segundo está apegado a esas tradiciones seculares y creencias, y su indumentaria militar y su estilo de vida austero lo muestran como firme depositario de lejanas ideas y sentimientos. La iconografía romántica a la española, presente en los decorados, se incrementa argumentalmente con la presencia de Aixa (Imperio Argentina), cuyo origen mestizo, de madre cristiana y padre musulmán, no es naturalmente casual y será el detonante que provoque la larvada pero creciente enemistad entre los primos. El peligro de la mujer que puede desviar los propósitos del hombre, arquetipo de la tesis de la película, es subliminalmente un espejo de los marroquíes que combatían con los nacionales. Recuérdese *Raza*, escrita por Franco, donde se reproducen las dos ideas que encierran los antagonistas de la Guerra Civil española, modernidad sin alma y tradición vigorosa y militar, sin olvidar el caudillaje que desarrolla el personaje de Abslam. Si moralmente se sugiere que Aixa pasará de cantante ligera a devota esposa de aquel tras la derrota de Hamed, el círculo de in-

tenciones de *La canción de Aixa* queda muy clarificado (Fernández Colorado: 2010, 91-104).

Romancero marroquí (1939) tiene otro formato, el del documental con personaje, y persigue a través de una idea-personaje, un joven combatiente marroquí del ejército nacional, describir el país del que viene. Concibe la idea, en 1937, el alto comisario de España en Marruecos Juan Beigbeder, que —como hemos visto— había comprendido con perspicacia la importancia del cine como elemento de difusión de ideas de propaganda (*Vid*. Nicolás: 2004). Para llevarla a cabo se pone en contacto con Enrique Domínguez Rodiño, un periodista gallego que era consejero delegado de los estudios CEA. El periodista se movía bien en asuntos alemanes pues no en vano había sido corresponsal en Alemania durante la Gran Guerra y había fundado en 1935 una productora, la Hispania-Tobis, que en realidad era una filial de la Tobis germana.

El rodaje, supervisado siempre por Domínguez Rodiño, se llevó a efecto en parajes naturales marroquíes y no estuvo exento de peripecias que casi ejemplificaban las características de la guerra civil que evocaba, ya que el director Carlos Velo y el director de fotografía Cecilio Paniagua eran republicanos, lo que provocaba notables tensiones con otros miembros del equipo como Lucas de la Peña que eran notorios franquistas. Velo montó finalmente un primer copión que fue muy del agrado de Beigbeder; y, tras eso y de una forma subrepticia, huyó desde Tánger a París y desde ahí a Barcelona para combatir en las filas republicanas. Velo se convirtió luego en un prestigioso cineasta en el exilio mejicano, obteniendo notables éxitos en el cine documental como lo evidencia *Torero*, que rodó sobre el matador Carlos Arruza.

Romancero marroquí se construye sobre una ficción basada en un personaje real, un campesino, Aalami, de la cabila de Beni Gorfet, que se alista en el Regimiento de Regulares de Larache. El documental recoge las zonas en las que se ha desarrollado su vida, su participación en la Guerra Civil y su posterior regreso triunfal tras el final de la guerra. No hubo manera de encontrar a una mujer que encarnara a Fatma, la abnegada esposa del protagonista, por lo que hubo de recurrir a Tahera, una prostituta de Larache. Los alemanes quedaron fascinados por el material. La fotografía de Paniagua y Torres es brillante como lo es la partitura de Norbert Schultzer, el autor de *Lilí Marlene*, y la editaron para una versión propia, suprimiendo un inevitable y no muy eficaz desfile de flechas navales al filo de la victoria. Aunque *Romancero marroquí* gustó mucho a las autoridades nacionales, su estreno fue casi clandestino. Los tiempos iban cambiando, e incluso se interpusieron, según cuenta Alberto Elena, ciertas tensiones po-

líticas entre las autoridades franquistas y el nacionalismo marroquí en julio de 1938, por lo que fue durante años una película fantasma, hasta que se recuperó, no hace mucho tiempo, en archivos alemanes y marroquíes, el negativo y otros materiales, lo que ha permitido su revisión.

De nuevo y como ocurriera, aunque con muy diferente perspectiva, con *La canción de Aixa*, se trata de utilizar elementos autóctonos marroquíes como referentes para una exaltación propagandística franquista, aunque debe reconocerse que el carácter documental y la ausencia de una intriga romántica occidental dotan de una mayor autenticidad esta singular muestra de cine de una época muy concreta.

3. Posguerra, orgullo patriótico y propaganda

Finalizada la guerra, el afán propagandístico del régimen franquista se inscribe en la voluntad de dar cuenta de los progresos que, merced a la presencia española, se dan en el Protectorado. En esta línea se inscriben cortometrajes como *Tánger* (1940) de Francisco Salas, *España en el Sáhara* (1941) de Manuel Hernández Sanjuán, *Huellas árabes* (1941) de Francisco Narbona, *Covadonga* (1943) de Sabino A. Micón y *Un poblado, un zoco* (1946) del mismo cineasta.

Pero será al inicio de la posguerra cuando el cine de signo patriótico verá a las tropas marroquíes esenciales en el esfuerzo bélico de la guerra y, en el aroma de esas latitudes, inspiración para algunas películas que obtuvieron un éxito rotundo. Todas han padecido en el juicio crítico, aunque su formato técnico sea agradable, el paso del tiempo y las tesis propagandísticas inherentes a las finalidades de los proyectos.

A la cabeza de todas ellas cabe situar sin ningún género de dudas *¡Harka!* (1942), producida por Cifesa, de influencia creciente y posteriormente decisiva entre el comienzo de la posguerra y la década de los sesenta, momento en que los afanes modernizadores del régimen, ejemplificados en la política cinematográfica de Fraga y su director general de cine, el crítico José María García Escudero, primaron el denominado nuevo cine español liquidando *de facto* toda producción de signo contrario, ocasionando un daño irreversible, por sus drásticos planteamientos, a la industria del cine español y cambiando aprecio en taquilla por éxitos en festivales y revistas internacionales

¡Harka! está producida por un cineasta de plena confianza del régimen, Carlos Arévalo, que la produjo y escribió. Protagonizada por algunas de las nacientes estrellas del cine español como Alfredo Mayo, sin duda a la cabeza del escalafón, Luis Peña y Luchy Soto o Raúl Cancio, el argumento

vuelve a reproducir un esquema ultraclásico. Enamorado de una mujer, un oficial abandona su unidad militar en Marruecos, una harca, para regresar a la Península; y, solo cuando tiene noticia de que ha sido diezmada, regresa para volver a mandarla y morir heroicamente. Marruecos es concebido como lugar de gestas coloniales donde forjar valores como el espíritu militar, el honor, la disciplina, la amistad, mientras que la vida civil, la renuncia por amor a la carrera militar es interpretada como un desvalor a tales sentimientos. El honor se repara con una muerte heroica de retorno a las filas militares.

No menos popular y mucho mejor concebida y dirigida es *¡A mí la Legión!* (1942) que el muy competente Juan de Orduña rodó en esos patrióticos años de la posguerra. Ambientada en tierras africanas y en el modelo militar de la Legión, el credo legionario de amistad entrañable hasta la muerte y el *esprit de corps* presiden una intriga de estilo semipolicíaco. Un soldado de la Legión, apodado *el Grajo*, investiga un turbio asesinato para exculpar a un compañero injustamente acusado de un crimen. De Orduña realizó con convicción y brío esta película cuyos objetivos y circunstancias de tiempo y época son transparentes. De nuevo el reparto ofrece lo más granado del cine patrio con Alfredo Mayo a la cabeza al que acompañan otros dos clásicos como son Luis Peña y Manuel Luna; el boxeador Fred Galiana tiene un pequeño papel. La película, que cuenta con una buena fotografía de Alfredo Fraile y de Tomás Duch y una eficaz banda musical del maestro Juan Quintero, obtuvo un gran éxito popular.

Legión de héroes (1942) posee idénticas características temáticas aunque su estilo de producción es mucho más modesto. Aparece codirigida por dos cineastas poco conocidos como Armando Sevilla y Juan Fortuny, y el reparto revela asimismo su escaso relieve: Emilio Sandoval, Matilde Nácher y Rosita Alba, entre ellos. De nuevo, un oficial debe abandonar todo para cumplir una oscura misión; su heroica muerte permitirá otorgarle honores.

Los misterios de Tánger (1942) es ya otra cosa. Una película ligera, una comedia de aventuras y suaves enredos, con canciones del maestro Quiroga. Estrellita Castro encabeza el reparto, con la fascinante ciudad internacional, por completo desaprovechada como de costumbre, de Tánger como exótico lugar de los hechos. El contrabando de armas para los rebeldes rifeños es el eje argumental de la película que juega además con el habitual conflicto de amistad entre un jefe de policía y un teniente coronel; el tutor de la novia de este parece ser el cerebro del contrabando, lo que añade un complot sentimental a la trama. *Los misterios de Tánger* está dirigida por Carlos Fernández Cuenca, que tiempo después sería casi todo en el mundo cinematográfico, historiador y crítico de referen-

cia. El reparto, a diferencia de *Legión de héroes,* recoge buena parte de la nómina habitual del cine español de la época, todos excelentes actores, hoy día lamentablemente olvidados. Amén de la Castro, aparecen Manuel Luna, Raúl Cancio, Erasmo Pascual, Eloísa Muro y un joven Conrado San Martín, futura estrella del cine de género en los años cincuenta, la mejor década del cine español.

Uno de los viajeros españoles al Hollywood de los años treinta, José López Rubio, había destacado antes de la Guerra Civil como novelista, encuadrado en la brillantísima "otra generación del 27", como él mismo la describió en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, y en la que autores como Mihura, Jardiel, Neville o Tono mostraron una veta de humor y talento muy especiales. López Rubio, como Neville, quedó infectado de cine desde su juventud y la experiencia californiana no hizo sino elevar la temperatura de la infección. A su regreso a España tras la guerra, López Rubio, como Neville, decidió emprender una carrera cinematográfica como director que no cuajó con la brillantez de su amigo Edgar, aunque posea dignidad, quizás en parte porque la cortedad del panorama de producción de los cuarenta no permitía que una personalidad tan especial encontrara un lugar propio. López Rubio no tenía tampoco ni el genio de Neville ni su decisión, así que debió aceptar encargos a veces poco distinguidos. Desencantado del cine, como le ocurriría a Mihura, se entregó al teatro en el que obtuvo éxitos notorios; basta citar *Celos del aire*, probablemente una de las mejores comedias, suaves, sentimentales y un tanto melancólicas, con las que jalonó una carrera de merecido éxito.

Alhucemas (1948) fue la última de sus nueve películas como director. En su argumento interviene otra figura de la época, Enrique Llovet, más tarde eminente crítico teatral, autor de la letra del tema musical de *Los últimos de Filipinas*, tipo culto, liberal, sofisticado, que combinaba con naturalidad con la personalidad de López Rubio, que no solo dirigió sino que escribió el guion de la película. La experiencia de su trabajo en Hollywood parece decantarse en el uso de un eficaz *flash back* con cierto sabor fordiano, que recrea la vida del capitán Salas en la Academia de Infantería, uno de cuyos episodios es el desembarco de Alhucemas, que no parece haber suscitado —buena muestra de la desidia e incuria del cine español para los sucesos históricos— más atención que la película de López Rubio. El diseño de producción revela una buena combinación de talentos, con un joven José Luis López Vázquez como figurinista, uno de los primeros oficios que desempeñó en el cine antes de triunfar como actor; el maestro Parada componiendo la banda sonora; y dos bien conocidos militares como asesores, el entonces comandante Luis Cano Portal y Luis Suárez de Lezo

(director de varias películas de éxito de temática bélica recién acabada la guerra. Cabe destacar entre ellas *Servicio en la mar*, donde aparecen intérpretes tan ilustres como José Isbert o Nati Mistral). El reparto de *Alhucemas* es desde luego de renombre: Julio Peña, José Bódalo, Rafael Calvo, Tony Leblanc, Sarita Montiel, Conrado San Martín, el futuro cineasta Rafael Romero Marchent e incluso un Francisco Rabal dando sus primeros pasos.

Doce horas de vida (1948) vuelve al tema eterno de la Legión y de la redención por el sacrificio y el honor, hilando la historia con un cierto referente de *thriller* suspensivo. Un oficial de la legión está deshonrado por haber perdido unos importantes documentos secretos durante una de las campañas marroquíes. Obtendrá una postrera oportunidad de lavar su deshonor: en doce horas deberá descubrir al verdadero autor de la sustracción de los documentos. *Doce horas de vida* está escrita y dirigida por un joven y prometedor cineasta, Francisco Rovira Beleta, que años más tarde gozaría de respeto, incluso internacional, con alguna de sus películas como ocurriera con *Los Tarantos*. Rovira Beleta contó con la ayuda en los diálogos de dos de los más reputados especialistas, un tanto académicos y algo teatrales, del cine español de la época: Manuel Tamayo y Alfredo Echegaray, presentes en algunas de las películas de Juan de Orduña (*Deliciosamente tontos*, *Ella, él y sus millones*, *Tuvo la culpa Adán*, *Pequeñeces*, *Locura de Amor*, *El último cuplé*), uno de los mejores e injustamente olvidado directores de nuestro cine. Ana Mariscal, Angel Picazo, Rafael Calvo, José Vivó, Antonio Riquelme son otra buena muestra de la enorme riqueza de los repartos de la época.

4. A modo de conclusión

Este breve repaso incompleto por algunas de las producciones del cine español entre el comienzo y la mitad del siglo XX revela como inventario algunas conclusiones tan inevitables como decepcionantes:

4.1. La plasmación de tantos hechos histórico militares como ofrece la historia de la ocupación del territorio marroquí del Protectorado, con derrotas dolorosas como Annual, Monte Arruit —*Doce balas de cañón*, la espléndida novela de Rafael Martínez-Simancas ofrece una excelente visión de esos hechos— o El Barranco del Lobo; o gloriosas, desde Alhucemas hasta lo que vino a continuación; junto con personajes como Silvestre, Marina, Berenguer, Villalba, Franco, Millán Astray *et alii*, Abd-el-Krim o el Raisuni; o episodios como la carga del Regimiento de Cazadores de Alcántara o el cautiverio de los prisioneros españoles tomados en la derrota de Annual han sido olímpicamente ignorados por la producción patria.

La única excepción que puede alegarse es la interesante labor de los noticiarios de *actualidades* de los primeros momentos de la lucha contra los rifeños. Por no hablar de la vida de la tropa que magistralmente recogió Arturo Barea en *La forja de un rebelde*, Lorenzo Silva o la novela *Blocao*.

En general, la visión de la Legión, el honor, la traición, el deber, el amor o el desamor, como referentes manidos, siempre ha sido bastante tópica.

4.2. La vida en las ciudades: despreciar en el cine ese lugar fascinante que, como ciudad internacional, fue Tánger es un pecado mortal, desdén que se ha seguido manteniendo. Sin embargo en la literatura ha sido muy diferente y leer las páginas que dedica María Dueñas a Tánger y Tetuán en su magnífica novela *El tiempo entre costuras* es ya bastante referencia. Otro tanto cabe decir de las dos novelas que Luis María Cazorla ha dedicado a Larache, *La ciudad del Lucus* y *El General Silvestre y la sombra del Raisuni*, en las que combina con diestra eficacia la pintura de la vida cotidiana entrelazada con personajes y hechos históricos a comienzos del Protectorado español.

4.3. Ni que decir tiene que, ni por asomo, la cinematografía patria ha sentido interés alguno por la vida y la cultura de los marroquíes y cómo sintieron la llegada de los españoles, salvo para enmarcarla en tópicos de malvados personajes de género. Las excepciones de películas como *Romancero marroquí* o *La canción de Aixa*, aun asumidas sus peculiaridades de época, así lo certifican. La apreciación de Alberto Elena acerca de la penetración de la industria del cine, que examino algo más adelante en el contexto de un trabajo del profesor Lemrini, deja bien claro el alcance de la cuestión. En 1950 había en el Protectorado veintitrés salas de exhibición cinematográfica, una cantidad casi constante desde los años treinta, frente a las cuatro mil quinientas de la Península que no cesaban de crecer desde el final de la Guerra Civil. En la zona francesa las salas de exhibición alcanzaban el número de ochenta, constituyendo el Magreb el tercer mercado exterior de la cinematografía francesa tras Alemania y Bélgica.

5. Llega la democracia

El profesor Eloy Martín Corrales, que de manera tan perspicaz como documentada ha examinado las relaciones entre españoles y musulmanes en el cine —uno de cuyos capítulos es el del tiempo del Protectorado que ahora examinamos—, ha sintetizado acertadamente algunos de los vectores en los que se ha movido esta temática, justo cuando la democracia llegaba a nuestro país, que es buen momento para observar si el cambio de los tiempos permitió también cambiar la mirada del cine español sobre la historia y los temas del Protectorado (Martín Corrales). La respuesta no puede ser más pesimista y

evidencia que las raíces de la producción cinematográfica española, cuando se trata de abordar nuestra historia, permanecen desde siempre —y parece que sin solución de continuidad— bajo la perspectiva de un abúlico desinterés.

> La llegada de la democracia no se ha concretado, por el momento, en una reflexión crítica sobre las pasadas guerras coloniales. La revisión del colonialismo español en Marruecos apenas sí ha comenzado. El precoz y más importante intento, en pleno franquismo, *El desastre de Annual* (Ricardo Franco, 1970), sigue siendo un film inédito, una película maldita. Además, no resuelve nada de lo que estamos tratando en este texto: sus personajes viven encerrados en un piso en Madrid, atormentados por los recuerdos de la catástrofe. Mientras que proyectos hispano-marroquíes, como *Badis* de Mohamed Abderramán Tazi (1988), curiosamente basado en el viejo tópico de los amores de un legionario con una rifeña, no han tenido mayor incidencia.
>
> Apenas sí se ha tratado la participación de los marroquíes en las filas franquistas durante la Guerra Civil española. El debate ocasionado por *Libertarias*, de Vicente Aranda (cinta en la que en los minutos finales aparecen los Regulares violando y degollando a las protagonistas republicanas, hasta que un oficial español detiene la matanza), indica que este tema (que se entremezcla con el debate acerca del tratamiento que merecen los inmigrantes magrebíes) aún provoca demasiada pasión. También introducen de pasada este tema *Las largas vacaciones del 36* (Jaime Camino, 1975) y *Madregilda* (Francisco Regueiro, 1993).
>
> El período comprendido en tre 1939 y 1975 (conviene no olvidar que Marruecos accedió a la independencia en 1956) apenas sí ha merecido importancia hasta el momento. Una de las escasas aproximaciones es *El sueño de Tánger* (Ricardo Franco, 1991), film centrado en el contrabando de armas, *Orquesta Club Virginia* (Manuel Iborra, 1992), *Sáhara* (Antonio R. Cabal, 1985), *Luna de agosto* (Juan Miñón, 1985) […], etc. En estos momentos se halla en fase de rodaje *Kasbah* de Mariano Barroso (Martín Corrales).

Añadamos que *Antena 3* tiene pendiente de emitir una serie basada en la exitosa novela de María Dueñas, *El tiempo entre costuras*, cuya primera parte se desarrolla entre Tánger y Tetuán, a caballo de la Segunda República y la posguerra.

6. El comienzo de una historia de cine

Mohamed Lemrini describe en una primera aproximación cómo la llama del cine prendió en la zona española del Protectorado:

> Es a partir de 1909 cuando los cineastas españoles descubren el continente africano, y más concretamente el norte de Marruecos, una tierra virgen aún por explotar, con paisajes exóticos, ambiente variopinto y que, precisamente ese año fue noticia con lo que se ha dado en llamar "La guerra de Melilla", que sirve como título a uno de los primeros noticiarios allí filmados. A partir de aquí se produce un vacío en las filmaciones hasta 1913, cuando Alfonso XIII visita esta misma ciudad, y los reporteros de Pathé Films recogen en dos cintas "Alphonse XIII à Melilla" y "Madrid: Asuntos Exteriores".

Sólo dos casas distribuidoras se fundaron en Melilla para la comercialización de las películas en toda la zona norte bajo protectorado español, la Hispano Fox Films y una delegación de CINAES. Al ser éstas insuficientes para cubrir la demanda de todas las salas, los exhibidores pasaron a tratar directamente con las distribuidoras en las grandes ciudades españolas.

En cuanto a las salas, la más antigua que encontramos es la Sala Apolo de Ceuta en 1916, abriendo sus puertas en Melilla el Cine Alhambra en 1922. En 1950 había en la zona 33 salas con un aforo aproximado de 25.000 espectadores para una población de más de 200.000 habitantes, siendo Tetuán y las dos ciudades anteriormente citadas las mejor dotadas por su número de habitantes.

Contrariamente a lo sucedido en la zona bajo Protectorado francés, la Zona Norte no se ha beneficiado de ninguna legislación propia en el ámbito cinematográfico acorde a sus características propias como zona colonizada, sino que estaba sometida a la misma reglamentación que se aplicaba en la península, y basta con añadir en ellas las palabras "... posesiones y colonias españolas en África".

Asimismo, no se ha conocido ni se ha creado en la zona ninguna empresa productora. Todos los proyectos de producción cinematográfica venían de la península así como los medios y material de rodaje, técnicos, ayudantes, especialistas e incluso los actores.

El cine de largometraje rodado en esta zona no fue realizado para el consumo local, y salvo alguna frase, ninguna película es hablada en árabe ni berebere (rifeño). La filmografía que hemos catalogado y analizado incluye también todas las cintas rodadas en el Sáhara, aunque su número es realmente muy reducido, siendo en 1941 la primera vez que las cámaras españolas pisan este territorio (Lemrini: 2000).

En esta descripción queda claro cómo la precariedad de la llegada del cinematógrafo a España, durante años sentida como un agradable y entretenido fenómeno social de ribetes documentales, tiene su expresión cabal e idéntica en Marruecos. El cine español como espectáculo de exhibición pronto obtuvo un notable aprecio; y se multiplicaban las salas que, por lo general, tendían a exhibir —una tendencia que aún se prolonga en nuestros días— películas extranjeras, singularmente norteamericanas, aunque de tarde en tarde concurriera un descomunal éxito patrio, basado por lo general en algún esfuerzo folclórico.

Por otra parte, como acertadamente señala Lemrini, la política cultural, eje imprescindible de cualquier empresa de colonización —véase la del Imperio español otrora o la mirada de los británicos o franceses en las suyas—, debe inspirarse en diseños estratégicos tan estudiados como eficaces; y nada de eso se produjo desgraciadamente en la presencia de España en su Protectorado marroquí, algo muy en consonancia con lo militar o lo político. Una potencia menor que improvisa y marcha a empellones.

Lemrini también, aunque más brevemente, describe la situación cinematográfica de la ciudad internacional de Tánger, que revela el estatus de esa ciudad, situada desde siempre en un imaginario muy especial:

> La ciudad internacional de Tánger con una población heterogénea de 70.000 habitantes en 1936 y una situación privilegiada en la puerta del Mediterráneo, conoció tempranamente todas las actividades emprendidas en los países más desarrollados del momento.
>
> Las cuatro salas conocidas en 1933 se vieron duplicadas poco tiempo después llegando su aforo a ser de unos 4.000 asientos. La distribución funcionaba por medio de representación ambulante o por contacto directo con las casas distribuidoras en las dos zonas. La producción es escasa y de poco interés, exceptuando los veinticuatro largometrajes allí rodados entre 1919 y 1955, la mayoría de los cuales se pueden clasificar dentro del género de cine de aventuras (Lemrini: 2000).

Lemrini llega a muy claras conclusiones que deben compartirse respecto a las diferencias entre las dos zonas de Protectorado en Marruecos, la francesa y la española:

> Fue en la zona sur, dominada por Francia, la más extensa en territorio y la mayor en población, donde primero se ha conocido y desarrollado el nuevo arte. Francia, consciente de la importancia del cine, ha desarrollado una estructura administrativa y legislativa con el fin de controlar todo el sector. Ha creado organismos especiales para ejercer este control, mientras el sector privado invertía en todas las actividades relacionadas con el cine, llegándose a conocer 65 empresas de distribución, 140 salas de exhibición con aproximadamente 80.000 asientos equivalentes a diez asientos por cada mil habitantes y una sala para cada 57.000 habitantes.
>
> La infraestructura creada en los años cuarenta ha llevado al resurgimiento de un cine autóctono que ha realizado una decena de películas basadas en temas nacionales y protagonizadas por actores marroquíes.
>
> En la Zona Norte, bajo dominio español, la actividad cinematográfica era mínima y carecía de estructuras propias. Las dos empresas distribuidoras, ubicadas en Melilla, no podían cubrir las necesidades de 33 salas repartidas en la zona en 1950, con un aforo de 22.000 espectadores. Estas cifras significaban unos 22 asientos para cada mil habitantes y una sala para tan solo 30.303 habitantes.
>
> Tánger carecía, a su vez, de cualquier infraestructura cinematográfica, llegando a efectuarse la distribución por representación ambulante para las cuatro salas existentes en los años treinta y que se han visto duplicar varios años después.
>
> Evidentemente fue el sector de la producción el más activo de la industria cinematográfica en esta época colonial, llegándose a catalogar como hemos señalado 812 cintas. La localización y posterior catalogación de esta filmografía ha supuesto para nosotros un gran reto. Por ello consideramos que nuestro esfuerzo no ha sido en vano por haber conseguido reunir casi todas las cintas rodadas en Marruecos durante esta época. Pero evidentemente estas cintas no son, sin duda alguna, todas las que son. Otras muchas pueden aparecer en cualquier momento, y precisamente a la hora de cerrar nuestra investigación apareció un nuevo elemento gracias al Departamento de Recuperación de la Filmoteca Española. Se trataba

del documental "Safi, la perla del Atlántico", dirigido por el francés Robert Rips (Lemrini: 2000).

El desglose de las películas y su examen desde el punto de vista de género —militar, político, exótico, ficción o documental— pone de manifiesto cómo casi el 50% se agrupa bajo los significados de películas con intencionalidad política, casi una cuarta parte, o militar, lo que evidencia cómo la ocupación del terreno tiene un claro objetivo político, aunque de corto vuelo, que por otra parte se mostró muy ineficaz tanto desde el punto de vista de penetración en la población autóctona, por completo olvidada en sus raíces o sentimientos, como en su sentido de alcance criollo o peninsular, lo que en buena medida tiene además que ver con la mediana, por lo general, calidad artística de esas películas:

> Para estudiar con más detenimiento la producción cinematográfica en esta época, he recurrido a la clasificación de la filmografía según un criterio propio y específico, estableciendo el género como método de análisis.
>
> Esta filmografía, como se recoge en el cuadro adjunto (ver al final del texto), asciende a 812 cintas, de las cuales 129 son cintas de ficción y 683 carecen de ella. Según la zona de rodaje, 530 cintas fueron rodadas en la Zona Sur, 235 en la Norte y 47 en Tánger.
>
> De las 129 cintas de ficción, 77 lo fueron en la primera, 27 en la segunda y 25 en la tercera. Según su género, 54 de estas cintas pertenecen al género militar, 32 al de aventuras, 31 son exóticas, mientras el resto (12) no entran en ninguna clasificación.
>
> Las 683 cintas carentes de ficción las he clasificado como noticiarios o documentales, perteneciendo al primero 469 cintas y al segundo las 214 restantes. Dentro de esta acepción las hemos agrupado, según su número, en:
>
> — Cintas de carácter político (235): Presencia y actividad política desarrolladas por las potencias en sus respectivas zonas de influencia. El alto comisario, el residente general, etc.
>
> — Realizaciones de las potencias colonizadoras (177): Alarde proteccionista y civilizador de las dos potencias colonizadoras.
>
> — Cintas de carácter militar (102): Actividades militares y/o bélicas acaecidas en el país.
>
> — Cintas sociológicas (79): Acciones y reacciones del ser humano dentro de su entorno social.
>
> — Ciudades y turismo (65): Todas las cintas que se pueden englobar en la denominación de "Sinfonías de una ciudad".
>
> — Cintas de carácter histórico (42): Reflejan históricamente los años de colonización y dominio hispano-francés y todos los actos donde interviene el sultán o los personajes que han intervenido en estos acontecimientos Otras cintas (43): Cintas que no admiten clasificación alguna (Lemrini: 2000).

7. Un apunte sobre la censura cinematográfica

No menos interesante es el régimen de censura que se instaló en la zona —que no podemos examinar en este breve apunte sobre el cine en el Protectorado español y del que ha dado muy justa noticia Emeterio Díez (1999, 277-291)—, en cuyos organismos colaboraban funcionarios españoles preocupados, amén de cuestiones intrínsecamente político-religioso-morales, de intervenir para prevenir situaciones que pudieran herir las sensibilidades culturales y, sobre todo, religiosas de la población autóctona, prohibiendo desde películas nacionales de ribetes históricos de exaltación patriótica en las que los "moros" no eran presentados con la dignidad debida, como *Locura de amor* —ya *Alba de América* fue recibida con desagrado— o *Alhucemas*, a producciones internacionales como *Héroes de tachuela* de Laurel y Hardy, aventuras de corte colonialista como *Beau Geste* o *Diez valientes*, e incluso el *Othello* de Orson Welles; censura que se extendía a temáticas concernientes a temas judíos como *La barrera invisible* y *Oliver Twist*.

Junto a aquellos colaboraban autoridades marroquíes que, en algunos momentos, intervienen de manera decisiva; como ocurrió durante el rodaje de *La canción de Aixa*, curiosamente un intento —como hemos visto— de tratar con cierto interés respetuoso el hecho cultural marroquí, y que amenazaba con provocar un motín popular; o sencillamente para evitar los ribetes provocativos eróticos de las producciones egipcias que circulaban con gran éxito por todo el Magreb.

Bibliografía

Catalá, J. M., Cerdán, J. y Torreiro, M. (eds.): "Cámaras al sol: notas sobre el documental colonial en España", en *Imagen, memoria y fascinación: notas sobre el documental en España,* Málaga (Festival de Cine de Málaga-Ocho y Medio): Libros de Cine, 2001.

Elena Díaz, A.: "Cine para el Imperio: pautas de exhibición en el Marruecos español (1939-1956)", en Pérez Perucha, J. (ed.): *De Dalí a Hitchcock. Actas del V Congreso de la Asociación de Historiadores del cine español*, Madrid: CGAL, 1995.

— "La llamada de África: Una aproximación al cine colonial español", en Gubern, R. (ed.): *Un siglo de cine español*, Madrid: 1997, págs. 249-259.

— "Romancero marroquí: africanismo y cine bajo el franquismo", *Secuencias: Revista de historia del cine*, Universidad Autónoma de Madrid, 1996, págs. 83-118.

— "La canción de Aixa", *Secuencias: Revista de historia del cine*, nº 7, Universidad Autónoma de Madrid, 1997, págs. 26-29.

— "Romancero marroquí", en Pérez Perucha, J.: *Antología crítica del cine español (1906-1995),* Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.

— "Políticas cinematográficas coloniales", en Rodríguez Mediano F. y Felipe Rodríguez, H. de (eds.): *El Protectorado español en Marruecos: Gestión colonial e identidades*, Madrid: CSIC, 2002, págs. 24-25.

— "Romancero marroquí: El cine africanista durante la guerra civil", *Cuadernos de la Filmoteca*, nº 4, Filmoteca Nacional, Madrid, 2004.

— *La llamada de África. Estudios sobre el cine colonial español*, Barcelona: Edicions Bellaterra, 2010.

Fernández Colorado, L.: "Visiones imperiales: documental y propaganda en el cine español (1927-1930)", *Cuadernos de la Academia*, nº 2, 1998, págs. 97-110.

— "El colonialismo truncado en la elipsis: La Canción de Aixa (1939)", en Romero Campos, D. (ed.): *La historia a través del cine: Memoria e Historia en la España de la posguerra*, 2010, págs. 91-104.

García de Dueñas, J.: ¡Nos vamos a Hollywood!, Madrid: Nickel Odeon, 1993.

Heinink, J. B. y Dickson, R. G.: *Cita en Hollywood*, Bilbao: Ediciones Mensajero, 1990.

Lemrini el-Ouahhabi, M.: "El cine en Marruecos: desarrollo histórico y perspectivas de futuro", Madrid: Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense, 1990 (tesis doctoral).

Martín Corrales, E.: "Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)", en AA.VV.: *Memorias del cine: Melilla, Ceuta y el norte de Marruecos*, Ciudad autónoma de Melilla: 1999, p. 12.

— "Imágenes del Protectorado de Marruecos en la pintura, el grabado, el dibujo, la fotografía y el cine, en Nogue, J. y Villanova, J. L. (eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida: Milenio, 1999, págs. 375-399.

— *et alii*: *Memorias del cine: Melilla, Ceuta y el norte de Marruecos*, Ciudad autónoma de Melilla: 1999.

Meseguer, M. N.: *La intervención velada: el apoyo cinematográfico alemán al bando franquista (1936-1939)*, Murcia: Universidad de Murcia —Primavera cinematográfica de Lorca—, 2004.

Nogue, J. y Villanova, J. L. (eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida: Milenio, 1999.

Pérez Perucha, J. (ed.): *De Dalí a Hitchcock. Actas del V Congreso de la Asociación de Historiadores del cine español celebrado en A Coruña en 1995*, Madrid: CGAL, 1995.

— *Antología crítica del cine español (1906-1995),* Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.

Rodríguez Mediano, F. y Felipe Rodríguez, H. de (eds.): *El Protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid: CSIC, 2002.

Romero Campos, D. (ed.): *La historia a través del cine: Memoria e Historia en la España de la posguerra*, Universidad del País Vasco, 2010.

Mariano Bertuchi: la enseñanza del arte patrimonial y moderno

Bouabid Bouzaid

La etapa del Protectorado español en el norte de Marruecos experimentó cambios muy importantes en el ámbito de las artes patrimoniales y las artes modernas. En el ámbito de las artes patrimoniales se creó la Escuela de Artes y Oficios Nacionales, que se propuso establecer la adopción de medidas y leyes con el fin de preservar sus orígenes, promocionándolas y permitiendo que brillasen en la ciudad y sus alrededores. Esta escuela va a convertirse en centro y eje de interés patrimonial del que se jacta el patrimonio tetuaní, considerándose una de las más antiguas e importantes instituciones educativas de Marruecos en el terreno del patrimonio artístico y las artesanías andalusí-marroquíes.

En el ámbito de las artes modernas, la Escuela Preparatoria de Bellas Artes fue el primer establecimiento de educación y enseñanza en Marruecos, atrayendo así a gran número de artistas marroquíes con el fin de aprender las artes plásticas mediante diversas técnicas y tratar la imagen como medio de expresión; siendo el establecimiento donde trabajaron los pioneros y primeros titulados de la Escuela de Artes Plásticas de Tetuán, muy respetada en el contexto de las artes plásticas marroquíes.

No se puede hablar de ambas instituciones sin antes mencionar al mayor enamorado de Tetuán, el artista granadino Mariano Bertuchi, y sus

grandes logros en la gestión y difusión de este patrimonio. Su obra además fue, y es a día de hoy, lo que ha hecho de él una figura intemporal en las artes patrimoniales modernas de Tetuán y Marruecos.

Es sabido que la ciudad de Tetuán está considerada como una de las ciudades marroquíes con más raigambre patrimonial en las raíces andalusí-marroquíes, impresa con el espíritu de la tolerancia y la convivencia.

Debido a su rico y variado legado patrimonial, Tetuán es considerada como una de las despensas más vivas en lo que se refiere a las artes y artesanías patrimoniales de Marruecos a tenor de la acumulación cultural en los diversos campos, particularmente en lo referente a la cultura y el arte, destacándose a través de la historia por su carácter y autenticidad, únicos entre las ciudades marroquíes e islámicas del Mediterráneo. Lo que ha hecho que sea reconocida como patrimonio mundial de la humanidad por la UNESCO, en reconocimiento y honor a su riqueza, debiendo ser preservada asegurando así su continuidad y resplandor.

Entre los atractivos patrimoniales de los que Tetuán se siente orgullosa, cabe destacar la Escuela de Artes y Oficios Nacionales, considerada como una de las más antiguas e importantes instituciones educativas de todo Marruecos en el ámbito del patrimonio artístico y artesano andalusí-marroquí. La escuela ha pasado por diversas etapas temporales y espaciales desde que se fundó en 1919. Mudó tres veces de ubicación hasta que se estableció definitivamente, en 1928, en el emplazamiento que hoy ocupa, diseñado por el arquitecto Carlos Ovilo, según un plano de estilo neoárabe con influencias hispano-marroquíes.

Desde un principio, el objetivo principal para crear esta institución patrimonial fue el de preservar el patrimonio artesanal y artístico andalusí-marroquí y el de enseñar las técnicas artísticas a las nuevas generaciones, inculcándoles la creatividad y la sensibilidad.

La idea de fundar esta escuela comenzó tras las difíciles condiciones políticas y económicas que vivió Marruecos durante el siglo XIX y principios del XX, causa de numerosas crisis que afectaron a importantes sectores económicos y cuyos resultados repercutieron negativamente en muchos grupos sociales, en especial el de los artesanos. Tras la imposición del Protectorado a los marroquíes y su posterior división en dos zonas, una bajo el gobierno del sultán y la otra del jalifa, fue necesario crear una institución docente preocupada por preservar el patrimonio artístico y artesanal marroquí y sus orígenes. El Centro Científico y Literario del Protectorado español fue el organismo que dio pie al proyecto de la enseñanza del arte y la artesanía nacional originales, a propuesta y mediación del Haj Abdeslam Bennouna que

ocupaba el puesto de encargado municipal, lo que le permitía una estrecha relación con los grupos de artesanos de Tetuán y le confería plena consciencia sobre la realidad y situación de la artesanía patrimonial.

Por este motivo se preparó un proyecto para la enseñanza de la artesanía, estableciéndose en el año 1916 la creación de una escuela de artesanía a fin de valorar y potenciar los talleres patrimoniales y artesanales de la confección de alfombras, la carpintería, la pintura sobre madera, la armería y las artes decorativas marroquíes tales como el bordado y el curtido de pieles.

El montante total de dicho proyecto, a tenor de su presupuesto, ascendió a treinta y seis mil doscientas cincuenta pesetas.

Asimismo, en dicho proyecto se recogió la primera propuesta de organizar una exposición anual para exhibir y vender los trabajos realizados por los diferentes artesanos durante el año académico. En este primer proyecto ya se contemplaba que la ciudad debía conceder un espacio para la escuela. El nuevo centro de enseñanza se denominó Escuela de Artes y Oficios y permitía desarrollar todas las actividades artísticas y artesanales de la región.

Las numerosas condiciones que exigieron las autoridades españolas del Protectorado —lo que produjo que se diera prioridad a otras especialidades técnicas—, además de la ausencia de un espacio especial para el desarrollo de la escuela, retrasaron en tres años la aplicación de este proyecto, que no vio la luz hasta el año 1919 en virtud del decreto con fecha de 11 de julio de 1919. Diez días después, el 21 de julio, se designaba al primer director, el ingeniero industrial Antonio Got Inchausti. El último paso de este proyecto se dio el día 30 de agosto de 1919, en el acto de entrega de la escuela por parte de Gustavo Sostao, representante de los Asuntos Indígenas, y Carlos Ovilo Castelo, auxiliar del jefe de Servicio de construcciones de la ciudad en la Delegación de Trabajo. El edificio fue acondicionado a partir de un hotel que se modificó y se habilitó para acoger la nueva escuela, que comprendía dos fachadas entre la avenida Tarrafin y la entrada al Mellah. El primer taller que comenzó a funcionar fue el de metalurgia y faroles.

Por razones relativas a la Administración española del Protectorado, se cambiaron de ubicación la Escuela de Artes y Oficios y la Secretaría General de Alta Comisaría, siendo trasladada la escuela el día 19 de julio de 1920 al edificio número setenta de la avenida Luneta o *Msalla Kedima*, estableciéndose allí los talleres de mecánica, metalurgia, faroles, cuero y pintura sobre madera.

El 15 de abril de 1921, el director Antonio Got presentó su dimisión, sucediéndole en el cargo de manera provisional su segundo José Gutiérrez

Lescura, arquitecto municipal de Tetuán, quien no fue nombrado de forma oficial hasta el año 1927. En el año 1923 se matriculó la primera mujer en la escuela, y se inauguraron nuevos talleres como los de ebanistería, taracea en madera o el bordado granadino.

Con el fin de apoyar los nuevos talleres, especialmente aquellos oficios más modernos, se creó una clase especial para la enseñanza del dibujo técnico y artístico. Esta clase recibía estudiantes de fuera de la escuela.

Como indicador de éxito de la escuela, el número de alumnos matriculados ascendió a más de sesenta, a pesar de los problemas de espacio que padecía. Hay que tener en cuenta que los alumnos de los talleres recibían una pequeña beca para animarlos al aprendizaje y la asistencia, recurso proveniente de las ventas obtenidas de los artículos elaborados en la propia escuela.

En virtud de la importancia de la escuela patrimonial, y a causa de la gran aceptación que fue cobrando, se dio la orden de construir un nuevo edificio que dispusiera de todos los requisitos necesarios para un adecuado funcionamiento, así una escuela de enseñanza y otra de conservación de la artesanía y oficios artísticos. En un primer momento se pensó en construir esta dependencia dentro de los muros de la medina antigua, en el jardín de Chorafae, cerca de Bab Sefli; luego se cambió de parecer y se pensó en un terreno que había en frente de Bab el Okla, por lo que las obras de construcción comenzaron el 6 de abril de 1926, siendo inaugurada en julio de 1928. En el mismo año se abrieron los talleres de azulejos y alfarería, además de los talleres mencionados anteriormente.

Tras reforzarla con numerosas mejoras y experiencias, la escuela se convirtió en un lugar de raigambre de la ciudad, mostrándose desde 1930 como una institución educativa en pro de la difusión y preservación del patrimonio y autenticidad marroquí-andalusí. Con este evidente éxito, sus talleres continuaron cada año recibiendo más alumnos, instruidos en una sólida y completa formación, titulándose como profesores cualificados con plenas capacidades para abrir sus propios talleres. Esto propició que la escuela cooperara en la promoción del mercado laboral y en la continuación y expansión de los oficios artesanos y sus orígenes.

El 1 de mayo de 1930 el artista granadino Mariano Bertuchi fue nombrado director, incorporándose al cargo el 1 de julio del mismo año. A partir de esta fecha comenzaría el esplendor de esta escuela y su enseñanza artística, ganándose así el aprecio y la admiración tanto en Marruecos como en el extranjero.

Era sorprendente el amor que Bertuchi mostraba por el conocimiento del patrimonio marroquí-andalusí. Tras estudiar la situación de la escue-

la, trazó una línea de trabajo, elaborando programas y metodología didáctica de gran valor, que aplicó con admirable seriedad y firmeza. En el año 1931 se reorganizaron los talleres, remplazándose los de tapices sobre pared y cojinería por los de confección de alfombras; y los de ebanistería y taracea de madera al estilo granadino por los de carpintería. Asimismo, se creó el taller para los artículos artísticos de bronce y el de la taracea de plata. En el año 1932 se crearon los talleres textiles, platería, cuero curtido y taracea; en 1934, el taller de herrería; y en 1935, el taller de encuadernación y dorado en cuero.

Como apoyo formativo y estético a los profesores de los talleres de la escuela, el director Mariano Bertuchi organizó una excursión al final del curso escolar a España con el fin de visitar sus museos, para observar los contenidos estéticos de las obras. A la excursión fueron diez profesores, un ayudante y nueve alumnos de distintos talleres, además del director y el secretario de la escuela. Salieron el día 9 de junio de 1934 y visitaron las ciudades de Toledo, Madrid y Alcalá de Henares.

Cabe destacar que el fin de participar en los talleres de la escuela era básicamente el de la creatividad unida a la conservación del patrimonio marroquí-andalusí, con el compromiso de un estilo elegante y original, alejado de las nuevas influencias o de los efectos negativos derivados del turismo, evitando modas e innovaciones personales que pudieran influir en lo más profundo de nuestro patrimonio artístico. A fin de que la escuela siguiera difundiendo su noble mensaje, lejos de un espíritu comercial, decidió cancelar los ingresos que provenían de las ventas de los artículos producidos en los diferentes talleres, siendo conservados como un bien artístico.

Los alumnos tenían el derecho de elegir el taller en el que deseaban matricularse. Se observa que la mayoría de los alumnos elegían los talleres de confección de alfombras, pintura sobre madera, cuero curtido, taracea y carpintería. Para animar a los alumnos a que siguieran aprendiendo, la escuela estableció la concesión de becas cuya cuantía oscilaba entre diez y trescientas pesetas al mes. Cuando se producía alguna ausencia injustificada, se les retiraba la beca con el fin de animarlos a asistir. El horario de trabajo y enseñanza en la escuela era de siete horas, de nueve a una y de cuatro de la tarde a siete de la tarde para los alumnos externos. Los días no lectivos eran los viernes y las fiestas religiosas. Puesto que la escuela se basaba en el sistema educativo de talleres, los alumnos no disponían de vacaciones de verano.

Cada taller disponía de un profesor, salvo los talleres de confección de alfombras, alfarería y pintura sobre madera que disponían de dos; y los de

taracea, de tres. Además de los profesores, había ayudantes en los talleres de confección de alfombras, cuero curtido, encuadernación, escultura en bronce, pintura sobre madera, ebanistería y carpintería.

La escuela adoptó, para su decoración interior, producciones provenientes de sus diferentes talleres, por lo que se convirtió en un símbolo de la fina belleza del arte islámico, ya que los mosaicos del jardín y el techo artístico de la sala de exposiciones de estilo islámico-marroquí se consideran de los trabajos de decoración más hermosos de la escuela, elaborados entre 1931 y 1932 bajo la supervisión de Mariano Bertuchi. Uno de los mejores trabajos que realizaron los profesores de esta escuela patrimonial artística fue la decoración, en 1928, del pabellón de Marruecos en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, proyecto del que se encargó Mariano Bertuchi. Asimismo colaboraron en la decoración de algunas salas y habitaciones del palacio del jalifa y la Residencia General, ya que destacaban especialmente en el arte de los azulejos.

Teniendo en cuenta el valor creativo de los productos elaborados en los talleres de la escuela, estos se regalaban a notables personalidades, como cabe recordar la excelente encuadernación estampada en oro o la caja de madera barnizada para salvaguardar un violín que se dio como regalo al rey Abdellah de Jordania con objeto de su visita a España en 1949. La escuela envió también a la Mezquita de Washington un conjunto de excelente calidad, formado de un arco de madera de nogal de estilo granadino, una alfombra de lana de 3x2 metros, cuatro coranes encuadernados en estampados de oro de estilo mudéjar y una copa de bronce de un modelo del siglo XVI.

Con el fin de resaltar el nivel técnico de sus profesores, se acondicionó una sala especial para exposiciones permanentes y para presentar los artículos elaborados en los talleres bajo las orientaciones del director.

El éxito de la experiencia educativa y de enseñanza de oficios artesanos en la escuela patrimonial hizo que Bertuchi realizase un gran esfuerzo para convencer a las autoridades del Protectorado de abrir más escuelas en las zonas en las que hubiese un legado artesanal original, con el fin de conservarlo y promoverlo. Gracias a Bertuchi, se fundaron las escuelas de Chefchaouen de confección de alfombras y la escuela de Taghzout de curtido de cuero, herrería y taracea de plata.

La escuela de confección de alfombras de Chefchaouen

La ciudad de Chefchaouen, patrimonio marroquí-andalusí, es conocida por su fino arte, que está impreso en cada una de las manifestaciones de expresión patrimonial, especialmente la textil, a la que las autoridades

españolas dieron capital importancia durante el Protectorado. Tras organizar y consolidar el trabajo en la Escuela de Artes y Oficios Artesanales de Tetuán, se decidió crear otra escuela en Chefchaouen, que fuese su anexo, también bajo la dirección de Bertuchi. Fue inaugurada en uno de los espacios de la Alcazaba el 1 de octubre de 1928, trasladándose a otro lugar situado en la plaza Outa Hamam el 11 de julio de 1928, donde se emplazaba anteriormente una fonda. Todos los talleres existentes estaban especializados en la industria de confección de alfombras ya que era el único oficio artesanal del que disponía. Esta escuela era independiente de la de Tetuán y se inauguró supervisada por un profesor en esta industria textil, llamado Mohamed Maati, que procedía de Rabat. La enseñanza estaba orientada a las chicas que recibían una beca cuya cuantía oscilaba de las cero cincuenta hasta las ciento ochenta pesetas mensuales dependiendo de la edad.

La técnica utilizada en los trabajos era la misma que se empleaba en los talleres de confección de alfombras de la escuela de Tetuán; y era asimismo similar la organización del horario de trabajo y vacaciones. Con el fin de obtener una mayor expansión, se garantizó el trabajo de las chicas en unas condiciones óptimas, dándose las órdenes pertinentes para construir un nuevo edificio que se inauguró el 19 de abril de 1943, en la avenida Zenika. El edificio constaba de dos plantas, con una fuente y patio en el centro. La planta baja constaba de dos salas: la derecha especializada en los trabajos de carpintería y pintura sobre madera, y la otra enfocada a la exposición permanente de alfombras elaboradas en los talleres de la escuela y algunos artículos de los talleres de carpintería y pintura sobre madera. En la primera planta se encontraban los talleres de confección de alfombras, con doce telares; en esta planta se encontraba también la oficina del ayudante encargado de la gestión administrativa.

A pesar de llevar la denominación de Escuela de confección de alfombras, en el año 1945 se crearon los talleres de carpintería y pintura decorativa sobre madera, con el único objetivo de trabajar en la decoración de los espacios de la escuela. De esta manera el visitante podía contemplar la excelencia de las formas de las puertas, ventanas, asientos y otras piezas elaboradas en los talleres. Debido al alto nivel de enseñanza logrado en la escuela, a las alumnas que finalizaban su aprendizaje con todos los requisitos técnicos se les permitía crear sus talleres privados o trabajar en los ya existentes.

La escuela de Taghzout

La región de Taghzout se considera una de las regiones rurales más ricas en su artesanía tanto estética como funcional, ya que se enclava entre

las montañas de Sanhaja y la región del Rif medio, de relieve escarpado y cumbres con nieve durante el invierno, siendo notable la perseverancia de sus habitantes por conservar el patrimonio artístico.

Por la importancia de este patrimonio y con el fin de conservarlo y promoverlo, se decidió construir, tras considerar esta posibilidad satisfactoria, una escuela de oficios patrimoniales. Constaba de tres talleres, el de curtido de cuero, el de taracea de plata y el de herrería tanto forjada como ordinaria. Se nombraron tres profesores para la herrería y un profesor para cada uno de los otros dos talleres.

La escuela fue inaugurada el 1 de septiembre de 1940, matriculándose diecinueve alumnos, a pesar de las numerosas dificultades que presentaba la gestión del centro por la lejanía, obstaculizando su seguimiento por parte de la inspección de Bellas Artes de Tetuán, lo que obligó al cierre definitivo el 30 de septiembre de 1948, trasladando a sus profesores a la Escuela de Artes y Oficios Marroquíes de Tetuán donde continuaron con sus trabajos en los talleres y la administración de la escuela.

Teniendo en cuenta el valor patrimonial y artístico de la escuela, fue incluida en el circuito turístico de la ciudad de Tetuán, razón por la que recibía diariamente gran número de turistas. Según el recuento realizado en 1954 se desprende que la escuela fue visitada por cuatrocientos veintinueve alemanes, ciento ochenta y cuatro argentinos, dieciséis australianos, trescientos cuatro austriacos, doscientos treinta y ocho belgas, dos bolivianos, dieciocho brasileños, quince canadienses, cincuenta y nueve colombianos, veinticuatro cubanos, sesenta y cinco chilenos, tres chinos, ciento sesenta y dos daneses, doce ecuatorianos, un egipcio, tres mil ciento setenta y tres españoles, dieciséis finlandeses, doscientos ocho franceses, dos guatemaltecos, veinticinco israelíes, veintitrés holandeses, un húngaro, mil doscientos diecinueve ingleses, trece irlandeses, ciento cuarenta y tres italianos, cuatro japoneses, treinta y tres marroquíes, setenta y nueve mexicanos, siete noruegos, tres panameños, dos polacos, cincuenta y cuatro puertorriqueños, doscientos veinticinco portugueses, un ruso, quinientos veintitrés suecos, noventa y ocho suizos, cinco turcos, cuarenta y siete uruguayos, diecisiete venezolanos, tres yugoslavos, lo que suma un total de diez mil setecientos dieciocho visitantes de cuarenta países diferentes.

La escuela conoció un gran esplendor debido a sus talleres, profesores, alumnos y a la importancia desarrollada en el campo de la educación, enseñanza y empleo; prestigio que alcanzó por su acreditado trabajo patrimonial, artístico, social y económico.

La escuela tuvo, en su mejor época, los siguientes talleres:

— Taller de confección de alfombras. Número de alumnos: cincuenta y uno.

— Taller de taracea en plata. Número de alumnos: diez.

— Taller de curtido del cuero. Número de alumnos: veintisiete.

— Taller de encuadernación en cuero estampado en oro. Número de alumnos: seis.

— Taller de decoración en plata. Número de alumnos: once.

— Taller de textil. Número de alumnos: tres.

— Taller de faroles. Número de alumnos: dos.

— Taller de escultura en bronce. Número de alumnos: siete.

— Taller de alfarería y azulejos. Número de alumnos: cuatro.

— Taller de carpintería. Número de alumnos: quince.

— Taller de ebanistería y xilografía. Número de alumnos: cinco.

— Taller pintura sobre madera. Número de alumnos: veintiocho.

La oficialización del programa general se realizó a partir del decreto jalifiano, con fecha de 15 de septiembre de 1942, que reorganizó la enseñanza del arte en la zona del Protectorado español en el norte de Marruecos. El decreto estipulaba —cuando se trataba de un colegio de "capacitación artística"— considerar la escuela de Tetuán como centro de gestión de todas las escuelas similares, como las de Chefchaouen y Taghzout, y otras que se pudiesen crear en la zona donde hubiese artesanos así como tradiciones y peculiaridades artesanales que merecieran ser protegidas, si se daban los requisitos básicos para crearlas.

Igualmente, se estipuló desarrollar este tipo de enseñanza para protegerla con el máximo cuidado, diferenciándose claramente entre los objetivos de la enseñanza patrimonial, por una parte, y la enseñanza de oficios, por otra. La Escuela de Cualificación en Artes de Tetuán se especializó en la revitalización de artes patrimoniales con todos sus tipos: especialidades de las bellas artes y oficios tales como el cuero, metal, madera, confección de alfombras y tejido a mano, entre otros. Y todo ello, por medio de trabajos proclives a consolidar de forma correcta los oficios artesanales con el fin de obtener un modelo patrimonial original. La escuela se convirtió en un centro de cuidado y tratamiento de la autenticidad (sugiero "identidad autóctona") a través de sus distintas materias y en un espacio para la enseñanza de estos modelos originales a los alumnos marroquíes.

El propósito de la enseñanza era básicamente preparar a los alumnos cualificados para difundir la autenticidad y que, posteriormente, accediesen al mercado laboral del país. Cualquier iniciativa iba destinada a crear

nuevos talleres de "cualificación en artes" donde trabajasen los alumnos formados. Y asimismo, las solicitudes de obtención de espacios artesanales para los artesanos más hábiles y considerados. Todas estas iniciativas tendrían que ser autorizadas para su creación por la Inspección de Bellas Artes. Cuando se reunían los requisitos pertinentes, se establecía la concesión de un préstamo por parte de la Caja General de Crédito.

A la Inspección de Bellas Artes fue asignado —mediante la Escuela de Cualificación en Artes de Tetuán— dirigir su atención y apoyo en el control y orientación de los talleres particulares que elaboraban los trabajos con el estilo propio marroquí. Además, se facilitó la obtención de un modelo artístico a fin de resolver las dificultades que pudieran encontrarse en cada obra de forma inesperada. Así como se trabajó también en la salvaguarda de esta industria de la competencia o injerencia europea, para que la escuela produjese según sus fines industriales.

Asimismo se estipuló contratar a titulados de la escuela central como profesores en las escuelas de Chefchaouen, Taghzout o en otras que se creasen en el futuro.

Para apoyar la enseñanza artesanal se decidió, en el decreto, el traslado de alumnos de otras escuelas artesanales a la Escuela de Cualificación en Artes para impartirles estudios adaptados a su trabajo y perfeccionamiento, ampliando de esta forma los conocimientos más allá de la enseñanza del arte.

La Inspección de Bellas Artes entregaba a los alumnos de sus escuelas un título cuando finalizaban su aprendizaje con el fin de reflejar el nivel formativo alcanzado en estos centros oficiales.

El decreto autorizaba también a la Inspección de Bellas Artes vincular los grupos artesanales y diferentes autoridades con las cuestiones relacionadas con el trabajo, a fin de revisar permanentemente sus solicitudes hasta que se pudiesen conceder. De esta forma se podía asegurar la vitalización de los grupos artesanales marroquíes, orientándolos hacia la responsabilidad en el trabajo en cooperación y sinergia.

Para proteger la autenticidad de los oficios artesanales patrimoniales, en particular los trabajos dirigidos a la exportación que deseaban la obtención de privilegios aduaneros, debían portar en los artículos un sello o distintivo especial de la Inspección de Bellas Artes, encargada de certificar la calidad del artículo y salvaguardar el género producido de los mercados internacionales.

El futuro de los alumnos, tras su formación en la escuela central y en las escuelas regionales dependientes, era bastante halagüeño. Al finalizar

sus estudios y obtener el título correspondiente, el artesano podía instalarse fácilmente en Tetuán o en cualquier lugar de las diferentes regiones, tanto de Marruecos como de España.

Puesto que el alumno de estas escuelas había sido formado en un ambiente por el gusto auténtico y tradicional, se le exigía más que a los de otros talleres que distorsionaban el trabajo para complacer al turista y las modas personales. De esta forma se puede salvaguardar la vitalidad y el espíritu del arte antiguo al lado de la industria moderna que es necesaria para el desarrollo.

Además del arte artesanal inherente al patrimonio, la escuela albergó el estudio del artista pionero Mariano Bertuchi, quien realizó trabajos memorables en el ámbito de las artes plásticas tales como cuadros al óleo, acuarelas y dibujos de diferentes técnicas, portadas de libros y revistas, carteles, sellos de correos, obras plásticas de impronta formal y otros.

El estudio de Bertuchi se encontraba en la primera planta, al final del pasillo donde se colgaban las alfombras elaboradas en el taller de la escuela. En su estudio el artista planificaba y contemplaba sus proyectos ya que la escuela no era el único motivo de su trabajo, sino que también trabajaba en sus cuadros, dotados de gran luminosidad y colorido.

En honor a este gran creador, a quien se considera el padre espiritual de las artes plásticas modernas y un enamorado de las artes patrimoniales de Tetuán, se realizó un homenaje en la plaza adyacente a la Escuela de Oficios y Artes Nacionales. En el exterior de la escuela se inauguró el 29 de julio de 1949 una plaza rotulada con su nombre.

El artista Mariano Bertuchi falleció en Tetuán el 20 de junio de 1955. Lo sucederá en el cargo el inspector de Bellas Artes y director de la Escuela de Artes y Oficios Nacionales, el artista granadino Manuel Maldonado Rodríguez, el 1 de abril de 1956. Sería el artista Carlos Gallegos quien se encargaría de la administración de la Escuela Preparatoria de Bellas Artes.

Mariano Bertuchi tuvo una gran importancia en la estética patrimonial así como en la creación de una nueva expresión artística moderna en el mundo de la imagen en Tetuán y Marruecos. Antes de la renovación artística que había realizado Mariano Bertuchi en la sociedad tetuaní y en el norte de Marruecos, cabe destacar la presencia de otro granadino, Sidi al Mandari, que llegó a Tetuán en 1492, a causa de la emigración de los andalusíes del Reino Nazarí, un hombre muy preocupado por el conocimiento y los valores estéticos. En la historia de Tetuán, no volveremos a encontrar este interés por la artesanía hasta la fundación de la Escuela Preparatoria de Bellas Artes en 1945.

La ciudad de Tetuán —y todo el norte de Marruecos— conoció durante el Protectorado español numerosas actividades artísticas debido al gran número de pintores españoles y marroquíes. Esta afluencia proporcionó un patrimonio artístico de gran consideración que atrajo la atención de muchas personas interesadas por las artes plásticas de Tetuán o por su estudio. Todas ellas quedaron impresionadas por la abundancia de la producción artística relacionada con la ciudad y sus bellezas naturales. Tetuán ha inspirado un gran número de obras de arte a lo largo de sus diferentes etapas históricas. Representados con diferentes estilos y técnicas, sus mercados, mezquitas, jardines y casas han sido objeto de pinturas, dibujos, grabados, etc.

Aunque Tetuán comparta numerosas características con otras ciudades antiguas de Marruecos, sin embargo se distingue de ellas por su autenticidad artística, resultado de su situación estratégica y de su relieve montañoso con vistas al Mediterráneo, un mar que es cuna de civilizaciones y ha permitido que el pueblo marroquí conozca desde antaño diferentes culturas, de las que aprendió los valores de la paz y la tolerancia en sus relaciones con los fenicios, los cartagineses, los romanos y otros.

La variedad del elemento humano, que es resultado del hecho de que la ciudad no ha cesado de atraer a musulmanes, judíos, cristianos y personas provenientes de las montañas del Rif, de Fez, de Al-Ándalus y de Argelia, ha sido una gran baza para Tetuán. Esta diversidad ha sido la base de una sociedad avanzada cultural, social y artísticamente; una sociedad educada en el arte y sus obras artísticas que han hecho de Tetuán, de sus calles, puertas, minaretes y jardines, todo un monumento.

La educación artística como parte integrada en la vida de los tetuaníes; la presencia y el contacto con la belleza de sus tesoros, mosaicos y decoraciones realizadas en madera, alfarería, yesería, hierro y cuero, así como los bordados, taraceas y joyas han contribuido al enriquecimiento del potencial artístico de esta ciudad. También ha contribuido a esta educación artística el patrimonio arquitectónico de Tetuán, una enorme diversidad de formas arqueadas y líneas multidimensionales agrupadas en un tejido urbano que unifica caminos y callejas, donde luz y sombra muestran la casta belleza de las casas, anunciando su intimidad de colores en armonía con la vida y la música del agua. Gracias a este patrimonio, herencia de anteriores civilizaciones, los tetuaníes, sin distinción, han desarrollado una alta sensibilidad hacia la belleza, siendo percibida con facilidad a través de su producción, conducta y relaciones.

Una visión general del arte plástico popular de Tetuán nos remite a cuatro estilos artísticos, con puntos comunes que trascienden sus particula-

ridades. Las circunstancias políticas, económicas, espirituales y sociales que ha vivido Tetuán desde finales del siglo XV hasta principios del siglo XX han influido sustancialmente en su génesis y conformación.

El primer estilo, denominado *andalusí,* de notable influjo en los estilos posteriores, surge con la llegada de los primeros inmigrantes andalusíes tras la caída de Granada en el año 1492. Las circunstancias que rodearon este movimiento migratorio, unidas a la crisis económica que vivió Tetuán durante el siglo XVI, generaron un arte dominado por la simplicidad de las formas y la profundidad de la expresión, que habría de proyectarse sobre las artes en expansión de la zona del Rif.

Tras la inmigración de los moriscos hacia Tetuán a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, la ciudad vivió artísticamente una nueva era, marcada por una visión innovadora. La construcción se fundamenta en arcos y pilares cuya principal característica va a ser la simplicidad de los modelos decorativos tanto en la pintura, los textiles y la madera —con predominio del blanco y la ausencia de colores vivos— como en los mosaicos. La influencia ejercida por los moriscos perdurará a lo largo de un siglo. Durante el siglo XVIII, Tetuán avistará el horizonte del arte oriental, abierto por las relaciones comerciales y espirituales que la unen con algunas ciudades del Imperio otomano. Una influencia que se reflejó esencialmente en el campo del bordado y la construcción.

A principios del siglo XIX, la sociedad tetuaní vivió profundos cambios. Aparece una nueva aristocracia que aprovechará con igual eficacia su cooperación con el Majzén y el comercio con Europa y Oriente. Se construyeron casas magníficas gracias a los materiales de construcción provenientes de Europa, sobre todo el hierro. Por su grandiosidad se asemejaban a los palacios del estilo de Fez, signando el arte tetuaní con un nuevo aire en el que predominaban los grandes espacios, la abundancia de decoración y el refinamiento de líneas y colores. Los azulejos decoraban profusamente las casas; y los muebles estaban inspirados en patrones españoles y europeos.

A pesar de la entrada de nuevos elementos, el arte popular tetuaní supo, gracias a su autenticidad, conservar su encanto y presencia hasta la llegada del Protectorado que introdujo el estilo occidental con todas sus técnicas, instrumentos y formas de expresión.

El primer contacto de Tetuán con el arte occidental moderno o arte del caballete se remonta a los años sesenta de la década del siglo XIX, tras la Guerra de África y su posterior ocupación por los españoles desde 1860 a 1862. Esta ocupación propició la apertura de la ciudad en muchos ámbitos, como el teatro (los españoles construyeron el primer teatro en Marruecos,

llamado Isabel II) y la prensa (el diario *El Eco de Tetuán*). En la música introdujeron nuevos instrumentos musicales. De igual forma, los artistas e intelectuales tetuaníes tuvieron la oportunidad de abordar la cultura y el arte español.

El resplandor de la ciudad atrajo a gran número de artistas extranjeros como el español Mariano Fortuny, quien la visitó tres veces desde 1860, cuando preparaba sus lienzos sobre la Guerra de África a instancias de la Diputación de Barcelona. Varios cuadros del artista inmortalizaron esta visita, como su famoso cuadro *La Batalla de Tetuán*. Maravillados por la belleza y el encanto de la ciudad, otros muchos sintieron el influjo tetuaní, creándose una escuela de artistas orientalistas y románticos españoles, en la que destacaron, entre otros, José Tapiero, José Navarro Llorens, Antonio Muñoz Degrain y Gonzalo Bilbao.

Durante el Protectorado, los artistas españoles continuaron interesándose por Tetuán. Sus obras, ya menos influenciadas por el estilo orientalista del pionero Fortuny, se hallaban más cercanas a la realidad social, artística y arquitectónica de la ciudad; y buscaban como referentes las nuevas técnicas y corrientes inspiradas en los modelos occidentales: realismo, impresionismo y fovismo. Esta segunda generación de artistas españoles, fascinados por la belleza de las artes de Tetuán, trató de abordar la cultura y el patrimonio de la ciudad a través de la expresión artística.

El artista Mariano Bertuchi es la figura más prominente de esta generación. Su gran admiración por la vida y el patrimonio marroquí lo llevó a visitar varias veces el norte de Marruecos. Su primera visita fue a Tánger en 1889. En 1928 se instaló definitivamente en Tetuán, que le recordaba a su ciudad natal, Granada, alimentando en él la nostalgia del arte islámico andalusí.

En un primer momento fue nombrado director de la Escuela de Artes y Oficios Nacionales, además de inspector de los sitios monumentales y el museo etnográfico. Asimismo, Bertuchi veló por la protección de los oficios artesanales, preservándolos de los efectos negativos que provocaba la competencia extranjera. Igualmente veló por el mantenimiento del patrimonio, herencia de las diferentes civilizaciones; y, de idéntico modo, por el enriquecimiento y difusión internacional de la ciudad. Bertuchi contribuyó también en el desarrollo de los planes arquitectónicos inspirados en el estilo predominante de Granada. Diseñó además portadas de libros y revistas, carteles y sellos —de los que llegaron a imprimirse hasta veinte ediciones— que contribuirían a dar noticia de Tetuán en el exterior, gracias a los turistas y los comerciantes, judíos e indios sobre todo. Su propia obra, ex-

puesta en múltiples exposiciones internacionales, fue un reclamo de primer orden y reflejo notorio de la admiración que sentía por su amada Tetuán. En ella queda testimoniada la evolución de su estilo y el vigor del lenguaje utilizado para plasmar figuras y paisajes, siguiendo los cánones del estilo impresionista dominado por el contraste de las luces y sombras. Sin embargo, la interpretación de las obras de Bertuchi difiere según los temas. Se observan variaciones notables en el tratamiento de rituales, tradiciones y los diferentes paisajes rurales y urbanos.

Aunque Tetuán convirtió a Bertuchi en un historiador del arte y un inmejorable comisario del esplendor de la ciudad en numerosos eventos internacionales, el mayor logro realizado por Bertuchi —por el que su nombre ha quedado inmortalizado— fue la creación de la Escuela Preparatoria de Bellas Artes de Tetuán. Tras la apertura oficial del conservatorio musical hispano-marroquí, era necesario completar el campo de los estudios artísticos en Tetuán. Bertuchi veló para que la Administración del Protectorado español creara un instituto de Bellas Artes. Esta escuela fue fundada con el objetivo de activar el movimiento artístico de la región jalifiana ofreciendo una formación artística a los estudiantes españoles y marroquíes —musulmanes y judíos—, que se considerasen más dotados o sintieran una especial pasión. Esta formación preparatoria, donde aprendían a conocer las especialidades técnicas y teóricas de la expresión artística, les permitía proseguir posteriormente sus estudios en las escuelas superiores de España.

Mariano Bertuchi fue también el responsable de la gestión administrativa y pedagógica. La escuela se inauguró el 12 de diciembre de 1945, en el lugar donde se encontraba el Centro de Estudios Marroquíes, edificio que actualmente es propiedad de la Delegación del Ministerio de Educación. Se componía de tres aulas, todas ellas dedicadas a la enseñanza del arte. Tras la exitosa experiencia de un año, y por Decreto jalifiano con fecha de 27 de noviembre de 1946, se funda de forma oficial la escuela. Según el Decreto, la escuela estaba subordinada directamente al inspector de Bellas Artes, el artista Mariano Bertuchi.

Asimismo, según el Decreto, el plan de estudios de la escuela debía contener cuatro asignaturas: Dibujo antiguo, Historia del Arte, Color y Escultura. La elección del profesorado debía realizarse entre artistas especializados y titulados por las escuelas superiores de Bellas Artes, con la excepción de los profesores de Historia del Arte. Era condición pertinente que los estudiantes matriculados hubieran superado los estudios de primaria, siendo posible la homologación con los cuatro primeros años de secundaria u otros estudios equivalentes.

Mariano Bertuchi fue nombrado oficialmente director de esta Escuela Artística Preparatoria hasta el año 1947. Componían el claustro:

— Carlos Gallegos, profesor de Dibujo.
— Tomás Fernández Souinir, profesor de Escultura y modelado.
— Guillermo Gustavino, profesor de Historia del Arte.
— Araceli González, profesora de Color.
— Alejandro Tomillo, profesor adjunto de Escultura y modelado.
— María Jesús, profesora de Pintura.
— Faouzi, profesor de Pintura decorativa.

Las clases eran impartidas de forma diaria, a razón de dos días de clase para cada asignatura. Los talleres libres estaban abiertos toda la semana. Dada la sólida formación académica que se ofrecía a sus titulados, estos fueron recibidos con honores en las escuelas superiores españolas como por ejemplo la Escuela Santa Isabel de Hungría de Sevilla y la Escuela de San Fernando de Madrid, a pesar de la dificultad de sus exámenes de acceso. Particularmente, recibieron un gran número de premios y becas de honor. Entre los egresados, citamos a Amadio Freixas de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid en 1951 y a Antonio Moya de la Escuela Santa Isabel de Sevilla en 1950 y 1951.

La escuela estaba reservada para los estudiantes españoles y algunos estudiantes judíos marroquíes. No fue hasta finales de los años cuarenta cuando los marroquíes musulmanes pudieron acceder. Este retraso se debió a las ideas tradicionalistas y las sensibilidades religiosas que reflejan la visión conservadora de los marroquíes hacia la representación de la imagen y las artes figurativas.

A Mariano Bertuchi se debe el descubrimiento del joven marroquí Mohamed Sarghini, muy dotado artísticamente, a quien concederá una beca para estudiar en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, en el año 1943. Sarghini puede considerarse como el primer marroquí que estudió el arte pictórico de manera académica, así como será Thami el Kasri Dad el primer escultor marroquí egresado de esta escuela madrileña. Tras ellos vendrían el Yazid Ben Issa, Abdellah el Fakhar, Meki Megara, Mohamed Naciri, Saad Ben Seffaj y otros artistas de Marruecos.

Las artes plásticas conocieron en Tetuán y en el norte de Marruecos numerosos cambios y progresaron significativamente en todas las etapas. La escuela ha sido considerada como un faro luminoso para todas las generaciones y una fuente en la que brotaron las investigaciones y las ideas revolucionarias. No se puede hablar de las artes plásticas de Tetuán sin tornar

la vista a la Escuela de Bellas Artes y a las etapas positivas por las que ha pasado, pedagógicamente, desde de su creación a la actualidad.

Cinco son las generaciones artísticas de la Escuela de Bellas Artes que podemos clasificar:

La primera generación comprende de 1945 a 1956 y nos remite a la Escuela Preparatoria de Bellas Artes de Tetuán. La segunda generación va de 1957 a 1993, y corresponde a la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Tetuán. La tercera generación se vincula a la fundación del Instituto Nacional de Bellas Artes de Tetuán en 1993, llegando hasta nuestros días. Actualmente este instituto es una institución universitaria superior.

El periodo de la segunda generación coincide con la independencia de Marruecos y conocerá numerosos cambios radicales, incluyendo la reubicación de la Escuela de Bellas Artes a su nueva ubicación, inaugurada por el rey Mohamed V en 1957, bajo la nueva denominación de Escuela Nacional de Bellas Artes. En esa época fue nombrado director de la escuela el artista Mohamed Sarghini, y los profesores eran artistas marroquíes titulados en las escuelas superiores españolas. Estos profesores tuvieron el merito de la *marroquinización* de la escuela y del anclaje de la identidad artística marroquí. Muchos artistas marroquíes titulados —pintores, escultores, decoradores— ampliaron estudios posteriores en diferentes escuelas y academias europeas. Todos ellos desarrollaron las artes plásticas de Tetuán y Marruecos, y las enriquecieron con sus métodos e ideas, lo que permitió a las artes plásticas marroquíes de los años setenta y ochenta disfrutar del respeto y el aprecio del mundo árabe, el continente africano y la comunidad internacional.

La tercera generación de artistas de la escuela artística de Tetuán se inicia en los años noventa con la creación del Instituto Nacional de Bellas Artes en virtud del Decreto ministerial núm. 2-93-135 del 29 de abril de 1993. Al instituto le fue confiada la formación de cuadros superiores en el campo de las artes plásticas, con una duración de cuatro años de estudios. Fue necesaria la creación de este instituto para atraer a los jóvenes artistas marroquíes y extranjeros, y responder así a las exigencias de cualificación en la vida científica y artística. Con este fin, los métodos de programación y orientación se modernizaron y racionalizaron para aumentar la producción artística, educativa y profesional, lo que permitió al estudiante integrarse en el mundo de la vida creativa y científica.

La formación en el instituto estará orientada principalmente hacia el aperturismo —tanto a nivel nacional como internacional— en lo concerniente a nuevos horizontes en materia pedagógica y docente, así como en términos de progreso artístico, creándose colaboraciones y acuerdos de coo-

peración e intercambio entre institutos, centros y asociaciones culturales, económicas, sociales, nacionales e internacionales. El instituto participó también en el desarrollo artístico, social y económico para formar cuadros activos a fin de hacer progresar el movimiento artístico, cultural y económico del país.

Los primeros titulados del instituto, graduados en la segunda mitad de los años noventa, han sido jóvenes creadores que, sin renunciar a los pilares de su identidad cultural y artística, se sintieron atraídos por una experiencia artística contemporánea inspirada en las últimas novedades artísticas y científicas, gracias a la profusión de los medios de comunicación y los conocimientos de nuestra aldea global. Sus diferentes creaciones, plenas de experimentalismo, han desarrollado una gran profundidad conceptual, haciendo uso de nuevos materiales e instrumentos elaborados en su mayoría en el ámbito del patrimonio y la vida cotidiana de la sociedad marroquí. Las formas y construcción de sus creaciones pertenecen a la corriente artística contemporánea. Esta primera promoción ansiaba convertir la escuela de Tetuán en una escuela internacional capaz de hacer frente a los desafíos de la globalización.

La Escuela Plástica de Tetuán se encuentra profundamente ligada a la Escuela de Bellas Artes (Escuela Preparatoria, Escuela Nacional, Instituto Nacional). Las diferentes generaciones de titulados han asimilado a la perfección las enseñanzas de sus profesores y los programas y métodos desarrollados siguiendo las últimas novedades artísticas, culturales, nacionales e internacionales. Para tener un óptimo conocimiento de la trayectoria artística de esta prestigiosa escuela marroquí, debemos recorrer el trayecto de las cuatro primeras generaciones para finalmente llegar a la quinta en los años sesenta.

A pesar de las diferentes experiencias, los artistas de la Escuela Plástica de Tetuán —herederos de la influencia pictórica del célebre pintor Mariano Bertuchi— son conocidos en la escena artística marroquí por su personalidad particular y su aprendizaje singular. La escuela artística de Tetuán es considerada como un fenómeno social, cultural y artístico en el espacio cultural marroquí. Su autenticidad contribuye al patrimonio marroquí-andalusí y al dialogo con las novedades del arte internacional moderno y contemporáneo. Estos artistas no solo han sido conocidos por su sólida formación, sino también por su amor común al color blanco y por Tetuán que es la fuente de su sensibilidad e inspiración.

Como agradecimiento a Bertuchi, padre espiritual y fundador de esta escuela pictórica, se celebraron en su honor diversos homenajes. El primero fue una exposición de pintura en 1969, organizada por el Consulado de

España en Tetuán. El Ministerio de Cultura marroquí organizó en 1992 un concurso de pintura en el que participaron estudiantes de las escuelas de Bellas Artes del Mediterráneo bajo el nombre de talleres de Mariano Bertuchi y, desde 1993, la Papelera de Tetuán organizó concursos para los jóvenes con el nombre *Premio Mariano Bertuchi de pintura*. Igualmente, la asociación filatélica *La Paloma Blanca* organizó una exposición de sellos realizados por el artista. En el año 2000, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Comité Averroes (España-Marruecos), le Ministère des Affaires Étrangères et de la Cooperation du Royaume du Maroc, le Royaume du Maroc, le Ministère des Affaires Culturelles, la Asociación Medina (Antiguos residentes españoles en Marruecos) y la Fundación Wafa Bank organizaron una exposición de sus obras en la Escuela de Artes y Oficios Nacionales con el nombre de "Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos", inaugurada por el presidente de Gobierno español de entonces José María Aznar. Debido a su personalidad histórica, el Museo de Tetuán de Arte Moderno le otorgó, dentro de sus salas, un espacio honorífico a sus obras, donde puede contemplarse *La Fantasía* que, tanto artísticamente como por su gran tamaño (2x3 metros), es considerada como la joya de la corona del Museo. En el año 1986 se inauguró una galería de arte en el ensanche, con su nombre. En el año 2010, trasladaron el nombre de la galería a la Escuela de Artes y Oficios Nacionales en la ubicación donde se encontraba su taller personal y donde realizó sus obras históricas, las que inmortalizaron su legado, considerado como uno de los símbolos capitales de la amistad hispano-marroquí.

Bibliografía

Vallina Menéndez, S.: *Mariano Bertuchi: pintor de Marruecos*, Barcelona: Lunwerg Editores, 2006 (Libro catálogo de la exposición "Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos", celebrada en el año 2000).

Pleguezuelos, J. A.: *Mariano Bertuchi y San Roque*: Editorial Albalate, 2008.

Transmisión oral de antiguos artesanos y artistas.

Valderrama Martínez, F.: *Historia de la acción cultural de España en Marruecos 1912-1956,* Tetuán: Alta Comisaría de España en Marruecos, Delegación de Educación y Cultura, Editora Marroquí, 1956.

Una mirada al mundo marroquí a través de la pintura española, desde la Guerra de África (1859-1860) hasta el fin del Protectorado (1956)

Enrique Arias Anglés

1. Marruecos en el orientalismo pictórico español

Preludio en tiempo de paz

El interés pictórico por Marruecos no se despierta en España hasta prácticamente el siglo XIX, y lo hará, al menos inicialmente, siguiendo los dictados del orientalismo romántico europeo, que, tanto en literatura como en pintura, constituyó uno de los pilares sobre los que se sustentó y desarrolló gran parte del movimiento conocido en la cultura europea como el Romanticismo, del que el exotismo venía a ser uno de sus ingredientes principales.

Y el exotismo que más próximo en el espacio tenían los europeos era el del mundo musulmán, pero que paradójicamente también era para ellos, a su vez, lejano en el tiempo, ya que veían en ese mundo no solo una cultura ajena, sino además estancada en valores, usos y costumbres de una ya tan lejana época como era el Medioevo, tiempo añorado, por sus valores, por los románticos. Así, el exotismo musulmán, venía a reunir para los románticos dos ingredientes esenciales anhelados por esa corriente cultural: la evasión en el espacio y en el tiempo; la lejanía física y la espiritual.

Sin embargo, la visión que los románticos se conformaron de dicho mundo fue, la mayoría de las veces, sesgada, ya que pocos tomaron contacto directo con los países musulmanes viajando y realizando estancias en ellos; algunos más lo hicieron esporádicamente, con cortedad temporal; y la mayoría tuvo una aproximación al mundo oriental meramente literaria, alimentada por textos plagados de fantasías y por las imágenes, más o menos acertadas, que las pinturas y grabados de artistas que por ese mundo viajaron les ofrecían. Así pues, por lo distante y desconocido que, a todos los niveles, resultaba el mundo musulmán a la mentalidad europea de aquel momento —con excepción de algunos sectores académicos—, ello hizo que esa falta de conocimiento pusiese en ese mundo elementos que, unas veces, no se correspondían con la realidad, y otras, aunque existiendo, fuesen magnificados por la fantasía romántica, viendo más lo que su imaginación desbordada deseaba ver que lo que se correspondía con la realidad. Así elementos como la sensualidad rayana en el erotismo, la riqueza y el lujo desmedidos o la violencia y la crueldad más inusitadas y sádicas se expresaron con una fantasía, en muchas ocasiones, digna de un cuento de *Las mil y una noches*, obra que ya por entonces traducida y difundida socialmente en Europa contribuyó grandemente a la creación de esa visión fantasiosa y de ensueño, a que nos referimos, que propició la mentalidad romántica europea.

Pero, centrándonos ya en el tema pictórico, que es el que aquí nos ocupa, y por lo que respecta a España, digamos que su pintura orientalista —nomenclatura universal para este género pictórico de tema musulmán en toda Europa— está marcada por unos parámetros geográficos y políticos que, aunque restrictivos, fueron a su vez muy enriquecedores pues propiciaron un acercamiento de carácter muy realista a un determinado mundo musulmán: el marroquí. Marruecos es, desde luego, el país de cultura musulmana que más está presente en la pintura orientalista española (Capelástegui: 1987, 24), por lógicas razones de vecindad, aunque la mayoría de las veces lo fuese más por mala que por buena. España tenía al Oriente —a la vez cercano y lejano—, al otro lado del Estrecho de Gibraltar, por lo que Marruecos habría de jugar forzosamente, como decimos, un papel protagonista en la pintura orientalista española, ya desde sus mismos orígenes.

Las conflictivas relaciones —la mayoría de las veces—, habidas entre España y Marruecos a lo largo de la historia, tuvieron su prolongación en el siglo XIX y principios del XX, originando una serie de enfrentamientos, de mayor o menor importancia, que irían en progresivo aumento a partir

de la llamada Guerra de África de 1859-1860, y que jugarían un papel decisivo en la orientación y desarrollo de la pintura orientalista española. Pues, si bien el orientalismo pictórico español se origina claramente en la exótica y fantástica visión que del Oriente fraguó el Romanticismo europeo, como parte integrante del mismo (Arias: 1988, 34), posteriormente estos conflictos determinaron tanto el interés de la sociedad española por Marruecos, como la visión que esta se formó de dicho país. Este acercamiento a una realidad cultural e histórica diferente, aunque fuese por la fuerza de las armas, desarrolló una directriz de visión mucho más realista que la que tuvieron en general —con sus excepciones, claro está—, los pintores orientalistas europeos durante el siglo XIX.

Pues aunque la pintura orientalista española participa, ya desde sus inicios, como decimos, de todos los tópicos y mitificaciones que la cultura romántica europea había generado sobre el Oriente (Arias: 1995, 48-51), sin embargo, cuando algún artista se decide a cruzar el Estrecho de Gibraltar, teniendo así la oportunidad de conocer de forma directa la sociedad marroquí y acercarse a su mundo habitual y real, la tópica visión sobre el Oriente, característica del pintor europeo, desaparece para acercarse a una realidad que el artista nos muestra muy próxima, conquistado por el encanto de un mundo para él oriental y extraño, pero próximo en su humana cotidianidad.

Esta dualidad de visión, estas dos diferentes maneras de ver al Oriente por parte de los pintores románticos españoles, se manifiesta muy tempranamente, pues lo hace ya en los mismos inicios de la pintura orientalista española, que surge en la década de los años treinta del siglo XIX, estando claramente representada en los dos pintores que, prácticamente, podemos considerar como los iniciadores del orientalismo pictórico español. Nos referimos al gallego, residente en Madrid, Jenaro Pérez Villaamil (1807- 1854) y al sevillano José María Escacena y Daza (1800-1858), quienes tuvieron al mismo maestro que los introdujo en el género orientalista: el pintor romántico escocés David Roberts (1796- 1864). Este, durante su viaje por España, entre 1832-1833, estuvo una temporada larga en Sevilla, entablando amistad con ambos pintores españoles, que en dicha ciudad se encontraban, influyendo fuertemente en la visión pictórica de estos (Arias: 1986, 45-47; Jiménez, 286-287). Sin embargo, los dos siguieron luego derroteros bien diferentes, tanto en la técnica pictórica como en la temática. Pérez Villaamil nunca llegó a visitar Marruecos, practicando un orientalismo de fantasía romántica (Arias: 1998 a, 1-15), mientras que, por el contrario, Escacena y Daza viajó tempranamente a Marruecos, ejecutando pinturas directamente tomadas de la realidad cotidiana de la vida marroquí.

Según esto, podemos afirmar que tanto la pintura orientalista de tipo literario o imaginativo como la que recibe su inspiración de la más estricta realidad del mundo marroquí —como nuestro Oriente más próximo— se producen simultáneamente en España, coexistiendo así a lo largo de todo el siglo XIX y primeros años del XX, en que, paulatinamente, se irá imponiendo la realidad sobre la fantasía.

De esas dos líneas pictóricas anteriores, trataremos fundamentalmente —por ser la que nos interesa en este trabajo— la de acercamiento a la realidad marroquí, dándonos la pauta para ello, a modo de obligada introducción, la figura de José María Escacena y Daza (Arias: 1999, 279-287) por su carácter de precursor. Como hemos dicho, este viajó en fecha muy temprana a Marruecos, en 1834, tomando así directo contacto con la realidad de dicho país (Arias: 1999, 283-285), lo que le permitió aproximarse en sus pinturas a las escenas populares marroquíes sin ningún tipo de prejuicio. Lamentablemente, la escasa repercusión que la pintura de Escacena y Daza tuvo en la España de la época romántica, quedando constreñida al panorama andaluz, hizo que su temprano orientalismo de inspiración en la realidad marroquí quedase postergado y, posteriormente, olvidado.

Como consecuencia de dicho viaje, Escacena y Daza realizó toda una serie de obras con asuntos marroquíes, de las que, lamentablemente, solo nos quedan noticias de una media docena. De estas, tres pertenecieron a la colección de los duques de Montpensier, llevando los títulos de *Paisaje africano con una tienda de campaña*, *Pastor árabe* y *Retrato del Cid Mustaphá el Hasany* (Catálogo de los cuadros, 56-57, nº 278, 279 y 282). Además de estas, sabemos de otra —citada por el propio artista en un documento oficial del archivo de la Academia de San Fernando—, como pintada por él en Tánger en 1834 y que el propio pintor titula *Dos jefes árabes* (Arias: 1986, 508, doc. nº 193). Y, por último, nos referiremos a las dos únicas que nos son conocidas, hasta el presente, por imagen. Fueron publicadas por Dizy (1997: 80-81), y constituyen el exclusivo testimonio de que disponemos, a día de hoy, para hacernos una idea de su pintura orientalista, siendo, por tanto, testigos inapreciables de su realismo al abordar la visión del mundo marroquí. Sus títulos oficiales son *Ante una casa, Marruecos* y *A la entrada de un café marroquí* (ambas en colección particular).

Los títulos de los cuadros citados, así como los asuntos de los dos que le conocemos, nos muestran claramente su decidida aproximación a la realidad cotidiana del pueblo marroquí, sin ningún tipo de concesión a visiones de fantasía. Pero además, los que le conocemos nos descubren la forma en que son abordados por el pintor sevillano estos —para él tan exóticos—

asuntos marroquíes; ya que la concepción de los mismos nos revela que son afrontados, por Escacena y Daza, con una proximidad y una visión similar a la que utilizaban los pintores sevillanos del Romanticismo para acometer la recreación de escenas costumbristas andaluzas. Dicho más sencillamente, lo que se produce es un trasvase cultural: el pintor sustituye el folclorismo andaluz por el exotismo marroquí, realizando también la misma transmutación respecto a los escenarios. O sea, Escacena y Daza trata los asuntos marroquíes con semejante proximidad con la que un pintor sevillano abordaría el costumbrismo andaluz.

Por lo que se refiere al estilo y técnica pictórica empleados por Escacena y Daza, en esas dos obras que de él conocemos, hemos de precisar que la suavidad de su empaste y su claridad lumínica hacen que nos recuerden a las obras orientalistas del pintor inglés John Frederick Lewis (1804-1876). Este artista británico estuvo también por esas fechas de 1830 a 1833 en Sevilla; y de su visión finamente naturalista del asunto oriental, liberada de prejuicios y de artificios dramáticos y basada en una observación aguda de la vida cotidiana de ese mundo, parecen participar estas obras del pintor español; eso sí, sin alcanzar la finura y calidad de Lewis.

El hecho de que Escacena y Daza pudiese aproximarse a la sociedad marroquí con esa mirada tan libre de prejuicios fue debido a que España no tuviera ningún conflicto importante con el Imperio marroquí en esos momentos, lo que le permitió contemplar, libre de recelos, la vida sencilla y cotidiana de una sociedad cuyas ocupaciones y preocupaciones no distaban mucho de las de cualquier otro pueblo. Este acercamiento incipiente al mundo cotidiano marroquí, que sería más frecuente después entre determinados orientalistas españoles, concretamente a partir de la Guerra de África de 1859-1860, es lo que convierte a Escacena y Daza en un precursor.

2. De la Guerra de África al Protectorado: dos visiones pictóricas de encuentros y desencuentros

2.1. La mirada fascinada de un encuentro

Pero esas circunstancias cambiaron al estallar la llamada Guerra de África de 1859-1860, que encendió los ánimos de la nación española, al pretextarse que se emprendía con el fin de castigar el agravio a la patria producido por el ataque de unas *kábilas* a las defensas de Melilla. Pero, aunque realmente eso ocurrió, se magnificó tanto por motivos políticos internos como por incipientes intereses coloniales españoles sobre el territorio marroquí. Y así, con esta guerra, se inició esa larga y dolorosa etapa de conflic-

tivas relaciones entre España y Marruecos, que duró hasta que en 1927 se logró la pacificación del Protectorado. Estas espinosas relaciones y abiertos conflictos bélicos consiguientes determinaron, en gran medida, la visión que del mundo marroquí tendría, a partir de ahora, la sociedad española y, por consiguiente, también sus artistas. Digamos que esta mirada sería ya ambivalente. Así, nos encontramos con pintores que, a pesar de los conflictos y siguiendo una corriente minoritaria de la sociedad española, mantuvieron una visión bastante objetiva del mundo marroquí. Pero también es una realidad que los enfrentamientos bélicos fueron causa de otra mirada, menos tolerante y objetiva, que veía en el marroquí a un cruel e incivilizado enemigo; mirada que tuvo también su proyección en el arte. Esta imagen negativa del moro, larvada históricamente en el subconsciente colectivo español, está también vinculada a uno de los tópicos más característicos del orientalismo romántico europeo, al que ya anteriormente nos referimos, el de la violencia y la crueldad como elementos característicos del mundo oriental, si bien ahora potenciados por el encono propiciado por la guerra. De aquí en adelante, se produce la dicotomía que prevalecería ya, casi de forma general, en la visión que del mundo marroquí se forjaron los pintores orientalistas españoles.

Así pues, como se desprende de lo dicho, es un hecho que la Guerra de África actuó como un revulsivo en la sociedad española y, por lo que respecta al arte, paradójicamente vino a regenerar nuestra pintura orientalista al despertar un gran interés por Marruecos. Pero eso sí, originando, como decimos, dos visiones de dicho país bien diferentes y contrapuestas: la próxima al mundo marroquí, ejemplificada por la pintura de Fortuny; y la que ve en el rifeño a un enemigo cruel, sanguinario y traidor, representada por los pintores de la guerra, como luego veremos.

Aunque fueron muchos los pintores que, al abordar el tema oriental marroquí, se decantaron por mostrarnos en sus cuadros al cruel y salvaje moro, por las razones aducidas; sin embargo, la suerte quiso que el artista al que estaba reservada la renovación de la pintura orientalista española —y gran parte de la europea— se decidiese por mostrarnos la otra cara de esa moneda, separando con imparcialidad las brutalidades de la guerra de la visión objetiva y desapasionada del pueblo marroquí. Nos estamos refiriendo al gran pintor de Reus (Tarragona) Mariano Fortuny y Marsal (1838-1874), que enviado por la Diputación de Barcelona —de la que era pensionado en Roma— a Marruecos, como cronista gráfico a la Guerra de África, halló en el cotidiano exotismo marroquí, pletórico de luminosidad y exuberancia de colorido, un magnífico vehículo para su expresión artística, encontrando así

la definición de su estilo, una manera pictórica que le proporcionó proyección internacional. Fortuny se convirtió en un referente cultural de dicha guerra (Díaz de Villegas: 50), debido, sin duda, a la ósmosis que se estableció entre el mundo marroquí y su pintura, aportándole una nueva concepción, mientras que el pintor, por su parte, generó una nueva y original visión del pueblo marroquí. Se inicia así una directriz pictórica que dejaría profunda huella dentro de la pintura orientalista española de asunto marroquí, y que sería esencial en la concepción de una imagen de Marruecos que luego continuarían otros pintores. Muchos fueron los que la imitaron, sobre todo en lo que atañía a la técnica, pero la más pura esencia de la visión que de Marruecos originó la pintura de Fortuny fue continuada y consolidada, sustancialmente, por pintores como Tapiró y Bertuchi, constituidos en hitos imprescindibles que modelaron esa imagen desprejuiciada y veraz del mundo marroquí. Y hay que reconocerles a estos artistas el gran mérito de haberlo conseguido durante el discurrir de una etapa tan conflictiva, en las relaciones de España con Marruecos, como fue la que medió entre la célebre Guerra de África y la pacificación del Protectorado.

Fortuny, como decimos, aporta una mirada, cercana, costumbrista e intimista, en general, del mundo cotidiano marroquí, apoyada por su técnica preciosista y luminosa, constituyendo un lenguaje que rebosa entusiasmo por un mundo que lo cautivó y maravilló, y de la que son buenos ejemplos obras como *Marroquíes* (Museo del Prado, Madrid), *El encantador de serpientes* (Walters Art Museum, Baltimore), *Herrador marroquí* (Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona), *Jefe árabe* (Museo de Arte de Filadelfia) o la espléndida acuarela *El vendedor de tapices* (Museo de Montserrat, Abadía de Montserrat), solo por mencionar algunas de sus espléndidas obras de asuntos costumbristas marroquíes. Esa mirada próxima y entusiasta al mundo marroquí, de técnica preciosista, no se manifiesta únicamente en ese tipo de obras, sino que también se detecta en las pinturas de batallas de la contienda, que realizó por exigencias de su doble condición de pensionado de la Diputación de Barcelona y cronista gráfico de la guerra. Lo podemos ver en los dos espléndidos lienzos de *La batalla de Tetuán* (Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona) y *La batalla de Wad-Ras* (Museo del Prado, Madrid), en los que, aunque el pintor destaca el arrojo de las tropas españolas, la violencia de la lucha se nos muestra sin estereotipos de crueldad despreciativa hacia el enemigo marroquí; es más, si contemplamos el pormenor de algún grupo de caballería mora al galope, apreciamos arrogancia en los jinetes, fruto de esa mirada de admiración del pintor, que coincide con la misma fascinación que produjo en Pedro Anto-

nio de Alarcón —también cronista literario de dicha guerra— la visión de la airosa y gallarda caballería mora, atacando a las tropas españolas, según nos lo expresa en su *Diario de un testigo de la Guerra de África* (Alarcón: 90-91). Fortuny y Alarcón, testigos de dicha guerra, admiraron la arrogancia y valentía del enemigo marroquí, y así lo expresaron, uno con la palabra escrita y el otro con la imagen, que es, al fin y al cabo, otra manera de escribir.

Esta directriz de proximidad temática a la vida marroquí —a pesar de la guerra—, emprendida por Fortuny, tuvo una inmediata proyección en el pintor romántico, de Puerto de Santa María, Francisco Lameyer Berenguer (1825-1877) (Boix: 61-78; Santos: 78-83; Arias: 1998 b, 252-258). Lameyer gozó de una buena posición económica familiar y fue además oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada, viajando por el Extremo y Próximo Oriente y, tras la guerra hispano-marroquí de 1859-1860, lo hizo también por el norte de África en 1862, para coincidir con Fortuny en Marruecos en 1863 (Davillier: 27; Yxart: 59). Pero aunque su orientalismo marroquí coexiste cronológicamente con el de Fortuny, sin embargo, la visión que de dicho mundo nos muestra su pintura está expresada en un estilo pictórico totalmente diferente al del pintor de Reus, ya que lo hace en el más tradicional orientalismo del pintor romántico francés Delacroix, cuya obra lo fascinó en un viaje que realizó a París. Y esto es lo que define, fundamentalmente, su pintura.

Aunque Lameyer entró en contacto con Marruecos tres años después de la Guerra de África, el hecho de haber viajado por ese país junto a su amigo Fortuny debió de ser determinante en la visión que se formó del mundo marroquí, ya que, al igual que el pintor de Reus, no se dejó influir por los rencores derivados del conflicto bélico a la hora de encarar pictóricamente a dicha sociedad. Por ello, sin duda, su cercana visión del mundo cotidiano marroquí no difiere temáticamente mucho de la de su amigo Fortuny, pero al introducir en su pintura la expresividad —algo calenturienta— que le proporciona el fogoso neobarroco pictórico del orientalismo de Delacroix, ello hace que su visión difiera estilísticamente respecto de la de aquel. Esto lo podemos ver en obras como, por ejemplo, *Moros de Tetuán* y *Corriendo la pólvora* (Fundación Lázaro Galdiano, Madrid), *Zambra morisca* (Museo del Prado, Madrid) o *Mujeres judías de Tánger [Mendigo de Tánger]* (Museo de Arte Contemporáneo, Lisboa). Pero esa visión romántica y calenturienta del Oriente *delacroixiano* hace que Lameyer trascienda incluso, a veces, la amable temática costumbrista y se sumerja en otros aspectos de ese mundo que chocaban con los valores del civilizado Occi-

dente europeo, según podemos ver en obras como *Faquir en una mezquita de Tánger* (Museo de Arte Contemporáneo, Lisboa), cargado de morboso exotismo místico-religioso; y, en especial, el denominado tradicionalmente *Combate de moros* (Museo del Prado, Madrid), que representa realmente la masacre que negros *bukaras* llevan a cabo en una judería marroquí. Asunto este de fantasía literaria —aunque no sin alguna base real como tal hecho— con el que Lameyer se sumerge en uno de los tópicos más característicos del orientalismo en general, y del francés en particular: la violencia y la crueldad, como elementos esenciales de dicho mundo (Arias: 1988, 62-63).

2.2. La mirada de un desencuentro: los pintores de la guerra

Dentro del criterio de respeto al enemigo marroquí —que se manifiesta en los cuadros de batallas de la Guerra de África que tuvo que realizar Fortuny—, tenemos que incluir al sevillano Joaquín Domínguez Bécquer (1817-1879), quien en su cuadro *La paz de Wad-Ras* (Ayuntamiento de Sevilla) sigue una pauta aparentemente semejante a la de Fortuny y Alarcón, pero, en el fondo, partidista. El cuadro lo realizó por encargo del Ayuntamiento de Sevilla, para conmemorar la terminación de la guerra. Con el fin de documentarse para ello, el pintor viajó a Marruecos en 1863, con la embajada extraordinaria de Merry del Val. Sin embargo, la composición de dicha obra no resulta muy original, pues está claramente inspirada en *La rendición de Breda* (*Las Lanzas*) de Velázquez (Museo del Prado, Madrid), sin duda porque el similar tema de ambos lienzos —una rendición militar— se prestaba a ello y, además, porque la caballerosidad de O'Donnell para con el califa Muley-el-Abbas se podía parangonar con la de Spínola respecto a Justino de Nassau (Arias: 1988, 70-71). En teoría, según esa lectura, la hidalguía y generosidad de los españoles dignifican al vencido marroquí. Esto pudo ser verdad, y estar explícito en el cuadro, pero no debemos pasar por alto que con ello lo que realmente se está ensalzando también es la grandeza española; y la postura de humildad y sumisión que manifiesta la figura del orgulloso Muley-el-Abbas habla por sí sola. Una lectura nos lleva a la otra.

Pocos cuadros más se pintaron sobre la paz de Wad-Ras, asunto que, en principio, debiera haber despertado un mayor interés, por tratarse de una victoria de España, pero los españoles opinaban que existía una clara desproporción entre el gran esfuerzo bélico acometido y los escasos resultados conseguidos con el tratado de paz. Por ello, la paz de Wad-Ras los decepcionó y, por ello también, su atención se centró en los principales éxitos

bélicos de la contienda, que se granjearon el entusiasmo y la admiración de los pintores y del público, como la popularísima batalla de Tetuán, la no menos de los Castillejos y la terrible de Wad-Ras, que puso fin a las hostilidades entre Marruecos y España, con la victoria definitiva de las armas españolas. El público no deseaba ver la representación de una conferencia de paz que resultó menos ventajosa de lo esperado, sino emocionarse con el espectáculo de la valentía y las victorias de los soldados españoles arrollando a las hordas de salvajes *ḳábilas*. Por ello, frente a la imagen ennoblecedora que del enemigo marroquí nos mostraran Alarcón o Fortuny, surge paralelamente otra visión pictórica diferente de la Guerra de África, en la que los pintores nos muestran una imagen claramente partidista y negativa del enemigo, la del feroz y sanguinario moro.

Existen muchos ejemplos de cuadros de este tipo, pero creemos que podría ser paradigmático el del gerundense Francisco Sans y Cabot (1828-1881) que representa a *El general Prim, seguido de voluntarios catalanes y el batallón Alba de Tormes, atravesando las trincheras del campamento de Tetuán* (Museo de Montjuic, Barcelona), en el que vemos al general Juan Prim y Prats, sable en alto sobre su caballo, alzando este las patas delanteras —en media corbeta—, sobre los caídos moros, mientras que otros, despavoridos, huyen ante su presencia y el arrojo de sus tropas. En este cuadro no se dignifica al enemigo marroquí —al que se representa, además, con aspecto cruel—, sino que simplemente se le aplasta. Por añadidura, la pose de Prim es —y no es casual— la misma con la que la iconografía tradicional española representa a Santiago matamoros en la batalla de Clavijo. La equiparación no puede ser más significativa. Al servirse el pintor de esa popular iconografía para caracterizar al general Prim, lo transforma, en el subconsciente colectivo español, en un nuevo Santiago continuador de la Reconquista en tierras africanas, convirtiendo así esta guerra en una evocación del espíritu que animó a aquella.

Idéntica apreciación del adversario marroquí se nos manifiesta en el cuadro *Episodio de la Guerra de África en 1860* (Palacio del Senado, Madrid), del pintor malagueño de adopción, nacido en Portugal, César Álvarez Dumont (1866-1945), en el que se nos muestra a un enemigo de oscura piel y semblante feroz arrollado por el empuje de las tropas españolas. Este cuadro fue pintado en la tardía fecha de 1898, evocando las glorias de aquella guerra de 1859-1860, ante los ataques marroquíes al entorno de Melilla de 1871 y 1893-1894. Y no fue una excepción, ya que fueron muchos los cuadros referentes a la Guerra de África realizados con posterioridad a ella, al hilo de los sucesivos conflictos que, en una espiral ascendente de violen-

cia, se generaron entre Marruecos y España a partir de la paz de Wad-Ras. Estos altercados y ataques fronterizos despertaban en la memoria de los españoles las victorias de aquella guerra; y fueron la causa, sin duda, de la realización de estos tardíos cuadros con asuntos de la misma, recordando así al pueblo y al Gobierno que, ante estos nuevos ataques, la victoria seguía siendo posible. Y lo fue, porque debido a la importancia de los citados sucesos de Melilla de 1893-1894, se desató, inevitablemente, un nuevo conflicto armado entre España y Marruecos, que concluyó con la victoria del ejército español, mandado por el general Martínez Campos. Sin embargo, como, por un lado, el sultán no respetara los acuerdos que se le impusieron y, por el otro, se procediese a la ocupación española de la parte de Marruecos que le concedía el tratado hispano-francés de 1902, se originó así una nueva agresión en 1909, que llevó al descalabro español conocido como del Barranco del Lobo, compensado por la posterior victoria de las tropas españolas.

A partir de aquí, la progresiva escalada de los conflictos habidos con Marruecos a lo largo del siglo XIX alcanza su nivel máximo. Pero ya no responderá la sociedad española con la voz unánime y entusiasta que lo hizo cuando la Guerra de África de 1859-1860 e, incluso, posteriormente, sino que estará dividida con respecto al problema marroquí, debido a los cambios habidos en su seno a finales del siglo XIX. Factores de estos cambios fueron el pesimismo y desencanto generado en la sociedad por nuestro desastre colonial de 1898, los regionalismos y nacionalismos que este potenció, el nuevo e importante papel político de los partidos de izquierda y extrema izquierda y las luchas obreras de clase. Todo ello hace que, con el cambio de siglo, se produzca una profunda transformación en la actitud de buena parte de los españoles frente a los sucesos de África. Mientras unos —generalmente de derechas— siguen viendo en los agresivos rifeños a indómitos salvajes, crueles y sanguinarios, a los que hay que civilizar, otros —habitualmente de izquierdas— los contemplan como patriotas que defienden su independencia, rechazando cualquier nueva aventura colonial.

Pero, a pesar de esta división político-social, aún se seguirían produciendo cuadros elogiando la valentía y el noble sacrificio de los soldados españoles, por lo que, como lógica consecuencia, nos muestran, a su vez, al marroquí como un *kábila* sanguinario y traidor. Así lo ejemplifican dos cuadros del valenciano Antonio Muñoz Degrain (1840-1924). El primero, titulado *El cabo Noval* (Museo de Bellas Artes, Valencia), se refiere a los sucesos de Melilla de 1909, y en él se nos representa el heroísmo del cabo español, que sacrificó su vida por avisar a sus compañeros del campamento de un trai-

cionero ataque nocturno de moros que se hacían pasar por españoles (Catálogo oficial, 41, nº 424; García: 170-173). El segundo cuadro narra un heroico hecho acaecido durante el llamado desastre de Annual de 1921, en plena guerra por el Protectorado, cuando la imprudencia del general Fernández Silvestre ante la *ḳábila* de Abd-el-Krim hace que caigan las posiciones de Annual, Igueriben y Monte Arruit, produciendo un descalabro de miles de muertos. El cuadro se titula, gráfica y significativamente, *Los de Igueriben mueren...* (Museo de Bellas Artes, Málaga), en el que Muñoz Degrain nos describe el heroísmo del comandante Julio Benitez, que defendió hasta la muerte su pequeño fuerte de un numeroso ataque de moros (Rodríguez: 114, última lám.), dejando escrito en un muro del blocao que los de Igueriben preferían morir antes que rendirse. Otro pintor, Emilio Martínez Medal, insistiría en esos trágicos sucesos, realzando el heroísmo de los españoles frente a la traición de los moros. Se trata del cuadro titulado, significativamente también, *La traición de Monte Arruit* (Catálogo del Segundo Salón, nº 178), cuyo título es lo bastante gráfico como para que no necesite ningún comentario sobre la visión que la obra aporta de los marroquíes.

Vemos, pues, que, como no podía ser de otro modo, los sucesivos conflictos habidos con Marruecos, desde la Guerra de África de 1859-1860, tenían, por fuerza, que generar en la sociedad española una imagen negativa del marroquí que, necesariamente, se reflejó también en la pintura. Es la imagen turbia del moro malo —como la ha calificado Alfonso de la Serna—, consecuencia de esa serie de sangrientos conflictos, que han dejado en el alma española mala imagen y enconados sentimientos hacia el berberisco (Serna: 14). Ni que decir tiene que los cuadros que acabamos de mencionar representan la imagen plástica de esa progresiva visión negativa del marroquí a que alude De la Serna, por ello hemos querido citarlos a guisa de ejemplo.

3. La *moromanía* fin de siglo y el vanguardismo *fauvista* de Iturrino

Al margen de estas obras pictóricas que venimos mencionando, comprometidas ya sea con la paz o con la guerra, surge paralelamente en la pintura española de fines del siglo XIX otro tipo de orientalismo marroquí, al que podríamos calificar, en gran medida, de temática superficial y estética decadente, respondiendo más a los dictados de una moda de tipo aristocrático y burgués que a un compromiso con la realidad. Pues, a pesar de todo, las modas actúan, tanto en la paz como en la guerra. Y no debemos olvidar que detrás de las modas artísticas opera el dinero. Así pues, al socaire de toda esta serie de conflictos con Marruecos, se origina en la pin-

tura española una moda que buscaba la consecución de la fama y el dinero fáciles, al amparo del éxito artístico y comercial alcanzado por los cuadros orientalistas de asuntos marroquíes de Fortuny. Esto fue causa de la excesiva proliferación de pinturas de este tipo durante la segunda mitad del siglo XIX, generalmente de escasa calidad y menos información etnográfica, realizadas muchas de ellas por pintores mediocres —y no tan mediocres— que no vieron Marruecos ni desde esta orilla del Estrecho. Este es el fenómeno pictórico calificado en 1879 por Moja y Bolivar, en tono de chanza, como *moromanía* (Moja: 366-367).

En esta *moromanía* de estudio de pintor —salvo el caso de algunos pocos que realizaron un corto viaje al norte de África—, cayeron también pintores de calidad, como el murciano Juan Martínez Pozo (1845-1871), el palentino Serafín Martínez Rincón (1840-1892), el sevillano Manuel García Hispaleto (1836-1898), el barcelonés Francisco Masriera Manovens (1842-1902), el gerundense Tomás Moragas Torras (1837-1906), el sevillano Fernando Tirado y Cardona (1862-1907), el gaditano Salvador Viniegra y Lasso de la Vega (1862-1915), el madrileño —de Colmenar de Oreja— Ulpiano Fernández-Checa y Saiz (1860-1916), el madrileño Ricardo de Madrazo y Garreta (1852-1917), el barcelonés Antonio Fabrés y Costa (1854-1936) o el valenciano Manuel Benedito Vives (1875-1963). Fueron algunas de las excepciones aludidas el malagueño de adopción, nacido en Portugal, César Álvarez Dumont (1866-1945) y el sevillano José Villegas Cordero (1844-1921) que, aunque realizaron un breve viaje a Marruecos y tuvieron, por tanto, solo un superficial conocimiento del país, esto hizo, sin embargo, que consiguieran con sus obras orientalistas marroquíes de estudio una ambientación más cercana a la realidad. El resto de los citados —y otros más de menor calidad que no nombramos— pintaron, con mayor o menor acierto, escenas morunas, ya fuesen de interiores, representando a los consabidos faquires, esclavas, odaliscas o ficticios harenes, como de exteriores, reproduciendo a algún moro contador de cuentos o a caballo o llevando al hombro su espingarda junto a un famélico perro; todo ello pura fantasía, apoyada en una imaginería de revistas ilustradas o fotografías, pero lejos de la realidad marroquí. Inevitablemente, esta visión —generalmente meliflua, literaria, y siempre falsa— del orientalismo en general y del marroquí en particular, como ocurre con todo esnobismo, tuvo su momento, debilitándose con el tiempo hasta pasar de moda.

Simultáneamente a este tipo de falso orientalismo marroquí, y creciendo en fuerza a medida que ese la perdía, va surgiendo otro que, aunque incidiendo también en las escenas costumbristas, buscaba, sin embargo, una

más directa inspiración en la realidad de aquel mundo. Y esto se fue haciendo posible a medida que la progresiva pacificación de Marruecos permitió a los pintores españoles cruzar el Estrecho y poder entrar así en directo contacto con la vida cotidiana marroquí, como hizo anteriormente Fortuny. De esta forma —según nos dice el entonces famoso crítico de arte José Francés—, desde los primeros años del siglo XX, los artistas que abordan los temas pictóricos marroquíes componen sus asuntos basándose en la realidad, reproduciendo con mayor exactitud la luminosidad, los lugares, los tipos y las costumbres, abandonando cualquier clase de inspiración en frívolas fantasías o superficialidades literarias, propias de esnobismos aristocráticos (Lago).

Dentro de esta tendencia orientalista, de carácter más realista, podemos destacar, entre otros, a pintores como el gaditano —de Jerez— José Gallegos Arnosa (1857-1917), el valenciano —de Godella— José Navarro Llorens (1867-1923), el valenciano Antonio Muñoz Degrain (1840-1924), el también valenciano José Benlliure Gil (1855-1937), el sevillano Gonzalo Bilbao Martínez (1860-1938) o el sevillano —de Cantillana— Ricardo López Cabrera (1864-1950). Las obras de estos pintores nos muestran una mirada hacia el mundo cotidiano marroquí alejada de los *literaturismos* y ensueños orientalistas, propios de los esnobismos aristocráticos de la moda que hemos denominado *moromanía*. Sus cuadros están ejecutados, en general, con una técnica realista, luminosa, suelta y manchista, ofreciéndonos escenas callejeras, de zocos, de fiestas y de oficios, generalmente sin protagonismos concretos, salvo algún determinado tipo popular. Estas escenas suelen ser de una cotidianidad ramplona, realizadas al igual que si el pintor representase un acontecimiento o personaje de algún pueblo español, y cuyo exotismo solo radica en incluirlas en un ambiente enormemente extraño y alejado culturalmente del nuestro. Pero, precisamente por ello, su mirada dista mucho de ser próxima, pues es la de un visitante occidental que ocasionalmente se asoma a un mundo para él ajeno y con el que no se siente de ninguna manera identificado. Y en esto estriba lo que podríamos calificar como su inmanente exotismo. Pues, aunque no nos muestran ya la imagen amenazadora del moro malo, dejando, por tanto, a un lado cualquier aspecto negativo, sin embargo, tampoco encontramos en estos cuadros ningún tipo de aproximación afectiva hacia ese mundo; a lo más algún rasgo de simpatía hacia el mismo que pudiera despertar en el pintor su breve estancia en ese país. Si buscáramos una analogía moderna a la posición de estos pintores respecto a Marruecos, no nos confundiríamos mucho si la calificáramos de turismo pictórico.

Similar posición a la de estos pintores, respecto al mundo marroquí, es la que también mantuvo el santanderino Francisco Iturrino González (1864-1924) (Catálogo exposición Iturrino; Sánchez: 49), aunque muy alejado de ellos estilísticamente, debido a lo avanzado de su estética. Iturrino se formó en Bruselas y París tomando parte en las vanguardias europeas del momento, alcanzó consideración internacional y fue el máximo cultivador del *fauvismo* en España. Amigo de Matisse, realizó junto a él un corto viaje a Tánger en 1911, que lo llevó a ejecutar obras de asuntos marroquíes, gustando de las escenas callejeras y de los zocos, llenos de luminosidad y colorido, interesándose también por la figura femenina. Todo ello tratado con un vanguardismo pictórico muy avanzado respecto al estilo de los anteriores pintores citados, lo que proporciona a sus obras un aspecto de exótica modernidad, muy en relación con el orientalismo de Matisse.

4. A las puertas del Protectorado

Tapiró, un pintor dedicado a Marruecos

Ninguno de los pintores hasta ahora tratados siguió la línea iniciada por Fortuny al contactar con el mundo marroquí, ninguno supo expresar como él su visión cotidiana del mismo; para ello hacía falta un mayor acercamiento, tanto espiritual como material, no bastaba con el deslumbramiento exótico o el entusiasmo personal; esto solo sería posible con la convivencia. Y es esta la que se constituyó en elemento fundamental para la imagen que de dicho país transmitirían después pintores como Tapiró y Bertuchi, verdaderos pilares en la construcción de una visión desprejuiciada y veraz del mundo marroquí. Y esto lo consiguieron mediante su decidida actitud personal, la cual les permitió acceder a esa proximidad física y sentimental a que nos referimos, que entrañaba, ya de por sí, una íntima compresión social y cultural de dicho mundo y que, por consiguiente, llevaba implícita una visión esencialmente diferente a las anteriormente aportadas. Ellos fueron quienes, simultáneamente a esa ocasional aproximación pictórica al mundo real de Marruecos y sus gentes —que, como anteriormente vimos, se estaba produciendo entre ciertos pintores españoles de esos momentos—, van a llevar a cabo este otro acercamiento, más profundo y decisivo, respecto a una representación veraz, desprejuiciada y hasta encariñada del mundo marroquí. Tapiró y Bertuchi dedicarían, sucesivamente, sus vidas y su arte a Marruecos, si bien involucrados en ello de forma diferente, debido tanto a sus respectivas posiciones personales como a las

diferentes épocas que en Marruecos vivieron. Y no deja de llamarnos la atención que ambos entraran en contacto con Marruecos en medio de dos guerras: la de 1859-1860 para Tapiró y la campaña del Rif de los años veinte para Bertuchi. La guerra se presenta así, a la vez, no solo como elemento de confrontación, sino también de encuentro; se convierte en una sorprendente vía de acercamiento y de conocimiento. Tapiró, pero sobre todo Bertuchi, enamorados de Marruecos y sus gentes, transmitirán a España, por medio de su pintura, una visión real y atractiva de ese país, libre de prejuicios atávicos, llena de color, de luz y de simpatía.

Cronológicamente hemos de tratar en primer lugar la figura del reusense José Tapiró y Baró (1836-1913) (Ossorio: 656-657; Ortega: 249-255; Díaz de Villegas: 59-62; Sastre: 384), artista decisivo en la creación de ese acercamiento pictórico, real y desprejuiciado, al mundo cotidiano marroquí. El contacto inicial de Tapiró con Marruecos se produjo durante la Guerra de África de 1859-1860, como antes dijimos, contienda a la que marchó acompañando a su gran amigo de infancia y profesión Mariano Fortuny; y con quien volvió a visitar Marruecos en el viaje que aquel realizó, nuevamente, en 1871. Pero, al igual que ocurrió con su amigo Fortuny, el conflicto bélico no distorsionó la visión de Marruecos que Tapiró se había forjado, sino que le sirvió de medio para descubrir y acceder a un mundo para él fascinante. Tapiró, como Fortuny, supo soslayar los enconos bélicos y apreciar con otra mirada al pueblo marroquí, como haría posteriormente también Bertuchi, lo que claramente se manifiesta en sus pinturas. Pero la admiración y atractivo que despertó en Tapiró el abigarrado y colorista mundo marroquí fueron muy superiores a los experimentados por Fortuny, hasta el punto de que, a la muerte de este, determinó marcharse a vivir a Marruecos, estableciéndose en Tánger en 1876. Una vez allí aposentado, compró el primer teatro que en dicha ciudad se había construido y lo convirtió en su estudio y museo, viviendo y trabajando en Tánger los treinta y siete años restantes de su vida. Fue, por tanto, el primer pintor español establecido en Marruecos, donde vivió gran parte de su vida y, consecuentemente, el primero también en tener un contacto permanente y continuado con el mundo marroquí.

Como consecuencia de haber vivido casi toda su vida profesional en Tánger, fue en esa ciudad marroquí donde Tapiró realizó la mayor parte de su producción pictórica, dedicada, como no podía ser de otro modo, íntegramente a los asuntos de la vida cotidiana de la sociedad marroquí, por lo que podemos afirmar que fue un pintor orientalista por excelencia. En su pintura se nos manifiesta el apasionamiento y la fascinación que sintió por

Marruecos, por el exotismo de sus gentes, por sus peculiares costumbres, plasmando todo ello con gran realismo y detalle. Casi toda su obra está ejecutada a la acuarela, de la que fue maestro indiscutible, siendo escasos los óleos que realizó con asuntos marroquíes. En dichas acuarelas se evidencia esa íntima relación del pintor con su entorno marroquí, fruto de los largos años de estancia en Tánger, que le proporcionaron un profundo conocimiento de su ambiente cotidiano. Este afán de realismo lo formula el pintor, fundamentalmente, a través de los numerosos retratos de los diferentes tipos de personajes marroquíes que realizó, ya fuese destacando en ellos su condición social —expresión de algún oficio u ocupación— o racial —bien se tratara de bereberes, árabes, judíos o negros—; mostrándonos en todos ellos un escrupuloso estudio psicológico y etnográfico de dichos personajes, acompañado de una expresión iconográfica muy detallada, patente en los profusos detalles de las indumentarias de los numerosos y distintos tipos sociales y raciales del entonces variopinto mundo marroquí (Arias: 1988, 90-91). Esta minuciosidad iconográfica se acentúa en los retratos de mujeres en trajes de boda —por su sobrecargado ornamento—, llevando sus ricas telas bordadas abigarradas de adornos y de joyas, lo que proporciona a estos retratos un aspecto de auténticos iconos vivientes (Arias: 1988, 88-89). Da la impresión, a veces, de que esta galería de retratos marroquíes de Tapiró podría conformar el repertorio de ilustraciones de un estudio etnográfico (Gaya: 346), pero la realidad es que, superando esa primera sensación, comprobamos que están realizados con ese acercamiento humano, lleno de simpatía y proximidad familiar a que hemos aludido.

Estos retratos, verdaderamente excepcionales, constituyen la parte principal de su producción, junto a la pintura de costumbres marroquíes, en la que también se nos pone de manifiesto esa profunda experiencia ambiental de dicho mundo que el pintor había alcanzado. Son escenas costumbristas de carácter íntimo y veraz, no exentas aún de cierto tinte romántico y preciosista, pero siempre atentas a una realidad que le era muy próxima. Sobresalen entre ellas las de interiores, por su especial carácter íntimo, alejadas del bullicio callejero que tanto llamaba la atención de otros pintores esporádicos visitantes de Marruecos. Y aquí radica precisamente una de las grandes diferencias de Tapiró respecto a ese tipo de artistas. Ellos solo podían ver en sus cortas visitas el exterior marroquí, pero no tenían ocasión de acceder a su intimidad. Esta solo estuvo reservada a un pintor como Tapiró, a quien sus largos años de estancia en Tánger, y las múltiples relaciones de confianza y amistad entabladas a lo largo de ellos, le permitieron acceder incluso al reservado mundo de las mujeres. Lejos quedan las fan-

tásticas escenas de harenes de los orientalistas de taller. Tapiró nos muestra la realidad marroquí, abordándola con el realismo, refinamiento pictórico y el cariño que implica su profunda relación, conocimiento y acceso a una intimidad privilegiada. Pues, como se ha dicho, si Tapiró decidió irse a vivir a Marruecos no fue para continuar representando un Oriente pintoresco y evocador, sino para enfrentarse a la realidad de un pueblo y sus costumbres (Capelástegui: 1988, 70). Lo consiguió plenamente y, aunque su pintura no llegó a alcanzar la difusión de la de Bertuchi, sirvió también para difundir su visión de la realidad marroquí a parte de la sociedad española y extranjera de su momento.

5. Mariano Bertuchi, pintor del Protectorado

Junto a Tapiró, el otro gran pintor de Marruecos fue el granadino Mariano Bertuchi Nieto (1884-1955) (Dizy: 2000). Curiosamente, por azar del destino, este toma el relevo de aquel, pues cuando Bertuchi se establece en Tetuán, en torno a 1915, está casualmente reemplazando a Tapiró como pintor de Marruecos, que había fallecido en Tánger en 1913 (Arias: 1988, 48; y 2000, 40). Bertuchi, al igual que Tapiró, tras un primer viaje a Marruecos a los catorce años, quedó totalmente entusiasmado y ganado por el mundo marroquí, como un escenario apasionante para su pintura. Y, a partir de aquí, a él se dedicó. Primeramente en España, cultivando en su juventud los asuntos orientales de inspiración marroquí y, luego, en su madurez, yéndose a vivir a Marruecos, a Tetuán, como ya hemos dicho, ciudad en la que permaneció hasta su muerte.

Pero Bertuchi no se limitó a ser solamente un pintor de Marruecos, al estilo de Tapiró, sino que se implicó en el proceso de colonización español, interviniendo activamente en él. Primero, cubriendo como cronista gráfico la campaña militar de pacificación del Protectorado, actividad por la que le fue concedida la Cruz del Mérito Militar. Posteriormente, ejerciendo cargos en la Administración colonial relacionados con el arte, siendo inspector jefe de los servicios de Bellas Artes en el Protectorado, y creando diversas escuelas de arte, como la Escuela de Bellas Artes de Tetuán, de la que fue profesor; la Escuela de Artes y Oficios Marroquíes de esa misma ciudad, de la que fue director; la de Artes Indígenas de Tagsut; o la de Alfombras de Xauen, entre otras; además fue también creador y director del Museo de Tetuán; contribuyendo así a la defensa y conservación del arte y la artesanía tradicionales marroquíes. Otra faceta importante de su quehacer oficial artístico en el Protectorado estuvo dedicada al urbanismo y a la restauración

de edificios, siempre mostrando gran respeto hacia el entorno estético tradicional tetuaní, procurando su preservación.

Pero esta meritoria labor, y su dedicación pictórica al mundo marroquí, no deben hacernos olvidar que Bertuchi fue un funcionario de la Administración colonial española en el Protectorado. Pues, a pesar de su entusiasmo y cariño por el mundo marroquí, no duda, a través de sus obras, en ensalzar las gestas militares de la conquista y colonización española, indicándonos así cuál era su papel en el proceso colonial (Capelástegui: 1988, 72). Desde este punto de vista, su relación con Marruecos guardaría cierta semejanza a la que tuvo Rudyard Kipling con la India colonial británica, a la que amó y dedicó tantas obras suyas, pero sin dejar nunca de sentirse inglés. Y como Kipling escribió la India, Bertuchi pintó Marruecos, sin dejar nunca de sentirse español. Además, la visión que de Marruecos nos proporcionó la pintura de Bertuchi puede decirse que ha llegado casi hasta nuestros días, al igual que sucede con la de la India de Kipling.

Sin quitarle ningún mérito artístico a Bertuchi —que lo tiene y mucho—, no hay duda de que la gran difusión que alcanzó la visión de Marruecos, que nos aportan tanto su pintura como su labor de ilustrador, se vio favorecida, además de por su valía personal como pintor, por los importantes cargos oficiales que ejerció en el Protectorado. No hay duda de que los medios de propaganda gubernamentales vieron, en su atractiva visión pictórica de Marruecos, un magnífico altavoz para difundir la labor de España en el Protectorado. Así, la pintura de Bertuchi, sus ilustraciones para revistas y libros, sus carteles de turismo y sus famosas series de sellos de temática marroquí conformaron, en gran medida, la visión que del Marruecos colonial se forjó la sociedad española desde los años treinta hasta bien entrados los sesenta. En esto, como en otras vertientes suyas, ejercidas oficialmente durante el Protectorado, la labor de Bertuchi fue trascendental. Su importancia además radica en que con su arte cambió, en gran medida, la visión tradicional que de Marruecos teníamos los españoles, tratando de deshacer —y consiguiéndolo en parte— ancestrales tópicos generados por los sucesivos conflictos bélicos. La imagen próxima y realista de Marruecos que ofrece su pintura cambió, igualmente, las visiones triviales que de ese mundo mostraban otros pintores casi contemporáneos suyos; llegando incluso a afectar a una incipiente corriente turística que empezaba a ver atractiva —a través de su arte— a la entonces considerada como una provincia africana de España.

A diferencia del repertorio pictórico de Tapiró —reducido prácticamente a los citados retratos, realistas y minuciosos, de carácter casi etnográfico y a escenas costumbristas en interiores ricos y recargados—, el de Bertuchi

se abre a la riqueza variopinta que le muestra el mundo de las calles, plazuelas, jardines, cafetines, *fondaks* o zocos, rebosantes de una humanidad colorista, enmarcada en unos volúmenes arquitectónicos definidos por los juegos de luces y sombras en diferentes matices de blancos, azules, ocres claros y suaves malvas. A Bertuchi le interesan, sobre todo, los paisajes urbanos, donde se nos manifiesta el discurrir de la vida cotidiana marroquí, sin que se destaque, normalmente, ningún protagonista concreto. Un tipo de temática que, si le quisiéramos buscar una comparación, la encontraríamos en las xilografías japonesas del *Ukiyo-e*. Como en estas, en los paisajes urbanos de Bertuchi la vida de la calle fluye ante nuestros ojos; un flujo humano cargado de vida, de color, de dinamismo; la multitud anónima es la protagonista. El artista trata de detener y preservar un instante de la vida callejera atrapándolo en el papel o en el lienzo. Así, la dinámica de lo cotidiano se convierte en la clave temática de su obra.

Bertuchi, con sus paisajes urbanos y campestres del Marruecos colonial español, plagados de esas escenas callejeras, de aglomeraciones humanas, mostrándonos el espectáculo del discurrir de la vida cotidiana, o con sus representaciones festivas de la carrera de la pólvora, o el espectáculo oficial del séquito del jalifa en las calles, o las *harkas* desfilando ante el comisario general de Marruecos, etc., nos ofrece una secuencia espléndidamente realista y bella de la vida cotidiana marroquí durante el Protectorado. Es, precisamente, su permanente estancia en Marruecos y su diario contacto con la vida cotidiana de sus habitantes lo que lo llevó a reflejar una realidad tan directa de ese mundo y de sus gentes, dando así fin a las fantasías orientalistas de herencia romántica con las que, tradicionalmente, era visto. Su pintura desmitifica completamente las narraciones exóticas o las fantasías orientales románticas, destruyendo, además, atávicos prejuicios (Capelástegui: 1988, 72). Esa familiaridad con la realidad marroquí, con su vida diaria, lo lleva a realizar una obra tan próxima a dicha realidad y tan abundante que puede considerarse un auténtico testimonio del habitual quehacer popular y oficial de nuestro antiguo Protectorado. Sus moros no infunden ni rechazo ni recelo, sino que son gente común, con sus tareas e inquietudes habituales, como las gentes de cualquier otro pueblo. Bertuchi es, por tanto, el pintor de la vida cotidiana del Marruecos colonial español, plasmando ese discurrir vital que desfila ante sus ojos, sin ningún prurito de exotismo o interés etnográfico, sino como la cosa más normal del mundo: un pueblo que vive su vida como todos los demás.

En cuanto a la evolución de su técnica y estilo pictóricos, diremos que Bertuchi, en su juventud, había partido de una casi infantil y romántica en-

soñación orientalista inspirada en la pintura de Fortuny, siendo innegable la influencia de este pintor en sus primeras obras. Pero, ya desde muy joven, pretendió crearse su propio estilo, consiguiendo con el tiempo ir desarrollando un lenguaje particular, caracterizado por el empleo de una técnica luminista, llena de colorido y de luminosidad, entroncada, sin duda, con los luministas valencianos, como Sorolla (La exposición; Aróstegui; Capelástegui: 1988, 68), pero acompañada de una ambientación y una atmósfera muy personales. Pasado el tiempo, esta técnica luminista se iría haciendo más suelta y fluida, alcanzando, ya en la madurez de su estilo, unos acusados contrastes de luces y sombras, muy característicos del pintor (Vallina: 75); lo que ha hecho que, en ocasiones, también se le haya calificado de impresionista (*L'exposition*); sin embargo, a pesar de esta evolución personal, su pintura permaneció ajena a la dinámica de los cambios pictóricos contemporáneos. Con esa técnica suya, de pincelada rápida y empastada, los paisajes urbanos de Bertuchi y sus escenas de la vida oficial colonial constituyen un auténtico espectáculo de luz y de color, ya se le califique de luminista, de impresionista o de postimpresionista.

Otra importante faceta del arte de Bertuchi —a la que aludimos anteriormente— fue la de cartelista. Desde fecha temprana ya existía en la zona del Protectorado la Comisión Especial de Turismo, aunque su reglamento no se creó hasta el año 1930, siendo Bertuchi vocal de la misma desde su creación. Dicha Comisión fue sucesivamente dependiente primero del Patronato Nacional de Turismo de la Monarquía, luego del Comité Oficial de Turismo de la República y posteriormente del Ministerio de Turismo durante el Gobierno del general Franco (Abad: 99-100). Aparte de los carteles de carácter militar, como los destinados al enganche en el Tercio, Bertuchi realizó para dicha Comisión Especial de Turismo la mayoría de los carteles de propaganda turística del Protectorado español de Marruecos. Estos carteles, concebidos mediante imágenes que aúnan su gran belleza artística con la consecución del deseado impacto social que se buscaba como reclamo turístico, indudablemente ejercen una gran atracción visual sobre el espectador, logrando plenamente el objetivo que con ellos se pretendía de lenguaje visual directo al público. Bertuchi nos muestra en sus carteles que es un maestro en este arte, tan unido al léxico de la pintura, pero, a su vez, con sus particulares condicionantes estructurales, que fueron prontamente asimilados por el pintor. Bertuchi entendió en seguida que el cartel debe ser concebido en función del objetivo al que va dirigido y a la consecución del mismo, habiendo que partir por tanto del análisis del mensaje que se quiere transmitir y estando, por consiguiente, supeditado a

ello tanto la disposición de las imágenes como el colorido y su distribución, requiriendo por todo ello de unos medios estilísticos y técnicos concretos y sencillos, pero impactantes, con el fin de que su lectura sea fácil y rápida, llegando de inmediato al espectador. Son carteles, como decimos, de gran belleza visual, pudiéndose escoger cualquiera de ellos como ejemplo; bastenos aquí con citar el de la *Puerta de la Casbah de Tánger*, el de *La vega de Alhucemas*, el de *Una calle de Alcazarquivir* o los varios que realizó con vistas de Tetuán.

Unida, en cierto modo, a esta faceta está la de autor de los dibujos originales para las emisiones de sellos de correos con asuntos del Protectorado. Su colaboración en este campo se inicia con la emisión de la primera serie especial de sellos con temas marroquíes en 1928 y no se interrumpirá ya hasta su muerte en 1955. Son series dedicadas a diferentes aspectos de la vida marroquí, estando concebidas programáticamente por directrices gubernamentales y realizadas con libertad por el artista. Así, tenemos escenas de la vida oficial del Protectorado, vistas de paisajes campestres y urbanos, labores rurales, ocupaciones artesanales, actividades comerciales, personajes típicos populares, además de otros dedicados a la labor sanitaria española o al correo aéreo (Gómez: 87). Estas series de sellos de correos de la época del Protectorado español llevaron, durante muchos años, el nombre de Marruecos unido al de España a todos los rincones del mundo.

6. Las exposiciones de "Pintores de África" y el crepúsculo colonial

El acercamiento realista de Bertuchi al mundo oriental de Marruecos transformó radicalmente el tradicional concepto que se tenía sobre la pintura orientalista en España. A ello había contribuido también el minucioso realismo etnográfico de Tapiró; digamos que este pintor constituyó un paso intermedio entre el orientalismo tradicional y el de Bertuchi. Este cambio radical en el concepto de pintura orientalista, propiciado por Bertuchi, revitalizó y actualizó dicho tipo de pintura, lo que supuso que mantuviese su vigencia entre nosotros prácticamente hasta la desaparición de nuestro Protectorado de Marruecos. Aunque incluso podemos considerar que se prolonga a lo largo de los años sesenta, década en la que decae a pesar de los esfuerzos oficiales que, por motivos políticos, tendían a mantener en vigor dicha temática.

Que las instancias gubernamentales españolas vieron en ese tipo de pintura a un elemento de aproximación cultural hacia el mundo musulmán africano de nuestras colonias, con el fin de establecer vínculos entre

ellas y la metrópolis, lo prueba el hecho de la creación de las exposiciones llamadas de "Pintores de África". Estas fueron concebidas a manera de concurso y convocadas anualmente, desde 1950, por la Dirección General de Marruecos y Colonias, en colaboración con el Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), siendo celebradas en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Mediante ellas se intentaba, desde los órganos gubernamentales, seguir manteniendo los temas marroquíes y africanos en nuestra pintura, pero ya de una manera oficial y políticamente interesada y, por tanto, bastante artificial.

Todavía en la década de los cincuenta, estas exposiciones tuvieron algún sentido, debido al vínculo aún existente entre España y sus colonias africanas, lo que justificaba la creación de elementos de conexión entre ambos; pero posteriormente, la desvinculación política del Marruecos español con su antigua metrópolis, producida tras la independencia, hizo que la persistencia oficial de dichas exposiciones fuese algo que ya no tenía, prácticamente, ningún sentido al perder su fundamental razón de ser.

En su mejor época, la de los años cincuenta, acudieron a ellas numerosos artistas, como el mismo Mariano Bertuchi, José Cruz Herrera, Manuel Benedito, Rafael Pellicer, Tomás Ferrándiz, Federico Rivas, Francisco Núñez Losada, Francisco Góngora, Jenaro Lahuerta, Juan Francés, Jesús Molina, José María Morató, Antonio Guijarro, etc., solo por citar algunos; contándose también con la participación de pintoras, como Josefina Miralles, Pilar Gallastegui, María Jesús Rodriguez, Carmen Díaz Grana o María Victoria Castillo. La medalla de la primera de estas exposiciones (1950) fue para el pintor africanista, residente en el Marruecos francés, José Cruz Herrera; obteniendo también medallas en otras sucesivas exposiciones Rafael Pellicer, Francisco Núñez Losada, Jenaro Lahuerta y Antonio Guijarro, entre otros. También Mariano Bertuchi participó, como hemos dicho, en estas exposiciones, presentando diversas obras fuera de concurso en las de 1953, 1954 y 1956, concediéndosele una mención especial, en la primera de estas, por su gran dedicación al tema marroquí; fue invitado de honor en la segunda; y se le concedió la medalla de las exposiciones de "Pintores de África", a título póstumo, tras su muerte, en la tercera.

En todas las exposiciones se editaba un catálogo de las mismas, completándolas con la organización de conferencias, conciertos y diversos eventos, enfocados a la publicidad y ostentación del certamen, así como a facilitar el contacto del público con la exposición y el acercamiento del mundo africano a la sociedad y la plástica españolas. El gran eco que tuvieron en la prensa —sin duda por ser actos oficiales— nos muestra el éxito de que

gozaron y la enorme concurrencia e interés del público. De estas exposiciones destacaron especialmente las de 1953 y 1956, como cúspides de dichos certámenes.

En ellas, con diferentes técnicas, soportes y tamaños, se nos muestra el mundo africano —en nuestro caso el marroquí— bajo los más variados estilos; desde los diversos realismos de herencia decimonónica, pasando por las diferentes modalidades del impresionismo o el simbolismo, hasta el fauvismo. Sin embargo, este esfuerzo oficial llegaba ya a destiempo, sobre todo después de la independencia de Marruecos; teniendo aún menos sentido el intentar mantener vivo este género pictórico incluso en los años sesenta; era como pretender resucitar algo que ya estaba muerto. Por ello, la vida que este interés oficial proporcionó a un género ya prácticamente caduco resultó ficticia. Esto podemos verificarlo repasando los catálogos de estas exposiciones, donde, salvo algunas honrosas excepciones, comprobamos que se pierde la espontaneidad original y languidecen los asuntos, sustentados por unos estilos ya también anclados en el pasado, aunque estuviesen tocados de influjos de cierta modernidad.

Bibliografía

* Este trabajo está basado en otro anterior mío: ARIAS ANGLÉS, E.: "La visión de Marruecos a través de la pintura orientalista española", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Nouvelle Série, tome 37-1, 2007, pp. 13-37.

ABAD, J.: "Tres secuencias comunicativas en Mariano Bertuchi", en DIZY CASO, E. y VALLINA MENÉNDEZ, S. (comisarios): *Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos*, Barcelona-Madrid: Lunwerg Editores, 2000, pp. 93-101 (catálogo de exposición).

ALARCÓN, P. A.: *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Madrid: 1974.

ARIAS ANGLÉS, E.: *El paisajista romántico Jenaro Pérez Villaamil*, Madrid: CSIC, 1986.

— (comisario) *Pintura orientalista española (1830-1930)*, Madrid: Fundación Banco Exterior, 1988 (catálogo de exposición).

— "La pintura orientalista española. Imagen de un tópico", en PASTOR MUÑOZ, M. (comisario): *La imagen romántica del legado andalusí*, Granada-Barcelona: Sierra Nevada 95-El Legado Andalusí-Lunberg Editores S.A., 1995, pp. 47-55 (catálogo de exposición).

— "Pérez Villaamil y los inicios del orientalismo en la pintura española", *Archivo Español de Arte*, t. 71 (281), 1998a, pp. 1-15.

— "Precisiones en torno al orientalismo de Lucas y Lameyer", *Archivo Español de Arte*, t. 71 (283), 1998b, pp. 241-258.

— "Escacena y Daza, pionero del orientalismo romántico español", *Archivo Español de Arte*, t. 72 (287), 1999, pp. 279-287.

— "El orientalismo: del ensueño a la realidad", en DIZY CASO, E. y VALLINA MENÉNDEZ, S. (comisarios): *Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos*, Barcelona-Madrid: Lunwerg Editores, 2000, pp. 27-41 (catálogo de exposición).

ARÓSTEGUI, A. y LÓPEZ RUIZ, A.: *Sesenta años de arte granadino*, Granada: 1974.

Boix, F.: "Francisco Lameyer. Pintor, dibujante y grabador", *Raza Española*, 10 (octubre), 1919, pp. 61-78.

Capelástegui Pérez-España, M. P.: *El tema marroquí en la pintura española (1860-1926)*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1985 (Memoria de Licenciatura).

— "Pintura de tema marroquí", *Antiquaria*, 40, 1987, pp. 24-28.

— "Mariano Bertuchi y el paisaje marroquí", *Goya*, 205-206 (julio-octubre), 1988, pp. 68-75.

Catálogo de los cuadros y esculturas pertenecientes a la galería de SS. AA. RR. los Serenísimos Infantes de España, Duques de Montpensier, Sevilla: 1866.

Catálogo oficial de la Exposición Nacional de Pintura, Escultura y Arquitectura de 1910, Madrid: 1910.

Catálogo del Segundo Salón de Otoño, Madrid: 1921.

Catálogo exposición de Iturrino, Banco Santander: 1982.

Davillier, C. [barón de]: *Fortuny, sa vie, son oeuvre, sa correspondance, avec cinq dessins inédits en fac-similé et deux-fortes originales*, París: 1875.

Díaz de Villegas, J. y García Figueras, T.: *África en la historia y en el arte,* Bilbao: 1961.

Dizy Caso, E.: *Los orientalistas de la escuela española*, París: Courbevoie, 1997.

— y Vallina Menéndez, S. (comisarios): *Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos*, Barcelona-Madrid, Lunwerg Editores, 2000.

García Alcaraz, R. (comisario): *Antonio Muñoz Degraín (Valencia 1840-Málaga 1924)*, Madrid: Caja de Madrid, 1995 (catálogo de exposición).

Gaya Nuño, J. A.: *Arte del siglo XIX*, Madrid: Ars Hispaniae, vol. 19, 1966.

Gómez Barceló, J. L.: "Mariano Bertuchi: cuando el pintor vence al cronista ", en Dizy Caso, E. y Vallina Menéndez, S. (comisarios): *Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos*, Barcelona-Madrid: Lunwerg Editores, 2000, pp. 83-91 (catálogo de exposición).

González López, C. y Martí Ayxelá, M.: *Mariano Fortuny Marsal*, Barcelona: Diccionari Rafols, 1989.

Jiménez Cruz, A.: *La España pintoresca de David Roberts: el viaje y los grabados del pintor*, Málaga: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2002.

"La exposición de Bertuchi en Tánger", *Diario de África*, 6-IX-1947.

"L'exposition de Mariano Bertuchi", *La Dépêche Marrocaine*, 6-IX-1947.

Lago, S. (pseudónimo de José Francés): "Evocaciones marroquíes", *La Esfera*, 566, 8-XI-1924.

Moja y Bolívar, F.: "La pintura española en Roma", *La Ilustración Española y Americana*, año XXIII, mayo de 1879 (suplemento al nº 20), pp. 366-367.

Ortega Costa, J.: "Aniversario Tapiró", *Africa: revista de tropas coloniales*, 46, octubre de 1928, pp. 249-255.

Ossorio y Bernard, M.: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, Madrid: 1883-1884.

Pardo Canalís, E.: "Lameyer en el Museo Lázaro Galdiano", *Goya*, 110, 1972, pp. 78-81.

Rodríguez García, S.: *Antonio Muñoz Degraín, pintor valenciano y español*, Valencia: 1966.

Sánchez Trigueros, J. A.: "Iturrino González, Francisco", en Arnaiz, J. M. (director): *Cien años de pintura en España y Portugal (1830-1930)*, t. IV, Madrid: 1990, pp. 49-69.

SANTOS TORROELLA, R.: "Alenza, Lucas y Lameyer", *Goya*, 104, 1971, pp. 78-83.

SASTRE, L.: "Tapiró Baró, José", en ARNAIZ, J. M. (director): *Cien años de pintura en España y Portugal (1830-1930)*, t. X, Madrid: 1993, pp. 384-388.

SERNA, A. de la: "El arte de un reencuentro", en DIZY CASO, E. y VALLINA MENÉNDEZ, S. (comisarios): *Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos*, Barcelona-Madrid: Lunwerg Editores, 2000, pp. 13-17 (catálogo de exposición).

VALLINA, S.: "La pintura de Bertuchi. Un diario personal de luz y color", en DIZY CASO, E. y VALLINA MENÉNDEZ, S. (comisarios): *Mariano Bertuchi, pintor de Marruecos*, Barcelona-Madrid: Lunwerg Editores, 2000, pp. 73-81 (catálogo de exposición).

YXART, J.: *Fortuny: ensayo biográfico-crítico*, Barcelona: 1882.

José Tapiró y Baró: *Novia bereber*
MNAC-Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona.

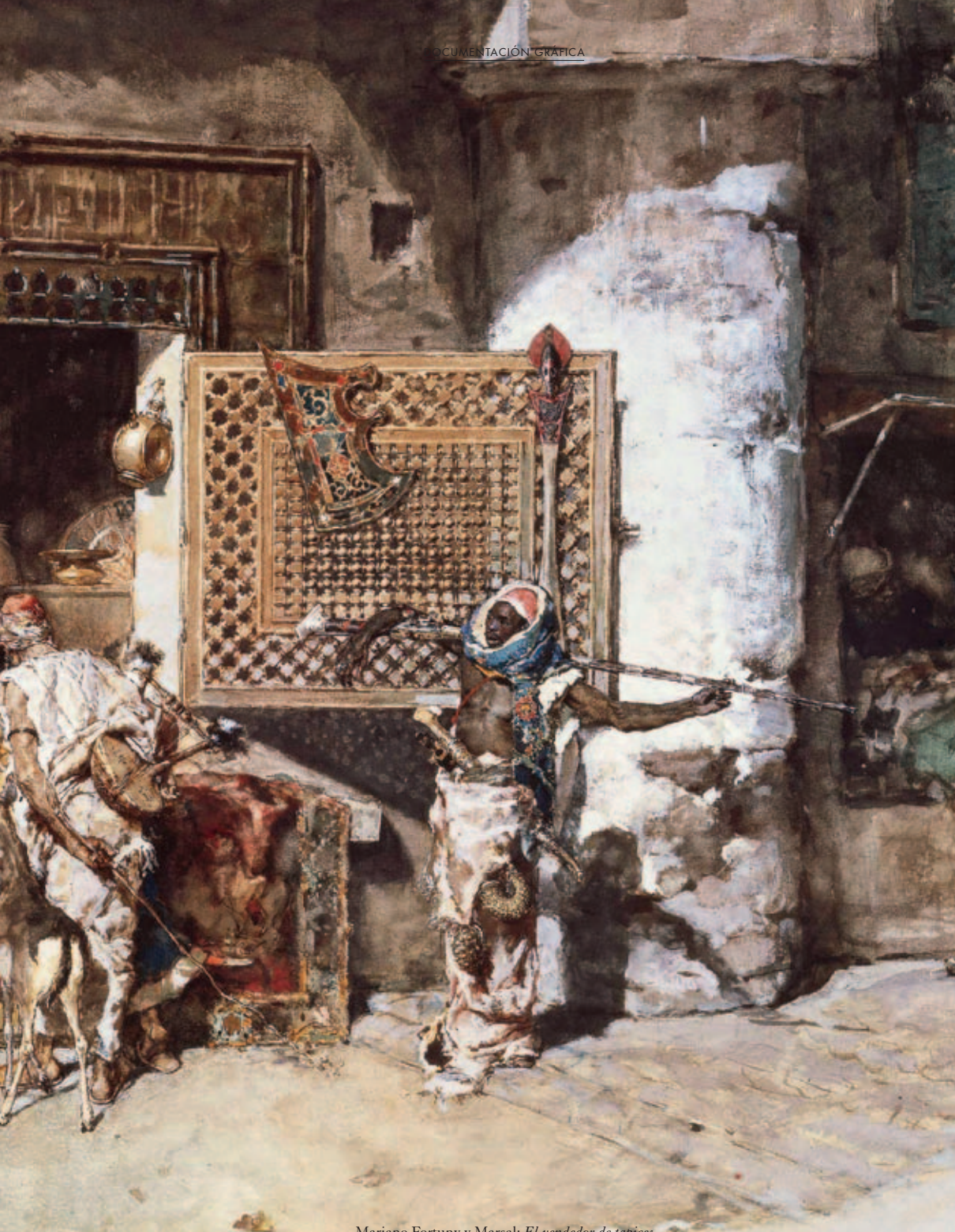
Francisco Lameyer Berenguer: *Zambra morisca*

Museo del Prado, Madrid.

Ricardo de Madrazo Garreta: *Moro del sur*

Museo del Prado, Madrid.

Francisco Iturrino González: *Zoco de Tánger*
Museo de Bellas Artes, Bilbao.



Mariano Fortuny y Marsal: *El vendedor de tapices*

Museu de Montserrat, Barcelona.

Mariano Bertuchi Nieto: *Las cofradías*

Ministerio de la Presidencia, Madrid.

M.BERTUCHI

Ulpiano Checa: *Entre dos oasis*
Museo Ulpiano Checa, Colmenar de Oreja (Madrid).

Mariano Bertuchi Nieto: *Larache*

Apunte de acuarela.

Ulpiano Checa: *El galope*

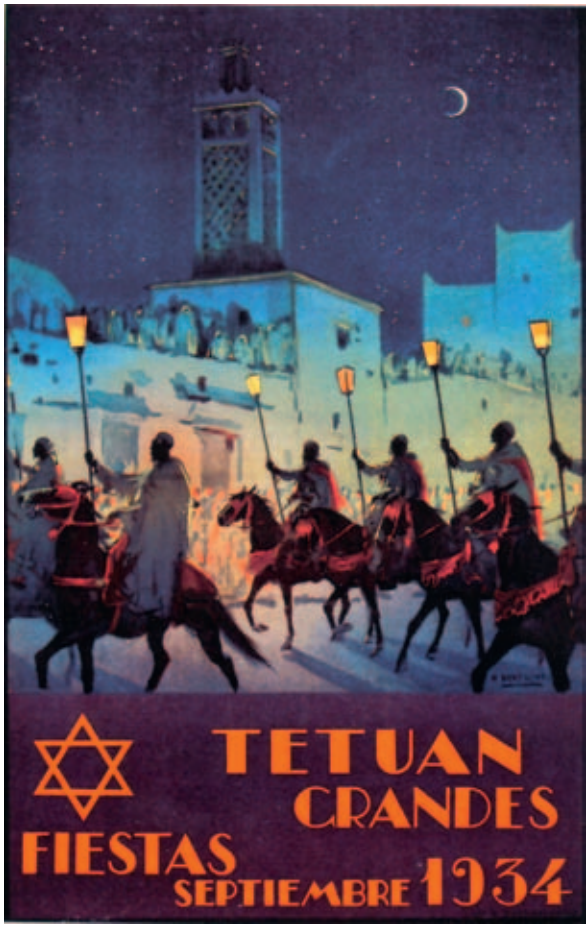
Museo Ulpiano Checa, Colmenar de Oreja (Madrid).

Mariano Bertuchi Nieto: *Mal encuentro*
Museo del Ejército de Toledo.

Carteles turísticos de Marruecos

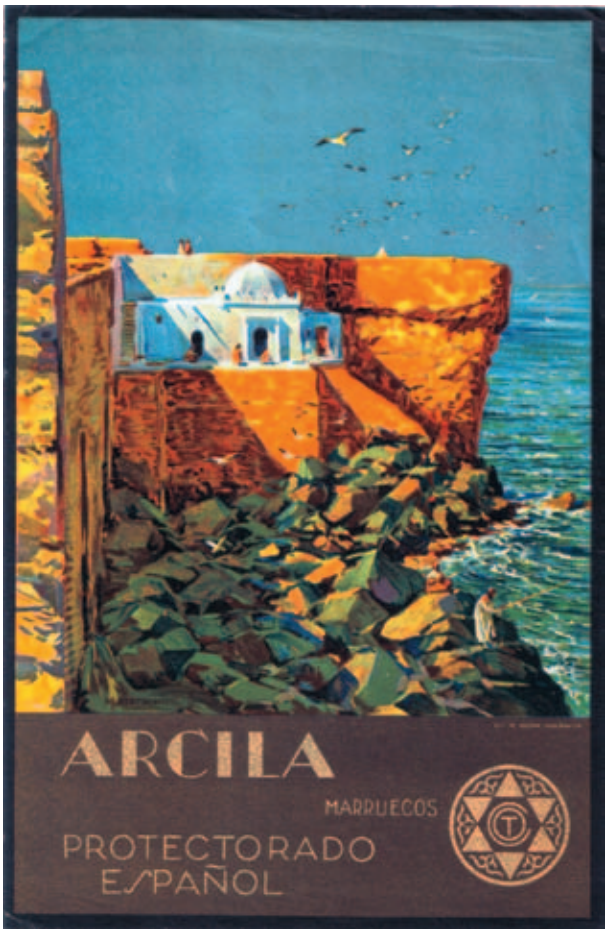
También se editaron numerosos carteles turísticos, destacando la actividad del Comité Oficial de Turismo: «Marruecos. Tetuán», «Alcazarquivir», «Arcila», «Chauen», «Larache», «La Vega de Alhucemas», «Ketama» y «Tánger». Por lo general se resaltaba el hecho de que tales lugares se encontraban «A hora y media de España». Los carteles fueron diseñados casi en su totalidad por Mariano Bertuchi, pintor granadino establecido en Tetuán entre 1913 y 1918. En los carteles que compuso para el Comité Oficial de Turismo, el «Protectorado de la República española en Marruecos» o el «Protectorado Español», nos presenta un Marruecos que, aunque anclado en la vida tradicional, siempre es tratado respetuosamente (laboriosidad, calles y ciudades limpias, comportamiento ordenado de los personajes que aparecen en las escenas, incluso en el caso de aglomeraciones, etc.) e introduce símbolos de modernidad (coches, camiones, autobuses, aviones, trenes y barcos). Sin negar una fuerte impronta paternalista en la visión de Bertuchi no es menos cierto que, por encima de ella, se impone su visión respetuosa. No en balde es considerado en la actualidad como un pintor marroquí y como el creador de la fertilísima Escuela de Tetuán.

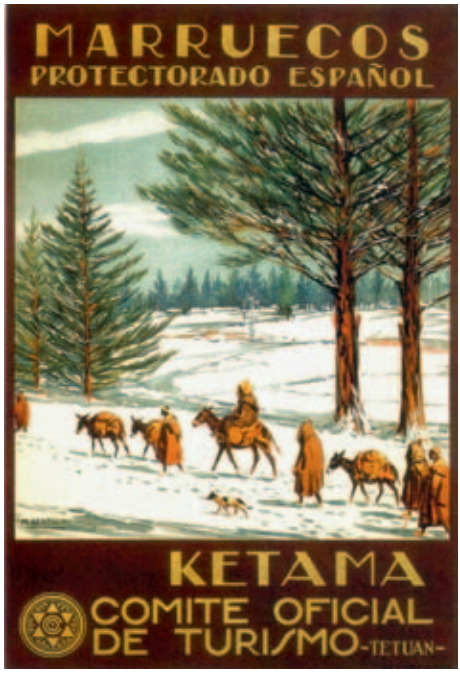
Eloy Martín Corrales, "Marruecos y los marroquíes en la propaganda oficial del Protectorado (1912-1956)", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 37-1.


TETUAN
GRANDES
FIESTAS
SEPTIEMBRE 1934

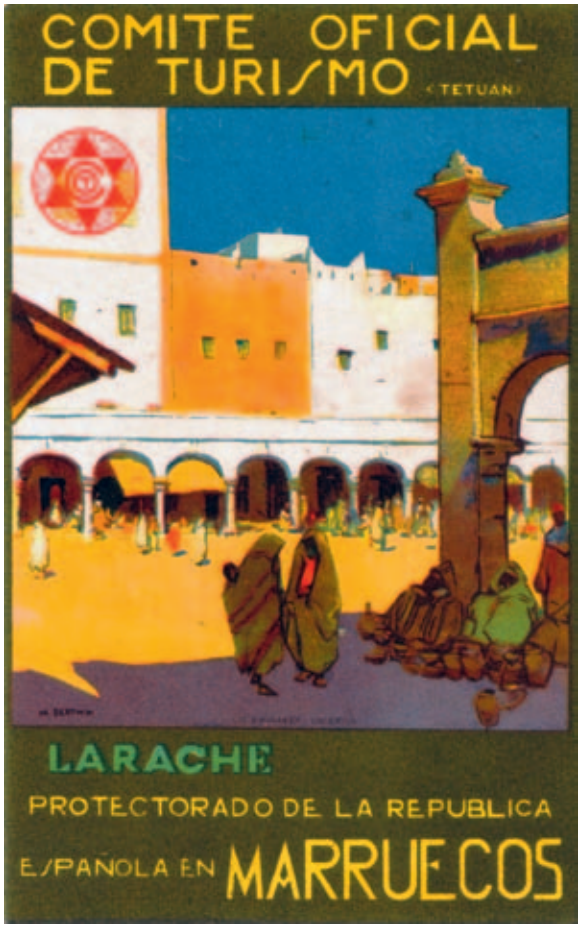
TETUAN
GRAN FERIA DE
MUESTRAS-SEPTIEMBRE
1934

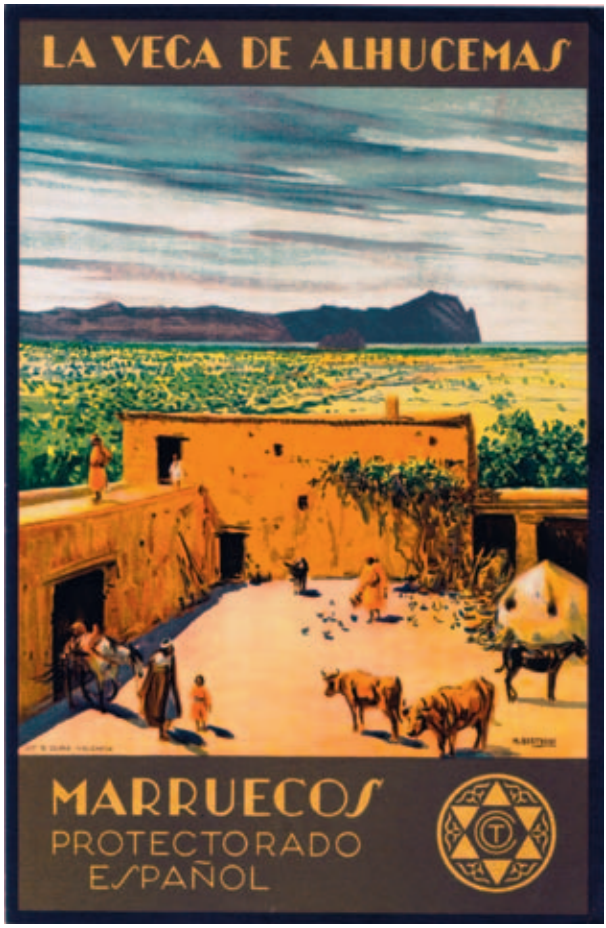
MARRUECOS
PROTECTORADO ESPAÑOL
ALCAZARQUIVIR
A HORA Y MEDIA DE ESPAÑA
COMITE OFICIAL
DE TURISMO
-TETUAN-


ARCILA
MARRUECOS
PROTECTORADO
ESPAÑOL


MARRUECOS
PROTECTORADO ESPAÑOL
KETAMA
COMITE OFICIAL
DE TURISMO -TETUAN-

TETUAN
MARRUECOS


COMITE OFICIAL
DE TURISMO
« TETUAN »
LARACHE
PROTECTORADO DE LA REPUBLICA
ESPAÑOLA EN MARRUECOS


LA VEGA DE ALHUCEMAS
MARRUECOS
PROTECTORADO
ESPAÑOL

LA VALENCIANA S.A.
SERVICIOS DIARIOS POR OMNIBUS DE GRAN LUJO. ENTRE TODAS LAS POBLACIONES DE LAS ZONAS DE PROTECTORADO FRANCES Y ESPAÑOL DE MARRUECOS.
RECORRIDO DIARIO: 15.000 KILOMETROS

El teatro nacionalista marroquí: escenario de luchas políticas y cambios sociales

Josep Lluís Mateo Dieste

1. El escenario político del teatro

Uno de los efectos del "orientalismo" a la hora de etiquetar al mundo árabe fue sin duda la creencia de que sociedades como la marroquí estaban estancadas en el pasado. Esta creencia se apoyaba inicialmente en una exclusión de la modernidad, en un ejercicio de medievalización del "otro". Dicha ideología permitía al mismo tiempo introducir una retórica de la llamada civilización: es decir, que al situar a los marroquíes en un punto del pasado y en un atraso en la escala evolutiva, ello permitía justificar la presencia española para conducirlos hacia el progreso.

Desde este punto de partida, sería un error concebir los procesos que analizo en este trabajo como una simple trasposición de fenómenos modernos que fluyen desde Europa hacia sus colonias o el mundo no-europeo. Lo que sucedió, a mi entender, fue una adopción y la construcción de una modernidad propia, al igual que estaba sucediendo en otros lugares del mundo, incluyendo las metrópolis.

Los cambios socio-culturales que tenían lugar en la sociedad marroquí no se iniciaron solo con el Protectorado. Como en el resto del mundo árabe, el reformismo y la interacción con Europa venían siendo remarca-

bles desde la segunda mitad del siglo XIX, y ello tuvo su impacto en diversas esferas. De hecho, quiero reivindicar en esta exposición que, aunque la flecha de las influencias provenía de Europa o de Oriente Medio, no hay que olvidar que el *mare nostrum* nunca desapareció; esto es, los flujos e intercambios entre ambos lados del Mediterráneo se mantuvieron a pesar de la construcción progresiva de los supuestos "bloques". Los contextos locales son, de hecho, testimonio de estas influencias mutuas, que algunos autores han denominado como el "oriente en occidente y el occidente en oriente" (Todorova: 2007).

Por consiguiente, el teatro árabe durante el Protectorado español del norte de Marruecos no se puede entender puramente como un género artístico trasplantado. La sociedad marroquí contaba ya con formas propias de representación, vinculadas ya bien a géneros callejeros y orales como los cuentistas o los acróbatas, ya bien a refinadas representaciones musicales de tradición andalusí, como en Tetuán, que tenían lugar en las casas privadas o en las zagüías. La novedad sería, sin duda, la construcción de unos espacios públicos que se fueron institucionalizando y que inicialmente representaron espectáculos europeos (Amine, Carlson: 2012).

Mientras tanto, en Europa, no tardarían en subir a escena espectáculos populares procedentes del Magreb; o mejor dicho, fenómenos de religiosidad popular convertidos en espectáculo, y que entrarían a formar parte del género del *freak* y lo exótico. Me refiero al empresariado que llevaría *troupes* de espectáculos "indígenas" de las colonias a la metrópoli. Entre ellos, destacan los *'isawa* magrebíes, que darán lugar al género del faquirismo (Jones: 2010). Los *'isawa* eran miembros de una cofradía extática y, como cualquier miembro de cofradía, eran denominados como faquir —pobre—. Los espectáculos de fuego y cuchillos reforzaban la idea del oriente misterioso, irracional y salvaje. Tanto es así que los propios nacionalistas marroquíes de los años 1950 habían tomado consciencia de estas manipulaciones. En la zona española llegaron a criticar las apariciones de los *'isawa* en los documentales, porque ofrecían una imagen deformada de Marruecos y servían para demostrar que ante "semejante salvajismo" el colonialismo era todavía necesario (Mateo Dieste: 2003, 291). En este capítulo analizaré precisamente estas pugnas socio-políticas en torno a la representación y el papel que jugó el teatro en todo ello.

En nuestro caso, observaremos la apropiación del teatro por una parte de la sociedad marroquí que se movilizó frente al Protectorado. Seguramente era esta la sección social que más se vio expuesta a los cambios sociopolíticos del colonialismo; se trataba de las clases burguesas urbanas, en

su mayoría letradas, y vinculadas a la burocracia que el colonialismo necesitaba para implementar el sistema de gobierno indirecto.

Las fuentes primarias en las que me he basado para este trabajo son principalmente los informes políticos de la Delegación de Asuntos Indígenas, sitos en un *dossier* de "Espectáculos públicos", en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. La reconstrucción histórica proviene de otras fuentes coloniales y de mis entrevistas con el dramaturgo tetuaní Mohamed Dahruch, protagonista de algunos de los hechos narrados, y el historiador del teatro en la zona norte, Redouan Hdaddou.

2. Las salas de teatro en el Protectorado

Este trabajo se centrará en los teatros de la zona norte de Marruecos y especialmente de Tetuán. Aquí encontramos precisamente el precedente más antiguo del que tengamos referencia. Con la invasión de la ciudad por las tropas españolas en 1859-60, se construyeron diversos edificios. Entre ellos figura el Teatro Isabel II, construido en 1861 por López Cámara. Este teatro se ubicaba cerca de la actual plaza Hassan II, antiguo Feddan (Dahrouch: 2008, 82). Se trataba de un gran teatro con capacidad para mil doscientos ochenta y dos espectadores, con palcos y galerías. Las primeras representaciones, unas zarzuelas, fueron en lengua española, principalmente para un público español, aunque también asistían algunos marroquíes (Bacaicoa: 1953).

El siguiente teatro tetuaní, el Teatro Reina Victoria, abrió sus puertas en 1917. Propiedad de una familia judía, después de la Guerra Civil cambió su nombre por el de Teatro Nacional. El siguiente teatro, el Teatro Español, fue inaugurado en 1924, y todavía sigue funcionando como cine y espacio de festivales artísticos. Le seguirían otros como el Monumental y el Cine Avenida, mientras que en el cercano Río Martín también funcionaría el Rif Cinema. En Tánger, el más conocido fue el Teatro Cervantes, construido en 1913, y también se representaron obras en otros, como el teatro Mauritania (Akalay: 1993; González Hidalgo: 1996). Las otras ciudades del Protectorado también contaron con sus salas: en Alcazarquivir, el Teatro España y el Teatro Pérez Galdós, y también he podido documentar la representación de obras en árabe en Arcila —Asilah—, Larache, Chauen y Nador.

Algunas de estas salas verán igualmente la llegada del cine en lengua castellana y árabe. Estos espectáculos constituían una especie de conexión con el mundo exterior, tal y como me comentan diversos testimonios al referir la figura de un incondicional del cine: Tuhami Wazzani. Este era un

personaje que expresa mejor que nadie la tensión de los nuevos tiempos, como veremos más adelante, en su defensa del acceso de las mujeres al teatro. Asiduo al cine, al tiempo que fiel a sus raíces sufíes, Wazzani fue un personaje importante del reformismo nacionalista. Por tanto, su posición no refleja tanto una oposición como una conciliación entre reformismo e islam cofrádico, justamente en una época en la que se estaba labrando dicha contraposición (Mateo Dieste: 2007).

Los espectáculos públicos se irían diversificando y alcanzarían también a la población marroquí no solo en el ámbito artístico del teatro, el cine o la música, sino también en el deportivo, especialmente con la creación del Atlético de Tetuán en 1922. Este flujo de ideas y referentes culturales fue muy vivo y se introdujo en la vida cotidiana de la sociedad urbana marroquí. Véase, como muestra, la anécdota referida por Amin Chaacho sobre la asistencia del músico Mohamed Daud a una actuación de Manolo Caracol en el cine de Río Martín. Sus canciones emocionaron de tal modo a Daud que este se añadió al espectáculo cantando un *mawwal* andalusí en el mismo modo musical (Chaacho: 2011, 103). Así pues, estos espacios conllevaron la expresión de un teatro en árabe, pero también facilitaron la transmisión de la cultura española a través del teatro y la música. Conocidos artistas españoles causaron notable influencia entre el público marroquí, tal y como refieren las crónicas sobre las actuaciones en Tetuán de cantantes como Manolo Caracol, Lola Flores, Juanito Valderrama o Antonio Molina.

3. Recepción del teatro entre la sociedad marroquí

Hasta el año 1920, las representaciones teatrales fueron realizadas por compañías españolas. Las obras en árabe empezaron en 1923 con una compañía egipcia. Poco después se fueron formando las primeras compañías en Fez (Louassini: 1992). En la zona española, como veremos, las primeras compañías estuvieron directamente vinculadas al nacionalismo reformista y sus escuelas. En concreto fue la red de escuelas denominadas Ahlia, creadas en 1924 por los padres fundadores del nacionalismo en el norte, Abdeslam Bennuna y Mohamed Daud.

Una de las preguntas que surgen ante la introducción del teatro en Marruecos es saber cuál fue la reacción de la sociedad y el impacto sobre la misma. La verdad es que el teatro atrajo a unas clases determinadas. En principio, la legitimidad de esta nueva institución no fue ni mucho menos puesta en entredicho por los certificadores religiosos. Es más, muchos de los ulemas, vinculados al nacionalismo, no presentaron objeciones, sino todo lo contrario.

Vieron en el teatro un instrumento para impulsar la reforma social en materia educativa. Como veremos, uno de los influyentes personajes como Tuhami Wazzani, miembro de los nacionalistas, sería un ferviente defensor, hasta el punto de enfrentarse a las autoridades para que su esposa pudiese asistir a las funciones o al cine, del que él era también un gran aficionado.

El teatro protagonizado por marroquíes y compañías procedentes de Oriente Medio se inicia en la década de los años veinte, en plena guerra colonial. La producción teatral consistió, por un lado, en la adaptación de obras europeas clásicas y, por otro, en la elaboración de obras propias en árabe, que son las que analizaré en este trabajo, y que fueron concebidas en el marco del auge reformista y las reclamaciones nacionalistas (García Cecilia: 2005).

4. El nacionalismo marroquí en la zona norte y su relación con el teatro

La relación de los nacionalistas marroquíes con este impulso del teatro era más que evidente: algunos de sus miembros escribieron obras, los estudiantes nacionalistas participaron en las compañías que las representaban, las recaudaciones de muchas funciones se destinaban al partido y en las obras representadas se promovían los valores del mismo.

El principal fundador del movimiento fue Abdeslam Bennuna, un notable de origen andalusí, que falleció en 1935. Su sucesor al frente del movimiento nacionalista tetuaní fue Abdeljalek Torres, quien vio en el teatro una buena oportunidad para difundir el ideario nacionalista. El mismo Torres escribió una de las primeras obras, titulada *Victoria de la verdad sobre la mentira* (1933), tras observar la potencialidad de este medio (Hdaddou: 1988). También otros miembros del partido nacionalista escribieron obras. Recordemos que muchos de los jóvenes nacionalistas de la época estudiaron en Egipto o en Palestina y ello les imbuyó aún más la retórica *watani* —nacionalista—. Entre los estudiantes que fueron a Egipto, Mustafa ben Abdelwahab escribió la pieza *La Liga árabe*, puesta en escena en 1946 por la Asociación del Estudiante Marroquí, de la que fue presidente. Incluso algunos de los notables tetuaníes vinculados al nacionalismo acogían ensayos en sus grandes casas. En julio de 1950 los informantes de la Alta Comisaría explican que tuvo lugar un ensayo y representación en casa de Mohamed Bennuna, hermano de Abdeslam, en el barrio de Tuila, para preparar una obra que se representaría en el Teatro Nacional durante la fiesta de Ramadán. En la reunión se comentaba igualmente que los ingresos de la obra se destinarían a financiar el partido nacionalista.

Uno de los objetivos principales del reformismo era la educación, la *tarbiya*, y para ello Bennuna y otros impulsaron la creación de escuelas de primaria y de secundaria. La red de escuelas Ahlia fue fundamental en la difusión del reformismo y del propio ideario nacionalista. Dicha red se extendió más allá de Tetuán y llegó a las otras ciudades del Protectorado como Larache, Alcazarquivir y Chauen. Ello facilitó que, allí donde había una escuela Ahlia, los estudiantes organizaran compañías teatrales. Por ejemplo, en Alcazarquivir existía una agrupación artística denominada Agrupación Atlas. Su coordinador era Tuhami Tagmuti, y contaba con ocho personas de escena y siete auxiliares, en su mayoría jóvenes estudiantes y comerciantes. También en Alcazarquivir se había organizado un Casino del Estudiante Marroquí; en Tetuán, la Agrupación Artística de Alumnos de la Escuela Normal; y en Tánger, la Asociación de Jóvenes Tangerinos.

Uno de los hechos más significativos de las representaciones promocionadas por los estudiantes de las escuelas Ahlia y del partido reformista es que habitualmente muchas de las recaudaciones de las obras iban destinadas a los fondos del propio partido reformista; a campañas puntuales, como el envío de dinero a Palestina a partir de 1948; o para ayudar a Abdeljalek Torres, que se encontraba exiliado y enfermo en Tánger.

Las representaciones teatrales eran acompañadas también de otros eventos que permitían proyectar el *habitus* nacionalista, como la lectura de versos, conciertos o conferencias dedicadas a mostrar la necesidad de realizar cambios en Marruecos. Por ejemplo, la obra *Los ignorantes claman por la enseñanza*, representada en el Teatro Cervantes por los alumnos de las escuelas libres de Abdellah Gennun en septiembre de 1945, fue precedida de una conferencia sobre la enseñanza moderna. En ella se remarcaba el atraso en que se encontraban Marruecos y otras naciones islámicas, y se proponía desarrollar una enseñanza pura musulmana con el fin de alejarse de las injerencias extrañas. O se realizaban actuaciones musicales, como la de Abdelatif Amor en el Teatro Nacional de Tetuán en marzo de 1947, que interpretó unas canciones dirigidas a las jóvenes musulmanas, exhortándolas a ilustrarse. En otra ocasión, el fervor de los espectadores se iba incrementando con varios rituales políticos destacables: la llegada de Torres a los palcos, aplaudida; la llegada del jalifa, también aplaudida, mientras era recibido con los acordes de una banda; las proclamas de un discurso ensalzador de la labor de las escuelas Ahlia; y después de la obra *La Liga árabe*, en el Teatro Español, en abril de 1952, se cantaron y aplaudieron diversos himnos.

5. Disensiones y efecto del patronazgo colonial

El proceso de fervor nacionalista por el teatro no estuvo exento de disensiones. Esta división en el seno del nacionalismo marroquí quedó reflejada en la existencia de una mayoría de compañías vinculadas al Partido Nacionalista Reformista, y alguna que dependía del partido rival, Unidad Marroquí, dirigido por Mekki Nasiri, como la asociación *Ittihad* (Unidad). Más adelante detallaré también la creación de una asociación de menor calado, impulsada por la administración colonial para dividir al nacionalismo.

En estas pugnas, cada facción buscaba el éxito de sus representaciones. En un documento de 1952 sobre Villa Nador se expone que una función que debía llevar a cabo el grupo reformista conocido como La Antorcha estaba destinada a atraer a los soldados marroquíes y se recomendaba al comandante general de Melilla que impidiera la concurrencia de los militares al evento. Dicha representación desató además la lucha entre facciones internas en el movimiento nacionalista, ya que los partidarios de uno de los líderes acordaron no asistir a la función y amenazaron con expulsar del partido a quien acudiera al teatro.

Como estamos viendo, el faccionalismo político de otros órdenes se extendió también al mundo del teatro. El número de asistentes a las funciones devino en muchas ocasiones un particular termómetro de la influencia política de los organizadores. Por ello, cuando los partidarios de una facción nacionalista no participaban en la obra podían boicotearla, para que la asistencia fuese baja o poco importante. Véase lo que nos indica la siguiente nota de la Delegación de Asuntos Indígenas de 17 de enero de 1951: "Con motivo de una obra celebrada en el Teatro Español, los nacionalistas hicieron propaganda en contra de la misma, al no formar parte del cuadro artístico, y consiguieron que la sala no se llenara".

Otra estrategia de la Delegación de Asuntos Indígenas para frenar la influencia del nacionalismo sobre el teatro fue permitir la creación de una compañía que tuviese una actitud mucho más condescendiente con el Protectorado. Así podemos entender la fundación de la asociación Flor de la Literatura Marroquí —*Zohra al-adab al-magribi*—. Los propios documentos elaborados por esta asociación nos ponen al corriente de sus intenciones políticas. En un documento sin fecha, el comité observador de la asociación convocaba un té familiar en la huerta del Chellah de Tetuán, con objeto de "confraternizar los corazones de la juventud Marroquí, con los de los hombres de la España bienhechora".

La asociación ya se puso en marcha en febrero de 1943. Auspiciada por las autoridades coloniales, fue creada a instancias de un hombre de nombre el Chuaij. Pronto reaccionaron en su contra los jóvenes de los partidos nacionalistas, acusándola de ser obra de la administración colonial. Frente a esta iniciativa, los dos principales partidos, que contaban con sus respectivas compañías teatrales, se reunieron en secreto para tomar medidas. Se encontraron Mekki Nasiri, dirigente de Unidad Marroquí, y la directiva de la Asociación del Estudiante Marroquí, vinculada al partido de Torres. Acordaron invertir todos los esfuerzos posibles en impedir que la nueva asociación prosperara, ya que se sospechaba que su fin real era el de deshacer los sectores nacionalistas. En dicha reunión se encargaba así mismo a Mohammed el Oddi, miembro de la Asociación del Estudiante Marroquí, que espiase a su familiar, el intérprete Yebbur Oddi, al que acusaban de informar a la Intervención española de lo que sucedía en la Asociación Flor de la Literatura Marroquí.

Uno de los primeros choques tuvo lugar en torno a la primera obra que propuso la asociación, titulada *Ahl el Kahf*. En marzo de 1943, Mekki Nasiri denunció ante el gran visir y el juez de Tetuán que aquella obra constituía propaganda cristiana que no se podía autorizar. Por ello, la propia Asociación Flor de la Literatura Marroquí realizó una consulta oral al exministro de justicia, el alfaquí Ahmed Rhoni, por entonces presidente del Consejo Superior de Enseñanza Islámica. La asociación envió unas consultas jurídicas a Rhoni, y este respondió lo siguiente: que la obra era aceptable de acuerdo a los principios de la ley islámica; que el hecho de mostrar un suceso ocurrido a los cristianos en una época preislámica no afectaba para nada al islam; y que por tratarse de una obra histórica ello no tenía consecuencias para la religión. Por su parte, la Delegación de Asuntos Indígenas también contactó con Abdellah Guennun en su condición de ulema, y les contestó que la obra no presentaba inconveniente alguno. También lo hizo con el bajá de Tetuán, que a su vez consultó con el gran visir. Finalmente, y pese a las opiniones de los ulemas, el jalifa dio orden de que la obra no se representara, por influencia de Mekki Nasiri.

La estrategia de la Delegación de Asuntos Indígenas fue de nuevo posicionarse a favor de la Asociación Flor de la Literatura Marroquí. Se conformaba así una auténtica lucha por el tipo de obras de teatro a autorizar y prohibir. La asociación protestó enérgicamente y entonces denunció que la obra de Molière, *Tartufo*, que representaba la Asociación del Estudiante Marroquí, y a diferencia de la suya, sí había sido autorizada. Para compensar, la Delegación de Asuntos Indígenas decidió censurar la pieza de Molière. Aún reconociendo que la obra no tenía defecto alguno que denunciar, proponían

"buscar la exhibición de vicios vituperables, como la hipocresía (…) y dar esta pequeña satisfacción a la Asociación Flor de la Literatura Marroquí".

Las reflexiones desde la sección política de la Delegación de Asuntos Indígenas en una nota de febrero de 1943 son muy claras al respecto: "aprovechar esta ocasión para sustraer de los Partidos un buen número de sus jóvenes afiliados y simpatizantes" y promocionar una sección deportiva para promocionar a los "jóvenes adictos". En caso de suceder así, "se les podría prestar la ayuda material necesaria" para "apartar a la juventud del veneno de la política". Indican otros informes que el impulsor de la asociación, el Chuaij, "hubiera sido vencido de no contar con el apoyo de la Administración".

6. Censura y control colonial del teatro

La Delegación de Asuntos Indígenas creó una sección de censura y control político, sita en Tetuán, que se ocupaba de diversas cuestiones: no eran solo las directamente políticas, como el control de autoridades, caídes, jueces, etc., o de los propios funcionarios españoles. También controlaba aquellos fenómenos e instituciones sociales que a los ojos de los mandatarios podían "subvertir" el orden colonial, como las conversiones religiosas, las relaciones mixtas y los espacios informales de encuentro (Mateo Dieste: 2003). El cine también formaría parte de esta censura colonial, similar a la que acontecía en la Península (Diez Puertas: 2003, 283-287).

Un gran número de obras eran inspeccionadas por espías; algunos de ellos se repiten en los informes, como uno llamado *Gafotas*, que firmaba sus informes con el dibujo de unas gafas realizado con el teclado de la máquina de escribir.

La censura reclamaba que los autores presentaran los guiones antes de la celebración de la obra. Y luego, además, la Delegación de Asuntos Indígenas enviaba a un informante a la sala, que daba cuenta del número de espectadores, del ambiente de la sesión y de cualquier incidente de tipo político, además de controlar que la representación se ciñera a lo que había sido expuesto en el guion. Esta circunstancia no se daba en todos los casos.

El control no solo afectaba a las obras elaboradas por autores árabes, sino que también se cernía sobre traducciones al árabe de obras en lenguas europeas, como en el caso de *Otelo*, que fue representada en el Teatro Cervantes de Tánger, a petición de profesores de las escuelas de esta ciudad.

Cabe resaltar que en dichos controles y censuras también participaban las autoridades marroquíes. Así, en una representación infantil en Alcazarquivir, el bajá de la ciudad, Mohamed el Melali, autoriza la representación

de *Venganza de la mujer*, obra en árabe del egipcio Kamel Gailani, que ya se había representado en Larache con el nombre de *La hija del tintorero*. En su informe, el bajá declara que la obra es apta para que pueda ser entendida "por las inteligencias de los pequeños, sin que existan inconvenientes de orden político".

La vigilancia no solo se circunscribía al propio Protectorado sino que también se extendía a Tánger. En carta de octubre de 1951, el delegado de Asuntos Indígenas, Luciano Garriga, escribía al consulado de España en aquella ciudad advirtiendo que

> el sistema que actualmente se sigue para la censura de las obras en árabe, que han de ser representadas en el Teatro Cervantes, de esa localidad, no ofrece a la Administración las suficientes garantías, por devolverse a los interesados el libreto, las más de las veces manuscrito, lo que permite a posteriori hacer todas las modificaciones que deseen. Para evitar una sorpresa, creo que sería conveniente pedir, en lo sucesivo, dos ejemplares del libreto, a fin de que pueda quedar uno en nuestros archivos, como antecedente...

Ello indica, como reflejan los propios informes de los censores, que las compañías teatrales presentaban unos textos a la Delegación de Asuntos Indígenas, pero que luego se las ingeniaban para introducir cambios o modificaciones que expresaban críticas o permitían difundir al público mensajes de sensibilización.

La censura no siempre refería aspectos de la política nacionalista, sino que los censores perseguían todo tipo de cuestiones que no se amoldaban a la moralidad nacional-católica, como en el siguiente ejemplo. En la obra *La venganza* del rifeño Mimun ben Yilali Quebdani, representada en Nador en agosto de 1952, la censura de espectáculos autorizaba la representación, pero prohibía el fragmento de una carta de amor dirigida a una mujer en la que se decía que "deseo besar tus ojos, morder tus labios y palpar tus pechos…".

Cualquier alusión a cuestiones sexuales era vista como un escándalo que era preciso atajar de cuajo. Sin embargo, la existencia de estas referencias indica paradójicamente la existencia de visiones mucho más relajadas del asunto en la sociedad marroquí del momento, también en referencia a cuestiones de homosexualidad, que los censores veían con preocupación.

En una representación en el Teatro Español organizada por el Instituto Libre de Larache en abril de 1950, el informador advierte de un exceso de sátiras sexuales, debido a la gran presencia de mujeres en la sala. El informador refiere una escena en que se censuraba la costumbre de los musulmanes de permanecer despojados de ropa en los baños públicos, "y 'arrastrando sus porras por el suelo', según expresión casi literal de uno de los actores".

7. Temática de las representaciones teatrales

Sin duda, todas estas luchas políticas, como el control de la administración y las pugnas internas nacionalistas, tenían lugar porque se consideraba al teatro como un espacio susceptible de influir sobre la sociedad y la política de la época. El análisis de las temáticas y de los contenidos de las obras representadas nos dará una pista importante del porqué de aquellas pugnas, y sobre todo nos permite reconstruir las visiones e imágenes que la propia sociedad tenía de sí misma en este momento de cambios. Este ambiente agitado no se vería reflejado únicamente en los textos teatrales, sino también en las representaciones, entendidas como exposición corporal y espacial en los escenarios.

Lo que sucedía en el interior de las salas expresaba un *ethos* muy particular, como la visión reformista de los nacionalistas. Esta expresión sociopolítica no tenía lugar solo en el escenario. De hecho, la interacción social que se desarrollaba en el resto del teatro era lo que más podía preocupar a las autoridades coloniales. La platea y los palcos eran el escenario de relevantes expresiones simbólicas: la llegada de determinados personajes destacados del nacionalismo generaba aplausos entre el público o se producían vivas al sultán. Los aplausos, los silbidos y las aclamaciones eran todo un juego social de críticas y aprobaciones. En algunas ocasiones, la presencia de fotos y banderas era toda una declaración de principios. Así, en una representación de 1951 en Nador, la sala fue adornada con retratos de Mohamed V y del rey Faruk.

Aunque existía una variedad de géneros y temáticas, uno de los principales hilos conductores era, sin duda, la cuestión del cambio social en una época de convulsiones. Por ello voy a presentar una síntesis de las principales temáticas y la interpretación de las mismas, que en muchas ocasiones aparecen mezcladas en una misma obra.

7.1. La tensión entre lo nuevo y lo antiguo

Uno de los temas recurrentes y más repetidos en la mayoría de obras es el dilema de los protagonistas a la hora de elegir entre un mundo tradicional y un mundo moderno. En realidad, la visión de la contraposición entre lo nuevo y lo viejo no es homogénea en todas las obras. Algunas se decantan por mantener un respetuoso equilibrio entre ambas o destacan la necesidad de cambiar costumbres antiguas que no permiten el progreso y la educación, mientras que otras denuncian las falsedades y los peligros de la modernidad.

Existe incluso una obra con el sugerente título de *Entre lo viejo y lo moderno*, representada en diciembre de 1950. En ella se van sucediendo situaciones en torno a la lucha entre la época antigua y sus defensores, sus costumbres y moralidad, y los partidarios de la época moderna, las juventudes europeizadas que se rinden a una sociedad banal, sin moral y basada en las falsas apariencias.

Los personajes de la trama simbolizan las diferentes posturas frente a la modernidad: un padre de familia educado en la moralidad tradicional se transforma al entrar en contacto con las nuevas costumbres; una esposa virtuosa y honrada, que no puede evitar que el padre transmita una mala educación a los hijos; el hermano de la esposa, un profesor que simboliza la síntesis entre la educación islámica y la cultura moderna, y que intenta conciliar a los esposos; y la madre del marido, que encarna el sistema de creencias populares, que atribuye los cambios de su hijo a encantamientos. El marido dilapida sus bienes jugando a la lotería y su hijo se dedica a robar en la fábrica donde trabaja. Frente a todo este cúmulo de problemas, el cuñado se erige en salvador de la situación, con sus consejos conciliadores, y los personajes descarriados recuperan la sensatez. Para celebrarlo y pedir el perdón de Dios celebran una fiesta el día del *'id al-ḳabir* —fiesta del sacrificio.

Otra obra del estilo es la conocida como *Exhortación*, representada en agosto de 1943 y basada en una comparación entre las costumbres musulmanas antiguas y las modernas. Dicha pieza ofrecía una moraleja sobre los excesos modernistas debidos al contacto con los europeos, que malmetía la buena moral. Entre las peligrosas tentaciones que se comentan en este tipo de obras están la lotería, el juego, la prostitución y el alcohol.

7.2. La familia y las relaciones matrimoniales

Otro de los temas recurrentes son los cambios en las pautas familiares y sobre todo matrimoniales. No he hallado referencias a relaciones mixtas, sino que las obras que tratan el tema familiar se centran casi siempre en una crítica a las formas tradicionales de matrimonio. En concreto, los autores denuncian la diferencia de edad entre los contrayentes o el matrimonio forzado sin el consentimiento de la mujer.

En *Delito de un padre* se deja en evidencia la actitud de los padres que conciertan matrimonios para sus hijas con hombres que no conocen y que son mayores que ellas. En este caso, la hija termina cometiendo adulterio con otro hombre más joven y adecuado a sus gustos, pero finalmente el marido asesina tanto a la esposa como al amante.

También se criticaban algunas costumbres amorosas, vinculadas a adulterios, homosexualidad y prostitución. Alguna obra era tan explícita que se podía identificar a personajes reales. Mohamed Bennani, autor de una obra titulada *Tragedias de la vida social*, se vengó del secretario del palacio jalifiano, que había intentado conquistar a su mujer; se rumoreaba también que otro coautor de la obra fue Brahim Wazzani, cuya mujer también había sufrido el cortejo del casanova de la casa jalifiana. El personaje merece ciertamente este calificativo, ya que, en otros documentos de la Delegación de Asuntos Indígenas, se puede observar que esta persona mantenía diversos romances con varias mujeres españolas de manera simultánea —algunas residentes en España y otras en Tetuán, casadas, solteras o menores.

Para escenificar su crítica, el autor presentaba el retrato de personajes picarescos imbricados en tramas y embrollos amorosos, donde se pagaban favores sexuales e intervenían alcahuetas. En la obra se ofrecían detalles que situaban los hechos en escenarios conocidos de Tetuán, como Bab al-'Oqla.

Resulta de notable interés el desacuerdo entre dos notas existentes sobre esta obra, en la que se menciona la práctica de relaciones homosexuales y lésbicas en Tetuán. Dice una de las notas sobre estos pasajes que "dada la idiosincrasia de los espectadores no solo no escandalizaron sino que, por el contrario, fueron los más aplaudidos...". Contrastando las notas, quiero remarcar que esta última información es la ofrecida por el informante marroquí que realizó el informe, un *kateb* o escribiente llamado Mohamed Zemzemi ben Mohamed el Fartaj, que describe con cierta naturalidad esta reacción del público. En cambio, la nota elaborada por la Alta Comisaría destaca las quejas que les llegaron por las referencias explícitas al secretario jalifiano o a las prácticas homosexuales en Tetuán.

7.3. La educación como herramienta

Algunas obras refieren directamente la importancia de la formación y la educación para el futuro de la persona. En una de ellas —*Quién es responsable*, representada en 1952—, un padre envía a su hijo con su hermano para que haga de aprendiz de zapatero en vez de cuidarse de su educación. El niño recibe una beca y consigue ser el primero de su promoción, y obtiene otra beca para ir al extranjero. Tras conocer estos éxitos, el padre se arrepiente y le entrega un tercio de sus bienes para que pueda estudiar en la universidad; el joven se traslada a España, y la obra finaliza con el regreso exitoso del joven que ha obtenido su licenciatura.

En *Enfermedades sociales* se contraponen dos modelos de conducta entre dos hermanos. Un hermano rico que ignora la importancia de la educación y otro hermano pobre que elogia las virtudes de la enseñanza. El hijo del rico empieza a jugar a cartas y a perder dinero en apuestas, y termina alcoholizado. En cambio, su primo obtiene un título en la universidad.

En *El mayor delito*, obra representada en el Monumental en julio de 1951, se muestra a una familia que no da instrucción a sus hijos. Un pariente rico les pide la mano de su hija para esposar a su hijo estudiante, recién llegado de Egipto. Hay que recordar que en la época hubo un grupo de hijos de notables tetuaníes que estudió en Egipto y Palestina. El matrimonio encuentra dificultades por la disparidad de cultura entre los cónyuges. Para solventar esta desigualdad, los padres hacen que la mujer reciba enseñanzas de varios maestros y alcance un nivel formativo suficiente.

7.4. Religión y ciencia

El reformismo, como sabemos, no apostaba por un rechazo de la ciencia moderna, sino más bien por su apropiación y compatibilidad con el islam. Al mismo tiempo, crecía en el sí de esta visión reformista una crítica hacia aquellos que mantenían un islam basado en milagros y supersticiones. En la obra *Los ignorantes claman por la enseñanza*, los diálogos entre un musulmán moderno culto y un musulmán inculto y "tradicional" ridiculizan a este último. Es muy significativo que antes de una de las representaciones, en Tánger en septiembre de 1945, uno de los personajes más importantes de las cofradías musulmanas de la región, el jerife Darqawa de Tánger, presentara una protesta contra dicha obra, acusándola de ser un alegato contra su cofradía. Aunque la obra no hacía referencia alguna a los Darqawa es también evidente que este tipo de representaciones pretendía criticar y desmantelar la reputación de ciertas visiones e instituciones que el reformismo iba a considerar como contrarias a las reformas (Mateo Dieste: 2007). Ya hemos visto también que se ridiculizaban la magia y los hechizos en otra obra, simbolizados por las viejas generaciones.

En una obra procedente de Líbano, se presenta la contraposición entre la biomedicina y la medicina tradicional árabe. Se trata de *Los ignorantes que presumen de sabiduría, o Said, traiga el cauterizador*, de Salim Ibrahim Sadr, obra cómica en tres actos, que fue exhibida en agosto de 1945. De nuevo, se proyecta el debate entre lo nuevo y lo antiguo, ahora en el terreno de la curación. En esta función cómica se muestra la apuesta entre un doctor y un curandero tradicional. El doctor le promete que si consigue curar con sus métodos le concede su hijo en matrimonio para su hija, pero que

en caso contrario le cauterizaría la frente, como castigo, y este es el resultado final.

La descalificación de las malas artes de la magia es uno de los ejes de *La mujer delincuente*, representada en Alcazarquivir en 1952. Pero la resolución del conflicto no deja de ser sorprendente. El relato refiere un hombre, 'Ali, que engaña a su mujer y comete adulterio. Su esposa solicita el repudio. Al final uno de los amigos de 'Ali sospecha que la causa de su desgracia es que la madre de la mujer lo ha embrujado y le aconseja que visite a un médico. Es decir, que se presenta a la medicina como solución del problema, pero al mismo tiempo se reconoce la efectividad de la magia amorosa.

En *Triunfo de la verdad sobre la mentira* se entrecruzan varios de los temas aquí presentados. Por un lado, se insiste en la importancia de la instrucción y muestra los efectos negativos de la ignorancia. En esta obra se defiende el poder de la medicina moderna por encima de las supersticiones ancestrales. En una de las escenas interviene un hombre que ha estado en Alemania para curarse de una enfermedad, gracias a los métodos de la medicina moderna, después de probar sin fortuna la medicina tradicional marroquí. La retórica de la civilización y el progreso se contraponen aquí al oscurantismo y las ideas antiguas. En otra escena un padre se opone a que su hijo se vaya a estudiar a Europa para perfeccionar sus estudios en ciencias. Para convencer al padre, otro de los personajes se disfraza de hombre santo, con una larga barba y un gran turbante verde, y le insiste sobre la importancia de que el hijo emprenda el viaje. El padre termina cediendo y, como reza el título de la obra, triunfa la verdad, aunque es de nuevo muy significativo que en este reconocimiento haya debido intervenir también la legitimidad de lo antiguo —en este caso, la obediencia del padre a la palabra del supuesto hombre santo.

8. El acceso de las mujeres a los espectáculos públicos

La contabilidad de espectadores ofrecida por el informante de la Delegación de Asuntos Indígenas en una representación de julio de 1951 muestra la definitiva introducción de las mujeres entre el público. De los mil quinientos espectadores de una obra en el Teatro Español de Tetuán, se calculaba que un tercio eran mujeres.

Estos datos tienen gran importancia porque denotan un cambio en las pautas de acceso de las mujeres a la esfera pública, aunque ello venía acompañado de un tenso debate mucho más amplio y que concernía al estatus

de la mujer. Este debate estaba también vinculado a las nociones locales sobre la división entre una esfera pública masculinizada y una esfera privada feminizada.

En Tetuán, este conflicto en torno al espacio público tenía su principal avalador en la figura del tiránico bajá Achaach. Este mantuvo una política de hierro durante sus años de gobierno desde 1937, ya que perseguía la entrada de mujeres a los espectáculos públicos. Ahmed ben Mohammed Achaach era descendiente de una familia que ya venía ocupando cargos del Majzén y fue ascendiendo políticamente gracias a la protección de militares españoles como el coronel López Bravo o el general Capaz. En la ficha personal elaborada por la Delegación de Asuntos Indígenas se le consideraba un antinacionalista y se remarcaba su dureza con los borrachos y las prostitutas.

En realidad, en años anteriores ya tenemos referencia de algunos casos de teatros con gran asistencia femenina, incluso superior a la masculina, sobre todo en el Rif Cinema de Río Martín. Seguramente se trata de una particularidad digna de remarcar. En una obra de agosto de 1943 se refiere la presencia de cien mujeres y de cincuenta hombres, al igual que en agosto de 1948. La Delegación de Asuntos Indígenas observa que, para evitar las inconveniencias de la represión policial del bajá, muchas mujeres acudían al Rif Cinema cuando deseaban ver cine sin ser perseguidas. La cuestión parece clara. Ante la testarudez del bajá, se publicó en el diario *El día* que el caíd de Río Martín decía que "las musulmanas van allí al cine con la autorización tácita del Gran Visir quien envía a su mujer e hijas e igual hacen el ministro de Justicia y otras personalidades del país".

Estos cambios en la sociabilidad generaron debates simultáneos y más amplios sobre el porte del velo, el papel de la mujer en la sociedad o su educación. Es muy interesante remarcar que este debate no fue una mera discusión sobre la aceptación de valores externos, sino que el debate era completamente local y concernía la expresión de visiones contrapuestas en el seno de la propia sociedad marroquí. La visión predominante era completamente androcéntrica, pero es muy importante remarcar estos procesos de cambio ciertamente novedosos, y no necesariamente atribuibles a la presencia colonial, sino a ideas propias del reformismo islámico.

En diciembre de 1949, un informe de chismes callejeros recoge la idea de que

> muchas familias tetuaníes verían con agrado que dejasen ir a las mujeres musulmanas al cine con sus maridos, padres o hermanos, pues la Mejaznía lo prohíbe por encargo del Bajá. Que ven bien que se prohíba la inmoralidad, pero ven mal que prohíban la asistencia de las mujeres decentes, debidamente acompañadas.

Dichas demandas se referían por entonces a la asistencia a "películas árabes".

En diciembre de 1948, la Delegación de Asuntos Indígenas refería ya numerosos altercados debido a estas cuestiones y a la política intransigente del bajá Achaach. De manera que este enviaba a sus policías los días de función con órdenes incluso "de detener a las mujeres que se permitan tales libertades". La Intervención Territorial de Tetuán recibía, de hecho, las visitas de familiares de mujeres musulmanas, especialmente de los esposos, "solicitando autorización personal escrita para que las mismas pudieran acudir al cine sin temor a las represiones del Bajalato".

El debate, por tanto, iba tomando cuerpo y se fue intensificando a principios de los años cincuenta. En marzo de 1950 el bajá envió una carta a veinticinco notables tetuaníes citándolos a una reunión para tratar del acceso de las mujeres a los espectáculos. En dicho encuentro, Achaach se ratificó en su intención de prohibir el acceso de las mujeres al teatro y al cine aduciendo que la actitud de la mujer era cada vez más escandalosa, porque algunas mujeres incluso se quitaban el pañuelo al entrar en los establecimientos. Recordemos que el debate político sobre los derechos de la mujer ya había emergido, incluyendo la discusión sobre el porte del velo, que tuvo su punto mediático con el mitin de la hija de Mohamed V, Lalla Aicha, en Tánger en abril de 1947, en el que mostraba parte de su cabello.

Es muy sintomática la división que se hizo manifiesta en la reunión de notables de Tetuán, cuando unos aprobaron dicha medida represiva, otros guardaron silencio y otros mostraron su oposición. Hubo propuestas intermedias, como las del notario Mekki ben Abdelwahab, que propuso que se dispusiera un espacio reservado para las mujeres musulmanas o que se reservara un día a la semana para ellas. Se proyectaban así las divisiones espaciales ya existentes en otros espacios como el *hammam*. La discusión se complicó además porque algunos criticaban la hipocresía de Achaach y otros notables, que sí permitían el acceso de mujeres de sus círculos, negándolo a las demás.

Más significativa es, si cabe, la resistencia de Achaach a que las mujeres accedieran incluso al ensanche, concebido como un espacio impropio y europeo; pero el notario le replicó que su mujer —de Achaach— era la primera en incumplir dicha cuestión.

En medio de estas discusiones, el sultán Mohamed V explicitaría su actitud respecto a esta cuestión: las mujeres tenían derecho a acudir a las salas de espectáculos públicos con igual libertad que los hombres, y el *mendub* de Tánger puso en práctica dicha decisión. Sin embargo, en marzo de

1950, estas propuestas del sultán recibían, según comenta una nota de la administración española, numerosas condenas públicas por parte de hombres musulmanes. Finalmente, las mujeres fueron entrando en las salas, aunque siguiendo una división espacial, con zonas de butacas para mujeres y otras para hombres.

Conclusiones

Este análisis del teatro nacionalista de la zona norte nos muestra los importantes cambios que estaba experimentando la sociedad marroquí de los años cuarenta y cincuenta. Está claro también que se trataba de unas transformaciones muy circunscritas a las zonas urbanas y a unas clases sociales muy determinadas; pero las obras de teatro árabe de aquel momento eran la expresión de una visión del mundo que manifestaba la necesidad de renovar la sociedad y adaptarla a los nuevos tiempos. El proyecto reformista otorgaba una enorme importancia a la educación y por eso las compañías teatrales de aficionados surgieron de las escuelas nacionalistas. Pero el teatro no fue solo el medio de expresión de esas escuelas, sino que también devino un objetivo en sí, como espacio de representación de los cambios y, sobre todo, como ritual de poder que pretendía desafiar a la autoridad colonial. Como se ha visto, no todas las obras contenían esta dimensión política. En realidad, el propio evento social que acompañaba a la representación era investido a menudo de un cariz de protesta, con desfiles, despliegue de banderas o vivas a Mohamed V.

Al mismo tiempo, el contenido de las obras representadas sí que nos permite reconstruir las preocupaciones de una clase burguesa que veía en la educación un paso necesario para la formación de la nación y la crítica anticolonial, y que observaba visiones contrapuestas frente a los cambios en materia de género y familia. Por un lado, se defendía la importancia de la educación de la mujer o la necesidad de eliminar los matrimonios forzados, pero, por otro lado, se advertía de los peligros de una modernidad que amenazaba la moralidad pública. El título de diversas piezas de teatro remarcando la oposición entre la tradición y la innovación muestra una dicotomía que era presentada como tal en la retórica social. Sin embargo, en la práctica, la conciliación entre ambas dimensiones fue más pragmática de lo que se pueda pensar, como muestra la coexistencia del pensamiento racionalista con el pensamiento sufí o de las prácticas mágicas con la medicina moderna.

Finalmente, la discusión sobre el acceso de la mujer a los teatros y los cines, con posturas tan opuestas como las del bajá Achaach o la de Tuhami

Wazzani, muestra esta tensión del proceso de apropiación local del teatro y de la construcción de una modernidad adecuada a los códigos locales de género, con sus múltiples interpretaciones.

Bibliografía

Akalay, M.: "Le théâtre Cervantes de Tanger: joyau de l'architecture espagnole: une passerelle entre le passé et un avenir de construire", *Revue Maroc-Europe*, nº 5, 1993, pp. 177-180.

Amine, H. y Carlson, M.: *The Theatres of Morocco, Algeria and Tunisia. Performances traditions of the Maghreb*, Hampshire: MacMillan, Studies in International Performance, 2012.

Bacaicoa, D.: "Teatro en Tetuán en 1860", *Revista de literatura*, nº 5, 1953, pp. 79-98.

Chaacho, A.: *La música andalusí al-Ála. Historia, conceptos y teoría musical*, Córdoba: Almuzara, 2011.

Dahrouch, C.: *La obra dramática de Mohamed Dahrouch*, Madrid: Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 2008.

— "La vida de un dramaturgo tetuaní: Mohamed Dahrouch", *Anaquel de Estudios Árabes*, nº 20, 2009, pp. 45-56.

Diez Puertas, E.: *Historia social del cine en España*, Madrid: Editorial Fundamentos, 2003.

García Cecilia, C.: "Un siglo de teatro en Marruecos", en Planet, A. y Ramos F. (eds.): *Relaciones Hispano-Marroquíes: una vecindad en construcción*, Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2005.

González Hidalgo, J. L.: "El Gran Teatro Cervantes: pasado, presente y futuro", *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, nº 32, 1996, pp. 133-142.

Hdaddou, R.: *Misrah Abd al-Khālik al-Turris. Darāsat*, Tetuán: 1988.

Jones, G. M.: "Modern Magic and the War on Miracles in French Colonial Culture", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 52, nº 1, 2010, pp. 66-99.

Louassini, Z.: *La identidad del Teatro Marroquí*, Granada: Universidad de Granada, 1992.

Mateo Dieste, J. L.: "'Pourquoi tu ne m'écris plus?' Les rapports mixtes et les frontières sociales dans le Protectorat espagnol au Maroc", *Hawwa. Journal of Women of the Middle East and the Islamic World*, vol. 1, nº 2, 2003, pp. 241-268.

— *La "hermandad" hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona: Edicions Bellaterra, 2003.

— "Reformism and Muslim brotherhoods in Spanish Colonial Morocco: review of an ambiguous dichotomy", *The Maghreb Review*, vol. 32, nº 4, 2007, pp. 272-287.

Todorova, M.: *Historical Legacies between Europe and the Near East*, Berlin: Fritz Thyssen Stiftung, 2007.

Huellas arquitectónicas de un proyecto transfronterizo: la identidad andalusí

Federico Castro Morales

El Protectorado español ha dejado una huella en la imagen urbana de las ciudades del noroeste de Marruecos que revela la existencia de un pensamiento proyectual. La construcción de la ciudad moderna anexa a la medina y los intentos de organizar una periferia en crecimiento exponencial, la conservación de la ciudad histórica y el diseño del ensanche con edificios dialogantes con la arquitectura tradicional nos ofrecen diferentes planos de análisis. Llama la atención un hecho: la voluntad de estilo supera el ámbito de las instituciones del Protectorado que buscan plasmar en sus fachadas una imagen identificadora: arquitectos municipales, ingenieros militares e interventores se unirán a este empeño, a través de la promoción privada. Las fuentes hemerográficas revelan el interés intelectual por el debate arquitectónico en el que participan también otros arquitectos relacionados con la investigación y la restauración del patrimonio de Al-Ándalus.

La necesidad de proyectar una imagen exterior del Protectorado para promoción del turismo contribuirá a prolongar una concepción de la arquitectura inspirada en los estilos árabe, mudéjar, nazarí… que había quedado periclitada ya en las postrimerías del XIX por los protagonistas de la búsqueda de un estilo nacional y los diversos regionalismos. Aunque al debate teóri-

co y la práctica constructiva no siempre se corresponden conceptos y formas, planteamos contrastar los testimonios construidos y las propuestas sugeridas para centrarnos en el análisis de las razones e intenciones de dicha arquitectura. Será preciso confrontar concepciones ideológicas, detectar la adopción de modelos foráneos y verificar el grado de consecución de un estilo eficaz para legitimar la acción española en la zona y asumible por los marroquíes como algo propio, debido a su valor simbólico intrínseco. Esta última cuestión resulta especialmente pertinente porque a lo largo de las tres grandes etapas del Protectorado (Monarquía, República y Franquismo) se persiguió una arquitectura expresiva de la fraternidad hispano-marroquí que diferencia las bases del proyecto español respecto de la iniciativa francesa, aunque los edificios construidos en ocasiones continúen los modelos galos, oscilantes entre el alhambrismo nazarí y la síntesis moderna de la tradición árabe.

Al analizar la arquitectura oficial española, asociada a un proyecto de modernización sostenido sobre la puesta en valor de una raíz común andalusí, se desvela una iniciativa bien estructurada, defendida desde sectores políticos, científicos e intelectuales, tanto franceses como españoles. La continuidad histórica andalusí y la fusión andaluza-magrebí se revelan fértiles argumentos, que desbordan el plano estético para cobrar tintes sociológicos y antropológicos.

En esta nueva aventura colonial, Francia y España parten marcados por el afán de superar experiencias anteriores: la primera intenta olvidar su acción devastadora hacia el patrimonio en Argel, mientras España plantea retomar un pasado del que se excluyó al expulsar a los moriscos, y cuya estima revivificó en buena medida el interés foráneo por el legado andalusí; y lo hace cuando se ha desmoronado su imperio americano. Ambos países coinciden en el deseo de eliminar fantasmas a través de una acción cultural protectora que incluye un programa de salvamento del patrimonio y fomento de la cultura popular.

Se instrumentaliza el pasado en el presente a través de tres "lugares de memoria" (Nora: 1984): Córdoba, Granada y Fez, pilares que, junto a Toledo y Sevilla, legitiman el reconocimiento de una identidad colectiva andalusí. Esta razón territorial lleva a España a plantear la incorporación de Andalucía en su acción protectoral y regeneradora, remitiéndose a Córdoba y Granada como referentes; mientras que para Francia la memoria remota de Al-Ándalus permanece viva en la cultura popular marroquí, especialmente en la ciudad de Fez. Por ello, la gestación del estilo hispano-magrebí en la arquitectura del Protectorado español discurre por sendas paralelas, fomentando las "artes indígenas" y protegiendo el patrimonio andalusí en Marruecos.

En los últimos años las investigaciones han desvelado aspectos y aportado herramientas de análisis (interculturalidad, alteridad, aculturación, invención cultural…), que consolidan los ámbitos de reflexión y centran las líneas de investigación sobre las intenciones de las autoridades coloniales y, especialmente, sobre el proyecto de organización social que subyace bajo la acción europea en el Magreb. En *Al-Andalus: una identidad compartida. Arte, ideología y enseñanza en el Protectorado Español de Marruecos* (Castro ed.: 1999), difundimos aspectos novedosos, desde una óptica interdisciplinar emprendida desde el grupo TIEDPAAN de la Universidad de Córdoba, con la participación de investigadores de las universidades Carlos III de Madrid y La Laguna (1995-1999).

Las lecturas historiográficas sobre el fenómeno colonial y poscolonial se enriquecen con las reflexiones de investigadores marroquíes, franceses y españoles que confirman la importancia que tuvo la acción en el Magreb y la incidencia profunda que ejerció sobre las mentalidades y las formas de vida marroquíes.

Al hacer dialogar las posiciones sostenidas por Louis Hubert Lyautey o Henri Terrasse con las de Leopoldo Torres Balbás o Rodolfo Gil Benumeya, apreciamos las diferencias entre la acción colonial francesa y española en el Magreb y los mecanismos ideológicos de gestación de una identidad compartida sobre los que se ahonda especialmente en el Protectorado español. Por su parte, la arquitectura residencial promovida por particulares; incluso la vivienda mínima, tanto si es emprendida por las instituciones del Protectorado como por los arquitectos municipales en ejercicio privado de su profesión, se muestra más permeable al ensayo de nuevas formas, en busca de una sincera expresión arquitectónica de la fusión hispano-magrebí.

Por tanto, iremos más allá del análisis formal, inventario o catalogación para abordar el debate teórico; repensaremos las realizaciones arquitectónicas en el contexto de un proyecto integral del Protectorado que incluye la educación y la cultura, la reestructuración de la producción y comercialización de los productos artesanales, la musealización y regeneración de la cultura popular o la restauración del patrimonio monumental en aras de la explotación turística, así como su canonización para generar una nueva arquitectura.

Aún así, en sus diferentes formalizaciones, siempre estaremos ante edificios proyectados por arquitectos extranjeros que, antes que dar respuesta a una inexistente demanda local de arquitectura identitaria, atienden a un ansia de reinvención del arte islámico acorde con una voluntad de dominio político, cultural y material, oculta bajo la convicción acerca de la existen-

cia de un acervo común, enriquecido por el patrimonio musulmán de Europa. Eloy Martín Corrales habla directamente de "exportación" de un estilo hispano-musulmán ejemplo de colonización y modelo a imitar por los propios colonizados, expresivo de una cooperación desinteresada (Martín: 2010, 224).

1. Francia y España: derivas identitarias en un protectorado "cultural"

Mohammed Chadli, conservador en el Museo Nejjarine de Fez, afirma que el Protectorado trastornó los fundamentos de la sociedad marroquí con el objetivo de ejercer un control sobre el conjunto de la organización política y socioeconómica del país. El imperio colonial francés se sustentó en un "dominio sobre la cultura y las culturas locales" que la administración francesa manifestaba oficial y públicamente a través de un discurso a favor del respeto a "las tradiciones". Salvaguardar, proteger, civilizar y pacificar, puntualiza Chadli, "resultaron ser acciones orgánicamente vinculadas entre sí". Y añade que, proclamando la salvaguarda de los tesoros del pasado como gran prioridad de Francia, el mariscal Lyautey, primer residente general, perseguía la aceptación marroquí del Protectorado (Chadli: 2010, 114-117).

Las "artes indígenas" fueron el gran objetivo: se desmonta su organización por la *hisba* (que es sustituida por las asambleas municipales) y el aprendizaje tradicional se reemplaza por la enseñanza occidental. En 1918 se crea la Oficina de las Industrias de Arte Indígena dentro del Servicio de Bellas Artes y, al año siguiente, adquiere entidad propia como Servicio de las Artes Indígenas (1919), bajo la dirección de Prosper Ricard, encargado de organizar la enseñanza de la artesanía en Fez y de reestructurar la producción de cerámica de la ciudad, con el ceramista Lamali, que introduce técnicas vigentes en Andalucía y organiza la cooperativa de ceramistas. Ese mismo año se crea el Hautes Études Marocaines, bajo la dirección de Georges Hardy, para investigar, inventariar y reflexionar sobre el patrimonio marroquí, y la revista *Hespéris* para difundir sus logros y hallazgos (Chadli: 2010, 119-1922).

También se instituyó un cuerpo de inspectores de las artes indígenas en Fez y Rabat para velar por el mantenimiento de la tradición e incidir en la mejora del gusto de los artesanos. A partir de Fez se opera la regeneración y musealización del patrimonio marroquí. La acción de Lyautey (1913-1920) es continuada por Prosper Ricard, jefe del Service des Arts Indigènes entre 1920 y 1935. Paralelamente, se publica en 1925 el inventario de la artesanía marroquí llevado a cabo principalmente por Terrasse y Hainaut.

En 1932, Terrasse reconocería en *L'art hispano-mauresque des orígenes au XIII siècle*, el valor creativo de lo hispano-morisco, el arte que califica como "nacional" de España en la Edad Media, reconociendo el aporte de Occidente (Terrasse: 1932, 472). Por su parte, Ricard difundiría la labor de "invención de la tradición auténtica" al frente de Le Service des Arts Indigenes en el número especial de la revista *Nord-Sud* de 1934.

Interesa destacar la insistencia de Terrasse, desde el Hautes Études Marocaines, en destacar lo islámico andaluz como fuente del arte marroquí (Chadli: 2010, 125-129); notable aportación al estilo *hispano-mauresque* o "hispano-magrebí", que olvidaba interesadamente algo obvio: el arte hispano-musulmán se gesta sobre las aportaciones de almorávides, almohades y nazaríes, los introductores del arte musulmán en la Península Ibérica.

La persistencia andalusí en Fez explica la pretensión española de extender su presencia hasta Fez; objetivo que no logra, entre otras razones, por la exclusión de España de la toma de decisiones sobre el área. Ello condujo a la frustración de no lograr ampliar su territorio hacia el sur ni recuperar Tánger, inicialmente incluida en el reparto pactado con Francia en 1912.

Al referirse a la voluntad francesa de sostener la tradición como una fórmula de acción, impulsada por Lyautey, y su importante campaña de conservación y protección de los monumentos tradicionales (para generar réditos turísticos), González Alcantud afirma que este propósito de mantener vivo el pasado encerraba el riesgo de alejar de la modernidad tanto a los colonizadores como a los autóctonos (González: 2010, 19-40). También considera que España siguió estrictamente las líneas trazadas por el Protectorado lyauteyano (González: 2010, 59). La amistad hispano-francesa, especialmente durante el reinado de Alfonso XIII, avala la tesis acerca de la confluencia de planteamientos o la complacencia española con el modelo colonial galo; sin embargo, detectamos la existencia de sendas no siempre convergentes. Aunque el reconocimiento francés al vínculo hispano-musulmán es bien acogido en el Protectorado español, se puso mayor énfasis en el argumento de la vinculación andaluza-marroquí y en el traslado de modelos, técnicas y profesionales andaluces para regenerar una tradición que en Marruecos corría el riesgo de verse adulterada por la influencia exterior.

Si bien es cierto que desde el punto de vista teórico los franceses señalan la vía a seguir, inspirada en el plan de actuación de Lyautey, también lo es que la publicación del libro de Pierre Champión *Tánger, Fès et Meknès* (1924), en el que plantea un estilo hispano-morisco desde el punto de vista del fomento práctico de la artesanía, se produce años después de la pues-

ta en funcionamiento del sistema de enseñanza artesanal del Protectorado español (Povedano: 2011, 275-332): en 1916 se aprueba su plan de estudios. La primera Escuela de Artes se instala (1919) en un antiguo *fondak* de la calle Tarrafín, dentro de la medina de Tetuán, dirigida por Antonio Got Inchausti hasta 1921. Gutiérrez Lescura estará al frente de la Escuela de Artes y Oficios Indígenas —fundada en 1920 por el general Dámaso Berenguer e instalada en la judería de Tetuán— hasta 1930. Entre 1927 y 1928, se ubica en un edificio junto a Bab Okla (Puerta de la Reina), proyectado en 1926 expresamente para tal fin por el arquitecto Carlos Óvilo Castelo (1883-1952) (AGA: 1932 Caja 265 Exp. 1: Memoria de la Comisión nombrada para girar visita de inspección a los Servicios de Construcciones Civiles: Madrid, 15 de febrero). Desde entonces dirige el centro Mariano Bertuchi.

A lo anterior debemos añadir que desde el primer año de instauración del Protectorado español, el Dahír de 18 de agosto de 1913 establece la conservación de los principales monumentos artísticos de la zona y en 1915 se cuenta ya con un *Reglamento de Conservación de Monumentos Artísticos e Históricos*. La Junta Superior de Monumentos Artísticos e Históricos se crea en 1919 para "proteger y conservar el tipismo de las ciudades". Esta Junta tenía como cometido la catalogación de los monumentos artísticos e históricos de la zona.

Más allá de la discusión acerca de la autonomía de estas iniciativas respecto a la acción francesa, nos interesa destacar la temprana expresión de un compromiso de España con la independencia marroquí y la declaración de su voluntad de sostener relaciones poscoloniales, dando continuidad histórica a unas relaciones ininterrumpidas desde el Medievo que legitiman de manera espontánea la presencia española en Marruecos, desde la *Revista de Tropas Coloniales*, luego *África*, "órgano orientador del militarismo africanista", de cuyo equipo de redacción surgirán los jefes y oficiales que más tarde convergerán en el golpe de estado del 18 de julio de 1936: la publicación, fundada en Ceuta por Gonzalo Queipo de Llano y dirigida por Francisco Franco, tuvo como director artístico y principal autor de las portadas e ilustraciones al pintor granadino Mariano Bertuchi (1884-1955), que coincidirá con Rodolfo Gil Benumeya en la concreción de la opción andalusí de raíz nazarí. El portador de este mensaje proindependentista, Gil Benumeya, llega a Marruecos en 1925 enviado por Primo de Rivera para desempeñar labores periodísticas. Veía al Protectorado como una anomalía pasajera y escribe sobre la temporalidad de la acción extranjera en Marruecos, abogando por la soberanía marroquí:

> Nuestra seguridad exige que ese régimen anormal cese cuanto antes y que frente a nuestras costas no haya grandes imperios coloniales y que los moros puedan pronto gobernarse a sí mismos haciendo innecesaria la acción tutelar de Francia y España. Ante un Marruecos libre España se vería en igualdad con las grandes potencias y podría derrotarlas comercial e intelectualmente aprovechándose de la vecindad y de la tradición islámica de Andalucía (Gil: 1926c, 211).

Profesor de arte hispano-musulmán y de Historia de Marruecos en el Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán, coincidiría en el Instituto Libre de Tetuán con el líder nacionalista Abdeljalaq Torres, que dirigía el centro. Apoya su discurso sobre un "andalucismo africano" en el reconocimiento de una conjunción identitaria basada en evidencias físicas: "la misma constitución geológica, el mismo aspecto exterior, idénticas plantas y animales, y hasta los mismos hombres (iberos o bereberes)", y razones histórico-culturales legitimadoras del proyecto español:

> Pero la Andalucía futura, la que debe crear la gran Iberia basándose en la tradición de la vieja cultura cordobesa, la Andalucía espiritual que inspira la nueva palabra *Andalucismo* considerada como una nueva orientación africana, es otra Andalucía. No es una simple comarca de la nación española ni es tampoco el germen de una nueva nacionalidad. No. Es algo más grande: la base de una unión moral indestructible entre los iberos de las dos orillas; el nexo insustituible entre España y las culturas hermanas (americana y árabe); el camino por el que reciba la península el riquísimo tesoro de renovación moral que representan los nuevos ideales semitas (Gil: 1926a, 83).

En las portadas de algunas publicaciones de la época, como *Vida Marroquí* (enero 1931) se declara "España solamente por Andalucía podrá penetrar en el alma de Marruecos", ilustrada por las imágenes de "las tres hermanas gemelas" la Giralda de Sevilla, la torre Hassan de Rabat y el minarete de la Kutubiyya, a las que titula "las tres hermanas" (Martín: 2002, 147).

El propio Gil Benumeya se consideraba natural de este universo, tan español como magrebí; ambivalencia que confesaba al líder marroquí Ahmed Balafrej en una carta escrita el 7 de julio de 1933: "Soy ante todo andaluz, [...] y trabajo por España porque mi país forma en la actualidad parte de ella, con la esperanza de hacer que renazca la España árabe". Comprometido con las instituciones del colonialismo español en Marruecos, que habían hecho efectiva momentáneamente la unión de ambas orillas, también simpatizaba con el nacionalismo marroquí. Es más, en los artículos que difunde a través de la *Revista de Tropas Coloniales* expresa claramente que la labor española habría de estimular un patriotismo marroquí, un sentimiento nacional que llevara paulatinamente a la independencia.

Su proyecto pivotaba sobre Córdoba, representativa de la Andalucía del pasado, y Granada, exponente del futuro y ciudad que habría de asumir la capitalidad de un extenso territorio:

> Granada es el lazo más firme entre las dos orillas del Estrecho; allí surge el sentimiento obscuro e inconsciente de la gran misión que españoles y marroquíes debemos comenzar a realizar bajo la idea andaluza: asegurar la unidad de la raza ibérica desde los Pirineos al Sahara, pero sin predominio político de nadie; una fraternidad étnica desinteresada que podría servir de ejemplo y nexo entre los dos grupos de naciones cuyas culturas son hermanas, y complementarias de la ibérica: las ibero-americanas y las árabes. Nuestra Patria racial (Iberia, Hésperis, Mogreb, las 2 Aduat) está entre el Oriente semita y la América hispana; tierras complementarias que podemos unir para crear una fraternidad morena cuyo centro natural está en Granada (Gil: 1926a, 83).

En 1926 Gil Benumeya insiste desde África en su campaña en favor del "Andalucismo" (Gil: 1926b y c), refiriéndose a Marruecos como "prolongación lógica de Andalucía" y "baluarte extremo de la cultura andaluza" (Gil: 1926b, 101). Es más, formula una ordenación andalucista del mundo que aporta a España protagonismo internacional y una vía para superar la frustración que arrastraba desde el 98. Una vez concluida la resistencia marroquí a la presencia española, en el número de septiembre indica "Los tres puntos fundamentales de nuestra futura política indígena" (Gil: 1926c) en Marruecos. En el libro *Mediodía: introducción a la historia andaluza* (1929) reelabora su teoría y defiende la grandeza de España respecto a Europa, desde una adhesión implícita a las ideas de Spengler: "Somos un puente, un mosaico de razas, y esa es nuestra gloria; si no, seríamos una Europa Menor y decadente" (Gil: 1929a, 73). Desde la diversidad racial y cultural, avala el avance "Hacia una España mayor", apoyado en Andalucía:

> He lanzado el nuevo grito del Sur porque sólo desde Andalucía (Levante e Indoamérica, Mediterráneo y África) puede lanzarse. (...) En este Universo España (gracias a Andalucía) puede ser el centro del mundo, su capital moral, el asiento de la verdadera Sociedad de Naciones (Gil: 1929b, 91).

Recomendaba una actuación de España en Marruecos independiente de la glosa de textos ajenos, "sean impuestos por el peso de las grandes potencias o por tratados internacionales" que no reconozcan carácter primordial a la vecindad hispano-marroquí. Proponía apoyar la acción española en Marruecos sobre las razones que aporta la geografía y la historia, "… que hacen de los países entre los Pirineos y el Atlas un solo conjunto natural" conectado por el andalucismo, "…pues el marroquismo tiene formas andaluzas"; ideas deudoras de *El porvenir de España* (2012), de Ángel Ganivet, que refuerza en *Ni Oriente ni Occidente: el Universo visto desde el Albayzín* (1930).

2. Ideario andalusí y búsqueda de una arquitectura hispano-magrebí: 1925-1931

Es evidente que el pasado se construye con retazos de las experiencias que deseamos recordar. Los fenómenos identitarios reafirman tradiciones vigentes (o resucitadas) con la complicidad de sus depositarios; suponen importantes operaciones de la memoria, emprendidas, en el caso que nos ocupa, con el objetivo de modernizar un país, aun bajo la amenaza de perder su autenticidad y su "color local" en el proceso de aculturación que acompaña a la asimilación colonial. Comenta Mª Dolores López Enamorado que "…aquellas glorias del pasado, vivas en la memoria de los moriscos expulsados en el siglo XVII, mayoritariamente establecidos en Marruecos", confirmaban la existencia de una identidad común (López Enamorado: 1998, 277). Este pasado, explícito en la pervivencia de la tradición artesanal marroquí, el arte *hispano-mauresque*, era una realidad viva, auténtica, construida espontáneamente durante siglos, a partir del legado andalusí; sin embargo, la arquitectura que se pretende construir en el Protectorado surgirá de un proceso de invención que discurre por diferentes vías.

2.1. Contra el arqueologismo neoárabe:

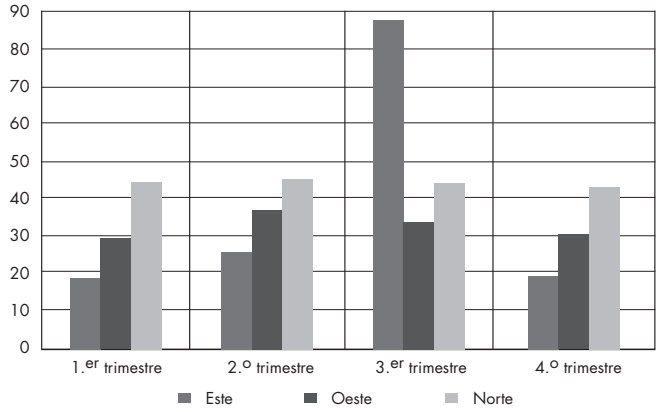
Uno de los efectos positivos de la mayor proximidad política y cultural entre Marruecos y Andalucía en el periodo 1913-1956 es el reencuentro con los testimonios del arte hispano-musulmán conservados prácticamente como en la baja Edad Media. El estudio del patrimonio morisco y marroquí en el Magreb anima la recreación a partir de fuentes fidedignas, alejadas de orientalismos remotos y apartado de la tentación del rancio neomudéjar para diseñar una arquitectura hispano-magrebí ajena a los extremos de la recreación fantasiosa y el arqueologismo.

En 1923 Leopoldo Torres Balbás critica la tendencia arqueologizante por su resultado deplorable, patente en la estación de ferrocarril de Tetuán, así como en otros edificios oficiales y privados de la ciudad. Ha de tenerse en cuenta que, al tratarse de la capital administrativa y militar, existía una propensión decorativa en los edificios públicos también perceptible en algunas viviendas de la población española y local. Refiriéndose a Tetuán, escribía que la arquitectura árabe había sido ignorada por casi todos los que han construido en Marruecos: "…caracterízase para ellos por el arco de herradura; [...] la arquitectura árabe es acartonada, de pabellón de exposición universal; [...] árabe de cartón y decoraciones de barbería" (Torres: 1923).

Efectivamente, en estas fechas la arquitectura residencial de la ciudad respondía a un tradicionalismo de gusto noucentista en numerosos proyectos debidos a los arquitectos municipales Carlos Óvilo Castelo y José Gutiérrez Lescura, en convivencia con un regionalismo ecléctico neomudéjar de raíz peninsular (Hernández: 2004) que persistirá hasta finales del Protectorado.

En 1925 Gil Benumeya aconseja emplear el estilo "islam andaluz", una suerte de arquitectura arabizante ajena a las "absurdas restituciones arqueológicas" (Gil: 1925) para los pabellones de una gran exposición que propone construir en la vega de Granada. Sin embargo, la inercia del neoarabismo español construido en la primera fase del Protectorado se mantendría y el debate entre arqueologismo e innovación, librado principalmente entre 1925 y 1930, no lograría enterrar las formulaciones más retóricas. Y ello pese al refrendo de la revista *Arquitectura*, que propone en 1926 el modelo del Marruecos francés para la nueva construcción meridional española (Bravo: 2000, 216).

No deja de ser sorprendente que el cambio de lenguaje arquitectónico basado en modelos arabizantes acordes con la arquitectura moderna fuera nuevamente demandado por Gil Benumeya en 1927 al cuestionar el ensanche de Tetuán y defender una modernidad más acorde con la arquitectura árabe tradicional (Gil: 1927). Ocurría el mismo año en el que Carlos Óvilo acentúa la retórica ecléctica de sus proyectos para el ensanche de Tetuán y el ingeniero Pedro Diz Tirado apuesta abiertamente por la evolución racionalista de las formas arabizantes y aplaude la alternativa al neoárabe tradicional de Andrés Galmés Nadal en el ensanche de Larache (Diz: 1927a, b, c). Diz Tirado rechaza la copia del Patio de los Arrayanes de la Alhambra en el palacio del residente general en Rabat, cuestionando directamente la arquitectura de Henry Prost en el Marruecos francés, modelo incuestionado hasta entonces (Diz: 1928). Gil Benumeya (1928c) defiende sus ideas acerca de una arquitectura proclive al racionalismo, propugnando el uso prioritario del color blanco y predominio de la masa y los volúmenes cúbicos; motivos que lo llevaban a calificarla como "expresionismo arquitectónico árabe" (Gil: 1928c). Formulada esta opción, sorprende el carácter anacrónico del Pabellón de Marruecos en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929), proyectado por José Gutiérrez Lescura, arquitecto municipal de Tetuán y director de la Escuela de Artes Indígenas de dicha localidad, contando con el asesoramiento artístico e intervención directa de Mariano Bertuchi en los aspectos decorativos. Quizás ello pueda deberse a la fecha anterior del proyecto, 1924, y a la voluntad de sus autores de seguir los ejemplos andaluces de las ciudades de Córdoba y Granada que fusio-



nan con los propiamente tetuaníes, en un complejo encuentro de características propias de la arquitectura religiosa, comercial y palaciega, junto a un "barrio moro".

2.2. Hacia la planificación de un arabismo moderno con ambiente local

En 1929 la *Revista de Tropas Coloniales* publica tres interesantes artículos de Gil Benumeya (Gil: 1929a, b, c) con su propuesta de líneas directrices para los "planes de extensión" de las ciudades marroquíes de la zona española, así como las "pautas para los edificios modernos dentro de una evolución irrenunciable hacia el racionalismo". En el primer texto lamenta la ausencia de estos planes en las ciudades del norte de Marruecos; sugiere la adaptación del estilo artístico tradicional a las nuevas necesidades, propone "conservar el estilo y la decoración tradicional en los edificios nuevos (en todos los edificios nuevos que haga falta)" y propugna hacerlo adoptando nuevos procedimientos técnicos que respeten y fomenten las formas artísticas peculiares. Señala además la necesidad de establecer un exacto equilibrio entre la gloria del pasado y las complejas necesidades de la vida moderna: "…modernizar los planes y los servicios dejando tradicional el estilo artístico" y, respecto a la arquitectura:

> Deben construirse todos los edificios en el estilo musulmán indígena tan semejante al cubista o estilo ultrahigiénico europeo, fomentar el arte moro, que es cuadrado, limpio, barato, bello, proporcionado, alegre, vistoso y castizo para marroquíes y españoles. Proteger el arte musulmán andaluz, imponerlo en todo caso por razones estética, patrióticas y de salubridad (Gil: 1929c, 8s).

Aunque ilustrado impropiamente con la fotografía de una residencia del barrio administrativo de la ciudad de Rabat, Gil Benumeya utiliza una terminología que difiere de la francesa, pues aboga por el estilo "musulmán indíge-

na", y por el fomento del *arte moro*, pero, al referirse a la protección del arte popular tradicional, prefiere calificarlo como *musulmán andaluz* (Gil: 1929c, 9) antes que hispano-marroquí, hispano-magrebí o hispano-musulmán.

Hasta entonces en el Marruecos español poco se había construido acorde con esta línea y mucho menos en el ensanche planeado por Carlos Óvilo para Tetuán. Sin embargo, en la vivienda de promoción oficial, instrumento utilizado por la Administración para intentar satisfacer la necesidad de alojamiento en las ciudades del norte de Marruecos, encontramos el ejemplo temprano de las "Casas moras para alojamiento de las Fuerzas Regulares Indígenas", proyectadas por el ingeniero Mauricio Capdequí (1917). Similar sensibilidad demuestra en 1919 otro ingeniero militar, Emilio Ayala Martín, al proyectar "Viviendas baratas para militares musulmanes de Regulares". En la memoria indicaba que las casas debían construirse cerca del cuartel por el "… hábito de no separar de la familia más que en el momento de combatir". Afirmaba además que la familia del soldado solo necesitaría una amplia habitación y un patio central para hacer la vida común, en una casa sin excesivas ventanas a la calle (Bravo: 2000, 83). Piénsese que a los militares españoles les correspondió el diseño y ejecución de una política territorial, trazar vías de comunicación con la capital, entre otras razones porque las tropas estacionadas en Tetuán son las principales beneficiarias de ello, pues hasta 1927 no finaliza la campaña militar y "… porque era el ejército quien disponía de la mayor parte del presupuesto asignado por el Estado español al Protectorado" (Albet: 2002).

La segunda entrega, centrada en los sistemas de ciudades, plantea federar las municipalidades y especializarlas para conseguir:

1º Facilidad de servicios intermunicipales (Urbanismo).

2º Preservación de las características esenciales de cada núcleo (Colonización y Bellas Artes).

3º Utilización de la belleza para el progreso colectivo (Turismo).

Sugería fusionar urbanismo, colonización, bellas artes y turismo; poner la teoría general del planeamiento al servicio del desarrollo del Protectorado español, mediante el establecimiento inmediato de una mancomunidad directa administrativa y urbanizadora de las ciudades de la zona atlántica, la creación del "Gran Tetuán" y, en el futuro, las mancomunidades del Rif y Yebala, con sus capitales en las plazas de soberanía, Ceuta y Melilla (Gil: 1929d, 175).

Gil Benumeya tendría ocasión de reafirmar estas ideas (Gil: 1930a) y de reconocer el magisterio de Le Corbusier. Sin embargo, según apostilla

Bravo Nieto, estaba más preocupado por defender cualquier estilo neoárabe fuera cual fuera su génesis y naturaleza, frente a estilos que él consideraba extranjeros (caso del racionalismo más ortodoxo, o del *art déco* más cosmopolita), "… e impropios por ello de ser ejecutados en Marruecos".

Santos Fernández en 1930 también se hace eco de la tendencia que lleva en el Marruecos francés a eliminar "… los motivos andaluces (o hispano-moriscos) de las fachadas por resultar insinceros e inútiles", dando por sentada la muerte del arqueologismo, línea también defendida por R. d'Arcos (Bravo: 2010, 181). Pero, a pesar de las declaraciones de agotamiento de la vía ecléctica, estas propuestas no inciden sobre la nueva arquitectura que se construye al filo de los treinta en Tetuán. Sí repercuten en el cambio de las normas oficiales de construcción de la zona, tal y como se aprecia en las *Ordenanzas reguladoras de las construcciones urbanas en ciudades y poblados de Tetuán* (Dahír de 25 de enero de 1930), que propugnan una arquitectura más desprovista de adorno y establecen el color blanco como tono armónico de las ciudades; también una racional sencillez en los exteriores, dentro de un cierto "ambiente local", en las zonas de ensanche.

3. Ideario andalusí y búsqueda de una arquitectura hispano-magrebí: 1931-1939

La discusión continúa sin sobresaltos durante la Segunda República, especialmente, de mano de los arquitectos más jóvenes que se incorporan a los organismos oficiales del Protectorado. Si bien abogan por el desarrollo del racionalismo y el *art déco* en la capital, contribuyendo a una gran depuración formal, realizan aportaciones relevantes fuera del ensanche de Tetuán, en los barrios y en otras ciudades y poblados rurales del interior, donde concretan la síntesis entre modernidad europea y tradición musulmana.

Entre 1932 y 1935 se produce una intensificación de la promoción privada, construyendo la burguesía local numerosos edificios de viviendas. José María Tejero y Benito en "La arquitectura de vanguardia y su armonía con la musulmana", artículo publicado en *África* (1934), sugiere construir desde las aportaciones de la vanguardia, asumiendo ciertos detalles "ambientales" del país con el objetivo de conseguir una imagen de "arquitectura mediterránea".

La escuela hispano-árabe (grupo Pedro Antonio de Alarcón), que construye ese mismo año José Larrucea Garma, un cuerpo cuadrangular articulado por amplias arcadas, formando *ḳubba*, constituye una excelente muestra de esta opción, acorde con el planteamiento de la unidad cultural

Al-Ándalus-marroquí, que Fermín Requena resucita en 1935. Por su parte, el arquitecto Alfonso Gimeno estaba convencido de que en lo "popular musulmán" se encontraba la base de una nueva estética.

3.1. La tradición doméstica musulmana en la vivienda social

Durante la Segunda República se toma conciencia acerca de las consecuencias de identificar modernización con la urbanización y la concentración de la población en ciudades: el hacinamiento sería imposible atenderlo desde la previsión urbanística, temiendo que tal circunstancia obstaculizara el proceso de avance social. El encarecimiento del suelo paraliza el ensanche de Tetuán, que continúa a medio construir en 1936; mientras la medina se densifica con la acogida del primer éxodo rural: las periferias urbanas, descontroladas, se expanden con ritmo incesante. Alejandro Muchada, en *Tetuán: desafío moderno* (2012), afirma que el desfase entre las necesidades urbanísticas y la capacidad de ofrecer soluciones institucionales traerá como consecuencia una planificación a posteriori, que pospone la sectorización de los usos del suelo.

La vivienda social se convierte en ámbito de experimentación inmediata de los nuevos ideales. Los arquitectos municipales encontrarán un campo de debate extraordinario en torno a la vivienda de promoción oficial para atender las necesidades de residencia de la tropa, los técnicos de la administración y de la población menos favorecida, creando barriadas que sustituyen a los campamentos creados junto a las ciudades por la población marroquí procedente del éxodo rural.

Sorpresivamente, la nueva arquitectura de los barrios acoge los argumentos más actuales sobre el encuentro entre modernidad e identidad, trasunto del diálogo social más complejo que viven las poblaciones española y marroquí en la periferia, fuera de la ordenación oficial de la ciudad, al margen del sistema educativo, conformando una efectiva identidad colectiva y periférica, marginal respecto a la voluntad y la retórica oficial, como ocurría en el barrio de Málaga en Tetuán. Precisamente en este barrio, junto a la medina, surgen las primeras promociones de vivienda pública, realizadas para excombatientes españoles y marroquíes del ejército del general Francisco Franco (Muchada: 2012, 72).

La frustración ante la imposibilidad de planificar el urbanismo llevó a José María de la Quadra-Salcedo, arquitecto municipal de Tetuán (1934-1941) y uno de los máximos exponentes locales de la arquitectura moderna, a emprender varias experiencias encaminadas a la construcción de viviendas baratas. Su primera propuesta construida fue la barriada del

Generalísimo Franco (1936-1940), viviendas sociales para alquiler a obreros afectos al nuevo régimen, familiares de combatientes o personas de filiación ideológica conocida. También proyecta casas económicas para musulmanes con elementos que hacen referencia a su modo específico de vida: acceso en recodo, protagonismo del patio y las habitaciones y agrupación elemental de las viviendas.

Larrucea, responsable del Servicio de Construcción Civil de la Delegación de Fomento de Tetuán (1932-1936), compone edificios para viviendas de corte racionalista en el ensanche de Tetuán, y realiza para Sid Mehdi Mufak una vivienda en la carretera de Ceuta (1938), en una zona contigua a la medina, donde reinterpreta la vivienda tradicional marroquí y opta por los elementos estructurales frente a los ornamentales: distribución central en torno a patio cubierto y ausencia de decoración en fachada (Muchada: 2012, 76).

3.2. La opción eurobereber: el estilo rifeño

En las entidades menores de población y poblados rurales, donde la introducción del racionalismo fue temprana, entre 1927 y 1930, especialmente de la mano de José Larrucea Garma, se registran nuevos ensayos de fusión entre tradición local y modernidad. Las escuelas, como resultado de la política de fomento de la escolarización acometida a finales de los años veinte y especialmente durante la Segunda República, crean la ocasión para ensayar nuevas vías. El clima de marasmo económico que padece la zona española a partir de 1928, como consecuencia del repliegue de las tropas tras el fin de quince años de campaña militar, incitaba a la austeridad. En Arcila, Larrucea traza el grupo escolar Juan Nieto (1929-1930), prototipo de una arquitectura blanca de volúmenes sencillos, con arcadas y ausencia de referentes ornamentales cuya tipología se encuentra también en numerosas edificaciones coetáneas en Andalucía.

Sin embargo, la opción más excepcional de todo el periodo es el llamado "estilo rifeño". Vinculado al *berberismo*, corriente intelectual y científica interesada por las costumbres y la cultura de la sociedad rifeña que contará con el apoyo oficial del Protectorado, de la mano de Emilio Blanco Izaga, interventor militar desde 1927, luego interventor territorial del Rif, subdelegado (1942) y delegado de Asuntos Indígenas (1944-1945) (Moga: 2009). Este oficial de Infantería despliega una intensa labor militar, etnográfica y arquitectónica en el Rif. A partir del estudio de la sociedad rifeña y bereber, del análisis de su organización social y política, plantea resucitar el derecho y los sistemas de organización consuetudi-

narios del pueblo rifeño como vía de integración en la modernidad que auspicia el Protectorado. Colaborador habitual de la revista *África*, publicó en 1930 *La vivienda rifeña. Ensayo de característica e interpretación con ilustraciones del autor*, fuente fundamental para formular su propuesta de estilo rifeño, que Bravo Nieto califica como "la creación del más original estilo colonial del Marruecos jalifiano", una suerte de *art déco* de expresión indígena (Bravo: 1994 y 2010, 243).

Como interventor comarcal de Axdir, a partir de 1934 comienza a tener autoridad suficiente para hacer valer sus ideas arquitectónicas, razón por la cual Bravo señala en esta fecha el inicio del estilo rifeño. Caracterizado por la fusión de *art déco* y elementos tomados de lenguajes estéticos ancestrales, bereberes y de procedencia exótica que suplían la ausencia de una relevante tradición arquitectónica propia, sustentada en algunas tipologías más meridionales, las *ḳasbas* y los *tighrem* (graneros colectivos), se expresa a través de volúmenes prismáticos y troncopiramidales en compleja composición asimétrica, predominio de lo macizo frente al vacío, fuerte cromatismo y protagonismo de las torres.

Desde su cargo, Blanco Izaga impone pautas propias en las construcciones oficiales y controla la ejecución de los proyectos, velando por la aplicación de sus sugerencias a pie de obra o las indicaciones hechas a los arquitectos que trazaban los proyectos oficiales: Francisco Hernanz Martínez (1929-1936) y Manuel Latorre Pastor (1938-1943). Con su principal colaborador Francisco Castellón Díaz, ingeniero de caminos, acometió la construcción de la oficina del Arba de Taurit. Estos técnicos suplen las carencias de Emilio Blanco, sin formación como ingeniero o arquitecto. De ahí que se le reconozca la autoría del "estilo rifeño" como formulador teórico y por su capacidad de influencia sobre la construcción.

En 1935 el estilo tiene sus primeras plasmaciones en los depósitos de Adram Sedum, pertenecientes a la red de abastecimiento de agua de Alhucemas, y en las mezquitas de Alhucemas y Snada. El periodo de mayor producción coincide con el desempeño de Blanco como interventor territorial (1936-1942): se construye el cuartel de Axdir, así como la escuela primaria musulmana de Snada (1938-1942), el reformatorio de Tamasint (inaugurado en 1940) o las instalaciones para elevar agua potable a Villa Alhucemas (1940). Es sintomático que el estilo rifeño llegue a su fin en 1942, cuando abandona la región. El inmediato olvido se debe al recelo con el que se recibía su propuesta, ya que, frente a la identidad árabe exclusiva, planteada como única identidad posible para Marruecos, reforzar la identidad bereber-rifeña desde la propia Administración despertaba

desconfianza, cuando no alarma (Bravo: 2000, 243-245). Sin embargo, con posterioridad a su fallecimiento, sus escritos servirían de sustento ideológico para acometer la implantación de las *juntas de Ferka*, en la fase final del Protectorado.

3.3. El estilo xauní

La tardía incorporación de Xauen al Protectorado, en 1926, provoca un arranque tardío del urbanismo moderno en la capital de Gomara. El ambiente que Juan de Lasquetti percibió en 1918 al visitar la ciudad, "… un rinconcito de las Alpujarras, donde silenciosa y escondida estaba refugiada el alma morisca del siglo XV", inspiró a Latorre lo que él denominó el lenguaje "xauní", centrado en la sencillez de las formas blancas y puras de la arquitectura tradicional musulmana más que en el recurso al arco de herradura. Sorprende este hecho, porque dominaba los lenguajes decorativos nazaríes, aprendidos cuando ejerció como arquitecto municipal de Granada y conservador de la Alhambra.

En su proyecto de escuelas hispano-árabes (1930) reaparece la decoración artesanal, en consonancia con el interés *art déco* por recuperar imágenes de un pasado unas veces exótico y otras pretendidamente rural, evocando una estética arquitectónica mediterránea y popular. También ensaya la fusión entre la tradición románica española y la local en la iglesia de San Antonio de Padua (1931), aunque el retraso en su construcción modificó el proyecto "románico-xauní". Posteriormente, entre 1938 y 1943, trabaja en las regiones del Rif y Kert, retomando con fuerza modelos neoárabes, incluso repertorios decorativos nazaríes (Bravo: 2000, 175-176, 237).

La utilización de los apelativos *indígena mora* y *musulmana andaluza* podrían auxiliarnos en la definición de las opciones estilísticas gestadas en el Protectorado español de Marruecos, que premeditadamente se diferencian del neoárabe y el neomudéjar. Juan Manuel Barrios Rozúa reivindica el uso del término "neo andalusí-magrebí" para diferenciarlo de lo *hispano-mauresque* de creación francesa. Pero no podemos dejar de tener presente que estas propuestas se realizan desde una concepción europea del ejercicio profesional de la arquitectura y, especialmente, se trata de construcciones identitarias debidas a la voluntad del *otro*, aunque sus formuladores se sientan parte de la tradición que desean recrear. Esta alteridad está unida a un proyecto institucional de estilo oficial para los edificios del Protectorado de difícil aplicación en usos domésticos locales. No obstante, el proyecto se mantendrá vivo y la modernidad traspasará el periodo autárquico del franquismo.

4. Ideario andalusí y búsqueda de una arquitectura hispano-magrebí: 1939-1956

En el contexto de reimpulso del Protectorado tras la Guerra Civil, coincidente con el cerco internacional al Gobierno de Franco, se emprenden acciones orientadas al control y la estructuración del territorio mediante la planificación y las obras públicas. Luis Orgaz Yoldi (alto comisario, 1941-1945) encarga a Pedro Muguruza Otaño (1893-1952), director general de Arquitectura, un estudio sobre el urbanismo y la arquitectura de las ciudades del Protectorado.

Muguruza plantea trasplantar a la zona modelos herrerianos, barroquizantes y casticistas, rompiendo con cualquier tradición anterior de tipo árabe y con el racionalismo y el *art déco*, para imponer un modelo unitario, normalizado a través de unas ordenanzas rígidas. Estas ideas las difunde en 1944 en la *Revista Nacional de Arquitectura* y en la revista *África*, que en su tercera época se anuncia como "revista española de colonización". Dos años después el Instituto de Estudios de la Administración Local editaría *Ordenación urbana y rural en el Marruecos español* (1946). Muchada considera que Tetuán comienza oficialmente su periodo franquista, con la aprobación del Plan General de Ordenación Urbana de Tetuán (1944), que plantea soluciones para salvar deficiencias de habitabilidad de la medina, para adaptar el viario del ensanche a las nuevas necesidades del tráfico rodado, debido al crecimiento de la ciudad, y para tratar de erradicar la insalubridad de las periferias, proponiendo la zonificación y la expansión urbanística (Muchada: 2012, 84). No obstante, tal y como han señalado Malo de Molina y Domínguez, el aumento de la intervención estatal en equipamientos y viviendas de promoción pública aporta un repertorio de soluciones arquitectónicas que oscila entre un eclecticismo imperialista y los ecos de las vanguardias europeas. Pero también se detectan en el periodo 1939-1956 abundantes referencias a la arquitectura árabe en los repertorios decorativos superficiales (Malo: 1994, 43).

El reconocimiento que el franquismo hace a la contribución de las tropas rifeñas y yebalíes durante la sublevación estimula políticas de fraternidad hispano-marroquí en la posguerra y, de nuevo, la opción hispano-magrebí adquiere vigencia y desarrolla matices esenciales, de la mano de Gil Benumeya. Como ha señalado María Dolores Velasco, incluso después de dejar de residir en Marruecos, mantiene su vínculo con las instituciones del Protectorado, a través de las cuales difunde sus ideas, especialmente en las décadas de los cuarenta y cincuenta, cuando el nacionalismo marroquí se

percibía ya como un movimiento imparable y las aspiraciones independentistas eran impulsadas por los movimientos panarabistas y panislamistas, así como por las promesas más o menos veladas de Alemania y Estados Unidos de apoyar al nacionalismo en su lucha contra el régimen colonial (Velasco: 2012, 111-132).

En 1942 Gil Benumeya publica *Marruecos andaluz*, reeditado al año siguiente por la Vicesecretaría de Educación Popular (1943), texto en el que insiste sobre la integridad territorial andalusí, artificialmente fragmentada tras la desaparición de Al-Ándalus (Gil: 1943).

Para Gil Benumeya "Marruecos es sencillamente un museo vivo donde se pueden ver las casas, las ropas y los viejos usos de la España medieval". Le resultaba evidente que en el Protectorado español la labor de España, para que pudiera ser fecunda y duradera, tendría que orientarse hacia la materialización de "una obra de reconciliación bajo el incomparable cielo andaluz", a través de la protección del patrimonio construido por la "Andalucía exterior", el mantenimiento de las prácticas artesanales y el impulso de un nuevo urbanismo y una arquitectura "con carácter", que dialogara con aquel legado.

> En los palacios, las mezquitas, las residencias privadas y todos los edificios representativos perduraba su estilo, pues los construían arquitectos y obreros descendientes de españoles (aunque en Túnez desde el siglo XVIII eso se mezcló con influencias de moderno italianismo) (Gil: 1952b, 102).

También afirmaría que "la cultura de los hijos y de los nietos de los emigrados llegó a ser la cultura oficial de todo lo urbano y refinado marroquí" (Gil: 1953, 80). El argumento, sin embargo, sería desoído tanto por españoles como por marroquíes, a pesar de la mayor elaboración teórica y respaldo histórico que da a lo andalusí, como "un todo" desde el punto de vista geográfico e histórico, al que atribuye las realidades situadas a ambos lados del Estrecho de Gibraltar: Andalucía y las tierras de Berbería (Argel y Marruecos) (Gil: 1953, 39), a las que declara "corazón del mundo ibérico".

Sus publicaciones *Marruecos andaluz* (1952), *Andalucismo africano* (1953) y, especialmente, *España Tingitana* (1955), abundarían sobre el argumento de "la deuda histórica de la cultura marroquí respecto a Al-Ándalus", concluyendo que las relaciones entre Marruecos y España se bastaban por sí mismas, sin necesidad de apoyaturas ajenas a la tradición. Consideraba espontánea la acción española en Marruecos, debida a la dinámica natural, ejercida desde España. Lo declaraba en vísperas de la conclusión del Protectorado, cuando presentía ya "el temblor caliente y en pañales del joven Marruecos que está naciendo ahora" (Gil: 952b, 8s). Aun así, persistía en su defensa de una unión andaluza-marroquí sustentada por el contacto

intenso entre ambas orillas, convencido de la ausencia de fronteras de sangre o distinción de origen entre andaluces y marroquíes, clave diferenciadora respecto a la segunda potencia colonial activa en Marruecos y que daba carta de naturaleza a España para estar en la cuestión marroquí como alguien "de casa". Gil Benumeya sostenía además que esta razón suponía un estímulo de simpatía y mayor fundamento de legitimación de una presencia que el aval legal del tratado firmado en 1912 (Gil: 1953, 124s), confiando en el libre sostenimiento de dichos lazos en el futuro.

El argumentario de Gil Benumeya fue eficaz para quienes deseaban diferenciarse de Francia como potencia colonial. De hecho, ayudó a fortalecer la imagen de un Estado que iba más allá del mero interés estratégico y comercial y que integraba a la población marroquí en una vía modernizadora coherente con sus tradiciones y respaldada mediante una acción cultural, educativa, urbanística y constructiva. La "Andalucía desterrada", la "Andalucía exterior" (Gil: 1953, 63) confirmaba los vínculos históricos y culturales que les unieron en el pasado y la aportación de los descendientes de los moriscos y, especialmente, los marroquíes actuales para mantener vivo el legado artístico andalusí.

Pero las tesis de la diplomacia franquista se centraron más en la defensa del papel de España como elemento natural de integración europea de la cuenca mediterránea y Gil Benumeya critica la manipulación interesada que se hacía de la fraternidad hispano-marroquí para plantear un nuevo estatuto en las relaciones exteriores con el mundo árabe (Gil: 1952a, 63-69), cuando en 1952 España trata de reorientar su política exterior hacia el Mediterráneo oriental (Huguet: 1997, 98).

4.1. Modernidad y tradición en la vivienda mínima musulmana

El debate sobre el urbanismo social y la vivienda mínima musulmana en los años cuarenta y cincuenta conduce a la indagación sobre la tradición constructiva local. El papel de los arquitectos municipales de Tetuán será decisivo: José María Tejero y Benito, arquitecto municipal (1941-1943), autor del estudio "Memoria de la vivienda humilde europea y musulmana en el Marruecos español" (1942), plasma sus teorías acerca de las viviendas mínimas marroquíes en sus bloques de viviendas de promoción oficial "General Orgaz" (1936-43), promovidas por la Junta Municipal con el apoyo de la Administración Central, para realojo de las familias del "Barrio de las latas", asentamiento ubicado sobre el ensanche hasta 1942. Se sitúa en la carretera de acceso al hospital militar en la barriada de San Antonio, perteneciente al barrio Málaga, en la zona destinada por Muguruza a viviendas sociales.

Alfonso de Sierra Ochoa (1916-1992), arquitecto municipal de Tetuán (1945-1949 y 1955-1959), centró su dedicación al patrimonio y a la vivienda de promoción oficial. Criticó las políticas de Muguruza y su equipo —autor del Plan de Ordenación Urbana de Tetuán—, y las limitaciones técnicas para la gestión urbana. Consciente de la necesidad y la dificultad de acceso a una vivienda para la población con menor capacidad económica, defiende el establecimiento de una auténtica política de vivienda, mediante una legislación apropiada, unos organismos competentes para su fiscalización con capacidad de gestión y solvencia para acometer medidas a medio y largo plazo.

Respetuoso con la tradición y la cultura marroquí, intenta mejorar las condiciones de vida de la ciudad y sus habitantes. Frente a la arquitectura racional radical franco-marroquí, tal y como corrobora Alejandro Muchada, existe una mayor cercanía a las necesidades de los habitantes de las periferias en algunos proyectos de vivienda pública planteados por las autoridades españolas, "siendo significativo indicador el hecho de que los edificios permanezcan hoy día en funcionamiento, sin apenas modificaciones". No solo puso en práctica una teoría sobre la ciudad, sino también un concepto de vivienda capaz de responder al desafío de la modernización de Marruecos, partiendo del respeto y el conocimiento profundo de sus valores y modos de habitar (Muchada: 2012, 22-76).

Alfonso de Sierra Ochoa generó un archivo e *Inventario sobre la Vivienda de Promoción Oficial*, una recopilación de las necesidades institucionales e iniciativas promovidas por tetuaníes, proyectadas por los arquitectos que pasaron por la ciudad: J. G. Lescura, M. Latorre, F. Herranz o J. M. Bustinduy (Muchada: 2012, 28). Esta documentación le permite recapitular sobre la dimensión más social de este proceso en *Vivienda marroquí: notas para una teoría* (1960), segunda entrega de la serie "Cuadernos de arquitectura popular marroquí". En este ensayo reflexiona sobre la modernización de la vivienda tradicional marroquí y su adaptación a los requerimientos de industrialización que la revolución urbana demandaba, preocupado por la deshumanización que provocaría la modernización de la tradición marroquí si no se emprendía un proceso previo de reflexión y un cambio de orientación. Se muestra crítico con los planteamientos urbanos de la Administración del Protectorado: defiende la necesidad de mejorar los servicios municipales y la producción de viviendas de promoción oficial para las familias menos acomodadas. Su ideario ejerce influencia sobre otros técnicos, especialmente a través de su labor como profesor de la Escuela de Interventores de la Alta Comisaría de España en Marruecos (Bassegoda: 1993,36).

Igualmente influyentes serán los textos científicos que publica a través del Instituto de Estudios Africanos. En "Urbanismo y vivienda de Tetuán" (1962) resume las políticas públicas de vivienda social desempeñadas por la Administración del Protectorado en la ciudad, así como sus principales condicionantes. Sierra indicaba que el déficit de viviendas en Tetuán era de tres mil viviendas en 1930, cuatro mil en 1943 y unas seis mil en 1960. Esta progresión evidencia las insuficientes medidas adoptadas para resolver el problema. Por ello propone establecer un pacto social entre las iniciativas privadas y las políticas públicas, entre las grandes promociones de vivienda y la construcción a pequeña escala, la autopromoción.

Preocupado por los efectos de la asimilación de los modos de vivir y hacer de Europa y Estados Unidos y su consiguiente pérdida de valores culturales, de la que responsabilizaba a las clases más pudientes tetuaníes, plantea tres tipos de reacción frente a la modernización: la imitación, el rechazo o la reforma. Así, en la escala doméstica, observa viviendas de tipología europea, racional, con diferenciación de usos y espacios, y viviendas que mantienen la organización en torno a un espacio central de usos polivalentes. También la conjugación de la modernización de la vivienda marroquí con los fundamentos culturales e identitarios del contexto. Su preocupación prioritaria fue hallar un modelo que subsanara las carencias sin introducir rupturas (Muchada: 2012, 46). Por ello defendía

> … tener a mano una "teoría" de la vivienda que debiera edificarse, para no caer en los defectos que hemos comprobado tantas veces; de levantar hogares nuevos, en absoluto desconocimiento y respeto de la más íntima realidad humana; la familiar; forzándola a vivir en un molde extraño a su tradición y ajeno a sus costumbres (Sierra: 1960).

La mejor plasmación de su propuesta es la barriada para marroquíes de Mulay Hassan (1953), encargada por el alto comisario García-Valiño. En este conjunto urbano, formado por varias promociones de viviendas unifamiliares adosadas, experimenta la "vivienda mínima marroquí moderna", con todas las habitaciones abiertas a un patio. En fachada exterior incorpora algunos elementos decorativos en la caja de la persiana, pero dominan los paramentos lisos y la combinación cromática de claros y oscuros (Muchada: 2012, 106).

4.2. Casto Fernández Shaw: una modernidad orgánica orientalizante

Fernández Shaw recibe el encargo de la Alta Comisaría del Plan de embellecimiento de Tetuán, que le dará la oportunidad de fusionar soluciones innovadoras del repertorio del Movimiento Moderno y elementos de raíz

histórica: almenas, arcos de herradura de tradición árabe y de medio punto de reminiscencia mediterránea, torres estilizadas como minaretes y torreones de planta poligonal coronados por cúpula orientalizante, especialmente perceptibles en La Equitativa (1945). También incorpora soportales y galerías comerciales para comunicación entre calles, generando amplios patios, a modo de zoco, en el centro de la manzana. La aplicación de cerámica vidriada acentúa el carácter oriental. Su autor confesaba en un artículo publicado en *Cortijos y Rascacielos* (Fernández: 1948) haber pretendido hacer "una evocación del estilo musulmán sobre una estructura moderna de casa de viviendas"; incorporando al Movimiento Moderno elementos vinculados al arte árabe. En el Mercado de Tetuán (1941), proyecto firmado con José Miguel de la Quadra-Salcedo, bajo apariencia arabizante de remoto origen oriental, emplea cúpulas, arcos de herradura, celosías geométricas y aplica azulejos para encubrir una estructura de hormigón armado y disposición volumétrica asimétrica. Por todo ello, Bravo Nieto ha calificado la producción tetuaní de Fernández Shaw como un intento de "dar cohesión a los principios de la arquitectura moderna con una envoltura ambiental". Este autor precisa que se refiere a "envoltura en el sentido de una epidermis viva y orgánica y no de un disfraz, como se entendió buena parte de la arquitectura neoárabe española" (Bravo: 199, 243). La adaptación del Carmen de la Victoria proyectada por Prieto Moreno para acoger la Casa de Marruecos en Granada (1946) responde a un planteamiento análogo (Seco: 1946, 475).

4.3. Postrimerías neomudéjares y neoárabes: la arquitectura educativa

El despliegue arquitectónico en la etapa final del Protectorado estuvo especialmente vinculado a la acción cultural y educativa (Zaid: 1955). Las instalaciones docentes también reciben un fuerte impulso tras aprobarse la reorganización de la enseñanza por el alto comisario. En Tetuán se construye un gran complejo de Educación y Cultura, pero también se edifican por toda la zona numerosas escuelas. En 1940 se reorganiza la enseñanza marroquí y en 1942 la enseñanza profesional y la enseñanza artística, fijándose además las funciones de la inspección de Bellas Artes.

La Ciudad Escolar de Tetuán (1953), impulsada por el segundo plan quinquenal de obras públicas de la Alta Comisaría, conforma un campus que incluye el Instituto Politécnico, la Escuela de Residentes, la Escuela de Enfermeras y el Instituto de Sidi Saidi.

Este campus completaba la trama urbana de Tetuán, marcada por la medina, el ensanche y los barrios periféricos, desarrollada durante más de cuarenta años, con la participación activa de las tres comunidades residen-

tes en la ciudad: "neseranis" (españoles), marroquíes y judíos, como demostración de una fértil cooperación inter-cultural. El conjunto resultante se caracteriza por una gran homogeneidad urbana, consecuencia del respeto al plan y a la continuidad de la arquitectura residencial de raíz ecléctica (Malo: 1994, 43). Como ejemplos de construcción oficial, marcadamente propagandista, se opta por la estructura racionalista con elementos ambientales orientales y específicamente árabes en lugar de seguir fórmulas neobarrocas o neoherrerianas. Así, el conjunto racionalista de la Escuela Politécnica y Residencia de Estudiantes Marroquíes (1955) presenta elementos ambientales árabes: celosías en el torreón principal de acceso con portada apuntada, coronado por una cúpula, a modo de *kubba*.

5. Epílogo: el legado hispano-marroquí desde la perspectiva de la cooperación transfronteriza

Hemos de concluir que España trasladó a Marruecos un debate arquitectónico interno —ajeno a las demandas marroquíes—, que gira en torno a la definición de un estilo nacional neoárabe y neomudéjar, fórmulas ya periclitadas en 1912. Pese a ello, detectamos la supervivencia de las mismas en diversos ensayos de una arquitectura más dialogante con la tradición islámica y marroquí, en sintonía con las corrientes europeas. Las aportaciones más genuinas, aquellas que fusionan *art déco* y racionalismo con lecturas simplificadas de elementos tradicionales locales, sucumbieron ante las formulaciones oficialistas, lo cual es comprensible dentro de un esquema colonial de discursos arquitectónicos hegemónicos enunciados por profesionales venidos de España. No obstante, hay que constatar nuevas evocaciones mediterráneas de lo árabe en la arquitectura turística reciente, expresivas de un nuevo exotismo mediterráneo, que reaviva la mirada romántica hacia el mundo oriental de las mil y una noches, aceptando la continuidad andalusí tan vivamente defendida durante el Protectorado español de Marruecos, enriqueciendo un patrimonio urbano y arquitectónico común.

Aunque pudiera pensarse que el "andalucismo expansivo" condujo hacia un relativo fracaso durante el Protectorado (González: 2010, 72s), las tesis neoandalusíes mantienen su vigencia en la era poscolonial a través de diversas fórmulas de cooperación transfronteriza que implican a Marruecos y Andalucía, con el soporte autonómico, estatal y europeo. El diálogo real entre las poblaciones de ambas orillas del Estrecho se intensifica en las últimas décadas: superada la tensión en las relaciones hispano-marroquíes entre 1975 y 1986, conscientes del patrimonio contemporáneo que comparten ambos pue-

blos. Desde finales de los ochenta, la conservación del patrimonio urbano y arquitectónico de la medina y el ensanche de Tetuán y la investigación sobre la cultura, las artes y la arquitectura ha centrado una serie de iniciativas impulsadas desde la Junta de Andalucía a raíz de la celebración del I Congreso Hispano-Marroquí en el que se aborda la cuestión de *La ciudad andalusí frente al reto de su transformación* (1989). Las conclusiones están recogidas en la *Carta de Tetuán*, punto de partida del Programa de Cooperación Internacional en Marruecos de la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Poco tiempo después, el Ayuntamiento de Tetuán y la Consejería de Obras Públicas y Transportes firman un Protocolo de Colaboración para realizar actuaciones de rehabilitación en la ciudad (1990), refrendado y ampliado en 1991, con el correspondiente Programa de Actuaciones que ha sido renovado sistemáticamente desde entonces, para rehabilitar calles y plazas y restaurar casas privadas de valor histórico, preservando la medina y el ensanche como huellas urbanas y arquitectónicas de los vínculos históricos andalusíes, incluyendo la etapa del Protectorado.

La firma del Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación (1991), en vigor desde 1993, ha propiciado el avance en el ámbito de las investigaciones históricas sobre la arquitectura, destacando el "Catálogo de la Arquitectura del Ensanche Español de Tetuán" (1989-1992) publicado como *Guía de arquitectura del ensanche de Tetuán* (1995), estudios que apoyan la redacción de la propuesta de candidatura para ingresar en la Lista de Patrimonio Mundial (UNESCO, 1997). Posteriormente se edita el excelente libro *Arquitectura y urbanismo español en el Norte de Marruecos* (2000) de Antonio Bravo Nieto y *La medina de Tetuán, Guía de arquitectura* (2002), de M'hammad Benabud, Ramón de Torres López, Mohamed Al-Abdelaui y Carmen de la Torre Ramírez —en 2011 tuvo su tercera edición.

Sensible al protagonismo contemporáneo del patrimonio cultural, la Fundación Euroárabe de Altos Estudios organizó el I Seminario Internacional *Las representaciones sociales del Patrimonio* (2011) en Granada y el II Seminario Internacional *Funciones y usos del Patrimonio: enseñanzas del terreno* en Fez, en el marco de su programa *Artes, Culturas en el siglo XXI: Desafíos del Patrimonio* (2011).

Con motivo del centenario de la firma del acuerdo por el que se establece el régimen protectoral en Marruecos, las acciones de colaboración transfronteriza se han intensificado: en 2012 el Instituto Cervantes de Tetuán ha informatizado el Fondo Alfonso de Sierra Ochoa, depositado en la Biblioteca Vicente Aleixandre, y se han digitalizado fotografías de la Biblioteca General y Archivo de Tetuán, gracias a la cooperación entre la Di-

rección Regional Tánger-Tetuán y el Centro Andaluz de Patrimonio Histórico de Sevilla. La Junta de Andalucía colabora en un nuevo proyecto para salvaguardar la medina de Tetuán (2012-2016).

El análisis de la experiencia del Protectorado se ha abordado también en reuniones científicas: destacan el I Simposium Granadino-Fesí *La invención del estilo hispano-morisco* (Fez, 2008), organizado por el instituto Cervantes de Fez, el Observatorio de Prospectiva Cultural de la Universidad de Granada, el Museo Nejjarine de Fez y la Fundación El legado Andalusí; y el Congreso Internacional *Los moriscos: historia de una minoría*, que aborda la continuidad cultural de Al-Ándalus tras la conversión del Mediterráneo en frontera entre territorios anteriormente unidos por sus aguas (Granada, 2009).

El Seminario *Marruecos-UE: el futuro de la relación* (Fundación Tres Culturas del Mediterráneo, Sevilla, 2010) y el I Foro de Autoridades Locales UE-Marruecos, desarrollado en Córdoba (2010), han renovado la voluntad de armonización entre colectividades que se reconocen lazos de unión. Con el propósito de establecer un marco de trabajo conjunto entre municipios del norte de Marruecos y Andalucía, para crear y consolidar una red estable, eficaz, que permita desarrollar intercambios y mejorar las relaciones institucionales entre las dos orillas, ha surgido en Marruecos la iniciativa AN^MAR, http://www.an-mar.org/ (consultado 08/01/2013).

La colaboración con la Unión Europea acoge *TransHábitat: desarrollo sostenible del espacio transfronterizo Red Natura 2000 y hábitats de interés común Andalucía-Marruecos"*, proyecto del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (IAPH) financiado por FEDER para diseñar una estrategia conjunta de desarrollo turístico, con rutas culturales basadas en el patrimonio inmaterial.

Queda patente, a través de las acciones seleccionadas, la vigencia de las razones histórico-culturales esgrimidas por los promotores del hermanamiento de los territorios andalusíes durante el Protectorado. Hoy las respalda una serie de acciones conjuntas hispano-marroquíes y euro-hispano-marroquíes orientadas a la protección del patrimonio común euromediterráneo que constituye la huella urbanística y arquitectónica del Protectorado.

Bibliografía

Albet y Más, A.: "La actuación de España en el Protectorado de Marruecos: planes y políticas de intervención territorial", en Díez Torre, A. (coor.): *Ciencia y memoria de África: actas de las III Jornadas sobre expediciones científicas y africanismo español, 1898-1998*, Alcalá de Henares: Servicios de publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 2002.

Benabud, M., Torres López, R. de, Al-Abdelaui, M. y Torre Ramírez, C. de la: *La medina de Tetuán, Guía de arquitectura*, Sevilla: Junta de Andalucía, 2002.

Bassegoda i Nonell, J.: "Discurso homenaje a Alfonso de Sierra Ochoa (1916-1992) en la ETS de Arquitectura, Universidad de Navarra" (1993), en Muchada, A.: *Alfonso de Sierra Ochoa y la cuestión de la vivienda: Tetuán desafío moderno 1912-2012*, Tetuán: Instituto Cervantes, 2012, pp. 34-39.

Blanco Izaga, E.: *La vivienda rifeña. Ensayo de característica e interpretación con ilustraciones del autor*, Ceuta: s. n., 1930.

Bravo Nieto, A.: "La genése d'un style colonial: l'architecture rifaine dans le Maroc Espagnol. Revue du monde Musulman et de la Méditerranée", *Figures de l'orientalisme en architecture* n. 73/74, 1994, pp. 167-182.

Bravo Nieto, A.: "La arquitectura de Casto Fernández Shaw en Marruecos. Propuestas y realizaciones. Libro colectivo sobre Casto Fernández Shaw", Madrid: Electa, 1999, pp. 233-243.

Bravo Nieto, A.: *Arquitectura y urbanismo español en el norte de Marruecos*, Sevilla: Junta de Andalucía, 2000.

Castro Morales, F. ed.: *Al-Andalus: una identidad compartida. Arte, ideología y enseñanza en el Protectorado español en Marruecos*, Madrid: BOE, 1999.

Champion, P.: *Tánger, Fès et Meknès*, París: Laurens, 1924.

Cola Alberich, J.: *Estudio etnológico de la vivienda marroquí*, Madrid: s. n., 1946.

Duclos Bautista, G. y Campos Jara, P.: *Tetuán: Evolución urbana de la medina*: Junta de Andalucía, 2003.

Chadli, M.: "El arte hispano-magrebí: de la invención a la evolución de un estilo de vida" en González Alcantud, J. A. (ed.): *La invención del estilo hispano-magrebí. Presente y futuros del pasado*, Barcelona: Anthropos, 2010, pp. 111-129.

Diz Tirado, P.: "Urbanismo. I y II". *Revista de Obras Públicas* n. 2489, 1927a, pp.436-38 y n. 2.490, 1927b, pp. 452-54.

— "El Urbanismo en Marruecos. III", *Revista de Obras Públicas* n. 2.491, 1927c, pp. 473-76.

— "La construcción civil en Marruecos", África, n. 43, 1928, pp. 182-84.

Fernandez Shaw, C.: *Cortijos y Rascacielos*, n. 55, 1948

Gil Benumeya, R.: "La Exposición de Granada. Un monumento decisivo en la resurrección de la Gran España", *Revista de la Raza*, n.° 128, pp. 15-16.

— "El andalucismo I", *África: Revista de Tropas Coloniales,* abril de 1926a, pp. 82-83.

— "El andalucismo II", *África: Revista de Tropas Coloniales,* mayo de 1926b, pp. 101-102.

— "Los tres puntos fundamentales de nuestra futura política indígena", *África: Revista de Tropas Coloniales*, septiembre de 1926c, p. 211.

— "Problemas marroquíes. El ensanche de Tetuán", *Revista de la Raza*, n. 145-146, 1927, pp. 23-24.

— "Arte y turismo. Mobiliario hispano-musulmán", *Revista de la Raza*, n.153 y 154, 1928a, pp. 27-28.

— "Arte y turismo. Una labor urgente", *Revista de la Raza,* n. 151 y 152, 1928b, p. 18.

— "La vivienda moderna. Expresionismo árabe andaluz", *Revista de la Raza*, n. 155 y 156, 1928c, pp. 23-26.

— *Mediodía: introducción a la historia andaluza*, Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1929a.

— "Hacia una España mayor. Otra vez el andalucismo", *África: Revista de Tropas Coloniales,* abril de 1929b, p. 91.

— "Bellas Artes y Urbanismo: Los planes de extensión", *África: Revista de Tropas Coloniales,* enero de 1929c, pp. 8-9.

— "Bellas Artes y Urbanismo: Las mancomunidades municipales", *África: Revista de Tropas Coloniales,* julio de 1929d, pp. 174-175.

— "Bellas Artes y Urbanismo: Especialización de las ciudades", *África: Revista de Tropas Coloniales,* agosto de 1929e, pp.198-199.

— "Marruecos, Metrópoli del Arte", *Revista Hispano Africana,* n. 8-9, 1930a, pp. 1-3.

— *Ni Oriente ni Occidente. El Universo visto desde el Albayzín*, Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930b.

— Turismo y Arte Hispano-musulmán, en *Anuario Guía Oficial de Marruecos y del África española (comercio y turismo)*, Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930c, pp. 115-38.

— "La música andaluza en la zona francesa", *África,* marzo de 1932, pp. 57-58.

— "Tetuán capital del Protectorado. Los barrios árabes de Tetuán y sus valores arquitectónicos", *La Gaceta de África,* (Tetuán), s. n., 1936, pp. 39-42.

— *Marruecos andaluz*, Madrid: Vicesecretaría de Educación Popular, 1943 (1ª ed. 1942).

— "España, Europa y los árabes en el Mediterráneo", *Revista de Política Internacional*, n. 11, septiembre de 1952a, pp. 63-69.

— *Marruecos andaluz*, Madrid: Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1952b.

— *Andalucismo africano*, Madrid: CSIC, Instituto de Estudios Africanos, 1953.

González Alcantud, J. A. (ed.): *La invención del estilo hispano-magrebí. Presente y futuros del pasado*, Barcelona: Anthropos, 2010.

— *La ciudad magrebí en tiempos coloniales: Invención, conquista y transformación*, Barcelona: Anthropos, Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2008.

Hernández Mateo, F. D.: *Teoría y pensamiento arquitectónico en la España contemporánea (1898-1948): selección de documentos para su estudio*, Madrid: Universidad Carlos III-Boletín Oficial del Estado, 2004.

— "La irrupción del funcionalismo arquitectónico en el paisaje rural español", en *Actas del Congreso Visiones del Paisaje,* Universidad de Córdoba, 1999, pp. 345-359.

Huguet, M.: "Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 19, Universidad Complutense de Madrid, 1997.

Iglesias, M. (ed.): *La cooperación transfronteriza Andalucía-Norte de Marruecos*, Sevilla: Junta de Andalucía, 2011.

Lisón Tolosana, C. (ed.): *Antropología: horizontes estéticos*, Barcelona: Anthropos, 2010.

López Enamorado, M. D.: "La mirada del otro: la visión del africanismo español (el Gil Benumeya de los años veinte)", en Zamora Acosta, E. y Maya Álvarez, P. (eds.): *Relaciones interétnicas y multiculturalidad en el Mediterráneo Occidental*, Melilla: V Centenario de Melilla, 1998, pp. 261-278.

Malo de Molina, J. y Domínguez, F.: *Tetuán: guía de la arquitectura del Ensanche: 1913-1956*, Sevilla: Junta de Andalucía, 1994.

MARTÍN CORRALES, E.: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica: siglos XVI-XX*, Barcelona: Bellaterra, 2002.

— "Siglo y medio de neo-arabismo y neomudejarismo en España (1848-2009)" en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (ed.): *La invención del estilo hispano-magrebí". Presente y futuros del pasado*, Barcelona: Anthropos, 2010, pp. 200-254.

MOGA ROMERO, V.: *El Rif de Emilio Blanco Izaga*, Melilla: Bellaterra, 2009.

MORALES LEZCANO, V.: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*, Madrid: Siglo XXI, 1976.

— "Orígenes contemporáneos del nacionalismo marroquí", *Awrāq*, n. 2, 1979, pp. 123-135.

— *España y el Norte de África: el Protectorado en Marruecos (1912-56)*, Madrid: UNED, 1986.

MUGURUZA OTAÑO, P.: *Plan General de Ordenación de Tetuán*, s. n., s. l., 1943.

— "El Plan de Ordenación de Tetuán", *Revista Nacional de Arquitectura,* n. 26, Madrid, pp. 53-58.

— *Ordenación urbana y rural en el Marruecos español*, Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local, 1946.

MUCHADA, A.: *Alfonso de Sierra Ochoa y la cuestión de la vivienda: Tetuán desafío moderno 1912-2012*, Tetuán: Instituto Cervantes, 2012.

NORA, P. (dir.): *Les Lieux de mémoire*, París: Gallimard, 1984-1992.

POVEDANO MARRUGAT, E.: *Arte industrial y renovación pedagógica en España e Iberoamérica: identidad y vanguardia 1826-1950)*, Madrid: Universidad Carlos III, 2002.

RUIZ SOUSA, J. C.: "Construcción y búsqueda de un estilo nacional. "El estilo mudéjar" ciento cincuenta años después" en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. ed. (2010): *La invención del estilo hispano-magrebí". Presente y futuros del pasado*, Barcelona: Anthropos, 2010, pp.

SECO DE LUCENA, L.: "Los estudios árabes en España", *África*, octubre 1946, pp. 473-475.

SIERRA OCHOA, A. de: *La vivienda marroquí: Notas para una teoría*, Ceuta: Cremades, 1960.

TEJERO Y BENITO, J. M.: "La arquitectura de vanguardia y su armonía con la musulmana", (Madrid) *África*, n. 116, Ceuta, 1934, pp. 143-46.

— "*Memoria sobre la vivienda humilde europea y musulmana en el Marruecos español*, 1942. s. l., s. n.

TERRASSE, H.: *L'art hispano-mauresque des orígenes au XIII siècle*, París: Van Oest, 1932.

TERRASSE, H. y HAINAUT, J.: *Les Arts décoratifs au Maroc*, París: Henri Laurens Éditeur, 1925.

TORRES BALBÁS, L.: "La arquitectura española en Marruecos", *Arquitectura: órgano de la Sociedad Central de Arquitectos*, n. 49, 1923, pp. 139-142.

VALDERRAMA MARTÍNEZ, F.: "Artesanía marroquí y Bellas Artes en la zona del Protectorado", (Tánger) *Mauritania*, s. n., 1954, s. p.

— *Historia de la acción cultural de España en Marruecos (1912-1956)*, Tetuán: Alta Comisaría, 1956.

VELASCO DE CASTRO, R.: "Las aspiraciones del nacionalismo marroquí en el marco de la Segunda Guerra Mundial: Un pragmatismo mal entendido", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, v. 34, 2012, pp. 277-305.

ZAID, F. de: "Nuevas construcciones oficiales y particulares", *Diario de África: Suplemento extraordinario*, n. 5, VIII, 1955.

ZAMORA ACOSTA, E. y MAYA ÁLVAREZ, P. (eds.): *Relaciones interétnicas y multiculturalidad en el Mediterráneo Occidental*, Melilla: V Centenario de Melilla, 1998.

Prensa y periodistas del Protectorado español en Marruecos

Mustapha Adila

Ante todo, debemos señalar el hecho de que en la actualidad son escasos los estudios e investigaciones que se han realizado sobre la prensa del Protectorado español en Marruecos. Si exceptuamos el *Inventario provisional de la Hemeroteca del Protectorado*, elaborado por la antigua jefa de dicho servicio, Dora Bacaicoa Arnaiz, en colaboración con Manuel Requena Córdoba, funcionario de dicha hemeroteca, nos encontramos con que tan solo existen algunos artículos de divulgación de escaso interés de contenidos.

La historia de las publicaciones periódicas españolas de dicho periodo precisa de una investigación metodológica que contemple el estudio sistemático del origen y génesis de esas publicaciones, su fisionomía bibliográfica, su evolución cronológica, el análisis hemerográfico de sus aspectos formales y temáticos, sus relaciones con el contexto histórico y su grado de eficacia en la difusión de propuestas ideológicas (Adila: 1998a, 74-75).

Estas consideraciones preliminares no tienen otra finalidad salvo resaltar la importancia de la prensa, que es, bien sabido, una fuente primaria multivalente de carácter privilegiado para la investigación sobre la historia del régimen de Protectorado español en Marruecos; una fuente esencial para la investigación histórica sobre las corrientes de opinión y de las actitu-

des políticas, ideológicas, sociales y culturales que se dieron durante dicho régimen dentro del contexto de las relaciones hispano-marroquíes.

1. La prensa del Protectorado en la Hemeroteca de Tetuán

Esta hemeroteca tuvo sus comienzos en 1939 con unos fondos hemerográficos adquiridos por el Negociado de Prensa y Propaganda de la Alta Comisaría de España en Marruecos y, como era lógico, tendió "a especializarse en lo marroquí, y, en líneas generales, en toda prensa que tuviese relación con lo islámico y africano" (Bacaicoa: 1953, 7). En 1940, la hemeroteca enriquece sus fondos con la adquisición de ciento sesentaiséis volúmenes de recortes de prensa española y europea de la colección personal del destacado africanista Ricardo Ruiz Orsatti. Pocos años después, en abril de 1946, la Hemeroteca de Tetúan pasa a ser un servicio dependiente de la Dirección de Archivos y Bibliotecas del Protectorado. La tendencia a un aumento constante y sostenido de los fondos de prensa es patente y, así, en el mes de julio de 1957, fecha del traspaso del Servicio de Archivos y Bibliotecas del Protectorado al Gobierno marroquí, los fondos europeos de la Hemeroteca de Tetuán ascendían "a 2707 volúmenes encuadernados y unos 1274 paquetes de revistas y periódicos, que correspondían a unos 1400 títulos de publicaciones periódicas" (Guastavino: 1958, 21).

En definitiva, basándonos en los datos expuestos, podemos afirmar que la Biblioteca General y Archivos de Tetuán dispone en la actualidad de un fondo hemerográfico de un valor incalculable. En efecto, la calidad de fuente documental que tienen estas publicaciones periódicas, que abarcan la primera mitad del pasado siglo, hace de ellas un útil indispensable e imprescindible para la investigación histórica sobre una gran diversidad de temas y asuntos relacionados con la presencia y acción del Protectorado de España en Marruecos.

2. Orígenes y evolución de la prensa española en Marruecos

La historia de la prensa española en Marruecos se prolonga durante más de una centuria; es la historia de una prensa periódica que, desde su misma aparición en el Reino de Marruecos, fue considerada por las mentalidades de dicha época como portadora de las luces de la civilización y, por ende, de la modernidad. La siguiente cita traduce perfectamente dicho sentir:

> ¡Sea, en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano como nazca a la luz pública el primer periódico de Marruecos (…) no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que

> realiza la civilización de Europa al plantar su cátedra (la prensa)sobre el territorio que ayer era marroquí: es España la que debe ceñir a su frente tan inmarcesible lauro (Alarcón: 1860, 1).

En efecto, el desarrollo de la prensa española en Marruecos se da en un contexto político internacional fuertemente marcado por el triunfo de las tesis intervencionistas del africanismo europeo de la segunda mitad del siglo diecinueve. En este sentido, cabe recordar que no es un simple azar el hecho de que el primer periódico en aparecer en el Reino de Marruecos lo haya sido *El Eco de Tetuán* como un producto, justamente, de la guerra hispano-marroquí de 1860. La misma afirmación se puede hacer del primer periodista español en Marruecos que, en este caso, fue el célebre escritor y, al mismo tiempo, corresponsal de guerra y soldado voluntario del ejército expedicionario español Pedro Antonio de Alarcón y Ariza.

Asimismo, la prensa española que ve la luz en la ciudad de Tánger, a partir de los años ochenta del siglo XIX, lo hace con notable vigor justo cuando en las cancillerías europeas se empieza a plantear la denominada "cuestión de Marruecos" con todo lo que ello significa de tensa y compleja discusión del reparto de influencias políticas y de intereses comerciales en el entonces denominado Imperio cherifiano. Cabe decir que el "florecimiento" de la prensa española en la capital diplomática de Marruecos, con anterioridad a la imposición del régimen de Protectorado franco-español en 1912, no es ajeno del todo a la labor desarrollada y al apoyo prestado por la Legación Diplomática de España en Tánger; nos referimos, claro está, a las subvenciones que el Ministerio de Estado destinaba regularmente a esa naciente prensa española en Tánger al objeto de encauzar determinadas campañas propagandísticas de corte intervencionista. Es el caso de *Al Moghreb al Aksa,* primer periódico español fundado en Tánger el 28 de enero de 1883, que expresa su objetivo en "introducir en nuestra localidad los beneficios de la prensa moderna" y en reclamar "la introducción de cuantas reformas sean necesarias para el buen gobierno del país".

Tras la proclamación del régimen de Protectorado español en Marruecos, la prensa cobra un notable impulso durante los cuarenta y cuatro años que dura dicho régimen. Según nuestro propio cómputo, un total de ciento cincuentaisiete publicaciones periódicas sobre temática diversa, con una periodicidad variable y una paginación diferente, vieron la luz del día en las ciudades del Protectorado. De ese total, la ciudad de Tetuán, declarada capital de la zona del Protectorado, llega a tener setentaiséis publicaciones seguida de lejos por la ciudad de Larache con veintitrés (Adila: 2007b, 270-271).

Lugar	Fecha	Publicación	Periodicidad
Tetuán	1912	*El Eco de Tetuán*	Diario
Larache	1914	*La Correspondencia de África*	Diario
Nador	1915	*El Explorador Rifeño*	Semanal
Rincón de Medik	1917	*El Rincón*	Quincenal
Arcila	1918	*Ecos de Arcila*	Semanal
Alhucemas	1927	*Diario Español de Alhucemas*	Diario
Alcazarquivir	1932	*El Anunciador Comercial*	Semanal
Ketama	1940	*Mástil*	Diario
Segangan	1947	*Atlaten*	Mensual
Chauen	1949	*Líber*	Mensual
Uad Lau	1953	*El Hoyo*	Irregular

Cuadro nº 1
Orden crono-toponímico de las publicaciones periódicas del Protectorado

A pesar de que la mayor parte de estas publicaciones son generadas por organismos e instituciones oficiales dependientes, de un modo u otro, de la Alta Comisaría de España en Marruecos, otras publicaciones tienen su origen en iniciativas privadas y son de información general, cultural, literaria, turística o deportiva. Para no extendernos demasiado, de entre esos organismos oficiales podemos citar los siguientes:

1. Delegación de Cultura y de Prensa.
2. Subdelegación Regional del Estado para Prensa y Propaganda.
3. Jefatura Territorial de Prensa en Marruecos.
4. Dirección de Prensa y Propaganda.
5. Servicio de Prensa.
6. Radio Tetuán.

Referente a los reglamentos y disposiciones reguladoras de la prensa del Protectorado son de mencionar, entre otros textos:

1 Las Instrucciones del alto comisario para ejercer la censura previa que se publican el 24 de agosto de 1916.
2. El Negociado de Prensa, creado en 1920, con el objetivo de informar a la opinión pública española sobre la necesidad de la presencia de España en su zona de Protectorado en Marruecos.
3. El Dahír jalifiano, del 22 de julio de 1927, aprobando y poniendo en vigor el reglamento de publicaciones periódicas.
4. El Dahír jalifiano, del 11 enero de 1936, aprobando el reglamento de la publicación de impresos, que deroga el de 22 de julio de 1927.

5. El Reglamento Estatutario de la Asociación de la Prensa Hispano-Marroquí, aprobado el 15 de noviembre de 1947 (Valderrama: 1956, 761-775).

Debemos señalar que, por lo general, las publicaciones periódicas españolas en Marruecos dependían grandemente de las subvenciones del Estado español. Los salarios de los periodistas, las retribuciones de los colaboradores, los gastos de impresión y las escasas ventas de ejemplares solo se podían cubrir con esas subvenciones regulares. A este respecto, afirma Susana Sueiro Seoane, refiriéndose al Gobierno del general Miguel Primo de Rivera, que

> había invertido importantes sumas del capítulo de gastos políticos de carácter reservado, en tratar de relanzar los periódicos españoles que se publicaban en Marruecos, que arrastraban una vida lánguida y precaria, a pesar de las subvenciones que llevaban recibiendo desde hacía años. Casi todos ellos recibían subvenciones del Ministerio de Estado. Las subvenciones oscilaban habitualmente entre las 300 y las 1000 pesetas al mes (Sueiro: 1993, 340).

Es más, varios periódicos se publicaron a raíz de iniciativas tomadas por algunos altos comisarios como en el caso del diario *España* de Tánger, fundado, en 1938, por el periodista Gregorio Corrochano por órdenes del general Juan Beigbeder Atienza; es, asimismo, el caso de la fundación en Tetuán del diario *Marruecos*, impulsada, en 1942, por el alto comisario general Luis Orgaz Yoldi. La Alta Comisaría de España en Marruecos no solo aseguraba los fondos necesarios para la impresión y distribución de la publicación periódica, sino que procedía, asimismo, a la contratación de los directores y del equipo de redactores.

3. Objetivos y finalidades de la prensa del Protectorado

Por iniciativa de Luciano López Ferrer, cónsul de España en Tetuán, reaparece en 1910 el periódico bisemanario *El Eco de Tetuán,* que en esta ocasión lleva el subtítulo de "Segunda época". Llegado a su tercer año, el periódico se convierte en *Diario de la mañana* y se declara como defensor de los intereses de España en Marruecos. Asimismo, la fundación en Tetuán del diario *El Norte de África,* en 1918, fue fruto del deseo del entonces alto comisario, general Gómez Jordana, de hacer frente a la prensa metropolitana que impugnaba la acción española en el norte de Marruecos, "una prensa que nutría sus columnas con prosa de derrotismo e, incluso, abandono de la empresa". En este sentido, cabe citar la opinión de un notorio personaje del Protectorado español que afirmó respecto de esta cuestión lo siguiente:

> La Prensa, los literatos, los políticos, salvo contadísimas excepciones, escribían de Marruecos sin entender el problema y, lo que es peor, sin sentirlo. Un espíritu de crítica, por injusto que fuera, daba a su autor un título de africanista (García: 1944, 134).

Así, en 1920, aparece en la ciudad de Larache el *Diario Marroquí* que se compromete en su primer número, con fecha del 27 de mayo, a

> dedicar una atención preferente a propagar en España las características interesantes de Marruecos en sus aspectos: comercial y agrícola por considerar base de toda colonización, un perfecto conocimiento del país protector del protegido.

Asimismo, el 22 de julio de 1930, nace en Tetuán el diario *La Gaceta de África* que se define como un "órgano de cultura, de difusión de ideas y de expresión de la obra económica, social y política que realiza España en el Magreb".

Siempre en esta misma línea ideológica, y coincidiendo con la II Guerra Mundial, se publica en Tetuán, el 23 de abril de 1942, el diario *Marruecos* como otro periódico semioficial de la Alta Comisaría de España en Marruecos y con un enfoque bien explícito en su editorial titulado "España y Marruecos. Una unidad de destino". Entre otros argumentos, el diario afirma que: "En el Protectorado español hay paz, en tanto que el mundo se consume en guerra; y esto es gracias al nuevo régimen español y a la fusión de pueblos".

Por su parte, *El Avisador de Larache*, periódico bisemanario que aparece el 4 de enero de 1943, fija su propósito en "llenar una necesidad local de carácter informativo en los múltiples aspectos que requiere toda la población que, día por día, revaloriza sus riquezas y sus actividades y más aún en esta obra de España en Marruecos".

En esa misma ciudad, tiene lugar un evento importante, en el mes de febrero de 1947, con la publicación del primer número de la revista literaria bilingüe *Al-Motamid* que dirige la poetisa Trinidad Sánchez Mercader, una revista que apuesta por la creación de vínculos entre los escritores españoles, marroquíes y árabes dentro del espíritu de la "hermandad hispano-marroquí". En este sentido, afirma que:

> Marruecos posee una juventud lírica española y marroquí que ve, siente y hace poesía junto al sentimiento árabe. Este sentimiento se une a lo hispánico y lo poético, hasta dar forma a una nueva modalidad de espíritu (…) la poesía, por ser universal, es el camino más fácil y seguro de la unión humana duradera.

Parecido sentimiento pretende expresar también *El Día,* periódico quincenal de expresión bilingüe, que aparece en Tetuán, el 8 de diciembre de 1947, con la pretensión de ser "un órgano que sea a la vez portavoz del sentimiento patriótico marroquí, franco, sincero y leal e igualmente del sentimiento español hacia Marruecos, cada vez más intenso y desinteresado".

Por su parte, la revista semestral *Tamuda,* que aparece en Tetuán en 1953, se presenta como una publicación estrictamente científica cuyo objetivo estriba en "recoger trabajos que signifiquen aportaciones de datos inéditos y estudios serios acerca de todos los aspectos del país en que vivimos". Dentro de la larga lista de esas investigaciones, destacan los estudios históricos, arqueológicos, epigráficos, sociológicos, literarios, lingüísticos y bibliográficos sobre temática hispano-marroquí y sobre Al-Ándalus. Esta revista publicará, además, en calidad de anexo, el suplemento literario bilingüe *Ketama* que ofrece a sus lectores toda una selecta antología poética y narrativa de autores españoles, marroquíes y árabes. La revista lograba con ello su objetivo de ser una especie de puente cultural entre españoles y marroquíes mediante la obra literaria de muy buenos colaboradores en ambas lenguas.

En cuanto a objetivos se refiere, sobresale, asimismo, el semanario, *Aquí Marruecos,* que aparece en Tetuán el 16 de diciembre de 1954. Se presenta como un periódico independiente que no está al servicio de ningún grupo determinado o bajo ninguna bandera partidista y añade que "está al servicio de la hermandad hispano-marroquí y, por tanto, sus columnas están abiertas a los marroquíes y a los españoles sin distinción de razas ni de creencias".

Es importante señalar, también, que este periódico dedicó especial atención durante el año 1955 a la causa de la legitimidad del sultán Mohamed V, desterrado por Francia en la isla de Madagascar, asunto sobre el que trataron muchos de sus colaboradores marroquíes y españoles en términos muy críticos hacia la política colonialista francesa.

4. Fisionomía bio-bibliográfica

La investigación en torno a la prensa española en Marruecos hace necesario elaborar un instrumento imprescindible para la identificación y conocimiento de todas aquellas personas por cuya su labor y esfuerzo existió dicha prensa histórica. Es más, es preciso sacar del más silencioso de los olvidos a toda una pléyade de periodistas y de colaboradores de la prensa española del Protectorado. Conscientes de ello, hemos recogido, con toda la precisión posible, datos bio-bibliográficos referentes a aquellas individualidades que se dedicaron a la prensa española durante el periodo del Protectorado. Es así como conseguimos elaborar a partir de fuentes muy diversas una base de datos en la que hemos registrado, aumentado y corregido la información existente sobre más de mil quinientas individualidades.

En el muestreo siguiente no solo ofrecemos los datos de periodistas profesionales que, según un concepto estrictamente colegiado de la actividad

periodística, "hacen el periódico" o procesan la información en cualquier otro medio de comunicación, sino que incluimos también a aquellas otras personas que "escriben *más o menos regularmente* en los periódicos" con verdadero talento y notable mérito. Entre los prestigiosos colaboradores, de la prensa española del Protectorado, podemos encontrar, entre otros muchos nombres, personajes de la talla de Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Ramón Menéndez Pidal, Agustín de Foxá, Gerardo Diego, Manuel Altolaguirre, José María Pemán, Luis Cernuda, Max Aub, etc. También colaboraron distinguidos académicos e investigadores en Historia, Derecho, Medicina, Ciencias y Artes. Hubo, asimismo, colaboradores prácticamente desconocidos, que podemos considerar como periodistas ocasionales o vocacionales, y que solo pretendieron lograr una satisfactoria realización personal. Debemos añadir que en este trabajo hemos considerado procedente prescindir de aquellos datos relativos a la trayectoria profesional o de colaboración en la prensa española metropolitana que realizaron las personas que aparecen en este listado. Solo mencionamos sus datos en relación a la prensa del Protectorado, los cargos que desempeñaron, así como los premios y condecoraciones que lograron en reconocimiento de sus servicios y méritos profesionales.

4.1. Periodistas

Alonso Ruescas, Gregorio (Madrid, 1893-1961). ROP 2207. Fundador y director del semanario *El Lukus,* Larache, 1932; redactor de *Marruecos,* Larache*,* 1942*;* director del bisemanario *El Avisador de Larache*, 1943; del *Diario Marroquí,* Larache; colaborador de la revista *Mauritania, Tánger,* 1945; director del *Diario de Larache*, 1946; del bisemanario *Larache,* 1950.

Armario Peña, Miguel (Cádiz, 1871-Larache, 1939). Fundador y director del diario *El Popular,* Larache, 1913-1938; redactor jefe del diario *El Heraldo de Marruecos*, Larache, 1938. Oficial de la Orden del Uisam Alauita. Medalla de Isabel la Católica. Medalla del Mérito Militar por su labor periodística.

Arqués Fernández, Enrique (Málaga, 1885-1970). ROP 4442. Corresponsal del diario *El Eco de Tetuán,* 1919-1920; redactor del diario *El Norte de África*, Tetuán, 1921-1922. Jefe del Negociado de Prensa en la Zona de Protectorado español en Marruecos, 1920. Jefe del Servicio de Prensa de la Alta Comisaría de España en Marruecos, 1933. Colaborador del diario *La Gaceta de África*, Tetuán, 1936; de la revista *Marruecos turístico,* Tetuán, 1936; de la revista *Mauritania,* Tánger, 1938-1957. Fundador del diario *España,* Tánger, 1938; del diario *Marruecos,* Tetuán, 1942, y del *Diario de África,* Te-

tuán, 1945. Colaborador del semanario *Gong Marroquí*, Tetuán, 1949. Vocal del Consejo de Redacción de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1953-1956. Premio Nacional de Periodismo, 1953. Periodista de Honor, 1963.

Borrás Bermejo, Tomás (Madrid, 1891-1976). ROP 368. Autor teatral, novelista y guionista de cine. Fundador del periódico *Hispania,* Larache, 1914; subdirector del diario *España,* Tánger, 1938-1940. Miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid desde 1912. Premio África de Periodismo. Periodista de Honor, 1954. Premio Nacional de Periodismo Francisco Franco, 1967.

Carrasco Téllez, José (Atajate, Málaga, 1898-Tánger, 1959). ROP 2074. Redactor del bisemanario *La Crónica,* Tánger, 1921; redactor-jefe del diario *El Porvenir*, Tánger, 1922-1927; redactor de *Marruecos Gráfico*, Tetuán, 1926; director de *Acción Española,* Casablanca, 1931-1936. Director del diario *Heraldo de Marruecos,* Larache, 1936-1939*;* redactor y redactor jefe del diario *España*, Tánger, 1938-1945; colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1939; director del *Diario de África*, Tetuán, 1945-1952 y del *África Deportiva*, 1946-1952; del semanario *Norte de África*, Tetuán, 1952-1955; redactor del periódico *Aquí Marruecos,* Tetuán, 1954. Presidente de la Asociación de la Prensa Hispano-Marroquí, Tetuán, 1952-1956.

Díez Alonso, Rogelio (Ceuta, 1922-Madrid, 1979). ROP 3037. Redactor y locutor de *Radio Dersa*, Tetuán, 1947-1953; redactor jefe del semanario *África Deportiva*, Tetuán, 1947. Secretario de la Asociación de la Prensa Hispano-Marroquí, Tetuán, 1952-1956. Redactor y director de *No-Do*, 1968-1974. Director general de Cinematografía y Teatro, 1973-1977.

García Sañudo y Giraldo, Manuel (Marchena, Sevilla, 1892-Sevilla, 1969). ROP 774. Redactor jefe del diario *El Norte de África*, Tetuán, 1920-1922; colaborador del diario *El Eco de Tetuán,* 1922-1924; subdirector del diario *El Mediterráneo,* Tetuán, 1924-1925; redactor del semanario *Marruecos Gráfico,* Tetuán, 1926; redactor-jefe del *Diario Marroquí*, Tetuán; subdirector del semanario *Unidad Marroquí*, 1937; redactor jefe del diario *Marruecos*, 1942-1945, y del periódico *El Día*, Tetuán, 1946-1954; colaborador de la revista *Mauritania*, 1948; del diario *España*, Tánger, 1955. Cronista Oficial de Tetuán.

Gil Benumeya Torres, Rodolfo (Andújar, 1901-Madrid, 1975). Arabista, político y periodista. Colaborador del diario *Heraldo de Marruecos,* Tánger, 1925; del diario *La Gaceta de África,* Tetuán, 1936; del semanario *Unidad Marroquí*, Tetuán, 1937-1939; de la revista *A.O.E.,* Sidi Ifni, 1946; de la revista *Mauritania,* Tánger, 1949; del *Diario de África,* Tetuán, 1949. Premio Nacional de Periodismo, 1943.

Gómez-Salomé Ruiz, José María (San Roque, Cádiz, 1921-Madrid, 2005). ROP 3043. Redactor del semanario *El Anunciador Comercial,* Alcazarquivir, 1936-1950, y corresponsal del bisemanario *El Avisador* de Larache, 1939-1950; colaborador del periódico *El Día*, Tetuán, 1953; de la revista *Mauritania*, Tánger, 1957; director de la agencia de colaboraciones Al-Magrib Pax, 1955-1957; subdirector del diario *España,* Tánger, 1956-1971. Miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid, 1967. Caballero de la Orden de África. Comendador del Mérito Civil.

Gómez Tello, José Luis (Madrid, 1916-2003). EOP 1943. ROP 1750. Licenciado en Filosofía y Letras. Colaborador del diario *España* de Tánger, 1940-1942; redactor del semanario *Aquí Marruecos,* Tetuán, 1955. Premio Rodríguez Santamaría, 1959. Premio de Periodismo Francisco Franco, 1960.

Gómez de Travecedo Cansino, Francisco (Málaga, 1915-2007). EOP 1942. ROP 1040. Licenciado en Derecho. Colaborador de la revista *Mauritania*, Tánger, 1940-1944; redactor del diario *España*, Tánger, 1942-1943; colaborador del diario *Marruecos*, Tetuán, 1942-1943; jefe de Programación de Radio Tetuán, 1944-1950. Miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid.

Haro Tecglen, Eduardo (Pozuelo, Madrid, 1924-2005). EOP 1943. ROP 1008. Redactor jefe del diario *Marruecos,* Tetuán, 1943; del *Diario de África*, Tetuán, 1946-1956; director del diario *España,* Tánger, 1960-1967.

López Rienda, Rafael (Granada, 1897-1928). Cronista de guerra. Fundador y director del *Diario Marroquí*, Larache, 1920; director del diario *El Eco de Tetuán*, 1924-1927. Condecorado, en 1923, con la Cruz de Isabel la Católica.

Morales Rico, Manuel Salvador (Mancha Real, Jaén, 1931). ROP 3794. Redactor de *El Día,* Tetuán, 1954; del *Diario de África,* Tetuán, 1956; jefe de sección del *España Semanal*, Tánger, 1956-1959; redactor del diario *España,* 1958; de la agencia Maghreb Arabe Press, Rabat, 1961; redactor jefe del *Diario de África,* Tetuán, 1962. Profesor de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid. Secretario general de Prensa y Radio del Movimiento, 1970. Procurador en Cortes.

Onieva Santamaría, Antonio Juan (Pamplona, 1886-Madrid, 1977). Pedagogo, periodista y escritor. Estudios de Derecho y de Magisterio. Colaborador del *Diario de África*, Tetuán, 1948-1953; del semanario *Gong Marroquí,* Tetuán, 1949. Director de Prensa, Propaganda, Radio y Turismo, Tetuán, 1948-1951. Presidente de la Asociación de la Prensa de Oviedo. Delegado de la UNESCO en Bélgica. Presidente de la Sociedad Cervantina.

Ortega Pichardo, Manuel Luis (Jerez de la Frontera, 1888-Madrid, 1943). Escritor, periodista y editor. Colaborador del semanario *Larache*, 1923. Fundador y director del *Heraldo de Marruecos*, Tánger, 1925-1932. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia. Vocal de la Liga de Africanistas.

Roda Jiménez, Rafael de (Jorairátar, Granada, 1873-1959). Fundador del diario *El Norte de África*, 1918, Tetuán; del diario *La Gaceta de África,* Tetuán, 1930. Colaborador del diario *Marruecos*, Tetuán, 1942-1943; de la revista *Mauritania*, Tánger, 1948; del *Diario de África,* Tetuán, 1948-1949. Miembro y, posteriormente, presidente de la Asociación de la Prensa Hispano-Marroquí. Premio África de Periodismo, 1945.

Roldán May, Fernando (Manresa, Barcelona, 1899-1971). ROP 1585. Licenciado en Filosofía y Letras. Redactor del *Diario Marroquí,* Larache, 1921-1923; director de *Hispania*, Larache, 1923-1924, y del *Heraldo de Marruecos*, Tánger, 1924-1925. Director del diario *España,* Tánger, 1967-1969.

Ruiz Albéniz, Víctor (Mayagüez, Puerto Rico, 1885-Madrid, 1954). ROP 18. Médico de la Compañía Minera del Rif, 1908. Colaborador del diario *El Norte de África*, Tetuán, 1921-1922; del diario *La Gaceta de África,* Tetuán, 1936-1939. Presidente de la Asociación de Prensa de Madrid, 1936-1943. Cronista oficial de la Villa de Madrid, 1943. Premio Rodríguez Santamaría, 1947. Periodista de Honor, 1953.

Santamaría Quesada, Ramiro (Melilla, 1922-Madrid, 1983). EOP 1951. ROP 1808. Redactor de la revista *Marruecos,* Tetuán-Tánger, 1945-1951; del semanario *Gong Marroquí,* Tetuán, 1949; secretario de redacción de la publicación mensual *Gong Internacional,* Tánger, 1950; redactor del *Diario de África,* Tetuán, 1949-1956; del periódico *El Día,* Tetuán; colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1953; del semanario *Aquí Marruecos,* Tetuán, 1955. Premio África de Periodismo.

Vega y Rubio, Luis Antonio de (Bilbao, 1900-1977). ROP 363. Novelista. Director de las Escuelas Hispano-Árabes en Larache y en Tetuán, 1926-1936. Colaborador de *La Gaceta de África*, 1935; del diario *Marruecos,* Tetuán, 1942. Miembro de la Asociación de la Prensa de Madrid, 1937. Premio África de Periodismo.

4. 2. Académicos, poetas y artistas

Aleixandre y Merlo, Vicente (Sevilla, 1898-Madrid, 1984). Poeta. Premio Nacional de Literatura, 1933. Miembro de la Real Academia Española de la Lengua, 1950. Colaborador de la revista *Al-Motamid*, Larache, 1953-1954; de la revista *Ketama*, Tetuán, 1953. Premio Nobel de Literatura en 1977.

Arribas Paláu, Mariano (Barcelona, 1917-Madrid, 2002). Historiador. Director adjunto del Instituto de Investigaciones Hispano-Árabes Muley el-Hassan, Tetuán, 1943-1972. Colaborador de la revista *Mauritania*, Tánger, 1948-1959; del *Diario de África,* Tetuán, 1949; director de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1957-1959; colaborador de la revista *Hespéris-Tamuda*, Rabat, 1960-1991; de la revista *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 1964-1980. Miembro de la Real Academia de Bones Lletres de Barcelona, 1952.

Bertuchi Nieto, Mariano (Granada, 1898-Tetuán, 1955). Artista. Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, 1922. Inspector-Jefe de los Servicios de Bellas Artes del Protectorado, 1928. Director de la Escuela de Artes Indígenas de Tetuán, 1929. Director y profesor de la Escuela Preparatoria de Bellas Artes de Tetuán, 1945. Colaborador del diario *El Mediterráneo*, Tetuán, 1920; del diario *La Gaceta de África*, Tetuán, 1935-1936; ilustrador de las revistas: *Marruecos Gráfico, Marruecos Turístico, Mauritania, Al-Motamid*, *Ketama*… Vocal del consejo de redacción de la revista *Tamuda*, Tetuán, 1953-1956.

Conde Abellán, Carmen (Cartagena, 1907-Madrid, 1996). Poeta y narradora. Colaboradora de la revista *Al-Motamid*, Tetuán, 1955; del suplemento literario *Ketama*, 1957. Premio Nacional de Poesía, 1967. Primera académica de número de la Real Academia Española, 1978. Premio Benito Pérez Galdós de Periodismo, 1979.

Gallegos García-Pelayo, Carlos (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1909-Algeciras, 1962). Pintor y cartelista. Director la Escuela Preparatoria de Bellas Artes de Tetuán entre 1955 y 1957. Colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger; de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1958; de la revista *Hespéris,* Rabat, 1958. Comendador de la Orden de la Mehdauia.

García Sanchís Madruga, Federico (Valencia, 1888-Madrid, 1964). ROP 2015. Crítico de arte, novelista y conferenciante. Colaborador del diario *El Eco de Tetuán,* 1919; del semanario *Larache*, 1923. Académico de número de la Real Academia Española, 1939. De la Asociación de la Prensa de Madrid, 1914.

Gómez Nisa, Pío (Sevilla, 1925-Las Palmas de Gran Canaria, 1989). EOP 1961. ROP 3535. Poeta. Miembro del comité de redacción de la revista *Al-Motamid,* Larache, 1947-1956; redactor (1954-1958), redactor jefe (1958-1960) y director técnico del *Diario de África*, Tetuán, 1962. Premio Nacional de Periodismo Jaime Balmes, 1967.

Guastavino Gallent, Guillermo (Valencia, 1904-Benidorm, 1977). Licenciado en Historia. Director de la Biblioteca General del Protectorado, 1939-1957. Director de Archivos y Bibliotecas del Protectorado español

en Marruecos, Tetuán, 1942-1957. Colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1941-1951; del diario *Marruecos*, Tetuán, 1943-1944; del *Diario de África,* Tetuán, 1946-1953; del semanario *Gong Marroquí,* Tetuán, 1949; secretario y coordinador de la revista hispano-marroquí *Tamuda,* Tetuán, 1953-1958; colaborador de la revista *Hespéris-Tamuda,* Rabat, 1960. Director de la Biblioteca Nacional de Madrid 1967-1974.

López Gorgé, Jacinto (Alicante, 1925-Madrid, 2008). Poeta, escritor, editor y crítico literario. Miembro del Comité de redacción de la revista *Al-Motamid,* Larache, 1947-1955; colaborador del diario *Marruecos,* Tetuán-Tánger, 1951; del *Diario de África*, Tetuán, 1949-1957; director del suplemento *Ketama,* Tetuán, 1953-1959; crítico literario del *España Semanal,* Tánger, 1963. Director del Aula de Literatura del Ateneo de Madrid. Condecorado con la Encomienda de la Orden de África.

Mas-Guindal y Meseguer, Joaquín (1875-1945). Doctor en Farmacia. Coronel farmacéutico y jefe de los Servicios Farmacéuticos en la zona de Protectorado español en Marruecos. Colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1928-1941; de la revista *Marruecos Sanitario,* Tetuán, 1929-30. Vicedirector de la Real Academia Nacional de Farmacia, 1932-1945.

Sánchez Mercader, Trinidad (Alicante, 1919-Granada, 1984). Poetisa. Fundadora y directora de la revista literaria *Al-Motamid*, Larache (1947-1953) y Tetuán (1953-1956). Colaboradora del *Diario de África*, Tetuán, 1949-1953. Premio Marruecos de Poesía, 1953.

Sancho de Sopranis, Hipólito (Puerto de Santa María, Cádiz, 1893-1964). Historiador de la provincia de Cádiz. Miembro fundador del Centro de Estudios Históricos Jerezanos. Colaborador de las revistas *Mauritania,* Tánger, 1938-1958; *Tamuda*, Tetuán, 1954-1955. Cronista Oficial de la Ciudad de El Puerto de Santa María, 1939-1941. Miembro de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz. Medalla de Oro de la Ciudad de Melilla. Miembro de la Orden Mehdauia de Marruecos.

Tarradell Mateu, Miquel (Barcelona, 1920-1995). Jefe del Servicio de Arqueología del Protectorado y director del Museo Arqueológico de Tetuán, 1948. Catedrático de Arqueología de la Universidad de Valencia, 1955. Miembro de la Real Academia de Bones Lletres de Barcelona, 1959. Colaborador de la revista *Mauritania,* 1948-1953; de *Marruecos,* Tánger-Tetuán, 1949; de la publicación mensual *Tinga,* Tánger, 1953; de la revista *Tamuda*, Tetuán, 1953-1959; de la revista *Hespéris-Tamuda*, Rabat, 1960; de *Cuadernos de la Biblioteca española de Tetuán,* 1966.

Vallvé Bermejo, Joaquín (Tetuán, 1929-Madrid, 2011). Doctor en Filología Semítica. Catedrático de Lengua Árabe en la Universidad Complu-

tense de Madrid, 1970-1999. Miembro titular *ad honorem* del Instituto-Árabe de Cultura y consejero nacional de Educación, 1976-1980. Director del Instituto Miguel Asín de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, 1980-1985. Miembro de la Real Academia de la Historia, 1988. Colaborador de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1953-1959; de la revista *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 1967.

4. 3. Militares, políticos y funcionarios del Protectorado

Álvarez Claro, Rafael (Torrox, Málaga, 1894-1964). ROP 3022. Fundador, director y propietario del *Diario Español de Alhucemas*, 1925-1931; colaborador del diario *Marruecos*, Tetuán, 1944-1945. Alcalde de la Ciudad de Melilla. Presidente de la Asociación de la Prensa Hispano-Marroquí, Tetuán, 1955-1956.

Bermejo López, José (Málaga, 1894-1971). ROP 3036. Militar. Fundador y director del semanario *África Occidental Española*, Sidi Ifni, 1945; director de la emisión en lengua árabe de RNE; del *Boletín Semanal de la sección de Información de los Países Árabes,* 1950-52; colaborador de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1954-1957. General del Ejército, 1964.

Díaz-Merry e Iñíguez, Manuel (Madrid, 1890-Tánger, 1957). Académico de número de la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid. Magistrado del Tribunal Mixto Internacional en Tánger, 1925. Presidente de la Sala de Apelación del Tribunal Mixto desde 1937. Colaborador de la publicación *Presente*, Tánger, 1938; del diario *España,* Tánger, 1939; del *Diario de África*, Tetuán, 1948-1952. Condecorado con la Gran Cruz del Mérito Civil, 1953; con la Gran Cruz de la Orden Mehdauia.

Díaz de Villegas y Bustamante, José (Corvera de Toranzo, Santander, 1894-Madrid, 1968). EOP 1949. ROP 1452. Militar. Profesor de la Escuela Superior del Ejército y de la Escuela Oficial de Periodismo. Colaborador del diario *El Eco de Tetuán*, 1921-1929. Director General de Plazas y Provincias Africanas, 1944. General de Brigada, 1954. Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar, 1947.

Fernández de Castro y Pedrera, Rafael (La Coruña, 1883-Melilla, 1952). ROP 1506. Militar. Secretario de la Asociación de la Prensa de Melilla, 1913; colaborador del diario *La Gaceta de Tetuán*, 1936; de la revista *Mauritania,* Tánger, 1939-1951; del diario *Marruecos*, Tetuán, 1942-1943; del *Diario de África,* Tetuán, 1949. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia. Cronista Oficial de Melilla.

García Figueras, Tomás (Jerez de la Frontera, Cádiz, 1892-1981). ROP 1741. Militar. Colaborador del diario *El Norte de África,* Tetuán, 1921-1922;

Retrato de Victor Martínez Simancas

Víctor Martínez Simancas nace en Granada el 29 de mayo de 1884. Con quince años ingresa en la Academia de Infantería de Toledo donde más tarde sería profesor. A esta vocación docente se sumaría su dedicación periodística y una profunda fe católica. Fue secretario particular del ministro de la Guerra, José Villegas Riquelme. En diciembre de 1941 es nombrado delegado de Asuntos Indígenas en la Alta Comisaría de España en Marruecos y un año más tarde delegado general de Educación, puesto que dejará para incorporarse en 1943 como profesor principal de la Escuela Superior del Ejército, regresando a Marruecos en 1948 al ser nombrado delegado general de la Alta Comisaría en el Protectorado, ejerciendo las funciones del alto comisario durante la enfermedad del general Varela. Herido varias veces en combate y condecorado con múltiples distinciones militares, muere en Madrid, como general de división, el día 1 de abril de 1965.

Fotografía de Francisco García Cortés.

Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

del semanario *Larache,* 1923; de la revista *Marruecos Turístico,* Tetuán, 1936; de la revista *Mauritania,* Tánger, 1938-1960; del diario *Marruecos*, Tetuán, 1942-1943; del periódico *El Avisador de Larache,* 1943; del *Diario de África*, Tetuán, 1946-1956; del diario *Marruecos,* Tetuán-Tánger, 1948-1949; del semanario *Gong Marroquí,* Tetuán, 1949; de la revista *Al-Motamid,* Larache, 1949; de la revista *Tamuda*, Tetuán, 1953-1956. Secretario general de la Alta Comisaría de España en Marruecos, 1939. Director del Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, Tetuán, 1941. Delegado de Educación y Cultura, 1942. Delegado de Economía, Industria y Comercio, 1945. Delegado de Asuntos Indígenas, 1952-1956. Alcalde de Jerez de la Frontera, 1958-1966. Miembro correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias, Artes, y Letras de Jerez de la Frontera, 1925. Premio Nacional de Literatura Francisco Franco, 1940. Premio África de Literatura, 1947.

Lobera y Girela, Cándido (Granada, 1871-Melilla, 1932). Capitán de Artillería. Presidente de la Junta Municipal de Melilla. Fundador, propietario y director del diario *El Telegrama del Rif*, Melilla, 1902-1932. Colaborador del diario *El Norte de África,* Tetuán, 1921-27.

Martínez Simancas, Víctor (Granada, 1884-Madrid, 1965). ROP 2104. Militar. Fundador y director de *El Alcázar* durante el asedio al recinto toledano, 1936; colaborador del diario *Marruecos*, Tetuán, 1942-1943. Delegado de Asuntos Indígenas en la Alta Comisaría de España en Marruecos, 1942. General de División, 1947. Delegado general de la Alta Comisaría de España en Marruecos, 1948-1951. Condecorado con la Gran Cruz de la Orden Mehdauia, 1944. Periodista de Honor, 1952.

Quirós Rodríguez, Carlos Vicente (Pola de Siero, Oviedo, 1884-1960). Doctor en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Santiago de Compostela, 1908. Coronel capellán jefe. Profesor de Árabe Literal en el Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán y director del mismo, 1931-1942; profesor de Árabe Dialectal en la Escuela de Estudios Árabes de Granada, 1947, y de Lengua Árabe en la Universidad Central, Madrid. Colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1930-1943. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, 1941. Oficial de la Orden Civil de África, 1935.

Rodríguez-Aguilera Conde, Cesáreo (Quesada, Jaén, 1916-Barcelona, 2006). Jurista, escritor y crítico de arte. Licenciado en Derecho, 1940. Juez de Primera Instancia, 1942. Magistrado en la zona de Protectorado español en Marruecos. Presidente de la Audiencia Territorial de Barcelona, 1983. Vocal del Consejo General del Poder Judicial, 1985. Senador socialis-

ta por Barcelona, 1986. Colaborador de la revista *Mauritania*, Tánger, 1944; de la revista *Al-Motamid*, Larache, 1947.

VALDERRAMA MARTÍNEZ, FERNANDO (Melilla, 1912-Madrid, 2004). Larga carrera administrativa en los Servicios de Enseñanza de la Alta Comisaría de España en Marruecos. Colaborador del *Diario de África,* Tetuán, 1946-1956; del diario *El Día* y de la revista *Marruecos,* Tetuán-Tánger, 1949; de la revista *Mauritania,* Tánger, 1949-54; del diario *España* de Tánger, 1953; de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1953-1957; del semanario *Aquí Marruecos,* Tetuán, 1955. Funcionario de la UNESCO, 1961-1973. Presidente de la Asociación Española de Orientalistas, 1983-1990. Condecorado con la Encomienda de número de la Orden de la Mehdauia de Marruecos.

4. 4. Periodistas y colaboradores marroquíes

AL-JATIB, ABDUL-LATIF (Tetuán, 1926). Periodista, escritor y traductor. Cursó estudios universitarios en España. Colaborador de la revista *Ketama*, Tetuán, 1953-1959; del semanario *Aquí Marruecos*, Tetuán, 1955. Gobernador de la Provincia de Tetuán, 1973. Embajador de Marruecos en España y en Brasil.

AZIMÁN, MOHAMMAD (Tetuán, 1912-2001). Licenciado por la Universidad de El Cairo, 1936, y diplomado en Pedagogía por la Universidad de Ginebra, 1939. Secretario general del Consejo Superior de Enseñanza Superior Islámica, Tetuán, 1937. Secretario general del Ministerio de Instrucción Pública del Majzén jalifiano, Tetuán, 1953. Delegado del Ministerio de Enseñanza en la zona norte de Marruecos, 1956. Experto de la UNESCO, 1965. Colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1943; miembro del Consejo de Redacción (1953-1957) y director (1957-1961) de la revista *Tamuda*, Tetuán, 1953-1957; colaborador del *Diario de África*, Tetuán, 1957.

AZZUZ HAKIM, MOHAMMAD IBN (Tetuán, 1924). Documentalista. Licenciado en Historia por la Universidad Central de Madrid. Colaborador de la revista *Mauritania,* Tánger, 1950-1956; de la revista *Al-Motamid,* Larache, 1953; del semanario *Aquí Marruecos,* Tetuán, 1954-1955; del *Diario de África,* Tetuán, 1953-1955; de *El Día*, Tetuán, y del diario *España* de Tánger. Premio África de Periodismo en 1950.

BELGUITI TLEMSANI, AHMED (Tetuán, 1921-1993). Graduado por la Universidad Al-Azhar, El Cairo. Colaborador del semanario *Aquí Marruecos,* Tetuán, 1954-1955; del diario *España,* Tánger, 1953-1956.

BEN KIRÁN, DRIS BEN AHMED (Melilla, 1911). ROP 3029. Abogado por la Universidad de Madrid. Secretario-intérprete del Instituto Jalifiano Muley Hasán de Tetuán, 1937. Redactor del semanario *Unidad Marroquí*, Tetuán, 1937; del periódico *El Día,* Tetuán, 1948-1951, y de la revista *Marrue-*

cos, Tetuán-Tánger, 1948-1954; colaborador del semanario *Aquí Marruecos*, Tetuán, 1954-1955.

Bulaix Baeza, Mohamed (Tetuán, 1901-1995). EOP 1950, ROP 1640. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid. Miembro del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid y de Tetuán, 1955. Colaborador del diario *La Gaceta de África*, Tetuán, 1934. Fundador y director del periódico *El Día*, Tetuán, 1947-1956. Vicepresidente segundo de la Asociación de la Prensa Hispano-Marroquí, Tetuán, 1952-1956. Diputado del Parlamento de Marruecos, 1963-1965. Presidente de la Comunidad Marroquí de Madrid-Al-Umma, 1986.

Diuri, Dris (Larache, 1921-1978). Escritor y poeta. Realizó estudios en la Universidad de Granada. Miembro del comité de redacción de la revista *Al-Motamid,* Larache-Tetuán, 1947-1955. Colaborador del diario *España*, Tánger; 1951; del periódico *El Día,* Tetuán, 1955; del *Diario de África,* Tetuán, 1961. Canciller en el Consulado de Marruecos en Barcelona, 1958.

Mekinasi, Ahmed Ben Mohammed (Tetuán, 1921-1975). ROP 3035. Arqueólogo e historiador. Colaborador de los periódicos *Diario de África* y *El Día*, Tetuán, 1947; de la revista *Tamuda,* Tetuán, 1953-1959. Jefe de emisiones árabes de *Radio Dersa*, Tetuán, 1951-1956. Director del Museo Arqueológico de Tetuán, 1956. Director de la Biblioteca General y Archivos de Tetuán, 1956.

Sabbág, Mohamed (Tetuán, 1926). Poeta, novelista y traductor. Realizó estudios en la Universidad de Madrid. Jefe de la Hemeroteca de Tetuán. Colaborador de la revista *Al-Motamid*, Larache, 1953-1954; del periódico *El Día*, Tetuán, 1953-1956; responsable de la sección árabe del suplemento *Ketama,* Tetuán, 1953-1959. Jefe del Servicio de Literaturas del Ministerio de Cultura de Marruecos, Rabat, 1968. Premio Marruecos de Literatura, 1970. Medalla al Mérito Intelectual concedida por España, 1986.

Temsamani, Mohamed Ben Abdeslam (1931-1998). Ingeniero agrónomo. Escritor y articulista en el *Diario de África*, Tetuán, 1953-1956; en el diario *España* de Tánger, 1954. Colaborador de la revista *Ketama,* Tetuán, 1955.

Conclusión

En definitiva, y basándonos en los datos expuestos en este trabajo, podemos afirmar que la calidad de fuente documental que tienen estas publicaciones periódicas, que abarcan la primera mitad del siglo XX, hace de ellas un útil indispensable e imprescindible para la investigación histórica sobre una gran diversidad de temas y asuntos relacionados con la presencia y acción de España en Marruecos durante el régimen del Protectorado.

Cabe recordar que, en estos últimos años, los Ministerios de Cultura de Marruecos y de España firmaron varios memorándum de acuerdo en materia de restauración y de renovación de todas las secciones de la Biblioteca General y Archivos de Tetuán. En la actualidad, los fondos hemerográficos españoles del Protectorado se hallan depositados en un espacio que reúne mejores condiciones para su conservación y para una reorganización de esos fondos en todas sus etapas: nueva clasificación, ordenación, descripción, elaboración de un nuevo inventario y de cuantos catálogos sean necesarios. Lo que verdaderamente urge es que dicho fondo sea sometido a los más adecuados tratamientos informáticos con vistas a su digitalización y a su difusión por internet, permitiendo con ello el acceso a dicha prensa histórica a los investigadores interesados por el tema del Protectorado español en Marruecos.

Bibliografía

Libros:

Adila, M.: (Coord.) *Tetuán en la documentación española del Protectorado,* Tetuán: GIENME, 1998a.

— *Miscelánea histórica hispano-marroquí,* Tetuán: Publicaciones de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 2007a.

Bacaicoa Arnaiz, D. y Requena Córdoba, M.: *Inventario provisional de la Hemeroteca del Protectorado,* Tetuán: Editora Marroquí, 1953.

García Figueras, T.: *Marruecos,* Madrid: Ediciones FE, 1944.

Guastavino Gallent, G.: *La acción española en los archivos y bibliotecas de la Zona Norte de Marruecos*, Madrid: I.D.E.A., 1958.

López de Zuazo Algar, A.: *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, Madrid, Gráficas Chapado, 1980-1981.

Sueiro Seoane, S.: *España en el Mediterráneo,* Madrid, UNED, 1993.

Valderrama Martínez, F.: *Historia de la acción cultural de España en Marruecos,* Tetuán: Editora Marroquí, 1956.

Artículos:

Adila, M.: "El análisis hemerográfico de los recortes de prensa de la Hemeroteca de Tetuán: La Colección de Ricardo Ruiz Orsatti" en *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del protectorado*, Tetuán: Imprenta Hidaya, 1998b, pp. 74-92.

— "El fondo español de la Hemeroteca de Tetuán" en *Tétouan et la documentation, du 16 éme au 20 éme siècle,* Tétouan: Publications de la Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, 2007b, pp. 267-276b.

Alcaraz Cánovas, I.: "La memoria interminable. Prensa española en el Protectorado" en *La Medina,* Madrid, nº 42, octubre 2008, p. 8.

García Montoto, F.: "Prensa española en Marruecos", *Mauritania,* Tánger, nº 161, 1941, p. 111.

Martín Mayor, A.: "Veinte años de prensa española en Marruecos", *África*, Madrid, núms. 68, 69 y 70, agosto, septiembre y octubre 1947.

SANZ Y DÍAZ, J.: "La prensa en el Marruecos español", *Gaceta de la Prensa española*, Madrid, nº 83, enero de 1955.

Hemerografía:
El Eco de Tetuán, Tetuán, 26 de febrero 1913.
Al Moghreb al Aksa, Tánger, 28 de enero de 1883.
Diario Marroquí, Larache, 27 de mayo de 1920.
La Gaceta de África, Tetuán, 22 de julio de 1930.
Marruecos, Tetuán, 23 de abril de 1942.
El Avisador de Larache, 4 de enero de 1943.
Al-Motamid, Larache, febrero de 1947.
El Día, Tetuán, 8 de diciembre 1947.
Tamuda, Tetuán, enero de1953.
Ketama, Tetuán, enero de 1953.
Aquí Marruecos, Tetuán, 16 de diciembre de 1954.

Las fuentes documentales del Protectorado español de Marruecos: los pilares de la memoria

Paloma Rupérez Rubio

> La memoria, interpretada como depósito y acervo de vivencias comunes compartidas y como "bien cultural" de la mayor relevancia, ha devenido en uno de los componentes más significativos de la cultura de nuestro tiempo, como inspiración de actitudes y aspiraciones reivindicativas derivadas de los hechos del pasado, como preámbulo o como derivación de la "reclamación de identidad", como referente para variadas posiciones políticas.
>
> JULIO ARÓSTEGUI

El investigador interesado en el Protectorado español de Marruecos, cuando se cumple el centenario de su creación en el año 1912, se encontrará con numerosos recursos documentales para su estudio.

Las fuentes directas de investigación, emanadas de las instituciones civiles y militares, son accesibles de manera clara, y no solo por el trabajo de conservación de los documentos y sus sistemas de organización, sino también porque muchas de ellas tienen informatizados sus índices de consulta y, en muchos casos, los documentos están digitalizados y son accesibles a través de internet, de manera remota. Las mismas facilidades de acceso las encontraremos para las fuentes hemerográficas, en ocasiones poco valo-

radas por algunos historiadores, pero que indudablemente enriquecen la investigación con información sobre la sociedad, la expresión de las mentalidades, y profundizan en el conocimiento sobre la actividad de organizaciones políticas, sociales y culturales. La lectura de la prensa de este periodo de 1912 a 1956 da corporeidad a la investigación e ilustra el protagonismo humano y social de la época. Como ejemplo se podrían evidenciar las diferencias de contenidos y lenguaje que tendría la lectura de un informe de una manifestación ciudadana en el texto de un telegrama dirigido por el Gobierno Civil al Ministerio del Interior y la descripción que una noticia contendría de ese mismo acontecimiento.

Los grandes periódicos nacionales de carácter centenario, como *ABC* y *La Vanguardia*, ponen a disposición del investigador todos sus fondos históricos en soporte digitalizado y son accesibles a la consulta por medio de descriptores o de texto libre a través de internet. También los periódicos locales de muchas de las ciudades del Protectorado español resultan accesibles para su consulta.

Los cuarenta y cuatro años de duración del Protectorado español de Marruecos constituyen, para la historia española del siglo XX, uno de los temas centrales de la política de la época. En torno a su existencia se articula la historia del ejército español. El Protectorado comienza y acabará con sucesos bélicos. Pero no solo los movimientos sociales se manifestarán de manera importante sobre los acontecimientos de la presencia española en el norte de África. Los importantes y sangrientos sucesos de la Semana Trágica ocurridos en Barcelona en el año 1909 se desencadenaron ante la protesta política y sindical por el llamamiento de nuevos reservistas para atender las necesidades defensivas en el Rif, y desencadenarán la modificación del régimen del servicio militar y los sistemas de redención.

Mientras España mantiene su presencia en el norte de África, el país recorrerá un camino de profundos cambios económicos y sociales, y radicales modificaciones en la organización del Estado: de los últimos años de una monarquía parlamentaria, se pasará por la dictadura militar del general Primo de Rivera, la II República, una guerra civil de tres años y la dictadura del general Franco.

Y en todos estos años, la acción española en África será motivo y ocasión de cambios políticos, caídas de gobiernos, éxitos políticos, como el desembarco de Alhucemas durante la dictadura de Primo de Rivera; y siempre cuestión extraordinariamente sensible para la opinión pública.

A nivel internacional no deja de ser menos decisiva la primera mitad del siglo XX. Tras el reparto de África entre las principales potencias euro-

peas en los primeros años del siglo, se sucederán en poco espacio de tiempo dos guerras mundiales, la Gran Guerra de 1914 a 1919 y la Segunda Guerra Mundial de 1939 a 1945, de las que nace un nuevo mapa europeo y un diferente equilibrio internacional de fuerzas. Sin olvidar la crisis económica de 1929 y la Revolución Rusa de 1917.

En la segunda mitad del siglo XX, la descolonización del continente africano acabará con el régimen del Protectorado español de Marruecos, de la mano de un militar que fraguó su carrera en esas mismas tierras africanas.

No deja de ser importante la vertiente socioeconómica de la administración del Protectorado español en dos aspectos fundamentales. Por una parte, la inversión económica española en la explotación de las riquezas naturales de la tierra y las empresas españolas radicadas en la zona; y, por otra, el movimiento migratorio de la Península hacia esa zona en búsqueda de mejores condiciones de vida. Y la implicación oficial en la creación de infraestructuras como la red ferroviaria y los equipamientos urbanos. Para este aspecto de la investigación existen revistas especializadas y obras de referencia, entre las que se encuentran los Anuarios Estadísticos.

Hay que destacar, como fuente de información para la comprensión de toda esta época, los testimonios personales de los diferentes personajes como actores importantes de la vida y los acontecimientos que se desarrollan durante toda la época del Protectorado. Esto hace especialmente importante los innumerables testimonios literarios inspirados en experiencias biográficas de los escritores, como es el caso de Arturo Barea o de Ramón J. Sender, y las numerosas memorias escritas por personajes que tuvieron diferentes experiencias vitales en estas tierras.

Los testimonios personales tienen su propio valor y, aunque exigen el contraste con otras fuentes de información, evidencian también la trascendencia que tienen para la investigación de los años del Protectorado las trayectorias individuales, y sirven como argumento de búsqueda e investigación. El libro de próxima publicación *La II República y la Guerra Civil en Melilla*, del periodista Miguel Platón, muestra tanto la utilización de fuentes directas de investigación como la consulta en los archivos, centros de documentación y bibliotecas, con la investigación sobre los diferentes actores del momento y la obtención de testimonios personales a través de entrevistas.

El mero repaso de la historia del Protectorado español en Marruecos, muestra como sus principales protagonistas, sobre todo militares, serán personajes destacados durante los años posteriores a la Guerra Civil y figuras protagonistas hasta la transición democrática.

1. Metodología

La razón para iniciar esta exposición sobre fuentes para la investigación de los años del Protectorado español de Marruecos, por los archivos documentales, es tributo obligado a la reconocida importancia, por otra parte evidente, de las fuentes directas en la investigación histórica. Comenzamos por los archivos públicos de la Administración Civil y los archivos custodiados por la Administración Militar, como fuentes absolutamente fidedignas de la actividad de la sociedad española en el norte de África.

Nunca hay una separación total entre ambas administraciones y no por azares en el trabajo de los archiveros, sino por la propia dinámica histórica motivada por los vaivenes de las sucesivas organizaciones políticas del país.

El estamento militar es con toda seguridad el sector social más fielmente "documentado" a lo largo de sus trayectorias personales y profesionales. Un universo en sí mismo con importantes protagonismos y actividades en diversos aspectos de la actividad humana, no solamente los puramente castrenses, sino también las actividades económicas, industriales y de investigación, como muestra la aportación a la cartografía.

También los archivos de las cámaras parlamentarias ofrecen el testimonio político de los gobiernos y los partidos como representantes del sistema parlamentario.

Analizamos la prensa de la época como fuente de información y estudio de una actividad ciudadana no reglada en los parámetros de las administraciones públicas porque permite documentar acontecimientos y, al mismo tiempo, es objeto de estudio y análisis como expresión de una determinada sociedad.

Y finalmente las bibliotecas que, en el caso que analizamos, no solo contienen libros de estudio posteriores sino que también gestionan abundantes documentos originales y fondos privados.

Hay que resaltar la transformación radical de la tecnología informática que ha supuesto para la gestión documental en cuanto a las técnicas de tratamiento y conservación y las posibilidades inmensas de clasificación e indexación de los documentos.

Las tecnologías de la información y digitalización y los recursos de comunicación de redes como internet permiten una difusión universal y un acceso total por parte de los ciudadanos a fondos documentales.

Las nuevas tecnologías han servido de soporte para conocer el ingente trabajo que desarrollan los archiveros y aprovechar el esfuerzo que se lleva a cabo para difundir los contenidos de los fondos documentales y las carac-

terísticas de los sistemas de organización y recuperación de la información para facilitar las estrategias de consulta.

2. Centros documentales

Citaremos en primer lugar los centros documentales que gestionan los documentos de la época, fuentes directas y originales que no están contaminadas por ninguna interpretación posterior.

La mayor parte de estos documentos están producidos por la Administración Pública en sus diferentes niveles: administración estatal y administración local, por una parte, en lo que se refiere a la administración civil; y los documentos militares emanados del Ministerio del Ejército.

Los archivos de las cámaras parlamentarias, donde se pueden consultar la actividad parlamentaria, las discusiones y proposiciones de leyes, están custodiados por las propias cámaras.

Actualmente el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte gestiona todos estos fondos documentales que, por otra parte, no solo recogen archivos de carácter público sino que también conservan para su consulta archivos privados.

La consulta sobre la documentación del Protectorado español de Marruecos se puede realizar en tres grandes centros:

2.1. Archivo General de la Administración (AGA)

Creado por Decreto 914/1969 de 8 de mayo, en Alcalá de Henares, mediante este archivo se configura el sistema de archivos de la Administración. Los primeros fondos ingresaron a finales de 1972, aunque su inauguración oficial no se produjo hasta marzo de 1976. La misión de este archivo será "recoger, seleccionar, conservar y disponer para la formación e investigación científica, los fondos documentales de la Administración Pública que carezcan de vigencia administrativa", como expresa el Decreto de su creación.

Se estableció un plazo de quince años para que los ministerios transfieran al AGA sus documentos; y un periodo de veinticinco para aquellos documentos que, sin validez administrativa y con carácter histórico, sean trasladados al Archivo Histórico Nacional.

El Archivo General de la Administración determina la trasferencia de documentos al Archivo Histórico Nacional y recomienda a la Comisión Superior Calificadora de Documentos Administrativos cuáles pueden ser eliminados.

En el fondo del Archivo General de la Administración se encuentran documentos cedidos por la administración militar: el antiguo Ministerio de Marina, el Consejo Supremo de Justicia Militar y el Tribunal Supremo de Presas Marítimas.

El fondo del Ministerio de la Presidencia de Gobierno conserva en sus quinientas cajas de "Asuntos Generales" cuestiones de trámite de la Secretaría del Consejo de Ministros, durante todo el siglo XIX y siglo XX, como las referidas al servicio militar obligatorio y sus sistemas de redención y la crisis marroquí de 1921.

En documentación procedente del Ministerio de Asuntos Exteriores y en la sección de Embajadas y Consulados —mil doscientas cajas entre los años 1711 a 1990—, se pueden documentar la política exterior española de la época y el peso de los episodios bélicos.

La Administración Española en África, y con la documentación referida tanto a órganos centrales como periféricos y administración local, dispone de una sección de la Administración Española en el norte de África. El fondo referido a Marruecos recoge la documentación de la administración del Protectorado, Tánger y África Occidental española (Sáhara, Ifni), Ceuta y Melilla.

En el fondo se encuentra documentación anterior a la creación en 1912 del Protectorado. Contiene documentación sobre asuntos administrativos, económicos, comerciales y políticos. Se pueden documentar la Guerra de África de 1859-1860, los sucesos de Melilla de 1893, la Conferencia Internacional de Algeciras de 1906, el Desastre de Annual de 1921 y el desembarco de Alhucemas en 1925.

Existe también documentación sobre cuestiones militares en torno a la policía marroquí, operaciones bélicas, material de guerra y fuerzas militares, así como cuestiones de orden público.

Entre los archivos privados, el archivo fotográfico de Alfonso Sánchez Portela contiene imágenes sobre la España del primer tercio del siglo XX, unas mil seiscientas fotografías realizadas durante las campañas de Marruecos, entre los años 1090 a 1930.

2.2. Archivo Histórico Nacional

El Archivo Histórico Nacional es el depósito final de toda la documentación de los órganos de la Administración del Estado cuando desaparece su valor administrativo pero conserva validez histórica.

Su misión es conservar y custodiar el patrimonio histórico documental y describir los contenidos informativos de los documentos para hacer acce-

sible a investigadores y ciudadanos los fondos documentales. Es un archivo abierto y constituido como depósito final, al que periódicamente llegan las transferencias documentales de los órganos administrativos.

Desde su creación en el año 1866, el Archivo Histórico Nacional ha estado emplazado en diferentes sedes: hasta finales del siglo XIX, en la Real Academia de la Historia; en 1896 se trasladaría a la sede de la Biblioteca Nacional; donde permanecería hasta el año 1952, en que se inaugura el nuevo edificio de la calle Serrano.

Dada su diversidad, los fondos documentales del Archivo Histórico Nacional se articulan en cinco grandes apartados: Instituciones del Antiguo Régimen, Instituciones contemporáneas, Instituciones eclesiásticas, Archivos privados y Colecciones.

El apartado de Instituciones contemporáneas, que gestiona treinta y dos fondos documentales correspondientes a la actividad del Poder Legislativo y Judicial, es el conjunto de documentos donde se pueden investigar los acontecimientos en torno a las posesiones españolas en el norte de África y el desarrollo del Protectorado español de Marruecos, recogidos en las secciones de Presidencia de Gobierno, Directorio Militar del general Primo de Rivera, Ministerio de Hacienda, Fondo Política y Orden Público.

Se encuentran en este archivo, y perfectamente documentados, todos los acontecimientos en torno al desastre de Annual de 1921 y la instrucción del *Expediente Picasso*, como parte de una trasferencia de documentación por parte del Tribunal Supremo que nunca devolvió el expediente al Ministerio de la Guerra (Alfonso Alonso-Muñoyerro: 2012, 3-15). Contiene fondos contemporáneos del norte de África desde 1921.

2.3. Centro Documental de la Memoria Histórica

Creado en el año 2007 en Salamanca, el núcleo esencial de sus fondos proviene del Archivo General de la Guerra Civil que, en su momento, gestionaba la documentación de la Delegación Nacional de Servicios Documentales de la Presidencia de Gobierno y del Tribunal Especial de Represión de la Masonería y el Comunismo.

A partir del año 1979 se produce una modificación fundamental en el carácter de la gestión de la documentación conservada: pasa de ser un servicio de información a ser un centro de estudio e investigación sobre la Guerra Civil española. Las nuevas incorporaciones de fondos documentales responden a un criterio de materia en torno a la época histórica.

Consecuentemente con esta política, el Centro Documental de la Memoria Histórica incorporó, en el año 2011, el *Boletín Oficial de la Zona de*

Protectorado Español en Marruecos (BOZPEM), cincuentaiún volúmenes de los años 1915 a 1956.

2.4. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores

Situado en un edificio anejo a la sede del Ministerio en Madrid, contiene la documentación generada por la Primera Secretaría de Estado y del Despacho, el Ministerio de Estado y el Ministerio de Asuntos Exteriores (desde 2004 Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación).

Los fondos documentales datan de 1834, aunque ese límite cronológico no es constante. El Archivo Histórico Nacional custodia los documentos del primer tercio del siglo XIX; y el Archivo General de la Administración, algunas series del siglo XIX y primer tercio del XX, correspondientes a Subsecretaría, Comercio, Contabilidad, Asuntos Judiciales, Culturales, Pasaportes, Correspondencia y Telegramas, así como la documentación procedente de diversas representaciones de España en el extranjero, la mayor parte de ellas anteriores a 1950.

Desde 1932, los fondos del Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación se estructuran en dos secciones principales, denominadas Archivo Histórico (H) y Archivo Renovado (R), establecidas de un modo general por la fecha divisoria de 1931.

Dentro del Archivo Histórico es de interés, para la consulta de la época, el fondo "Política", compuesto por las series de Política Exterior, Política Interior, Ultramar y Colonias y la I Guerra Mundial, cuyas fechas extremas van del año 1746 al 1931. Y también el fondo "Correspondencia", integrado por las series de Correspondencia con Embajadas y Legaciones, Correspondencia con Consulados y Correspondencia con Viceconsulados y Consulados Honorarios, comprendidas entre 1779 y 1931.

De los fondos del Archivo Renovado, fechados a partir de 1931, interesa especialmente el de Tratados (TR) para documentar el Protectorado español de Marruecos, con las series de Tratados, Negociaciones, Proyectos de Tratados, Tratados Extranjeros y Arbitrajes, desde 1801 hasta 1935.

2.5. Archivos Militares

Desde su creación en el año 1998, el Instituto de Historia y Cultura Militar, en el ámbito del Ejército de Tierra, asume la gestión del Patrimonio Histórico Militar, en sustitución del antiguo Servicio Histórico Militar. (Hermoso de Mendoza: 2002, 375-395).

El conjunto de archivos militares está englobado dentro del Sistema Estatal de Archivos, con sus propias características documentales definidas en el Sistema Archivístico de Defensa (SAD).

Actualmente cuenta con los siguientes archivos históricos de carácter nacional:

– Archivo General Militar de Segovia.
– Archivo General Militar de Madrid.
– Archivo General Militar de Guadalajara.
– Archivo General Militar de Ávila.
– Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército (Madrid).
– Archivo General de la Marina "Álvaro de Bazán" (Viso del Marqués, Ciudad Real).
– Archivo del Museo Naval (Madrid).
– Archivo Histórico del Ejército del Aire (Villaviciosa de Odón, Madrid).

Y diecisiete archivos intermedios, correspondientes a los tres respectivos Cuarteles Generales y a las antiguas circunscripciones territoriales de los ejércitos, que actúan como archivos provisionales hasta la trasferencia de los documentos a los archivos históricos.

Al grupo de archivos históricos cabría añadir también, aunque no tengan carácter de archivos nacionales, los archivos de los dos establecimientos científicos de la Armada, el Real Instituto y Observatorio de la Armada y el Instituto Hidrográfico de la Marina.

Además los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire desarrollan tres subsistemas de archivos propios, como el subsistema específico del Ministerio de Defensa.

La sección de archivos se encarga de la gestión y custodia de la producción documental por el estamento militar. La documentación producida por el ejército tiene sus propias peculiaridades y tipologías.

Las operaciones militares se recogen en partes y diarios de operaciones, con información sobre movimientos, volúmenes de las fuerzas y efectivos.

Los historiales de las unidades y los memoriales de armas narran los acontecimientos más importantes, campañas, reconocimientos y condecoraciones.

Estos archivos contienen una muy amplia información sobre la vida militar y personal de los componentes del ejército. En sus hojas de servicio están consignados, además de toda la filiación personal, la procedencia geográfica y todas las incidencias profesionales personales, como ascensos, destinos, matrimonios, etc.

Los presupuestos y la contabilidad de las unidades, el régimen contributivo del personal militar permiten valorar la dimensión económica de la organización; los escalafones de las Armas y los Cuerpos, los procesos y juicios.

Todos los centros documentales del Ejército están organizados bajo el mismo modelo de secciones:

1. Personal.
2. Asuntos.
3. Material.
4. Causas.
5. Reservada.

En lo que se refiere a la investigación sobre el Protectorado, las consultas más interesantes se encontrarían en los siguientes centros.

2.5.1. Archivo General Militar de Madrid

Tras la creación del Instituto de Historia y Cultura Militar en noviembre de 1998, el Archivo Central del Servicio Histórico Militar pasó a denominarse Archivo General Militar de Madrid.

Queda este centro documental como un archivo histórico, de carácter estatal, bajo la gestión del Ministerio de Defensa (Ejército de Tierra), que desde el año 2008 está situado en el Paseo de Moret de Madrid.

Los fondos contemporáneos de los siglos XIX y XX del Archivo General Militar de Madrid proceden de la documentación conservada por el originario Depósito de Guerra, creado en 1810 y vinculado por épocas al Cuerpo del Estado Mayor del Ejército, y por la antigua Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, creada el 16 de septiembre de 1927. Los fondos relativos a África abarcan un amplísimo espacio temporal. Hay expedientes judiciales del siglo XVI hasta la documentación referente a Ifni-Sáhara del año 1975.

Esta documentación da acceso a un extenso conocimiento sobre las más diversas cuestiones, no solo militares y de operaciones y campañas del ejército español en Marruecos, sino también a numerosos datos sobre la organización del Protectorado y las relaciones con otras potencias colonias del norte de África.

2.5.2. Fondo África

La sección primera de este archivo, que agrupa la documentación generada por el Estado Mayor del Ejército, con documentación desde 1810 a 1957, contiene los documentos enviados al Estado Mayor Central por los

Título de la unidad de descripción	Fechas extremas		Volumen	Unidad de medida
1 Fondos relativos a África	1668	1973	2682	Cajas
1.1 Negociado de Asuntos de Marruecos del Ministerio de la Guerra	1723	1936	178	Cajas
1.2 Jefatura Superior de las Fuerzas Militares de Marruecos	1911	1936	211	Cajas
1.3 Comandancia General de Melilla	1707	1935	1463	Cajas
1.4 Comandancia General de Ceuta	1668	1958	466	Cajas
1.5 Comandancia General de Larache	1911	1927	214	Cajas
1.6 Expedientes judiciales de África	1581	1926	112	Cajas
1.7 Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos	1848	1973	5	Cajas

Cuadro nº 18
Cuadro de clasificación de fondos del Archivo General Militar de Madrid.

agregados militares de las embajadas españolas en el mundo. Documentación que puede aportar mayor conocimiento sobre el estado de opinión del estamento militar acerca de la política internacional durante la época de vigencia del Protectorado español de Marruecos.

2.5.3. Archivo General Militar de Segovia

Instalado en el Alcázar de Segovia es el archivo militar más antiguo, creado en junio de 1898 durante la regencia de la reina María Cristina, con el criterio inicial de conservar la documentación con relevancia histórica. A este archivo llega, en el año 1898, toda la documentación de las antiguas posesiones de Ultramar que España perdía en esos años.

Las necesidades de espacio y reorganización han condicionado las diferentes remodelaciones de sus fondos. Todos los legajos referidos a Ultramar fueron transferidos al Archivo General Militar de Madrid y los expedientes personales de tropa serían trasladados al Archivo de Guadalajara en los años setenta del siglo XX.

La sección primera de este Archivo de Segovia contiene los expedientes personales de militares profesionales y civiles. Son expedientes de generales, jefes, oficiales, suboficiales y personal civil, que se trasfieren a este archivo transcurridos veinte años del retiro o fallecimiento de la persona.

La información que contienen estos expedientes profesionales de militares es la hoja de servicios, así como partidas de nacimiento y defunción, condecoraciones, trienios, permisos que permiten reconstruir con toda precisión la trayectoria y vida personal del titular.

Las subsunciones de esta documentación responden a diversos criterios y uno de ellos, acerca del origen de las personas, puede ser interesante para la investigación sobre el norte de África. Bajo la denominación de "Moros", se compone de cuatro legajos y la información corresponde al siglo XX.

Dentro de esta sección, la "Colección de Célebres" reúne mil seiscientos cincuenta y cinco expedientes personales de personalidades destacadas en todos los ámbitos y militares con una trayectoria histórica relevante, como el general Millán Astray.

La novena sección, Justicia, recoge expedientes gubernativos, diligencias previas, juicios para la obtención de ascensos y condecoraciones, etc.

Hay documentación recogida desde los siglos XII al XX, y las series de ordenación son "Causas", "Pleitos", "Causas sin reo" y "Moros"; esta última serie contiene treinta y siete legajos de los años 1900-1935.

2.5.4. Archivo General Militar de Ávila

Creado en el año 1994 con los documentos transferidos del Archivo Central del Servicio Histórico Militar referentes a documentos de la Guerra Civil española, la División Azul y las Milicias Nacionales de la Falange y los Requetés, este fondo documental custodia toda la información sobre las unidades militares del Ejército Nacional y el Ejército de la República, y proceden sus documentos de los órganos centrales y periféricos de la administración del Ejército de Tierra desde 1936.

La documentación más relacionada con el Protectorado español de Marruecos está en las secciones del Alto Estado Mayor y la Comandancia General de Ceuta entre los años 1937-1954. Hay también documentos sobre la administración militar en África, las unidades militares en territorios coloniales, y academias y escuelas en el norte de África.

2.5.5. Archivo General Militar de Guadalajara

La creación del Archivo General Militar de Guadalajara se aprueba en el año 1967 y se ubicarán en sus instalaciones los fondos de los expedientes de personal de tropa procedentes del Archivo de Segovia. El mayor volumen de documentación es el generado por el llamamiento a filas para el cumplimiento del Servicio Militar.

La tipología documental de esta sección de expedientes personales son básicamente dos modelos: los Expedientes Reglamentarios de Tropa, que abarcan todo el periodo de servicio militar obligatorio (activo y en la reserva), y los Expedientes Personales de Tropa, exclusivamente para el periodo de servicio activo.

El archivo conserva además dos tipos más de fondos de procedencias distintas: de las unidades disciplinarias y de los órganos judiciales militares. Estos fondos, transferidos al Archivo de Guadalajara a partir del año 1969, conservan información sobre la actuación judicial militar durante la Guerra Civil y la posguerra.

También se encuentra documentación sobre la actividad desarrollada en las unidades disciplinarias: campos de concentración, prisiones militares y los dictámenes de la Comisión de Redención de Penas y Prisiones Militares. Y asimismo sobre enclaves africanos, transferida por el Archivo Intermedio de Ceuta.

Sobre los fondos del Archivo General Militar de Guadalajara es posible hacer consultas biográficas acerca de cualquier persona que haya pasado por las instituciones militares, ya sea en el servicio militar o por haber estado incurso en alguna causa de la jurisdicción militar.

Este archivo ofrece, en un último epígrafe de su catálogo, repertorios de nombres ordenados alfabéticamente del personal reclutado y listados de nombres extranjeros del campo de concentración de Miranda de Ebro, durante la Guerra Civil española y la II Guerra Mundial.

2.5.6. Archivo Histórico del Ejército del Aire

El Archivo Histórico del Ejército del Aire es uno de los ocho Archivos Nacionales que forman el Sistema Archivístico de la Defensa. Se instaló en el Castillo de Villaviciosa de Odón, en la localidad del mismo nombre próxima a Madrid, que fue en el siglo XVIII residencia del rey Fernando VI.

Este archivo histórico recoge la documentación procedente del Archivo General del Ministerio del Aire, los archivos de las Bases, las Jefaturas de las Regiones y Zonas Aéreas. También custodia los expedientes reglamentarios de tropa del personal que ha realizado el servicio militar en el Ejército del Aire y ha pasado a la situación de licencia absoluta.

Son cuatro los fondos documentales de este archivo donde se encuentra información relativa a la época del Protectorado.

2.5.7. Archivos intermedios militares. Archivo Naval de Canarias

Es uno de los cinco archivos intermedios que forman parte del Subsistema Archivístico de la Armada.

El Archivo Naval de Canarias es el antiguo Archivo General de la Zona Marítima de Canarias, cuya denominación fue modificada una vez que se dispuso la supresión de las zonas marítimas en el año 2002.

Aunque alguno de los fondos arranca en las últimas décadas del siglo XIX (Cuartel General de la Zona Marítima, Comandancia y Ayudantías de Marina, Centros Provinciales de Reclutamiento), la mayor parte de la documentación tiene fechas posteriores a 1940.

El archivo custodia también, en régimen de depósito, el del Tribunal Militar Territorial 5º de Santa Cruz de Tenerife, 1.507 legajos de documentación judicial referente a personal de la Armada, que cubre el intervalo 1946-1988.

Dispone de documentación de las Comandancias Ayudantías de Marina desde 1860 a 2005 y de las Ayudantías de África Occidental desde 1947 a 1976.

La sección de Apoyo a la Fuerza Naval contiene información de los años de 1922 al 2000; la sección de Reclutamiento, desde 1899 al año 2000; y los Fondos de Justicia Militar abarcan desde 1940 al 1998.

2.5.8. Archivo Intermedio Militar de Ceuta

El Archivo Intermedio de Ceuta se crea en el año 1968 con el objetivo de establecer la custodia de la documentación del Ejército del norte de África (E.N.A.), de la Alta Comisaría de España en Marruecos y de la Comandancia Militar de Ceuta.

Tras la creación del Centro Regional de Historia y Cultura Militar por la Comandancia General de Ceuta, el archivo inició su traslado a la actual sede en el acuartelamiento "González Tablas", finalizando el mismo en diciembre del año 2009.

Este archivo conserva documentación desde el siglo XVII hasta la segunda mitad del siglo XX.

2.5.9. Archivo Intermedio Militar de Melilla

El Archivo de Melilla, situado en las antiguas dependencias de la Comandancia de Obras, se crea en 2003. Funciona como archivo intermedio de los Archivos Centrales de las UCOS (Unidades, Centros y Organismos) del Ejército de Tierra en Melilla, así como de la Delegación de Defensa (Centro de Selección). Parte del fondo histórico de este archivo de la Comandancia General de Melilla, hasta 1927, está transferido en el Archivo General Militar de Madrid. Aun así este fondo sigue conservando documentos relativos a la época del Protectorado.

3. Cartografía

Los documentos cartográficos del continente africano —y los específicos del norte, de las plazas de soberanía y de las antiguas posesiones en esta zona— se encuentran en diversos archivos civiles y militares.

Los fondos más significativos están conservados en el Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército y en los dos museos nacionales de la Armada: el Archivo del Museo Naval y el Archivo General de la Marina "Álvaro de Bazán".

Ambas instituciones conservan una documentación de los siglos XVIII y XIX y en el Archivo del Museo Naval también se encuentran mapas del norte de África. El Archivo General de la Marina "Álvaro Bazán" conserva documentos desde el último tercio del siglo XVIII hasta el final de la Guerra Civil.

Los fondos del Ministerio de Marina fechados entre 1890 y 1984, con un volumen de 39.081 cajas, están custodiados en el Archivo General de la Administración en calidad de depósito. Este archivo también dispone de la documentación de Sidi Ifni de Marina (López Wehrli: 2011).

3.1. Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército

Gestiona la documentación del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

La clasificación presenta dos grandes fondos:

3.1.1. Memorias e itinerarios descriptivos, cronológicamente fechados entre 1707 y 1966, y un volumen aproximado de 3.849 unidades. Consisten en descripciones geográficas de regiones, instalaciones militares y planificación de comunicaciones, realizadas por miembros del Cuerpo de Ingenieros y del Estado Mayor. Existen memorias de América, Oceanía y África desde 1713 a 1913.

3.1.2. Mapas y planos, fechados entre 1507 y 1963, con un volumen aproximado de 14.598 unidades. Proceden de informes y proyectos llevados a cabo por el Cuerpo de Ingenieros Militares y el Estado Mayor. De Ifni y el Sáhara existen siete unidades.

3.2. Archivo del Museo Naval

El Archivo del Museo Naval, uno de los dos archivos históricos de carácter nacional de la Armada, está situado en la misma sede del Museo Naval, junto a la madrileña plaza de Cibeles.

El archivo custodia un fondo documental de procedencia diversa que incluye documentos de los órganos centrales del antiguo Ministerio de Marina y de la administración territorial de la Armada, además de donaciones particulares.

Constituye este conjunto una fuente primordial para conocer el desarrollo de la Marina científica española de los siglos XVIII y XIX, la administración de la Armada y su actuación durante las épocas medieval y moderna. Actualmente es un archivo de carácter cerrado, no recibe transfe-

rencias de otros archivos de la Armada y su crecimiento depende de la documentación producida por el propio Museo Naval y de las colecciones adquiridas o donadas por particulares.

El origen de los fondos actuales es la entrada en este archivo de los fondos procedentes de la extinguida Dirección de Hidrografía: diarios de navegación, derroteros, cartas náuticas, observaciones hidrográficas y astronómicas, noticias, memorias de viajes y descubrimientos de las expediciones marítimo-científicas realizadas por la Armada en los siglos XVIII y XIX.

El archivo conserva también la documentación generada entre 1843 y 1900 por el Ministerio de Marina —sección "Museo Naval"— y la producida por el propio museo durante el siglo XX.

4. Las otras fuentes para la investigación histórica

Se ha hecho alusión a centros documentales con fuentes directas y documentos originales producidos por el Poder Ejecutivo, Judicial y por el Ejército, como actores de primera línea en el diseño y control del Protectorado español de Marruecos.

La presencia española en el norte de África a través de la gestión de la administración colonial, la participación social de sus colonias, las inversiones en infraestructuras o en las explotaciones mineras y la presencia de miles de españoles en las filas del ejército, como militares profesionales y como soldados de tropa sujetos al servicio militar, es una línea transversal que atraviesa la sociedad española y el tiempo histórico en la primera mitad del siglo XX.

4.1. Fuentes del Poder Legislativo. Archivo del Congreso de los Diputados

La consulta de los Diarios de Sesiones de las cámaras legislativas da acceso a los posicionamientos políticos de los partidos con representación parlamentaria, en cuanto a la política de defensa e internacional de los gobiernos.

Contiene este archivo los documentos oficiales que recogen la actividad parlamentaria y administrativa desde 1808 hasta la actualidad. Este archivo comprende el antiguo Archivo de las Cortes, con documentación de esta institución durante el antiguo régimen, así como de las Cortes unicamerales de los regímenes constitucionales españoles (1810-1814, 1820-1823 y 1931-1939).

La documentación de las Cortes Españolas (1943-1977) se puede consultar también en el *Boletín Oficial de las Cortes Españolas* (BOCE).

La publicación del *Boletín Oficial de las Cortes Generales* permite la consulta de "Proyectos de Ley", "Tratados" y "Convenios Internacionales".

El Diario de Sesiones recoge las intervenciones y discusiones de los diputados y grupos parlamentarios a lo largo del debate, dividido en dos series: Pleno y Diputación Permanente, y Comisiones.

4.2. Archivo del Senado

El Archivo del Senado está organizado en dos grandes fondos. El histórico, como archivo ya cerrado, conserva la documentación del periodo comprendido entre 1834 y 1923. Los documentos de este fondo están descritos y digitalizados, y son accesibles vía internet (17.159 expedientes y 378.948 imágenes).

Los expedientes personales de políticos y senadores, que ocupan aproximadamente un tercio del volumen, tienen el valor histórico de una información sobre rentas y patrimonio, títulos nobiliarios, partidas de bautismo, otros cargos públicos, defunciones. Su consulta es de gran utilidad para conocer cómo era la clase política de la época.

La colección de los Diarios de Sesiones, publicación oficial de los debates parlamentarios (53.027 registros y 172.643 imágenes), permite un fácil acceso por su clasificación lógica y sus recursos documentales. Se puede acceder a la lectura del texto del suplicatorio presentado para procesamiento del general Berenguer, y a las intervenciones de los distintos oradores sobre la Reforma del Servicio Militar y las modalidades de redención.

El Archivo desde 1977 recoge, de forma ordenada y clasificada, documentos relacionados con la actividad parlamentaria de la cámara a partir de la instauración en el año 1977 de la monarquía parlamentaria y la nueva constitución de 1978.

5. Las hemerotecas como fuente de la investigación histórica

Los medios de comunicación son fuentes de investigación para la historia y son también objeto de estudio para los historiadores. La consideración de los medios de comunicación como fuente de información histórica pasa ineludiblemente por el análisis del contexto histórico y social.

5.1. Marco legal

Durante el primer tercio del siglo XX la Ley de Imprenta promulgada en el año 1883, según las pautas de la Constitución de 1876 sobre el ejercicio de las libertades, será el marco legal del derecho a la libertad de expresión para la prensa española. Elimina la censura previa y el Tribunal de Prensa, suprime la jurisdicción especial y somete los delitos en caso de abuso al Código Penal. Esta ley quedó sin efecto durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) al establecer la censura previa de las publicaciones.

La Constitución republicana, aprobada en diciembre de 1931, reconocía en su artículo 34 que:

> Toda persona tiene derecho a emitir libremente sus ideas y opiniones, valiéndose de cualquier medio de difusión, sin sujetarse a la previa censura. En ningún caso podrá recogerse la edición de libros y periódicos sino en virtud de mandamiento de juez competente. No podrá decretarse la suspensión de ningún periódico sino por sentencia firme.

Aunque la evolución política del país y leyes posteriores limitarán de hecho el ejercicio de este régimen de libertades, como apunta Cristina Barreiro: "Sin embargo durante la República se dictaron leyes que, por su contenido restrictivo, condicionan las libertades públicas y la libertad de expresión: la Ley de Defensa de la República y la Ley de Orden Público" (Barreiro: 2007, 57-76).

Durante la Guerra Civil, dos realidades enfrentadas emitirán sus propios medios de comunicación como órganos de propaganda. La República mantendrá, al menos teóricamente, el mismo marco legal; y, por su parte, la zona franquista promulgará el 22 de abril de 1938 una Ley de Prensa de 22 de abril de 1938 que establecía la censura previa, el nombramiento y cese de los directores de publicaciones por el Ministerio del Interior, la inserción obligatoria de informaciones y el Registro Oficial de Periodistas. Ley que mantuvo vigente el régimen de Franco hasta la Ley de Prensa e Imprenta de 1966.

5.2. Características de la prensa

La prensa española en la última década del siglo XIX evoluciona hacia un periodismo de empresa, se consolida el aumento de las tiradas a pesar de las altas tasas de analfabetismo y aparece el recurso de la publicidad como medio de obtención de ingresos. A caballo entre la tradición decimonónica y el nuevo periodismo informativo del siglo XX, conviven dos tipos de publicaciones, las de opinión política, representante de organizaciones e intereses, y el periodismo informativo que impulsa la profesionalización del periodista.

Según precisa Alejandro Pizarroso:

> Así, si en 1913, dentro de las 1.980 cabeceras de todo tipo que se publicaban, podemos considerar a 156 de ellas como periódicos de información frente a 586 periódicos políticos; en 1920 las cifras se acercarán sensiblemente (339 periódicos políticos frente a 283 de información). Para llegar en 1927 a 327 periódicos de información frente a 210 políticos (Pizarroso: 2010, 45-54).

La consulta de estas publicaciones estará en función de la selección que se haga del periodo cronológico y del tipo de investigación que se proponga en cuanto al interés por hechos o por la definición política ante diversos acontecimientos.

Las cabeceras de los periódicos diarios que cubren toda la época del Protectorado español de Marruecos, accesibles desde sus propias hemerotecas, son *ABC*, desde 1905, con su revista gráfica *Blanco y Negro*, y *La Vanguardia*, diario fundado en 1888.

Para la documentación de la última década del siglo XIX interesa la consulta de *La Correspondencia de España* (1860-1925) y el conjunto de periódicos englobados en la Sociedad Editorial de España de 1906, el llamado "*Trust* de periódicos": *El Imparcial* (1868-1933), *El Liberal* (1879-1939) y el *Heraldo de Madrid* (1890-1939), que ofrecen una información inspirada desde el liberalismo hasta el progresismo popular.

Entre los diarios que aparecen con el nuevo siglo destacan *El Sol* (1917-1939), *La Voz* (1920-1939), *El Debate* (1910-1936), *La Libertad* (1919-1939) e *Informaciones* (1922-1983). Durante la dictadura del general Primo de Rivera, y como órgano de apoyo al Gobierno, *La Nación*, fundado en 1923.

La casi totalidad de las publicaciones citadas se mantiene durante el primer tercio del siglo XX hasta finales de la década de los años treinta, fecha en la que desaparecerán, finalizada la Guerra Civil.

5.3. Prensa editada en el Protectorado español de Marruecos

El primer diario de la zona del Protectorado es *El Eco de Tetuán* (1860), editado en esta ciudad. Destacan además cabeceras como *El Telegrama del Rif*, (1902) publicado en Melilla, *El Faro de Ceuta* (1934), *El Eco de Chef Chauen* (1920), *El Heraldo de Marruecos*, publicado en Larache desde 1925, y *La Correspondencia de África* en la misma ciudad.

Todas las ciudades del Protectorado editaban varios periódicos: en Tetuán, *Marruecos*, *Diario de África*, *El Mediterráneo* y *El Norte de África*; en Larache, *Diario Marroquí*, *Diario de Larache* y *El Popular*; y, en Alhucemas, *El Heraldo de Alhucemas*.

Además de las publicaciones editadas en la zona internacional de Tánger: *El Porvenir*, *Diario de África*, *Diario España*, *La Crónica*.

Finalizada la guerra civil desaparece casi la totalidad de las publicaciones. Bajo la Ley de Prensa de 1938 se editan los siguientes periódicos nacionales de información general sujetos a un férreo control y dependientes de las informaciones de EFE, como agencia estatal de información.

Además de los ya citados periódicos *ABC* y *La Vanguardia*, aparecen nuevas cabeceras, herederas de acciones de incautaciones de anteriores empresas*: Arriba,* órgano del Movimiento Nacional; *La Hoja del Lunes*, publicación de la Asociación de la Prensa; *El Alcázar*; *Diario Ya*, católico heredero de *El Debate*; y *Pueblo*, próximo al sindicato vertical.

De la cadena de las publicaciones de la "Prensa del Movimiento", más de una treintena de cabeceras (Vázquez Vázquez: 1989) se publican en las ciudades del Protectorado: *El Telegrama del Rif*, de Melilla, que, tras la independencia de Marruecos en 1963, pasa a denominarse *El Telegrama de Melilla*; *El Faro de Ceuta*; y *El Heraldo de Marruecos*, de Larache.

5.4. Revistas

Durante estos años, y como expresión del interés social suscitado por la presencia de España en Marruecos, se publican diversas revistas especializadas que muestran las diferentes posiciones y mentalidades sobre los asuntos africanos: *África Semanal* (Ceuta 1891), *África Revista Política y Comercial* (Barcelona 1905), *África Revista Española Ilustrada* (Barcelona 1906), *España en África* (Madrid 1908), *Marruecos* en distintas épocas, *Europa en África* (Madrid 1909), *África Española* (Madrid 1913), *La España Colonizadora* (Madrid 1915) y *Mauritania* (Tánger 1928).

En 1942 se publica la revista mensual *África*, heredera de la histórica *Revista de Tropas Coloniales* (Ceuta, 1924), fundada y dirigida por el general Franco, que pasará posteriormente a ser responsabilidad del Instituto de Estudios Africanos, organismo que publicará entre otras cabeceras en 1946 sus *Cuadernos de Estudios Africanos* y *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*. (Biblioteca Nacional. 2012. Catálogo).

5.5. La consulta a las Hemerotecas

La mayor parte de las publicaciones a las que se ha hecho alusión, editadas en los siglos XIX y XX, casi todas desaparecidas, son accesibles para la consulta a través de una magnífica red de hemerotecas que gestionan este material digitalizado y organizado mediante sistemas de clasificación múltiple que pueden satisfacer cualquier estrategia de consulta y adaptarse a los diferentes niveles de conocimiento del investigador.

Los contenidos informativos pueden recuperarse gracias al análisis documental, la consulta de cabeceras, los titulares de noticias, mediante el texto libre o bien a través de descriptores geográficos, entre otros.

A través de la Biblioteca de Prensa Histórica, "el resultado de un proceso de digitalización cooperativa del Ministerio de Cultura, las Comunidades Autónomas y otras instituciones de la memoria para preservar y hacer accesibles la Prensa Histórica publicada en España", como se define en su propia presentación, da acceso a un enorme conjunto de archivos, bibliotecas, hemerotecas y organizaciones diversas como fundaciones, etc. Contiene además bases de datos de colecciones digitales de revistas culturales y prensa clandestina.

La Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional, desde el año 2007, posibilita el acceso público a la colección digital de las revistas y prensa histórica española que alberga la biblioteca, con una colección inicial compuesta por ciento cuarentaitrés títulos de prensa y revistas. En estos momentos cuenta con 1.065 títulos y 4.952.063 páginas.

Finalmente, el portal *Hispana* que se define por la acción de reunir las colecciones digitales de archivos, bibliotecas y museos conformes a la iniciativa de archivos abiertos que promueve la Unión Europea y cumple en relación a los repositorios digitales españoles funciones análogas a las de *Europeana* en relación a los repositorios europeos, es decir, constituye un agregador de contenidos.

5.6. Hemeroteca Municipal de Madrid

Situada en el Cuartel del Conde Duque y gestionada por el Ayuntamiento de Madrid, en la actualidad conserva cerca de 250.000 volúmenes correspondientes a más de 25.000 títulos. Hay obras impresas desde el siglo XV, relaciones y noticias desde el siglo XVII y periódicos editados a partir de esta centuria. Son abundantes e importantes las publicaciones de los siglos XVIII y XIX, Restauración y ambas Repúblicas.

6. Consulta de aspectos económicos

La acción española durante el Protectorado de Marruecos tiene una fuente de información fundamental en el Anuario Estadístico (Zona de Protectorado y los territorios de soberanía de España en el norte de África).

En las publicaciones de las cámaras de comercio se puede encontrar información sobre las empresas españolas dedicadas a la explotación de los recursos mineros como la Compañía Española de las Minas del Rif, constituida en 1908, Compañía Minera Hispano Africana, Compañía Norte Africana y la Compañía Minera Setolazar (Martín Corrales: 1999, 145-158).

7. Bibliotecas

7.1. Biblioteca Nacional

La consulta del Fondo África, que custodia la Biblioteca Nacional (http://www.bne.es), posibilita el acceso a un conjunto documental especializado en el mundo árabe e islámico y la época del Protectorado español en Marruecos. Fue creada en el año 1966 tras la donación de la biblioteca particular de Tomás García Figueras, delegado de Asuntos Indígenas en Marruecos.

Consta de una gran diversidad de documentos: monografías, obras de consulta, folletos, publicaciones periódicas, manuscritos y documentos gráficos como fotografías, mapas y fotografías (Biblioteca Nacional, 2012, Catálogo).

7.2. Biblioteca Islámica Félix Mª Pareja (AECID)

Gestionada por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), dispone de más de ochenta mil volúmenes especializados en cultura y pensamiento árabe-islámico, procedentes de donaciones de colecciones privadas, como la de su fundador, el jesuita Félix María Pareja, y, más recientemente, la del arabista Mariano Arribas Palau, en el año 2002. Dos años más tarde, la familia de Fernando Valderrama Martínez donó un fondo de libros que trata de la acción cultural de España en Marruecos, enriquecido con una miscelánea de recortes de prensa y nueve álbumes de fotografía consultables en CISNE (Catálogo colectivo de la Universidad Complutense de Madrid).

La Biblioteca Islámica ha editado un catálogo sobre fondos documentales del Protectorado que supone un 1,5% de la colección total, como se describe en un artículo publicado en la revista *Awraq*, números 5 y 6 (Mora Vallejo: 2012).

7.3. Consulta de bibliotecas

El portal de Catálogos de Bibliotecas Públicas permite la consulta a las colecciones de cincuentaidós bibliotecas públicas del Estado (BPE) y de diecisiete redes de bibliotecas públicas de Comunidades Autónomas (Andalucía, Aragón, Canarias, Cantabria, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Cataluña, Comunidad de Madrid, Comunidad Valenciana, Extremadura, Galicia, La Rioja, Navarra, País Vasco (Principado de Asturias y Región de Murcia).

Por otra parte, el Ministerio de Defensa, con la Red de Bibliotecas de Defensa, creada en el año 2008, gestiona todos los centros bibliotecarios del ejército: las bibliotecas históricas, las bibliotecas de los centros de enseñanza y las bibliotecas especializadas.

Bibliografía

Albert Salueña, J.: "La economía del Protectorado durante la Guerra Civil", *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, nº 3, 2007.

Aróstegui, J.: "Pasado y Memoria", *Revista de Historia Contemporánea*, nº 3, 2004.

Alonso Rodríguez, H.; Melgar Camarzana, M.: "Fondos documentales de la Guerra Civil en el Archivo General Militar de Ávila: organización, accesibilidad y perspectivas de futuro", en *IV Congreso de Historia de la Defensa*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, UNED, 2010.

ALFONSO ALONSO-MUÑOYERRO, Mª B. DE: "Fuentes en el Archivo Histórico Nacional para el estudio del desastre Militar de Marruecos en 1921: El "Expediente Picasso", la causa contra el mando y otros documentos", *Boletín Informativo. Sistema Archivístico de la Defensa*, nº 21, 2012.

BARREIRO, C.: "Aproximación al estudio de la Prensa durante la Segunda República", *Revista RE. Escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago*, nº 3 junio, diciembre 2007, pp. 57-76.

CLARES, J. L.: "Fuentes para la Historia Militar en el Archivo Histórico Militar", *Boletín Informativo Sistema Archivístico de Defensa*, nº 5 (Madrid), 2002.

ENSEÑAT CALDERÓN, L. R.; VILLANUEVA TOLEDO, Mª J.: "Fuentes para la historia militar en el Archivo General de la Administración Civil", *Boletín Informativo Sistema Archivístico de Defensa*, nº 8 (Madrid), julio 2003.

GARCÍA MARCO, F. J.: "Los Sistemas de información histórica: la nueva frontera en la construcción científica de la Historia", *Aragón en la Edad Media*, nº 19, 2006.

GONZÁLEZ GILARRANZ, Mª DEL M.: "Fondos Contemporáneos en el Archivo General Militar de Segovia", *Revista de Historia Militar*, nº 1, 2002.

HERMOSO DE MENDOZA, M.ª T.: "El Instituto de Historia y Cultura Militar y sus fondos históricos documentales" [en línea], http://www.ucm.es/centros/cont/descargas/documento11362.pdf.

— "Fuentes para la historia militar contemporánea"*, Revista de Historia Militar*, nº 1 extra, 2002.

— "Fondos Contemporáneos en el Archivo General Militar de Guadalajara", *Revista de Historia Militar*, nº 1, 2002.

LÓPEZ JIMÉNEZ, F. J.: "Fondos Documentales conservados en el Archivo General Militar de Guadalajara", *Cuadernos Republicanos,* nº 55, 2004.

— "El rastro documental del ciento noventa años de servicio militar obligatorio" (1812-2001), *Boletín Informativo del Sistema Archivístico de Defensa,* nº 20, 2011.

— "El Campo de Concentración de la Alcazaba de Zeluán (Melilla) y sus expedientes procesales", *Boletín Informativo del Sistema Archivístico de Defensa*, nº 10, 2011.

LÓPEZ WEHRLI, S.: "Fuentes documentales para el estudio de la descolonización y de la independencia de los territorios españoles en los Archivos Militares españoles", en *Actas del XXXVII Congreso de Historia Militar,* 2011. [en línea], http://www.eceme.ensino.eb.br/cihm/Arquivos/PDF%20Files/73.pdf.

LÓPEZ YEPES, J.: "Las Bases de Datos Históricas", *Revista de biblioteconomía y Documentación. Anales de Documentación*, Vol. 1, 1998.

MADARIAGA, R. Mª DE.: *Fondos Documentales en Archivos españoles sobre la organización de la Justicia en el Protectorado español de Marruecos 1912-1956*, Madrid: Casa Árabe, 2007.

MARTÍN CORRALES, E.: "EL Protectorado Español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica", en NOGUÉ, J. y VILLANOVA, J. L.: *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida: Editorial Milenio (edición digital capítulo V), 1999.

MELGAR CAMARZANA, M.: "Fondos Contemporáneos del Archivo General Militar de Ávila", *Revista de Historia Militar,* número extraordinario, 2002.

MORA VILLAREJO, L. (ed.): *El Protectorado español en Marruecos a los 100 años de la Firma del Tratado: Fondos documentales en la Biblioteca Islámica Félix Mª Pareja*, Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2012.

PIZARROSO QUINTERO, A.: "El periodismo en el primer tercio del siglo XX", *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. 186, número extraordinario junio, 2010, pp. 45-54.

SANZ CABANILLAS, Mª J.: "Fondos contemporáneos en el Archivo General Militar de Madrid", *Revista de Historia Militar*, 2002.

TUÑÓN DE LARA, M.: *Metodología de la historia social de España*, Madrid: Siglo XXI, España Editores, 1973.

VÁZQUEZ JIMENO, G.: *Catálogo de personas célebres en el Archivo General Militar de Segovia*, Ministerio de Defensa, Instituto de Historia y Cultura Militar, Secretaría General Técnica, 1999.

VÁZQUEZ VÁZQUEZ, Mª R.: *La prensa del Movimiento en los fondos de la Hemeroteca Nacional: de la prensa de la Falange a los medios de comunicación social del Estado (1936-1982)*, Madrid, 1989.

La vertiente literaria

La huella de Marruecos en las Letras Españolas (1893-1936)

José Carlos Mainer Baqué

Orientalism (1978), el afilado y célebre ensayo del palestino-norteamericano Edward Said, no dedicó ni una línea al caso español y prefirió tomar en consideración y someter a crítica implacable las formas literarias mediante las que británicos y franceses habían percibido la ambigua fascinación y la prevención racista que achacaban de antemano al Oriente musulmán. Ni siquiera citó Said que la invención del orientalismo fue originariamente española y que tuvo un importante cultivo en los siglos XVI y XVII, cuando los recuerdos de las viejas pugnas de moros y cristianos se fueron convirtiendo en una ensoñación caballeresca y colorista para uso del romancero o de los relatos "moriscos" por parte de la España de los Austrias. En cierto modo, aquella *maurofilia* literaria del llamado Siglo de Oro logró su objetivo porque, en el siglo XIX y a efectos de la estética romántica europea, España había pasado a formar parte de Oriente y no solamente por el esplendor de la arquitectura que atesoraban Córdoba, Sevilla y Granada sino porque la miseria y lo laberíntico de las calles, la recatada belleza de las mujeres, el aire retador de los hombres de faca y capa, la vitalidad de los mercados se percibían más cercanas de Fez, Orán o Estambul que de las aburridas y laboriosas ciudades del resto de Europa.

Como parece que dictaminó Alexandre Dumas, por entonces Europa acababa en los Pirineos…

De ese modo, la visión española del Oriente vecino nació marcada por la imagen previa de una identificación que, por un lado, resultaba tentadora y, por otro, era profundamente incómoda para los naturales del país. Fuera o no de Dumas, aquella molesta frase se convirtió en una pertinaz erosión de la autoestima. En cualquier caso, lo que activó entre nosotros el interés por lo oriental fue, como en todas partes, la expansión colonialista que, a mediados del siglo XIX, estaba latente en el ambiente internacional y practicada por las primeras potencias de Europa en el mapa de África y del Próximo Oriente. Los gobiernos liberales de Isabel II dieron significativos palos de ciego en punto a la intervención militar allí donde pudiera dejarse huella del prestigio o el ascendiente políticos: en 1857, como aliados de los franceses en Cochinchina, bajo pretexto de la muerte de unos misioneros; en 1861, como efímeros compañeros de viaje de Napoleón III en la expedición de México, que coronó como emperador del país al infortunado Maximiliano de Austria; en 1863, declarando a Perú y Chile la pomposamente llamada "guerra del Pacífico". La más conocida e importante, sin embargo, fue la intervención de 1859 en el norte de Marruecos que vino justificada por los persistentes ataques de las cabilas de Anyera a la plaza de soberanía de Ceuta. La Unión Liberal del general Leopoldo O'Donnell, entonces en el Gobierno, llevó el asunto al Congreso de los Diputados y el 22 de octubre obtuvo de este la declaración de guerra que contó con un enorme fervor popular, alentado por la prensa de todos los colores políticos y con la consiguiente afluencia de voluntarios, muchos de ellos excombatientes carlistas (vascos y navarros) y otros, campesinos catalanes. Casi cuarenta mil hombres se embarcaron en Algeciras y, tras haber pasado el Estrecho, conquistaron la ciudad de Tetuán el 6 de febrero de 1860. El 23 de marzo, la batalla de Wad-Ras, paso previo a la proyectada (pero no consumada) ocupación de Tánger, precipitó la rendición de Muley-Abbas y el consiguiente tratado de Wad-Ras, firmado el 24 de abril, que mejoró la situación de las plazas de soberanía y dio a los españoles la posesión de Tetuán y del lejano enclave de Santa Cruz de Mar Pequeña, en la costa Atlántica y cerca de las islas Canarias.

La repercusión popular de estos éxitos fue inmediata. El callejero urbano, testigo siempre fiel de estas conmociones, registró un nuevo barrio del norte de Madrid como "Tetuán de las Victorias" y llevó al Eixample barcelonés los nombres de Wad-Ras, Tetuán y Los Castillejos. No menor

fue el eco literario. En el mismo año de 1859, conocidos escritores de indiscutible filiación liberal publicaron una *Crónica de la guerra de África*, dirigida por Emilio Castelar y en la que colaboraron Francico de Paula Canalejas, Gregorio Cruzada Villaamil y Miguel Morayta, además del grabador José Vallejo. Del mismo año fue la resonante publicación de un *Romancero de la guerra de África*, bajo patrocinio de la reina, que buscó entroncar con el viejo género poético vinculado a las gestas heroicas españolas. En sus cuatrocientas apretadas páginas hubo contribuciones de todos los figurones literarios conocidos, empezando por el marqués de Molins, que fue su director; escribieron sus poemas los ya muy ancianos sobrevivientes de la primera generación romántica como el Duque de Rivas, Juan Eugenio Hartzenbusch y Manuel Bretón de los Herreros, además de los algo más jóvenes Severo Catalina, José Amador de los Ríos, Antonio Flores, Antonio Arnao, Narciso Campillo, Manuel Tamayo y Baus y Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar. Y en su estela, el crítico de teatro Eduardo Bustillo publicó una *Historia de la gloriosa guerra de África* (1859), en veintitrés romances originales. Y un año después, el político e historiador Antonio Cánovas del Castillo sacó las oportunas consecuencias políticas del caso en unos *Apuntes para la historia de Marruecos*, a la vez que un avispado periodista y novelista riojano, Manuel Ibo Alfaro, imprimía a sus expensas *La corona de laurel. Colección de biografías de los generales que han tomado parte en la gloriosa campaña de África*.

Pero el éxito más perdurable corrió por cuenta de un futuro gran novelista, Pedro Antonio de Alarcón, que en 1859 dio a conocer la primera edición del *Diario de un testigo de la guerra de África* que vendió cincuenta mil ejemplares en un par de días según ha consagrado la leyenda. Alarcón se alistó como voluntario en la tropa expedicionaria y en una de las innumerables reediciones decimonónicas de su obra, la de 1880, publicó una "Historia de este libro", a la que sigue —como testimonio de veracidad— la licencia y hoja de servicios que había obtenido al final de la campaña. Pocos textos son más reveladores de los sentimientos encontrados que arriba se han apuntado y del delirio de una buena parte de la sociedad española por repristinar las sombras heroicas del pasado. Alarcón confiesa haber "nacido al pie de Sierra Nevada, desde cuyas cimas se alcanza a ver la tierra donde la morisma duerme su muerte histórica", pero también reconoce que ha sido "amamantado con las tradiciones y crónicas de aquella raza que, como las aguas del diluvio, anegó a España y la abandonó luego". Pero lo que le ha llevado a combatir ahora ha sido "el convencimiento de que en África

estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que los españoles perdimos por resultas del descubrimiento de América y del casamiento de la hija de los Reyes Católicos con un Príncipe de la Casa de Austria". Sabe que el colonialismo es el signo de su tiempo y urge ponerse a la tarea

> por el temor de que, en otro caso, Francia o Inglaterra, o las dos juntas, nos arrebatasen de esa misión providencial, dejándonos bloqueados entre los mares y el Pirineo y privados de todo horizonte en que desenvolver la actividad de nuestro pueblo, que no siempre ha de estar condenado a destrozarse en guerras civiles (Alarcón: 1943, 834-835).

Años después, cuando aquel compromiso colonial había dado ya el dramático disgusto de 1893, Benito Pérez Galdós recordó la conquista de Tetuán, cuya noticia le llegó a Las Palmas cuando tenía diecisiete años: fue en el "Episodio Nacional" de la cuarta serie, *Aita Tettauen*, publicado en 1905, el mismo año de la polémica visita del káiser Guillermo II a Tánger, donde se proclamó favorable a la independencia de Marruecos, y uno antes de la Conferencia de Algeciras que sentó las bases del futuro Protectorado hispanofrancés. Galdós era un nacionalista español pero estaba seriamente escaldado por el cercano recuerdo de 1898 y defraudado por la clase política española, incapaz de una acción pública generosa y atrevida. Este fue el clima moral de abatimiento y esperanza que el primer escritor de su tiempo estaba llevando a sus novelas, a su teatro y a aquellos renuevos de los viejos "Episodios", a los que volvió precisamente el año del *Desastre*. Por eso identificó con las familias de los Ansúrez y Halconero, hidalgos castellanos de pro, el entusiasmo patriótico por las prometidas conquistas y por su justificación histórica: "El moro y el español —proclama el viejo Jerónimo Ansúrez— son más hermanos de lo que parecen. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano?" (algo parecido había intentado demostrar en 1897 con un personaje fascinante, el moro ciego Almudena, nacido cerca de Fez y mendigo en Madrid, enamorado de Benina, la criada que protagoniza *Misericordia*). Pero el narrador de la nueva novela sabe muy bien que la operación bélica emprendida solo es un "ingenioso saneamiento de la psicología española" que, como la guerra de Crimea fue para Napoleón III, pretende ser "un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles a la acción política". Algo parecido se le alcanza también al bohemio Juanito Santiuste, que ha llegado a Marruecos como corresponsal de guerra y que confiesa a su compañero de fatigas Pedro Antonio de Alarcón, precisamente, su desengaño:

> En mi espíritu se han marchitado todas aquellas flores que fueron mi encanto… Ya sabes […]. Y esas flores eran el Cid, Fernán González, Toledo, Granada, Flandes, Ceriñola, Pavía, San Quintín, Otumba. Pues bien, Pedro; de estas flores no queda en mi espíritu más que una hojarasca que huele a cosa rancia y descompuesta (Pérez Galdós: 1945, 267).

De hecho, el personaje más positivo de los convocados por Galdós es Gonzalo Ansúrez, narrador de la tercera y última parte de la novela, que ya residía en Tetuán como comerciante y se había convertido en Mohamed ben Sur el Nasiry; él ha visto a sus compatriotas entrar en la ciudad y se teme mucho que "los españoles no imitarán en conjunto mi obra y, por no imitarme, no serán nunca dueños de Marruecos, a pesar de estas guerras y de estas batallitas vistosas". Y es él quien despide al joven Santiuste con unas frases cuyo sincretismo apunta a otra forma de colonización, ya imposible: "Allah y la Virgen te acompañen… Dios y la Virgen, digo. Todo es lo mismo… Dios hizo al hombre y el hombre ha hecho los nombres de Dios. Abur" (Pérez Galdós, 1945, 310).

La citada refriega de 1893-1894 no tuvo como marco la zona ceutí sino la de Melilla; la causa fue una sublevación motivada por la construcción de una fortificación cerca de la tumba de un santón y, días después, la destrucción de una mezquita por error de la Artillería convirtió la rebelión en una *yihad* que costó la vida al gobernador de Melilla, general García Margallo, abatido por el disparo de un rifeño. Disponemos del relato del futuro periodista republicano Manuel Ciges Aparicio, entonces un simple soldado de veinte años, cuya vida militar le deparó conocer esta campaña de 1893 y la de Cuba desde 1896 hasta 1898. Los hechos que nos conciernen ocupan la segunda parte de su libro *Del cuartel y de la guerra* (1906), bastante posterior a su impresionante testimonio cubano, *Del cautiverio* (1903). Destacado en el castillo de Montjuic, en Barcelona, el regimiento de Ciges Aparicio fue uno de los que acudió a reforzar la guarnición de Melilla. En el embarque de la tropa, oyó los sones de la inevitable *Marcha de Cádiz* y los gritos de unas muchachas enfervorizadas que reclamaban: "Que nos traigáis las orejas de un morito". Al llegar, presenciaron los bombardeos del crucero *Conde de Venadito* sobre el Gurugú, bastión principal de los rebeldes, y padecieron la falta de agua en la posición de Horcas Coloradas, que nunca llegó a ser atacada. Al final, fueron testigos de la llegada de Arsenio Martínez Campos, el general salvador, y admiraron el despliegue de su fastuosa tienda de campaña. Envidiaron los fusiles máuser que, en otros regimientos, habían sustituido a los viejos y pesados remington, y supieron que un compañero catalán, Farreu, había sido fusilado por haber cortado las orejas

a un moro amigo. Pero no dispararon un solo tiro… Y un día supieron que se había acabado la guerra:

> Termina la misa. La tropa desfila a los acordes vivaces de alegres pasodobles. El Príncipe Tuerto [Muley Araafa] viene a Melilla a concertar los preliminares de la paz. Martínez Campos va a Marrakés en busca del sultán [Muley Hassan]. Y los demás nos vamos por donde hemos venido. La comedia ha terminado (Ciges Aparicio: 1986, 192).

Una impresión parecida dio otro cronista republicano, Rodrigo Soriano, que viajó a Marruecos, en representación de *La Época* y acompañando a su director Alfredo Escobar. Iban con ellos Luis Morote (de *El Liberal*), Ramón Gasset (de *El Imparcial*) y José Boada (de *La Vanguardia*), a quienes dedicó *Moros y cristianos* (*Notas de viaje*), libro de 1894. El reportaje arranca briosamente con una visión de la guerra en Melilla (se certifica la noticia de Ciges: el corte de orejas y el fusilamiento sumario de su causante) y con un viaje por el norte de Argelia, donde el cronista puede contrastar los avances de la colonización francesa con la miseria que impera en la zona de influencia española. Y tiene amplia ocasión de verla porque es designado para acompañar a Martínez Campos en su entrevista con el sultán, cuyos pasos alternan con la descripción del mercado de esclavas negras o de la miserable vida de los infectados por la lepra… A su vista, Rodrigo Soriano consigna que ya hay

> demasiados libros de orientalismo de bazar, *fortunysmo* delicioso, calumnia encantadora, rico tul de Oriente, pomposa seda de lentejuelas deslumbradoras […]. Cuadros pintados con los viejos y ennegrecidos colores de la escuela romántica. El escritor que trate de pintar un Marruecos verdadero habrá de escribir un libro cruel, cruelísimo, mal oliente, espejo del pueblo miserable, corrompido y bárbaro, enterrado en el ruinoso panteón del Imperio (Soriano: 1894a, 124).

Quizá por eso nuestro autor siguió largamente con el tema. En 1922 Soriano había hecho larga carrera política, primero como creador del republicanismo valenciano junto a Vicente Blasco Ibáñez y luego, tras la sonada ruptura de ambos, como republicano independiente y director del periódico madrileño *España Nueva*. Sus correligionarios republicanos de Cuenca recogieron entonces sus artículos de *El Liberal* bajo el sarcástico título de ¡Guerra, guerra al infiel marroquí!, que constituyen una amena historia de las tormentosas relaciones de España y el Rif, desde el malhadado testamento de Isabel I y la intervención de 1859 a los años recientes del Protectorado y del recentísimo desastre de Annual. ¡Qué error ha sido todo!, piensa el escritor y político:

> ¡Estupidez mayor no se concibe! Ganó la literatura un bello libro: el de Alarcón; la pintura nacional, un luminoso lienzo: "La batalla de Wad-Ras" de Fortuny;

> la francesa, el maravilloso "Retrato de Prim", de Regnault… Corrió la sangre, se desplomó el cascote lírico, murieron muchos, enfermaron no pocos, víctimas del ripio unos, del cólera y de la manida arenga… Y cayó el trono… ocho años después. Perdimos África y perdió Isabel su solio, a pesar de la tramoya africana y del patriotismo medieval (Soriano: 1922, 87).

Leopoldo Alas, Clarín, hombre de ideas avanzadas y políticamente fiel a Emilio Castelar, pensaba algo parecido en orden al mandato africano de la reina católica. Su preciosa colección *Cuentos morales* (1896) recogió tres directamente relacionados con los hechos que se han contado, todos ellos fechados originariamente en 1893. La alusión más indirecta a la guerra está en "León Benavides", jocosa historia de uno de los leones que escoltan la columnata de acceso a las Cortes y que, como es sabido, fueron fundidos con el bronce los cañones capturados a los marroquíes en la guerra de 1859. Se trata de aquel león que parece más ceñudo, que fue siempre un patriota y que, encarnado un tiempo en figura humana, participó gloriosamente en una guerra… pero acabó siendo fusilado por canibalismo. Y es que, como declara, "yo soy el león de la guerra, el de la Historia, el de la cicatriz […]. El otro es el león parlamentario; el de los simulacros". No menos jocosa es la historia que cuenta "Don Patricio o el premio gordo en Melilla". El protagonista es un antiguo coime del casino de La Habana que ha seguido amasando fortuna en España como arrendador de fielatos. En 1893 sus convecinos le piden que se sume a la entrega de fondos para las tropas, a lo que se niega pero propone un expediente más ingenioso: que en la próxima Lotería de Navidad todos los premiados renuncien a la mitad de sus devengos por tan buena causa. Así se hace en todo el país, pero cuando le dicen a Patricio Caracoles que le ha correspondido el Gordo, resulta que no ha comprado el billete que prometió adquirir. Hay también humor pero mucho más doloroso sarcasmo en el cuento "El sustituto", la perla de los tres. Eleuterio Miranda es un poeta bélico… que no ha hecho el servicio militar. En su lugar fue Ramón Pendones, el hijo mayor de una rentera de su familia, viuda y arruinada, a la que, por ese motivo, los padres del vate condonaron las deudas. Pendones, hombre enfermizo, muere en Melilla, por causa de las fiebres, y Eleuterio, avergonzado, acude a ser su sustituto, a morir en un acto de heroísmo y a ganar para el difunto una cruz pensionada. Y es que, como concluye el mordaz Clarín, "poetas hay pocos, y la mayor parte de los señoritos son prosistas" (Alas: 2011, 346-356).

En 1902, un nuevo sultán de Marruecos, Ad-el-Hazid, se enfrentó con la sublevación de su pariente Bu Hamara, el Roghi, en una guerra civil que duró varios años y llamó la atención de la prensa española. Pío Baro-

ja —que acababa de publicar su primera gran novela, *Camino de perfección (Pasión mística)*— llegó a Tánger como corresponsal el 31 de diciembre de 1902 y permaneció hasta el 23 de enero de 1903, sin moverse de la ciudad pese a lo cual no dudó en manifestarse muy expeditivamente por cuenta del conflicto:

> ¿Es posible que pueda continuar a las puertas de Europa un pueblo de salvajes? ¿Cómo no se le ha destruido hace dos o tres siglos? […] Se ha promovido en el imperio del Moghreb una guerra civil; no debe importar a Europa de qué lado cae la razón. Ninguno de los dos bandos la tiene ante nosotros. Los dos han de ser sometidos y deshechos. La culpa está en su miseria y su barbarie. Es preciso que la fuerza haga camino al progreso (Baroja: 2001, 1040).

Reconoció, no obstante, que "para un artista, claro que este país es admirable; los espectáculos pintorescos se presentan a cada paso" y que "la costumbre de pintarse los ojos con *khol* debe recomendarse a las europeas", porque "es admirable el efecto de lánguidos que prestan a un rostro estas intensas pinceladas negras en los párpados inferiores". En todo caso, habremos de esperar a la publicación de la novela dramatizada *Paradox, rey* (1906) para disponer de una versión más matizada, bienhumorada y crítica de la percepción del colonialismo por parte de un escritor de ideas avanzadas. En tal sentido, formuló propuestas más concretas y atendibles un periodista republicano, Luis Morote, que ya había escrito el libro más agudo de cuantos inspiró el quebranto de 1898, *La moral de la derrota* (1899). *La conquista del Mogreb* (1908) se basa en un concienzudo viaje por todo el viejo reino marroquí, salpicado de numerosas entrevistas con las autoridades locales y los intereses extranjeros, realizadas cuando todavía estaban en el aire los verdaderos propósitos de Francia y planeaba la sombra del káiser: "quizá el mayor problema", viene a concluir Luis Morote, es "la posibilidad de un choque terrible, de una conflagración que afligiría a la humanidad y a los supremos intereses de la civilización, entre la Galia y la Germania" (Morote, 1908, 237). Sin despejar esa incógnita, las halagüeñas posibilidades para España que ha abierto la conferencia de Algeciras pueden quedarse en papel mojado.

Con alguna distancia irónica, José Ortega y Gasset terció también en el tema del "buen colonialismo" en tres interesantes artículos que, bajo el título común de "Libros de andar y ver" publicó en *El Imparcial* entre el 31 de mayo y el 14 de junio de 1911, dos años después de una nueva y más peligrosa guerra en Melilla y usando como vademécum las noticias del explorador austriaco Otto C. Artbauer, que siguió la guerra de 1909 desde el lado rifeño. Ortega advierte que España, que tantas inútiles guerras de domi-

nación ha hecho en su historia, "deja, en cambio, incumplidas, con tenacidad incomprensible, las misiones más claras y elementales que la historia le propone: así, la europeización de África desde Túnez a las Canarias y el Sáhara. Esta es la explicación de ese hecho tan sencillo, tan grave, tan absurdo de que el Rif sea hoy más ignorado que el Tíbet", por lo que "será penetrado a destiempo y malamente y aprisa, a la carga de la bayoneta, cuando ya es un pueblo petrificado, difícil de organizar e injertar con elementos europeos". El modelo a imitar ha de ser, sin duda, Francia. Y una forma de lograrlo es hacer algún caso a los arabistas españoles (cita entre ellos a Ambrosio Huici y Julián Ribera), desdeñados por los embajadores y los militares, cuando "el ideal fuera que se hablara de Marruecos en todos los Ministerios menos en los de Guerra y Marina", para poder hacer "política de pueblo a pueblo, y no de Gobierno a Gobierno" (Ortega, 1963, 170-184). Y los errores han sido demostrados por la impopularidad de la policía internacional, creada por el acta de Algeciras, con efectivos indígenas y oficialidad francesa y española.

La segunda guerra de Melilla, a la que he aludido, se produjo para defender las recientes concesiones mineras y el tendido de un ferrocarril a su servicio. Los episodios más sangrientos —la batalla del Gurugú y, sobre todo, el desastre del Barranco del Lobo— sucedieron a finales de julio y coincidieron en el tiempo con los motines de Barcelona (la llamada "Semana Trágica") que se iniciaron contra la movilización de reservistas y concluyeron como unas violentas jornadas anticlericales. La asociación del antimilitarismo, de la denuncia de los grandes negocios de los políticos y de la aversión por el clero era ya cosa vieja, desde 1898 cuando menos. Y este clima de rebeldía, que costó la presidencia del Gobierno a Antonio Maura (y su retirada temporal de la política activa) fue recogido por la prensa radical del momento y por los dos testimonios literarios más vibrantes de los hechos, publicados ambos en 1912. Uno procedía de la pluma de Manuel Ciges Aparicio, a quien ya conocimos como soldado disconforme en los sucesos melillenses de 1893; en 1911 ya era un escritor conocido que databa y firmaba su libro en París, donde había buscado refugio de la persecución judicial por cuenta de sus artículos sobre la guerra. Y esas fueron las ácidas impresiones que, gobernando el liberal Canalejas, recogió el libro *Entre la paz y la guerra (Marruecos)*, dividido en tres partes: "En Marruecos", "En España y "En la emigración". A su vuelta de África, Ciges quiere hacer constar unos datos previos:

> En diez años de lucha, entre conquista e insurrecciones que apaciguar.
> En 2.500 millones de pesetas.

> En 40.000 vidas inmoladas.
>
> Y si al territorio conquistado hay que hacerlo productivo y tranquilo […] añadid, como expertos ingenieros quieren, otros dos mil millones (Ciges Aparicio: 1912, 125).

Y siempre ve la misma incompetencia militar: artillería que bombardea las propias posiciones, oficiales ineptos que se suicidan, y poco más de "mil moros armados y cinco mil provistos de palos y piedras, [que] sembraron el clásico terror pánico en el Barranco del Lobo". Y secundando su ineficacia, siempre la misma codicia civil: aquí las compañías mineras (en las que tiene su parte el conde de Romanones) pagan jornales miserables en un lugar donde

> no rige la ley de accidentes de trabajo; las familias de los que han sucumbido no han cobrado ni un ochavo moruno; a los que han quedado inútiles se les ha enviado a paseo […]. ¡Entonad patrióticos himnos, trabajadores, que ya veis como se os anuncia el porvenir en Marruecos! ¡A colonizar nuestro imperio colonial, proletarios! (Ciges Aparicio: 1912, 41).

Por su lado, el autor de *Lo que vi en la guerra (Diario de un soldado)*, Eugenio Noel, era un bohemio autodidacto, hijo de una lavandera, que acababa de empezar su carrera literaria (*Alma de Santa*, novelita publicada por *El Cuento Semanal*, nada menos…) y se había apuntado como voluntario, con una mezcla de inconsciencia y aventurerismo que recogía oportunamente un extenso diario que se publicó póstumamente. Las impresiones de Noel tienen, por tanto, la inmediatez de lo vivido, pero no mejoran mucho el acre panorama de su compañero Ciges.

Muy adrede, el escritor alterna las imágenes de paz —unos centenares de soldados desnudos disfrutando como niños de un baño de mar, en Punta Quiviana— y las escenas de violencia, como refleja su visita a lo que queda en el Barranco de Lobo: momias de soldados y el vuelo pausado de los buitres que las devoraron durante días. Otras veces, las escenas jocosas de la peculiar sociedad colonial —sorprendida en el comedor del lujoso Hotel Victoria— se barajan con la visión burlesca del heroísmo, como sucede en su recuerdo de la carga de caballería del coronel Cavalcanti, en Taxdir; por ella ganó la Laureada quien con el tiempo sería yerno de la escritora Emilia Pardo Bazán. Y a menudo, el detalle humano —los retratos de niños indígenas con los que jugaba— contrasta con el ridículo patriotero: así cuando encuentra, expuesta en un escaparate, la corona de oro que Valencia concedió a su poeta Teodoro Llorente y que este ha entregado a los defensores de la ciudad de Melilla.

Pero estos años fueron también los de la poética modernista en la que la sugestión del mundo oriental fue un motivo más de los que ofrecía aquel

congestionado bazar de referencias culturales de la escuela. Habitualmente, la localización geográfica de estas ensoñaciones arabizantes estaba en el pasado del propio solar español y raro fue el poeta andaluz que no dedicó alguna atención a cuanto persistía del pasado andalusí: jardines recoletos, la Alhambra, el Alcázar sevillano, la Mezquita cordobesa. En un verso que se hizo famoso, Manuel Machado proclamó que "tengo el alma de nardo del árabe español", aunque en su caso esta confesión tenía más que ver con el incipiente gusto por el flamenquismo y la mala vida, que eran otra tendencia de la práctica "moderna" del arte. El orientalismo estricto fue mucho más patente en los versos de Salvador Rueda y Francisco Villaespesa y se convirtió en un tema principal en Antonio de Zayas y Beaumont, que era diplomático y vivió algún tiempo en Estambul: esa estancia le inspiró su libro de versos *Joyeles bizantinos* (1902), donde lo otomano —y lo musulmán en general— brilló en versos de un parnasianismo implacable, quizá los mejores de tema exótico escritos por un poeta español de su época. El único de estos escritores que tuvo contacto directo con Marruecos y seguramente habló y leyó árabe fue el granadino Isaac Muñoz, cuyo padre, militar de profesión, fue destinado a Ceuta cuando su hijo tenía veinticinco años. Ya había publicado para entonces obras en prosa de intenso erotismo (*Voluptuosidad*, 1906; *Morena y trágica*, 1908, de ambiente granadino), pero el encuentro con lo marroquí y su conocimiento de lo islámico y hebreo dio una tonalidad nueva a su escritura: así se advierte en las "novelas mogrebinas" *La fiesta de la sangre* (1908) y *Esmeralda de Oriente* (1914), como en la "novela siria" *Ambigua y cruel* (1912) y la de ambientación egipcia, *La serpiente de Egipto*, publicada póstumamente en 2003. Paralelamente imprimió numerosos volúmenes que recogían sus artículos sobre temas coloniales que habían visto la luz en *Heraldo de Madrid*, del que fue corresponsal en el Protectorado: *La agonía del Mogreb* (1912), *Política colonialista* (1912), *En el país de los Cherifes* (1913) y *En tierras de Yebala* (1913).

La tentación esteticista y soñadora tuvo también otros cultivadores. El militar Vicente Valero de Bernabé sucumbió a ella en su libro *En la ciudad de las mezquitas (crónicas de una estancia en Tetuán)* (1915), que no fue el primero ni el mejor de una notable lista de ofrendas literarias a la bella capital del Protectorado. El luego popular *charlista* levantino Federico García Sanchiz compuso *Color. Sensaciones de Tánger y Tetuán* (1919) y el médico vallisoletano César Juarros, *La ciudad de los ojos bellos. Tetuán* (1922). En cambio, el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que vivió mucho tiempo en España, prefirió dedicar su encendida prosa a *Fez, la andaluza* (1926). El malogrado escritor granadino Rafael López Rienda fue vo-

luntario en Marruecos y luego ejerció allí el periodismo para la prensa local y para los madrileños *El Sol* y *Nuevo Mundo*, nunca complaciente con lo que veía. Fue el primer informante de un desvío de fondos que levantó ampollas, *El escándalo del millón de Larache* (1922), lo que lo obligó a dejar el ejército. Pero, a la vez, fue autor de novelas de aventuras, con fuerte y complaciente color local, como *Bajo el sol africano* (1925) y *Luna en el desierto* (1928), que se publicó póstumamente; también estuvo entre los primeros en interesarse por la vida de los legionarios: en 1925 colaboró con Benjamín Jarnés —a quien había conocido en Larache, donde este servía en oficinas militares— en un drama edificante, *El héroe de la Legión*, estrenado en Madrid; poco después publicó el relato *Juan León, legionario* que adaptó al cine como *Los héroes de la Legión* (1927), con bastante mayor éxito.

Desde 1912 la guerra de Marruecos fue una presencia permanente en la vida española. Mantuvo su impopularidad en los medios progresistas urbanos y de "obreros conscientes", aunque también gozó de notable repercusión patriótica en los sectores más conservadores de las clases medias y en la burguesía y la aristocracia. No faltaron los cronistas favorables a la actuación del ejército y, a la vez, críticos con la tacañería del Gobierno: fue el caso de Víctor Ruiz Albéniz, que hizo famoso el seudónimo "El Tebib Arrumí" (en castellano, "médico cristiano", pues aquella era su profesión). Presenció las campañas de 1909 y 1921 y, con el tiempo, llegó a estar adscrito al Cuartel General de Franco en su condición de cronista áulico de la guerra civil de 1936. Sus dos libros más significativos del periodo africano fueron *La campaña del Rif. La verdad de la guerra* (1909) y *España en el Rif. Estudios del indígena y del país. Nuestra actuación de doce años* (1921). El desastre de Annual (finales de julio de 1921), cuando tres mil rifeños obligaron a la evacuación del campamento por parte de trece mil soldados españoles y a una huida sin control hacia Melilla, supuso el momento crítico de aquella impopularidad. Pero, unos meses antes, la creación del llamado Tercio Extranjero, por Real Decreto de 28 de enero de 1920, y muy pronto sus primeras acciones de guerra, sus leyendas de acometividad y camaradería y sus vistosas liturgias, se convirtieron en el imán propicio de la exaltación de los partidarios de la guerra e hicieron familiares para muchos los nombres de los primeros jefes de la unidad: el teniente coronel Millán Astray, que fue su creador, y el comandante Francisco Franco, jefe de la Primera Bandera.

De 1923 y 1924 son dos importantes testimonios literarios de ambos motivos, la fiebre belicista y la actitud más crítica ante el conflicto. *Tras el águila del César. Elegía de Tercio (1921-1922)*, del escritor cántabro Luys

G. Santa Marina, respira violencia y testosterona a partes iguales pero, a la vez, encierra una prosa agreste de indiscutible efecto estético. Curiosamente, el autor no había puesto el pie en Marruecos, aunque el libro hable de "recuerdos" con cierta vaguedad; lo eran, en todo caso, de las cosas que le hubiera contado su amigo, paisano y prologuista, el poeta José del Río Sainz, que fue corresponsal de guerra. *Notas marruecas de un soldado* (1923), de Ernesto Giménez Caballero, se inserta, sin embargo, en la ya conocida línea de los reportajes críticos de testigos presenciales (fue "soldado de cuota", destinado allí) y carece de apelación alguna al heroísmo, aunque encierra una vivacidad descriptiva y una capacidad de ironía que no es fácil encontrar en obras de esa índole. Una y otra obra tuvieron graves problemas a su publicación y ambas fueron denunciadas: por su violencia, la primera; por sus sarcasmos y críticas, la segunda. Y lo más curioso es que las dos fueron un paso esencial en el camino de sus dos autores hacia el fascismo: Santa Marina desembocó en él por una mezcla de nacionalismo esteticista y oscuras pulsiones de su imaginación calenturienta; Giménez Caballero por la evolución de su nacionalismo originariamente liberal y por su admiración por el incipiente fascismo italiano.

Miscelánea de versos pedregosos y de eficaces y sintéticas escenas en prosa, *Tras el águila del César* es una obra importante, aunque ande salpicada de cabezas de "mojamés" cortadas por legionarios, de actos de heroísmo y de abyección, de destinos trágicos y fusilamientos de desertores. Un fragmento de la sección "El día de la ira" puede dar una idea de su tono que, alguna vez (y sabiendo que el autor jamás fue testigo de lo que narra), puede hacernos pensar en una suerte de enfermiza autoparodia:

> Quedamos quince. Rematamos a machetazos a los heridos moros, y como se hacían los muertos, para evitar olvidos, acuchillamos a todos. Se terminó. Algunos les cortaban las cabezas. Otros limpiábamos la sangre de las bayonetas en las chilabas. Hacía mucho sol. Tenía sed (Santa Marina: 1939, 23).

Nada tiene que ver con esto la piedad de Giménez Caballero respecto a los "soldaditos", los "paisa", del reemplazo, que son sus principales objetivos. El Tercio solo aparece ("son los Estebanillo González de hoy") en una escena de hospital, donde se produce una rápida visita de su jefe Millán Astray, narrada con unos tintes cómicos que jamás le perdonó quien sería su futuro superior jerárquico en la Salamanca de 1937. Giménez busca tiempo para ver y contar el país, siempre con gracejo y oportunidad, ya sea en el zoco de Tetuán, a la vista de una vieja ramera en sus calles recoletas o de unas mujeres que cantan todavía romances viejos. Aquello es pintoresco, "kodesko" dice (en adjetivo derivado de la marca fotográfica Kodak), pero

nada le hace olvidar la culpa del reciente desastre: su encendida queja está presente en la virulenta "Nota final en Madrid", que cierra el libro y que trasluce los presagios de su futura deriva política, y también la visualizamos en el capítulo "Una oficina", que describe una del Estado Mayor, responsable de "los hilos del tinglado nuestro en Marruecos" y en la que ha encontrado en un rincón un ejemplar polvoriento del famoso *Expediente Picasso*: "Calor, mal olor, estrechez. Frases envenenadas. Gritos, órdenes. Arbitrariedades. Y por dos ventanas, un trozo plácido y sereno de cielo, donde los ojos se posan buscando una liberación" (Giménez Caballero: 1923, 154).

Un año antes había aparecido un pequeño folleto de otro personaje llamado a larga e infausta notoriedad: el *Diario de una Bandera*, del comandante Francisco Franco, prologado por su jefe Millán Astray, a quien pronto sucedería al frente del Tercio (tras la muerte en acción de guerra del primer elegido, el teniente coronel Valenzuela). El texto dice transcribirse del diario de sus dos primeros años de servicio en el Tercio y resulta bastante impersonal, algo pretencioso de estilo y tan convencional en su patriotismo como en sus ideas sobre la cuestión colonial. Una segunda edición, realizada en 1939 para la colección popular *La Novela del Sábado*, tuvo mucha mayor circulación y fue debidamente maquillada en algunos aspectos que podían herir a los aliados marroquíes de la reciente victoria: entre otras cosas, se suprimió la elogiosa referencia al soldadito apodado Charlot que mató a un moro al que había hecho prisionero y le cortó la oreja como trofeo, en la mejor línea del atrabiliario Santa Marina.

Se dijo insistentemente que el presunto "negro" que había escrito aquellas páginas fue el periodista y narrador catalán Julián Fernández Piñero, que firmaba como Juan Ferragut, pero no parece muy verosímil. Franco era hombre de muy escasas lecturas y oratoria desdichada, pero le gustaba escribir y creía hacerlo bien. Ferragut, por su parte, escribía de todo lo que apasionaba al público popular del momento: en 1922, en colaboración con su colega José María Carretero Novillo, "El Caballero Audaz", dio a las prensas una biografía de *Granero, el ídolo. Vida, amores y muerte del gladiador*, sobre el torero cuya cogida conmovió a media España, y en 1947 volvería sobre el tema con una oportunísima *Vida, triunfo y muerte de Manolete*. Las biografías tenebrosas que acogía el Tercio, la acometividad de sus hombres y sus hieráticas actitudes halagaban los mismos gustos y lo cierto es que Ferragut contribuyó mucho a la leyenda legionaria con sus crónicas publicadas en el semanario *Nuevo Mundo*. Estas le sirvieron para componer el relato breve *La misma sangre. Novela de la guerra* (*La Novela Semanal*, diciembre de 1921), en el que narró la azarosa vida de Ricardo Santisteban

que busca refugio en la Legión y halla la muerte al lado del hijo natural que un día no quiso reconocer. Con esa y otras fábulas de los "novios de la muerte", contadas en forma del diario, formó el libro *Memorias del legionario Juan Ferragut* (1925), que tuvo mucho éxito y fue reimpreso en 1931; estaba dedicado a "El Caballero Audaz", llevaba expresivo prólogo de José Francés, y tenía un propósito que deja claro desde el comienzo:

> No sé si esto es una novela […]. Yo sólo se contar lo que oí, o volver a relatar lo que me contaron, sencillamente, como si se lo dijera a un amigo en la tertulia del club o se lo confidenciara a una mujer en esas horas de tregua del amor (Ferragut: 1925, 13).

El prólogo de Francés es algo más alarmante al vincular el volumen de su amigo a la denuncia de una parte de la juventud formada por "el onanista intelectual" y los "seminaristas de las falsas izquierdas ideológicas", a los que confronta "una casta de jóvenes formados en contacto por la vida que no por amor a los libros evitan a la mujer […]. Jóvenes, aún más iconoclastas que los otros, más violentos, más contagiados de odio sano que hace fuertes y nobles a los hombres". En cualquier caso, la mitificación de la Legión anduvo, pues, por los andurriales que conducían en derechura a la mentalidad fascista, activa o pasiva. Fue un fenómeno europeo que se plasmó muy pronto en las difundidas novelas del militar británico de la reserva, Percival C. Wren, que había servido en la India y que, de viaje por Marruecos y Argelia, conoció la Legión Extranjera francesa. A ella dedicó una famosa trilogía de relatos, *Beau Geste* (1924), *Beau Sabreur* (1926) y *Beau Ideal* (1928), pronto traducidas en España, de las que la primera fue llevada al cine dos veces (en 1926, protagonizada por Ronald Colman; y, en 1939, por Gary Cooper). En 1931, el escritor francés Pierre Mac Orlan publicó, a su vez, *La bandera*, una popularísima novela sobre el Tercio que inicia sus pasos en el Barrio Chino de Barcelona, donde conocemos a Pierre Gillieth, su protagonista, y acaba en el campamento legionario de Dar Riffien. En 1935 Julien Duvivier realizó un filme del mismo título en el que Jean Gabin interpretó a Gillieth; Annabella, a la prostituta Aischa-la-Slaui; y Robert Le Vigan, a Fernando Lucas, legionario español.

Aquellas imágenes encendieron la fantasía de muchos jóvenes escritores. El veinteañero Ramón J. Sender obtuvo su primer triunfo cuando la revista barcelonesa *Lecturas* le premió su relato *Una hoguera en la noche* (1923), una historia de amor, traición y muerte, ambientada en la guerra de Marruecos y contada por su protagonista, un teniente que es esclavo de "su hiperestesia" y que busca "la emoción auténtica". Y en 1925 todavía sacó otro relato en la misma revista, titulado *Ben Yeb, el cobarde*. Cuando los es-

cribió no había estado todavía en África, donde prestó servicios como oficial de complemento a lo largo de 1923 y se licenció en 1924. No estuvo por lo tanto en el tiempo del desastre de Annual, aunque indagó sus consecuencias y las llevó a la primera novela anticolonialista española y, sin duda, a la mejor de todas cuantas se han escrito en esa línea. Su título, *Imán* (1930), responde al sobrenombre que sus compañeros dan a un soldado, apellidado Viance, que parece atraer todas las desdichas y cuyo paso por África nos narra un oficial que lo trató y sintió curiosidad y compasión por el desdichado. La descripción de la huida y persecución de las tropas, con su cortejo de dolores, privaciones y miserias humanas, es absolutamente sobrecogedor, igual que el radicalismo de su posición ante el hecho colonial ("Han salvado el alma", comenta un cura castrense tras dar la extremaunción a unos moribundos. "—Pues algún moro habrán matao, digo yo. —No importa. Ha sido en defensa de la Patria. —Esta tierra, ¿es la Patria nuestra o la de ellos?").

El final de la novela, cuando Viance es reembarcado con una modesta condecoración y vuelve a su pueblo aragonés (que ha sido inundado por la construcción de un embalse), resulta inolvidable. Viance se queja pocas veces, pero vale la pena recordar una de ellas, que no deja de ser una adecuada respuesta a lo que planteaba al sacerdote:

> — ¡Dios, Dios! ¿Qué habremos hecho pa que nos metan en este tiberio? En España nadie sabe lo que aquí pasa. De vez en cuando dicen los periódicos: "Nuestros soldados mueren en África", pa molestar al gobierno, pero el pueblo y los ministros ya se han acostumbrao. ¿Bueno, y qué? Aquello está lejos y en todo caso es la defensa de la Patria… Oye, tú, muchacho: ¿sabes qué es la Patria?
>
> El del otro lado lo mira desde el hondo de las órbitas cárdenas y se encoge de hombros. Insiste Viance, obsesionado. El otro habla, por fin:
>
> — El sargento nos lo dijo de quintos, pero ya no me acuerdo (Sender: 2006, 181).

El escritor asturiano José Díaz Fernández se adelantó a Sender en dar una visión moderna y, a la par, muy crítica de la guerra. También había sido soldado en Marruecos en los primeros meses de 1922, desde donde envió sus crónicas al periódico *El Noroeste*, de Gijón, que tuvieron repercusión nacional. Desde un comienzo, decidió que la literatura de la guerra debería ser bastante diferente de lo que pretendían los "escritores madrileños" que han encontrado "un tema mitad folletinesco y mitad teatral para urdir fantasías deplorables y acariciar las imaginaciones un poco ingenuas de esos lectores de novelas baratas". Con esta mentalidad,

> es muy fácil ver la guerra y glosar la campaña en el confortable despacho donde la fantasía vuela para dar afanes a la pluma. La guerra imaginada es una bella sucesión de episodios heroicos que han de calofriar más tarde las vértebras sensibles de

> los lectores ingenuos. Pero la verdadera literatura de la guerra está por escribir. Y no son precisamente los ficticios combates bajo el sol ardiente, ni las escenas de hospitales entre señoritas de la Cruz Roja. Y gallardos legionarios heridos. Es una literatura que puede surgir de esas cartas sinceras, hondas, conmovedoras de los soldados que caen sin saber cómo en lo alto de una loma o en el fondo de un barranco. Literatura que pudiera llevar sobre sí, como sobre los lomos de Pegaso, el odio a la guerra y el retorno al bienestar común […], que sea el reflejo de tantas almas amargadas y tantas vidas vulgares que quedan por aquí rotas. Eso que pudiera llamarse la moral de la tragedia (Díaz Fernández: 2006, 440-441).

Con aquel material escribió los siete relatos independientes, pero estrechamente enlazados a la vez, que componen *El blocao* (1928), un libro que obtuvo halagüeño éxito y conoció una segunda edición en el mismo año. En el interesante prefacio a esta proclama que "hay una fórmula eterna del arte: la emoción. Y otra fórmula actual: la síntesis" (Díaz Fernández: 2006, 6). Y bastante de eso, como sucedía en el caso de la narrativa de Sender, hay en estas magnéticas escenas de guerra: allí conocemos a un soldado que llora por haber perdido su reloj, aunque haya salvado la vida; a un oficial que pone en libertad a la morita de quince años que guió a los atacantes moros hasta las trincheras, con el pretexto de vender higos a los españoles; la historia de una revolucionaria y provocativa mujer, "Magdalena roja", que vende armas a los enemigos, contada por "el Gafitas", un soldado enamorado a distancia de ella; el relato del desastroso "Convoy de amor" en el que la mujer escoltada por la tropa —amante de un sargento— acaba siendo objeto de una violación colectiva y los responsables y la víctima son muertos por el narrador de la historia.

Díaz Fernández inició con este libro una brillante carrera como escritor *comprometido*, actitud que en la que ejercería una destacada influencia en la España de los primeros años treinta. En ellos también dio sus primeros pasos como periodista y autor otro notable testigo de la guerra rifeña, el extremeño Arturo Barea. Tras la guerra civil, se exilió en el Reino Unido donde escribió entre 1941 y 1944 su obra maestra, la trilogía *The Forging of a Rebel*, que le tradujo al inglés su segunda esposa, la periodista austriaca Ilse Kulcsar, con la que se había casado en Madrid, en 1937. El mismo año de 1951 apareció el original español en Buenos Aires. De las tres novelas que componen la trilogía, la segunda —*La ruta*— cuenta sus experiencias en la guerra de Marruecos; la primera —*La forja*— narra su infancia de niño pobre en Madrid y la tercera —*La llama*— está dedicada a la guerra civil. La lista de testimonios negativos fue muy amplia: el periodista gallego Xosé Ramón Fernández-Oxea (Ben-Cho-Sey) adoptó este seudónimo para firmar sus reportajes bélicos escritos para *La Zarpa*, de Orense, que luego

se han recogido en el libro *Crónicas de Marruecos: tras la rota de Annual* ; el soldado catalán Josep Maria Prou i Vilas, que con el tiempo haría una incipiente carrera literaria y política, escribió —casi tres lustros después de los hechos— un impresionante testimonio*, Quatre gotes de sang (Dietari d'un català al Marroc)* (1935), recientemente traducido al castellano (2010).

Después del desembarco hispanofrancés de Alhucemas la pacificación de las cabilas empezó y con ella una visión de las cosas algo distinta por parte de los ocupantes: un orientalismo más turístico y complaciente y también una curiosidad científica más activa y fecunda, como algunas voces habían pedido desde principios de siglo. En 1922, Américo Castro, del Centro de Estudios Históricos, recorrió las juderías del norte de Marruecos recogiendo las formas del peculiar castellano de las colonias sefardíes y los testimonios de la perduración del romancero viejo entre las tradiciones familiares. A comienzos de los años veinte fue destinado al Protectorado el joven militar jerezano Tomás García Figueras que, como interventor, hizo carrera en la administración colonial y llegó a ser jefe de la Oficina Internacional en 1929, cuando ya era autor de dos libros importantes, *Temas del Protectorado* (1926) y *La acción de España en Marruecos* (1928), además de unos *Cuentos de la Yehá* (1934), de tono folclórico. Pero su labor principal fue reunir la más importante colección bibliográfica sobre el país, hoy legada a la Biblioteca Nacional de Madrid, y preparar un libro —*Marruecos* (1940)— que tuvo bastante difusión en sus varias ediciones y que fue por muchos años la mejor síntesis sobre la geografía e historia del territorio.

También conoció bien el país un escritor madrileño, Tomás Borrás, cuya carrera literaria anda hoy demasiado olvidada, quizá por su errática trayectoria política como unos de los fundadores de las JONS y como el futuro e imaginativo autor de *Checas de Madrid*, el libro más difundido sobre la violencia republicana en el Madrid sitiado. Pero Borrás hizo también un teatro vanguardista de bastante mérito y entre sus novelas destaca una de tema marroquí, estropeada por la prosa pretenciosa y campanuda. *La pared de tela de araña* (1924) está dedicada al pintor Julio Romero de Torres, en un ademán explícito de afirmación racial, y tiene tres partes: la primera —"Tetuán"— sienta las bases de una historia de erotismo y picaresca que trenzan una morita joven, Axuxa; el vetusto e impotente marido al que la entregan, Abdala; y un astuto comerciante vecino, Shalum, que busca engañarle y cobrar la ansiada pieza. La segunda parte —"Xauen"—, narrada por un oficial del ejército español, describe la ciudad santa del centro de Marruecos en los días de la pacificación después de Annual (e incluye una versión sefardí del romance de "Delgadina"), y la tercera —"Yebala"—

unifica la trama de las dos precedentes: la adúltera Axuxa ha sido raptada y vejada por una tribu montañesa para convertirla en prostituta y venderla en Tetuán, pero una patrulla española, avisada por el marido y la familia, logra detener a los raptores y entregarlos a la justicia local; Axuxa regresa a su hogar y a los brazos de su atribulado esposo, aunque el narrador español conjetura que acabará sus días en un prostíbulo de Tánger. La imagen de la rescatada puede ser el mejor ejemplo de las virtudes de observación localista del escritor Borrás y su peligrosa cercanía a la pornografía cuartelera:

> Sobre su hermosura puso sus subrayados el arte: el alcojol en los párpados, que suavizaba amoroso el mirar; las manos y los pies, rojos de la alheña, que excita el frenesí y el fetichismo; las manos pulidas con uñas rosadas; el suac blanqueando hasta la porcelana de los dientes, separados unos de otros, y con el perfume salía de su boca el alma en flor […]. Más que las cadenillas argentinas, las telas centelleantes, más que las pulseras de plata oscura, con piedras verdosas y azules, y que las sortijas que agarrotaban sus dedos; más que los jalalíes de los tobillos, que sonaban con dulce tintín al andar la niña, lo que hacía estremecer de ardor a los moros alumbrando en sus rostros fuegos de ímpetus y les incitaba a clamar golpeándose el pecho, era el insinuante, el lascivo tatuaje azul, las dos crucecitas de los pómulos, el recorte del labio inferior, allí donde parece que hay un molde para una bocas, las rayas que descendían hasta lo profundo bajando por el seno, que daban a adivinar que "allí", para la suave caricia y el jadeo del amante, había un nombre rematado en un arabesco (Borrás: 1924, 289-290).

La novela se complace siempre en la crudeza de las escenas, presenta con vivacidad (aunque con transcripciones españolas discutibles) un dilatado vocabulario de la lengua bereber y refleja, a medias entre el folclorismo complaciente y la truculencia, las costumbres conyugales y familiares marroquíes.

Mucho más convencional fue la dedicación a los temas de Marruecos por parte del escritor bilbaíno Luis Antonio de Vega, que había sido uno de los contertulios más jóvenes del café *Lyon d'Or*, en los años dorados de la *belle époque* de su ciudad, y que marchó a Larache en 1926, donde obtuvo el nombramiento de director de las Escuelas Árabes. Aprendió en la Academia Jalifiana el bereber y el árabe y en 1934 obtuvo el traslado a Tetuán, con el mismo rango administrativo. Colaboró en *Informaciones*, el periódico madrileño de ultraderecha financiado por Juan March y dirigido por Juan Pujol, antes de la guerra, y en 1936, a título de falangista, hizo carrera en la prensa de los sublevados, aunque sin especial entusiasmo político por su causa. Era un *bon vivant* que, con el tiempo, fue reputado escritor gastronómico y ocupó un lugar significativo en la no muy abundante nómina de narradores orientalistas que venimos censando: antes de 1936, había publicado una novela corta, *L'Busbir (El pozo de los besos)* (1931), de ambiente tetuaní, y un *Romancero colonial* (1934), que alternaba poemas descrip-

tivos y alguna pieza de exaltación bélica. Sus novelas más importantes de tema marroquí fueron algo posteriores a 1936. *Sirena de pólvora* (1941) tiene como tema a los combatientes moros que lucharon en el ejército franquista y *Amor entró en la judería* (1944) es una evocación rosácea de la guerra de 1859, en torno a una doncella judía enamorada del general Prim.

En la redacción de *Informaciones*, Luis Antonio de Vega trató mucho a César González Ruano, un francotirador literario y político que dilapidó su talento literario en un montón de empeños, alguno de los cuales dieron esporádicamente obras de valía: aparte de su obra de articulista, hoy la más valorada, fue poeta ultraísta, autor de novelas semiautobiográficas de corte barojiano, ensayista y reportero a sueldo de quien mejor pagaba (lo mismo escribió una biografía de Miguel Primo de Rivera sufragada por la Dictadura que un libro*, Seis meses con los nazis*, pagado en 1934 por la Embajada del Tercer Reich). Entre esas obras de oportunidad, no pudo faltar una incursión orientalista, *Circe (Novela de los oasis saharinos)* (1935), a la que el editor Bergua puso una llamativa cubierta fotográfica donde una adolescente beduina enseña el torso desnudo. González Ruano finge que el narrador es su *alter ego*, César de Alda, que un día le entregó en un bar de la zona francesa de Tánger el manuscrito de esta novela "abrasado por Eros y por los monstruos del Tedio". Pero su protagonista es Mario, un aventurero inquieto, y su ámbito geográfico la zona desértica del país al sur de Marrakech; la trama argumental trenza una historia de celos y pasión tórrida por una enigmática nativa, Ifrikiya (nombre significativo donde los haya), con quien —tras una huida a Europa— el personaje decide reemprender su vida en la conclusión de la novela. El relato está bien contado y no faltan, por supuesto, las dosis de tensión y *spleen* habituales en los relatos de un Somerset Maugham, por ejemplo. Y, claro está, tampoco están ausentes las no menos convencionales reflexiones sobre el misterioso atractivo del continente africano:

> África es África misma: cruel y llena de ternura, infantil y complicada, ingenua y perversa, con su razón sin razones que las razones sin razón de Europa no pueden entender. Mario pensaba que allí estaba el nervio del fracaso colonial; en que no trata de aplicar la reforma racional y emotiva de los valores y vicios indígenas, en que es estúpido pretender europeizar África, y no lo sería tanto colocar junto a una cultura otra cultura que, sin acción directa, llegara a influir de una manera lenta, pero segura, como han influido el gramófono y el deporte, como han influido los perfumes de alcohol sobre los perfumes de aceite, como ha influido nuestra inmoralidad sin programa y no nuestra moral programática, didáctica y bastante teórica. ¡Qué enorme fuerza canalizable había en aquella fe bárbara de los aissauas que no sólo desprecian el dolor y la muerte, sino que los buscan con peor estilo, pero con el mismo ardor heroico que los antiguos mártires cristianos! (González Ruano: 1935, 44-45).

Bibliografía

Alarcón, P. A. de: *Diario de un testigo de la guerra de África*, en *Obras completas*, Madrid: Fax, 1943.

Alas, L. *Clarín*: *Cuentos morales*, Madrid: Cátedra, 2011, ed. Jean François Botrel.

Bachoud, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1986.

Baroja, P.: *Obras completas, XVI. Obra dispersa y epistolario*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2000.

Bennani, A.: *Tetuán, ciudad de todos los misterios (Antología)*, Granada: Universidad de Granada, 1992.

Borrás, T.: *La pared de tela de araña*, Madrid: Marineda, 1924.

Carrasco Urgoiti, M. S.: *El moro de Granada en la literatura* (1955), Granada: Universidad de Granada, 1989.

Ciges Aparicio, M.: *Del cuartel y de la guerra* (1906), Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986, ed. Cecilio Alonso.

Entre la paz y la guerra (Marruecos), Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1912.

Correa Ramón, A.: *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*, Granada: Universidad de Granada, 1996.

— "Entre oasis y desierto: realidad y recreación de Marruecos en la literatura española finisecular", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 37, 1 (2007), pp. 39-56.

Díaz Fernández, J.: *Obras*, Madrid: Fundación Santander, 2006, ed. N. Dennis.

Djibilou, A.: *Diwan modernista. Una visión de Oriente*, Madrid: Taurus, 1986.

Ferragut, J.: *Memorias del legionario Juan Ferragut*, Madrid: Mundo Latino, 1925.

Giménez Caballero, E.: *Notas marruecas de un soldado*, Madrid: Imprenta de E. Giménez, 1923.

González Ruano, C.: *Circe (Novela de los oasis saharinos)*, Madrid: Bergua, 1935.

Litvak, L.: *El jardín de Alah. Temas del exotismo musulmán en España*, Granada: Don Quijote, 1985.

López García, D.: *El blocao y el Oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*, Murcia: Universidad de Murcia, 1998.

Moga Romero, V.: *El soldado occidental. Ramón J. Sender en África (1923-1924)*, Melilla: UNED, 2004.

Morote, L.: *La conquista del Mogreb*, Valencia: F. Sempere, 1908.

Noel, E.: *Lo que vi en la guerra (Diario de un soldado)*, Barcelona: La Neotipia, 1912.

Ortega y Gasset, J.: "Libros de andar y ver", en *Obras completas, I (1902-1913)*, Madrid: Revista de Occidente, 1963.

Pérez Galdós, B.: *Aita Tettauen*, en *Obras completas, III. Episodios Nacionales*, Madrid: Aguilar, 1945.

Said, E. L.: *Orientalismo* (prólogo de Juan Goytisolo), Madrid: Libertarias-Prodhufi, 1990.

Santa Marina, L. G.: *Tras el águila del César. Elegía de Tercio (1921-1922)* (1923), Barcelona: Yunque, 1939.

Sender, R. J.: *Imán* (1930), Barcelona: Crítica, 2006, ed. Nil Santiáñez.

Soriano, R.: *Moros y cristianos. Notas de viaje (1893-1894)*, Madrid: Ricardo Fe, 1894.

— ¡Guerra, guerra al infiel marroquí!, Madrid: Talleres Tipográficos de "El Día de Cuenca", 1922.

La literatura hispanomagrebí en Marruecos

José Sarria

1. Contextualización de la literatura hispanomagrebí

1.1. Introducción

En el discurso de bienvenida del II Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Nimega (Países Bajos) en el año 1967, Dámaso Alonso decía que el hispanismo es "una posición espiritual, una elección de lo hispánico como objeto de nuestro trabajo y también de nuestro entusiasmo, de nuestra ardiente devoción". Con motivo del Protectorado español en Marruecos aflora un fenómeno de características singulares, cual es el hecho del surgimiento de un grupo de intelectuales marroquíes que optan, además del estudio de la lengua, literatura y cultura hispánica, por la utilización del castellano como lengua de expresión en sus escritos e investigaciones. El hispanismo que surge en los centros educativos y en las universidades, desde aquella época hasta el momento presente, ha sido capaz, después de múltiples vicisitudes, de generar gran cantidad de textos que abarcan múltiples disciplinas: estudios históricos y lingüísticos, libros de viajes, ensayos literarios, traducciones y artículos periodísticos, todos ellos escritos directamente en castellano (sin traducción interpuesta), que lo si-

túan en un nivel de madurez homologable al del resto de países hispanos. El nacimiento, desarrollo y consolidación del hispanismo en Marruecos es un hecho definitivo, constatado por la actividad plenamente implantada que se lleva a cabo en los Departamentos de Lengua y Literatura Españolas en las Universidades de Rabat (desde 1959), Fez (desde 1974), Tetuán (desde 1978), Casablanca (desde 1988) y Agadir (desde 1992). A ellos se une la red de centros docentes de la Consejería de Educación de la Embajada de España en Marruecos y el Instituto Cervantes, presente en las ciudades de Rabat, Casablanca, Fez, Tánger, Tetuán y Marrakech.

Pero junto a los hispanistas marroquíes existe un grupo de escritores o creadores que también han decidido desarrollar su obra creativa directamente en español y que han llegado a producir, desde los años cincuenta hasta la actualidad, una cantidad importante de textos creativos. Este fenómeno, inicialmente identificado como de "escritura marroquí de expresión en castellano", fue tímido en sus comienzos, a nivel de producción y publicación, siendo los años noventa los que han servido para manifestar el hecho incontestable de la existencia de esta neoliteratura fronteriza que un grupo de investigadores ha denominado, recientemente, como "Literatura Hispanomagrebí" (Gahete *et alii*: 2008, 29-32), generada en Marruecos por un grupo de autores que han venido manteniendo una inquebrantable fidelidad al castellano como lengua de creación, tal y como lo indicó Juan Goytisolo en el prólogo de *Aproximación al sufismo*, de Mohamed Chakor:

> Tras la partida de su administración colonial, Madrid se ha desinteresado de las relaciones culturales con estos países y de la suerte de centenares de miles de hispanohablantes que, como los sefardíes de la diáspora, han mantenido una conmovedora fidelidad a nuestra lengua (Goytisolo: 1993).

Pero este no es un fenómeno aislado. Las lenguas o literaturas fronterizas se han venido desarrollando en otros escenarios geográficos, al producirse el sincretismo de culturas y de lenguas en lugares compartidos. Y este es el fenómeno que se produce en Marruecos, tras un largo periodo de historia común, y que detona con motivo del periodo del Protectorado llevado a cabo por España en la zona durante los años 1912-1956 y la posterior descolonización de la provincia española del Sáhara (1936-1976).

1.2. Una aproximación al término de "literatura hispanomagrebí"

La profesora Selena Nobile ha señalado que la literatura hispanomagrebí es una literatura menor, siguiendo la teoría de Gilles Deleuze y Félix Guattari, en su obra *Kafka. Por una literatura menor* (México, 1978): "Una

literatura menor no es una literatura de un idioma menor, sino la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor" (Nobile: 2008, 25).

Este es el caso de la literatura que determinados autores magrebíes (no solo marroquíes, sino argelinos o tunecinos) hacen en castellano, al igual que ocurre con otras literaturas menores: la literatura inglesa de Irlanda de James Joyce o Samuel Beckett, la literatura inglesa de las Antillas, el alemán en la Praga de Franz Kafka, la literatura fronteriza mexicana escrita en inglés, la poesía hispanocamerunesa (*Equinoccio*: 2007) o la literatura hispanoguineana (*Antología*: 2000), por poner solo algunos ejemplos ilustrativos. En el caso que nos ocupa, nos enfrentamos a una literatura española escrita en Marruecos en minoría frente a otras lenguas con las que comparte espacio: el árabe clásico, la *dariya* –árabe marroquí–, la *hasania* –habla del Sáhara–, el *tamazight* –rifeño–, la *haquitía* –judeoespañol mezclado con árabe, dialecto descrito magistralmente en la obra del tangerino Ángel Vázquez, *La vida perra de Juanita Narboni*–, el francés o el inglés.

Tal y como se ha señalado con anterioridad, después del proceso inicial llevado a cabo por los hispanistas marroquíes, serán los creadores –poetas, narradores y cuentistas– los que opten por generar su obra creativa vertiéndola directamente en la lengua de Cervantes. Desde los años cincuenta, inicialmente de forma tímida, y a partir de la eclosión creadora de los años noventa, los escritores marroquíes han venido a generar una literatura mestizada, transfronteriza, sincrética y enraizada en el marco de la mediterraneidad, habiendo creado personajes y situaciones que cruzan la frontera, dispuestos a dialogar (sin ninguna forma de subalteridad) con las literaturas de las otras orillas y con otras escrituras más remotas, produciéndose lo que Rodolfo Gil Grimanu denominaba como la "magrebidad" del español en autores que han interiorizado el castellano de tal manera que responde, plenamente, a sus planteamientos vitales y a sus inquietudes mentales, psicológicas o espirituales: "una escritura que, por hispánica, no deja de ser marroquí, de contenido árabe o arabizado, actual, inquieta, e incluso lingüísticamente dialéctica" (Gil Grimau: 2002, 127). Tanto el hispanista como el investigador marroquí han utilizado la lengua española como un elemento circunstancial en el desempeño de su trabajo; sin embargo, en los creadores marroquíes la lengua se transmuta en idioma propio, para alcanzar una simbiosis interior que convertirá a la lengua extranjera en canal de expresión personal, habiendo superado, con creces, el posible riesgo de aculturación, que se aprecia sobradamente en estos nuevos creadores magrebíes (poetas y narradores). Así lo resume Alfonso de la Serna en el prólogo del libro *Literatura marroquí en lengua castellana*, de Mohamed Chakor y Sergio Macías:

> Pensar plenamente en español no es para ellos un acto alienante sino la penetración en un territorio mental que es vecino, mas no sólo por la geografía o la circunstancia política, sino vecino en una larga vida de ocho siglos pasados juntos (Serna: 1996).

Con las salvedades que cada caso requiere y tomando las precauciones precisas a la hora de hacer evaluaciones comparativas, podríamos decir que nos encontramos ante un fenómeno literario de similares características (aunque con siglos de distancia, tanto desde el punto de vista lingüístico como de creación literaria) al surgido, en su momento, en Hispanoamérica y del que fluye todo el caudal de la literatura hispanoamericana. Por su lado, la literatura hispanomagrebí se encuentra en sus albores, si bien ello no es obstáculo para identificar un movimiento literario incipiente con características diferenciadoras, configurando una corriente literaria española regional y original surgida en Marruecos, con motivo del Protectorado español, que empieza a extenderse a otras zonas del Magreb y que, compartiendo tradición literaria e idioma (como elemento expresivo), es capaz de singularizarse respecto de la literatura peninsular, en tanto en cuanto abre novedosas vías creativas derivadas de su propia tradición literaria y social arabizada en la que se sustenta y en la que incardina su personalidad, fruto de su entorno sociocultural. De ahí el sincretismo y la "magrebidad" a la que alude Rodolfo Gil Grimau, a la hora de adjetivar a esta neoliteratura española que se regionaliza en el Magreb. Pero es necesario y preciso indicar, en este punto, que esta no es una literatura epigonal de la peninsular, sino que poseyendo señas de identidad propias, que le confieren carta de naturaleza, se eleva como una literatura independiente y singular, aunque española: el costumbrismo local y la iconografía regional, la hibridación árabe-española, Al-Ándalus como patria poética, la sensualidad de Oriente, la recuperación de la figura del loco sabio cervantino y de la nueva picaresca, la oralidad en sus textos, la moraleja como elemento fundamental de las creaciones artísticas, una literatura de la frontera de acentuado compromiso social y, lo fundamental, la utilización y recuperación de palabras que podrían haber desaparecido (procedentes del entorno social o geográfico del Magreb), restableciendo un vocabulario que aportará nuevas posibilidades semánticas y que genera un enriquecimiento idiomático en los textos aportados, desde donde el español recupera nuevos horizontes no ya solo por esta reconquista idiomática, sino por la utilización de neologismos y de extranjerismos incardinados en las obras de estos creadores: mtarbat, chilaba, faquih, sarawal, hamman, morabito, pastella, baraca, babucha, almuacín, zoco, alfaquí, cuscus, cadí, minarete, madrasa, malik, umma, aleya, cabileño, etc.

La existencia de una neoliteratura denominada literatura hispanomagrebí (frente al término ya superado de literatura magrebí o marroquí de expresión en castellano) es, por tanto, un fenómeno real, tangible, del que no cabe cuestionar su presencia en el ámbito cultural y literario. Tan es así que este fenómeno literario ha sido objeto de estudio universitario, habiéndose presentado la primera tesis doctoral (Universidad de Salento, en Lecce, Italia), por parte de la doctora Selena Nobile, quien, con el título de *La literatura hispano-marroquí. Un modelo mediterráneo posorientalista y posoccidentalista*, estudia, analiza y profundiza en obras y autores marroquíes de expresión castellana, dando carta de naturaleza (desde un punto de vista estrictamente académico y universitario) a este fenómeno literario. Igualmente, las Universidades de Sevilla y de Leeds (Inglaterra), de la mano de las estudiantes marroquíes Lamiae el Amrani y Nesrine el Akel, preparan en la actualidad sendas tesis acerca de tan original y emergente literatura. Y asimismo, diferentes universidades de Marruecos y Túnez han dedicado coloquios y seminarios al estudio e investigación de esta corriente literaria.

2. La influencia de las relaciones históricas

Los espacios físicos compartidos (incluso mentales) conforman una base de influencias sobre la que se sustentan fenómenos de transición e intercambio, en el que se participa de ideas, pensamientos y actitudes. Es allí donde nace el fenómeno de las lenguas transfronterizas como derivada de esas comunicaciones participadas que se producen a lo largo de los años o de los siglos.

El espacio común que españoles y marroquíes han compartido durante los últimos quince siglos, y que delimita el espacio señalado por una frontera idealizada que va desde Córdoba hasta Marrakech, genera un proceso mental que hace del español no una lengua extraña, sino un idioma vernáculo con siglos de implantación en Marruecos, así como en Argelia y Túnez, incluso más allá del Sahel (con apariciones singulares en la excolonia de Guinea Ecuatorial e, incluso, en la cercana Camerún).

Desde el año 476 hasta la caída del reino nazarí de Granada existirá una influencia excepcional y continua entre ambas riberas del Mediterráneo. Influencia que no solo se circunscribe al ámbito político o militar, sino a las relaciones comerciales, culturales y humanas entre los diferentes reinos marroquíes y los reinos cristianos de la Península. En los últimos siglos de presencia árabe en España, la dinastía meriní (1244-1465), que gobernó

en Marruecos, así como en parte de Andalucía y del Magreb, utilizó de forma significativa a mercenarios castellanos para formar parte de sus tropas, estableciéndose en la capital del nuevo reino, Fez, en donde dejan su impronta y su influencia.

Más tarde, esta presencia se dejará de sentir claramente en la política internacional implantada en la refundada Tetuán por el exalcalde de la ciudad granadina de Piñar, Ali al-Mandari o al-Mandri, quien había llegado al norte de Marruecos, en 1484, junto con otros refugiados granadinos, tras haber sido arrasada la ciudad por las tropas portuguesas. Las diferentes oleadas de andaluces, judíos y, posteriormente, moriscos contribuyeron de forma significativa a la refundación de Tetuán y a la construcción de la medina, obra de los exiliados "españoles". Tanto Tetuán como Chauen (lugar de nacimiento de la joven esposa de al-Mandri) se encontraban pobladas, fundamentalmente, por gentes llegadas de Al-Ándalus, siendo lugares de importante contribución de los expatriados andaluces.

La llegada de miles de moriscos de lengua castellana (procedentes de Hornachos, Badajoz) a las estribaciones de Rabat dio lugar en el año 1627 a la fundación de la república independiente de Rabat-Salé (República de las Dos Orillas). La república estaba gobernada por un cabildo y un gobernador de la *Fortalesa*, documentando todas sus actividades en el español de la época. La república andalusí se convirtió en un activo centro comercial que atrajo a embajadores de algunos reinos de Europa, judíos, comerciantes cristianos y andalusíes. La experiencia desapareció en el año 1666, siendo absorbida la república por el Sultanato de Marruecos, pero manteniendo un considerable peso en la corte de la época.

La Cancillería del Sultanato marroquí utilizó durante los siglos XVII, XVIII y XIX el español como lengua oficial en sus relaciones diplomáticas; y la lengua de Cervantes fue, obviamente, el idioma de la intervención colonial española durante los siglos XIX y XX. El español siempre ha sido la lengua costera, por lo que no resulta un idioma extraño ni ajeno en el Marruecos norteño, sino que el *dáriya* (lengua coloquial de Marruecos) ha abrazado y absorbido gran cantidad de palabras tradicionales castellanas.

La pérdidas de las colonias americanas en el año 1898 va a producir una vuelta de las miradas del sector militar hacia el norte de África, que traerá como consecuencia el colonialismo de Marruecos, al que se ve conminado el Gobierno, por las continuas presiones de los sectores militares y conservadores, en un intento por recuperar el prestigio dañado por la derrota en América que conllevó la independencia de las posesiones en Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Tras la Guerra de África (1859-1860) la presencia española en la región del Sáhara Occidental se produce de forma estable con la ocupación de Río de Oro en el año 1884, a fin de dar protección al archipiélago canario. La Conferencia de Algeciras (1906) consagra la "legalidad internacional" para dar protección a la zona norteafricana, y vendrá a reconocer el derecho de Francia y España a intervenir en esta región que queda bajo su influencia, derivado todo ello de la inestabilidad a la que se ve sometido el país por la incapacidad manifiesta del sultán para mantener el orden interno. El año 1911 vendrá marcado por el desorden y la anarquía, obligando a la ocupación de Fez por parte de las tropas francesas, mientras que el ejército español lo hace en Larache y Alcazarquivir; todo ello derivará en los Acuerdos franco-españoles de 1912 que vendrán a certificar los regímenes de los protectorados francés y español. España extenderá su zona de influencia por el norte de Marruecos (regiones de Rif y Yebala) y la región de Tarfaya, estableciendo su capital en Tetuán, así como en el territorio del Sáhara (1936), declarado provincia española en 1958. La independencia de Marruecos se produce en el año 1956, de la mano de Mohamed V, quedando pendientes por resolver asuntos como Tarfaya (1958), Ifni (1969) y el Sáhara (1976), que supuso el último vestigio de la dominación española en la región, dando término a la época colonial del Protectorado español en África.

A la hora de llegar a comprender el fenómeno de la eclosión del castellano en Marruecos, y en otras zonas del Magreb, tanto por parte de los estudiosos e hispanistas, así como por parte de los creadores literarios, es importante considerar el recorrido histórico de las relaciones de ambas zonas del Mediterráneo, pero, sin duda, la potenciación de la lengua castellana en aquella otra orilla no se puede llegar a explicar sin la existencia del Protectorado español, ya que es causa imprescindible para que miles de marroquíes acudan a las escuelas españolas (e incluso a las universidades) y aprendan de una forma reglada el idioma y sus herramientas.

Al contrario de lo ocurrido en Marruecos resulta significativo el hecho de que en otras zonas del Magreb no se haya producido un fenómeno literario de similares características, a pesar de la intensa relación histórica que ha podido existir entre España y otras regiones norteafricanas, como por ejemplo con el Orán argelino, cuyas conexiones se encuentran jalonadas a lo largo de los siglos, comenzando con las primeras migraciones de judíos y moriscos desde el siglo XIII hasta el XVI. Orán quedará anexionada a la Corona española en los siglos XVI y XVIII (1509-1708 y 1732-1792). La posterior colonización francesa del país (1830-1962) servirá para que se produzca una nueva oleada migratoria de españoles hacia esta región que

tradicionalmente había sido asentamiento hispano. Estos "colonos" españoles, conocidos coloquialmente como "pieds-noirs" –pies negros–, alcanzarán la cifra de ciento sesenta mil en el año 1886, y convertirán la provincia de Orán en una zona de verdadera influencia española, bautizada por los franceses como *la pequeña España*. El número de españoles o de ciudadanos de origen español superaba la cifra de ciento cincuenta mil en el año 1950, propiciando que el español fuese en la región la segunda lengua de los argelinos, después del árabe. A excepción de las publicaciones periodísticas o en revistas que llegaron a ver la luz en español durante los años de la colonia francesa (hasta veintinueve publicaciones de carácter periodístico se llegaron a editar: *La Gaceta española* y *La Joven España*, *La Gaceta Española en Argelia*, *La voz de España*, *El pueblo español* o *El Correo español*, entre otras), en Argelia no se ha producido más que una limitada actividad por parte de los hispanistas argelinos, a partir de los años noventa.

Por su parte, en Túnez la presencia de lo hispano es mucho más reducida, pues se circunscribe a las incursiones de carácter militar acontecidas entre los años 1535 a 1573 llevadas a cabo por el rey Carlos I y por don Juan de Austria, con el fin de ejercer el control de las plazas costeras del Mediterráneo sur, así como la posterior llegada de los expatriados moriscos de Aragón y Cataluña, producida entre los años 1610-1705, por lo que no cabría esperar movimientos literarios de ningún tipo, aunque, excepcionalmente, sí que ha comenzado a desarrollarse una actividad investigadora y creativa en el ámbito de la literatura hispanomagrebí, llevada a cabo, fundamentalmente, por la Facultad de Letras de la Universidad de La Manouba y el Instituto Superior de Lenguas de la Universidad 7 de Noviembre que han contribuido a la aparición de los primeros textos de creación en español.

3. Influencia de la etapa del Protectorado español en los procesos de desarrollo de la literatura hispanomagrebí

La presencia de lo español en la literatura del norte de África se refleja en el espejo, a su vez, de la presencia árabe en Andalucía. Incluso antes del episodio histórico de Al-Ándalus, la comunicación entre los pueblos que habitaban en ambas riberas ha sido continua, sin apenas fragmentación histórica. Debido a ello, esa comunicación ha encontrado históricamente un elemento armonizador: la lengua y, en muchos casos, la expresión literaria.

La experiencia compartida a través de los siglos, junto con el extraordinario acontecimiento histórico del Protectorado norteafricano, será el detonante para que se produzca, a partir de las últimas décadas, en las agendas

de los gobiernos de ambas riberas, la necesidad de incrementar las relaciones y establecer puentes que conllevan al mutuo conocimiento y al rescate de una relación que nunca debió de verse interrumpida; en ese esfuerzo compartido por recuperar la cooperación se enmarca la necesidad de participar de una lengua que no es ajena y que siempre estuvo en el centro de una historia común.

El estudio del español generado en las escuelas e institutos (y, en algunos casos, en universidades españolas) durante la época del Protectorado dio paso a un hispanismo que ya existía en el ánimo y en el corazón de muchos marroquíes, y que pudieron llegar a canalizar gracias al soporte académico que hallaron en centros docentes y universitarios. Posteriormente, los procesos investigadores generados (ensayos, estudios sociológicos, periodismo, crítica literaria, etc.) darían paso al espíritu creativo (poesía, cuento y narrativa), resultando de tal proceso una caudalosa edición de textos de diversas disciplinas que, siendo, en primer lugar, de carácter científico o profesional, significaron el germen del desarrollo final del proceso creativo de los actuales escritores de literatura hispanomagrebí. Este proceso encuentra en su devenir varios hitos que caben ser destacados:

3.1. Pacificación del territorio y colonialismo (1912-1956)

Desde el inicio del Protectorado español se fragua una relación mucho más intensa, entre ambas riberas, que la que pudo existir, obviamente, en los siglos precedentes. Pero no es hasta que se consigue la total pacificación del territorio norte, en el año 1926, tras el derrocamiento de Mohamed Ben Abd el-Krim el Jatabi, así como con la firma del sometimiento amistoso de las tribus saharauis en 1934 al Gobierno colonial de España, que no se produce una asistencia más intensa y generalizada de los jóvenes marroquíes a las instituciones educativas españolas. El paso por la universidad española de algunos de estos jóvenes significará la aparición en escena de un grupo de intelectuales marroquíes de alto nivel que desempeñarán labores de cronistas, traductores o ensayistas, y que vendrán a utilizar la lengua española como medio de expresión. Durante los años cuarenta y hasta la independencia de Marruecos, esta primera generación de escritores marroquíes en español aportará una considerable cantidad de documentos y textos de todo tipo: traducción, estudios técnicos, historia, investigación literaria, periodismo, etc.

En este periodo existe un fenómeno de vital trascendencia, cual es el hecho de la aparición de soportes físicos, en formato revistas o diarios, que servirán de estímulo y acicate para que estos jóvenes lleven a cabo su decisi-

va aportación literaria. Las revistas *al-Motamid* (Larache, 1947, dirigida por Trina Mercader) y *Ketama* (Tetuán, 1953, dirigida por Jacinto López Gorgé), y el *Diario Marruecos* de Tetuán (1942-1945) significarán las primeras plataformas para el desarrollo de una incipiente literatura española escrita en el Magreb. Autores como Moisés Garzón Serfaty, Abdelkader Uariachi, Mohammad Ibn Azzud Hakim, Abdul-Latif Jatib, Amina Loh, Ahmed Meknasi, Abderrahim Yebbur Oddi, Mohamed ben Abdeslam Temsamani, Alfredo Bustani, Dris Diuri, Mohamed Larbi Khattabi, Muhammad Bennani o Dris el Jay, entre otros, representarán la primera generación de autores marroquíes en español que escribirán con un nivel académico de calidad. Este primer grupo de escritores o hispanistas nunca vio recompensado su esfuerzo y su sacrificio con la luz de la publicación en libros individuales o ediciones antológicas, pero conforma un basamento y un referente indiscutible para las generaciones futuras que han sabido recoger la antorcha de su indiscutible talento e ilustración.

3.2. Independencia y postcolonialismo (1956-1986)

3.2.1. Finalización del proceso colonial (1956)

El año 1956 significará la conclusión del Protectorado español en Marruecos, en la zona norte. Aunque quedaban pendientes de resolución otros asentamientos como Tarfaya (1958), Ifni (1969) y el Sáhara (1976), lo cierto es que la pérdida de la capital administrativa (Tetuán) y el desmantelamiento del gobierno militar (Larache) significaban el abandono, de facto, del territorio que se produce en condiciones poco acertadas por parte de los dirigentes políticos y militares. Confluían en este momento histórico, por un lado, un proceso de independencia y reivindicación nacionalista interno que significa rechazo del colonizado hacia lo español y, por otro lado, el sentimiento de derrota del colonizador que lo llevaba a posiciones de rechazo del territorio y de las gentes que debía abandonar. Con ello las tensiones del momento no iban a colaborar al mantenimiento de relaciones o al acercamiento entre ambas orillas. La dictadura del general Franco no contribuyó en ningún momento a suavizar las relaciones, antes bien se propició un resurgimiento del espíritu nacional que rechazaba todo aquello que tuviese connotaciones árabes, por considerarlas en posiciones enfrentadas, cuando no enemigas.

Tal y como ha señalado Juan Goytisolo, la Administración colonial española dejó en el más absoluto de los desamparos a los ciudadanos marroquíes que habían venido utilizando al castellano como lengua de expresión e, incluso, de desempeño laboral.

Hasta la llegada de la democracia no se producirá, por parte de la Administración española, la obligación moral de recuperar sus raíces y sus relaciones con los países del Magreb. El sentimiento de derrota y de pérdida de los gobiernos franquistas es sustituido por la vinculación histórica, así como por la necesidad de rescatar la presencia española en el mundo árabe, motivo por el cual se llevan a cabo intensas actuaciones en programas culturales y de implantación de instituciones lingüísticas (Institutos Cervantes, Consejerías de Educación de las Embajadas, acuerdos universitarios, etc.) con la finalidad de recuperar una mayor influencia del español y de la literatura española en la zona.

Los años del vacío serán aquellos que van desde la independencia de Marruecos hasta la aparición de las nuevas instituciones académicas en las que se implanta la enseñanza del español y la literatura española. En estos años (1956-1960), y a pesar de las dificultades del momento, un grupo de jóvenes creadores conservan su amor y su pasión por el hispanismo y por la lengua de Cervantes: Mohamed Ibn Azzuz Hakim, Mohamed Mamún Taha (Momata), Abdelkader Uariachi, Dris M. Mehdati, Abderrahman Cherif-Chergui o Mohamed Chakor, que mantienen viva la llama de la fidelidad creativa en español.

3.2.2 La labor universitaria

El estamento universitario que se genera en Marruecos a partir de la independencia ha sido un elemento de máxima relevancia para el proceso de la afloración de una literatura de corte hispanomagrebí. Desde las aulas universitarias, y gracias a un grupo de destacados intelectuales marroquíes, se conformarán varias generaciones de estudiantes, posteriores hispanistas y creadores, con una alta cualificación formativa, más instruida y capacitada gracias a la posibilidad de acceder a una más amplia y mejor información, así como a la aceleración de los procesos de intercambio cultural. Desde los Departamentos de Lengua y Literatura Españolas en las Universidades de Rabat (1959), Fez (1974), Tetuán (1978), Casablanca (1988) y Agadir (1992), se llevará a cabo un proceso formativo de gran calado que contará con el apoyo externo de la red de centros docentes de la Consejería de Educación de la Embajada de España en Marruecos.

Se incorporan nuevos nombres como Aziza Bennani, Mohamed Bouissef Rekab, Abdellah Djbilou, Said Jedidi, Mohamed Sibari, Ahmed Sabir, Hossein Bouzineb o Mustafá Adila, entre otros, que supondrán un nuevo peldaño, de sólidas bases, para el desarrollo del hispanismo y de la creación en español en Marruecos. La profesora Bennani (primera profesora marro-

quí que impartirá la enseñanza universitaria de español) y el profesor Simon Levi aportarán, desde la Universidad de Rabat, un magisterio y una excelente plataforma docente e investigadora del español que contribuirá, de forma decisiva, a la conformación de un grupo de intelectuales universitarios de altísimo nivel que han venido a revelarse como el soporte definitivo del hispanismo en Marruecos.

3.2.3. Los medios de comunicación en español

Al igual que durante la época del Protectorado, los medios de comunicación van a significar, en este periodo postcolonial, un elemento de apoyo fundamental para el desarrollo y consolidación de la literatura hispanomagrebí en Marruecos.

De un lado, el periódico *Marruecos* (en Tánger, 1976-1977) y el suplemento de *L´Opinion* en castellano (en Rabat, desde comienzos de los ochenta) servirán de plataforma, junto a las ediciones trilingües de *Le Journal de Tanger* y *La Dépêche de Tanger,* para que los nuevos creadores puedan ir ofreciendo sus creaciones. Nombres como los de Jalil Tribak, Nadia Bouazza, Moufid Atimou o Choukri el Bakri son algunas de las nuevas voces que, por el momento, se irán incorporando a la ya extensa nómina de autores en lengua castellana.

Hay que hacer notar que la escasez de un público mayoritario con capacidad de consumir literatura en español, así como la baja capacidad económica del país, hacían inviables las aventuras editoriales que pudieran dar oportunidad a la edición de los textos de estos creadores. Es por ello que, en este periodo, las ediciones periodísticas y sus páginas literarias supondrán una imprescindible plataforma de fecundidad creativa, donde la nómina de escritores se sigue ampliando con jóvenes a quienes la creación literaria en español les sigue pareciendo, además de un reto, una verdadera vocación: Ahmed M. Mgara, Larbi el Harti, Malika Embarek López, Ahmed Daoudi, Abdelwahid Salem, Oumama Aouad, Mohamed, Samira A. Brigüech, Mohamed el Kihel, Mohamed Maimoni, Abderrahman el Bakkali, Ali Mohamed Laarbi o KarimaHajjaj serán algunos de ellos.

3.2.4. Abdellah Djbilou: un momento de inflexión (año 1986)

Abdellah Djbilou, recientemente fallecido, va a significar para los intelectuales de Marruecos una de las mayores referencias dentro del hispanismo marroquí. De hecho, el año 1986 supondrá un hito en el desarrollo del hispanismo marroquí y de la literatura hispanomagrebí, en tanto que supone el reconocimiento transfronterizo para los escritores marroquíes en español.

A pesar de que los creadores (poetas y narradores) apenas si habían visto publicadas sus obras, y si lo hacían era en ediciones de escasa repercusión mediática, Abdellah Djbilou logrará publicar en la colección "Temas de España", dirigida por José María Díez Borque, su libro *Diwan modernista. Una visión de Oriente*, en el año 1986. A este libro le seguirán *Tánger puerta de África. Antología de textos literarios hispánicos* (1989) y *Miradas desde la otra orilla. Una visión de España* (1992), publicaciones que supondrán un punto de inflexión para el hispanismo y para la creación en español en Marruecos, que encuentra el acceso a la edición, por primera vez, fuera de Marruecos.

En estos momentos el hispanismo y la creación investigadora escrita en español se encuentran definitivamente consolidados en Marruecos. Sin embargo la creación literaria (novela, cuentos y poesía) aún no ha experimentado un proceso de maduración como para ser tenida suficientemente en cuenta. Con la excepción de *La proscrita* (1953) de Abdul-Latif Jatif, *Zuleja o la historia del loco del cabo* (1953) de Mohammad Temsamani o *Miscelania* (1962) de Dris Diuri, apenas existe una decena de textos editados, de forma individual, hasta inicios de los años noventa: *Jirones del corazón* (1979), *Sinfonía de piedra* (1985), *Voz de tierra, voz de pueblo* (1986), *Trópico insomne* (1988) y *Voz del alma* (1990) de Moisés Garzón Serfaty; *Tetuán* (1986) de Mohamed Chakor; *La guagua* (1986) de Mohamnad Temsamani; *El despertar de los leones* (1990) de Abdelkaedr Uariachi; y *Lo que he pintado en blanco... a media luz* (1990) de Jalil Tribak.

3.3. Final del siglo XX y comienzos del siglo XXI (1990-2012)

De nuevo, durante la década de los años noventa, el servicio de la prensa ha sido concluyente para mantener viva la actividad creadora en español en Marruecos, teniendo su recompensa final con la edición impresa de un número considerable de textos de poesía, novelas y relatos cortos. Gracias a un grupo de periodistas y jefes de prensa con decidida vocación hispanista, se ha ido conformando y conociendo un fenómeno literario que en las dos últimas décadas ha sabido desarrollar carta de naturaleza.

En 1990 hace su aparición en Casablanca el periódico *La Mañana* (recientemente desaparecido) escrito íntegramente en español. Es quizás el medio de comunicación de mayor trascendencia, por su tirada y ámbito geográfico de influencia, para el conocimiento de los textos de los escritores marroquíes en español. Otras publicaciones, de menor implantación geográfica, han servido igualmente como soporte a la actividad creadora de los jóvenes escritores marroquíes en español, ya que desde sus páginas han vis-

to la luz poemas, relatos cortos e, incluso, novelas por entregas, al no existir canales editoriales al uso que ofrecieran la oportunidad de la publicación impresa. Aunque todas los periódicos o suplementos han acabado por desaparecer (actualmente no existe en Marruecos ninguna publicación periodística en español), desde los años noventa los periódicos *El nuevo puente*, *El puente*, *La conciencia*, *Cambios 2000*, *Última noticia*, *La región*, *Dossier*, *Perspectivas marroquíes*, *El Eco de Tetuán* o *Tamuda-Tetuán*, además de algunas otras publicaciones menores, han sido el soporte vehicular para una literatura que veía imposible la edición de sus textos en libros impresos. Como complemento a estos medios impresos existe un noticiero diario en español en la televisión estatal marroquí, dirigido y presentado durante décadas por el escritor Said Jedidi, así como la revista *Hespéris-Tamuda* de la Facultad de Tetuán y la revista *Aljamía* de la Consejería de Educación, que han dado soporte a los creadores marroquíes.

La labor universitaria que se venía desarrollando desde el año 1959, junto con el apoyo decidido de algunos medios de comunicación y la Consejería de Educación de la Embajada Española, recibirá, a partir del año 1992, el empuje del Gobierno español que hará una apuesta decidida para la implantación de seis Institutos Cervantes (Fez, Tánger y Tetuán, en 1992; Rabat y Casablanca, en 1993; y Marrakech, en 2007), además de las aulas-antenas de Alhucemas, Chauen, Nador y Larache. Ello significará una presencia de la lengua española de suma importancia, así como el apoyo a los creadores marroquíes y a la corriente de investigación científica y creativa/estética que ha contribuido, de forma decisiva, a la materialización de una literatura española escrita en el Magreb.

A partir del año 1990, y hasta el momento presente, la literatura hispanomagrebí va a experimentar el periodo de mayor auge editorial. Tras el poemario *Lo que he pintado en blanco… a media luz* (1990) de Jalil Tribak, *El despertar de los leones* (1990) de Abdelkader Uariachi, *Voz del alma* (1990) y *Voz delirante* (1991) de Moisés Garzón Serfaty y *La llave y otros relatos* (1992) de Mohamed Chakor, el listado de libros publicados tanto en Marruecos como en España se eleva casi a la centena, consolidando un fenómeno literario cuya realidad es un hecho incontestable y cuya garantía de continuidad la representa la nueva generación de creadores contemporáneos marroquíes: Mohamed Chakor, Moisés Garzón Serfaty, Karima Toufali, Aziz Tazi, Abderrahman el Fathi, Ahmed Mohamed Mgara, Rachida Gharrafi, Jalil Tribak, Larbi el Harti, Abdul-Latif Jatib, Mohamed Sibari, Mohamed Bouissef Rekab, Mohamed Lachiri, Ahmed Daoudi, Said Jedidi, Mohamed Akalay, Moufid Atimou, Souad A. Abdelouarit, Ahmed Ou-

bali, Mezouar el Idrissi, Mohamed Toufali, Mohamed Failali, Sara Alaoui, Driss Jebrouni, Hamid el Ouarrad, Mohamed Salhi o Abdelkader Ben Abdellati, entre otros.

Junto a estos escritores marroquíes existe una nómina de autores originarios de la zona o región del Rif que también, a partir de los años cincuenta, y con motivo del Protectorado, comienzan a desarrollar sus obras en castellano. El fenómeno de los autores rifeños es muy singular, dado que el Rif ha representado, tradicional e históricamente, dentro de Marruecos un caso diferenciado, derivado del aislamiento geográfico y cultural de las tribus de la zona, de la tradición oral de su literatura y de su expresión idiomática propia: el *tamazight* (carente de alfabeto y gramática sistematizada, hasta época muy reciente). Hasta que el Protectorado no se asienta definitivamente en la región (a partir de la derrota, en el año 1926, de la insurgencia liderada por Mohamed Ben Abd el-Krim el Jatabi), los pobladores de la zona no mantienen, de forma estable, contacto educativo y formativo en la lengua española. De esta época se originan los primeras escritos de Abdelkader Uariachi o Mohamed Temsamani. Actualmente han sido otros autores rifeños los que han decidido aportar su obra en castellano, entre los que destacan la novelista Karima Toufali o el poeta Mo Toufali. Al propio Mo Toufali se debe la obra antológica *Escritores rifeños contemporánes. Antología de narraciones y relatos de escritores del Rif* (2007) que recoge las voces de varios de estos autores en español: Abdelkader Mohamed, Karim Aomar Tufali, Rachid Raja, Mohamed Lemrini o Driss Deiback, y los citados Karima Toufali y el propio Mo Toufali.

4. Situación en otras zonas geográficas del Magreb (Túnez y Argelia)

La influencia del español en la literatura de otras zonas del Magreb, como son Túnez y Argelia, no ha tenido la misma intensidad que en Marruecos, si bien ha dejado y está dejando sentir su impronta con buenas perspectivas de cara a un futuro inmediato.

Las primeras noticias que se tienen de Túnez datan del año 1956 con el inicio, por parte del profesor José Mateo Sastre, de la enseñanza del español y que sirvió para la creación de una primera generación de futuros hispanistas que han venido desarrollando una muy interesante labor desde la Universidade de La Manouba (1975) y del Instituto Superior de Lenguas de la Universidad 7 de Noviembre (1998). Fruto de esos esfuerzos es la aparición en Túnez del primer texto de creación en castellano, llevado

a cabo por Mohamed Doggui, con su poemario *Entre Levante y Poniente* (Madrid, 2006), además de la novela *Mamadú y los verbos españoles* (2010), del mismo autor.

A estos textos de creación se une una considerable nómina de libros publicados en castellano sobre diferentes materias relacionadas con el español y con la literatura española, todos ellos llevados a cabo por una nómina de intelectuales y especialistas de diversas materias, procedentes de las instituciones universitarias citadas anteriormente, así como del Instituto Superior de Lenguas Aplicadas de Béja y del Instituto Superior de Ciencias Humanas de Túnez.

En cuanto a Argelia, y a pesar del amplio periodo de presencia lingüística española en la región del Orenasado, no existen por el momento textos de creación que se puedan incardinar en la corriente de literatura hispanomagrebí, siendo hasta ahora todos los libros editados en castellano pertenecientes al hispanismo argelino, en cuanto que son textos de investigación literaria aportados por los profesores Boualem Benhamouda, Saliha Zerrouki, Mohamed Fethi Merad Boudia, Berbar Benachenhou, Ahmed Ounane, Fodil Delio, Saliha Zerrouki, Zouaoui Choucha o la recientemente fallecida Fatma Benhamamouche, quien tanto ha hecho por el hispanismo argelino desde la presidencia de la revista *Passarelle* del Laboratorio Universitario de Investigación.

5. La literatura hispanomagrebí: una literatura de marcado compromiso social

La finalidad conceptual de la literatura ha sido, es y será objeto de discusión y acalorados debates. El largo caudal de la tradición literaria española sitúa al creador y a su obra, de forma recurrente, ante la encrucijada de la utilidad frente al esteticismo, ya que el principio creador puede generarse, y de hecho se ha llevado a cabo por los diferentes escritores españoles de todas las épocas, desde una pura concepción esteticista (el arte ha de buscar la beldad, la belleza) o bien como herramienta con capacidad ilustradora para transformar al hombre, y con ello a la sociedad. La tradición literaria está repleta de múltiples posicionamientos en torno a estos dos grandes ejes que han movido, y conmovido, a la literatura española.

En la actualidad, la literatura hispanomagrebí, como corriente literaria regional surgida en Marruecos con motivo del Protectorado español, se posiciona mayoritariamente hacia la vertiente o función social de la literatura. Si bien, al tratarse de una literatura muy joven (su recorrido no alcan-

za más allá del periodo que abarca los últimos veinticinco años), sería poco riguroso establecer un análisis crítico definitorio de sus corrientes o estéticas más significativas, puesto que la toma de opciones creacionales obedece más bien a la necesidad naciente de dar respuestas inmediatas al entorno social conocido, antes que la toma de opciones por esta o aquella otra corriente estética.

No obstante lo anterior, sí que se pueden establecer algunos primeros análisis de la obra generada hasta el momento, en la que destacan dos diferentes líneas creativas o conceptuales: por un lado el abundante (y mayoritario) aspecto social que impera en los textos aportados, y de otro lado la necesidad de generar una literatura conceptualmente estética (muy minoritaria), en la que impera, sin una influencia concreta, el tratamiento del elemento amoroso-sexual con el que experimentan los más jóvenes creadores.

En el caso español peninsular, la denominada "poesía social" es aquella que, generada tras la Guerra Civil y desarrollada en el periodo 1950-1965, tras la marcha al exilio de los más ilustres escritores (Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Pedro Salinas o Manuel Altolaguirre, entre otros muchos), va a denunciar las condiciones políticas y a reivindicar la libertad. Para ello, la palabra escrita, la obra del creador se pondrá al servicio de este elevado llamamiento. Los integrantes de este movimiento ven a la poesía como un instrumento para intentar cambiar el mundo, denunciar la realidad que los rodea y concienciar a sus lectores de la injusticia social. Gabriel Celaya, Blas de Otero o León Felipe generarán una poesía que ha tomado la decisión de la utilidad desde la palabra escrita. En esta línea creadora se enmarcan, en muchísimos casos, las literaturas emergentes, ya que suelen aflorar en contextos de grandes tensiones con deseos de cambio y mejora social, que conforman el marco ideal para que la presencia del elemento social aflore en los textos de los creadores.

En una primera aproximación de análisis de los textos de la literatura hispanomagrebí se observa cómo la función social es un elemento que destaca y sobresale, al ser el valor literario más desarrollado hasta el momento presente, de manera abrumadora, en la mayoría de las obras narrativas. La función social de los narradores marroquíes se fundamenta en la necesidad de transformar el entorno social, económico, religioso, etc.; y en el compromiso adquirido desde sus escritos, herederos de la tradición oral de la región, exigiendo un cambio que consideran imperioso. Sirvan de claro ejemplo cualquiera de los textos de Mohamed Sibari; el relato "Moras pisoteadas" de Mohamed Lachiri, en el libro *Una tumbita en Sidi Embarek y otros cuentos ceutíes* (2004, 133); "La ética de una mujer" de Larbi el-Harti,

en *Después de Tánger* (2003, 53); y las novelas *Aixa, el cielo de Pandora* de Bouissef Rekab, *Entre dos mundos* de Mohamed Akalay o *Grito primal* de Said Jedidi. En todos ellos encontraremos una posición decidida de denuncia de aspectos sociales con los que el autor se conmueve y a los que ha decidido oponer la fuerza de la palabra: la lacra de la migración (tanto interior como exterior), la corrupción electoral, la discriminación de la mujer, la prostitución como medio de supervivencia, el choque intersocial, los pactos matrimoniales, etc.

Quizás por prudencia, en algunos casos, o por desconfianza, en otros, la denuncia social de los textos iniciáticos no se ha venido efectuando de forma directa por el escritor hispanomagrebí, adquiriendo relevancia y preponderancia la figura del loco cervantino, como personaje central de muchas de las novelas y textos, que se erige en protagonista de la demanda. Así lo ha expresado el profesor Abdellatif Limami:

> La meditación filosófica, sobre todo en las primeras narraciones, ligada en la mayoría de los casos a las llagas que sufre el país predomina en estos relatos. Lo que no se podía decir de manera explícita en aquel entonces encontraba su lugar en lo metafórico o implícito. La locura, por ejemplo, se utiliza en estos relatos como una forma para desvelar la realidad (…) Al final nos encontramos con la figura del loco que no hace más que expresar en voz alta lo que callamos o pensamos en un silencio mortal (Gahete *et alii*: 2008, 54).

La nómina de "locos-sabios" que hacen de voceros de la denuncia social es muy extensa (personajes arquetípicos serán *el loco del cabo*, del relato "Zuleja o la historia del loco del cabo" de Mohamed Temsamani; Rahma, la mujer loca del relato "La proscrita" de Abdulltif Jatib; Siru, el loco protagonista de "Inquebrantables" e "Intramuros" de Bouissef Rekab; Sidi Alal Chupira de Mohamed Chakor; o Hayat, la protagonista de "La mujer que se escapó de la muerte"); si bien, a medida que los años transcurren, las entregas más recientes ofrecen una perspectiva más directa y personal, adquiriendo el novelista o el poeta mayor protagonismo sin la necesidad de este tipo de apoyaturas o recursos literarios.

A pesar de esta clara y mayoritaria tendencia de la función social que se encuentra en muchos de los textos narrativos de la literatura hispanomagrebí, cabe decir que no se puede hablar de corriente o movimiento estético (más bien de una característica o denominador común), ya que no ha existido un periodo reflexivo que los llevase a tomar posición estética común, ni siquiera se podría hablar de intencionalidad o coordinación de posicionamiento entre los escritores para propiciar ese efecto, como sí ocurrió en España con la poesía social de los años cincuenta y sesenta, sino que el en-

torno, el contexto social, político, demográfico, económico, etc. ha influido de forma decisiva en la manera y modos de afrontar su discurso, existiendo por ello un paralelismo, una simetría, que encontraremos de forma continua en el resultado final de las narraciones o de los cuentos: la rebelión y la expresión de denuncia, con el fin último de propiciar una moralización social que propiciase el desarrollo de un entorno mejor y más justo.

En los poetas se observa (fundamentalmente en los textos aparecidos a partir de los años noventa) un posicionamiento como actitud vital, sin arrastres, y ajena a una tradición que influya en la elaboración del discurso poético. El poeta decide ser elemento incardinado en una estética de denuncia clara, sin ambages, sin perífrasis. Es una

> manifiesta función de registro del vivir o de lo vivido colectivo, así como del dominio identitario (…) La toma de la palabra poética es fundadora de libertad, de tal manera que se produce un constante rechazo al mutismo, al término conformista, al silencio (Torés: 2005).

El escritor marroquí (que se considera protagonista de su tiempo) decide por voluntad propia tomar sus herramientas escriturales y ponerlas a disposición de un discurso de denuncia clara y reivindicativo, en tres líneas concretas: la denuncia de la emigración ilegal y sus consecuencias (los padecimientos del viaje, el engaño al que se ve sometido el emigrante, la explotación allende la frontera, la muerte final, etc.); evidenciar el choque intercultural e interétnico y sus injustas consecuencias; y la filiación con la causa árabe.

El posicionamiento estético de los autores hispanomagrebíes ante la lacra social que supone la emigración clandestina e ilegal encuentra su referente más destacado en Abderrahman el Fathi, quien ha dedicado a este asunto la totalidad de dos de sus poemarios *Abordaje* (2000) y *África en versos mojados* (2002), además de continuas referencias en sus restantes textos, siendo este un elemento recurrente y de continuidad en su discurso poético. También Mezouar el Idrissi con su poemario *Elegía para la espalda mojada* ahonda en la estética de la poesía del compromiso, de la denuncia ante la tragedia de la modernidad que se vive en los pasos fronterizos. Otros poetas, como Mohamed Chakor y Mohamed Sibari, han tratado este asunto, aunque de forma menos prolija que los anteriores, con poemas sueltos en algunos de sus textos (poemas “Sur” y “Medias Lunas errantes” de Mohamed Chakor o “Pechos mojados” de Mohamed Sibari).

Las injustas consecuencias del choque intercultural e interétnico han sabido ser captadas, traídas a primer plano y denunciadas por los poetas Aziz Tazi y Mo Toufali. Tazi lo hace de forma conjunta en la primera par-

te —"Destino incierto"— de su poemario *Último aviso*, mientras que Toufali nos ofrece los dolientes contrastes que se viven en los pasos fronterizos (en este caso de Melilla) para hacer con ello denuncia de las discriminaciones que vive una población musulmana asentada en un territorio propio, y a la vez extraño, en el que son tratados injustamente como ciudadanos de segunda. En sus libros *Canciones y poesías I* y *II* encontramos poemas como "Cosas de mi pueblo", "Un vaso de té con hierbabuena", "Mojamé", "Duduh" o "Tarjeta Postal", que son claros exponentes de una literatura instrumentada como denuncia ante las injusticias y que el poeta decide mostrar en incontestable posición reivindicativa.

Son tres los autores que han decidido escribir abiertamente y sin ambages acerca de la identidad árabe y con ello alinearse con la causa de quienes luchan a favor de aquellos hermanos musulmanes que son injustamente tratados: Abderrahman el Fathi, Mohamed Chakor y Mezouar el Idrissi. La rebeldía frente a la injusticia ha sido descrita magistralmente por Abderrahman el Fathi en este hermoso poema de su libro *Desde la otra orilla*:

> Denuncio mi silencio,
> maldigo mi existencia
> y el día que mis ojos te vieron.
> Me consumo en tu ausencia,
> en tu marcha fúnebre
> y yo impasible, roto.
> Lloro y maldigo mi existencia,
> quemo mi ropa,
> mi identidad árabe
> y denuncio mi silencio.
> (2004, 101)

De ahí nacen dos poemarios plenamente identitarios que se alinean con el sufrimiento y la causa árabe y palestina, tras los acontecimientos del año 2003 con la invasión de Irak por las tropas estadounidense (*El cielo herido*, 2003) y los ataques a Ramallah (*Primavera en Ramallah y Bagdad*, 2003). Por su parte Mohamed Chakor en su poemario *Latidos del Sur* ha dedicado uno de sus apartados completos (bajo el título de "Epicedio") a la denuncia clara y abierta de la situación de injusticia existente en Tierra Santa, Irak, Guantánamo, Beirut o el resto de África. Igualmente el poeta tetuaní Mezouar el Idrissi ha dedicado, en su poemario *Elegía para la espalda mojada*, dos de sus poemas al dirigente palestino Marwan el Barguti, desarrollando toda una iconografía de claro posicionamiento ético y estético, haciendo causa suya el estado de situación por el que pasa actualmente Palestina.

No debemos de olvidarnos, en este momento, del escritor tunecino Mohamed Doggui, que se encuentra viviendo los acontecimientos más recientes de su país y que desembocaron en diciembre de 2010 en la *Revolución de los Jazmines*. El escritor ha ofrecido su literatura a esta causa, habiendo dado un número considerable de poemas y escritos de carácter social en favor de las libertades, que, si bien han visto la luz en publicaciones universitarias y periodísticas, no se pueden obtener aún en libros impresos.

Bibliografía

Antología de Literatura de Guinea Ecuatorial: Madrid, Sial Ediciones, 2000.

Djbilou, A.: *Diwan modernista. Una visión de Oriente*, Madrid: Taurus, colección "Temas de España", 1986.

— *Tánger puerta de África. Antología de textos literarios hispánicos*, Madrid: Editorial CantarAbia, 1989.

— *Miradas desde la otra orilla. Una visión de España*, Madrid: aecid, 1992.

El Fathi, A.: *Abordaje*: Consejería de Educación de la Embajada de España en Rabat, 2000.

— *África en versos mojados*, Tetuán: Universidad de Tetuán, 2002.

Gahete, M.; Limami, A.; Mgara, M. A.; Sarria, J., y Tazi, A.: *Calle del Agua. Antología contemporánea de Literatura Hispanomagrebí*, Madrid: Sial Ediciones, 2008.

Gil Grimau, R.: *La Frontera Sur de al-Andalus*, Tetuán: Tetuán-Asmir, 2002.

Goytisolo, J.: "Prólogo" en Chakor, M.: *Aproximación al sufismo*, Alicante: Edit. Cálamo, 1993.

Nobile, S.: *La literatura hispano-marroquí. Un modelo mediterráneo posorientalista y posoccidentalista*, Italia: Universitá del Salento, 2008.

Serna, A. de la: "Prólogo", en Chakor, M. y Macías, S.: *Literatura marroquí en lengua castellana*, Madrid: Editorial Magalia, 1996.

Torés, A.: "Prólogo", en El Idrissi, M.: *Elegía para la espalda mojada*, Málaga: cedma, 2005.

Toufali, M.: *Escritores rifeños contemporáneos. Antología de narraciones y relatos de escritores del Rif,* usa: Ediciones Lulu, 2007.

Anexos

Cuadro 1
Textos editados por autores marroquíes.

Textos de autores fallecidos			
Mohammad Temsamani	*Zuleja o la historia del loco del cabo*	1953	Cuentos
Dris Diuri	*Miscelania*	1962	Narrativa
Dris Diuri	*Melodías*		Poesía
Dris Diuri	*Latidos*		Poesía
Mohammad Temsamani	*La guagua*	1986	Cuentos
Abdelkader Uariachi	*El despertar de los leones*	1990	Narrativa
Mohamed Mamún Taha (Momata)	*Lágrimas de una pluma*	1993	Poesía
Mohamed Mamún Taha (Momata)	*Susurros*	1995	Poesía

Textos poéticos			
Moisés Garzón Serfaty	*Jirones del corazón*	1979	Autoedición-Caracas
Moisés Garzón Serfaty	*Sinfonía de piedra*	1985	Autoedición-Caracas
Moisés Garzón Serfaty	*Voz de tierra, voz de pueblo*	1986	Autoedición-Caracas
Mohamed Chakor	*Tetuán*	1986	Madrid
Moisés Garzón Serfaty	*Trópico insomne*	1988	Autoedición-Caracas
Moisés Garzón Serfaty	*Voz del alma*	1990	Autoedición-Caracas
Jalil Tribak	*Lo que he pintado en blanco… a media luz*	1990	Edic. Promodif-Tetuán
Moisés Garzón Serfaty	*Voz delirante*	1991	Autoedición-Caracas
Mohamed Sibari	*Poemas de Larache*	1994	Lalla Menana-Madrid
Larbi el Harti	*Espejos sin ti*	1994	Edic. autor-Marruecos
Moufid Atimou	*Naufragio feliz*	1996	El Nuevo Puente-Tetuán
Abderrahman el Fathi	*Triana: imágenes y palabras*	1998	Universidad de Tetuán
Moisés Garzón Serfaty	*Voz de esperanza*	1999	Autoedición-Caracas
Abderrahman el Fathi	*Abordaje*	2000	Consej. Educac. Embajada España-Rabat
Sara Alaoui	*Narrativas y poemas*	2001	Altopress-Tánger
Abderrahman el Fathi	*África en versos mojados*	2002	Universidad de Tetuán
Abderrahman el Fathi	*Primavera en Ramallah y Bagdad*	2003	Universidad de Tetuán
Abderrahman el Fathi	*El cielo herido*	2003	Aula Liter. José Cadalso-S. Roque (Cádiz)
Souad A. Abdelouarit	*Olas de poesía*	2003	Edit. Dispress-Tetuán
Mohamed Chakor	*Latidos del Sur*	2004	Edic. autor-Madrid
Abderrahman el Fathi	*Desde la otra orilla*	2004	Quorum Editores-Cádiz
Mohamed Chakor	*Diván sufí y otros poemas*	2005	La chilaba ediciones-Málaga
Mezouar el Idrissi	*Elegía para la espalda mojada*	2005	CEDMA-Málaga
Moisés Garzón Serfaty	*Voz de eternidad*	2006	CESC-Caracas
Mohamed Toufali	*Canciones y poesías*	2006	Editorial LULU-Jersey City (USA)

Textos poéticos *(Continuación)*			
Aziz Tazi	*Último aviso*	2007	C. Ancha del Carmen-Málaga
Mohamed Sibari	*Poemas del Lukus*	2008	Mille Poetes LLC-USA
Mohamed Sibari	*Diez poemas de amor y una paloma*	2008	Autoedición-Lalla Menana-Madrid
Mohamed Toufali	*Canciones y poesías II*	2009	Mritch Publishing-USA
Abderrahman el Fathi	*Danza del aire*	2010	Edit. Patio de Monipodio. Cádiz

Textos narrativos			
Mohamed Chakor	*La llave y otros relatos*	1992	CALAMO-Madrid
Mohamed Sibari	*El caballo*	1993	EMI-Tánger
Ahmed Daoudi	*Un diablo en la isla de Yudis*	1994	ATIME-Edic.VOSA-Madrid
Mohamed Sibari	*Regulares de Larache*	1994	EMI-Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*El vidente*	1994	Tetuán
Mohamed Lachiri	*Pedacitos entrañables*	1994	Casablanca
Mohamed Sibari	*Judería de Tetuán*	1995	EMI-Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*Desmesura*	1995	Tetuán
Mohamed Sibari	*La rosa de Xauen*	1996	EMI-Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*Inquebrantables*	1996	Rabat
Ahmed M. Mgara	*Tetuán... embrujo andalusí*	1996	Tetuán
Mohamed Chakor	*La llave y Latidos del Sur*	1997	CALAMO-Madrid
Mohamed Sibari	*Cuentos de Larache*	1998	AEMLE-Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*Los bien nacidos*	1998	Tetuán
Mohamed Sibari	*Sidi Baba*	1999	Altopress-Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*Intramuros*	1999	Tánger
Mohamed Sibari	*Relatos de las Hespérides*	2000	Altopress-Tánger
Said Jedidi	*Grito primal*	2000	Tetuán-ASMIR
Mohamed Sibari	*Relatos del Hamman*	2001	Altopress-Tánger
Mohamed Chakor	*Bosque viviente. Cuentos ecológicos y sufíes*	2002-2004	Edic. autor-Madrid
Mohamed Sibari	*Pinchitos y divorcios*	2002	Altopress-Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*El dédalo de Abdelkrim*	2002	Port Royal-Granada
Ahmed M. Mgara	*Desde Tetuán, con amor*	2002	Ed. El Puente-Tetuán
Said Jedidi	*Autodeterminación de invernadero*	2002	Tetuán-ASMIR
Mohamed Chakor	*Nuestra diáspora, Las dos orillas o Narraciones mediterráneas*	2003-2004	Edic. autor-Madrid
Larbi el Harti	*Después de Tánger*	2003	Edit. SIAL-Madrid
Mohamed Akalay	*Entre dos mundos*	2003	AEMLE-Tánger
León Cohen Mesonero	*Relatos robados al tiempo*	2003	Libros en Red
Said Jedidi	*Precintado*	2003	Tetuán-ASMIR
Mohamed Lachiri	*Cuentos ceutíes*	2004	AEMLE-Casablanca
León Cohen Mesonero	*Cabos sueltos*	2004	Libros en Red
Mohamed Sibari	*El babuchazo*	2005	AEMLE-Tánger

Textos narrativos *(Continuación)*			
Ahmed M. Mgara	*Divagaciones*	2005	AEMLE-Tetuán
Mohamed Bouissef Rekab	*El motín del silencio*	2006	Tánger
Mohamed Bouissef Rekab	*La señora*	2006	Edit. SIAL-Madrid
Mohamed Lachiri	*Una tumbita en Sidi Embareck y otros cuentos ceutíes*	2006	Casablanca
Mohamed Akalay	*Entre Tánger y Larache*	2006	Edit. SIAL-Madrid
León Cohen Mesonero	*La memoria blanqueada*	2006	Librería Hebraica-Madrid
Said Jedidi	*Yamna o Memoria íntima*	2006	AEMLE-Tánger
Mohamed Sibari	*De Larache al cielo*	2006	Lalla Menana-Madrid
Ahmed M. Mgara	*Presencias*	2007	Edic. AIMAD-Tetuán
Mohamed Bouissef Rekab	*Aixa, el cielo de Pandora*	2007	Quórum Editores-Cádiz
Mohamed Chakor	*Pesadilla y otros relatos*	2008	Edic. autor-Madrid
Abdelkader Ben Abdellatif	*Said, el pescador y otros relatos*	2008	Autoedición-Tetuán
Moisés Garzón Serfaty	*Tetuán. Relato de una nostalgia*	2008	CESC-Caracas
Ahmed Oubali	*Chivos expiatorios y otros relatos*	2009	Fundación Dos Orillas-Algeciras
Mohamed Failali	*Un intruso inesperado*	2009	Autoedición-Tetuan
Ahmed M. Mgara	*Resonancias*	2009	Fundación Dos Orillas-Algeciras
Karima Toufali	*Desde adentro. Relatos del Rif*	2010	GEEPP Ediciones. Melilla
Said Jedidi	*11-M: Madrid 1.425*	2010	
Mohamed Lachiri	*Un cine en el Príncipe Alfonso y otros relatos*	2011	Casablanca
León Cohen Mesonero	*Cartas y cortos*	2011	Hebraica Ediciones-Madrid
Mohamed Sibari	*La judería de Tetuán*	2012	Editions Slaki Akhawayne
Karima Toufali	*Historias del olvido*	2012	GEEPP Ediciones. Melilla

Cuadro 2
Textos editados por autores saharauis.

Textos poéticos			
Mohamed Doggui	*Entre Levante y Poniente*	2006	Edit. SIAL-Madrid

Textos narrativos			
Mohamed Doggui	*Mamadú y los verbos españoles*	2010	Fundación Dos Orillas-Algeciras

El duelo del *pied-noir:* una reflexión acerca de la representación del Protectoradoen la novela española actual

Vicente Moga Romero

En una reflexión general sobre el Protectorado en la novela española actual cabe retroceder hasta 1859, fecha en la que España irrumpe militarmente en Marruecos. Ese mismo año se edita en Londres la novela de Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*; su mítico inicio podría figurar como lema heráldico de la enciclopedia imaginaria de la literatura española sobre Marruecos: "Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas".

1859 fue el estallido, pero los orígenes de este fulgor son muy antiguos. Los textos de historia literaria apelan al imaginario de Al-Ándalus y Sefarad para intentar explicar el enraizamiento de un conflicto Norte-Sur, con el Mediterráneo de testigo del triple desgaje de las tres religiones del Libro: cristiana, musulmana y judía; un conflicto que acumula siglos de desentendimiento y que ha nutrido las miles de páginas que España ha producido sobre Marruecos.

El peso de las circunstancias históricas ha deparado un desconcierto ideológico que, revivido desde el presente, impregna la percepción alterada del "otro" para salvaguardar la imagen de la superioridad del europeo fren-

te al africano, de la Cristiandad versus el Islam, de "la civilización de las tres emes: el militar, el misionero y el mercader, [quienes] con la coartada de su propia justicia moral, se lanzaron ciegos a llevar la antorcha de la fe y del progreso a la llamada barbarie" (Miranda: 1998, 306).

1. Orígenes y espoletas

El ciclo de los textos coloniales sobre Marruecos, abanderado en 1859 por el *Diario de un testigo de la guerra de África* de Pedro Antonio de Alarcón, queda desplazado en 1893 por el traslado del campo bélico de una punta a otra del norte de Marruecos. Si el primero centra sus focos históricos y ficcionales en lo que poco después será la región occidental del Protectorado, con Ceuta-Tetuán como tándem propiciatorio, el segundo sitúa su nuevo horizonte en las zonas central y oriental: de Yebala al Rif, con Melilla como presencia ineludible, el recorrido de la novela española estará balizado por los hechos de armas deparados entre 1909 y 1926 y sustancialmente por la fecha fundacional del año 1921.

Los mejores constructores del edificio literario de ese periodo liban en la fecha catártica del 21: las campañas de Marruecos aceleraron el metabolismo social de escritores fundamentales, como Ramón J. Sender, José Díaz Fernández y Arturo Barea, los tres, testigos presenciales, que, como algunos de sus predecesores —Eugenio Noel (1910, 1912), Manuel Ciges Aparicio (1912), etc.—, tras la experiencia africanista, quedaron trasmutados de servidores uniformados de la ideología colonial alfonsina en testigos de cargo de las dictaduras de Primo de Rivera y Franco. Como escribió Arturo Barea (1951, 272), "durante los primeros veinticinco años de este siglo, Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos". De este periodo, Sender (1923, 1) escribió años más tarde acerca del "cuento grotesco" que supusieron los siete años de la Dictadura de Primo de Rivera:

> A veces surgen recuerdos alrededor de los nombres y los sucesos de la Dictadura. La impresión de conjunto que nos dejó aquella etapa es de una beatífica estupidez. Desde los comentarios que el golpe de Estado suscitó el año 23 en Kandussi (Melilla), donde estaba el que esto escribe sufriendo esa broma pesada que el Estado se atreve a gastarnos a los veinte años, hasta la muerte incruenta del pobre general en París, todo transcurre como un sueño.

En 1923, el año que Sender llega a Melilla, se publica el libro de Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*. El conjunto de la novelística española sobre el Protectorado puede verse, en el sentido del humanismo marxista de Lukács, como un sistema de creencias compartidas por es-

critores de diferentes orígenes y generaciones. De desigual nivel de compromiso, el paisaje narrativo de la novela sobre Marruecos aúna teselas de un mosaico todavía hoy confuso. Sin embargo, puede afirmarse, desde la perspectiva actual, que se ha producido en los últimos cuatro decenios una importante renovación en la que se impone una recreación actualizada a las circunstancias del siglo XXI de los que pueden ser considerados los textos fundacionales de la novelística española sobre el Marruecos español: la novela-reportaje *Imán* (1930), el conjunto de siete artículos de *El blocao* (1928) y *La ruta,* segundo volumen de la trilogía *La forja de un rebelde* (1951).

Por otro lado, hay que reconocer que sigue vigente una producción literaria anclada en el pasado, que muestra una percepción deformada a nivel emocional sobre el Protectorado y, en general, sobre Marruecos. Así, si se está de acuerdo en que *Imán* sigue hoy restallando como la gran novela de la guerra de Marruecos, dado el magnetismo que emana este relato catalizador y totémico, también habrá que aseverar que buena parte de la mirada de la segunda mitad del siglo XX e inicios del siglo XXI sobre el tiempo del Protectorado de España en Marruecos sigue vinculada a una irrealidad tentacular. Así, como las galerías de esos espejos cóncavos que devuelven distorsionadas las imágenes, muchos de los textos actuales siguen deformando el aspecto de la realidad a representar. Como denominador común de la narrativa española sobre Marruecos, puede decirse que escribir puede ser, en este caso, un ejercicio para mitigar el dolor y el desasosiego producidos por las campañas militares. En contrapartida, el "otro" no existe más que como una torva sombra. En suma, representa el resultado de una operación mal planteada, cuyos improvisados puntos de sutura no impiden que, una y otra vez, se reabra una vieja herida. En este sentido, con el paso del tiempo, esta visión de la novela ha acumulado dioptrías: padece de presbicia creativa y contagia al lector su fatiga visual.

Sucede algo similar, aunque con un registro muy distinto, de la crítica de Mohamed Choukri a los autores extranjeros que escribieron sobre Marruecos, y que alcanzó incluso a su mentor Paul Bowles, al que —en una entrevista a Jordi Esteva (1996, 4-5)— acusó de tener "una idea muy confusa sobre el país" como otros muchos foráneos, que:

> […] nunca escribieron de una manera objetiva. Siempre trataron a los marroquíes de una manera secundaria. No analizan la personalidad marroquí. Hablan de botones, simples camareros o de cuerpos que les proporcionan minutos de placer. Los marroquíes aparecen tan sólo para decorar. Esos escritores jamás se interesaron por la sociedad marroquí. La mayoría venían para descansar o para gozar de sus placeres. Otros para escribir o terminar alguna obra […]

> Sólo buscaron lo primitivo. En ello se relajan. Se han limitado a escribir sobre lo exótico. No se entristecen por los problemas de los marroquíes. Vinieron un poco como quien va al cine a ver una película de aventuras. A ver saltar a un mono de árbol en árbol; y por supuesto el mono era el marroquí. Eso es lo que éramos para ellos. Simios.

2. Antihéroes de la épica colonial

Por lo que respecta a esta reflexión, está dedicada a recoger algunos ejemplos de la producción narrativa española sobre Marruecos surgida en los últimos cuatro decenios y caracterizada, en su conjunto, por una visión más crítica y objetiva. Este periodo, a efectos de este artículo, arranca en torno a 1976, un año significativo en el que se publica la novela de Ángel Vázquez, *La vida perra de Juanita Narboni*. Esta inclasificable obra da paso a un flujo creativo que aporta novedades narrativas de calado sobre la aventura marroquí. Este inicio de la renovación narrativa española sobre Marruecos estuvo precedido con el de la nueva historiografía sobre el Rif y el colonialismo español, con la publicación de varios libros claves: David S. Woolman (1971), *Abd el-Krim y la guerra del Rif*; Miguel Martín (1973), *El colonialismo español en Marruecos, 1850-1956*; y *Abd el-Krim et la République du Rif…* (1976). Así mismo, estuvo precedida, en el aspecto narrativo, por la publicación en 1970 de *Reivindicación del conde don Julián*, de Juan Goytisolo; la edición árabe, en 1972, de la novela de Mohamed Choukri, *Al Hobs al Hafi*, traducida diez años después al castellano por primera vez con el título de *El pan desnudo*; y de la olvidada novela de Serapio Iniesta García (1974), *Pie negro. Los españoles en la guerra de Argelia*.

Este es el punto de partida de esta aproximación, en clave narrativa, que contempla el análisis de varias novelas recientes, publicadas en un paréntesis temporal que se abre en el siglo XX y se cierra en el XXI. Son obras que, en opinión del que esto escribe, han aportado una renovación a la percepción de la cuestión marroquí. En este mismo apartado hay que mencionar también las reediciones y traducciones de obras poco conocidas, producidas en el periodo señalado. En el primer aspecto destaca la citada trilogía de Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, originariamente editada en español en Argentina en 1951 y por primera vez en España en 1977. A la recuperación de la obra de Barea se ha ido uniendo la de otros escritores que aportan un discurso significativo sobre el tiempo del Protectorado, como José Antonio Gaya Nuño (1966). En el segundo aspecto, incide la reciente edición de la traducción castellana de una obra apenas divulgada, como la

de Josep Maria Prous i Vila (2011), *Cuatro gotas de sangre. Diario de un catalán en Marruecos*, originalmente publicada en catalán en 1936.

Antes de desgranar las novelas elegidas para desentrañar su trama argumental, conviene señalar que en su mayor parte se trata de autores vinculados por naturaleza, o por episodios familiares (fundamentalmente relacionados con las campañas de Marruecos o con vivencias del Protectorado), como explicita María Dueñas en la dedicatoria de su novela *El tiempo entre costuras*: "A las familias Vinuesa López y Álvarez Moreno, por los años de Tetuán y la nostalgia con que siempre los recordaron".

Se trata de creadores que manifiestan abiertamente guardar una relación "sentimental", experimentada sobre el terreno geográfico o emocional, con lo que fue el Protectorado. Los diversos estratos de este horizonte incluyen a numerosos novelistas, dado que se puede sostener que la literatura española sobre Marruecos ha experimentado un importante rebrote en los últimos años, pero aquí solo presento algunos.

La nómina de autores podría ser mucho mayor, pues en la novela española sobre Marruecos hay autores que tienen un papel muy completo como Lorenzo Silva, que, además del guion cinematográfico y el estudio especializado, ha trabajado la novela de Marruecos (*El nombre de los nuestros* y *Carta blanca*) y el relato de viajes (*Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*).

En otro contexto, también podría haber escogido una clasificación en torno a la que podrían adscribirse obras de gran interés, que incluyeran las novelas de temática marroquí de Ramón Ayerra (1982), innovador en el tratamiento esperpéntico en su novela *Metropol;* Severiano Gil Ruiz, el autor que posiblemente más haya incidido en el tema de las campañas de Marruecos, aunque su segunda novela, *El cañón del Gurugú* (1992), siga siendo la mejor que ha publicado; *El porvenir del olvido*, de Ángel Castro Maestro (2009), que enraíza en una de las añejas temáticas de la novelística española sobre Marruecos, la sefardí, al igual que Carlos Tessainer y Tomasich (2006); nombres ligados a la literatura juvenil, representada por Ignacio Martínez de Pisón (2000), *Una guerra africana*; Fernando Marías (2001), *El vengador del Rif*; y Fernando Lalana (1990). El caso de este último engarza además con las descripciones de la vida de los soldados durante el servicio militar en "África" como *Plaza de soberanía* de Miguel Bayón (1989), pero el relato juvenil de Lalana tiene una mención especial, porque se convirtió en Melilla, en el periodo en el que se hacía el servicio militar obligatorio, en uno de los libros más vendidos al ser considerado una lectura iniciática de los soldados de reemplazo. Con una redacción muy efectista —"Al sa-

ber que me había correspondido hacer la mili en los Regulares de Melilla, pensé que ya no podía pasarme nada peor..."—, este relato logró en 1991 el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil y tuvo una recreación cinematográfica en 1995 con la película homónima dirigida por Pedro Olea.

Igualmente podría haber escogido autores que escribieron fuera de España, como Juan Goytisolo, uno de los más innovadores, o el menos conocido, pero muy interesante, Agustín Gómez Arcos (1991), *Marruecos*; escritores en lengua catalana, entre ellos Miquel Ferrà i Martorell (2005), *Abdallah Karim, el predicador*, que, al hilo de relatos como el de M. Bouissef Rekab (2002), explora el laberíntico legado dejado por Abdelkrim y los ecos que todavía despierta; aportaciones de emigrantes marroquíes de segunda generación, casos de las nadorenses afincadas en Cataluña, Laila Karrouc (2004), *De Nador a Vic*, y Najat el Hachmi (2008), *L'ultim patriarca*, que retratan los ritos de paso vividos; y también, incidiendo en este último apartado, las novelas de Encarna Cabello (1995) y Germán Muñoz Lorente (2001); o, finalmente, acudir a reediciones recientes de textos "clásicos" dentro de la perspectiva española de las campañas de Marruecos.

La elección de autores es pues subjetiva, aunque las obras escogidas responden a parámetros generacionales y de escritura que pueden ser correlacionados. Así, se trata de autores, en su mayoría, que han elegido para la publicación de su primera novela el tema de Marruecos; que mayoritariamente pertenecen a una generación surgida entre finales de los años cuarenta e inicios de los sesenta; que tienen una fuerte vinculación con Ceuta y, especialmente, Melilla, donde han nacido varios de los autores seleccionados; que retratan a esta ciudad durante el Protectorado como la espoleta de la caja de Pandora de las guerras coloniales; que contemplan que la literatura, en mayor medida que el resto de los textos coloniales y poscoloniales, tiene un papel primordial en la reconstrucción de la memoria; que consideran la novela imprescindible para recrear las aportaciones de las distintas disciplinas científicas —paliar su falta de atmósfera— en el análisis del conocimiento de la realidad social y de la configuración del imaginario; que aprecian en Ramón J. Sender y Arturo Barea su cualidad de maestros de armas de la narrativa antibelicista en España y que *Imán* y *La forja de un rebelde* siguen hoy restallando como las dos grandes novelas de la guerra colonial de España en Marruecos; que, dentro de esta estela senderiana, integran las nuevas voces surgidas en la literatura española respecto de lo que Juan Gotysolo (1982, 7-25) perfila como "Cara y cruz del moro en la literatura"; que son conscientes de la existencia de una confusa "sentimentalidad" acerca de la realidad histórica del Protectorado, y del anacro-

nismo de muchas propuestas textuales —lo que ha llevado a aseverar que el imaginario español del siglo XXI "todavía vive de Muza y Tarik y del Rif" (Juliana: 2001)—; que conocen cómo parte de la narrativa española al uso lastra tanto la realidad como el imaginario, atrapa como una tupida tela de araña la creación literaria reciente y determina su trasfondo ideológico; que asumen que muy pocas novelas españolas alcanzan un equilibrio entre conciencia (veracidad) histórica y recreación (creatividad) literaria, y que en este sentido la *masterpiece* continúa siendo *Imán*; que sitúan al mismo nivel al vilipendiado personaje "nativo, indígena", al "peligroso rebelde" o al "bravo" soldado; que navegan, a menudo a contracorriente, de la mano de los antihéroes de la "épica" colonial, personajes que desembocaron en el océano del desarraigo, como algunos de sus autores, asimilables, en este sentido, a los *pieds-noirs* argelinos; y que, sin entrar a analizar en profundidad cuáles pueden ser sus motivaciones, se sienten atraídos por el persistente impacto en el inconsciente colectivo español de las campañas de Marruecos, desarrolladas entre 1859 y 1926, así como de sus secuelas en la Guerra Civil. En este último aspecto, también son conscientes de compartir un meridiano común: el de haber estado fascinados por una concatenación de hechos trágicos que se remonta a casi un siglo y que España parece no haber digerido aún, evocando una muerte que no ha tenido su duelo, como la de los miles de soldados sin nombre desaparecidos en Annual, que evoca la fecha de julio del 21, la debacle, la derrota asombrada; que acuña desde entonces el tema de las campañas de Marruecos como un tabú a la vez que un rito de paso, alrededor de los cuales gira una y otra vez la noria literaria de los escritores españoles, afectados por el "síndrome de Annual"; y, casi a continuación, la reconquista del Protectorado, como siglos atrás la de Al-Ándalus, frente a la resistencia armada del "moro", es la cuna de la gestación del héroe colonial en un proceso paralelo a la del héroe fascista.

3. Ciudades fetiches: Tánger

En el calidoscopio narrativo español sobre Maruecos, el tema de las ciudades, y en especial Tánger, ciudad fetiche, oasis literario, con su excepcionalidad geopolítica, sigue vigente en la novela española actual. Las visiones que ofrece esta ciudad son disonantes: el experimento literario de creadores vinculados sentimentalmente a la cuna hercúlea, como Ramón Buenaventura Sánchez Paños (1998), *El año que viene en Tánger*; las incursiones puntuales de novelistas, como Susana Fortes (2001), con *Fronteras de arena;* y de otros escritores, atraídos por el halo de malditismo evanes-

cente dejado por las sombras de Paul Bowles, Jean Genet, Andrés Moravia, Samuel Beckett, y, sobre todo, el imprescindible Mohamed Choukri.

Choukri manifestó haber escrito *El pan desnudo* en árabe clásico durante dos meses del año 1952, tras desechar hacerlo en español, lengua que dominaba, y que escribió "a través del estómago". En esta obra autobiográfica, muestra su estima por su ciudad fetiche, Tánger, a la que en 1942 emigró con su familia desde su aldea natal de la cabila de Beni Chicar, a corta distancia de la frontera de Melilla, y donde vivió hasta su muerte en el año 2003.

Los textos sobre la ciudad, que representó para muchos españoles en el Protectorado el paradigma urbanístico y social colonial por antonomasia, presentan una urbe poliédrica y estragada por la acción erosiva del tiempo, que cuenta como su mejor exponente con el retorcido callejero de la *Vida perra de Juanita Narboni*. El texto de Ángel Vázquez (1976) es un monólogo ininterrumpido de la primera a la última página, que cala en el lector como una lluvia tan persistente como intempestiva. Lo que Sender, como enterrador de la Restauración, es a las campañas de Marruecos, resulta Ángel Vázquez a Tánger y, por extensión, al Protectorado, en el oficio de narrar las imposturas habitadas por sombras heroicas y retóricas vacuas.

En el prólogo a la novela, Ángel Vázquez insiste en su intención de "restituir" el lenguaje hablado de unos muy concretos y característicos habitantes de Tánger. Ese "lenguaje inmediato" está impregnado de *yaquetía*, la "particular forma" de expresarse de los hebreos sefardíes, y tiene como vehículo de difusión a una mujer, pues, como Vázquez señala, las tradiciones suelen conservarse por "vía femenina". Así, el lenguaje es la columna vertebral de Juanita Narboni, "una hija de Tánger", que en muchos aspectos tiene el referente de María Molina Gil, la madre del autor, la sombrerera Marmita Medina en la novela, quien en su inagotable discurso viste y desviste la cambiante realidad de una ciudad inasible: un retrato a destiempo de un territorio usurpado por la nostalgia.

El Tánger de Juanita Narboni es un arca de Noé llena de personajes excéntricos, que han quedado encallados en la ola final del Protectorado, en el paso de un tiempo a otro, de cuyo proceso su protagonista es consciente de lo infructuoso de presentarle lucha. Acompañada durante gran parte del relato por su criada tangerina —la "Memloca de Hamruch"— y los espectros familiares, Juanita Narboni hilvana un discurso preñado de referentes cinematográficos. Imagina la vida a través de las distintas pantallas que Tánger le propone, como una heroína a contracorriente. Permanentemente en estado de desasosiego, siempre con la risa cínica en la punta de la lengua, afilada como un espadín —"Tengo la lengua pronta para

juzgar a los demás" (Vázquez: 1976, 246)—, deambula en una ciudad aparentemente fácil y cómoda, golpeando espejos invisibles en los que vislumbra la larga sombra feliz de la "puta" de su hermana, que voló del nido familiar, la figura de un padre distante, perseguido por el olor de su tabaco *Amsterdamer*, y la madre que la abandona en última instancia y cuya pérdida —simbolizada en el relato por el extravío de una fotografía de la madre con "marco de plata"— trastoca su vida y la estructura de la propia novela.

Figura mestiza en todos los sentidos —"Mira, mi bueno, gracias a Dios hemos nacido en una ciudad donde no somos ni del todo cristianas, ni del todo judías, ni del todo moras. Somos lo que quiere el viento. Una mezcla"—, Juanita Narboni es "inglesa de pasaporte", por el padre, pero se siente española por la madre: "Fascinados. Se quedaban fascinados. ¿Qué entienden ellos? Unas mujeres inglesas de pasaporte, andaluzas de sangre y pasadas por Tánger, lo comprendo, de caerse muerta" (Vázquez: 1976, 103).

Habitante de un mundo propio construido con múltiples trucos, a la que le "encanta disparatar":

> Nunca tuve nada de qué arrepentirme, porque mi vida ha sido una vida en blanco, clarita y cernida como la arena de esta playa, fabricada grano a grano con el sufrimiento. No tuve marido que matar ni perro que alimentar… Yo soy como una muñequita, conmigo resulta siempre fácil dialogar, invito a la confidencia, lo descubrí siendo pequeña… (Vázquez: 1976, 125).

A lo largo de todo el relato, Juanita Narboni se muestra hipersensible e hipercrítica: "Mi vida se ha convertido en un dictado lleno de faltas" (Vázquez: 1976, 141). Nada escapa a su radar. Testigo de un mundo que se derrumba, pero empedernida jugadora de las palabras, atisba, sin poder reaccionar, los requiebros de la historia:

> No entiendo a los hombres de negocios, mamá. Hace una semana me recomendaba que no vendiera la casa, y ahora insiste en que debo venderla cuanto antes. Por lo visto en París se ha enterado de cosas. Nos esperan tiempos terribles. "C'est fini le Maroc" me explicó la prometida. "Tánger, kaputt". Yo creo que es polaca. Te advierto que estuve a punto de contestarle: para mí fue kaputt toda la vida, no tengo nada que perder, pero me contuve (Vázquez: 1976, 158).

Juanita Narboni está imbuida de una consciente condición solitaria que marca el título de la novela: "A la hora de la verdad, nadie. Te dejan sola como si fueras un perro. Eso es lo que eres. Un perro de mierda. ¡Hamruch, Hamruch! ¿Estaré enamorada de ti? Por lo menos, eres lo único que tengo" (Vázquez: 1976, 224).

El deterioro de Juanita Narboni marca también el proceso destructivo del Tánger que conoció: "Las ciudades también mueren, y las ciudades alegres y confiadas como la nuestra, con más razón, mueren sin enterarse

siquiera de que ya están muertas" (Vázquez: 1976, 252-253). Con esta claridad, su desmadejado verbo cierra el telón de su tiempo, recoge la bandera de lo que una vez soñó que era un sueño, pliega las velas de su averiada nave y sentencia, pese a que no ha parado de disparatar y de hacer disparates durante toda su vida y "que llevas años y años hablando con una muerta" (Vázquez: 1976, 268):

> Pero la opereta se acabó. Ahora están interpretando en ese mismo decorado una tragedia en árabe. Yo ni me entero. Más vale así, porque si me enterara, sería de lo peor. Ni los nesranis ni los lijudis figuramos en el reparto. Nada de judíos ni de cristianos, ellos solitos, y como es una tragedia, acabarán matándose… Cuando le preguntaba a la desaparecida de Hamruch me contestaba disparates: que el Sultán estaba sentado sobre la Media Luna y que nos protegería a todos (Vázquez: 1976, 252).

Como señala la novela de Ángel Vázquez, Tánger es una ciudad que ha sido explotada de forma intensiva por la literatura y el cine. La novela española más reciente depara ejemplos de los nuevos tics literarios que, en gran medida, siguen siendo similares a los de años atrás. Los inexpertos y accidentales soldados-artistas de las campañas de Marruecos —el alférez de Ceriñola 42, Sender, el soldado de ingenieros Barea, o, en el plano artístico, el soldado que se autorretrata durante el servicio militar, encarnado por el dibujo a lápiz sobre papel firmado en Batel, 1919, del escultor Alberto Sánchez, "Alberto"— son sustituidos por nuevas generaciones de escritores vinculados familiarmente con la ciudad donde han nacido o donde vivieron sus padres —y, como tales, constituidos en portavoces del desarraigo y de los desasosiegos familiares— o que, por vínculos profesionales, han dado un salto a la modernidad biográfica, caso de escritores como José Luis Barranco que, cuando publica su primera novela, *Encuentro en Tánger* (2009), esgrime que "vive y escribe en Tánger".

El relato de Barranco es la otra cara del Tánger de Juanita Narboni. Se desarrolla en el tiempo actual y se hila en el enamoramiento de un hombre por una prostituta a la que conoce en "la trinchera de una barra…" de un local nocturno de Tánger. La trama que se desarrolla en la Tánger contemporánea, la ciudad que "se extiende como un gran pubis por la colina", tiene sus mejores *flashes* cuando enmarca el desigual encuentro entre el opulento norte —conformado por "… compatriotas y foráneos (*techniciens* franceses, ingenieros belgas, algún diplomático inglés…)"— y el deprimido sur:

> […] conocí la mirada torcida de muchachas bellas como mises que nunca lucirían un traje de Christian Dior en París, porque el mundo es diverso y les tocó jugar en el otro campo y enseñar sus cuerpos para comer al día siguiente o ahorrar para pagar el billete de avión o el visado que les lleva a Occidente o para un soborno en una aduana cualquiera…

4. La violencia del atardecer en Quebdani

Más allá de Tánger, existe también la narrativa de Marruecos en relatos que exploran otros tejidos de la presencia española en el norte de África. Uno de ellos es la novela *Kabila*, de Fernando González (1980). Escrita a corriente del tono del periodo, da paso a un flujo creativo que aporta novedades sobre la aventura marroquí. En ella se presenta una novedad radical con respecto a la tradición literaria anterior, ya que la guerra es narrada a través del sargento Ahmed Ben Haki, del segundo Tabor de Regulares número 1 de Tetuán, que, en 1936, recuerda desde esta ciudad lo ocurrido en 1921, en un discurso literario que aflora en una novela a la que el propio González (1980, 7) calificó de heterodoxa:

> Dice un poema islámico del siglo XX que la lámina del sable está acostumbrada que la elogien por el metal, pero sólo es útil si está en manos de un héroe. Esto no sucede en KABILA. El que empuña el arma es un ser humano, no un héroe apartado De su origen, desasido de su cultura, es una secuela del colonialismo con su mundo canalla y trágicamente colorista. En KABILA se da un enfoque heterodoxo a los "hechos de armas" acontecidos en el antiguo Protectorado Español en Marruecos, por eso es un relato de malditos.

En esta línea heterodoxa, más en cuanto a contenido que en lo formal para el canon literario al uso, cabe destacar la aparición en 1997 de la primera novela del melillense Antonio Abad (1997), *Quebdani: el cerco de la estirpe*. Se trata de un relato sustentado por la tensión desigual entre colonizadores y colonizados, ambos inmersos en una historia emotiva resuelta con eficacia narrativa por el autor. *Quebdani* es una de las pocas ocasiones dadas a los rifeños para que cuenten con su propia voz —aunque impostada a través de la traducción simultánea que, desde la empatía rifeña, hace el autor— una fábula fatalista y aciaga, recorrida por los malos augurios de los graznidos de las grajillas, tan omnipresentes a lo largo de toda la narración como los estallidos de violencia.

"Mi madre se llamaba Soulami" es la punta de lanza de este relato, que se sostiene en torno a un alambicado triángulo trazado con tres personajes enlazados en torno al molino de Quebdani: el colono Tomás Dávila, dueño absoluto del molino y de sus habitantes; el "hijo de Soulami", un Beni Urriaguel dejado por su madre en el molino para vengar una afrenta; y Manol, uno de los hijos de Dávila, islamizado como Hassán y, por tal razón, expulsado del núcleo familiar, que es el recipiendario invisible de la narración que desgrana el rifeño.

Los demás personajes giran estrambóticos alrededor del triángulo protagonista, agrupados en círculos concéntricos: el más estrecho, el del clan

familiar, con Aurora Benavides, la esposa de Dávila; los hijos de ambos: el endeble Celestino, la enfermiza María Dolores y Adriana —el amor imposible del "hijo de Soulami"—, Gonzalo y su esposa Luisa Garrido; y Mauro, el perro del molino, al parecer el único amor del despiadado colono; el siguiente círculo engloba a los personajes secundarios: el médico Vicente Moncada, cuya historia es un cruce de las típicas historias de *pieds-noirs;* don Ernesto, el maestro; don Elías, el cura castrense de Quebdani; el teniente Ignacio Villarte, pretendiente de Adriana y la personificación de la represión "indígena".

El personaje de Dávila, amo del molino y de otras propiedades de la cabila de Beni Said que componen la escenografía de *Quebdani*, es la metáfora del peor autoritarismo del poder colonial: una amalgama de rayos y truenos que descargan con violencia sobre su familia y todo lo que le concierne, pero, en especial, sobre el "hijo de Soulami". Escorado por una tos de fumador de nubes negras, Dávila es una figura emblemática de lo que representó durante el Protectorado de España en Marruecos una de las peores tipologías del colono que fijó su residencia en las áridas tierras rifeñas. Como respuesta, el "hijo de Soulami", que encarna un aspecto de la resistencia rifeña, absorbe, como un pararrayos imantado, esta violencia "civilizada" que pretende domeñarlo, para, a continuación, devolverla dosificada y vengativa, con la frialdad de un acero envenenado.

La historia se hilvana a través de una intensa confesión, realizada sin balbuceos —en primera persona y de forma retrospectiva— por un rifeño que, con doce años, es dejado por su madre —"para aprender las costumbres de los europeos" (Abad: 1997, 10)— en un molino cercano al poblado de Quebdani. El lector tendrá que peregrinar hasta casi la mitad de la novela para descubrir que su protagonista-antagonista tiene nombre y se llama "Abd-el-Aziz Zemouri Laarbi", aunque "ellos" se emperren en bautizarlo "Braulio".

El sesgo biográfico que Antonio Abad da a su novela forma parte de la esencia de esta, le confiere su vigor y su potencia descriptiva. La trama narrativa se desarrolla en un entorno desolador: "En todo Quebdani el paisaje se hace cruel por donde quiera que se mire" (Abad: 1997, 27). Por otro lado, desde la perspectiva del colono, el corsé que constriñe con duelas de hierro el territorio de Quebdani es meridiano: la cantina, el molino, el cuartel, la escuela…, y el prostíbulo, dominado por "el aroma profundo de la hierbabuena y el olor fatigoso del hachís" (Abad: 1997, 181).

Estas declaraciones avisan al lector de que el relato no ofrece una válvula de escape que lo aleje del fatalismo de sus páginas ni de la violencia especular que el paisaje transmite a sus pobladores. No obstante, sí que se

encuentran descripciones puntillistas, de tinturas etnográficas, tan bellas como, por ejemplo, la evocación de la boda de Soulami:

> Entonces fue cuando le tatuaron la cara, después le pintaron con *henna* las manos, los pies y los cabellos, y cuando le pusieron dos enormes ajorcas de plata vieja en las muñecas, ni el sebo de borrego, ni la manteca agria pudieron aliviarle el dolor que le produjo la estrechez de aquellos símbolos de desposada que nunca abandonaría (Abad: 1997, 14-15).

Desde el primer capítulo, el autor deja claro el carácter indomable de su protagonista rifeño: "Yo quería hacer de aquel triunfo que obtuvimos en Annual el símbolo de mi carácter y no caer en la frustración y el miedo de la derrota que llegó después" (Abad: 1997, 11). En este contexto, surge un discurso vindicativo, poco común en la novelística española sobre Marruecos, en el que sus argumentos se vuelven contra los colonialistas, como un *boomerang* implacable:

> Es difícil entender cómo la libertad de un pueblo puede ser arrasada por otro pueblo en nombre de la libertad. ¿Hubieras comprendido que nosotros hubiéramos llegado a vuestras costas para entrar en vuestras casas, torturar a vuestros hombres, vejar a las mujeres y a los niños, quitaros vuestras huertas, robaros vuestras minas en pleno siglo XX? (Abad: 1997, 18).

Los argumentos son tan claros como contundentes sus planteamientos: "No queríamos ser colonizados. No pretendíamos la inmersión en una cultura que no nos interesaba. Luchamos hasta el final y a punto estuvimos de consolidar una República del Rif ajustada a nuestras creencias" (Abad: 1997, 18). Con esta reflexión aflora la paradoja de que España, con el apoyo de Francia, destruyó esta República, cuando, sin embargo, motivó su irrupción en el norte de Marruecos, con la excusa de civilizar y estructurar un país que —la propaganda oficial no se cansó nunca de apostar a este caballo viciado— estaba sumido en la anarquía.

Tampoco evita Antonio Abad —por medio de su personaje— diseccionar el cataclismo que supuso para el alma rifeña este fracaso. El resultado fue que muchos guerreros rifeños:

> […] se hicieron mercenarios en vez de luchar por nuestra causa y os los llevasteis a otra guerra, curiosamente a una guerra para matar españoles. Se llevaron los españoles a muchos moros para que los moros mataran a otros españoles. ¿Qué locura estaba sucediendo? Te podrás imaginar cuánta vergüenza siento por todo esto y cómo un pueblo se le puede despojar de sus valores más profundos para caer en una situación miserable. Pero mi padre nunca se doblegó (Abad: 1997, 18-19).

Como las aspas del molino de Quebdani muelen los aires en todas las direcciones, la novela deja al descubierto la vacuidad de la retórica del héroe colonial, que, no obstante, sigue vigente todavía hoy en gran parte de

la opinión pública española. Tomás Dávila, como la mayor parte de los españoles del Protectorado, estaba convencido de que en Annual se "escribió una de las páginas más gloriosas del ejército español" (Abad: 1997, 24).

La fatalidad es un personaje coral y envolvente en la novela *Quebdani*. La ciñe con la misma eficacia que una tupida chilaba de lana guarda el calor en la fría montaña rifeña. Este fatalismo lleva a que, paulatinamente, la vida en el molino se convierta en mera supervivencia, y Abd-el-Aziz Zemouri en el cazador agazapado que lleva dentro.

La trama explota finalmente en el contexto de los sucesos que dieron lugar a la independencia de Marruecos. Dávila, que vivía "como un ser inmortal en su inexpugnable molino…" como muchos otros colonos, no era consciente de lo que pasaba, "de que la Independencia era inminente, que todo lo que él representaba se estaba destruyendo…" (Abad: 1997, 233-234), de que sus objetivos se desmoronaban como el azúcar de pilón en la tetera:

> Se había propuesto construir un mundo a costa de otro mundo que pretendía arrasar, de borrarlo de un mapa con inexplicables signos, con otros nombres, con vanas y absurdas palabras que eran de otra lengua, con otras ropas, otras maneras de guisar, aborreciendo el té, la carne de borrego, la cebolla, los higos y las especias que se vendían en los tenderetes del zoco… (Abad: 1997, 235).

Finalmente, el destino encuentra a Dávila y el "hijo de Soulami" cumple la promesa hecha a su madre dejando, de paso, en el molino, un rosario de cadáveres. Con la muerte de Dávila se culmina el ciclo de la historia de la descomposición de una familia de colonos, tiranizada por su amo, pero incapaz de rebelarse ante él. Es también la alegoría final del Protectorado y la del comienzo de una nueva historia para los rifeños.

5. El tiempo de las narradoras

En las primeras décadas del siglo actual se editan diversas novelas sobre Marruecos que pueden adscribirse a la llamada literatura de género. De la nómina de autoras que la integran se han elegido unas pocas, cuyas propuestas narrativas muestran aristas significativas y diversas. Entre estas, se hallan las de las escritoras Encarna Cabello (2000), Marián Izaguirre (2005), Esther Bendahan (2006) y María Dueñas (2009).

Alizmur, la segunda novela de Encarna Cabello (2000), enlaza los temas fetiches de su autora, la sexualidad entre "desiguales" culturales, religiosos o étnicos, con el telón de fondo de la situación actual de la mujer en el Rif y la emigración como necesidad no solo económica, sino también afectiva. En estos aspectos enlaza con otra novela suya publicada anteriormente como *La Cazadora* (1995).

De mayor calado es la novela de Marian Izaguirre (2005), *El león dormido,* que debe este nombre a las formas que toman las rocas de la cumbre, en las inmediaciones del *yebel* Hamman, la morada de los genios rifeños, los *yenún*. En ella —como en los casos de Cabello, Bendahan y Dueñas— la autora utiliza a una mujer como narradora. En esta ocasión el hilo conductor se llama Lucía Osman, hija de padre español y madre marroquí, que, tras la muerte de esta, es vendida en 1918 por su padre en un burdel de Melilla cuando solo tenía doce años. Pronto aprenderá la mestiza Lucía que el tiempo "devora la realidad" y que sobrevivir exige adaptarse a las circunstancias y a convivir con los personajes de su nuevo universo: los externos (Gerald Holbrooke, fotógrafo inglés; Pablo Ferrer, periodista madrileño en crisis creativa, que reside solo en Madrid, recién abandonado por su mujer, Miranda, y con una hija adolescente, Sara, que vive con su madre; Guillermo Varela, su fotógrafo), y los "actores" del burdel (Max, el pianista; doña Rosita, la madama; el enigmático portero Ahmed, subastado en 1937 en la plaza de Uta el Hamman en Xauen; Juanito Serra y su hijo *Azzemmur* —en rifeño, olivo silvestre—; etc.).

Esther Bendahan nació en Tetuán en el seno de una familia judeo-sefardí española, un hecho que invade sus novelas y las dota de una personalidad propia, un aspecto que se aprecia en especial en su tercera novela *Déjalo, ya volveremos* (2006). Se trata de un texto que también podría incluirse en un epígrafe dedicado al desarraigo, pues quizá debería haberse titulado *Serkea*, como comentó la autora en la presentación en Melilla de su anterior libro *Deshojando alcachofas* (2005).

Serkea es una palabra-concepto que designa en jaquetía esa expresión tan tangerina de alejar y acercar las cosas con un trasfondo filosófico y un tanto de "déjalo ahí" (el armario, el libro, la flor, ¿las emociones?...) que ya volveremos a recogerla (en otras circunstancias, en otro tiempo, con otras manos, ¿con otros sentimientos?...). Un reflujo que evoca "la ida del fumo", de *La vida perra de Juanita Narboni*, expresión indicadora de que alguien se ha volatilizado definitivamente como el humo.

El transcurso del tiempo y las circunstancias tornan imposible, aunque su evocación fluctúa entre la disonancia cognitiva y lo onírico, donde la categórica afirmación del inicio de la novela —"Uno es del lugar donde aprende a separar la luz de la oscuridad. Vivía en el norte de Marruecos, en Tetuán" (Bendahan: 2006, 94)— termina por naufragar en el desarraigo: "... uno deja los sitios, pero nunca los abandona". Así, en este relato, la ciudad sefardí de Tetuán es el principal personaje-topos. En él, sus cuadernas se comportan como una nave a la deriva, cuyo armazón repleto de oque-

dades, transparencias y veladuras cromáticas alojara en su seno la historia de otro buque —este real— el *Pisces,* que naufragó en las costas cercanas a Alhucemas. Su cargamento: un puñado de judíos procedentes de Tetuán rumbo a Eretz Israel. Cometas sesgadas de la tierra de los sueños, enterradas en el cementerio español de la bella Alhoceima. El relato, que la autora compartimenta en cuatro capítulos, constata el cambio surgido entre judíos y musulmanes en Marruecos desde 1948, fecha de la creación del Estado de Israel, y su agudización a partir de la independencia de Marruecos en 1956.

A este respecto, resulta paradójico cómo la literatura española del final del Protectorado, caso de L. A. de Vega (1954: 51), intentó "adormecer" el problema:

> — Este año y el año que viene en Jerusalén.
>
> ¿Por qué en Jerusalén?... Este año en Tetuán y el que viene en Tetuán también... Porque la vida es dulce en Marruecos, y por eso retornan sus hijos que salen para las tierras del jengibre y de la canela, porque a la sombra del Yebel Dersa y frente al Gorgues, hay muchos quince años femeninos que cantan en la fiesta de Esther y lloran el día de Kippur, y muchas bellas manos que amasan las tortas sin sal cuando la festividad del Pessah entra de puntillas por el Bab el Feddam a la Judería.
>
> Yo no encuentro fuera de Berbería mi Jerusalén aunque me incline sobre los planisferios.

Si las anteriores novelas han deparado el interés de un cierto número de lectores, *El tiempo entre costuras* (2009), la primera novela de María Dueñas, se ha constituido en un revulsivo literario de calado. Su autora cumple así una especie de rito iniciático de muchos de los escritores que se han acercado al tema marroquí; también cumple otro de los requisitos casi imprescindibles, el de estar vinculada, por naturaleza o por episodios familiares, al tiempo del Protectorado.

El resumen publicitario de la novela es un apretado muestrario de lo que ofrece un ágil relato recorrido por calculadas dosis de amor, espionaje, glamour, nostalgia, etc., suministradas en el decorado del "exotismo colonial de África", donde la humilde aprendiza de costurera Sira Quiroga se establece, tras abandonar Madrid —"Una máquina de escribir reventó mi destino…"—, y donde se reinventa una y otra vez, con el telón de fondo de la Guerra Civil.

El convulso periplo de la joven Sira la lleva a instalarse primero en la "mundana, exótica y vibrante" ciudad internacional de Tánger y a continuación en Tetuán. Aquí Sira despierta a la alteridad: le llaman la atención las estampas de "musulmanes con turbantes y chilabas rayadas, y moras cubiertas con ropajes voluminosos que solo les permitían mostrar los ojos y los pies…" (Dueñas: 2009, 92).

En la capital del Protectorado encuentra acomodo en la pensión de "Candelaria Ballesteros, más conocida en Tetuán por Candelaria la matutera, tenía cuarenta y siete años y, como ella misma apuntaba, mas tiros pegados que el cuartel de Regulares" (Dueñas: 2009, 93), ubicada en la calle de La Luneta, "estrecha, ruidosa, irregular y bullanguera, llena de gente, tabernas, cafés y bazares alborotados en los que todo se compraba y todo se vendía…" (Dueñas: 2009, 93). En esta pensión trabaja una "dulce muchacha mora", a la que llaman Camila, que la ayuda a instalarse: "— Siñorita, tú no preocupar; Camila lava, Camila plancha la ropa de siñorita" (Dueñas: 2009, 97).

A los ojos de Sira, Tetuán queda compartimentado en dos espacios bien diferenciados: el europeo, el ensanche levantado por los españoles, adscrito a la armonía, la calma, el orden y el progreso; y, en contraposición, el "enclave" de la medina recorrida por los olores, las voces y el retraso cultural. Una propuesta sustentada axiológicamente en el artificio del discurso de la representación colonial del orden frente a la anarquía:

> El ensanche tetuaní, tan distinto de la medina moruna, había sido construido con criterios europeos para hacer frente a las necesidades del Protectorado: para albergar sus instalaciones civiles y militares, y proporcionar viviendas y negocios para las familias de la Península que poco a poco habían ido haciendo de Marruecos su lugar de residencia permanente... Había orden y calma, un universo del todo distinto al bullicio, los olores y las voces de los zocos de la medina, ese enclave como del pasado, rodeado de murallas y abierto al mundo por siete puertas. Y entre ambos espacios, el árabe y el español, a modo casi de frontera se hallaba La Luneta… (Dueñas: 2009, 153).

En Tetuán, bajo la tutela y la vigilancia constante del inspector Claudio Vázquez, a Sira comienza a sonreírle la fortuna. Su casa de costuras se llena de clientas alemanas, italianas y también de alguna "judía rica, sefardí, hermosa, con su castellano suave y viejo de otra cadencia, *hadreando* con su ritmo melodioso en haketía, con palabras raras, antiguas: *mi wueno, mi reina, buena semana mos dé el Dio*, *ansina como te digo que ya te conti* (Dueñas: 2009, 195). De este modo, María Dueñas incorpora en su novela algunos aspectos de la condición de los hebreos en el Marruecos español a través del personaje de "Elvirita Cohén, la hija del propietario del teatro Nacional de mi antigua calle de La Luneta y una de las mujeres más hermosas que en vida he llegado a ver…" (Dueñas: 2009, 213). Esto lo lleva a enterarse de la situación de la importante comunidad sefardí de Tetuán, "españoles por fin de pleno derecho desde que el gobierno de la República accediera a reconocer oficialmente su origen apenas un par de años antes" (Dueñas: 2009, 213).

A la vez que el trabajo asienta a Sira en Tetuán, vive inmersa la guerra civil en una imagen "de ensueño", como la que ofrece cada viernes la procesión del jalifa, cuando se desplaza para ir a rezar desde su palacio a la mezquita. El texto que recrea esta imagen transmite la agonía republicana con un final tan lacónico como abrupto:

> La guerra: tan lejana, tan presente. Del otro lado del Estrecho llegaban noticias por las ondas, por la prensa y saltando de boca en boca. La gente en sus casas, marcaba los avances con alfileres de colores sobre los mapas clavados en las paredes. El único capricho que me permití en esos meses fue la compra de un aparato de radio; gracias a él supe antes de fin de año que el gobierno de la República se había trasladado a Valencia y había dejado al pueblo solo para defender Madrid. Llegaron las Brigadas Internacionales a ayudar a los republicanos, Hitler y Mussolini reconocieron la legitimidad de Franco, fusilaron a José Antonio en la cárcel de Alicante, junté ciento ochenta libras, llegó la Navidad (Dueñas: 2009, 188).

La guerra preocupa a Sira porque no sabe nada de su madre, a la que dejó en Madrid. Esta situación no impide que Sira siga prosperando, siga tomando conciencia de la compleja realidad que la envuelve, mientras transforma su taller en "Chez Sirah. Grand-Couturier" (Dueñas: 2009, 202), nombre que le sugiere su vecino, Félix Aranda, que pule la escasez de instrucción de la costurera:

> Supe que España llevaba ejerciendo su protectorado sobre Marruecos desde 1912, unos años después de firmar con Francia el Tratado de Algeciras por el que, como suele pasar a los parientes pobres, frente a los franceses ricos a la patria hispana le había correspondido la peor parte del país, la menos próspera, la más indeseable. La chuleta de África, le decían. España buscaba allí varias cosas: revivir el sueño imperial, participar en el reparto del festín colonial africano entre las naciones europeas aunque fuera con las migajas que las grandes potencias le concedieron; aspirar a llegar al tobillo de Franca e Inglaterra una vez que Cuba y Filipinas se nos habían ido de las manos y la piel de toro era tan pobre como una cucaracha (Dueñas: 2009, 200).

El texto continúa explicando cómo las "cucarachas" se comieron "la chuleta africana", domeñando, *manu militari*, a sangre y fuego, la resistencia rifeña. Sin embargo, no aclara qué originó lo que denomina "la brutal guerra del Rif" y, por otro lado, ofrece la imagen de que Marruecos —pese a los marroquíes, casi siempre llamados en la novela "nativos", "indígenas", o "moros"— se había convertido, de la noche a la mañana, en un crisol cultural y religioso:

> No fue fácil afianzar el control sobre Marruecos aunque la zona asignada en el Tratado de Algeciras fuera pequeña, la población nativa escasa y la tierra áspera y pobre. Costó rechazos y revueltas internas en España, y miles de muertos españoles y africanos en la locura sangrienta de la brutal guerra del Rif. Sin embargo, lo consiguieron: tomaron mando y casi veinticinco años después del establecimien-

> to oficial del Protectorado, doblegada ya toda resistencia interna, allí seguían mis compatriotas, con su capital [Tetuán] firmemente asentada y sin parar de crecer. Militares de todo escalafón, funcionarios de correos, aduanas y obras públicas, interventores… Familias enteras que atraían a otras familias al reclamo de buenos sueldos y un futuro por construir en convivencia con otras culturas y religiones… (Dueñas: 2009, 200-201).

El relato de la presencia —"impuesta" por la fuerza— de España en el norte de Marruecos adolece en la novela de María Dueñas de perspectiva crítica: no se plantea las preguntas acerca de quién solicitó que España introdujera esas presuntas mejoras que la propaganda oficial destacaba, y a qué coste, para el marroquí, se introdujeron. Eso sí, reconoce de forma explícita que las mejoras introducidas por la impronta colonial tuvo ante todo un objetivo, "satisfacer a la población colonizadora":

> A cambio de su impuesta presencia a lo largo de un cuarto de siglo, España había proporcionado a Marruecos avances en equipamientos, sanidad y obras, y los primeros pasos hacia una moderada mejora de la explotación agrícola. Y una escuela de artes y oficios tradicionales. Y todo aquello que los nativos pudieran obtener de beneficio en las actividades destinadas a satisfacer a la población colonizadora: el tendido eléctrico, el agua potable, escuelas y academias, comercios, el transporte público, dispensarios y hospitales, el tren que unía Tetuán con Ceuta, el que aún llevaba a la playa de Río Martín (Dueñas: 2009, 201).

Respecto de lo que España pudo obtener de su Protectorado, el tono textual de la novela de María Dueñas se muestra paternalista: "España de Marruecos, en términos materiales, había conseguido muy poco: apenas había recursos que explotar" (Dueñas: 2009, 201). En cambio, a renglón seguido, la autora señala que España sí obtuvo de Marruecos,

> en términos humanos… algo importante para uno de los dos bandos de la contienda civil: miles de soldados de las fuerzas indígenas marroquíes que en aquellos días luchaban como fieras al otro lado del Estrecho por la causa ajena del Ejército sublevado (Dueñas: 2009, 201).

La vida de Sira da un nuevo giro cuando conoce a la amante del teniente coronel Juan Luis Beigbeder y Atienza, en esos momentos alto comisario de España en Marruecos, y personaje clave en el mantenimiento del jalifa al lado de la sublevación franquista. Rosalinda Fox es descrita con el pincel del *glamour*: "apareció entonces una mujer rubia delgadísima con todo el aspecto de no ser tampoco un producto nacional… Tenía por nombre Rosalinda Fox y la piel tan clara y fina que parecía hecha de papel de envolver los encajes…" (Dueñas: 2009, 207). El perfil que la novela de María Dueñas traza de Beigbeder es el de un

> tipo discreto y un tanto solitario… Alto, delgado, adusto. Moreno, repeinado. Con gafas redondas, bigote y pinta de intelectual… suele ir vestido de paisano, con unos

> trajes oscuros aburridísimos… Cuentan que es un señor cultísimo, que habla varios idiomas y ha vivido muchos años fuera de España; nada que ver en principio con los salvapatrias a los que por estas tierras estamos acostumbrados… (Dueñas: 2009, 227).

El máximo cargo político del Protectorado queda también caracterizado —por medio de Rosalinda Fox— como "un gran amigo del pueblo marroquí y un apasionado de su cultura…", que continuamente sostiene que españoles y "moros" son hermanos y que todos los españoles son "moros".

Este boceto tan positivo del militar colonial queda compensado con la reacción de Sira, cuando reflexiona acerca de lo difícil que le resultaba casar "la idea del hombre encantador y romántico que mi clienta dibujaba con la de un resolutivo alto mando del ejército sublevado…":

> No la interrumpí, pero en mi mente se conformaron imágenes difusas de moros luchando en tierra extraña, ofreciendo su sangre por una causa ajena a cambio de un mísero sueldo y los kilos de azúcar y harina que, según contaban, el ejército daba a las familias de las cabilas mientras sus hombres peleaban en el frente. La organización del reclutamiento de aquellos pobres árabes… corría a cargo del buen amigo Beigbeder (Dueñas: 2009, 247).

Junto a Beigbeder, María Dueñas incluye en su novela otro personaje de fuste en la España franquista del momento: Ramón Serrano Suñer, cuñado del general Franco y todopoderoso ministro del momento, que viaja a Marruecos para conmemorar el aniversario del alzamiento: "Dicen que es un tipo tremendamente brillante, con una capacidad intelectual mil veces superior a la del Generalísimo…" (Dueñas: 2009, 297).

La trama narrativa alcanza sus mejores momentos en este estadio de la novela, cuando Sira Quiroga se encuentra bien establecida y conoce a Marcus Logan, un periodista inglés que llega a Tetuán en busca de una entrevista con Beigbeder. Sira y Marcus coinciden en la recepción ofrecida por Beigbeder a Serrano Suñer. En ella aparece como la cenicienta que no tiene tiempo de mirarse siquiera en el espejo, pero la reconstrucción del pasaje de la recepción es de lo mejor de la novela.

La labor política de Beigbeder en Marruecos queda reconocida con su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores del nuevo Estado, mientras que Serrano Suñer pasó a Gobernación. La llegada a Madrid del teniente coronel Beigbeder da paso a la parte final de la novela, donde se asiste al despliegue de la ingenua Sira como avezada espía y a la caída de Beigbeder que aparece ahora retratado como un hombre desmadejado y abandonado por la baraka que siempre lo acompañó en Marruecos: "… un Juan Luis roto ya para siempre" (Dueñas: 2009, 624).

6. La guerra en una cabila imaginaria

Un año después de la publicación de *El tiempo entre costuras*, aparece *La ḳábila de Tzen,* la primera novela del melillense Carlos Santiago (2010), autor de una generación marcada por la nostalgia de la pérdida del Protectorado.

"Amanecía en un lugar perdido de las montañas del Rif. El cuartel permanecía en silencio y el gallo no cantaba". Es la azora inicial de *La ḳábila de Tzen,* en la que, con la brumosa historia de las guerras de Marruecos y el penúltimo decenio del Protectorado como telones de fondo, se pone en escena una gavilla de personajes irrepetibles a los que hace deambular por escenarios hipnóticos.

Situada en un lugar sin coordenadas cartográficas, la cabila de Beni Tzen —con la palabra *ḳábila* escrita así expresamente por el autor, como en los textos coetáneos del Protectorado— es la protagonista de un relato coral por el que desfilan seres antológicos, dominados por su condicionamiento del mestizaje al que están permanentemente sometidos:

— Carmen, *La Rubia*, la inesperada maga de Tzen, capaz de desentumecer a golpe de horno la rigidez mortal del gallo Manolete; su marido, el capitán Luis Ramírez, brusco y delicado como una chumbera en flor, obsesionado por la desaparición en el 21 de su tío el capitán Gumersindo Ramírez, cuya condición de militar está contenida por la mano juiciosa de su mujer:

> Carmen le dijo una vez que la gente en general, y sobre todo la que manda, cree que los demás no tienen historia. Que no sufren ni padecen y que están a tu disposición para que les pongas unas riendas y te subas encima. Y eso se termina pagando. Como siempre, su mujer tenía razón y más le valía hacerle caso (Santiago: 2010, 249).

— *Cabomedio*, alias del cojituerto Abderramán Ben Kilali, oriundo de Tzen, el guerrero —dotado de baraka— de todas las batallas, desde Annual hasta el Ebro; y el sargento "Moreno" Bussian.

— El morabito Ben Salam, convencido de que "la noche era otra realidad. El mundo donde vagaban los espíritus" (Santiago: 2010, 171); este hombre santo y sabio, que habita su albo santuario acompañado de presagios y dudas, es también escéptico —"No hay soluciones. Nada es blanco ni negro, todo es gris. ¿Quizás en ese medio tono se esconde la belleza y la verdad de las cosas?" (Santiago: 2010, 171)— y un hombre perplejo ante la inescrutable condición humana:

> Con el paso de los años el miedo se convirtió en perplejidad ante la crueldad humana. ¿Qué era peor? ¿Un tigre hambriento acechando la oscuridad o el ver-

> dugo esperando una orden para acabar con su víctima indefensa? Ningún monstruo salido de la más horrible de las leyendas podía llegar a ser tan cruel como un ser humano. Y si alguien no ha llegado a pensar esto, o no conoce la historia de los hombres o es un cínico (Santiago: 2010, 176).

Todos estos, y otros personajes —la enigmática Chava, la niña Habiba, tatuada con la geometría de la belleza y la ingenuidad, que el tiempo termina transformando en una avezada empresaria—, están recorridos por una tensión de alto voltaje; pero, si hay que escoger al que encarne la catenaria más electrizante, vale elegir al *Moro Gato*, desnudado por su triple coraza:

— La primera, la de su condición original: el soldado catalán Joan Muné, trasladado desde Tarragona a Melilla y al Rif, una etapa que termina con un lacónico "desaparecido en julio de 1921".

— La segunda, la de su conversión en el *Moro Gato*, embutido en su nueva piel de renegado que, a escondidas, sobrevive en Tzen haciendo pequeños trucos de magia:

> — ¿Yo? —se preguntó Joan— ¿Soy Joan? — Como en la metamorfosis de una oruga, Joan, durante aquellos días, fue transformándose. No le crecieron alas, ni sus brazos se habían estirado ni cambiado de color, pero no era el mismo.
>
> Miró al gato negro que se pasaba las horas a su lado. Recordó que, en el Hospital Militar de Melilla, un día le puso una inyección a un moro muy viejo al que le faltaba una oreja y era muy popular entre la gente. Al ir a inyectarle, tardó diez minutos en despejar el culo de tantos zaragüelles como llevaba puestos. Le llamó la atención su nombre: el "Moro Gato".
>
> — Yo, el Moro gato —dijo Joan señalando al gato (Santiago: 2010, 154).

En su asilvestrado estado, el *Moro Gato* encuentra, mientras duerme en una cueva, el placer primario y atávico con Aisha Kandisha, trasmutada de serpiente en mujer, acaso un episodio instrumental que Carlos Santiago utiliza como una lectura alegórica de la expulsión del Paraíso. El contacto carnal revive a Aisha Kandisha y la libera de su maldición "homnívora": "Y, con los dientes clavados en la carne del Moro Gato, sintió el sabor metálico y salado de la sangre de un hombre vivo. Y después de tantos años volvió a abrazar la vida" (Santiago: 2010, 188).

— La tercera, y última trasmigración del otrora soldado catalán y anacoreta forzado, lo convierte en el reputado curandero de Beni Tzen, que se enfrenta a su definitivo estatus en el azogue de las pupilas de Aisha Kandisha: "Él buscó a Joan Muné en el espejo de sus ojos y encontró el triste rostro de un extraño moro. Sintió compasión por él mismo" (Santiago: 2010, 231).

Tras devorar las páginas de la novela, como Aicha Kandisha devora cuerpos de varones, el lector va descubriendo el situacionismo onírico de la cabila de Tzen:

— Ubicada durante más de dos decenios en el limbo del Protectorado, es considerada una tribu levantisca, castigada por los españoles a no existir, aunque, sin ningún pesar, para sus habitantes, que, además, desconocen este hecho: "Pero mi general, los de Tzen no saben que están castigados por lo del veintiuno y ni siquiera saben que pertenecen al Protectorado Español de Marruecos" (Santiago: 2010, 15).

— Es una zona cercana a Midar, a cinco jornadas a pie de Fez, situada en una región montañosa de difícil acceso, permanentemente custodiada por un exotérico guardián y sus no menos extrañas cabras.

Con sus atípicos personajes y en el territorio de una cabila imaginaria, Carlos Santiago relata los juegos del destino, que convirtieron en tropas regulares coloniales a los hasta apenas ayer "kabileños enemigos" (Santiago: 2010, 16), mientras que los oficiales españoles "se iban haciendo cada vez más moros y los moros seguían tan moros como siempre" (Santiago: 2010, 14). Este proceso de adaptación no impidió que se generalizara entre los militares y colonos españoles una suerte de psicología colonial, a la que no le tembló el pulso a la hora de considerar "a los colonizados como salvajes e inferiores y que sólo por eso tenían que ser sumisos" (Santiago: 2010, 18).

La respuesta del "otro" lado, la ofrece Carlos Santiago en su novela en la voz de oráculo de Mhamed Abdelkrim, hermano de Mohamed Abdelkrim el Khattabi:

> — ¿Salvajes? En esta tierra todos nos llamamos salvajes unos a otros. Los de una kábila a los de la otra, los de un aduar a sus vecinos, un pariente a otro. Y así, querido Abdulá, aunque pasen dos siglos, no conseguiremos la unificación del Rif. Los cristianos siempre tienen en sus bocas esa palabra para hablar del moro y ellos son los más salvajes aunque dicen ser los más civilizados. ¿Hay algo más salvaje que obligar a otros a que piensen como tú y olviden lo que son? (Santiago: 2010, 76-77).

De igual modo, la novela de Carlos Santiago no duda en paquear —a la manera de Dino Buzzatti en *El desierto de los tártaros*— sobre:

> … el "enemigo fantasma" que tanto gustaba tener a los españoles cuando no había guerra. Siempre hay que estar atento por si acaso ataca el enemigo. Mirar desde la garita al exterior del cuartel con el rifle cargado esperando la inminente batalla. Toda la noche esperando y el enemigo no viene (Santiago: 2010, 27).

Pero la realidad es que desde el rasero de tortuga de los blocaos se pierde la perspectiva del entorno, mientras que sucede todo lo contrario desde el ojo de halcón de los morabitos. Los primeros, hundidos en la reseca tierra, se agarran al clavo restallante del heliógrafo; a los segundos les basta, desde el otero del cielo, esperar la llegada de la noche.

La kábila de Tzen conjuga así dardos críticos con destellos de humor impagables. Este el caso de la escena en la que al sargento mayor Manzanera se le cae una fila de libros de las viejas estanterías de madera de la Oficina Mayor del cuartel de Midar, que manda el capitán Ramírez:

> — Manzanera, ¿está usted bien?
>
> — Sí, mi capitán. Se me han venido encima unos tomos y me he caído de la escalera…
>
> — ¿Qué guerra se le ha venido encima?
>
> — La del 1909, pero sólo la campaña de julio a septiembre.
>
> — ¡Enhorabuena! Es usted de los pocos supervivientes —dijo Ramírez irónico (Santiago: 2010, 15-16).

El humor, al igual que las pinceladas irónicas, ofrece al conjunto del cuadro una verosimilitud que deja atrás el dramatismo patriotero de tantas novelas sobre Marruecos. La humanización —frente a la demonización generalizada entre los españoles— del líder de la resistencia rifeña, señala también el equilibrio narrativo y la perspectiva histórica alcanzada por la novela de Carlos Santiago, en episodios notables, como cuando describe el encuentro apócrifo entre el cojituerto Abderramán y el presidente de la efímera república del Rif:

> Abdelkrim lo mandó llamar. Lo recibió bajo una higuera, sentado ante una mesa de escribiente, sobre una esterilla de cáñamo. Hacia el crucigrama del periódico *El Telegrama del Rif*.
>
> Abderramán se cubrió el rostro y se tiró al suelo. No quería mirar al jefe de los Beni Urriaghel a los ojos, no fuera a creer que le iba a echar mal de ojo y culparle de perder la guerra contra los cristianos.
>
> … Bajó la vista al crucigrama. Horizontal: plato típico español, ocho letras.
>
> "Este Abdelkrim parece español" —pensó Abderramán.
>
> … Abdelkrim alzó la mirada y exclamó:
>
> — ¡TORTILLA! (Santiago: 2010, 29).

Esta afortunada digresión, en la que la tortilla representa el Rif, emparedada en un férreo bocadillo por españoles y franceses, no impide que la novela reconozca, siempre con ese lenguaje pecualiar que recorre sus páginas, la cualidad épica de la empresa liderada por Abdelkrim:

> … en los pocos años que duró la República del Rif se produjeron más cambios que en cinco siglos. Ni Lenin en un ataque de optimismo hubiera llegado a pensar que era posible una revolución en lo alto de unas montañas peladas del norte de África, con un pueblo empobrecido sometido al ataque de dos potencias coloniales europeas. El empeño en intentar transformar un grupo de tribus mal avenidas en un estado moderno, en cinco años, era mil veces más poderoso que la condena de la historia, de la opresión y de las sequías (Santiago: 2010, 189).

El pulso entre el distanciamiento irónico y la textualidad histórica alcanza en el registro narrativo incluso a la situaciones dramáticas, como

cuando, en la posición de Annual, poco antes de que se produzca su debacle, un capitán critica la irracional actitud de Silvestre: "nuestro general se cree Alejandro Magno en el Reino de los Chumbos" (Santiago: 2010, 96).

Por otra parte, en *La kábila de Tzen* está también presente la denuncia de la corrupción entre los mandos militares del Protectorado que tuvo —entre los coetáneos de las campañas— a Sender y Barea como principales acusadores. En *La kábila de Tzen* se reseña la estampida de carcoma que corroía la columna vertebral del ejército expedicionario:

> El grueso del negocio estaba en manos de militares y ricos comerciantes. Los primeros eran pocos pero muy activos. Movían mercancía ilegal mezclada y surtida con el abastecimiento de la tropa y sus conexiones pisaban mármol en Madrid. Se llenaban los bolsillos y, de paso, cubrían de mierda a los demás militares que cumplían con su profesión. Los ricos comerciantes no distinguían el mercado negro del blanco (Santiago: 2010, 53).

Algunos de los clásicos *leitmotiv* de los textos de ficción, pero con base histórica, sobre el Protectorado también están en *La kábila de Tzen*. Al igual que en otras novelas del periodo, en la de Carlos Santiago los diversos tiempos en que se desenvuelve quedan enlazados por un "misterio" irresuelto. En este caso, se enlaza la muerte en 1921 de un capitán español —Gumersindo Ramírez, de Infantería de Ceriñola— con la investigación sobre su paradero que lleva a cabo, veinte años después, su sobrino el capitán Ramírez.

Menos frecuente resulta la categorización dada a los rifeños. *La kábila de Tzen* destaca su valentía —como, por otra parte, es casi un lugar común en la novela española sobre Marruecos—, pero va un paso más allá al señalar que por encima de su condición de combatientes no pueden ser considerados solo soldados sino, sobre todo, guerreros (Santiago: 2010, 14).

Carlos Santiago tampoco olvida incluir en las páginas de su novela a las mujeres del Rif. Describe cómo, durante la guerra, las rifeñas de Tzen, dueñas de la retaguardia, deciden abrir un sencillo local al que llaman el Café de París (Santiago: 2010, 161). Aunque ninguna de ellas ha visto nunca la ciudad del Sena, sí cuentan con Chaba: "Una amazona dura y aguerrida que escribía poesías en francés y pintaba marinas en medio de aquellas montañas desérticas" (Santiago: 2010, 162). Es una imagen de la mujer rifeña muy alejada de la extrema crueldad que le asignó Carmen de Burgos, *Colombine*.

No se ceba Carlos Santiago con descripciones truculentas, sino que utiliza su pluma como el fiel de una balanza que aloja dos platillos repletos de similares cargamentos de violencia:

> En su contraofensiva, los españoles conquistaron el Gurugú y fueron avanzando con mucho coste humano. Lo que fueron descubriendo era pura barbarie, una gran orgía de sangre y terror…
>
> En el juego de venganzas tocaba ahora el turno a los españoles, que pagaron con la misma moneda (Santiago: 2010, 195).

En este juego de espejos rotos orillados a uno y otro lado del Mediterráneo que es *La kábila de Tzen*, su autor realiza uno de los pocos reconocimientos explícitos en la narrativa española sobre el Rif a la cultura *amazige*:

> Los carceleros españoles observaban cómo la tristeza se apoderaba poco a poco de los cautivos. Los hombres del Rif se autodenominaban en su lengua *imazighen*, que significa hombres libres, y ni entre sus mayores desgracias estaba incluida la cárcel. Ellos pensaban que era más honrosa la muerte que pudrirse entre aquellos cuatro muros (Santiago: 2010, 210).

El final de la novela se escribe con un epílogo surgido desde un nuevo tiempo, quince años después del final del Protectorado, cuando en 1968 el ya comandante retirado Luis Ramírez y su mujer, Carmen *La Rubia*, retornan por una jornada a Beni Tzen. En este viaje de despedida definitiva, encuentran muchas novedades y afrontan caudales de nostalgia entre los viejos conocidos como la hermosa Habiba y su marido, Abderramán. Este viejo guerrero se asemeja a un retorcido acebuche que testimonia el paso de un mundo ya desaparecido, en el que: "Las sombras de los jinetes desesperados en su última carga, se habían disipado hacía mucho tiempo y los estampidos de lo fusiles rifeños estaban enterrados en las orejas de los muertos" (Santiago: 2010, 326).

7. Una carta y doce balas

Como señala Ada Castel (2010, 14), a propósito de la recesión de la novela de Luis Leante (2007), *Mira si yo te querré*, en el tejido de este tipo de novelas es fácil encontrarse con todos los recursos del género:

> desigualdad social entre los dos amantes; hallazgo inesperado de cartas de amor escondidas durante décadas, con lazo rojo incluido; grandes casualidades que facilitarán un posible reencuentro; secretos indeseados, infidelidades inciertas, suspense a golpe de diálogos, sorpresa de última hora y lo que haga falta.

Esta plantilla tópica encaja bien con la novela de Vicente Gramaje (2011), *Cuando leas esta carta*, primera obra escrita por su autor —médico rural— impulsado por la lectura de un texto sobre lo acontecido en Marruecos en 1921.

Dos registros se entrecruzan en dos planos que recorren de forma simultánea la novela: el presente, que se sitúa en 2009-2010, en el que Víc-

tor, un médico que ha tomado un año sabático tras la muerte de su mujer, se encuentra en Monte Arruit cuando aparecen durante la excavación de una zanja unos restos óseos que resultan ser de españoles de 1921; el pasado, como resultado de la aparición entre estos huesos de una botella lacrada que contiene una carta "perdida en el tiempo" —escrita en la posición de Chamorra, el 27 de julio de 1921, por el capitán Pedro Gimeno Trester a su mujer, Noelia Claramunt Pellicer, que vivía en un pueblo de Teruel.

El encuentro entre Víctor y Claudia, capitán del ejército español, que se desplaza a Monte Arruit desde Melilla para recoger los huesos, marca la trama argumental; la decisión de Víctor de entregar la carta a su destinataria lo lleva a reconstruir su vida al enamorarse de la capitana que se convierte en su compañera de pesquisas.

La perplejidad de Víctor al descubrir en Monte Arruit un retazo de la historia de España que desconocía (un suceso que transcurrió hacía casi noventa años) al igual que el contraste cultural que este hecho representa bien pueden ser generalizados a la opinión pública española actual:

> Yo había oído hablar sobre nuestras andanzas en el norte de Marruecos, sobre las guerras de África, el nacimiento de la Legión, y, a grandes rasgos, sabía que las cosas no nos fueron bien por allí; me sonaba también un tal Abd el Krim… Pero poco más. La aventura colonial en el norte de África no era la parte más conocida de la historia de España. De todas maneras me sorprendió el deseo de que los lugareños mostrasen un mínimo respeto hacia las osamentas. Reconozco que era algo irracional, si en España apareciesen restos musulmanes en un cementerio sería extraño que la gente sintiese algo más que mera curiosidad (Gramaje: 2011, 18).

La novela de Gramaje es de las primeras novelas de la guerra de Marruecos que incorpora internet. Lo hace cuando su protagonista Víctor —nombre elegido como homenaje a Víctor Ruiz Albéniz, el *tebib arrumi*, o el médico cristiano— teclea en *Google* Monte Arruit: "La mayoría de las entradas eran breves y se referían a lo mismo, al Desastre de Annual y la masacre… Pinché en varias de las entradas y leí los textos…" (Gramaje: 2011, 81). En internet compra el libro *El Expediente Picasso. Las sombras de Annual* (Gramaje: 2011, 101), que recoge "el trauma para la sociedad española y para su clases política y militar" (Gramaje: 2011, 158) que supuso el desastre de Annual. Las nefastas implicaciones del hecho colonial son relativizadas a través de los diálogos de sus dos principales protagonistas, Víctor y Claudia:

> [Víctor] — Eso fue lo que ahora llamamos "explotación de los bienes del Tercer Mundo" Claudia, colonialismo puro y duro, sin más…
>
> [Claudia] — No es tan fácil como parece. Es un error juzgar con los principios morales de ahora lo que ocurrió hace cien años, la sociedad no se parecía en nada a la nuestra y se guiaba por otros valores… (Gramaje: 2011, 258).

Al igual que el texto de Gramaje, la novela de Rafael Martínez-Simancas (2011), *Doce balas de cañón. El sitio de Igueriben*, incorpora dos registros narrativos y dos estratos históricos: el actual —la novela está escrita entre los años 2008 y 2010—, en el que el autor utiliza como hilo conductor el viaje al Rif de Arturo Rodríguez, un experimentado y amoral actor, con el objetivo de contextualizar un posible papel cinematográfico en torno a la figura del comandante Julio Benítez Benítez; y el de julio de 1921, con la defensa y caída de la posición de Igueriben narrada a través de la mirada de Gregorio López Rendilla, un joven soldado del Regimiento de Ceriñola 42.

Esta disposición dual permite al autor enfrentar los ideales de dos épocas y elaborar un discurso —de resonancias senderianas— contrastando las olvidadas figuras de dos héroes atípicos de las campañas de Marruecos —el comandante Benítez y el teniente Luis Casado Escudero, de trágico destino— con la banalidad de la vida contemporánea, centrada en torno a las apariencias, el acomodamiento y el consumo televisivo.

De este modo, los hechos que se narran, como el propio Martínez-Simancas avisa en una nota de autor previa al desarrollo de la trama, están novelados sobre una base histórica y, al contrario de otros muchos textos, intenta un equilibrio entre lo que denomina "el mundo civilizado" y "la barbarie en estado puro" (Martínez-Simancas: 2011, 89). El realismo cinematográfico que impregna las páginas de esta novela —que incluye un álbum fotográfico— lleva a consideraciones críticas hacia los responsables de los hechos de armas del verano de 1921, así como a los constructores del nuevo tejido político español surgido de 1978 que intoxicó a muchos de los fervorosos españoles del régimen franquista con —en expresión del autor— el "extraño virus de la democracia" (Martínez-Simancas: 2011, 105).

En el tema de la campaña impulsada por el general Silvestre desde la Comandancia General de Melilla, Martínez-Simancas hila un discurso crítico con la ocupación colonial que, en boca de los soldados atrapados en las ratoneras de blocaos y posiciones aisladas, supone el planteamiento lúcido de aspectos que señaló magistralmente Ramón J. Sender en *Imán*:

— "lo absurdo de combatir en un territorio que no nos pertenecía" (Martínez Simancas, 2011, 117);

— la presencia en el campo de batalla de un enemigo organizado y no de un simple conjunto de harcas anárquicas (Martínez-Simancas: 2011, 125); la lucidez de que la guerra de Marruecos respondía a intereses de las poderosas clases políticas y económicas españolas: "Los ricos no envían a sus hijos a luchar contra los moros y tampoco quieren leer noticias trágicas, ellos prefieren las novelas ambientadas en París. Los ricos veranean en San

Sebastián y los pobres morimos en los montes del Rif. Éramos soldados pero en realidad éramos campesinos en edad de buscar novia" (Martínez-Simancas: 2011, 179);

— la constatación de que españoles y rifeños responden a la misma fragilidad de la condición humana: "Si nos quitaran la chilaba y el uniforme todos tendríamos el mismo cuerpo e idéntico miedo a la muerte" (Martínez-Simancas: 2011, 179);

— la incomprensión histórica, generadora de un "miedo cerval al *moro*": "Habíamos estado más de cien años en el territorio que hoy es Marruecos y, sin embargo, nuestras historias habían crecido paralelas pero de espaldas" (Martínez-Simancas: 2011, 193);

— el desconocimiento de la propia historia por parte de los españoles del siglo XXI, incapaces de creer "que tuvimos un papel muy digno en el Rif" (Martínez-Simancas: 2011, 221); etc.

Con estos parámetros, Martínez-Simancas incide en clave narrativa en la secular deriva social española, en un relato en el que resuena muy lejano el estruendo dramático de las últimas doce balas de cañón de los defensores de Igueriben y se diluyen en el olvido histórico los lastimeros ecos de los escasos supervivientes del vía crucis colonial.

8. Cortinas de humo

La actualización del ciclo novelístico escrito por autores que participaron en las campañas de Marruecos, asentados en la trilogía de pacifismo-antimilitarismo-antibelicismo, ofrece nuevas vueltas de tuerca a unos hechos que todavía lastran el emocionario nacional español y condicionan sus relaciones con el vecino marroquí. Es una relación de amor-odio, no tan intensa quizás como la de Francia y Argelia, pero sí tan estigmatizadora como ella. La conmemoración del centenario del Protectorado ha activado nuevamente los resortes literarios, como ya ocurrió en menor medida con el setenta y cinco aniversario de Annual, donde destacó el libro periodístico de Manuel Leguineche (1996). Un texto que sirvió para reactualizar este sempiterno tema entre el gran público, además de abrir el camino a la aparición tres años después de los libros de los historiadores Juan Pando Despierto (1999), *Historia secreta de Annual*, y María Rosa de Madariaga (1999), *España y el Rif: crónica de una historia casi olvidada*.

La abundancia de literatura generada por la aventura colonial, las fuentes narrativas *per se* deben ser tenidas en cuenta por la investigación marroquista como fuentes complementarias en el desarrollo de los relatos histo-

riográficos, antropológicos, culturales, etc. En efecto, no es menospreciable la producción creativa generada por el tiempo del Protectorado y sus secuelas. En torno a esta cuestión hay una pléyade de escritores cuyas producciones pertenecen al campo de la ficción, pero que proclaman en sus obras un fundamento histórico dotado de verosimilitud. En la nómina de estos autores están enumeradas las novelas que han cercado el redil del imaginario español sobre África, con Ramón J. Sender a la cabeza, pero también la narrativa más reciente, con Lorenzo Silva, Ignacio Martínez de Pisón, Antonio Abad, Carlos Santiago, Rafael Martínez-Simancas, Marían Izaguirre y María Dueñas, entre otros. En estos textos —que encierran los paradigmas fundacionales de la literatura colonial española contemporánea— se confunde historia y sentimentalidad en una nebulosa memorial que envuelve la percepción de las relaciones hispano-marroquíes con un enfoque que es necesario valorar.

Esto se resume en el carcomido discurso del "miedo al moro" que sintetiza las imágenes del *idearium* recogido en forma de brutales tropos en la bibliografía colonial. Es un sustrato discursivo que reactualiza desde hace siglos, como un bucle interminable, el temido cíclico retorno del "moro" en la historia de España desde la Reconquista hasta la era contemporánea. Es en este último periodo donde se produce el legado nuclear de las campañas africanas y la guerra civil, reactualizado años después en las migraciones de las últimas tres décadas, los contenciosos territoriales (caso en 2002 del islote de Perejil o Leila), el discurso marroquí que reivindica la entrega de las ciudades "ocupadas" de Ceuta y Melilla, el terrorismo "islámico", etc.

Estos son algunos de los fonemas de la gramática colonial, cuyas páginas pueden ser interpretadas con la levedad que otorga el tiempo transcurrido, pero con la preocupación de observar a veces la fuerza de su vigencia. Estas son las cortinas de humo —"humo de lecturas" las llamó el joven R. J. Sender (1992, 94)— que siguen impidiendo conocer el significado de la presencia española en el norte de África, conformando un desentendimiento crónico que afecta a las relaciones entre españoles y marroquíes.

La producción bibliográfica denota, por otra parte, que siguen vigentes los mismos campos de interés suscitados en los años veinte y que bajo otros ropajes permanece de alguna forma la agridulce sensación derrotista y heroica vinculada a la rota de Annual que, para la sociedad española, sigue siendo considerada eufemísticamente un "desastre" accidental y que, por tanto, no afectó a una lectura crítica de la "imbatibilidad" del Ejército español.

Por ello, y por otras razones, he elegido unas novelas que aportan innovaciones formales y de contenido y que apuestan por anular la cartogra-

fía de la incomprensión: una escritura ágil, decidida y comprometida con el lector del siglo XXI.

Bibliografía

AA.VV.: *Abd el-Krim et la République du Rif. Actes du colloque internacional d'études historiques et sociologiques 18-20 janvier 1973*, Paris: François Maspero, 1976.

Abad, A.: *Quebdani: el cerco de la estirpe*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1997; Barcelona: Edicions 29 (ed. francesa: *Quebdani: Chronique d'une vengeance*, París: L'Harmattan, 2007).

Ayerra, R.: *Metropol*, Barcelona: 1982.

Barea, A.: *La forja de un rebelde*, Buenos Aires: Losada, 1951 (reed. Madrid: Turner, 1977).

Bayón, M.: *Plaza de soberanía*, Madrid: Mondadori, 1989.

Bendahan, E.: *Deshojando alcachofas*, Madrid: Seix Barral, 2005.

Déjalo, ya volveremos, Madrid: Seix Barral, 2006.

Bouissef Rekab, M.: *El dédalo de Abdelkrim*, Granada: Port-Royal, 2002.

Buenaventura Sánchez Paños, R.: *El año que viene en Tánger*, Madrid: Editorial Debate, 1998.

Cabello, E.: *La cazadora*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1995.

— *Alizmur*, Barcelona: Meteora, 2000.

Carrasco González, A. M.: *La novela colonial hispanoafricana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*, Madrid: SIAL ediciones, 2000.

Castel, A.: "Amor entre saharauis", *Culturas/s La Vanguardia*, 1 de diciembre de 2010, p. 14.

Castro Maestro, Á.: *El porvenir del olvido*, Madrid: Hebraica, 2009.

Choukri, M.: *El pan desnudo*, Barcelona: Montesinos, 1982.

Ciges Aparicio, M.: *Entre la paz y la guerra: Marruecos*, Madrid, s. n., 1912.

Díaz-Fernández, J.: *El blocao. Novela de la guerra marroquí*, Madrid: Historia Nueva, 1928.

El Hachmi, N.: *L'ultim patriarca,* Barcelona: Planeta Editorial, 2008.

Essounani, D.: *De Madrid a Tetuán. Una tendencia narrativa antibélica sobre Marruecos (1905-1980)*, Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Cultura. Dirección General de Promoción Cultural, 2000.

Esteva, J.: "Al final del Orientalismo. Entrevista a M. Choukri", *Fundamentos de Antropología*, Granada, 1996, núm. 4-5, pp. 94-101.

El Expediente Picasso: las sombras de Annual, Madrid: Almena, 2003.

Ferrà i Martorell, M.: *Abdallah Karim, el predicador*, Palma de Mallorca: Editorial Moll, 2005.

Fortes, S.: *Fronteras de arena*, Madrid: Espasa Calpe, 2001.

Gaya Nuño, J. A.: *Historia del cautivo. Episodios Nacionales*, México: Imp. Venecia, 1966 (reedición en Gaya Nuño, J. A.: *Obras completas*..., Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1999-2000, 2 vols).

Gil Ruiz, S.: *El cañón del Gurugú* (novela), Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1992.

Gómez Arcos, A.: *Marruecos*, Madrid: Mondadori, 1991.

González, F.: *Kábila*, Madrid: Debate, 1980.

Goytisolo, J.: *Reivindicación del conde don Julián*, México: Edit. Joaquín Mortiz, 1970.

— *Crónicas sarracinas*, París: Ruedo Ibérico; Madrid: Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1982.

Gramaje, V.: *Cuando leas esta carta,* Barcelona: Destino (1ª. ed. Círculo de Lectores, 2011), 2012.

Iniesta García, S.: *Pie negro. Los españoles en la guerra de Argelia*, Barcelona: Bruguera, 1974.

Izaguirre, M.: *El león dormido*, Sevilla: Algaida, 2005.

Karrouc, L.: *De Nador a Vic*, Barcelona: Columna Edicions, 2004.

Lalana, F.: *Morirás en Chafarinas*, Madrid: SM, 1990.

Leante, L.: *Mira si yo te querré*, Madrid: Alfaguara, 2007.

López Barranco, J. J.: *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005),* Madrid: Marenostrum, 2006.

López García, D.: *El blocao y el Oriente: una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*, Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1994.

Lukács, G.: *Historia y conciencia de clase*, México: Grijalbo, 1969.

Madariaga, M. R. de: *España y el Rif, crónica de una historia casi olvidada,* Melilla, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma-UNED, 1999.

Marías, F.: *El vengador del Rif*, Madrid: Anaya, 2001.

Martín, M.: *El colonialismo español en Marruecos, 1850-1956*, París: Ruedo Ibérico, 1973.

Martínez de Pisón, I.: *Una guerra africana*, Madrid: Ediciones, 2000.

Martínez-Simancas, R.: *Doce balas de cañón. El sitio de Igueriben*, Madrid, Algaida, 2011.

Miranda, J. A.: *Ulad Mlilia*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, 1998.

Moga Romero, V.: *La cuestión marroquí en la escritura africanista. Una aproximación a la contribución bibliográfica y editorial española al conocimiento del norte de Marruecos (1859-2006),* Barcelona: edicions Bellaterra, 2008.

Muñoz Lorente, G.: *Ramito de hierbabuena,* Barcelona: Plaza y Janés, 2001.

Noel, E.: *Notas de un voluntario. Guerra de Melilla. 1909,* Madrid: Imprenta de Primitivo Fernández, 1910.

— *Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado*, Barcelona, La Neotipia, 1912.

Pando Despierto, J.: *Historia secreta de Annual*, Madrid: Temas de Hoy, 1999.

Prous i Vila, J. M.: *Cuatro gotas de sangre. Diario de un catalán en Marruecos,* Barcelona: Barril Barral editores, 2011.

Santiago, C.: *La kábila de Tzen*, Melilla: Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma-UNED; Ceuta: Archivo General de Ceuta, 2010.

Sender, R. J.: "Marte y el general", *La Libertad,* 17 de diciembre de 1923, p. 1. Artículo recogido en Sender, R. J.: *Proclamación de la sonrisa. Ensayos,* Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza; Departamento de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno

de Aragón; Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses; Teruel: Instituto de estudios Turolenses, 2008, pp. 195-199.

— *Imán*, Madrid: Cénit, 1930.

— "Una hoguera en la noche", en *Ramón J. Sender. Literatura y periodismo en los años veinte*, 1992, pp. 83-143 (editado anteriormente como *Una hoguera en la noche (bajo el signo de Aries)*, Barcelona: Destino, 1980).

Silva, L.: *El nombre de los nuestros,* Barcelona, Destino, 2001.

— *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos* Barcelona: Destino, 2001.

—*Carta blanca,* Madrid: Espasa-Calpe, 2004.

Tessainer y Tomasich, C.: *El árbol del acantilado. Donde sefardíes y españoles se encontraron*, Málaga: Sarría; Ceuta: Archivo Central, 2006.

Vargas González, A.: *La guerra de Marruecos en la literatura*, Málaga: Algazara, 2001.

Vázquez, Á.: *La vida perra de Juanita Narboni*, Barcelona: Planeta, 1976.

Vega, L. A. de: *El barrio de las bocas pintadas*, Barcelona: Luis de Caralt, 1954.

Woolman, D. S.: *Abd el-Krim y la guerra del Rif*, Barcelona: Oikos-Tau, 1971 (1ª ed., California: Stanford University Press, 1968).

La narrativa breve del Protectorado: los cuentos de Dora Bacaicoa Arnaiz

Mohamed Abrighach

Preliminares

En la época del Protectorado, la edición de textos literarios empezó de modo eficiente en los años cuarenta y se fortaleció en los cincuenta después de darse por terminadas la *pacificación* (1927) y la guerra civil (1939). Se benefició de la política cultural que se llevaba a cabo oficialmente: apoyo a las publicaciones científicas de los centros de vocación investigadora, planificación bibliotecaria, convocatoria de premios, institucionalización de la Fiesta Anual del Libro, etc.

La mejor prosa o poesía escrita en esta época se hizo en las dos revistas puramente literarias *Al-Motamid* (1947-1956) y *Ketama* (1953-1959), y también en las colecciones que estaban vinculadas indirectamente con ellas, sobre todo, "Itimad" y "Manantial". Ambas publicaciones fueron, de hecho, verdaderamente "hispano-marroquíes" (López Gorgé: 1987, 37-57). En ellas, "la conjunción entre lo marroquí y lo español se plasmaba en grado de excelencia, lejos de los prejuicios en boga y en razón de la universalidad del sentimiento poético" (Abrighach: 2009, 60).

En términos de géneros literarios, la poesía fue, por orden de importancia, la más dominante, siendo seguida por la narrativa breve y, en particular,

el cuento por su íntima compatibilidad con la naturaleza poética de las anteriores revistas dirigidas respectivamente por Trina Mercader y Jacinto López Gorgé, también poetas. La novela fue, por consecuencia, muy desatendida y escasamente cultivada; las pocas que hicieron algunas de las figuras más afectas ideológicamente al régimen, fueron de dudosa calidad literaria, de pobre plasmación imaginaria así como de conservadora visión política (Castro Enríquez: 1941. García Figueras: 1946. Arqués Fernández: 1949).

En el cuento sobresalió con creces una narradora *sui generis*, la bibliotecaria Dora (Dorita, para sus íntimos amigos) Bacaicoa Arnaiz, experta narradora de ficciones marroquíes y hacedora de una escritura híbrida que conjuga la sobriedad de la prosa con la brevedad lírica de la poesía. Es una verdadera escritora que se debe recuperar porque fue injustamente olvidada, al igual que se hizo con el bloque de la ficción literaria producida en y sobre el antiguo Marruecos español (Martínez Montávez: 2011, 9-10).

Este breve ensayo pretende hacer, desde el sur, una vindicación de esta "singular narradora hispano-marroquí" (López Gorgé: 2001b, 12) que tuvo una estrechísima vinculación con Marruecos donde vivió casi toda su vida. Aunque *Zohora la negra y otros cuentos* (1955a) es su única obra publicada de cuentos, "está considerado como el más notable libro de narraciones de tema marroquí en lengua española" (López García: 1991, 28); lo que se debe, por una parte, a la mentada calidad poética de su lengua y, por otra, a la íntima apropiación de la alteridad marroquí a la que otorga protagonismo narrativo y dimensión humana auténtica. En sendos casos, nuestra autora acuña su filiación filo-marroquí y se sitúa al margen de la poca, pobre e instrumentalizada literatura que defendía la hueca retórica oficial de la "Hermandad hispano-árabe", erigida, a la sazón por el régimen de Francisco Franco, en lema de su política exterior (Algora Weber, 1995. Mateo Dieste, 2003. González González, 2007).

Fuerza subrayar que el sentimiento artístico de contigüidad con lo marroquí lo acompañó Bacaicoa con una inquebrantable pasión por la difusión de la cultura de los dos países en el norte de Marruecos. Un destino, en definitiva, vital y existencial absolutamente norteafricano.

1. Entre dos culturas: de la gestión bibliotecaria y cultural a la investigación científica

La andadura artística de Bacaicoa Arnaiz es difícilmente separable de otra paralela, relacionada con la difusión y estudio de la cultura hispano-marroquí. Este trabajo lo llevó a cabo con ilusión y perseverancia durante

más de cuatro décadas tanto en la gestión bibliotecaria/cultural y la recopilación bibliográfica como en la investigación en temas hispano-marroquíes en el campo de la historia y de la filología. Lo efectuó en razón de su dirección de las principales instituciones culturales españolas en el Marruecos colonial y poscolonial: la Hemeroteca del Protectorado entre 1953 y 1959, la Biblioteca Española de Tetuán entre 1964 y 1970 y la Biblioteca Española de Tánger entre 1971 y 1985. En este sentido, la trayectoria erudita y cultural de nuestra escritora forma parte de la memoria más viva y reluciente de la cultura peninsular en el norte de Marruecos.

Es de señalar que esta labor desempeñada por Dora Bacaicoa es semejante al cometido cultural, artístico y de investigación que varias y extraordinarias figuras femeninas cumplían con tesón en el mismo periodo: Trina Mercader, Elisa Chimentí, Joaquina Albarracín, María de las Mercedes González Gimeno, etc.

Los escasos datos disponibles sobre la vida y semblanza de Bacaicoa son los ofrecidos por la misma en la breve biografía que ella redactó al principio y al final de *Zohora la negra y otros cuentos* a petición del editor del libro Jacinto López Gorgé, su gran amigo y compañero en lares marroquíes. Este último nos fue dando también las mismas informaciones y otras relativamente ampliadas tanto en sus sucesivas antologías de relatos marroquíes (1985, 33. 1999, 21) como en los distintos artículos de prensa (2001a, 6; 2001b, 12) escritos en memoria de la narradora con motivo de su muerte acaecida en Málaga en 2001.

Nació a mediados de los años veinte en Argentina pero el azar hizo que sus padres la trajeran a Madrid donde fue bautizada para luego trasladarse a Marruecos donde se estableció con su familia. Creció en Tetuán, ciudad en que estudió su bachillerato, mientras que su carrera universitaria, Magisterio y Licenciatura en Filología Románica, la consiguió en la Universidad de Granada. Ejerció de profesora pero más tarde ingresó en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de España. Fue directora de La Hemeroteca que dependía de la Biblioteca General del Protectorado de Tetuán, constituyendo así, en palabras de su amiga Hantout Seibel, "una de las primeras funcionarias (como mujer) del estado español en el Protectorado" (2011), dedicándose, en especial, a la biblioteconomía.

A partir de 1953, formó parte del consejo de redacción de *Tamuda. Revista de Investigaciones Marroquíes* (1953-1959) encargándose de la sección de bibliografía. Fruto de esta experiencia es la elaboración de un trascendental repertorio bibliográfico de todo lo que se publicaba en y sobre Marruecos cada año, desde 1953 hasta 1958. Eran seis cuadernillos indepen-

dientes aunque anejos a *Tamuda* (Bacaicoa Arnaiz: 1958) que "incluyen un índice alfabético de materias, con entradas como Administración, Marruecos, Minería, Plaza de Soberanía, Protectorado, Tánger, etc.; y fichas bibliográficas ordenadas por la Clasificación Decimal Universal" (Moga Romero: 2006, 114).

A ello hay que añadir también su *Ensayo de bibliografía española de arqueología sobre la zona del protectorado de España en Marruecos* (1954) y un voluminoso *Inventario provisional de la Hemeroteca del Protectorado*, que ella preparó en colaboración con Manuel Requena Córdoba (1953b).

Antes de 1959, la Biblioteca fue trasladada a dos lugares distintos en espera de un espacio más apropiado, uno era un almacén de la planta baja de un inmueble al final de la calle Allal Ben Abdellah en la que, según rememora Hantout Seidel, ella y Bacaicoa continuaban "catalogando y clasificando con los nuevos métodos" (2011). Después de 1959, fecha en que se traspasó la Biblioteca a Marruecos, nuestra escritora propuso, conformemente a lo que cuenta Jaume Bover, un plan en que sugería la necesidad de reducir toda la red bibliotecaria existente en Marruecos a una central, la de Tetuán. Proyecto que fue rechazado. Con posterioridad, es decir, en 1964 se creó la Biblioteca Española de Tetuán, con Bacaicoa como directora.

En palabras siempre de Jaume Bover, gran conocedor de los archivos marroquíes, "la biblioteca se instaló con criterios profesionales desde la distribución de espacios y mobiliario hasta catálogos (autores, sistemático de materias y topográfico)". Se instauró, por consecuencia, "un ambiente óptimo para la lectura, el mejor sin duda que ha tenido una biblioteca española en Marruecos en todos los tiempos" redundando en magnetismo "para la atracción de usuarios" (1992, 135). La *Memoria...* (1969) que presentó la misma directora en 1969 con planos, fotografías y demás, a petición de la embajada de España en Rabat, da fe de ello con creces.

Es sumamente significativa la gestión cultural que hizo la directora durante el periodo en que asumió su cargo (1964-1970). Convirtió la biblioteca en un verdadero espacio de irradiación de la cultura tanto de Marruecos como de España a través de conferencias, clases de español y de árabe, recitales de música, certámenes y recitales de poesía con motivo de la Feria Anual del Libro, organización de exposiciones plásticas, numismática, ciencias naturales, etnografía, etc. La institución se transformó así en un lugar de mucho prestigio cultural en todo el norte de Marruecos donde se daban cita intelectuales, pintores y escritores de las dos orillas. Por esta razón, siempre en parecer de Jaume Bover, "repasar hoy estas páginas de las

Actividades produce una grata sorpresa y una sana envidia. El nivel de las actividades que desarrolló la biblioteca antes de que se creara el CCE fue muy alto" (1992, 136). Estas mismas actividades se reseñaban en *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán* desde 1964 hasta 1970. Algunos resúmenes los hizo la misma Dora Bacaicoa, sobre todo los correspondientes a los números uno, tres y cuatro de dicha revista.

El anterior espíritu lo llevaría Dora Bacaicoa a otra biblioteca, la de Tánger, desde que fue directora de la misma entre 1971 y 1985, otorgando especial preferencia a la difusión de las artes plásticas y a la feria del libro. Así es como lo resume con diáfana claridad Jaume Bover:

> Dora Bacaicoa Arnaiz, directora de la Biblioteca Española de Tánger entre 1971 y 1985, fue el alma de dos iniciativas que dieron prestigio al centro: la Fiesta del Libro con sus certámenes y recitales literarios, y la difusión de las artes plásticas con exposiciones periódicas de alto nivel que se desarrollaron durante el período indicado y que no tuvieron continuación normalizada por falta de medios. Expusieron artistas marroquíes, españoles y extranjeros, algunos de ellos hoy considerados clásicos en la pintura actual (1992, 133).

Otra vertiente del destino marroquí de Dora Bacaicoa es la investigación científica en cuestiones marruecas, en dominios tan específicos como la historia y la literatura. Trabajo que compartía con todos los investigadores del grupo de Tetuán de la época colonial y también poscolonial. Es preciso recordar a este propósito que Bacaicoa estaba muy vinculada con las importantes revistas científicas hispano-marroquíes de la época: *Tamuda* de cuyo consejo de redacción formaba parte dirigiendo la sección de bibliografía, *Hespéris-Tamuda* de la Universidad de Rabat que guardaba una fructífera colaboración con los investigadores españoles que estaban afincados por razón de trabajo o de investigación en el norte de Marruecos, amén de *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán* de la que fue directora en su primera etapa entre 1964 y 1967. El esfuerzo desplegado en este sentido se debe entender "como un paradigma a seguir en el actualidad" (Abrighach: 2012, 95) en el contexto de las relaciones de cooperación cultural y científica entre las dos orillas.

Sus estudios literarios tratan la representación de la alteridad marroquí en las obras dramáticas españolas. Es el caso de *Notas hispano-marroquíes en dos obras del siglo de Oro* (1955b) en que analiza dos comedias de "moros y cristianos", *El bastardo de Ceuta* de Juan de Grajales y *La manganilla de Melilla* de Ruiz de Alarcón. Prestó mucha atención a la segunda que compara con algunas obras de la tradición literaria española, *La fuerza de la sangre* de Cervantes y una novela corta de naturaleza orientalista de María de Zayas y Sotomayor *Al fin se pagó todo*.

En otro ensayo estudia el teatro que se produjo en Tetuán en la época de la Guerra de África alrededor de 1860 (1953c). Entretanto, hace en *Hespéris-Tamuda* una reseña de un artículo de Fernando de la Granja salido en el número 24 de *Al-Andalus* en que dilucida el supuesto origen árabe de un cuento español de Conde Lucanor y, en especial, el "Enxiemplo X", poniendo de relieve la supuesta pervivencia de lo oriental en el imaginario literario español. Es menester precisar que estos estudios literarios constituyen, al lado de los hechos por José Fradejas Lebrero (Abrighach: 2011, 110), casi las únicas investigaciones de literatura comparada establecida entre las letras españolas y arábigas, en razón de la naturaleza historiográfica y cultural de las publicaciones periódicas arriba mencionadas.

El resto de los ensayos de Bacaicoa Arnaiz tiene vocación historiográfica. Se compone de cinco estudios aparecidos tanto en *Tamuda* como en *Hespéris-Tamuda* y versan sobre las relaciones hispano-marroquíes (Gil Grimau: 1982, 113-114). Tres de ellos hacen referencia a los enclaves norteafricanos de España como Ceuta, Melilla y el Peñón de Vélez de la Gomera, bien hablando de algunos hechos históricos que marcaron los anteriores enclaves, bien estudiando su historia social y cultural y política. El resto de los artículos aborda el tema de los cautivos de Aragón en Túnez en el siglo XIV así como la famosa emboscada en Larache, en el contexto siempre de las relaciones entre la Península Ibérica y el país jerifiano.

Estos ensayos son complementados por un conjunto de recensiones bibliográficas en las que la autora presenta y resume el contenido de algunas obras significativas de autores muy conocidos (Charles Raymond, Germain Ayache, Guillermo Guastavino Gallent, Jean Louis Miège, etc.) pero de diferente naturaleza y disciplina, vinculadas con la historia, la numismática, los archivos y bibliotecas, y la situación financiera de Marruecos, amén de la sociología del mismo y su situación en la época preislámica. Gran parte de estas recensiones aparecieron en *Hespéris-Tamuda* entre 1959 y 1961 (Abrighach: 2011, 85-86).

2. Hacia una hibridación narrativa: entre la poesía y la leyenda

Dora Bacaicoa Arnaiz es la cuentista del Protectorado. Afirmación que subrayo con mucha fuerza y énfasis. Lo es por varias razones de crucial trascendencia. Sus narraciones breves están dotadas de calidad literaria sin parangón a la sazón en términos de plasmación lingüística, estilística e imaginaria. Durante su singladura literaria se dedicó plenamente al género cuento por considerarlo el más apropiado para "reflejar este país multi-

forme, intenso, cargado de matices, cruce de Occidente y Oriente" (1955a): Marruecos. Cosa que no hicieron los compañeros del grupo al que pertenecía como Jacinto López Gorgé, Pío Gómez Nisa, Trina Mercader, etc. quienes se consagraron a la poesía y rara vez se dedicaban a la narración breve. Aún todavía, gran parte de sus cuentos se publicaron en revistas coloniales, en particular *Ketama*, *Al-Motamid* y *Diario de África*, excepción hecha de "¡Yasminas!" (1952) y "En acecho" (1953a) que se editaron en Madrid.

Zohora la negra y otros cuentos recoge gran parte de los relatos que había publicado hasta 1955. El único cuento posterior se titula "Árbol" y fue editado en *Ketama* en 1957. Después de esta fecha dejó de construir ficciones marroquíes, pese a haber reconocido escribir mucho y publicar poco como, por ejemplo, las impresiones que destruía inmediatamente una vez redactadas, quizás por no estar convencida de sí misma y sentirse poco escritora. Este supuesto sentimiento es sabia modestia de parte suya porque su escritura es un lúcido ejemplo de compromiso con la literatura en mayúscula. No sabemos, a ciencia cierta, por qué Dora Bacaicoa destruía sus impresiones y no volvió a publicar más después, pese a que, tal como señalan Jacinto López Gorgé y Mohamed Chakor, "destacó con sus novelas, aún inéditas en algunos premios literarios" (1985, 33), pero desafortunadamente no vieron luz de ninguna manera.

Por último, dejamos constancia de que el haber sido la cuentista hispano-marroquí del Protectorado jugó en contra suya en términos de reconocimiento y renombre tanto por contemporáneos como póstumos. Pensamos que Marruecos, la principal fuente de inspiración de su ficción y la razón de la misma, estuvo tal vez detrás de la marginación y olvido de su narración breve, en un país como España que tenía y sigue teniendo dificultades más que arraigadas para ver en la alteridad norteafricana una parte de sí mismo: la vocación africana de su cultura.

El primer atractivo artístico de los cuentos de Bacaicoa es su prosa. Una prosa diáfana y concisa pero esmeradamente cuidada. Encierra un pleno compromiso con el estilo y una más que considerable consciencia de la función estética de la escritura. Si se quieren otros términos, su narrativa tiene una naturaleza híbrida; tiende puentes entre la prosa y la poesía originando cuentos poéticos que rezuman palpitante intensidad y fuerte lirismo. Bacaicoa ofrece no poca pasión y sentimiento a su narración. Como afirma Freedman, la narración lírica "no separa el yo que experimenta del mundo experimentado por ese yo" (1972, 14). Tiende, en contrapartida, a maridarlos. Ella se proyecta en el mundo marroquí que describe relatándolo como

si fuera suyo, destruyendo las fronteras existentes entre lo subjetivo y lo objetivo, lo personal y lo público, vida y estilo. Resultado: proximidad narrativa, intensidad en la emoción y dinamismo estilístico.

La manifestación más conspicua de esta prosa poética es la utilización constante de las imágenes mediante las cuales otorga considerable plasticidad imaginativa a los cuentos, en virtud de una imaginación que se apoya básicamente en la lógica de la analogía. La metáfora y la comparación son sus figuras predilectas; se actualizan con conectores comparativos tales como *cual*, *como*, *como alguien* y también con los verbos *parecer* y *ser*. Al principio del cuento "Zohora le negra", Bacaicoa nos describe con sutilidad plástica el deseo erótico experimentado por el protagonista viendo el cuerpo de su futura mujer:

> Como pide el proverbio tenía los pies, la cintura y los senos, breves. Por la entreabierta camisa se le veían, cuando se agachaba a coger hierba, *los enhiestos picos que coronaban los dos cerros de ébano*.
>
> Saadek cerró los ojos. […] Nunca había sentido con tanta fuerza el deseo de mujer. Era como un latigazo que se le agarraba frenético a los muslos dejándole la garganta seca y los pulsos agitados (1955a, 11).

En otros lugares de la obra, nos topamos a veces con algunas metáforas que nos parecen vanguardistas y poco comunes en la narración novelesca como, por ejemplo, el considerar a "Ambar, negra y pequeñita como una aceituna" (1955a, 41) y "las pupilas de Zohora la negra como dos bolitas de gaseosa" (1955a, 38). Son más propias de las greguerías que del cuento. Estos ejemplos dominan *ad infinitum* en el estilo de Bacaicoa. Por ello, no tienen naturaleza accidental; se utilizan con meditada intención porque son, a fin de cuentas, una voluntad de estilo, un rasgo de escritura.

Otro tanto se puede decir de otros recursos formales como la repetición, la adjetivación enumerativa y las frases cortas. Los usa de igual forma nuestra escritora para conseguir los mismos efectos: lirismo poético, dinamismo estilístico y sensibilidad narrativa. He aquí solamente dos ejemplos en que constatamos el persistente empeño de la narradora en reiterar estos mecanismos por las razones estéticas anteriormente mencionadas:

> Zohora oía. Sus ojos dulces, con el brillo de las montañas del Sus, seguían atentos, curiosos, corteses…
>
> Calles que subir. Calles que bajar. Y la carretera inmensa, larga, interminable. Las montañas. El agua corriendo. Y las preguntas. Y los besos pagados. Y los hombres sí, no, sí, no. Calles que subir. Calles que bajar. Calles. Más calles… Suavemente se deshojó en la colchoneta. Algo agudo, brillante y largo, como un rayo de luna, se le había metido dentro del pecho (1955a, 20-21).

> En la sombra se unieron. Los labios de Saadek besaron los labios de Zohora. Una lágrima menuda y fría, como un niño muerto, resbaló por la mejilla negra. Saadek se estremeció. Su aliento quedó entrecortado. Algo agudo, brillante y largo como un rayo de luna, había dejado el pecho de Zohora y se había agarrado al corazón de Saadek, abriendo en su entraña un pozo rojo en el que se ahogaban muchos niños canela.
>
> En el jardín la vida se le iba a Saadek por el río escarlata. En silencio. Sin angustias. Sin sollozos. Suavemente… (1955a, 27).

Los dos textos nos pueden servir de verdadero dechado para ilustrar la naturaleza lírica y poética de la prosa narrativa de Bacaicoa. Notamos, en primer lugar, una adjetivación constante basada en la anteposición y la posposición que imponen matices subjetivos a las ideas y descripciones que hace y, en segundo lugar, la enumeración adjetiva que utiliza a veces sin conjunciones (*atentos curiosos, corteses / algo agudo, brillante y largo*) a fin de guardar el hálito dinámico y subjetivo que imprime al relato. A la adjetivación se suma también una especie de imaginación plástica que le permite establecer comparaciones (*como un rayo*, *como un niño muerto*) y metáforas tanto de índole sensorial y de color (*ojos dulces*, *río escarlata*, *niños canela*) como atributivas o verbales (*abrir un pozo en la entraña*, *se deshojó de la colchoneta*).

La repetición se mantiene con constancia y hace sus veces embebiendo de emoción y lirismo poético a la narración. Esta reiteración no abarca solamente las palabras (*calles*, *labios*) sino frases enteras como la comparación *como un rayo de luna* y la enumeración adjetiva *largo, agudo, brillante*, que se repite dos veces de modo respectivo. Todo ello se enmarca dentro de estructuras sintácticas muy breves y cortas en las que se establece una verdadera estructura rítmica propia del paralelismo. Paralelismo que otorga a la narración un fuerte movimiento rítmico y musical, fruto, a su vez, de la naturaleza oral que caracteriza gran parte de los cuentos de la autora tetuaní.

La brevedad, hecho inherente a la poesía, es muy singular también en la narrativa de Bacaicoa Arnaiz. Contribuye a reforzar el lirismo poético anteriormente mencionado porque implica intensidad emocional y profundidad semántica. Este rasgo estilístico es muy propio en nuestra narradora hispano-marroquí. Ya es constante su uso de frases breves, inclusive tan cortas que se construyen a base de sintagmas solamente, sin verbos ni complementos. Es una forma espontánea y directa de describir la realidad, de una vez, con emoción y mucha intensidad.

Mejor debemos decir que nuestra cuentista no mantiene la progresión narrativa en sus cuentos y tampoco recurre frecuentemente a la descripción. Se conforma, en los distintos apartados de que se componen sus relatos, de proponer estampas o escenas muy breves utilizando el lenguaje de

la elusión y el resumen. Ella narra de modo conciso, insinuando, en base de la sugestión semántica indirecta que tiene su estilo. Estamos de lleno en el mundo de lo implícito y de la alusión. El sentido se expone a medias, se deja en la indecisión; al lector incumbe la tarea de descifrar lo escamoteado y mantenido en la sombra, en la pura ausencia. Es así como se justifica la preferencia de Bacaicoa por utilizar los puntos suspensivos, esto es, narrar insinuando pero sin describir o demarcar nada explícitamente.

Otro acierto literario que da envergadura estética a la cuentística de Bacaicoa es el recurso a la oralidad y, en particular, al uso de la leyenda. Entendemos por leyendas los cuentos populares que el imaginario popular ha ido creando desde la noche de los tiempos inspirándose en el folclore.

Por cierto, nuestra escritora se inclina a resaltar los aspectos supersticiosos de la mentalidad social de los marroquíes, en especial, los niños y las mujeres. Focaliza su atención sobre las creencias atávicas, las prácticas mágicas y los distintos ritos que entran dentro de la tradición folclórica de Marruecos: la creencia en los *djins* y los poderes irracionales así como en la capacidad de los hombres, sobre todo, curanderos, faquires y *tolbas*, para influir en los comportamientos de sus semejantes. De resultas, muchos de los relatos de *Zohora la negra y otros cuentos* tienen todas las trazas de pertenecer al género maravilloso, inclusive fantástico. Nos hacen remontar a la tradición literaria árabe de los cuentos schehrezedianos de *Las mil y una noches* y de tantos otros de la tradición oral marroquí.

En la época del Protectorado se hicieron importantes antologías de los cuentos orales marroquíes. Son famosas las recopilaciones que hicieron Elisa Chimenti (2011), Ángel Domenech Lafuente (1953) y otros como García Figueras (1950), Hassan Escurri y Enrique Roda Garrido (1941) para citar tan solo las publicadas en Marruecos. En nuestra opinión, Bacaicoa no recoge estos cuentos populares con el afán de darlos a conocer y conservarlos, los ficcionaliza en clave literaria dándoles valor estético, personalidad narrativa y estructura formal. Para eso, a veces habla de proverbios y también de leyendas como se nota en los cuentos de "Zohora la negra" y "El niño dormido". En este último, subraya la naturaleza ancestral e imaginaria de la *Leyenda* utilizada en mayúscula. Según ella, "la Leyenda es un etéreo personaje que sólo acoge lo añejo, lo carcomido, lo imaginado. La leyenda nada quiere saber de la vida hecha de sangre caliente" (1955a, 96). No obstante, el uso que hace de ella le sirve de conducto para originar una narrativa mágico-maravillosa.

Indubitablemente, Bacaicoa recoge con conocimiento de causa la mentalidad popular de los marroquíes, sobre todo sus supersticiones y costum-

bres ancestrales que vehiculan tanto las leyendas como el imaginario popular. Hace recurso a este componente legendario en varios cuentos como "El Hagus", "Nocturno de Xauen", "El atado" y "El niño dormido".

En el primero, ficcionaliza una leyenda preislámica de reminiscencia pagana y judío-cristiana por ser una fiesta similar a la de los Reyes Magos. La leyenda cuenta que, a principios de enero, los niños reciben regalos por parte de seres sobrenaturales. Aquellos deben ser, en consecuencia, buenos y no hacer diabluras o maldades en esta época. Entretanto, en el segundo, Bacaicoa se inspira en la leyenda que explica la creación de Xauen y, en particular, las fuentes de agua que existen en la misma ciudad, en la falda de la montaña.

En "El atado", hay referencia a los ritos del agua. En el folclore marroquí, las aguas tienen un valor terapéutico en la medida en que curan los males y ahuyentan a los genios malos (Legey: 2009, 75-79). La excusión que hace Ahmed a Marfil entra dentro de este contexto legendario. Está convencido de que meterse en las aguas del mar lo ayudará a luchar contra el sortilegio que le tiene inutilizados el deseo carnal y la apetencia sexual. Otro tanto podrá decirse de "El niño dormido" en que Bacaicoa se hace eco de una creencia popular, muy corriente entre las mujeres estériles. Estas piensan que tienen adormecido un niño en su vientre, razón por la cual recurren a cuantas prácticas mágicas o supersticiosas para despertarlo y tener el deseado embarazo (Legey: 2009, 124-125).

No es este el momento para hacer un estudio comparativo entre la narrativa de nuestra cuentista y las leyendas populares marroquíes, pero solamente resaltamos esta dimensión porque es imprescindible para calibrar la trascendencia artística de sus cuentos en términos de hibridación narrativa. En ellos, se desdibujan aparatosamente los contornos entre la realidad y la irrealidad, lo real y lo maravilloso, y a veces entre el sueño y la vigilia. Resultado: una ficción que se puede enmarcar perfectamente dentro de la órbita del realismo mágico, el lema que será muchos años después un signo de renovación vanguardista en la narrativa hispanoamericana.

He aquí un espécimen de texto en que se pone de realce cómo se confunden la realidad y lo maravilloso en la ficción de Bacaicoa. Los hechos sobrenaturales, como la aparición de los espíritus o los diablos, se describen como si fuesen hechos comunes de la vida cotidiana. Es de esta manera como se perciben desde dentro por parte de la mentalidad mágico-supersticiosa de los personajes:

> El niño color canela se debatía llorando su nacimiento. […] Corderos blancos pequeños y rizosos, se le fueron metiendo a Mohammed por los ojillos, que se

> le cerraron dulcemente. Y sus manitas apretadas se movían entre sueños luchando contra los *yenun*, los diablos menudos de los niños, que vienen a robarlos. Zohora pasaba con ternura sus dedos por la frente del chiquillo, llevándose a los diablejos entre las uñas (1955a, 12).

En una palabra, la cuentística de Dora Bacaicoa Arnaiz tiene indiscutible calidad literaria en términos de plasmación estilística e imaginaria. Conjuga de modo perspicaz poesía y leyenda, realidad e irrealidad, lo personal y lo objetivo, lo mágico y lo maravilloso. Origina, por eso, una prosa que se dota de acendrado lirismo y de fuerte intensidad significativa garantizada por la alusión y lo implícito.

3. Entre dos Marruecos: el auténtico y el problemático

Los estudios postcoloniales que se hicieron en el área anglosajona desde la perspectiva de género cuestionaron la tesis de Edward Said (2003). La perciben como totalizadora al mismo tiempo que desconocedora de la heterogeneidad del hecho colonial, imposible de ser explicado exclusivamente a base de la dicotomía colonizado/colonizador y sin la debida valoración del papel de la mujer (Chaudhuri y Strobel: 1992). Las narrativas escritas por mujeres en y sobre las colonias detentan un discurso nítidamente diferenciado por encerrar una representación menos peyorativa del otro. Se alejan de las ideas preconcebidas, ofrecen observaciones minuciosas, cuando no veraces de la realidad, siendo así menos librescas e interesadas por la conquista *per se*.

El grupo de autoras que escribieron ficción en y sobre el Protectorado compuesto, amén de Bacaicoa Arnaiz, por Rosa de Arámburu (1937), María Teresa de Jadraque (1954), Carmen Martín de la Escalera (1945) y tantas otras, entra dentro de esta narrativa colonial. No se alude en ella a "amores militares y consejos coloniales" (Carrasco González: 2009, 209), y se trata a Marruecos con curiosidad abstrayéndose del "prejuicio europeo". El protegido es visto, por añadidura, "con un sentimiento de ternura y comprensión, de cariño que busca no ser compasión de occidental" (Carrasco González: 2009, 212-213).

La narrativa breve de Bacaicoa Arnaiz se diferencia de las anteriores autoras en varios aspectos pero guardando cierta similitud con la poesía intercultural de Trina Mercader, magistralmente estudiada por Susana F. Hoyos (2006). En sintonía con la sensibilidad poco colonial del grupo que obraba en torno de las únicas revistas poéticas de entonces, ella se aleja del exotismo superficial así como de la visión ideológica, bien paternalista, bien colonial que caracteriza a estas últimas. En contraposición, la ameni-

dad poética de sus cuentos es maridable con una comprensión más real de los nativos de los que tiene conocimiento poco esporádico y más profundo por su estancia *in situ* entre sus lares desde que es niña. Su ficción constituye, con fundamento, "el mejor intento de superar la literatura españolista de intervención y de aproximarse al sentimiento del sometido" (Carrasco González: 2000, 152).

En opinión de López Gorgé, Bacaicoa Arnaiz es una singular narradora hispano-marroquí porque consiguió hacer en *Zohora la negra y otros cuentos* ficciones puramente marroquíes. Subraya en *Las notas adicionales* al número 7 de *Ketama* que aquella es "un libro auténtico, del Marruecos auténtico, de lo auténticamente literario y de lo auténticamente marroquí" (1956). Es así de contundente porque —subraya a continuación— ella pone fin a los cuentos de *Las mil y una noches*, a los tópicos y falsedades en su representación de lo marrueco.

Suscribimos en su totalidad la aseveración del poeta melillense para afirmar sin riesgo a equivocarnos que el tratamiento que hace Bacaicoa de la realidad marroquí no peca de superficialidad bajo ningún concepto: no lo hace por puro exotismo y formalidad narrativa; su punto de partida es la sinceridad en el tratamiento y la profundidad en el enfoque. La narración de Marruecos y su fascinación por la cultura popular de su gente es tan sustancial que la convierten en una verdadera escritora marroquí. Sorprende el conocimiento de causa pero detallado y hondo que ella posee de la idiosincrasia de nuestro país. Conocimiento que la ayuda sobremanera para ambientar con verosimilitud sus relatos y aprehender con veracidad las profundidades del alma y del corazón de los marroquíes, sobre todo la de los niños y las mujeres. Las explora con maestría desde dentro con ejemplar proximidad emocional e intelectual, inclusive cultural. Un acierto de fuerte valor ético en aquellos tiempos coloniales.

La narración del otro no es tan fácil como se supone; implica mucho esfuerzo e intensa involucración sentimental. Nuestra escritora de Tetuán lo consigue con tal éxito que sus narraciones nos suenan, a los lectores marroquíes, muy marruecas y, desde luego, poco librescas y bien adaptadas a la realidad. De esta forma, rehúye la orientalización de lo oriental excluyendo toda intención occidentalista de índole paternalista, exótica o estética.

En efecto, Bacaicoa tiende a narrar el Marruecos auténtico en exclusiva, por razones de verosimilitud narrativa y subjetiva inclinación intelectual. Es percibido por ella como el verdadero Marruecos, o sea, el más real, profundo y típico en que se reflejan las concretas e inmaculadas realidades del país. Tanto en los años cincuenta como en la actualidad, salvando excepcio-

nes, Marruecos es un país conservador y tradicional por antonomasia. Este Marruecos, a la par tradicional y real, lo vehicula la gente del pueblo sencillo por su apego a la tradición milenaria y atávica desde el punto de vista de las creencias y costumbres. Por eso, pululan en los cuentos de Dora Bacaicoa, curanderos, faquires, *djins*, por incidir en la vida cotidiana y mental tanto de los niños como de las mujeres, los principales protagonistas de sus narraciones breves. De semejante modo, se hace hincapié en las distintas costumbres relacionadas con las prácticas supersticiosas o rituales, propias del más típico folclore marroquí: romerías a los morabitos, culto a las cuevas, animismo, creencia en la metamorfosis, fiestas, preparativos de las bodas, ritos de lavar los muertos y de enterrarlos, música de los *gnauas*, etc. Resultado: una impronta costumbrista patente a cuyo través nuestra escritora retrata el país presentando su diversidad étnica y cultural. El Marruecos auténtico se torna en epítome de un Marruecos mágico, maravilloso y, sobre todo, misterioso.

La descripción sicológica e interior permite a Bacaicoa descubrir la percepción que tienen sus personajes de la vida, condicionada por la ingenuidad y la mentalidad irracional, de índole supersticiosa: creencia en el poder de los diablos, en la eficiencia de la magia, de los sortilegios, de la palabra coránica, etc. Esta inmersión en la mentalidad legendaria de los personajes explica, en cierta medida, la restringida descripción de los espacios físicos. Otro índice de ausencia de veleidades exóticas o exotistas en el mundo narrativo bacaicoano.

Todavía más, ella no se siente en disyuntiva con el mundo invocado, se lo apropia en clave narrativa y lo asume como si perteneciera a su intimidad. La superioridad occidental está exorcizada, el paternalismo silenciado, la línea divisoria entre protegido y protector resquebrajada, por no decir quebrantada violentamente. Los propios nativos recuperan su nobleza, pierden su naturaleza subalterna al mismo tiempo que disfrutan del protagonismo narrativo que les negó la literatura tanto de entonces como anterior. Se les libera desde la óptica del imaginario convocando su presencia y, a su través, la convivencia intercultural. Las palabras de Trina Mercader nos resumen esta labor desempeñada a la sazón por ella, Bacaicoa y otros/as:

> (En la época del Protectorado) la cultura española, venía a decir, es superior a la cultura marroquí, siempre silenciada. Esta situación artificial, producto del comportamiento político, daba lugar a un desprecio mutuo, que por ser mutuo nos equilibraba.
>
> Pero la cultura viva de Marruecos existía. Bastó que alguien la convocara sin otros intereses que los estrictamente culturales, para que hiciese acto de presencia (1981, 76).

Si bien este empeño por el Marruecos auténtico responde a imperativos de realismo narrativo y de afirmación del tradicionalismo de los marroquíes, encierra una inequívoca impronta conservadora. Las mujeres marroquíes son presentadas en la ficción como unos seres serviles y obedientes, incapaces de actuar con autonomía para realizarse a título individual lejos de las supersticiones y las normas sociales vigentes. Aparecen como meros objetos que se casan y luego se repudian, y cuyo rol se limita a respetar las mismas costumbres ancestrales. Si, a veces, actúan como sujetos lo hacen con la finalidad de mantener el Marruecos auténtico en cuestión y las estructuras de la sociedad patriarcal o machista. Luchan, en exclusiva, para defender y consagrar su situación de mujer-madre: conseguir el hijo a toda costa, luchar por él en caso de repudio o divorcio. La femineidad se valora en términos exclusivos de maternidad.

El caso de Zohora la negra, en el cuento de similar nombre, es un ejemplo ilustrativo. Aunque estaba enamorada de su marido, fue repudiada por ser pobre y engañada después. Cuando se enteró tardíamente de que la familia del marido quería quitarle al hijo, se sintió muy fuerte, emprendiendo una larga e implacable lucha contra esta injusticia con el objetivo de recuperar a su hijo y, por ende, imponer afirmativamente su maternidad. La narradora omnisciente lo afirma así con contundencia: "Y de pronto su debilidad negra, femenina, marroquí, se injertó en madre. Zohora se sintió de roble por dentro. Era una madre que buscaba a su hijo" (1955a, 14).

Otro tanto hace Ayuba en el cuento que lleva también el mismo título. Después de haber sido repudiada por más de un marido, tuvo que enfrentarse con la nueva situación de desamparo social trabajando duramente para garantizar su sustento. Su trabajo consistía en recoger leña llevársela sobre su espalda a un pueblo lejano en que la vendía. Cuando llegó una vez a un cementerio se acordó de su hijo muerto, hizo un alto para recordarlo limpiando los contornos de su sepultura y llorando en expresión del amor materno que sentía fuerte en sus entrañas. Ciertamente, la maternidad es un rasgo positivo y humano, no va en merma de la femineidad. No obstante, la reducción del rol femenino a él exclusivamente encierra estrechez de mira y cierto planteamiento patriarcal en perspectiva de género.

En el cuento "El atado", Aicha, la joven mujer del anciano Chaib, asume con naturaleza el matrimonio desigual consintiendo *per se* su servidumbre o, por lo menos, su situación de dependencia. Reacciona ante su nuevo esposo con recato exagerado. En su viaje hacia Martil para cu-

rarse del sortilegio, ella iba de piernas y andando detrás del animal en que su esposo iba montado y meditabundo. La narradora omnisciente describe esta verdadera escena de infravaloración de la mujer con complaciente anuencia:

> Chaib se balanceaba suavemente sobre el burro. […]. Entonces su mirada perdía brillo y, como para darle nuevo fulgor, volvía los ojos atrás. Con rítmico paso caminaba Aixa, sutil, ligera, como si sus pies no tocasen el suelo. La mujer bajaba respetuosa los ojos ante la mirada de su marido, y Chaib suspiraba satisfecho y preocupado (1955a, 79).

En el cuento "El Hagus", la esclavitud de las mujeres encarnada en "Ambar, la esclava negra" (1955a, 38) se sitúa fuera de la historia, adquiere normalidad en la ficción como si fuera una realidad de práctica común, sin cuestionamiento ético ni crítico. El papel protagónico que se le atribuye en contar leyendas y guardar la tradición supersticiosa no resuelve el anterior problema; aún peor, significa condescendencia con una de las prácticas sociales más reprobables que sufrió la sociedad marroquí pese a que fue abolida por la humanidad desde muchísimo tiempo.

La representación narrativa que hace Bacaicoa de la realidad marroquí está dotada de latente asepsia intelectual y crítica. Nos ofrece una visión conservadora, cuando no reaccionaria, del mundo invocado en la medida en que silencia la historia conformándose con presentar una ficción uniforme desvinculada de la realidad cotidiana en su dimensión social, económica y política. La literatura es difícilmente separable de la historia. La ausencia de esta es un posicionamiento intelectual puesto que el signo, sea literario o no, es ideológico por antonomasia. Por eso, los personajes se presentan como seres fuera del acontecer histórico y sin preocupaciones ideológicas. Están inmersos tan solo en reflexiones irracionales, de naturaleza legendaria o supersticiosa. Actúan en conformidad con el ideario del Marruecos auténtico arriba señalado. Bacaicoa difiere mucho de la visión comprometida, aunque más etnocéntrica y menos comprensiva, de Aurora Beltrana que no cejó en 1936 en criticar en perspectiva de género la situación de la mujer indígena. La consideró como un mero ser pasivo, ignorante y sin capacidad para reaccionar contra su situación de esclavitud y servidumbre (Beltrana: 2009).

La ausencia del pensamiento crítico no se debe generalizar de modo óptimo a toda la narrativa breve de Dora Bacaicoa Arnaiz. Detectamos en algunos de sus cuentos una determinada lectura crítica y social de la realidad marroquí, aunque escasamente desarrollada. Estamos ante un Marruecos problemático con muy determinados problemas sociales y políticos.

En el cuento "Yasminas", nos enfrentamos con la durísima situación social que vivía una parte de la sociedad marroquí. Aunque niño, Larbi se vio obligado por razones de la enfermedad de su padre, agravada por la endémica precariedad económica, a buscarse no la vida, sino lo más básico para la subsistencia elemental, la comida:

> Sabía Larbi, a pesar de sus cortos años, que sí aquel día él no había comido, su padre tampoco. Y eso sí que estaba mal —el mal y el bien para Larbi estaban relacionados siempre con la comida—, porque su padre estaba enfermo (1952, 5).

Por eso, tenía que hacer uso de la picaresca y recurrir al hurto para poder conseguir su alimento. Cuando intentó una vez robar una fruta de un puesto del Zoco, fue agarrado por el dueño que le dio "unos buenos cachetes" (1952, 6). La otra vez, se lió a zarpazos en una pelea con un gato al que quitó al final el pescado que llevaba en la boca para comérselo él con fruición. Colmo de la injusticia social y del abandono infantil. Después de la muerte de su padre, se volvió un "sin hogar" viviendo en plena calle y en agresiva exclusión social:

> Después que murió su padre, el niño quedó desamparado. Llegó el verano. Pero con el calor la suciedad de Larbi se transformó en olor nauseabundo. De todas partes le echaban y se vio condenado a la más negra miseria (1952, 9).

Se dedicó a cualquier cosa para conseguir la comida, se atrevió a quitarle los jazmines a otro chico que los vendía para hacerlo él mismo, pero no despachaba nada en razón del olor nauseabundo que emanaba de su cuerpo. Solamente una europea, "la seniorita" se enteró de su situación social y decidió ayudarlo con un exiguo capital para hacer la compra y venta de flores. Proyecto que quedó truncado al ser atropellado el niño por un camión. Este cuento es muy trágico y recoge una imagen de un Marruecos propia y agresivamente problemático.

En el largo cuento "Los Beni Aiach" se aborda una problemática político-ideológica: la relación tirante entre el poder central representado por el sultán y las rebeldes tribus bereberes. Es una imagen en miniatura de la historia tanto reciente como antigua de Marruecos. La balanza está a favor de los rebeldes en razón de la justicia de su causa consistente en no pagar exagerados tributos impuestos con absoluta arbitrariedad. Los soldados negros son los que quedan malparados en razón de su inaudita violencia contra los prisioneros en la cárcel natural en que se les encerró. Igual suerte tiene el sultán. Este mandó su petulante emisario para informar a las tribus de la necesidad de pagar más impuestos de lo que podían, como venganza por haber participado en una rebelión en Fez contra su poder. Es un ajuste de cuentas, propio del despotismo más oriental:

> Nadie podía ofrecer soluciones. Toda la tribu había aportado sus bienes para cubrir los impuestos. El erario de todos estaba exhausto. […] Todos sabían que el soberano no les perdonaba la rebelión de Fez y que, inexorable, iba a deshacerlos. No quedaba más recurso que una nueva rebelión aunque el momento no era propicio (1955a, 55).

Lo más característico de este cuento es la descripción del calvario bíblico sufrido por los rebeldes en su larga marcha hacia el lugar del destierro. Se insiste sobre la capacidad que tenían para soportar con mortificación mística, dignidad, valentía y solidaridad las agresiones de los guardas negros que los vigilaban y también sobre las durísimas condiciones de vida en que estaban detenidos. Es, si podemos decir, una verdadera historia de cautivos a la inversa, no adolecida por los cristianos en "tierras de moros", sino por los propios marroquíes y en su propia tierra.

En resumidas cuentas, este cuento de gran aliento trágico es un comprometido alegato contra el despotismo infundado e injusto, al mismo tiempo que un canto a la libertad, a la rebeldía solidaria contra la injusticia y, sobre todo, a la vida. Al final del cuento, el sultán indulta a los rebeldes y les devuelve la libertad, pero ellos se resisten a abandonar su nueva tierra: "Ellos no deseaban más que seguir siendo hermanos, hijos de una misma madre, la vida…" (1955a, 75).

Conclusión

Dora Bacaicoa Arnaiz es la cuentista por antonomasia del Protectorado español en Marruecos. Es una singular y experta narradora de ficciones norteafricanas. Su única obra *Zohora la negra y otros cuentos* es el mejor libro de tema marroquí redactado en lengua española. La plasmación formal de sus relatos encierra un evidente compromiso con la escritura: hibrida su prosa mediante la poesía y la leyenda originando, por un lado, una narrativa llena de lirismo expresivo, intensidad emocional y oralidad rítmica, y difuminando, por otro, las líneas divisorias entre lo real y lo irreal, lo maravilloso y lo cotidiano. Una prosa narrativa, en fin, magistral y renovadora.

Otro acierto literario de Bacaicoa es la representación que hace de la alteridad marroquí. Se aleja de la literatura oficial y publicista de los interventores y militares, y se acerca al Marruecos más auténtico y real, sin prejuicios, exotismo estético o superioridad paternalista. Otorga voz a los nativos que adquieren protagonismo narrativo y autenticidad humana. La realidad marroquí es relatada desde dentro, asumida como si fuera propia entablando con los autóctonos una relación conjuntiva de verdadera contigüidad ética, emocional, inclusive cultural.

No obstante, su narración peca de tener una impronta conservadora en razón de la privilegiada exaltación del Marruecos auténtico en menoscabo del Marruecos problemático. Se desvincula de la realidad histórica en su dimensión social, política e ideológica, focalizando la atención sobre los aspectos tanto supersticiosos como legendarios, propios de un Marruecos ahistórico, misterioso y tradicional. Aunque tratado de forma diluida y no suficientemente desarrollado, el Marruecos problemático tiene su presencia en forma de problemáticas de índole social y político-ideológica como la exclusión social y el despotismo arbitrario. En todo caso, Dora Bacaicoa Arnaiz tenía todos los requisitos para hablar de Marruecos en toda su complejidad. Tal vez la naturaleza constructiva, breve y poética de sus cuentos fue un óbice para su invención. Lástima que no hayan sido publicadas hasta hoy sus dos novelas que presentó en los años ochenta a grandes premios de Barcelona tal como reconoce López Gorgé (2001a, 6); a buen seguro, hubiera tenido más libre la imaginación para hablar con detalle y amplitud de esta realidad del país, que ella conocía de sobra.

En una palabra, las razones arriba expuestas son más que suficientes para recuperar esta sutil cuentista e incluirla por derecho en la nueva literatura española que se empezó a escribir en los años cincuenta. Su apropiación de la alteridad marroquí, que incluye conjuntamente ética y estética, trasciende su época y se erige en un paradigma intercultural a seguir en el presente y también en el futuro de las relaciones de nuestras dos orillas del *Mare Nostrum*.

Bibliografía

Abrighach, M.: *Superando orillas. Lectura intercultural de la narrativa de Concha López Sarasúa*, Rabat: Imp. El Maarif Al Jadida, 2009.

—*Ensayo de bibliografía universitaria publicada en lengua española en Marruecos (1957-2010)*, Rabat: RVB Edition, 2011.

—"Las publicaciones hispánicas en las revistas universitarias marroquíes (1957-2009): balance crítico", en Achiri, N. y Sabia, S. (eds.): *El Hispanismo marroquí. Balance y perspectivas. Homenaje al Profesor Mohamed Khallaf*, Fez: Publicaciones de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas-Dhar El Mehrez, 2012, pp. 89-110.

Algora Weber, M. D.: *Las relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco. La ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995.

Arámburu, R. de: *Ojos largos*, Madrid: Editorial Española, 1937.

Arqués Fernández, E.: *Jalima*, Tetuán: Editora Marroquí, 1949.

Bacaicoa Arnaiz, D.: "*¡Yasminas!*", en AA. VV.: *Antología. Cuentos nuevos*, Madrid: Rumbos, 1952.

—"En acecho*", Revista Española*, n° 4, noviembre-diciembre 1953a.

—*Inventario provisional de la Hemeroteca del Protectorado*, Tetuán: Editora Marroquí, 1953b.

—"El teatro en Tetuán en el año 1860", *Revista de Literatura*, t. III, n° 5, Madrid, enero-marzo 1953c, pp. 79-98.

—"Ensayo de bibliografía española de arqueología sobre la zona del Protectorado de España en Marruecos" en *Primer Congreso Arqueológico del Marruecos Español, Tetuán, 22-26 de junio de 1953*, Tetuán: Cremades, 1954, pp. 469-477.

—*Zohora la negra y otros cuentos*, Tetuán: Cremades, 1955a.

—*Bibliografía marroquí (1953-1958)*, Tetuán: Cremades, 1958.

—*Memoria sobre la Biblioteca "Menéndez Pelayo" realizada a petición de la Embajada de España en Rabat, por la directora de la misma, Tetuán, 15 de diciembre de 1969*, Tetuán: Biblioteca Española de Tetuán, 1969.

—y Requena Córdoba, M.: *Notas hispano-marroquíes en dos obras del siglo de Oro*, Tetuán: Centro de Estudios Marroquíes, 1955b.

Beltrana, A.: *Marruecos sensual y fanático*, Rabat: Instituto de Estudios Hispano-Lusos, 2009.

Bover, J.: "Las bibliotecas españolas en Marruecos", en Morales Lezcano, V. (coord.): *Presencia cultural de España en el Magreb. Pasado y presente de una relación cultural sui generis entre vecinos mediterráneos*, Madrid: Mapfre, 1992, pp.119-141.

Carrasco González, A.: *La novela colonial hispanoafricana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*, Madrid: Sial Ediciones, 2000.

—*Historia de la novela colonial hispanoafricana*, Madrid: Sial Ediciones, 2009.

Castro Enriquez, G.: *Marhaba (Bien venido)*, Tetuán: Editora Marroquí, 1941.

Chaudhuri, N. y Strobel, M.: *Westen Women and Imerialism*, Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press, 1992.

Chimenti, E.: *Anthologie*, Casablanca: Éditions du Sirocco/Senso Unico Éditions, 2009.

Domenech Lafuente, Á.: *Cuentos de Ifni*, Tetuán: Editora Marroquí, 1953.

Fernández Hoyos, S.: *Una estética de la alteridad: la obra de Trina Mercader*, Madrid: UNED, 2006.

Freedman, R.: *La novela lírica. Herman Hesse, André Gide y Virginia Woolf*, Barcelona: Barral Editores, 1972.

García Figueras, T.: *Ramadán de paz*, Larache: Editora Marroquí, 1946.

—*Cuentos de Jehá*, Tetuán: Editora Marroquí, 1950.

Gil Grimau, R.: *Aproximación a una bibliografía española sobre el Norte de África*, Madrid: Printing Books, 1982.

González González, I.: "*La hermandad hispano-árabe en la política cultural del franquismo (1936-1956)", Anales de Historia Contemporánea, 23*, 2007, pp. 183-197.

Hantout Seidel, Habiba: "Al otro lado de la memoria. La Biblioteca general y Archivos de Tetuán" [en línea], *El hispanismo*, 2011, www.elhispanismo.blogpost.com/2011/03/biblioteca-general-de-tetuan.thml, [1 de enero de 2012].

Hassan Escuri, A. y Roda Garrido, E.: *Cuentos marroquíes*, Larache: Artes Gráficas Boscá, 1941.

Jadraque, M. T. de: *Halima*, Madrid-Cádiz: Editorial Escélicer, 1954.

Legéy, D.: *Essai de folklore marocain. Croyances et traditions populaires*, Casablanca: Éditions du Sirocco, 2009.

López García, D.: "Un intento de clasificación de la literatura narrativa española del siglo XX de tema marroquí", *Revista Marroquí de Estudios Hispánicos*, n° 1, enero de 1991, pp. 13-31.

López Gorgé, J.: "Bacaicoa Arnaiz, Dora, *Zohora la negra y otros cuentos*" (reseña), *Ketama*, Suplemento literario de "*Tamuda*", Notas Adicionales al núm. 7, Tetuán, junio 1956, s. p.

— y Chakor, M.: *Antología de relatos marroquíes en lengua española*, Granada: Ediciones Antonio Ubago, 1985.

—"Dos revistas hispanomarroquíes", en Chakor, M. (coord.): *Encuentros literarios: Marruecos-España-Iberoamérica*, Madrid: Cantarabia, 1987, pp. 37-57.

— *Nueva antología de relatos marroquíes*, Granada: Port-Royal, 1999.

— "En la muerte de Dora Bacaicoa", *La Medina*, Madrid, febrero de 2001a, p. 6.

— "Murió en Málaga Dora Bacaicoa, la singular narradora hispano-marroquí", *La voz*, Melilla, 2001b, p. 12.

Martin de la Escalera, C.: *Fatma. Cuentos de mujeres marroquíes,* Madrid: Publicaciones África, 1945.

Martínez Montávez, P.: *Presentación. Ketama, Suplemento Literario de 'Tamuda'*, edición facsímil, Palencia: Simancas Ediciones, 2011.

Mateo Dieste, J. L.: *La "hermandad" hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona: Bellaterra, 2003.

Mercader, T.: "*Al-Motamid* e *Itimad*: una experiencia de convivencia cultural en Marruecos", *Revista de Información Cultural de la Comisión Nacional Española de Cooperación con la UNESCO*, n° 25, enero-marzo 1981, pp. 76-80.

Moga Romero, V.: "El mundo de la edición-reedición y el protectorado: un torno a la cuestión hispano-marroquí (1859-2006)", en López García, B. y Hernando de Larramendi, M. (coords.): *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes: un balance en el Cincuentenario de la Independencia de Marruecos*, Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2007, pp. 77-152.

Said, E. W.: *Orientalismo*, Barcelona: Debolsillo, 2003.

Narrativa marroquí

Mohamed Bouissef Rekab

Preámbulo

Marruecos, el país árabe más occidental y el africano más norteño, es un espacio por el que ha transcurrido la civilización a lo largo de siglos dejando marcadas y hondas huellas. Por él han pasado todas las evoluciones del hombre para desembocar en la expansión del Islam y hacer de la lengua árabe su idioma oficial.

Podemos resumir diciendo que este país ha sido un maravilloso crisol de civilizaciones, lo que le ha permitido poseer una fuerte cultura nacida del mestizaje y en la que lo tradicional más remoto tiene estrecha relación con la modernidad (Chakor: 1993, 11).

Durante el Protectorado, la literatura en lengua árabe ocupa un lugar de vital importancia; es considerada como instrumento educativo de primer orden para la edificación del nacionalismo, el mantenimiento de la religión islámica y la toma de conciencia del pueblo de su realidad.

1. Imágenes estereotipadas cruzadas entre españoles y marroquíes

Antes de hablar del fenómeno literario en el norte de Marruecos en época del Protectorado, tenemos que aclarar las imágenes memorizadas que cada

una de las comunidades tenían del otro. Me explico: primero, ¿qué pensaba el marroquí del colonialista español que se hallaba en Marruecos? Opinaba que estaba ante un ocupante tan pobre y mísero como lo era él. Y se hacía la pregunta siguiente: ¿qué me puede dar o enseñar un individuo tan desdichado como lo es el hombre español? De ahí que, para el marroquí de a pie, el español era "el de los remiendos" (*bu ruq<a*). Se trataba de una persona que rivalizaba con el marroquí en ocupar los trabajos más duros; vino a Marruecos porque en el suyo no era dueño de nada. Era un pobre que pretendía llegar alto haciéndose dueño de lo ajeno. Y segundo, ¿cómo era el perfil humano del marroquí en el imaginario del español? Para los españoles, el marroquí era un sometido que no alcanzaba a entender las cosas que se le explicaban… De ahí que salten a la palestra los estereotipos de: "el moro es sucio", "el moro es un burro que no sirve para nada"; pero también "el moro simpático, amigo, con quien pasas un buen rato", etc. (Goytisolo: 1981, 9 y siguientes). Podemos dar un ejemplo de la manera en que los escritores hablaban de los marroquíes. Tomemos el ejemplo de Carmen de Burgos, asegura que "… prematuramente maduras, bajo el sol de llamas de aquel abrasador clima africano, las moras eran todas feas, deformadas, negras" (Núñez: 1989, 163). O como cuando otro escritor español dijo, refiriéndose a los marroquíes: "¡El color de las moras tapadas! ¡Caras tumefactas, verdosas, podridas, descompuestas! ¡Y que salgan de esas mujeres tuberculosas estos tíos tan bestias, tan ágiles y duros! (Giménez Caballero: 1983, 156).

¿Qué pensamos nosotros de la relación entre las comunidades marroquí y española que hay en Marruecos durante el Protectorado?

Creemos que mientras los marroquíes permanecían callados y sumisos, los españoles se comportaban bien con ellos —nos referimos a la cúpula del poder, con su guardia civil, su ejército y sus mejazníes—. Los notables eran tratados con miramientos y cortesía precisamente por aceptar esa presencia extranjera. En cuanto a los clichés que ambos utilizaban son de lo más natural en sociedades de este estrato social tan bajo.

En un nivel cultural más significativo, tanto los marroquíes como los españoles utilizaban otros discursos. Lo explica Trina Mercader cuando recuerda en su revista *Al-Motamid* que "… la cultura viva de Marruecos existía. Bastó que alguien la convocara sin otros intereses que los estrictamente culturales, para que hiciese acto de presencia" (Mercader: 2012, 1).

Y ahora volvemos a la primera idea. ¿Qué escribieron los marroquíes durante la presencia española? Hay que aclarar que los marroquíes que tenían acceso a la escritura eran unos pocos privilegiados; algunos ingresaron en los centros españoles de enseñanza. Una parte de ellos siguió estudios superiores y alcanzó puestos de responsabilidad junto a los colonia-

listas. Otros de estos favorecidos por las circunstancias estudiaron árabe y se graduaron en universidades árabes. También ocuparon puestos administrativos: entre ellos se eligieron ministros, funcionarios adscritos a los ministerios, secretarios superiores del Majzén, etc. Los unos y los otros dejaron textos que son reliquias para los investigadores actuales.

2. La actividad de los nacionalistas y la prensa

El 18 de diciembre de 1936, el líder nacionalista Abdeljalak Torres (1910-1970) funda el Partido Reformista Nacional y defiende que la idea de cultivar el teatro nacional es un buen camino para llegar al pueblo —lo venía haciendo desde tiempo atrás, pero ahora se oficializa—, sobre todo porque esta organización política va a gozar de cierta libertad para reunirse y manifestarse con la aprobación de los responsables españoles. Esta libertad permite representar obras dramáticas de toda índole así como escribir en la prensa artículos y lanzar mensajes por la radio —fueron dos años de libertades, entre 1936 y 1938, cuando Franco más necesitaba al pueblo marroquí para que engrosara su ejército fascista y así derrotar a la República.

Esta línea va a permitir la publicación de un gran número de periódicos y revistas y, con ellos, nacen numerosos cronistas. De entre estos órganos podemos citar la pionera —por ser la primera revista nacional en lengua árabe que se publicó en el Marruecos español— *La Paz* (*mayalat as-Salam*), que aparece en los quioscos, con carácter mensual, el 1 de octubre de 1933. Su fundador fue el historiador Muhammad Daud. La revista desaparecerá en noviembre de 1934, al prohibir las autoridades francesas que se vendiera en su zona y las demás regiones ocupadas por Francia. Daud no pudo afrontar los gastos y dejó de publicarla. Tres años más tarde, Daud crea el semanario *Informaciones* (*al-Ajbar*) en lengua árabe. La primera edición tiene fecha de 15 de marzo de 1936 y se suspenderá el 12 de abril del mismo año. En enero de 1934, Abdeljalak Torres funda un periódico para hacer partícipe al pueblo de sus ideas independentistas; se trata de *La vida* (*al-Hayat*). A partir del número treinta y dos, se hace cargo de él Tuhami al-Wazzani, porque Torres fue nombrado director de los *Ahbas* —equivale al ministerio encargado de los asuntos islámicos—. Abdeljalak Torres publica en 1933 una obra de teatro titulada *Intisar al-Haq ala al-batil* (*Victoria del derecho sobre la injusticia*), que hasta hoy día sigue siendo considerada como la primera obra dramática marroquí publicada. La obra fue representada por primera vez en 1936 por los alumnos y profesores del Instituto Libre, creado en 1935. *El nuevo Marruecos* (*al-Magrib al-yadid*) empieza a publicarse en 1935 bajo la dirección de Muhammad Meki Naciri. En 1939, con el final de la guerra ci-

vil española, el *fakih* Muhammad al-Tanyi funda la revista *Educación religiosa* (*al-Irshad al-dini*). Años más tarde, en 1947, se funda *El día* (*al-Nahar*) del ulema Ibrahim al-Wazzani, que se redactaba en árabe y en español. Y ese mismo año, Trina Mercader funda en Larache *Al-Mutamid*, también en árabe y español. Lo mismo ocurre con *Ketama*, a partir de 1953, bajo la dirección de Jacinto López Gorgé. Y no serán las únicas publicaciones.

3. El teatro en la zona española

El drama es uno de los géneros que más cultivan los intelectuales marroquíes. En la primera ocupación de Tetuán por los españoles (1859-1860), se construye el primer teatro en el norte de Marruecos, con el nombre Reina Isabel II —además de la línea férrea entre Tetuán y Río Martín—. Más tarde, en la segunda instalación de los españoles en Marruecos (a partir de 1913), se construye otro teatro en la famosa calle de La Luneta, el Reina Victoria, que más tarde se llamaría Teatro Nacional, ahora en ruinas. Poco después se construye el Teatro Español, aún en activo como teatro y además una de las salas de cine más importantes de Marruecos.

En Marruecos se instaura la práctica del teatro, gracias también a las visitas de compañías teatrales árabes.

Al mismo tiempo que compañías de teatro árabes visitaban el norte de Marruecos, lo hacían otras desde España. Pero fueron la práctica y las técnicas de los dramaturgos españoles las que ayudaron realmente para que los marroquíes aprendieran el oficio y entraran en este difícil mundo del teatro.

Un responsable de la administración española dedujo que sería bueno aprovechar esa cualidad, ya que: "se nos ocurría pensar en que la actividad teatral de los alumnos marroquíes podría extenderse a la representación de algunas obras dramáticas españolas" (Valderrama: 1954, 105-106).

4. El cuento

Los intelectuales marroquíes del norte también escribían cuentos; y es uno de los géneros que permiten que la mujer entre a formar parte del acervo cultural tetuaní, se trata de Amina Loh, que colaboró en la revista de Trina Mercader, *Al-Motamid*. Esta insigne dama marroquí, esposa del poeta Ibrahim al-Ilgui, se hará cargo de la parte árabe de *Al-Motamid* hasta su desaparición en 1956. Un par de años antes de tomar esta responsabilidad, en 1954, había ganado el premio literario de prosa *Al-Magrib* (*Diario de África*, 24 de abril de 1954, p. 5). "La proscrita", de Abdelatif Jatib, es uno de los cuentos más destacados escritos en español durante el Protectorado, publicado en "Ketama", suplemento literario de la revista *Tamuda*.

5. La novela

Cabe señalar que la novela, como la conocemos actualmente, tarda en llegar al mundo árabe islámico, donde se percibía como un género inmoral y obsceno. En este sentido, se puede aportar el ejemplo del egipcio Mohammad Husayn Haykal (1888-1956), autor de una novela romántica —considerada como la primera novela árabe—, titulada *Zaynab, manazir wa ajlaq rifiyya* (1914) (*Zaynab, aspectos y educación campesinos*). Al publicar su obra en El Cairo —al principio de manera clandestina—, el autor fue acusado de herejía y traición a los dirigentes religiosos. La obra tuvo miles de lectores, sobre todo los habitantes de las ciudades, ansiosos de conocer lugares donde reinara la calma y que transmitiera felicidad (al-Madini: 2001, 64). Por lo tanto, la novela de ficción, como se conoce actualmente, no entra en Marruecos hasta muy avanzado el siglo XX.

6. La utilización de la lengua del otro

El pensador marroquí Abdelkebir Khatibi opina que "podemos decir que la literatura magrebí de expresión francesa es argelina (…) y que la literatura árabe es más bien tunecina y marroquí" (Khatibi: 1979, 15).

Los lectores marroquíes del periodo colonialista —poco numerosos— deseaban hallar en las crónicas de sus compatriotas una imagen que apreciara el "yo", el "nosotros nacionalistas", el colectivo del pueblo marroquí y sus ansias de independencia.

Así, la literatura marroquí en general se caracteriza por este rasgo principal. Es una literatura que, a pesar de ser bastante joven —apenas setenta y cinco años de existencia real—, ha vivido los tres periodos esenciales e inseparables de toda evolución literaria, a saber: La *etapa del nacimiento y del inicio* (1905-1939), sobre todo con crónicas, cuentos, obras de teatro y poesía. La de la *institución propiamente dicha* (1940-1950), inmediatamente anterior a la Independencia, con el advenimiento de la *Nahda* marroquí —que representa una ebullición política y cultural; un proceso de rebeldía contra el colonialismo y de renacimiento de la cultura nacional, con incipientes obras narrativas, sobre todo autobiografías—. Y por fin la de *la modernización y adaptación a las realidades del momento* (1956, año de la Independencia, hasta el presente), en la que se plantea, a nivel nacional, una crisis creacional con exigencias patrióticas y una pugna entre occidentalización y orientalización. No podemos olvidar las obras en lengua francesa de gran interés.

Tardíamente aparece la literatura marroquí escrita en lengua española. Su influencia sigue siendo muy reducida, pero cada vez más hay gente que se interesa por este fenómeno literario, tanto en Marruecos como en el

extranjero. También hay marroquíes que escriben en catalán (Najat el Hachmi es la más conocida por haber ganado un prestigioso premio literario catalán) o en inglés (tales como Akbib Abdellatif, investigador y profesor universitario), pero son minoría.

Marruecos cuenta con una significativa diversidad lingüística y cultural. Las lenguas oficiales son el árabe y el bereber o *amazigh*; esta última con sus tres variantes: del Rif, del Atlas y del Sus; están las diferentes *dariyas* —dialectos marroquíes nacidos del árabe—; el bereber utiliza su alfabeto propio: el *tifinagh*, que lo aleja mucho del árabe; el francés es un idioma de gran importancia comercial y económica y, por otro lado, cada vez más, el español se está instalando en el espacio económico y cultural marroquí.

La literatura marroquí que nos interesa es la que habla del tema del colonialismo, expresada en árabe y en español; recibe diferentes denominaciones, según los distintos críticos, cuando el caso es el español. Los hay quienes la llaman "Literatura marroquí en lengua española". Otros prefieren denominarla "Literatura marroquí de expresión española". O como la denomina Rodolfo Gil Grimau, "Escritura marroquí en lengua española" (Gil: 2002,127). Y otras apelaciones que no vamos a mencionar.

Podemos afirmar que la ocupación española de la zona norte de Marruecos reafirma unas señas de identidad en torno a la lengua árabe que, a su vez, enlaza con su propia historia y con la civilización arabo-islámica.

7. ¿Hay interculturalidad en el Marruecos del Protectorado?

La interculturalidad es el proceso de comunicación entre grupos humanos donde se piensa que ningún conjunto cultural está por encima del otro, asistiendo y apoyando la integración y la cohabitación entre culturas e individuos. Un crítico marroquí piensa que:

> Es verdad que aquí se trata de un punto políticamente sensible, pero ¿cómo se puede vivir la alegría del encuentro, activar la amistad en un contexto de sospecha? Ya que en la lógica intercultural, tomada de manera abstracta, no se busca una "hospitalidad" cualquiera como es el caso de algunos creadores magrebíes (Affaya: 1994, 26).

En las relaciones interculturales se establece una estrecha relación basada en el respeto a la diversidad y al enriquecimiento mutuo. La interculturalidad no se refiere tan solo a la interacción que ocurre a nivel espacial, sino más bien en cada una de las situaciones en las que se presentan desacuerdos entre los individuos de una comunidad.

En el Marruecos del Protectorado apenas si hay interculturalidad; no hay intercambios entre la cultura del colonizador y la cultura del colonizado en su sentido más claro. Lo que aporta el conquistador se impone a la

sociedad colonizada sin coger nada del colonizado. Un responsable español asegura que "…se atendía a dos órdenes de necesidades, la escuela de masa o escuela popular, en sus dos ramas de Escuela urbana y Escuela rural, y la Escuela de hijos de notables, para las clases medias y acomodadas" (Morla: 1947, 19). En otro estudio podemos leer que

> una serie de actos como conciertos, conferencias, exposiciones que iban destinados a la intelectualidad española, a los que asistía algún marroquí joven. Estos actos estaban impulsados por la mecánica proteccionista, ensalzando la superioridad del país protector sobre el país protegido. La cultura española, venía a decir, es superior a la cultura marroquí, siempre silenciada (Mercader: 2012, 1).

Es primordial que este proceso de interculturalidad vaya más allá de la coexistencia o el diálogo de culturas de unos cuantos individuos de la comunidad; es una relación alimentada entre ellas; es una exploración expresa de superación de prejuicios, de racismo y de desigualdades. Los colonizadores españoles segregaban a los marroquíes:

> Lo mismo sucede respecto a las viviendas modestas, en el doble aspecto de la carestía de la construcción y (…). Además el problema tiene facetas variadísimas que han sido atendidas con mayor o menor intensidad según sus posibilidades en todos los centros urbanos de la zona: barriadas para musulmanes (…); para españoles; para maestros… (Morla: 1947, 88).

Pocos son los marroquíes que tuvieron acceso a los centros de educación españoles; pocos también los que se expresaron por escrito en español. Naturalmente, los lectores potenciales eran los españoles; la sociedad marroquí llana, en una mínima parte, estaba arabizada y pocos eran los que sabían español; además de que entre el ochenta y cinco por ciento y el noventa por ciento de los marroquíes, en esta zona, eran analfabetos durante la presencia española.

8. Las obras en lengua árabe

8.1. *La resistencia armada y el movimiento nacionalista en el norte de Marruecos* (1941), de Tuhami al-Wazzani

Marruecos vivió la caída de la monarquía española y la llegada de la República. El norte del país conoce el nacimiento de asociaciones y la libertad de la prensa y de reunión. Obtuvo el derecho, por un corto tiempo, de elecciones directas y libres de los municipios. Cuando aparecen la revista "*La Paz*" (Mayalat *as-Salam*) y el periódico "*La vida*" (*Al-Hayat*), en lengua árabe, se notó una enorme demanda de las otras ciudades del país y de los pueblos. El gobierno francés, al principio, permitió la venta de "*La vida*" en la zona francesa y en la región de Tánger bajo mandato internacional. Tuvo una acogida que no se conoció anteriormente. Muchos marroquíes enviaban sus quejas ante la injusticia que conocían y el periódico las publicaba.

Finalmente el colonialismo francés se sintió señalado y prohibió la entrada del periódico en la zona sur...

Capaz era el responsable de Asuntos Indígenas y el mejor ayudante del Alto Comisario Rico Abello en dirigir la zona jalifiana según la ideología del Protectorado. Construyó mezquitas y escuelas y apoyó para que la compañía eléctrica se hiciera realidad… El Alto Comisario aceptó esta petición firmando un acuerdo con la Compañía...

De las actividades importantes que se hicieron durante la época de Rico Avello y Capaz, el nombramiento del profesor Torres en la dirección de los asuntos generales islámicos… Esto ocurrió en el mes de octubre de 1934.

Y llegó el día en que los responsables marroquíes sintieron la necesidad de crear la fiesta de la entronización marroquí para refrescar las memorias de que Marruecos aún tiene un sultán...

El 17 de julio de 1936, tuvo lugar el movimiento militar que derrumbó la República española; su cuna estaba en Marruecos ya que el movimiento comenzó en Melilla...

El 18 por la tarde un avión, a gran altura, comenzó a lanzar bombas sobre Tetuán. La gente vivió momentos de pánico y fue a consultar sus temores con el Jalifa. Los recibió el primer ministro Ahmed Ganmia que les informó que Tetuán era la cuna del movimiento nacional español y que ese intento había tenido éxito y que ya existía en todas las demás regiones españolas; la gente se retiró ordenadamente (Al-Wazzani: 1941, 135-136-140-141).

8.2. *La zagüia* (1942), de Tuhami al-Wazzani (1903-1972)

De esta obra dicen que

al igual que gran parte de la producción cultural tetuaní fue postergada y olvidada tras la independencia de Marruecos desde una capital en Rabat en la que no se creía seriamente que en el norte del país y bajo Protectorado español se hubiera producido nada que mereciera la pena (Rodríguez: 2004, 133).

En el Congreso sobre la Novela Marroquí, celebrado en 1984 por la Unión de Escritores de Marruecos (UEM), y gracias a la pluma de Ahmed al-Yaburi (1984, 13-19), podemos conocer la reivindicación de *La zagüia* como texto pionero en el desarrollo de la novela en Marruecos. De la misma manera que se opone a la presencia del colonialismo, al-Wazzani se enfrenta a las prohibiciones de sus conciudadanos a causa de su conservadurismo. Es el primer marroquí que entra en un teatro acompañado de su esposa, desafiando la postura de jueces y demás notables de Tetuán, que veían con muy malos ojos el acceso de la mujer musulmana a los escenarios. Además, y como narra Ibrahim al-Jatib, no quiso dejar en el anonimato el amor que sentía por una mujer joven y casada (Al-Jatib: 2000, 19).

Los acontecimientos fueron desarrollándose en Marruecos con el advenimiento del héroe Mohammed ibn Abdelkrim Jattabi; esto originó que nos quedáramos sin estudiar en Oriente...

Todos miraron al pobre Chuaib que no le pedía al mundo nada para él, no deseaba ningún favor personal, todo lo hacía por el sacrificio y la defensa del Islam y el exterminio de los hombres del mal...

Señalo que nuestro amigo Chuaib cobraba un céntimo —moneda marroquí— y ahora pasa a cobrar un duro español, su salario se ha multiplicado por veinticinco o treinta veces... Le dije:

— ¿Qué te llevó a cambiar de opinión que te veo acudir a esta desgracia? ¿Dónde está tu noble afirmación y tu creencia verdadera?...

Consideré que la admiración y respeto que sentía por él empezó a evaporarse de manera rápida…

Nuestros compañeros alumnos no podían evitar verme entre ellos... La zagüia harrakia.... Se hizo famosa, a diferencia de las otras, por el cante y la música… Porque la gente, después de imponerse el Protectorado y en tiempos de la Gran Guerra, se sintieron tristes y apenados. Se dispersaron las tertulias de ocio y entretenimiento…

Visitó fábricas y se fijó en el renacimiento de Europa que abarcaba diferentes aspectos. El Hach Abdeslam cada vez que lo veía atraído por una de las imágenes artísticas y de civilización, aprovechaba la ocasión para explicarle los beneficios de la ciencia y de que la fuente de toda esa actividad estaba en el conocimiento preciso, el estudio permanente y la investigación productiva. En Europa todo estaba sometido a la ciencia y todo seguía las normas de unos libros exactos y límites demarcados. Además, el visitante en Europa debe ver, junto al excelente trabajo, el fenómeno del ocio y del entretenimiento, y debe visitar esos lugares en los que se promociona el arte del baile, del teatro y de los juegos… (Al-Wazzani: 1942, 87-88-109-110-130).

Abdeljalak Torres (1910-1970), en un artículo dedicado al tema del dahír bereber, dice en *al-Hayat*, entre otras cosas:

Cualquier agresión que alcance Marruecos será considerada tan inexcusable como lo puede ser un tema que desee exterminar no únicamente la justicia, sino también las bases sobre las que se levanta la unidad de Marruecos y su existencia… Nadie esperaba ni en el interior ni en el exterior que los jóvenes desarrollaran ese noble papel que debe mencionarse en las páginas de la historia de Marruecos...

La juventud en su lucha y sacrificio, en ningún momento estaba en situación de fracaso o desengaño. No. Si el gobierno no hubiera aceptado sus exigencias y apartado su peligroso Dahir. El pueblo le otorgó su confianza y demostró acato y cariño, lo que aumenta la fuerza, la voluntad y solvencia en la determinación. El pueblo, en sus diferentes estratos sociales ha hecho lo que ha hecho, como pago a los fieles y buenos jóvenes, por sus esfuerzos…

Han pasado cuatro años de la proclamación del tema beréber y cada año creemos que el gobierno va a ceder a la petición general que no ha aceptado aplicar el tema beréber. El gobierno se alarga en su mutismo y considera que la no permanencia del Dahir Beréber debería debilitar la fuerza del poder y que demostraría su impotencia (Torres: 1934, 1).

8.3. "Al-lal el Fasi" ("Los novios de piedra")

En un zoco del Rif, un narrador de cuentos marroquí refirió, en cierta ocasión, la siguiente leyenda:

> Habéis de saber, oyentes afortunados, que allá en otras edades, ocurrió en estas tierras del Mogreb el Acsa, que hoy llamamos Marruecos, un hecho prodigioso que demuestra los designios de Alá.
>
> Tiempo antes de la fecha… el casamiento de sus hijos… Pero aquel año, coincidía esta época de abundancia, con el sagrado mes de Ramadán… Sin embargo… se acordó que la boda se celebrase, siempre que se respetaran las horas prohibidas… He aquí que la novia había salido al atardecer, de su poblado, acompañada de todos sus parientes… Y así empezó la boda, bajo la mirada bondadosa del Altísimo… Y cuando terminó la comida… ya sabéis que la novia ha de rezar un "maaruf"… Pero en el aposento no entraba la luz y los esposos no oyeron la voz del mohecín, que anunciaba el mandato de Alá… Y entonces, el Todopoderoso, el Señor de los Cielos y de la Tierra, hizo bajar su cólera. Y enviando un cataclismo, destruyó la vivienda y convirtió a los esposos en figuras de piedra (El-Fasi: 1954, 13).

(No se menciona al traductor).

Mohamed Tanyi, uno de los cronistas y más activos colaboradores de *al-Hayat*, escribe lo siguiente:

> … la lengua beréber en una región importante que es el Rif; la lengua de la escritura y del discurso oficiales y no oficiales es la lengua árabe; no hay nadie que se dirija a alguien por escrito y no utilice la lengua árabe; es la lengua oficial de la administración del noble Majzen.
>
> La administración protectora acepta la oficialidad de la lengua árabe y no la rechaza, ya que un pueblo como el marroquí no debe estar desposeído de su derecho de hacer de su lengua la oficial en su nación. España es el primer país en reconocer este derecho de la nación marroquí, ya que los marroquíes ocupan un lugar de suma importancia en la historia de la propia España...
>
> Los anuncios del gobierno en diversas ocasiones se presentan en las calles únicamente en español; en árabe aparece sólo la firma del Bajá; el pueblo no alcanza a entender el contenido lo que origina que se pierda el proyecto pretendido con ese anuncio. Numerosas personas son sancionadas por no cumplir las órdenes, pero ocurre porque no entienden el contenido… (Tanyi: 1934, 3).

8.4. *El pan desnudo* de Mohamed Chukri (1935-2003)

La obra del más internacional de los escritores marroquíes en lengua árabe se publica primero en inglés —traducción de Paul Bowles— en 1973 (durante muchos años se prohibirá su distribución en Marruecos). En lengua árabe aparece en 1982 en los demás países árabes y no en Marruecos.

El pan desnudo consagra a Mohamed Chukri como una de las voces dolidas e indispensables de la literatura árabe contemporánea.

> — ¿No enseñan árabe y español en Tetuán?
>
> — Sí. He oído decir que enseñan árabe y español.
>
> — Entonces, ¿por qué no fuiste al colegio?
>
> — Porque mi padre no pensó matricularme en un colegio.
>
> ¿Él no quería o eras tú el que no quería ir al colegio?...
>
> Los vecinos se metieron por medio para que hiciéramos las paces mi padre y yo. Comencé a ayudar a mi madre en la tienda de manera regular. Mi padre me

obligó a no trasnochar en los cafés. Es un gran sacrificio para mí no salir de noche. La noche es lo único que poseo ya que los días son para la tienda con mi madre.

Una mañana, dos policías de paisano, un marroquí y un español... El agente marroquí me dijo:

Ven con nosotros…

— Me llevaron al cuartel. El policía marroquí me preguntó:

— ¿Dónde están Abdessalam y el Sebtaui?

— No los conozco.

— ¿Cómo que no los conoces?

No los conozco.

Me abofeteó dos veces y me cogió de la solapa de la camisa:

Escúchame bien, si no nos dices la verdad, te vamos a poner la cara al revés, ¿comprendes o no?

El policía español se asomó desde un despacho y mandó:

— Hazlo entrar.

Ya en el despacho, el comisario me dijo:

¡Vaya! Eres tú entonces.

Yo le daba a su hijo Julio en Ain Jabbaz los pájaros que mis trampas estrangulaban por considerarlos no aptos para consumir. Su mujer me mandaba hacerle recados...

— ¿Dónde vive tu familia ahora?

— En el barrio de Trankat...

— ¿Dónde está el-Kebdani?

No es un sitio para hablar. Sabrás lo que ha pasado cuando salgamos…

Al alcanzar la plaza de Suk Dajli me preguntó:

¿En qué café quieres que nos sentemos? ¿En el Fuentes? ¿En el Central o en La Española?

Dejé que eligiera él. Entramos al Central. Antes de sentarnos pedí un coñac y él una ginebra. Nos sentamos en un rincón solitario. Me preguntó:

— Pero, ¿dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

— Aquí, en Tánger. ¿Dónde querías que estuviera?

— ¿Dónde duermes?

— He dado con un lugar para residir en al-Qasba, en el camino de Benabu.

— ¿No es la casa adosada a la escuela?

— Exactamente.

— Vives en un asilo de ladrones, aventureros y conspiradores.

En los demás hoteles me exigen la documentación. No poseo ningún documento.

El camarero español vertió las bebidas en dos diminutos vasos. El servidor se fue y él me señaló:

El-Kebdani ha muerto.

Con voz suave, ojos desorbitados y boquiabierto, pregunté:

— ¿Ha muerto?

Sí. Ha muerto. Que en paz descanse.

Vacié el vaso de un trago y llamé al camarero. Encendí un cigarrillo. Al-Qandusi se tomó su vaso. Le dije:

Una botella de coñac entera.

Aceptó que tomáramos lo mismo.

¿Cómo murió?...

El camarero trajo una botella de Terry... Le pregunté por Kabil.

— Detenido.

— ¿Por qué?

— Quieren adosarle la muerte de el-Kebdani. Saben que trabajaba con él.

— ¿Y el barquero?

Lo detuvieron los carabineros, lo registraron y lo dejaron libre.

— ¿Kabil ha confesado algo?

Hasta ahora no ha confesado nada.

Vacié mi vaso y lo volví a llenar.

— Te vas a marear si sigues bebiendo así. Añadió. Dime, ¿por qué le dejaste la llave a Salafa?

— Me la pidió ella. No pude negarme. Era ella la que mandaba en la choza.

— Lo sé. Añadió. Se ha fugado. Ha cogido todo lo que ha podido llevarse y se ha largado.

— ¿A dónde?

— No lo sé. Lo seguro es que ha abandonado Tánger. Así termina siempre la relación con las putas.

— ¿Y Bushra?

Seguro que ha huido con ella. No se separan desde que eran pequeñas.

Pensé. Seguro que se han ido juntas a Casablanca. Observé la plaza de Suk Dajli, los cafés repletos de noctámbulos y borrachos y le señalé:

— La situación ha recuperado su estado normal después del grave suceso.

— Pero la situación política no es muy positiva en todo Marruecos. Deberán ocurrir otros sucesos más terribles que el del 30 de marzo. Ha llegado el momento en el que los marroquíes van a pedir la independencia (Chukri: 2000, 61-62-86-87-179-180-181-182).

9. Las obras en lengua española

Hubo gente que se expresó en castellano durante el Protectorado español, aunque su influencia fue mínima en la sociedad marroquí colonizada. De ellos podemos señalar a Mohammed Temsamani que publica artículos en el *Diario de África*, en el periódico *España* y en la revista *Ketama*. También participa el larachense Dris Diuri. Colaboró en la prensa con traducciones y aportaciones personales, al igual que el traductor oficial de Tetuán, Abderrahim Yebbur Oddi. El género en el que sobresalieron los escritores marroquíes en ese momento fue la poesía. El cuento también se cultivó, el más notorio es "La proscrita", que publicó Abdelatif Jatib en *Ketama*. Y el que más escribió, y más ha tratado el tema hispano-marroquí, fue el insigne historiador Muhammad Ibn Azzuz Hakim. También se dirige a los españoles, Abdeljalak Torres. Todos ellos van a seguir expresándose en castellano después de la independencia del país. Posteriormente, varios escritores marroquíes van a tratar el tema de la presencia española en Marruecos aunque sus obras se hayan escrito mucho después de la independencia. Podemos mencionar a Mohamed Sibari, de Larache, con sus novelas cortas y anecdóticas. A Mo-

hamed Bouissef Rekab, con unas cuantas novelas. Y cómo no, a Mohamed Chakor, uno de los hispanistas de más relieve e importancia.

9.1. Abdeljalak Torres

Nuestra prensa no ha sido la iniciadora de la polémica últimamente suscitada a causa de Tánger; ha sido la prensa española, incluso la oficiosa, la que sacó a relucir con sus comentarios mal intencionados la cuestión… Nuestro Partido ha considerado esa campaña como una provocación… Aún así nuestros artículos no han sido todo lo agresivos que pudieran serlo… Nuestra posición respecto a estas dos ciudades es clara y se basa en el principio de que, si somos los primeros en reconocer el derecho de nuestros amigos españoles a recuperar el Peñón de Gibraltar ocupado ignominiosamente por Inglaterra, teniendo en cuenta que forma parte integrante del suelo español; no seríamos consecuentes con nosotros mismos si no sustentáramos el mismo principio con respecto a Ceuta y Melilla… (Torres: 1988, 160-161).

9.2. Mohamed Temsamani (1931), "Zuleija o la historia del loco del cabo"

Hace mucho frío esta noche y el viento está furioso… Cuando se pone así me duele la cabeza... Aborrezco el viento...

Recuerdo que acababa de cumplir dieciocho años cuando mis padres me casaron con una de las hijas del Cheij de la Cabila. Y como jamás la había visto, hice lo que todos: recurrir a las viejas del lugar, que todo lo sabían... Amar, el hermano de mi novia, me hizo ofrenda de un potro castaño... Al tercer día me vi en una habitación al lado de una forma humana. Era la novia... Me acerqué con cautela sin saber qué hacer, pero recordando los consejos de las viejas de la aldea, me senté a su lado… Se me antojaba otro regalo más, como los corderos, los toros y el potro castaño (…). Agradaba más a mi primo Hamadi. Una noche la degollé... Desde entonces todas las mujeres me repugnaban y procuraba huir de ellas... Y junto al mar conocí a Zuleija... A veces me ofrecía pan, leche cuajada y hatos de leña para calentarme.

Una tarde la encontré esperándome a la puerta de la cabaña. Traía para mí tortas de cebada y una cazuela de habas cocidas. De pronto un trueno rasgó el silencio… Le dije que podía quedarse en mi cabaña... Cuando amaneció, había amainado el temporal. Zuleija dormía en su rincón… le dije que tenía que marcharse… Bajé a la playa. Sentada sobre una roca estaba Zuleija. Al atardecer… vi que aún seguía inmóvil en la misma roca. Esa noche no pude dormir… A pesar de la angustiosa pesadilla, desayuné tranquilo... El mar estaba en calma… Desde el acantilado vi la roca en que dejé sentada a Zuleija la tarde anterior… Y allí, al pie de la roca, encontré a Zuleija. Tenía la cara roída por los cangrejos y los ojos picados por las gaviotas (Temsamani: 1955, 5-6).

9.2. Dris Diuri (1925-1978)

Siguió la estela literaria de Rubén Darío (1867-1916). En un homenaje que se le ofreció a Diuri, se recoge una carta que este envía a Fernando de Ágreda poco antes de su fallecimiento. En ella dice:

Con verdadera satisfacción recibo en este momento su muy grata del pasado 8 de este mes, donde me habla de la preparación de la edición de una Antología de la Literatura marroquí contemporánea que recoja también muestras del pensamiento de nuestro país, tan íntima como secularmente unido a España. También me entero de los dos volúmenes ya publicados sobre las mismas cuestiones y que se refieren a Iraq y Túnez...

Estoy, pues, dispuesto a ofrecer, desde mi modesta posición, la colaboración que se me pida al respecto para esta Antología de nuestra Literatura marroquí. Pero debo aclarar que todos mis trabajos —o pequeños libros— (poesía, prosa y teatro), están escritos en el Gran Idioma Cervantino. Dos libritos publicados y agotados, y el resto, inédito, por fuerzas insuperables por el momento.

Sobre la traducción de mis libros, podría contarle muchas cosas, pero seré breve. Mis gestiones para conseguir la traducción al árabe y francés, por lo pronto las hice casi en todo Marruecos, sin resultado. Más tarde, me dirigí, por dos veces a Madrid, y tampoco pude conseguir nada positivo. Sin olvidar gestiones escritas hechas a Paris, con el mismo resultado negativo… Finalmente, no quisiera cerrar estas líneas sin hacerle una pequeña observación. Se trata de lo siguiente: tal vez sea el único marroquí (o somos muy contados) que escribimos en español (prensa, literatura, etc.) pero desgraciadamente no contamos con asistencia en ningún sentido por parte de nadie. Navegamos en mar solitario o en bosque sin luz. Y creo sinceramente que merecemos un poco de atención (López Enamorado: 2004, 213).

9.3 Mohamed Ibn Azzuz Hakim, nacido en Tetuán (1924)

Todo el mundo creyó que en 1912 había claudicado el último baluarte del mundo musulmán que se había resistido a caer bajo la férula europea; pero se equivocaron, porque si en aquel año el Marruecos "de derecho" había cedido ante la política de "penetración pacífica", el otro Marruecos, el "de hecho" tomó las armas... De este modo, a partir de 1912 los marroquíes dieron prueba de su gran capacidad de reacción nacionalista (calificada de "xenofobia" por los colonialistas) contra la escalada militar franco-española…

En 1927 fue liquidado por España el gran movimiento nacionalista norteño que dirigía Abdulkrim; pero no tardó en iniciarse en las ciudades marroquíes como Fez, Rabat, Salé y Tetuán otra clase de resistencia… A poco de iniciarse este movimiento clandestino, dio paso al verdadero movimiento nacionalista que nació en el año 1930 cuando el colonialismo puso en sus manos un arma infalible, es decir, cuando se le ocurrió dictar el famoso "dahir bereber", como tendremos ocasión de ver con todo detalle.

Se trataba de una resistencia de emanación urbana, obra de una generación de intelectuales y políticos marroquíes, nacida en un Marruecos dividido en zonas sometidas a regímenes distintos… Y… el espíritu nacionalista fue capaz de unir a todos los marroquíes bajo un mismo pendón, enarbolado en defensa de la independencia, la libertad, la unidad y la integridad de Marruecos…

Aunque fue de corta duración, el período del Frente popular español merece capítulo aparte. Fue en junio de 1935 cuando el Partido Comunista español propuso, en un mitin, a todas las fuerzas obreras y republicanas, la creación de un Frente Popular. Su proyecto de programa estaba basado, entre otros puntos, en el de la "liberación de los pueblos (?) oprimidos por el imperialismo español", entre los que

citaba, a Cataluña, el Euskadi y Galicia, sin mencionar para nada al verdadero pueblo oprimido que era el marroquí y debía figurar a la cabeza de la lista. ¿Por qué?

(...)

A) En los carteles de propaganda utilizados por el Frente Popular en la elección de febrero (1936) en Ceuta y Melilla se leía: "Dicen que ellos son España y llevaron moros a Asturias para razziar los hogares de honrados españoles". Lo que dicho de otro modo significaba que los pobres moros llevados a la fuerza para reprimir la llamada "revolución de octubre" no eran honrados.

B) En las huelgas de los obreros españoles en ambas ciudades, los trabajadores marroquíes jugaron un papel importante y, sin embargo, sus "camaradas" socialistas o comunistas españoles jamás les apoyaron en sus protestas contra el salario inferior que percibían...

C) A los mítines que los días 19 y 26 de enero (1936) celebraron en Melilla los partidos del Frente Popular no se permitía la asistencia a los obreros marroquíes, y en ellos ningún orador mencionó siquiera las reivindicaciones marroquíes ni condenó el colonialismo español en Marruecos.

D) En el mitin del 30 de enero dado en el cine Alhambra, José Sirval calificó a todo el pueblo marroquí de asesino, no por otra cosa sino porque un hermano suyo periodista había perdido la vida en Asturias.

E) En el mitin del 31 de mayo los oradores condenaron la ocupación de Abisinia por Italia... Pero ninguno de ellos se "acordó" de la ocupación de Marruecos por España y Francia… (Ibn Azzuz: 1978, 21-22 y 77).

9. 4. Abderrahim Yebbur Oddi, hijo de Tetuán, ya fallecido

Cualquiera que intentara llevar a cabo el estudio evolutivo de la vida social de un pueblo, es indudable que su estilo arquitectónico le serviría de material y le aportaría datos interesantes para realizar el estudio psicológico de aquél.

Así como, por ejemplo, tenemos que el hogar marroquí, como ya se sabe, es donde convive "el harim" (la familia), y la calle o el exterior, por el contrario, es el mundo del hombre y que para la mujer es un elemento secundario; de este modo cabe decir e incluso afirmar que, para la mujer marroquí, la azotea de su casa era su mundo…

Después de la puesta del sol las azoteas presentaban una gran concurrencia y bullicio de mujeres, análogamente a la que ofrecen las calles europeas en un día de domingo, con la diferencia de la ausencia del hombre. De las clases sociales existían las de los "notables", cuyas señoras no visitaban sus azoteas hasta que sus esclavas o sirvientas habían terminado de hacer la limpieza y recoger las ropas de dormir de la noche anterior… Así también veíamos a las bellas y agraciadas jóvenes de esta categoría social, rodeadas de sus sirvientes y de las mujeres vecinas que acudían para escuchar su bonito timbre de voz y curiosear sus trajes de moda que habían salido…

No quiero poner punto final a este modesto trabajo sin decir, como humano y como natural de Tetuán, que es lástima que la mayor parte de este tesoro de tradiciones, usos y costumbres heredado y transmitido de generación en generación vaya siendo desterrado y relegado al olvido, porque creo y tengo la firme convicción de que el progreso y la civilización pueden ir parejos y al unísono con aquellas esencias tradicionales adaptables al momento, sin menoscabo de los unos ni de las otras.

Aquí tenemos el ejemplo eterno de España, creadora y forjadora de pueblos, que sin despojarse de sus viejas tradiciones, no por eso ha dejado de marchar por el camino del adelanto y del progreso". (Yebbur: 1950, 69-74 y 113-114).

Era una familia tetuaní de origen morisco oriunda del pueblo de Hornachos de la provincia de Extremadura que previniendo la ordenanza de expulsión de los moriscos decretada por Felipe III para el 19 de enero de 1610, se pasaron en gran número a Marruecos desde fines del año 1609… Por referencias que la tradición popular ha ido transmitiéndonos hasta nuestros días, Tetuán tuvo afincada en su solar, una familia de los hornacheros (sic) de Extremadura, durante casi un siglo (Yebbur: 1954, 3).

9.5. Mohamed Chakor (1937), hijo de Tetuán

Alí El Hozmri, que rondaba los cuarenta, era afable... La alheña impedía la aparición de sus primeras canas. Era un popular vendedor de la lotería benéfica de Tetuán, entonces capital del Protectorado de España en Marruecos… Durante la Guerra Civil española, perdió el antebrazo y la pierna izquierdos. Como recompensa, la administración colonial le otorgó el privilegio de vender la 'lotería de ciegos y la de inválidos'… Los musulmanes le compraban poco, dado que el Islam prohíbe los juegos de azar. Los judíos, en cambio, eran más propensos a esta tentación... El domingo 8 de febrero de 1948 presentaba mal cariz… La administración colonial reprochaba a Torres haber expresado su lealtad al rey Mohamed V, durante su visita a Tánger el 9 de abril de 1947, y haber pedido la unificación de Marruecos. Tampoco se le perdonaba que fuese miembro del Comité de Liberación del Magreb Árabe, constituido en El Cairo, en enero de 1948, bajo la presidencia del legendario Emir Abdelkrim Jattabi...

En la Plaza de España, epicentro de la ciudad, no había un alma, excepción hecha de los soldados bien pertrechados... Soliviantando su orgullo, Alí decidió ponerse de pie aunque fuese sobre una sola pierna. Se apoyó en sus muletas y se dirigió hacia el grupo de soldados que custodiaba el acceso a la Judería. Con voz firme y resuelta gritó:

— Soy un soldado de España. Merezco mejor trato. Habéis tenido tiempo para sacarme de este atolladero. No aguanto más. Dejadme pasar…

Tú no eres más que un morango, reliquia de mercenario, que por poco te pierdes hasta los huevos.

Uniendo la agresión al insulto, el cabo propinó un culatazo en pleno pecho a Alí que cayó rodando por el pavimento como un barril... Cuando despertó de su prolongado desmayo, Alí descubrió que se hallaba vendado y tendido en cama en un hospital... Momentos más tarde, irrumpió en su habitación un suboficial alto y huesudo, con orejas de soplillo y mandíbulas de asno. Con tono y gestos marciales le comunicó:

— Estás acusado de agresión a las fuerzas del orden y de atentado a la seguridad del Estado. Has perdido todos tus privilegios:..

¿Cómo es posible semejante acusación cuando la víctima soy yo? Se preguntaba Alí...

…dos enfermeros entraron en su cuarto para colocar en la cama contigua a un paciente... Tenía la herradura de la muerte estampada en la cara. Era un ataúd viviente...

Me llamo Hamidu. Soy legionario. Cuando sonó la generala, el pasado domingo, me hallaba en un prostíbulo de la Alcazaba...

Apareció de pronto un soldado que conminó a Alí a seguirle... Dos horas más tarde Alí ingresó en el Hacho… Su compañero de celda era un individuo de semblante ascético y cabeza nevada...

— Tienes suerte —le dijo Cherif—. Los fascistas suelen fusilar primero y procesar después… Alí guardó, por un momento, silencio pero después reveló…

— Iba todas las semanas al zoco para vender los pocos productos que daba nuestro huerto... Había un vocero que alegaba que 'en España los rojos, seguidores de Satanás, estaban cometiendo fechorías; eran enemigos de Dios y proyectaban exterminar el Islam en Marruecos. Debemos ir a combatir a esos ateos antes de que lleguen a nuestras tierras... Nos quitaron de la mano las cosas que llevábamos. Horas después volábamos hacia España...

El indefenso y el mutilado —le dice Cherif—, no es aquel a quien falta un arma y unos órganos del cuerpo, si no el que carece de saber y de principios...

En 1951 se nombró Alto Comisario de España en Tetuán al teniente general García Valiño, de espíritu liberal y dialogante... Alí se benefició de esa amnistía y regresó a su aldea después de casi tres lustros de ausencia, una vez forzosa y otra voluntaria… (Chakor: 1992, 71-83).

9.6. Abdulatif al-Jatib, "La proscrita" y "Un patrimonio común", nacido en Tetuán

9.6.1. "La proscrita"

Era aquel un pueblo característicamente marroquí, de callejuelas angostas y tortuosas que siempre, siempre, desembocan en la plaza de la mezquita... Por aquel tiempo había llamado repetidamente mi atención una casucha humilde que se encontraba a la entrada del pueblo. La habitaba una mujer vieja e inválida que vivía de la caridad de los viandantes y romeros... Un día se me ocurrió preguntar por la causa de aquella animadversión general y me dirigí al guardián del templo...

Escucha con atención, hijo mío —comenzó diciendo-. Aquella mujer ha sido en su juventud de una belleza singular, incomparable. Bastaba una mirada suya, no con intención la mayoría de las veces, para incitar a muchos jóvenes... Su mayor pecado ha sido, precisamente, su extraordinaria hermosura...

Después de saber todo esto, en otra visita que realicé al poblado me aproximé a Rahma y le di dos pesetas... Me relató su historia…

— Nací en este pueblo —dijo— y no pienso abandonarlo jamás. A pesar de la aversión general que tan despiadadamente se me profesa... Ninguna mácula conoció mi cuerpo... No saben bien el daño que me han hecho. Y lo malo es que aún perseveran, sin recordar, ellos tan devotos, que el perdón es la única virtud sobre la cual están de acuerdo todas las religiones. Mi falta ha sido esta: amé en silencio a un hombre que nunca se fijó en mí… Y, desesperada, quise imponer mi voluntad… declarando mi amor al hombre que quería. Aquel atrevimiento nunca me fue perdonado. Porque los hombres, los nuestros del campo, transigen en todo, excepto cuando la mujer declara su amor y acaba siendo rechazada… Esta es la historia de Rahma —concluyó—, de Rahma la proscrita (Al-Jatib: 1953, 8-9).

9. 6. 2. "Un patrimonio común"

Un rico patrimonio cultural pertenece a Marruecos y a España. Indiscutiblemente, es un deber ineludible para los elementos conscientes de los dos países re-

valorizar dicho patrimonio... Sería una traición flagrante que los elementos capacitados en España y Marruecos dejasen de aportar su concurso a esta noble tarea y que nuestros dos Gobiernos, celosos guardianes del patrimonio nacional, juzgasen esta labor como infructífera... Una labor tan ingente no podría ser obra y fruto de esfuerzos personales, por mucha y buena voluntad que se ponga en la tarea... Es éste, a mi juicio, el primer deber que tienen contraído con sus respectivas historias los intelectuales españoles y marroquíes. Porque nuestra historia común no adquiriría su proporción natural y verdadera si no se hiciera renovar tanta grandeza dormida...

Y son las revistas bilingües las que deben jugar un papel primordialísimo para la realización de tan ferviente voto... Logro que será apreciado en su justo valor por las generaciones futuras, que no vacilarán en agradecer nuestro actual esfuerzo y cotidiana labor (Al-Jatib: 1958, 2).

9.7. *Relatos del hammam* (2001), de Mohamed Sibari (1945), hijo de Larache

En el prólogo leemos "que le han podido ocurrir, o padecer incluso a él mismo". López Gorgé añade que

> … están salpicados de nombres y detalles de costumbres españolas que aún perduran y no se han perdido en casi todo el norte de Marruecos. Mohamed Sibari y su entorno cultural han sido siempre de formación y raigambre españolas (Sibari: 2001, 11).

9.7.1. "Cosas del vino"

Durante el Protectorado español en Larache había (*sic*) miles de soldados españoles y muchísimos bares y bodegas. El vino se tomaba más que el agua tanto por los militares como por los civiles... En los bares de la ciudad, en la playa, en las bodegas y en los burdeles, casi todos los camareros eran marroquíes. Muchos bebían pero a escondidas, ya que si eran sorprendidos por alguno de los mejaznis del Bajá, corrían el riesgo de terminar en la cárcel.

Los que vivían en la medina disimulaban el vino en botijos y, si eran botellas, debajo de sus chilabas. Otros más pícaros, en los portones (sic).

El cliente le decía al camarero:

Te espero en el portón de la familia Balaguer.

El camarero aparecía con una bandeja con dos vasos de vino y dos tapitas., y allí, detrás de la puerta se bebían cada uno su vaso. El cliente era el que pagaba la copa del camarero.

Y así sucesivamente. Ahora te espero en el portón de los Gargallo, de los Martínez, de la señora Lucrecia, de la señora Polonia, del doctor Machín…

Los más jóvenes bebían de noche en la playa de Ain-Chaqa. Los de la periferia de Larache, lo hacían en los Viveros. Los del barrio de Las Navas, Nador y Relojero en la playa del Matadero.

Un fatídico día de verano, un indígena (*sic*) completamente borracho, ultrajó una bandera española. Fue detenido y conducido a comisaría...

Aconsejadas las autoridades coloniales por sus agentes de información, consultaron con la 'Alta Comisaría'. La respuesta fue intentar que un juez 'cheránico' condenase también al preso. Consultado el 'cadi', les contestó lo siguiente:

— Señores, condenaré a muerte a este señor con una sola condición.

— ¿Podemos saber qué condición?

Que retiren todas las bebidas alcohólicas de la ciudad y cierren todos los establecimientos que se dedican a este negocio ya que el vino fue la causa de esta lamentable desgracia.

Dos días después el acusado fue absuelto.

— ¿Sabes quién era ese juez cheránico? Le dijo el guel-lás al quessal.

— Si no me lo dices.

— Ese viejo que acabas de lavar —le dijo Si Taieb.

— ¡El alfaquih Chentuf!

— El mismo (Sibari: 2001, 39-40 y 41).

9.8. *El Dédalo de Abdelkrim* (2002), de Mohamed Bouissef Rekab (Tetuán 1948)

En el libro se habla de un aspecto muy comprometido de la historia hispano-marroquí. Se trata de la Guerra del Rif (1921-1926), que marca profundamente las condiciones del Protectorado español en Marruecos. Al principio, la influencia de España se centraba en Tetuán, regiones de Larache y Arcila además de las posesiones españolas de Ceuta, Melilla y los peñones Vélez de la Gomera, Nekor —o Alhucemas— y las Islas Chafarinas —Isla del Congreso, Isla de Isabel II e Isla del Rey Francisco—. Poco después se pretende consolidar la presencia militar en el interior de las demás regiones.

En Axdir el Faqih Abdelkrim al-Jattabi tiene problemas.

¿Cómo te atreves a mandar a tu hijo a Melilla a trabajar con nuestros enemigos? Acabas de volver de Tetuán y ya nos creas problemas.

Escucha si Taieb, mis hijos y yo siempre hemos amado nuestra tierra y nuestro pueblo. Pero no tenemos nada contra España...

¿Y cómo explicas que tu otro hijo esté entre españoles? ¿Qué hace con los cristianos? Parece que están siguiendo tus pasos; van a ayudar a los españoles contra los intereses rifeños...

Estamos solos. Tienes que ser sincero. Querías que España ocupara su zona en Marruecos, ¿verdad?...

¿Qué me dices del artículo que escribiste el doce de octubre de 1910? ¿Festejabas con los españoles el Día de la Hispanidad? ¿Apoyabas su política expansionista en un día tan señalado?

Todo lo que escribía lo hacía por amor a mi tierra y a mis conciudadanos…

¿Los españoles te dejaban escribir todo esto?

¡Claro! Todo iba en contra de Francia; su rival directo en la futura carrera para ocupar nuestro país.

Berenguer me informa que el general Silvestre ha conseguido "pacificar" el Rif…

Señor ministro, todos estamos muy contentos. Eso indica que los hijos de España no morirán en tierras tan lejanas, como ha ocurrido tantas veces...

Eso no lo promete por nada. España quiere llevarse nuestras riquezas minerales y destrozar nuestros bosques. Nosotros podemos y debemos educar a nuestros hijos y explotar los yacimientos del Rif...

Antes no pensabais así. Muchos de nosotros consideramos que España es capaz de enseñarnos mucho...

¡Qué sabréis vosotros de España! Nosotros confiábamos que España no pensaría nunca en ocupar el Rif...

Mi general, cuatro moros de Temsaman solicitan hablar con usted. Afirman que es muy importante.

No es necesario que nos traduzca nadie, mi general. Puedo decirle lo que nos trae y explicarle nuestra opinión.

¡Vaya! Hablas... Habla usted español. Pues bien, dígame qué le trae por aquí…

... Hay algunos que no están de acuerdo con él; a esos hemos conseguido explicar que España es nuestra garantía de progreso...

Cualquier movimiento nuestro sería avistado por los rebeldes que hay en las montañas y lo transmitirían a los suyos. ¿Cómo conocen nuestra intención de instalarnos en Dhar Abarrán? ¿Quién les ha informado?...

Perdone las molestias, mi general, pero hay otros dos rifeños que desean hablar con usted.

¡Vaya día! Dígales que entren.

Coronel Morales, tú eres nuestro amigo y queremos decirte que no salga el ejército de esta población. Annual es el sitio más seguro. Si salen de aquí pueden sufrir muchos problemas…

Dígale que explique la causa.

Porque los hombres de uld Abdelkrim se han transmitido la noticia de que el ejército español se está moviendo...

Eso ya lo hemos solucionado. Las luces de bengala no surtirán efecto alguno.

No se transmiten las noticias con luces de bengala. Lo hacen con disparos de ametralladoras desde lo alto de las cumbres...

Coronel Villar, forme un destacamento de unos mil hombres y siga a estos cuatro señores. Su misión será montar una base de enlace...

Todos han muerto, mi general. No se han llevado prisioneros. Incluso los prisioneros han sido pasados por las armas. Los policías moros se han ido con ellos. Me mandan decirle a usted que...

Pero, ¿cómo se atreve ese pordiosero a atacarnos? ¡Ya le enseñaré yo a ese!

¡Mi general! Acabo de recibir este cable. Nos informan que los rebeldes han atacado Sidi Dris…

¡Los voy a aplastar como a gusanos! Van a saber con quién se las van a ver. Aunque hagan lo que hagan, nunca podrán impedir que lleguemos a Alhucemas...

Nuestros hombres son muy impetuosos. Se les ha dicho muchas veces que no maten a los prisioneros; es como hablar con el aire...

¿No decías que no querías que hubiera muertos? Si es verdad lo que dices, ¿por qué sitiaste a esos pobres soldados, que no eran más que niños, hasta su exterminio total?...

El moro que vino a parlamentar con el comandante Benítez dijo que seríamos tratados según lo especulado en las normas internacionales…

Cualquier soldado que intente rendirse será matado por la espalda, como un cobarde y traidor que huye…

Tengo sed... Quiero que ellos me den de beber. Esos gritos de sus mujeres animando a los hombres me destrozan. No podemos seguir así...

Mon maréchal, hemos cruzado el Werga. No hemos tenido ningún problema. Los rifeños no se han resistido.

Très bien; ahora tenéis que evitar todo contacto de los rebeldes rifeños con los que tenemos en el Atlas. Ocuparemos todas las regiones estratégicas donde se mantenían los rifeños. Cuando se peleen, dejadlos que se maten entre ellos; no intervengáis. Esperaremos a que lleguen los refuerzos y entonces hablaremos de Bani Zerual...

El mariscal Lyautey me manda transmitirle que sin la presencia de representantes españoles no se puede tratar este tema tan espinoso...

Y yo le hago saber, en nombre del gobierno del Rif... Son los que deben dialogar con ustedes.

Siento decirle que según la ley que ampara el Tratado de 1912, los rifeños no tienen poderes para dialogar con nosotros... España es el único país que Francia reconoce como interlocutor.

En ese caso, haga saber a sus responsables que los rifeños, siguiendo las leyes internacionales, van a seguir en sus puestos...

No hay tiempo que perder. Dé la orden de ataque a todo el frente. Informe al general Primo de Rivera. Los rifeños no deben permanecer ni un día más junto a las tribus amigas de Francia...

Esto está ocurriendo porque al principio se le dieron muchas facilidades a esos "bárbaros". Ahora se creen con derecho sobre "nuestras tierras"...

Estoy seguro que el ejército francés sabrá cómo aplastar a esos "salvajes"; nosotros no somos los españoles...

La resistencia rifeño-yeblí consigue ocupar todos los puntos estratégicos del Alto Werga; las harcas se convierten en un auténtico peligro para Taza, Fez y Wazzan. El temor francés, muchas veces hecho público por Lyautey de perder estas grandes ciudades, quedaba justificado. Drásticas decisiones fueron tomadas por los responsables franceses, ya que si las perdían a manos de estos "bárbaros", toda su "gloria" de potencia colonizadora se vendría abajo. El mundo entero entraría en una nueva dinámica y se sabría que las potencias colonizadoras no eran invencibles... (Bouissef: 2002, 25-190).

Bibliografía

AFFAYA, M. N.: "L'autre dans l'imaginaire cinématographique maghrébin", en *L'Interculturel au Maroc. Arts, langues, littératures et traditions populaires*, Casablanca, Afrique-Orient: G.E.M. (Groupe d'Etudes Maghrébines), 1994, 146 páginas.

AL-JATIB, A.: "La proscrita", *Ketama*, Semestre 2, 1953.

— "Un patrimonio común", *Ketama*, Semestre 2, 1958.

AL-JATIB, I.: "Introducción", en *Al-Tuhami al-Wazzani: el linaje de hombres y genios*, Tetuán: Asociación Tetuán-Asmir, 2000.

AL-MADINI, A.: "Forma y expresión. Lecturas en la narrativa marroquí", en *Actas del Congreso sobre la Novela Marroquí* de la Universidad Abdelmalek Essaadi de Tetuán, Tánger: Altopress, 2001.

AL-WAZZANI, T.: *Memorias. La resistencia armada y el movimiento nacionalista en el norte de Marruecos* (1941), Rabat: Imprenta Sahel, 1980 (Edición de Ibn Azzuz Hakim), 152 páginas.

— *La zagüia* (1942), Tetuán: Publicaciones de la Fundación Tuhami al-Wazzani de la Cultura y el Patrimonio. Centro de Documentación y Estudios sobre el norte de Marruecos, 1999 (Edición de Abdelaziz Saoud), 243 páginas.

AL-YABURI, A.: "La formación del discurso novelístico: la novela marroquí como ejemplo", *Afaq*, 1984, pp. 3-5.

BOUISSEF REKAB, M.: *El dédalo de Abdelkrim*, Granada: Port Royal, 2002, 216 páginas.

— "Literatura marroquí de expresión española", en *Anuario del Instituto Cervantes*, Madrid: Plaza y Janés, 2005, 472 páginas.

BURGOS, C. de: "El cuento semanal nº 148" (1909), en NÚÑEZ REY, C. (edición): *En la guerra. Episodios de Melilla*, Madrid: Castalia-Instituto de la Mujer, 1989, 453 páginas.

CHAKOR, M.: *La llave y otros relatos*, Alicante: Cálamo, 1992, 93 páginas.

— *Aproximación al sufismo*, Alicante: Cálamo, 1993, 72 páginas.

CHUKRI, M.: *El pan desnudo*, Tánger: Altopress, 2000, 244 páginas.

EL FASI, A.: "Los novios de piedra", *Diario de África*, 18 de abril de 1954, p. 13. (Esta obra fue llevada a las pantallas bajo el patrocinio de la Alta Comisaría por Hermic Films; se proyectó en función especial junto a otros documentales realizados en la zona de Protectorado español).

GIL GRIMAU, R.: *La frontera sur de al-Andalus. Estudios sobre la Península ibérica y sus relaciones históricas con Marruecos*, Tánger: Altopress, 2002, 146 páginas.

GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona: Planeta, 1983, 187 páginas.

GOYTISOLO, J.: *Crónicas sarracinas*, París: Ruedo Ibérico, 1981.

IBN AZZUZ HAKIM, M.: *El socialismo español y el nacionalismo marroquí de 1900 a 1939*, Málaga: Colección Magrib, 1978, 105 páginas.

KHATIBI, A.: *Le roman maghrébin*, Rabat: Société Marocaine des Editeurs, 1979, 149 páginas.

LÓPEZ ENAMORADO, M. D.: *Larache a través de los textos. Un viaje por la literatura y la historia*, Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2004, 149 páginas en español y 36 en árabe.

MERCADER, Trina: "Al-Motamid e Itimad: una experiencia de convivencia cultural en Marruecos", Web Amina Loh, [28 de noviembre de 2012].

MORLA, V. de: *España en Marruecos*, Madrid: Instituto de Estudios Africanos, 1947, 173 páginas.

RODRÍGUEZ SIERRA, F. M.: *Apuntes para un acercamiento sistémico a la obra de Tuhami al-Wazzani* La zagüia *entre la autobiografía y la novela*, Tánger: Altopress, 2004 (Universidad Abdelmalek Essaadi de Tetuán).

TEMSAMANI, M.: "Zuleija o la historia del loco del cabo", *Ketama*, Semestre 1, 1955.

TORRES, A.: "Carta a Tomás García Figueras en 1940", en IBN AZZUZ HAKIM, M.: *Ceuta y Melilla en época del Protectorado. Documentos históricos*, Rabat: Edit. al-Hilal al-Arabiya, 1988, 211 páginas.

VALDERRAMA MARTÍNEZ, F.: *Temas de educación en Marruecos*, Tetuán: Editora Marroquí, 1954.

YEBBUR ODDI, A.: *Antiguos usos y costumbres de Tetuán*, Tetuán: Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, 1950, 116 páginas.

— "Los Ulad Fernacho de Tetuán", *Diario de África*, 22 de enero de 1954, p. 3.

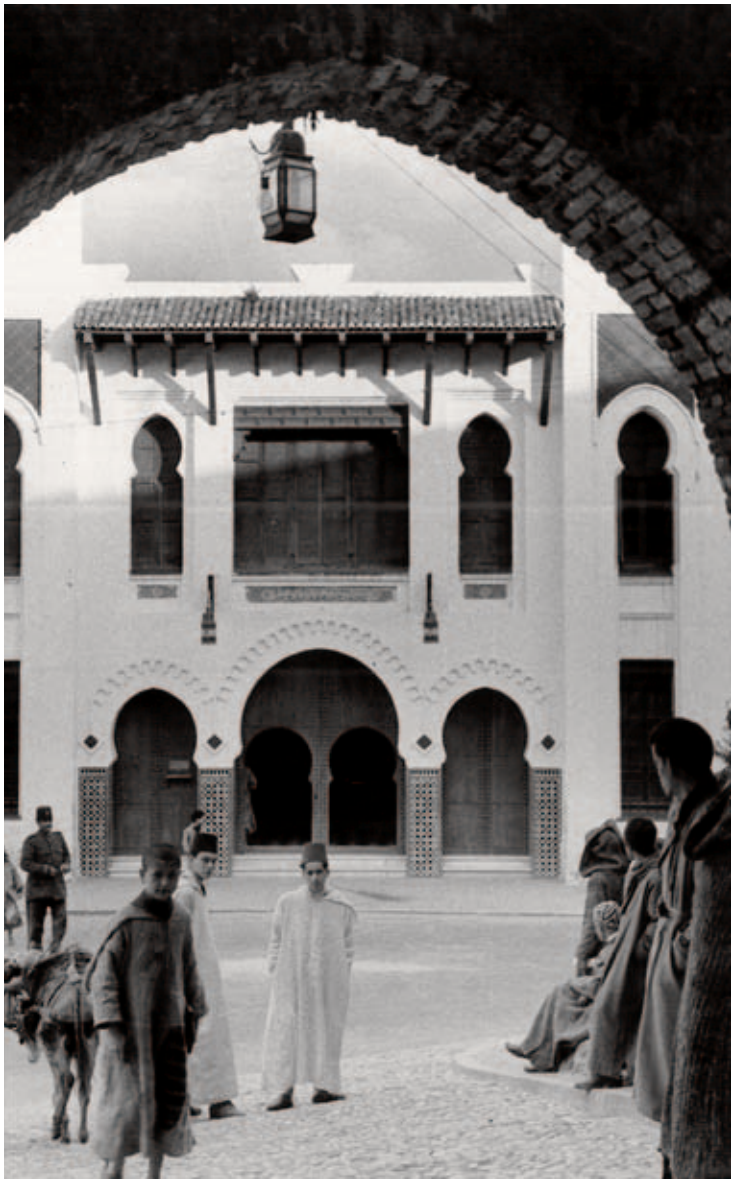
Alumnos de la Escuela de Artes Indígenas

Fotografía de Francisco García Cortés.
Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

Xauen, calmada y virgen, acepta a España, octubre de 1920

La ciudad santa en una fotografía tomada en los días de la incruenta ocupación española (14-15 de octubre de 1920). Cien años después, la urbe conserva su carácter místerico y de fértil enlace tricultural: hebreos, andalusíes y yebalíes convivieron aquí durante siglos.

Autor anónimo. *Vintage* en papel-foto. Colección Pando.



Escuela de Artes Marroquíes

Fotografía de Francisco García Cortés.

Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

Garaje España, Tánger, década de 1950

Archivo Martínez-Simancas.

PAÑA

Tetuán, 1948

Archivo Martínez-Simancas.

Clase de música en la escuela del Magisterio Femenino

Fotografía de Francisco García Cortés.
Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

Tetuán, 1948

Archivo Martínez-Simancas.

Tetuán, 1948

Archivo Martínez-Simancas.

Tetuán, 1948

Archivo Martínez-Simancas.

Tetuán, 1948

Archivo Martínez-Simancas.

LIBRERIA MARTINEZ
FIESTA

Feria del Libro de Tetuán en 1941

Fotografía de Francisco García Cortés. Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

Alumno del taller de pintura de la Escuela de Artes Marroquíes

Fotografía de Francisco García Cortés.
Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

Biblioteca circulante, Tetuán, *ca.* 1950

Fotografía de Francisco García Cortés.
Legado Fernando Valderrama. Biblioteca Islámica "Félix Mª Pareja" (AECID).

¡Ay, soldadito marcial!
No hay dolor como la espera.
la ausencia es el peor mal
C·Z
119

De tu encanto prisionero
en el rol de tu cariño
soy el primer marinero
C·Z

Ay, soldadito marcial, *ca.* 1956 y El primer marinero, *ca.* 1960

El amor no fue prohibido por el franquismo, pero el erotismo se vio condenado a cadena perpetua. El noviazgo quedó sometido a severa y persistente vigilancia. Los gestos permitidos no podían sobrepasar el recato más absoluto. La inocencia del adulto tenía que ser virginal, con lo que acabó infantilizada y momificada. Toda la espontaneidad, imaginación y picaresca elemental del alfonsismo soñador fue barrida sin compasión. Desaparecieron argumentos y escenografías. Ni siquiera el amor platónico se vio libre del acoso. El resultado cultural y social fue un amor de cartón piedra, que propició un sinnúmero de abusos y perversiones ocultas de todo tipo. La misma fotografía fue sumariada y puesta entre rejas.

Autores no identificados, 1956-1960. Originales en papel-foto. Colección Pando.

Imagen página siguiente:

Desfile de la guardia jalifiana ante el general Varela, mayo de 1949

Con ocasión del enlace entre el jalifa y la hija del sultán, Tetuán se cubrió de luces y legítimos orgullos. Cuando la España del gasógeno convivía con la escasez y las restricciones de electricidad, gasolina y cartillas de racionamiento, en el Marruecos protectoral no había carencia de alimentos y existía el pleno empleo. Un país en paz y esperanzado frente a una metrópoli arruinada, amargada y sometida a bloqueo económico y diplomático por su colaboración con las potencias del extinto Eje (Alemania-Italia). Esos árboles de la Plaza de España, con decenas de bombillas extendidas por sus ramas, que los españoles verían al final de los años cincuenta, los tetuaníes los disfrutaron diez años antes. En esta imagen inédita de Juan Miguel Pando Barrero, la guardia jalifiana desfila ante el general Varela.

Vintage en papel-foto. Legado Pando-Protectorado, integrado en la Colección Pando.

La conquista de Marruecos, coplilla al uso, 1912

El soldado español, ante la mujer musulmana, se manifestaba así: "Aunque cristiano y tú mora / nos une la religión / sagrada del corazón / por eso mi alma te adora".

Copia del original, en papel foto, con la firma de "Ernesto", distribuida como tarjeta postal, 1912. Colección Pando.

A las orillas del Kert, coplilla al uso, 1912
"Déjame querida hermana / que me acerque a este cristiano / porque no es tan inhumano / como padre lo pintó".
Copia del original, en papel foto, distribuida como tarjeta postal, 1912. Colección Pando.

La princesa Lal-la Fátima en su carroza nupcial, mayo 1949

El enlace entre una princesa de la Casa Real alauí y Muley el Hassan Ben el Mhedi, jalifa del Marruecos protectoral bajo la autoridad de España, convirtió el norte de Marruecos en parte dinástica y política del mismo Reino de Marruecos. En esta imagen inédita de Juan Miguel Pando Barrero (1915-1992), se distingue el velado rostro de Lal-la Fatima, hija del entonces sultán Muley Yussuf, luego rey Mohammed V al conseguir la recuperación de la independencia de Marruecos.

Vintage en papel-foto, mayo de 1949. Legado Pando-Protectorado, integrado en la Colección Pando.

En alerta para correr la pólvora, mayo de 1949

Erguidos y altivos, pero respetuosos con el fotógrafo, estos guerreros de Yebala, tal vez padre e hijos, empuñan sus espingardas de salvas y sujetan las bridas de sus corceles a la espera de recibir la orden para "correr la pólvora", carga al frente y con disparos al aire, demostrativa de su legendaria furia en honor de Muley el Mhedi y las autoridades españolas.

Vintage en papel-foto de Juan Miguel Pando Barrero (1915-1992). Legado Protectorado, integrado en la Colección Pando.

Literatura e interculturalidad

León Cohen Mesonero

1. Introducción

Mi abuela solía contar que su hija Simy "nació la noche que entró el español". El desembarco de las tropas españolas se produjo en efecto en la noche del 8 de abril de 1911. Al año siguiente se firmaría el tratado por el que se constituiría el Protectorado español del norte de Marruecos que duraría hasta la independencia, también en un mes de abril de 1956.

Sin la circunstancia histórica del Protectorado, mi madre nunca habría llegado a Larache procedente de Segovia y yo nunca habría nacido. Cuando nací, el Protectorado tenía treinta y seis años y aún le quedaban casi diez más. Pero hay que decir que, con la salida de las tropas y de los funcionarios españoles en 1956, el Protectorado real no desaparece, sino que la mayoría de los españoles y extranjeros así como los sefardíes, permanecieron en Marruecos por razones diversas: unos porque su trabajo seguía allí y otros porque tenían sus propiedades, y los más, porque no sabían adónde ir y probablemente tampoco deseaban dejar lo que hasta esa fecha había sido su patrimonio personal y cultural, una determinada manera de vivir y de integrase en un país que consideraban el suyo. El caso es que el Protectorado se prolongó una decena de años, en lo que he dado en lla-

mar el *post Protectorado*, hasta que casi todos abandonamos nuestra tierra de origen. Hay que reseñar que nadie fue expulsado o invitado a marcharse de Marruecos. Hassan II fue lo suficientemente inteligente como para comprender la importancia de conservar la riqueza de conocimientos y experiencia de los colonos y extranjeros. Los que nacimos y pasamos nuestra infancia y parte de nuestra adolescencia en el Protectorado nunca tuvimos sentimiento alguno o sensación de provisionalidad; por esto, cuando llegó el momento de irse, nos cogió a todos por sorpresa, era algo que no esperábamos. La salida fue escalonada a lo largo de diez o quince años aproximadamente, y no sería desacertado contemplarla, pasado el tiempo, como una salida por simpatía: si la familia del piso de al lado se había ido, uno debía también marcharse; y así casi todos se fueron yendo, sin prisa pero sin pausa. Más tarde vendrían por este orden, la sensación de desarraigo, el exilio interior y la vuelta desde la nostalgia o la recreación de un tiempo perdido.

En mi caso concreto, lo que llamo mis circunstancias heredadas, y posteriormente biográficas, me convirtieron en un compendio de tradiciones y culturas muy representativo de lo que fue el Protectorado; y justifica plenamente, a mi modo de ver, lo que luego ha sido una parte importante de mi literatura.

Nacido en Larache, de padre sefardita y madre segoviana, toda mi infancia transcurrió en el ámbito familiar, junto a mi abuela Luna y las hermanas de mi padre. Mi educación sentimental está determinada más que por la presencia, por la compañía, el abrigo y el cariño de mi familia paterna, sin olvidar obviamente la influencia de mi madre castellana. Por otra parte, por razones de estudios o por el trabajo de mi padre, tuve la oportunidad de vivir en distintas ciudades de Marruecos, como Zoco el Arba, Rabat en dos épocas (ambas ciudades pertenecían al Protectorado francés) y finalmente Tánger, a la que conocí en su esplendor y al comienzo de su decadencia como ciudad con estatuto de internacionalidad. No quisiera dejar de mencionar, en esta breve semblanza, que, por mi formación tanto primaria como secundaria, fui y sigo siendo bilingüe, ya que la lengua de Molière me acompaña desde muy pequeño hasta el punto de primar sobre mi lengua materna, el castellano.

Esta mezcla de culturas y tradiciones, sefardita, castellana y francesa, interiorizadas y expresadas todas ellas en un ambiente marroquí, justifican una determinada manera de ser y de aprehender la vida que únicamente podría darse en una situación singular como fue la del Protectorado en Marruecos.

2. Literatura e Interculturalidad

En fechas recientes ha surgido un cuerpo de ensayos y estudios sobre la literatura de aquellos autores que recrean y rememoran *su tiempo perdido* en el Marruecos *protegido* por españoles y franceses, a la manera de Marcel Proust:

> Escritores de pertenencia directa o indirecta a los enclaves coloniales: Carlos Tessainer y Tomasich: nacido en Tetuán en 1956; León Cohen Mesonero: nacido en Larache, en 1946, se trasladó a España en 1968; Sergio Barce Gallardo: vivió su infancia en Larache desde 1961 hasta que se trasladó a España en 1971; Luis Llodra Isacco: nacido en Tetuán en 1933; Lydia Sanz de Soto: vivió durante más de dos décadas en la ciudad de Tánger; Juan Vega Montoya: en 1936, a los 4 años de edad, llega a Tánger. Abandonará Marruecos en 1973; Cristina Martínez Martín: nacida en Larache donde vivió hasta los quince años de edad; Leo Aflalo: nacido en 1949 en Tánger. Desde 1975 reside en Madrid; Esther Bendahan Cohen: nació en Tetuán; Antonio Parra: profesor de español a finales de los años 70 en Tánger; Jesús Carazo: profesor de español entre 1968 y 1977 en Tánger; Sonia García Soubriet: desde los años 80 pasa periódicamente temporadas en la ciudad de Tánger; Javier Roca: nacido en Tánger en 1960 (Goñi: 2012,675).

Valga, como muestra, esta interesante reflexión de José Manuel Goñi (2012, 677):

> La literatura contemporánea en español no distorsiona la realidad tangerina, ni de Larache o Tetuán, su refutable internacionalidad o el refugio que supuso para aquellas vidas, sino que la recrea… Si aceptamos, decía, en mayor o menor medida este análisis generalista, hay que añadir que será un grupo de escritores, cuyo rasgo común es el de la diáspora y el distanciamiento temporal de lo que fue Tánger y la zona del Protectorado español, el que describa y desentrañe a principios del siglo XXI, y de forma paulatina, una visión y una historia del pasado colonial reflexionada y acicalada por más de cuatro décadas de silencio… Desde hace ya algún tiempo vengo poniendo de manifiesto que la narrativa contemporánea sobre Tánger y el Protectorado publicada desde el año 2000 hasta el 2010, no se puede percibir como una memoria histórica de los territorios coloniales, sino como una narrativa basada en el concepto de una diáspora provocada por una alteración del Locus Mater. La subsecuente repatriación, a la luz de las señas de identidad de estas obras literarias, no fue tal; y si, desde el punto de vista político de finales de los cincuenta, se habla de una descolonización y una vuelta a la España madre, la narrativa estudiada muestra que el lugar perdido, el locus interior, esto es, los enclaves coloniales norteafricanos coinciden con el concepto de Locus Mater. La asimilación a un nuevo lugar de origen no ha impedido que esta narrativa siga redefiniendo el concepto de adaptabilidad e identidad para con el locus perdido… La denominación de *narrativa anacrónica* sobre el Protectorado del norte de Marruecos y Tánger responde a la representación de unos mundos posibles en un tiempo histórico real, sobre un topos hoy en día inexistente; es decir, las representaciones de la muerte psicológica de un territorio…

En esta reflexión aparecen conceptos estrechamente ligados a la reciente literatura española sobre el Protectorado, como *diáspora*, *locus mater*, *lugar perdido* en el sentido de expulsión del paraíso, *narrativa anacrónica* que Goñi

relaciona con *la muerte psicológica de un territorio*. Narrativa que, más que anacrónica o fuera del tiempo, yo llamaría recreadora de un tiempo y unos lugares (durante el Protectorado español); y tiene la peculiaridad de que, en todos los narradores citados por Goñi, coinciden curiosamente *tiempo recreado* (los años del Protectorado o muy próximos a él) y *tiempo de recreación* (que yo situaría en un intervalo más amplio: de 1990 hasta la actualidad).

Quizás este breve ensayo pueda servir de análisis, más o menos objetivo, sobre las razones profundas que me llevaron a recrear en mis escritos un mundo desaparecido y solo presente en mi memoria visual, sentimental y en ocasiones olfativa.

Un análisis minucioso y pormenorizado, haciendo un *recorrido diacrónico* por los relatos más significativos que he seleccionado y que tienen que ver con esa época en mi obra literaria, pueda quizás conducirme a indagar y a entrever las razones profundas que me impulsaron a adentrarme en mi memoria y visitar sus territorios. El doble papel de escritor y comentarista, más que crítico, puede ayudar en esta labor al permitirme mantener un dialogo íntimo con mis propios escritos.

"Los trenes de mi infancia" (Cohen: 2006, 31)

En este relato se hace referencia al Larache de principios de los cincuenta del siglo pasado, los últimos años del Protectorado, y a los sentimientos de un niño de aquella época. Extraña y sorprende —ya que, como veremos, no es habitual en su obra— una cierta amargura en el recuerdo de aquella prolongación de una España pobre y gris que era el Protectorado español, al que el autor llega a llamar "nuestra España", como queda reflejado en el siguiente párrafo del relato:

> ¡Aquellos trenes de nadie o del escaparatista! ¡Cómo olvidar aquella cara grande con bigote! (uno de los hermanos de Casa Martínez, en plena Plaza de España). Y el frío del otoño que moría, queriendo ser invierno: Eran los años cincuenta y era Navidad, en Larache, ciudad todavía "protegida" por la España de Franco. Era la tristeza de unos niños hambrientos de tren, de "fuerte", de soldaditos de plomo, de balón de reglamento. Era la mirada angustiada de unos niños de posguerra, dentro de aquellos pantalones "tres cuarto" zurcidos, dentro de aquellos "jerséis" oscuros como la época, dentro de aquellos eternos zapatos "gorila" a los que mamá había tenido que coser el contrafuerte para que aguantaran un invierno más. Toda nuestra infancia, toda nuestra España, era un parche para seguir tirando, porque cuando fuésemos mayores, seríamos otra cosa nos compraríamos el tren o la bicicleta que los mayores no querían o no podían regalarnos. Pero ¿quiénes eran estos Reyes Magos tan pobres, tan poco generosos? Lo habían ido dejando todo en el camino, por Francia, por Europa, claro, como España estaba al final del trayecto... eso nos decían. Ni siquiera teníamos niños a quienes envidiar, éramos todos pobres.

"Camisas mojadas" (Cohen: 2003, 11)

Casi un cuarto de siglo después de abandonar Marruecos, mi primer relato publicado (*Diario Europa Sur*, marzo de 1992) tiene que ver con el drama de los emigrantes marroquíes. En este relato-denuncia, hago alusión a Larache, a un Larache mitológico donde reinan el Océano Atlántico y el implacable sol en verano y donde Hércules es amamantado en el Jardín de las Hespérides. Ya aparece una determinada manera de contar desde una memoria a la vez distante y próxima, que será una constante característica de mis relatos sobre Marruecos:

> Driss había crecido entre arena y olas, en la Otra Banda, una playa municipal donde río, mar y tierra concertaron sus nupcias estivales, mientras Hércules era amamantado justo arriba, en la colina, junto al Jardín de las Hespérides. Ningún hijo de aquel pueblo milenario podrá nunca olvidar —incluso después de haber perdido la memoria- aquellos atardeceres del mes de julio, cuando la brisa que subía desde el Atlántico sellaba una especie de pacto tácito entre sol y mar, trayendo consigo la vida a unas calles desiertas por el implacable sol del mediodía.

También manifiesta mi denuncia y cariño por esos jóvenes soñadores de un mundo mejor:

> Por un instante pude imaginar a aquel chico amable y educado, soñando con conquistar el Norte desde algún barrio de chabolas como Beni Makada o el Souani, en Tánger o en Tetuán. Luego vi su cadáver flotando en la orilla de una playa sin nombre.

"Rachid y el señor Levy" (Cohen: 2006, 25)

Se trata de un cuento que describe la relación mágica entre un comerciante judío y un joven marroquí durante la época del Protectorado español en Alcazarquivir. En este cuento se hace alusión a lugares muy próximos del Protectorado francés y español (Mechra Bel Ksiri próximo a Zoco el Arba y Alcazarquivir), de manera que nuestro personaje central, al igual que el autor, pertenece a ambos:

> Rachid no era un chico corriente. Había nacido en Mechra Bel Ksiri, una aldea de la llanura del Gharb situada a medio camino entre el Norte y el Sur de Marruecos. Cuando nació Rachid, aquel era un pueblecito de colonos franceses en su gran mayoría de origen valenciano (ellos se autodenominaban españoles "naturalisés"). Recalaron allí siguiendo la ruta de la naranja. Sin embargo, aquel no sería el último destino de Rachid, pues muy pronto se trasladaría al Norte, donde su padre se establecería como carnicero. En aquellos tiempos El Ksar el Kebir era la capital comercial del Protectorado español. Aquel cambio supuso una promoción social para toda la familia y fue determinante para que ocurrieran años más tarde los sorprendentes hechos que voy a narrar.

El autor da a entender que Rachid es musulmán, políglota, que tiene por maestro a un judío sefardita y que acabará siendo un emigrante triunfador en Francia. Se supone que asimilado, por lo tanto sin ningún estigma causado por la errancia o el desarraigo. Este cuento es un ejemplo de interculturalidad reflejada en la relación de amistad entre un judío sefardita y un marroquí musulmán. El cuento tiene además un componente moralizante para resaltar la relación mágica entre maestro y alumno:

> Mira Rachid, siempre he considerado que entre las muchas virtudes que enriquecen la vida de un ser humano, la sabiduría, la honradez y la humildad son las que nos confieren mayor altura y dignidad y son también aquellas que mejor nos protegen de la osadía de la ignorancia, de la tentación de la corrupción y del atrevimiento de la vanidad. Como virtudes primordiales que son, las mandé acompañarte y protegerte mientras trabajas conmigo. Es mi manera de hacerte el heredero de lo más hermoso que aprendí en la vida, pero además lo hago en honor a tu padre, mi amigo y mi igual en tantos aspectos.

"Rosa teñido de gris o viceversa: Mi abuela Luna" (Cohen: 2006,35)

Este relato escrito en presente del indicativo, a pesar de narrar hechos acaecidos en 1951, es entre otras cosas, además de una declaración de cariño a mi abuela Luna, un ejemplo de recreación fotográfica y cinematográfica de las escenas de la vida y los personajes de la calle Italia de Larache (calle donde la cohabitación de las tres culturas y religiones resultaba paradigmática), tal como era en aquellos años en el recuerdo del autor (con todos los pequeños errores achacables a la memoria del que escribe). Un mundo irremisiblemente desaparecido que el autor trata de reconstruir fiando el éxito de la recreación a su memoria. El concepto de reconstrucción o de recreación es fundamental en todos estos relatos.

> Es el año 1951 como dije y mi abuela Luna vive de alquiler en la Calle Grisa o Guerisa, aunque el balcón de su casa, del que daré buena cuenta en lo que sigue, da a la Calle Italia, quizás en aquellos años la calle más importante de la ciudad. Dicha calle empieza o termina en su margen izquierda por la Comandancia Militar, pasa por Telégrafos que pertenece a la compañía Torres Quevedo, está jalonada por multitud de pequeños comercios, la mayoría regentados por judíos, como la casa de cambio del señor Amar (Jacobi, le dijo un día a mi padre, nunca demuestres cariño a un hijo porque si así lo hicieres te cogerá el pan de debajo del brazo), el almacén de mercancías de Sidi Kassem, el zapatero remendón Rbi David, la joyería del señor Uahnono, la tienda de "varios" del señor Berros, la del señor Emquíes y finalmente la zapatería de Rbi Gabay que hace esquina con el Zoco Chico justo a la entrada de la Calle Real. Esta última zona es uno de los centros neurálgicos más bulliciosos de la ciudad. Hay un continuo deambular de personas, carros y burros cargados de mercancías diversas que entran o salen del zoco o de la Calle Real. Lo mismo bajan casi corriendo hacia la Calle Real, camalos como Jai Daued con su larga y poblada barba, llevando sobre el hombro un pesado saco de

harina, que suben desde el puerto pesquero dos pescadores -probablemente barbateños- a toda prisa con una caja de sardinas, posiblemente camino de los bares Central y Selva. El balcón de mi abuela se halla en la margen derecha de la calle, frente a las tiendas de "varios" de los señores Emquíes y Berros. Está en una primera planta y debe medir unos seis o siete metros. Es por lo tanto una buena atalaya para observar el ir y venir de gentes y cosas. Desde ese balcón como desde cualquier otro que se precie, he podido presenciar unas veces solo y otras acompañado de mis tías, muchas escenas dignas de ser relatadas. En el balcón de enfrente vive un personaje que siempre anda o más bien se sienta en pijama de rayas acompañado de dos de sus hijas que deben rondar la treintena. De este trío, él sobresale por su volumen y por su apariencia. Es orondo, grande y con la cabeza totalmente rasurada, de forma que mi tía Raquel que para poner apodos se las pinta, le ha bautizado como era de esperar como Mussolini. Y es verdad, que sentado en una silla y apoyado sobre la baranda del balcón se asemeja al difunto dictador italiano…

"Algunos recuerdos de mi Larache" (Cohen: 2006, 45)

Se trata aquí de un recorrido casi milimétrico por la topografía y la toponimia del Larache de la infancia del autor, el Larache de los últimos años del Protectorado. Calles y personajes están aquí descritos con todo detalle, como se puede apreciar en este párrafo:

El Larache de los años cincuenta, el de mi infancia, era un pueblo que pasados los años se me antoja peculiar, por su ambiente, por sus personajes. Topográficamente, viniendo desde Tánger o desde Alcazarquivir siempre se llegaba a Cuatro Caminos y desde dicho cruce se entraba en Larache por la Avenida de las Palmeras, del Generalísimo o de Mohamed V según la época. Algunos de los lugares y edificios más emblemáticos a lo largo de su recorrido eran la casa del Raisuni y la Escuela Francesa de la Mission Universitaire et Culturelle Française. Luego un poco más abajo se hallaba el cementerio de Lalla Mennana, el Jardín de las Hespérides, la escuela de la Alianza Israelita, el Comisariado y enfrente la iglesia y al final la Plaza de España. La Plaza de España era un espacio amplio, con forma entre circular y ovalada, centro neurálgico de la ciudad que por aquel entonces podía tener cincuenta mil habitantes. Estaba rodeada la plaza por una carretera y al margen de ésta edificios de estilo colonial, casi todos ellos separados por calles que hacían de la plaza una especie de centro distribuidor, desde el cual se podía tener acceso a cualquier punto de la ciudad. La Plaza de España estaba rodeada por una carretera flanqueada por un paseo jalonado por multitud de comercios de toda índole. Sobre la acera del paseo, unos soportales formados por arcos de estilo árabe, además de decorar, hacían de puertas abiertas del paseo. Debajo de los arcos, uno podía disfrutar de sombra en pleno verano y resguardarse de la lluvia inoportuna en invierno. Además, allí estaban los Almacenes "Pulido", Pepe el Indio, la Farmacia Amselem, y la Zapatería Bata, entre otros. Enfrente de "Pulido", en la margen izquierda de la avenida del Generalísimo, la gente podía disfrutar de las terrazas de los bares Perico y Canaletas.

Pero además en este relato, el autor incluye el recuerdo de un hecho puntual que cito completo por su importancia histórica, el día en que se concedió la independencia al Marruecos español:

Era con seguridad la primavera del año 1956, eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Mlle Vermury estaba terminando de impartir la *última clase de la semana, era v*iernes. Llamaron a la puerta. Por la puerta entreabierta pude observar como uno de los guardaespaldas del "Raisuni" conversaba con nuestra profesora. Siempre recordaré su expresión de persona acostumbrada a obedecer. Era un hombre negro, muy alto, que siempre llevaba una jilaba o chilaba inmaculada, entre blanca y parda, de ese color amarillo que no acaba de ser blanco. Tenía aquel gigante un porte erguido y hasta distinguido a pesar de su presumible humildad. Desde muy pequeño, aquel hombre y su compañero de gran parecido físico con él me inspiraban temor y admiración. Los mayores contaban historias de palizas de muerte propinadas por estos esbirros del Raisuni a pequeños delincuentes y borrachos. Mademoiselle Vermury entró de nuevo en clase y se dirigió en voz baja a nuestro compañero Jali, segundos después éste se marchó con el hombre negro. Dicen que se llamaba Rabah. Aquel día, quiero recordar que salimos antes y nos recomendaron que nos fuésemos directamente a nuestras casas. Del resto del transcurso de aquella tarde, no atino a asegurar si fue vivido o contado. Enfrente del cementerio de Lalla Mennana. Situado a medio camino en la avenida de las Palmeras, justo en la esquina de una bocacalle que une a esta última con la calle Chinguiti, fueron quemados vivos los dos guardaespaldas por una pequeña horda enfurecida. El caíd de una kábila cercana a Larache fue colgado de un árbol en pleno centro de la Plaza de España, seguramente por haber sido colaborador de los españoles y para que sirviera de ejemplo. Era la independencia. Pocos días después, mis amigos y yo pudimos visitar los restos de la casa del Bajá y constatar las huellas de la batalla. Todavía recuerdo el olor a quemado.

"Recorrido sentimental por las calles de la memoria" (Cohen: 2006, 63)

Aparqué el coche en la Plaza de España. Me bajé y respiré hondo, como queriendo recuperar los olores perdidos en jardines de la infancia, como queriendo recobrar el aire de tantos años pasados, en un exilio no deseado aunque inevitable, alejado de mi pueblo. Este era un viaje proyectado muchos años atrás, y siempre, por una u otra razón, aplazado. Pero he aquí que por fin estaba en Larache, la ciudad donde nací y donde transcurrieron mi infancia y adolescencia. Había venido solo, porque sólo yo podía realizar este paseo por el tiempo. Lentamente, como midiendo cada paso, me dispuse a cumplir el objetivo de aquel viaje.

Al comienzo de este relato, el autor define su propósito: "recuperar los olores perdidos en jardines de la infancia, como queriendo recobrar el aire de tantos años pasados". Y sigue con esta frase: "en un exilio no deseado, aunque inevitable" que remarca la *inevitable* salida. En su viaje sentimental e imaginario, el autor se percata de que la realidad ya no es la que era, pero la ignora y decide seguir soñando:

Me detuve de pronto y me percaté por vez primera que aquella imagen fija de la calle hacía mucho tiempo que se había borrado y supe que estaba haciendo un recorrido sentimental donde todo lo relatado fue y hoy ya nada era. Pero yo no tenía demasiado interés en ver lo evidente, así que decidí seguir mi propio camino.

"Carta a Juanita Narboni" (Cohen; 2003, 39)

La carta nos traslada al esplendor del Tánger internacional a través de la constatación de su decadencia, como expresa el personaje inventado por el autor (Sol Bensusan) que dirige la misiva a Juanita Narboni, en el mismo tono y el mismo lenguaje de Ángel Vázquez, autor de *La vida perra de Juanita Narboni,* intercalando términos y expresiones en *haquetía* o en francés:

> Mira la razón por la que te escribo es para darte novedades de cómo ha cambiado Tánger desde nuestros tiempos. Nada que ver, reina. Cuando te bajas del barco, lo primero que te viene a la cabeza es *wo, wo, dónde caí,* ¿qué es esto? El puerto y la aduana parecen del siglo pasado, los taxis son peores que los de Nueva York. Nos fuimos andando por la Avenida de España, *qué guesera* es esta que hasta las palmeras están viejas y estropeadas. El hotel Rif, lo cerraron, con lo que era *ese diamante* de hotel. De los balnearios de la playa, esos que tanto te gustaban, la Pérgola, las Tres Carabelas, se perdieron, aquel día el paseo de la playa estaba cubierto de arena, era invierno y además hacía un levante *preto*, así que hasta la playa, esa joya de playa me pareció fea y desangelada. La Ibense, la heladería, por supuesto estaba cerrada, y casi todos los bares que regentaban los ingleses, te acuerdas que nosotras comentábamos que todos eran maricones, pues bien no queda ni uno, no, ni un maricón no, lo que no queda es ningún bar. Luego subimos la cuesta de la playa que lleva a la Poste, la cuesta ha cambiado poco, la verdad, llegas arriba *quebrada,* y entonces empiezas a recorrer el Boulevard, ¿qué boulevard es este? Ya no están ni el Comedia, ni Kent, ni Monoprix, ni la Librairie des Colonnes, sí, están los edificios, no los van a tirar, pero todo cambiado, todos son bazares o cafetines, ni una buena cafetería, ni unos buenos almacenes, nada de nada. Me dirás que hay que comprender que Tánger ya no es internacional, es verdad, es verdad, pero hija hay un término medio. ¿Y Porte? Estoy viendo de nuevo a monsieur Porte acercarse a nuestra mesa para dedicarnos un piropo o una sonrisa, ¡qué salón de té, *mi bien*! Ahora han puesto uno que parece un desierto, como si hubieran saqueado la cafetería antigua y los ladrones se hubieran dejado algunas cosas olvidadas, porque, reina, vaya unos escaparates.

Esta argucia literaria le sirve también al autor para hacer una reflexión sobre aquel incomparable, añorado y extinto Tánger, de la que destaco esta frase: "¿No sería más bien un castigo de unos dioses atónitos y desconcertados, cansados hasta la envidia de permitirnos vivir en un paraíso al que contra su voluntad nos habíamos hecho acreedores?".

> Pero lo peor de todo esto, es que ya no quedan tangerinos, un tangerino se nota, yo vi a mucha gente desconocida, pero no vi ningún tangerino. ¿Qué habría pasado con ellos, se perderían, se esfumarían o peor aún estarían escondidos por miedo a enfrentarse con esa realidad que ya no era la suya? Juanita, en ocasiones he comentado con otros tangerinos las razones ocultas o demasiado evidentes que nos obligaron a todos a dejar nuestro pueblo. ¿Fue acaso una mano oculta la que nos expulsó? ¿No sería más bien un castigo de unos dioses atónitos y desconcertados, cansados hasta la envidia de permitirnos vivir en un paraíso al que contra

su voluntad nos habíamos hecho acreedores? ¿O fueron los tiempos históricos, eso que llaman el devenir y que siempre acaba impidiendo la existencia prolongada de situaciones diferentes, impropias de la vulgaridad en que se desenvuelve la mayoría? ¿*Chi lo sa*? El hecho cierto es que nos fuimos empujados por esa posible mezcla de fuerzas misteriosas, abandonamos nuestra torre de Babel, nuestra pequeña Troya, nuestras casas y nuestras avenidas, nuestro Boulevard y nuestro Monte Viejo, nuestras playas incomparables, nuestra "façon d'être", ese estilo de vida único e irrepetible. Y nos dispersamos por el mundo, aunque ninguno de nosotros volvió la vista atrás por temor a que nuestro pueblo se convirtiera en montaña de sal como le ocurrió a la mujer de Loth en la mitología judía. Hoy sabemos que la suma de nuestras melancolías ha traspasado los mares y las montañas y que Tánger desapareció con el último tangerino, que de ella sólo queda una imagen hueca hecha de recuerdos y de nostalgia. Hoy sabemos también que Tánger fue paradigma durante un periodo relativamente largo, que abarca más de la mitad del siglo XX, del florecimiento de una cultura cosmopolita que iba más allá del simple multilingüismo para adentrarse en facetas más amplias como la heterogeneidad religiosa y social de la que surgió una sociedad donde la regla era la pluralidad, el *"laissez faire y el laissez vivre"*. En Tánger casi nadie prejuzgaba a nadie ni por su origen social ni menos aún por el religioso o nacional. En este punto los tangerinos fueron más que tolerantes, clarividentes y solidarios. En Tánger se podía pasar sin transición del castellano al francés y viceversa, también era el único lugar en el mundo donde los no judíos hablaban *haketía*, hacía parte de la cultura tangerina. Paradójicamente, esa altura de miras se daba en una sociedad necesariamente cerrada y aislada por un lado por el mar y por otro por la frontera con el resto de Marruecos.

Como indica el profesor y crítico literario Enrique Lomas:

También llama la atención la intertextualidad que establece el escritor León Cohen con *La vida perra de Juanita Narboni* de Ángel Vázquez en dos de sus relatos, que establecen un diálogo muy interesante con la novela: inclusión de términos en *haquetía*, el pasado internacional de Tánger y la mezcla cultural-religiosa del norte de Marruecos.

"Mi casa" (Cohen, 2006, 87)

En este relato más reciente, se narra la visita a la que fue la casa de la primera infancia del autor en Larache (esta casa y la calle serán motivo más tarde de un relato con el título de "La Calle Barcelona"); de nuevo vuelve la eterna reflexión sobre las razones de la expatriación. De esta reflexión quiero entresacar una frase reveladora: "Fue un paseo a medio camino entre la nostalgia y el recuerdo, donde el incipiente e irreprimible deseo de permanecer anclados a un pasado feliz e ingenuo se topara de bruces con la cruda realidad del tiempo perdido".

No éramos dos transeúntes cualesquiera, mi acompañante y yo éramos dos supervivientes de la última generación de larachenses enviados al exilio por razones y sinrazones múltiples. No tuvimos demasiadas oportunidades de decir no, simple-

mente no pudimos elegir. Nos fuimos así, sin entender demasiado bien por qué teníamos que irnos, como si nos echaran. Enfilamos el camino como si nuestros pasos nos guiaran sin titubeos, pisando de nuevo la huella de antiguos pasos nuestros grabada sobre el asfalto, así llegamos en un tris a la Calle Barcelona, a mi calle. Mi casa, estaba ahí, inalterada, henchida de pasado, como si esperando mi regreso, el tiempo la hubiera perdonado ("Algunas cosas tienen un pegamento especial para que la vida se quede atrapada en ellas"). Todo ocurrió en pocos minutos, un par de fotos y emprendimos el camino de vuelta, como si el Litri y yo, compinchados, no quisiéramos oprimir la memoria común y forzar y apretar los sentimientos. Fue un paseo a medio camino entre la nostalgia y el recuerdo donde el incipiente e irreprimible deseo de permanecer anclados a un pasado feliz e ingenuo se topara de bruces con la cruda realidad del tiempo perdido. Aquel paseo representó (así lo siento ahora) un paseo desde la madurez a la infancia, un trayecto de difícil retorno y que los dos exiliados tuvimos el valor de recorrer aquella noche. Todos somos exiliados de la infancia que es nuestra patria, nosotros también lo éramos de nuestro pueblo, de nuestras calles. Porque una cosa son las calles propias, las de la infancia y la adolescencia y otra bien distinta, las calles prestadas, aquellas a las que llegamos perdidos y donde pudimos pasear nuestro exilio interior mejor o peor, cada uno según su circunstancia.

"Retrouvailles à Tanger" (Cohen: 2011, 85)

Este relato nació de un reencuentro de extangerinos celebrado en 2007 en Tánger. En él manifiesto mi admiración por el espíritu inmortal de esa incomparable ciudad conocida como la *Perla del Mediterráneo*.

La esencia tangerina condensada en los recuerdos revive, y somos de nuevo testigos del renacer del espíritu de nuestra amada ciudad. Su gentileza, su tolerancia, su hospitalidad y su generosidad permanecen como señas de identidad inalterables de ese espíritu inmortal, sin las cuales esta bella dama no tendría presente ni futuro.

Posteriormente afirmo la riqueza cultural de Tánger a través de su interculturalidad y su cosmopolitismo.

Hemos vuelto a intercambiar ideas y sensaciones en Tangerino, un idioma universal que abarca a todos los idiomas y que nace de todas las nacionalidades, es el idioma de la Torre de Babel, el idioma del hombre que aprendió a hablar todos los idiomas.

Finalmente constato *la identificación* de los tangerinos del exilio con su ciudad con una frase definitoria y definitiva: "… el único lugar donde se sentía ella misma":

Es entonces, cuando acuden a mí las palabras de mi amiga italiana. Mientras caminábamos por la Calle Juana de Arco, después de cenar, me espetó como si la necesidad la urgiera, como si necesitara afirmarlo y afirmarse, que Tánger era el único lugar donde se sentía ella misma.

Esta misma idea sobre las señas de identidad quedó expresada en el relato "Mi casa", donde escribí:

> Porque una cosa son las calles propias, las de la infancia y la adolescencia y otra bien distinta, las *calles prestadas*, aquellas a las que llegamos perdidos y donde pudimos pasear nuestro exilio interior mejor o peor, cada uno según su circunstancia.
>
> "Tres Orillas" (Cohen: 2012, 29)

Dejo al lector con la introducción del relato, a orillas del Estrecho, al que alguien llamó acertadamente "La Calle del Agua":

> Este relato nace de los flujos y reflujos migratorios entre las dos orillas que unen y separan a dos pueblos cuya historia se confunde en determinadas épocas y se aleja en otras. Este relato transcurre en cada una de las dos orillas, y sus protagonistas, como no podía ser menos, acaban unidos por el destino. Las dos orillas del Estrecho se convierten entonces en una sola, diluyéndose en un mismo mar. Pero existe, o eso dicen, una *tercera orilla*, la orilla imaginaria, la orilla alternativa, la orilla utópica, la orilla invisible, donde confluyen las otras dos, la orilla a la que aspiramos, una orilla de encuentro, de armonía, una orilla simbólica que acerca caminos, que une voluntades, que hermana a los pueblos. La tercera orilla, aquella donde el oleaje no impide el desembarco. Una orilla donde la palabra nunca pierde su naturaleza como vehículo de comunicación y de entendimiento. La orilla donde uno adopta la manera de ser y el idioma del otro.

Llegado al final de este recorrido dialógico con mis relatos, entiendo que el verdadero trabajo analítico ha residido en la selección de los extractos de los textos para ilustrar lo que pretende el título de este ensayo, pues toda selección conlleva previamente una relectura muy detallada a partir de la cual se hace posible optar. Mi opinión personal es que, una vez elegidos los textos, basta con dejarlos fluir, pues la esencia de la literatura narrativa tiene que ver con la explicación de la vida, se trata de un inagotable recurso del ser humano para interpretarla. Por razones de espacio y oportunidad, he dejado en la guantera otros relatos sobre el mismo tema como "La Calle Real", "La Calle Barcelona" o "El Jardín de las Hespérides"…, todos ellos publicados en las obras que figuran en la bibliografía.

Quisiera terminar este intento de *reflexión comentada* sobre mi obra literaria relacionada con el Protectorado con los comentarios de dos especialistas en Literatura, además de profesores y escritores, como son Enrique Lomas (Universidad de Alicante) y Manuel Gahete (Córdoba), así como el de la poetisa y crítica literaria Paloma Fernández Gomá (Algeciras):

> León Cohen propone un redescubrimiento del país de origen, una vuelta a la casa de la infancia, en la que en algunos momentos se deja ver una dicotomía en lo que fue y en lo que ahora es... Creo que debido a esta doble adscripción cultural (sefardita-castellana) se diluye la necesidad de recuperar Sefarad. Por otro lado, se invierten los papeles, porque una vez en Sefarad, parece que lo que se quiere recuperar sea Marruecos. Es interesante a nivel dialógico con el resto de la tradición literaria sefardita cómo sus relatos superan los mitos tradi-

cionales y se convierten en reflejo de paradigmas "humanistas" (en el sentido de universales) (Lomas).

Aunque el nombre pueda conducirnos a la imprecisión de sus orígenes, León Cohen Mesonero es el autor que, con más voluntad de ser, penetra en el tejido sociológico y costumbrista de las gentes y geografías de Marruecos. Su obra está plagada de referencias topográficas y tipologías arquetípicas. El pintoresquismo de sus relatos nos remite a una obsesión entrañada por recobrar el primitivo paisaje de la infancia en Larache y plasmar en imágenes la historia cotidiana de lo que desaparece cuando mueren sus protagonistas. Lugares y personas cobran un inusual efecto proyectivo, constituyéndose en su conjunto como una realidad enunciativa que marca el desarrollo del relato superando en muchas ocasiones el interés de la acción. Este rasgo de identidad en la obra de Cohen no infiere sistemáticamente que renuncie a contar. El autor se inmerge en la búsqueda de las historias cotidianas, intentando escudriñar en sus acentos más elegíacos y existenciales ("Rosa teñido de gris o viceversa: Mi abuela Luna", "La muerte del padre: Trilogía", o la enternecedora "Carta al padre"), para conducirnos a otras empapadas de halo de milagro o misterio ("Rachid y el señor Levy", "El fisonomista" o "El linotipista del Heraldo de Marruecos"). Realidad y ficción se mezclan desdibujando los límites. Las palabras nos remiten a conceptos morales porque el lenguaje nunca es inocente ni lo es la escritura, cuya razón última, por sentido natural y compromiso histórico, debemos interpretar (Gahete: 2008, 73).

Todos sus libros son exponentes de una personalidad abierta y solidaria de un hombre que reúne en sí el legado de tres culturas: árabe, judía y cristiana… León Cohen es un escritor de espíritu que mira al mundo, un creador innato, que con la fuerza de su palabra nos invita a convivir en una sociedad intercultural y de respeto mutuo. Un escritor que es referencia para acercarse y conocer más y mejor las tres culturas del Mediterráneo. (Fernández Gomá: 2011,11).

Bibliografía

Cohen Mesonero, L.: *Relatos robados al tiempo*, Buenos Aires: LibrosEnRed, 2003.

— *La Memoria Blanqueada*, Madrid: Hebraica Ediciones, 2006.

— *Cartas y Cortos*, Madrid: Hebraica Ediciones, 2011.

— *Zarzamoras y otros relatos*, Madrid: Hebraica Ediciones, 2012.

Fernández Gomá, P.: *Cartas y Cortos*. Madrid: Hebraica Ediciones, 2011.

Gahete Jurado, M.: *Calle del agua. Antología contemporánea de Literatura Hispanomagrebí*, Madrid: SIAL Ediciones, 2008.

Goñi Pérez, J. M., "El locus en la literatura sobre el exilio de los enclaves coloniales: Representaciones y significados", en *Exilio e Identidad en el mundo hispánico: Reflexiones y Representaciones*: Biblioteca Virtual Cervantes, 2012, pp. 675-720.

Vázquez, A.: *La vida perra de Juanita Narboni,* Barcelona: Seix Barral, 1990 (3ª ed.).

Restos y recuerdos

Abdelkader Chaui

Yo soy de Bab-Taza, o sea, de esa localidad que tanto me marcó por la ternura de su españolismo penetrante, decía yo a Paco.

Paco replicaba que él también había nacido en Bab-Taza, el 28 de julio de 1948, cuando su padre era capitán interventor durante el Protectorado... denominación leve e irónica de todos los tiempos. Sostiene que su padre era querido en esa población, porque —como aboga con el paso de los años— las personas humildes eran su principal ocupación.

Total: sesenta y cinco años de edad, y "me acuerdo" perfectamente de todo... aunque no de todo en realidad...

Bueno, lo cierto es que yo dejé Bab-Taza un poco más tarde, cinco años después, y él, Paco, en 1957, cuando, tal como recuerda, "nos fuimos a Xauen, Tenerife, Sidi Ifni y, por último, a Semara en el Sáhara...", así pues, de destierro y fatalidad, como exclamé. Paco no menciona Tetuán, la ciudad que me hospedó en tiempos de mi inocencia. ¡Qué lastima!

Pues nada.

Iniciar un diálogo conmemorativo es fácil, continuarlo, con una carga nostálgica sin fin, es, verdaderamente, peligroso.

Yo asumo. Él asume.

En el fondo, estábamos, de alguna manera, hablando de nuestras vidas cruzadas. Yo hablo del cambio en su tristeza. Él, de la rabia en su dolor. En fin, de aquella España que partió con el viento hacia los escondites de la memoria (fragmentada).

Replicaba Mena, Paco Mena, en un tono agudo y categórico, entre nerviosismo y excitación: ¡no, no, no!, por favor, el cambio es efectivo, la historia ya es remota, la memoria guarda sensaciones y alientos, pero la destrucción es colosal, y pocos son los restos perdurables y las huellas indelebles. Es como si España, en su historia moderna después del año de la derrota, jamás hubiera vuelto a plantear el "africanismo" como un nuevo modelo y una estrategia probada de la expansión y su correlación denominada ocupación... en su momento. Otros, concernidos en su mayoría, saben que tenía un nombre distinto, tenue y ligero.

Yo decía claramente, en palabras textuales, melódicamente textuales, y sin interrupción: Bab-Taza es una tumba, los restos presentes son unos escombros, la realidad es un desastre, la historia se convirtió en una fabulación... así de sencillo. La modulación es una afasia.

Pero Bab-Taza, por lo bueno o por lo malo, dejó de ser la localidad fronteriza donde se firmaron los acuerdos de una tregua astuta entre las cabilas rebeldes y el ejército conquistador... y se convirtió en un refugio. Y algo más, decía yo: Bab-Taza es un recuerdo.

Treinta y cinco años más tarde, llega el narrador omnipresente, que relata las historias del pasado eternizado alegóricamente en su metáfora lingüística olvidada, a ese recuerdo-refugio... Verdad que son cuentos "na mah"..., como decía Paco Mena en un tono, esta vez, suave, andaluz y perezoso, al escuchar mis recuerdos, al entender mi grito, al rebosar mi alma.

Llegué a Bab-Taza un domingo, tarde lluviosa de aquellos días que daban la sensación frustrada de un próximo fin caótico de ese mundo montañoso, entre un cielo gris casi de negro colorido y una tierra más bien parda... En una palabra: ¡sofocación! Llevaba un tiempo escribiendo mi tercera novela (1994), pero estancado por completo, totalmente estancado, como no merecía, entre recuerdos e ilusiones, recuerdos vivos que me llegaban de un pasado lejano, e ilusiones sueltas, voladeras, que me acechaban sin tregua. Mi personaje, junto con el narrador en primera persona, ya no tenían nada que hacer, ni siquiera ayudarme en lo que me esforzaba en inventar, sin éxito ni ánimo. Era tan penoso; y, además, la situación, con el paso del tiempo y la miseria de mi propia escritura, no cambiaba en nada, aunque intenté muchas veces dar un empujón, como un impulso de aire frío arrebatador, a mis ánimos y a mis sentimientos.

Paralizado... para decirlo en términos concluyentes.

En la foto somos niños y de poca infancia también, apenas en un comienzo que no se supo cómo podría terminar por el destierro que nos llevó cruelmente a la perdición... a diversos grados de aceptación o de negación, unos tras otros... que, por un recuerdo verosímil, se perpetúan en la foto, pero, realmente, sin ninguna existencia. Fijados. Eternizados. Asombrados, tal vez, por un pasado vano. Sí, vano y pálido a la vez, cuando la historia se esfumó para perderse en el olvido. Siento, en realidad, con una pena aguda que me quita la voz, que aquella historia se esfumara puntualmente a la hora de la despedida forzada, cuando sonó, repentinamente, la independencia.

Éramos niños en la ausencia de las niñas, eso sí, desde luego. Y nadie sabía por qué, aunque en Bab-Taza se notaba en aquel entonces una presencia femenina vacilante... y todos deseaban su sensualidad: ellas, "las dulces", como expresaban todos, también se ponían de pie, unas por la rutina y otras por la obligación patriótica, con el grito alborotador para celebrar el "franquismo" y la patria.

En la foto tampoco me veo distinto... como eran los demás, en su mayoría hijos de españoles, distintos. Quizás pálido, porque en la foto se detuvo, justamente, un momento inmortalizado, pero sin religión... para hablar de lo que constituía para muchos la diferencia entre el moro y el español. Me ve Paco sin sonrisa, yo también, cuando me fijo en mi criatura de niñez. Pero sin rasgos particulares que me distingan de los demás en la foto de la escuela de Bab-Taza.

En el centro, majestuosamente, estaba clavado don Hidalgo Ruiz, él, que nunca presintió que esa pose junto con los chiquillos del colegio pudiera pasar a la posteridad. Ahora bien, todos, y nuestro maestro en primer lugar, con un cierto espejismo y perplejidad punteados en los ojos... que hasta ahora no dejan de fijarse firmemente en la nada.

Yo cambié. Es cierto, y lo admito, ¡caramba! Pero Bab-Taza también daba la impresión de haber sido traumatizada por los años perfilados que solo dejaron una ceniza polvorizada en los cuatro rincones de ese perímetro rocoso que tanto animó a corazones y razones, y que los españoles, desde el primer momento, después de la guerra dedicada ferozmente al establecimiento de la paz, adquirieron para siempre y para el futuro... o eso es lo que esperaban y muchos deseaban, con poca lucidez, ignorantes de que el futuro es un modo de condenar el presente... de alguna manera también.

Bab-Taza tenía ya un pasado cuando creció allí, de un día para otro, una vida humana fortuitamente distinta, alegremente combinada, deseada, ambientada, llena de gestos, y sus signos daban muestras para todos de esperar el cambio: todos los aldeanos decían, con la llegada de los primeros

reclutas, que los españoles masivamente estaban por llegar; y el cambio, por arribar. No cabían dudas. No.

Paco Mena me quería decir en su correo que su padre, Francisco, había fallecido el día 15 de noviembre en Alicante, lugar donde residía, como siempre supuse, después del abandono. Bab-Taza quedó para siempre como su magnífico punto débil y su herida incisiva, cálida y deseada, en el pergamino de unos recuerdos rememorados monótonamente en su tremenda soledad y, luego, después de la muerte de María Jesús, en su nocturna vejez repleta de oscuridad y espanto. La memoria estampada para siempre, con los mismos colores del primer día de su aventura, emprendida junto con los primeros reclutas que pisaron la tierra moruna... Y, en verdad, le parecía o, mejor dicho, parecía más bien a Paco, su hijo, que ese fue fatalmente el destino alegórico de una vida despedazada.

Y Paco Mena me quería decir también que había contactado con Emilio y algunos más, y que tenía una lista de los residentes de Bab-Taza... y "si queréis que os mande esa lista me podéis escribir a bab_taza@hotmail.com".

Está allí Paco Mena, en la primera fila, con su blanquísimo rostro, redondo, inconfundible, de los años cincuenta. El efecto de la luz que brillaba en los ojos alteraba la visión. Sin colores, como éramos, en aquellos tiempos de Bab-Taza.

Se nota que Antonio Castillo sonríe alegre para la ocasión, con esa pequeña sonrisa que alentaba su timidez y acariciaba felizmente a los demás. Me acuerdo de que era el único que tenía la sonrisa trazada a la medida de su niñez.

La foto se eclipsa y, de repente, invaden la visión unos rayos, relámpagos que arremetían desde la lejanía fugaz.

Son tiempos de Bab-Taza, la localidad, y la otra, la de mi novela dedicada a mi tiempo de refugio, dolor y timidez en aquellas tierras distantes que apenas tenían nombre.

Esos recuerdos me dicen ahora que he estado angustiado: una amnesia me afecta, una pena me arranca el corazón, un dolor me ataca los huesos.

No sabía qué decir de aquella localidad. Punto. Verdaderamente, tampoco sabía qué plantear... después de una ausencia dolorosa, histórica.

Este retorno es, de alguna manera, un fracaso moral, una mudez agobiante, una frustración que me incomoda, en este momento tan exigente, como una angustia repentina, naciente, fogosa. Y no tenía nada que decir de mi localidad natal, y, lo peor, nada de la localidad de mi identidad... dirán otros: de nacimiento, y los que saben, unos pocos, ya tienen algo que contar, pero con rabia y furia.

Una llegada siempre tiene un significado. La mía, su significado particular. Eso sí. Yo vuelvo con mi lasitud casi aniquilado... después de treinta y

cinco años, huidos también. Vuelvo para ver, oler y constatar cómo el tiempo se ha transformado en un fantasma, la historia en memoria, la presencia en fabulación, la vida en risas, momentos en escombros, restos en cenizas. Y vuelvo con la idea de narrar el derrame causado por un tiempo fracturado que, en el espacio de cincuenta años extendidos sobre diez mil kilómetros cuadrados, surcó las entrañas, esencias, almas, corazones. El tiempo fracturado que arrasó tierras y señas de identidad. Me preguntaba, con Jacques Derrida, por la "ceniza", ¿dónde está?, ¿por dónde anda ahora?, y llegaba a la misma conclusión: pura es la palabra. Requiere un fuego. Hay ahí ceniza, es la que toma sitio dejando sitio, para dar a oír: nada habrá tenido lugar salvo el lugar. Hay ahí ceniza: hay lugar (Derrida: 2009).

Vuelvo como otro, polvorizado y en su ente atomizado... con treinta y cinco años amarrados a mi debilidad de ser humano, frágil y tremendamente angustiado. Antes que nada veo, y ahí esta la destrucción total. ¿Es esta Bab-Taza aquel sueño que me empujó a emprender el viaje y diseñar el encuentro?

No hay Bab-Taza, hay lugar demolido. No hay Bab-Taza, y nada habrá tenido lugar, ni tampoco España, por mucho —y con desmesura— que hizo para perennizar su trágica existencia. En dos palabras, las ruinas; y, en otras dos, la muerte. O sea, lo que dijo Derrida también: que conserva para ya no conservar siquiera, consagrando el resto a la disipación, y ya no hay nadie que haya desaparecido dejando ahí ceniza, solamente su nombre, pero ilegible.

Sigo refiriéndome a la localidad de mi alma y de mi profundidad, sin ningún rencor hacia el cambio que se produjo tras muchos años distantes y lejanos.

Tengo muchas razones para exhibir mi pertenencia a esa localidad grabada en la memoria histórica intimísima de mi individualidad. Bab-Taza, por supuesto. Esta pertenencia radical enfocada en la historia de España en el norte de Marruecos y en sus tierras de Yebala, sin matices, es mi comienzo infantil y, desde luego, mi antecámara de esta vejez que, si la arrastrara por las calles perdidas y las huellas abandonadas, me haría morir de tristeza y, sin alivio, acomodarme al olvido.

Tengo lágrimas en los ojos febriles y enrojecidos cuando leo: Yo era muy conocido en Bab-Taza, pues mi mascota era un jabalí que crié con biberón y era muy noble. Y cuando veo de muy lejos, o de muy cerca —da igual—, las ruinas que cada vez más disimulan un desafío aglutinado al olvido; y cuando, por fin, una agudísima melancolía me ataca, como nunca me ocurrió en el pasado, mi pasado, aunque el pasado de Bab-Taza, su

pasado, ya estaba fracturado, dañado, hundido, un pasado tal vez inofensivo por la indiferencia de su gente: decididamente, todos de alguna manera hemos huido dejando las ruinas a la historia.

Mi novela ya tenía una textura. Mi narrador, en su desolación, y con el alma fatigada y destorcida, lamentaba, con unas palabras marchitas, el "duelo" de la despedida cuando dijo finalmente: "Los que conservaban en su memoria algo, por poco que fuera, de lo que habían visto aquellos días, no dudaban en afirmar que la migración fue casi colectiva".

Empezando, pues, por la mía, aunque tardía, en el 62, cuando llegué a la ciudad que me acogió en mi infancia dolida.

Todas las familias se lanzaron a ella, los Hidalgo, los Castillo, los Ruiz Ruiz, los Orellana, los Cortés Cebrián, los Lozano... y, claro está, los Mena en 1957, "cuando nos fuimos a Xauen... y, por último, a Semara en el Sáhara". No quedó ni una sola, salvo las que no tenían hijos a su cargo, que se mantuviera al margen de aquella ocasión, de la que se dijo, con mucho orgullo, que era la manera de salvarse de la perdición.

Una vida nueva y distinta, aunque fuera en un mundo desconocido.

Una nueva experiencia, aunque fuera un infierno.

Lo importante es que la juventud volvió después distinta a lo que era, habiendo adquirido cierta opulencia y cultura.

Mira, decían a mi narrador, treinta y cinco años más tarde, cómo esta expedición ha hecho que Bab-Taza se expanda por la zona despoblada que limita con el bosque; este es el barrio de Príncipe, este el de la Bandera, este otro el Cruce y aquel el de Rauda… tierras, que ayer eran terreno abonado para enfrentamientos y para las prostitutas, y que tan cambiadas se ven hoy, gracias a todo lo que los jóvenes han ido ahorrando para repoblar sus campos vacíos y embellecer sus dominios.

Cuando contemplé el emplazamiento de la aceña, me encontré con el edificio de la comunidad, apuntando socarronamente hacia mí, allí erguido, en aquel punto elevado de la zona. A su alrededor se observaba el movimiento que imaginaba por las historias que había escuchado atónito y hasta cierto punto acongojado. La tranquilidad dejaba rápidamente paso a un bullir constante de gente que entraba, unos tras otros, y que, cuando salían, parecían huir de alguna desgracia que los estuviera amenazando. Estimé que todo había contribuido al derrumbe de aquella construcción o quizá yo ignoraba todo, sin percibir su devenir en el sucederse de los días, en el tiempo que iba avanzando e instalándose en cada rincón, desplegando a su alrededor sus sombras y su ininterrumpida cadencia. En todas aquellas personas se percibía alguna transformación, alguna alteración que no les

permitía recuperar el pasado ni servirse de él; antes bien, se iba multiplicando enérgicamente, llenando aquella tierra que había permanecido, dado su aislamiento, a salvo de todo cambio.

El fenómeno más visible en aquellas moradas era, quizá, que los males de la política se habían extendido hasta llegar a sus rincones. Los entendidos se lanzaron a trabajar pero con objetivos dispares. Era fácil observar una clara tendencia a favor de las corrientes e ideas de la oposición, debido a su tradicional y sempiterna pobreza, y a la secular enemistad que sentían por los "españolizados", que, según se dice, se abalanzaron sobre las riendas del poder desde un principio y fueron exageradamente sumisos a todas las órdenes represoras que venían de arriba. Yo no veía nada de lo que decían ni mucho de aquello por lo que disputaban. Mas tal vez sus vidas fueran una mera repetición, en sus fríos aspectos, del ritmo que habían heredado. Hasta llegué a pensar que el aislamiento del entorno montañoso era algo natural en ellos; y que su interés tardío por la política respondía únicamente a un intento de atizar la tradicional hostilidad revistiéndola con otros ropajes, que se irían ajando con el tiempo cuando se soltaran las cadenas que los mantenían atados a un pasado que los había hecho desdeñosos y secos.

La semana que continuó el 7 de abril de aquella primavera cálida fue completamente agotadora. El domingo siguiente a las tumultuosas celebraciones de la independencia hubo un largo sermón en el que, con la consabida retórica, se volvió a glorificar a las mismas personas, hechos y comportamientos, incluso a las bombas de mano que fueron colocadas en el *marché central* en la ciudad lejana del sur francés marroquí. Fue un discurso largo y aburrido. Solo por el deseo de ignorarlo y de estar en contra totalmente de su contenido, era yo capaz de ambicionar la soledad eterna. El discurso de aquel día fue pronunciado por el profesor Alal, hombre célebre aquí en este tipo de ocasiones. Al aire libre se alineaban el caíd, el cheij, el supervisor, los "diputados electos", tal vez designados, y los representantes de los partidos políticos, incluso los líderes de sindicatos que todavía no estaban fundados.

¡No es una exageración! Todo estaba cambiando hacia un posible devenir del Marruecos postcolonial… un Marruecos armado a la más ligera manera factible de confeccionar y tejer espacios, deseos e ilusiones a la altura de la aspiración nacionalista. Una imprevista furia acelerada se apoderó de Bab-Taza, ese pedacito presentido de nuestra intimidad españolizada.

En eso consistía la unidad nacional, y si no, pues no, y tal y tal y tal… Los oyentes aborrecían, al parecer, sus raíces pueblerinas hundidas en la ignorancia, porque no habían vivido aquellos días memorables en zonas que

jamás habían pisado sus pies. "Y ahora, señores míos, he aquí la independencia que hemos logrado, y la democracia de la que se enorgullecen las naciones, y las construcciones que rivalizan en altura y señorío con el cielo". Bla, bla, bla. "El documento en el que se reclamaba la independencia fue un acuerdo entre nosotros y Mohamed V para hacer este país seguro y glorioso, con su preclara ayuda". "La resistencia, señores, no habría logrado sus nobles objetivos si no la hubiera bendecido nuestro excelso rey, Dios lo perdone…". "De no ser por y de no ser por…".

El pasado se movía orgulloso entre los oyentes, que le acariciaban el pelo, largo y suelto. ¡Vaya espesor que tenía aquel pasado!

¡Ay, si hablara Bab-Taza, si se volvieran a narrar sus historias de manera espontánea, sin artificios! ¡Ojalá pudieras decir algo contra el pesadísimo discurso que estaba vomitando el profesor Alal, que mencionaba ahora recuerdos antiguos y felices de un pasado de leyenda! El hombre estaba allí en el mismo lugar donde los propios españoles dejaron el territorio bien arreglado y fertilizado para que preservara, aunque con el correr de otro tiempo distinto, sus huellas de cincuenta años cumplidos, vamos a decir cincuenta años... más o menos, por el afán de certeza y la exigencia pretendida en cualquier discurso histórico-glorificador. Cincuenta años cumplidos, más o menos, de lo que los españoles siempre nominaban por la voz de María, hija de Mena, la presencia del Protectorado en el norte de Marruecos. Yo tengo recuerdos de la dulzura tan agradable de María, y su voz apacible todavía me llega desde los lejanísimos tiempos de mi infancia. Ese hombre estaba allí en el mismo lugar, con todas las ilusiones de los hombres y mujeres que narraban las gestas de Bab-Taza y sus sacrificios, con malicia, con veracidad, con angustia, con alegría, con nostalgia, complacencia, ¿con ansias de huir, igual que yo, de la aflicción del desespero?

¿Hemos de tenerlas por simples ilusiones, que les vinieron a la mente sobre Bab-Taza, que cruzaron sus calles con paso ágil, veloces en la dirección del viento?

¿Aquella Bab-Taza era realmente suya o bien ellos se la figuraban así, llevados por el fuego del apego y amor que sentían por ella?

Podríamos detallar todos los rasgos de Bab-Taza, de calle a calle, desde la entrada hasta la parte más alta, pero al estudiar su naturaleza tornadiza y esquiva no encontraríamos otra cosa que ausencia, o la ausencia que puede convertirse en olvido, o el olvido que lleva al propio olvido. Solo les quedaba un espacio en cuyos rincones pululaban las señales y restos desdibujados. O quizá solo estaban desdibujados en mi mente, pues la sugestión

en estas cosas es más fuerte que la realidad de los cambios por chocantes que sean.

En muchas ocasiones me preguntaba a mí mismo: ¿no estoy con esta huida siendo injusto conmigo mismo? ¿No estaré sometiéndome a una prueba en la que mis condiciones no van a ayudarme? ¿No tenía que ser mi huida una solución que me salvase de mis penas y desgracias? Entonces me doy cuenta de que estoy interpelando a un alma que se ha apartado de la luz y me entrego a la inactividad sumisa que suele abordarme en los momentos de desesperación.

Marcha el camino y nosotros somos la ruta.

Esta ruta que nos engaña y nosotros somos la ruina.

Esta ruina se alza sobre la verdad y, sobre ella, se alza el polvo. ¿Qué va a quedar en el libro de España? Tal vez, dijo mi narrador, una sola línea en la que ni siquiera cabe un saludo. ¿Es esta la última palabra? ¿España se convirtió en un recuerdo doloroso y fugaz?

Pertenezco a otro tiempo, tiempo de gran negación, de un silencio amante de impensados dolores. Pertenezco a un tiempo que engendró únicamente lo imposible: ese "Todo por la patria" que ahora es un correo (bab_taz@hotmail.com) y una señal en mi narración.

Bibliografía

CHAUI, A.: *Bab-Taza, mi novela en árabe*, Rabat: Edición Maouya, 1994.

DERRIDA, J.: *La difunta ceniza* (traducción de Daniel Álvaro y Cristina de Peretti), Buenos Aires: La Cebra, 2009.

Uno de los últimos

Severiano Gil Ruiz

Mi abuelo paterno, Severiano Gil, llegó a África en 1915, subido en la alfombra mágica de los movimientos militares como soldado-músico en el Regimiento de Infantería *San Fernando*; el otro abuelo, José Ruiz, algo más joven, lo hizo un poco antes, y, en lugar de alfombra, utilizó desde siempre los robustos y toscos carromatos con los que la familia se ganaba el sustento efectuando transportes por toda la zona pacificada —o no tanto— del Protectorado.

El primero, oriundo de la villa de Feria, en Extremadura, conoció a la que sería su mujer, Herminia, antes del final de la década; ella había nacido en Orán y se había trasladado con su familia a Melilla hacía unos años. Se casaron en 1924 y, poco después, el padre de mi padre obtuvo una plaza de profesor de música en el grupo escolar *Lope de Vega*, de la misión cultural española en Marruecos.

El otro, José, después de escapar por los pelos del desastre de Annual, en julio de 1921, decidió contraer matrimonio con María, una prima suya que había llegado hacía poco de Almería y con la que tuvo cinco hijos, tres varones y dos hembras.

Mi padre nació en 1927, apenas acabada la guerra que acabó por convencer a los rifeños, en contra de su voluntad, de que su destino era ser ma-

rroquíes; mi madre vio la luz en 1932, cuando la República refrendaba los postulados por los cuales España seguiría fielmente los acuerdos de Algeciras, ejerciendo la *acción protectora* sobre Marruecos. Se casaron en Villa Nador en la primavera de 1954.

A mí me tocó nacer en el verano del siguiente año, siete meses antes de que, ante la celeridad de Francia por otorgar la independencia al nuevo reino de Marruecos, España siguiera la estela obligada firmando el finiquito del Protectorado.

Por eso, el que esto escribe es uno de los últimos nacidos dentro de aquel sistema, a medias generoso, a medias colonial, que conformó la realidad europea y marroquí de la primera mitad del siglo XX.

1. *Prisioneros en el Rif*

Fue mi primera novela publicada, en 1989, un barboteo de aventuras en la que se mezclaban personajes tópicos y típicos de la Melilla de mediados de los veinte, con una guerra entre manos y, a la postre, con una clara intención por mi parte de asegurarme el agrado de los lectores al tratar una época y unos asuntos que sabía que iban a gustar.

Aun así procuré que nada quedara en el tintero, ni la variedad de identidades que poblaban Melilla en aquella época, ni el romanticismo inherente a la historia del patrón de un velero que acepta el encargo de ir a rescatar, en el corazón del Rif, a un piloto derribado y retenido por los rifeños.

Ni siquiera escatimé a la hora de mostrar las netas diferencias entre los comprometidos con la rebelión de Abd-el-Krim por propia voluntad, los forzados a combatir a los españoles, los delegados que fiscalizaban a estos en provecho de aquellos y los resortes de una estrategia desplegada por España para sojuzgar, mediante ataques sistemáticos de aviación, la maquinaria económica de los rifeños, lo que, a la postre, determinó el ataque de estos a Francia y precipitó el final de una contienda que ha marcado, y mucho, el carácter y la memoria de los que vivieron aquel tiempo.

2. *El cañón del Gurugú*

La memoria se transmite, algunos dicen que incluso por medio de la genética; pero es más aceptado que el acervo familiar queda impregnado en aquellos que atienden las historias de sus mayores, y eso fue lo que traté de reflejar en esta otra novela que, ya con más experiencia, pude planificar de un modo más *científico*, a la hora de tratar de alcanzar con más facilidad el alma del lector. Y no hay mejor fórmula que intentarlo con el discutido,

controvertido y novelable desastre de Annual, los episodios terribles que se vivieron en la zona oriental del Protectorado en guerra; si bien, por huir de la ya exhausta literatura disponible, me propuse abordarlo no desde el punto de vista militar, sino desde el ojo y las vivencias de las numerosas familias de civiles que se vieron involucradas en tal debacle.

Así como la primera iba dirigida a un público claramente vinculado con la ciudad, en esta orienté el relato de forma que el origen o procedencia del destinatario resultara indiferente, además de ampliar el abanico de posibilidades construyendo una historia repleta de personajes cotidianos, creíbles, posiblemente no demasiado literarios, salvo los conductores de la historia, pero atendiendo a lo que yo entendía como obligación no escrita de reflejar aquella realidad del modo menos desvirtuado posible.

Acudí, de hecho, a experiencias familiares, contadas una y otra vez al calor del brasero, en los inviernos norteafricanos, que todos imaginan templados por su carácter mediterráneo, o a la sombra de la parra que protegía del sol veraniego el patio de la casa de mi abuela materna.

Fue en estos lugares, casi templos bendecidos por la fe del infante, donde empiezan a sonarme, en primer lugar, las situaciones; más tarde, los nombres hasta que, años después, uno ya prescinde de marcharse a jugar para quedarse *un ratito más* y acabar de entender los razonamientos que intercambian los de más edad, apostillando o rebatiendo tal o cual concepto antes vertido.

Allí aprendí a sospechar —uno siempre sospecha a esas edades— que existían ciertos rasgos personales que nos hacen distintos unos a otros y que, en un cerebro apenas moldeado, actúan como esos cromos que se pegan en los álbumes y que fijan para siempre tu memoria en esa imagen concreta.

Así supe que mi bisabuelo paterno había sido un hombre culto y ponderado, devoto de la masonería; que mi abuelo paterno no podía disimular un ferviente anticlericalismo, a pesar de que oficiaba como organista en cada misa de la iglesia local de Santiago el Mayor, por amistad con el párroco; que mi padre observaba una actitud respetuosa cuando, ya mediada la treintena, yo lo veía fumar a escondidas por no ofender al autor de sus días; que mi madre había trabajado hasta caer rendida, cosiendo ropa militar, cuando su padre murió joven, dejando a mi abuela a cargo de cinco hijos en una época en la que ni siquiera existía el subsidio por enfermedad.

Lo más curioso de todo era que, cuando yo hacía mis cálculos —distrayéndome durante las clases en la escuela, preferiblemente si eran de matemáticas—, me daba cuenta de que todos ellos hablaban de un pasado

cercano, cercanísimo. Mis abuelos tenían treinta años cuando *aquello*, de manera que solo había cambiado tres veces la cifra de las decenas entre aquel sangrante 1921 y el tiempo que vivíamos, rodeado de los progresos de finales de los cincuenta.

No obstante, el sentido del tiempo no es el mismo para un niño de cinco años, ni siquiera para un niño de treinta; pero yo sabía entender las expresiones de aquellas personas, queridas y cercanas, cuando se referían a la guerra, a los que murieron y a los que lograron sobrevivir para poderla contar. Y también aprendí a interpretar todo lo contrario, los silencios que acaecían cuando alguien, seguramente el más imprudente de la tertulia, nombraba la guerra civil y el tono de voz bajaba y las miradas se volvían ligeramente recelosas, sin que faltara quien dirigiera sus ojos hacia la puerta, por si no estaba cerrada y algún vecino que pasara…

El cañón del Gurugú fue, así, la novela esperada que me abrió las puertas al coso donde salían a lucirse los diestros de la pluma. Bien es cierto que, aun cuando me había podido deshacer de la mayor parte del pudor que te acomete cuando estás a punto de publicar algo, en aquel año que iniciaba la década de los noventa sentía en mi fuero interno que todavía alentaba, alborotadora, la sensación de estar ocupando un lugar que no me correspondía. ¿Cómo pretender imitar a mis héroes de la literatura poniendo mi nombre en una portada junto al de aquel monte evocador de tragedias, derrotas y gestas…?

Y, sin embargo, afronté el trance, me vestí con las luces de autor y esperé, casi temblando, el veredicto de los lectores que, para mi sorpresa y alivio, gozaron de aquella historia a medias real y a medias inventada.

3. *La tierra entregada*

Pero llegó la tercera, y vino de un modo que, aunque me resultó peculiar e innovador, más tarde me di cuenta de que la oportunidad de escribir aquel libro no era más ni menos novelesca que cualquiera de los que le sucederían.

Pasó que, en una de las numerosas charlas con amigos que además son personas con buen ojo para la Historia y las letras, saltó sobre la mesa, haciendo piruetas incluso, el vacío que existía en la literatura local sobre una época tan trepidante como cualquier otra de la larga secuela de una ciudad que ya contaba casi con quinientos años de Historia.

La independencia de Marruecos, la dependencia de Melilla de aquel entorno amplio en el que volcaba sus energías y del que extraía buena parte

de los beneficios para subsistir: esa era la época a la que Antonio Bravo, hoy día cronista oficial de Melilla, y Vicente Moga, director del Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma, aludían como un paréntesis en lo publicado, un hueco en el que poder encajar una historia que situara al lector en aquellas fechas tan determinantes para el futuro de todos.

Y, aunque me hice el propósito de acometer el asunto cuanto antes, me demoré lo suficiente como para que el relato fuera formando un núcleo bien sólido en mi interior. Y, en otro alarde con que el destino suele disfrazarse de casualidad, recibí una petición de José Luis Navarro Lara, a la sazón editor del semanario local *La ciudad*, para que escribiera una novela por entregas que él deseaba publicar con cada número de su revista. Dos condiciones: la novela debía llegar al centenar exacto de capítulos, y el título tenía que ser, forzosamente, *La tierra entregada*, lo cual no venía mal a la época y los sucesos que yo quería abordar; es más, me obligaba a orientar de un modo inamovible las líneas generales del relato.

Tuve, no obstante, que documentarme mucho más, concediendo a mi memoria el protagonismo de ir recreando personas, lugares y situaciones que subsistían en mi mente, más el apunte preciso de testigos que aportaban el dato del que yo carecía.

Y, al abrir del todo la espita de los recuerdos, fueron apareciendo rasgos relampagueantes que me hacían detenerme, con mi juicio de adulto, en avatares infantiles que, no obstante, permanecían a la espera de aclaraciones. Así recordé cómo, a mis escasos seis años, formulé a mi madre la impertinente pregunta de por qué nosotros, los españoles, tratábamos a los marroquíes de *tú*, en tanto que ellos, casi invariablemente, usaban el *usted* para dirigirse a nosotros.

No me supo responder, pero, tal como me contaría mucho más tarde, sé que mi pregunta la hizo meditar durante un tiempo; y aquella cuestión carente de respuesta se archivó en algún lugar de mis neuronas, hasta que, impetuosa, afloró junto a otras muchas con ocasión de aquella *tierra*, que yo debía hacer que fuese entregada por unos y recibida por otros.

Pero, a pesar de mi interés por seguir a rajatabla las entretelas de aquellos años, la novela se escribió sola, tirando suavemente del devenir de unos personajes que, apenas definidos, cobraban vida propia y, en muchos casos, ajena a mi voluntad de mantenerlos dóciles bajo la batuta del argumento. A pesar de que, a partir del capítulo veinticuatro —a esa altura estaba la redacción cuando se publicó la primera entrega—, los lectores empezaron también a opinar y a inducir determinados cambios en el desarrollo posterior, de manera que fue una experiencia interactiva que me ayudó a en-

carrilar el drama por donde sabía, a priori, que marchaban los anhelos del público.

Supe, de esta forma, qué era lo que inquietaba, gustaba, desagradaba o dejaba fríos a quienes me iban leyendo cada semana; e incluso cómo, llegando más allá, mucho más allá que yo en la elaboración de la historia, daban a luz interpretaciones que jamás habían pasado por mi intelecto, asombrado a su vez de hasta dónde podía complicarse la relación autor-lector.

Además de los personajes y las historias particulares de muchos de los que me rodearon, fueron apareciendo también los detalles de la tramoya de aquella inmensa representación teatral que, para mí, constituía la existencia de los españoles y franceses en el Protectorado: las formas de vida, trasplantadas desde Europa y adaptadas a las peculiaridades norteafricanas; los autos, tremendos carros norteamericanos que llenaban las calles con el tufo de gasolina mal quemada y con rutilancias de cromados ostentosos, *Buick*, *Plymouth*, *Studebaker*, *Ford*, *Chevrolet*…, aquellos eran nuestros utilitarios cuando en España apenas si había hecho su aparición el *Seat 600*, la buena gente circulaba en *Vespa* y se hacían viejos los *Topolino*.

El mundo del transporte pesado, por su parte, estaba repleto de mastodontes, unos supervivientes de la Segunda Guerra Mundial y otros importados en la inmediata posguerra, más las innovaciones arrolladoras de aquellos *Mercedes* con su peculiar motor *diesel* que no necesitaba encendido por bujías.

Y el cine, claro, también estaba el cine, que permitía entrever formas de vida lejanas que, curiosamente, no costaba demasiado remedar al persistir los atuendos de una década o los volantes cromados de los autos que, algunos viejos de desmoronarse, se parecían a los que manejaban Burt Lancaster, John Wayne o Spencer Tracy.

No había televisión, por supuesto; y, si algún domicilio atesoraba aquel electrodoméstico futurista presidiendo la sala de estar, no servía para nada porque la ausencia de repetidores y la escasa potencia de las emisoras impedían que la señal llegara desde Europa, por lo que la *tele* resultaba siempre perdedora ante la reina de los hogares, la radio. Y este utensilio, además de aportar noticias de toda índole —la onda larga permitía sintonizar *Radio París*, de donde salían los más fuertes epítetos contra el régimen—, llenaba los hogares, los comercios y los talleres con la música de moda. Y esto, que en la España peninsular significó todo un hito sociológico, en el Marruecos español alcanzaba rango de fenómeno imprescindible que hacía que los españoles africanos se sintieran menos alejados, menos solos, menos desconectados de aquel origen geográfico del que llegaban las cartas de

los familiares y donde, para los de más edad, anidaban los recuerdos felices de la infancia.

Porque, en el caso de los nacidos allí, en Marruecos, como la generación anterior a la mía, ya habían labrado las premisas de su existencia en el territorio africano y, en mi caso, faltaba incluso el mero arraigo accesorio de conocer los lugares de los que hablaban los más ancianos.

Mi abuelo me contaba cosas de Extremadura, de su pueblo pobre y chiquito dominando el llano al norte de Zafra; mi abuela me hablaba de Orán y de las calles donde se ponían en contacto los barrios de españoles, franceses, judíos y musulmanes argelinos. Al padre de mi madre no lo conocí; pero sí a mi abuela materna que tenía recuerdos de la costa almeriense, de la pesca en Roquetas de Mar y de los arrieros que transportaban las capturas hasta Alhama, a través de la sierra de Gádor…

En cambio, mi padre urdía sus charlas con su niñez africana, en la Villa Nador que se estaba apenas construyendo, a paso lento, desde 1910. Mi madre, igualmente, hacía esfuerzos ímprobos por retener la poca memoria familiar que todavía tenía algún vínculo con la España europea, porque había mucho más que contar de los eventos e historias cercanos; de las guerras contra los rifeños rebeldes; de la escasez de después de la Guerra Civil que, aún permitiendo usar la palabra hambre, no llegaba ni a la media de las catástrofes que desmantelaron el sistema de vida español peninsular; y de la Segunda Guerra Mundial, con aviones averiados de ambos contendientes aterrizando por doquier y el síncope mayúsculo de la operación *Torch*, el desembarco aliado en las zonas inmediatas del Protectorado francés.

Y mi primer recuerdo de la niñez, sólido y coherente, sigue siendo el olor especial de la ribera de Mar Chica, la laguna salada que bañaba mi pueblo; el señorío amedrentador de los altos eucaliptos y el sonido de mis pies al caminar sobre la arena salitrosa que rodeaba al aeródromo de Tauima.

Fui uno de los últimos en nacer allí y, por lo tanto, uno de los que, con menos edad, tuvo que comenzar a olvidar el pasado querido para adaptarse al devenir de lo actual; a pesar de que, entonces, no tenía ni idea de que esto iba a suceder así.

La novela se publicó completa cada semana y fue tan oportuna que, aún pendientes de salir a la calle las últimas entregas, el Servicio de Publicaciones del entonces Ayuntamiento de Melilla me ofreció su publicación en formato libro.

La tierra entregada, pues, salió a la venta en 1993 y, en apenas tres meses, se agotó la tirada, por otra parte no demasiado abultada, ya que se imprimió solo un millar de libros; aunque, teniendo en cuenta que la pobla-

ción de la ciudad, en aquella época, rondaba los sesenta mil habitantes, me cupo la satisfacción inconmensurable de poder calcular que uno de cada sesenta vecinos de Melilla la había adquirido.

4. *Jádir*

No hay dos sin tres, reza el refrán español, y, después de conocer el resultado favorable de las dos novelas anteriores, me sentí en la obligación, y no es una forma de hablar, de abordar un siguiente libro que viniera a rellenar el siguiente acontecimiento importante en la historia de la ciudad norteafricana.

Con *El cañón del Gurugú*, cumplí el débito de relatar aquellos sucesos terribles de 1921; con *La tierra entregada*, rendí homenaje a quienes me rodearon cuando, acabado el Protectorado, al menos oficialmente, vieron diluirse en torno a sí el mundo que habían ayudado a crear. Con *Jádir*, en cambio, iba a tratar de analizar las consecuencias de aquella fractura, utilizando lo que la actualidad me ponía más a mano: la realidad social sobrevenida cuando una parte significativa de marroquíes, procedentes de los alrededores de la Melilla, hicieron lo imposible por seguir los trazos de la historia que los empujaba a afincarse dentro del territorio español y lo consiguieron.

Fue como la cola de un cometa, como la estela que siguió al navío de la repatriación de los españoles, un considerable número de los cuales eligieron para quedarse a vivir la tierra española más cercana a la vieja tierra *protegida*, ahora ya nuevo reino independiente.

Sin asumir apenas la necesidad que los empujaba, cada vez más ciudadanos del nuevo Estado magrebí tejían la urdimbre de sus existencias en torno al potencial económico de Melilla, sin dejar de lado la circunstancia fundamental de su proximidad, de su inmediatez a lo que, hasta hacía poco, era territorio del Protectorado español de Marruecos.

Al principio fue un movimiento lento, apenas incipiente, nada ostensible; pero, al acabarse la década de los setenta, varios miles de individuos habían ido ocupando el vacío socioeconómico de aquellos que, ante el aislamiento de la ciudad española, habían decidido buscar fortuna en el territorio europeo de la nación. Los responsables políticos miraban hacia otro lado, y la misma población melillense de toda la vida se aferraba al clisé de contemplar a aquella otra parte de la ciudadanía como un elemento puesto allí por la naturaleza para facilitar el buen funcionamiento de las cosas.

Ni siquiera había una forma oficial o consensuada para designarlos: *moro* era el término usual que, al saberse peyorativo, se procuraba hurtar

del léxico común; luego, cuando la inminencia de su regularización volvió acuciante el asunto, se recurrió a denominar a los sectores de población por algo tan inconstitucional como son sus creencias religiosas, con lo que quedó instituido que los vecinos serían denominados como *cristianos, judíos*, *musulmanes* e *hindúes*.

Pero los *moros* —el término subsiste a pesar de todo— eran cada vez más; las familias crecían, las escuelas se llenaban de ellos y, aunque vivían en barrios alejados del *triángulo de oro* del centro melillense, no era posible escamotear su presencia en aras de la imagen *genuinamente* europea de la ciudad africana.

Los nacidos ya dentro de los límites españoles ni siquiera tenían una documentación que les sirviera para el trámite más nimio; y se recurrió a crear una cédula, un cartón de regular tamaño al que se puso por nombre *tarjeta de estadística* y que, al menos de momento, sirvió para cobijar la desnudez identificativa de quienes ya llevaban viviendo décadas en España, sin constar oficialmente más que en las nóminas semanales de las peonadas donde eran contratados.

A mediados de los años ochenta, la situación se convirtió en insostenible. Con una población de sesenta mil almas, la ciudad aparecía claramente dividida en dos sectores que daban forma a una dicotomía del dislate. Social, cultural y étnicamente distintos, los habitantes de origen marroquí —pero ya con una raigambre cierta de, al menos, dos generaciones— habían aumentado su número hasta el punto de significar, como poco y a pesar de la ausencia de estadísticas, la tercera parte de la ciudad. Aún más, si, durante las décadas anteriores, estos representantes del vecino reino habían permanecido bien acotados en los sectores económicos más bajos, ahora, traspuesta la línea de mediados de la década, un número significativo de ellos habían saltado las barreras y tomado posesión de un nivel superior, bien a consecuencia de la prosperidad de su negocio, bien de sus aciertos empresariales o de haber escalado puestos a costa de acabar los estudios de grado medio e, incluso, haber accedido a la Universidad.

La línea que separaba los sectores antes bien delimitados empezaba a resquebrajarse y, con el ascenso en la escala social y el suficiente nivel cultural para contemplar con nitidez el desequilibrio, llegó la reivindicación.

Tras sonados disturbios y manifestaciones de todo tipo, las aguas se calmaron, ya iniciado 1987, y el melillense *de toda la vida*, cristiano, de tez clara y lejano —aunque no demasiado— origen europeo, comenzó a acostumbrarse a compartir las mismas áreas ciudadanas con aquellos otros convecinos, hasta entonces sectorizados y confinados tras los límites de siempre.

El Protectorado, a treinta años de fenecido, se cobraba una última victoria al poner en contacto íntimo, de nuevo, a las dos culturas, solo que en un solar distinto, más restringido físicamente, pero dentro del sistema político español y —lo que era mejor— a un paso de convertirse, a pesar de su ubicación africana, en una parcela más de la Unión Europea.

Y, en mi novela, a los protagonistas les toca contemplar, apenas sin entenderlo del todo, el fenómeno por el que dos mundos distintos acababan confundiéndose en uno solo. El protagonista, un médico de mediana edad y origen español, se hace a sí mismo preguntas sinceras para las que apenas si tiene respuestas. Producto neto de unas décadas en las que Melilla y el Protectorado eran algo apenas separado por una línea en el mapa, pasa revista a su vida después de que, poco a poco, la frontera entre España y Marruecos se va haciendo más sólida, más evidente. Dueño de una casa playera donde pasa los fines de semana, en la costa marroquí, comparte veladas con sus vecinos melillenses musulmanes e incluso una de sus hijas mantiene una relación amorosa con uno de aquellos a los que, cinco años antes, se le hubiera catalogado como un *moro* vulgar y corriente, salvo que, ahora, es el hijo de un importante y adinerado comerciante, y ha compartido con su hija incluso la etapa escolar.

Por otra parte, Jádir, la otra mirada, es un pobre marroquí disminuido física y mentalmente que se gana unas perras ayudando a los excursionistas a montar sus tiendas de campaña o acarreando agua desde los pozos lejanos. Flotando entre dos mundos de los que apenas comprende nada, nos presta su punto de vista aséptico, anodino y, por tanto, incontaminado de la realidad que viven los demás.

Y, a fuer de ser sincero, he de confesar que Jádir existe o, al menos, existía cuando yo escribí la novela. Se llamaba Chadly, y los residentes en la playa marroquí de Charranes, cercana a Melilla, se referían a él como Charly, en un alarde de la facilidad hispana para obviar sonidos consonantes extraños. En mi libro, el personaje se llama Jádir, y los demás se refieren a él como Harry. Era —a lo mejor todavía es— un pobre hombre de edad indefinida, físico nada agraciado y un permanente rictus facial que le mantenía un ojo semicerrado, lo cual solía acaparar la atención del observador, de manera que la cojera que arrastraba arriba y abajo de la playa, mientras efectuaba sus tareas, llegaba a pasar desapercibida.

Fue observando la forma de observar de Chadly como me aventuré a relatar las vivencias inventadas para Jádir, pues, como cualquier otro, nuestro permanente y barato auxiliar para cualquier tarea tenía una historia que, conforme fui conociendo, me fue cautivando más y más, hasta el pun-

to de que me vi impelido a poner en el papel la imagen de nuestras vidas a la luz de sus deducciones, casi siempre cargadas de una lógica aplastante.

Pero, dada la merma de su intelecto y su nula formación en lo referente a cualquier detalle relacionado con la cultura, nunca pude explicarle el beneficio que, para un escritor, supone la existencia de un personaje como él.

Un tiempo después de la publicación de la novela, lo vi rellenando socavones en la pista de tierra que descendía por los acantilados hacia la playa; detuve el auto, lo saludé como siempre y, al acercarse, le pasé un billete de diez dírhams como propina, que, para él, era algo desmesurado, habida cuenta de los magros estipendios que solía recibir.

No lo vi más, pero creo que, de alguna manera, le pude hacer patente mi agradecimiento por sugerirme el sesgo principal del argumento de la novela que, si no lleva su nombre por respeto a él mismo, relata los detalles de su vida dignos de ser conocidos.

5. *Como las luces de Janucá*

Fue más o menos en esa época en la que, de un modo ciertamente sorpresivo para mí o, a lo mejor, a causa de explotar el otro ángulo posible prestado por *Jádir*, comencé a hacerme preguntas que iban mucho más allá del ámbito generador de la materia digna de ser escrita y relatada. La guerra, las sucesivas campañas siempre eran un filón apenas explotado en el que sustentar un argumento más o menos ocurrente; pero, si echaba la mirada algo más atrás, a los años previos a la irrupción de Marruecos en la escena de los estados modernos, intuía un vacío aterrador que, obligadamente, me sentía deseoso de rellenar.

No era difícil, o sí, depende del nivel de profundidad necesario; pero, conforme me iba especializando en el siglo XX, echaba más en falta una base anterior en la que sustentar las historias que, casi siempre, obligaban a diseñar una saga de antepasados que justificara el presente.

Fue, precisamente, entonces cuando una persona muy querida por mí me planteó el requerimiento de escribir sobre la comunidad israelita de Melilla, que, en 2004, iba a celebrar el centenario de su creación. Se trataba de Jacob Wahnón Abitbol quien, a la sazón, ostentaba el cargo de presidente de dicha comunidad. Era un reto apetecible, un asunto interesante y, además de nuestra amistad, que se remontaba a la época escolar, me empujaba a ello un punto de agradecimiento al gesto de ser el elegido para aquella tarea.

Estimé seis meses de investigación y recopilación de documentación, y en ese acuerdo nos basamos; pero, al cabo de seis u ocho semanas, me di

cuenta de que, para escribir sobre los judíos melillenses, necesitaba remontarme mucho más atrás de los cien años que se celebrarían en breve. Y estuvimos de acuerdo, ambos, en que despreciar la oportunidad de completar una obra de esas características sería hacer un mal servicio a la historia, a la ciudad y a la propia comunidad hebrea, tan responsable en el desarrollo comercial de Melilla.

Tardé dos años en dar forma al libro y tuve que armarme de un blindaje capaz de soportar los envites de la sorpresa cada vez que, al descubrir un dato, o una serie de ellos, de capital importancia, corroboraba con historiadores de prestigio que, *aquello* era algo consensuado, aquilatado y ya viejo, pero que permanecía totalmente velado para el común de los lectores interesados en esa parte de la historia.

Fui así descubriendo etapas cruciales en el devenir del norte de África, desde antes de la dominación romana, durante la hegemonía latina después, bajo la ola verde del Islam más tarde y en el tira y afloja entre las ansias imperiales de Al-Ándalus o los almohades. Todo ese ir y venir del tren de la historia pasó ante mis ojos y, si bien la función del libro era relatar el devenir de los judíos en el norte de África y, por ende, en Melilla, el conjunto no deja de ser una base estable para entender la situación reinante en Marruecos que acabó por dar paso, casi ineludiblemente, a la formación de los protectorados durante el siglo XX.

A un mes de su publicación, mientras se efectuaban las correcciones, aún no tenía título para el libro; pero, como a la hora de distribuir el contenido quedó fraccionado el total en ocho partes, más un epílogo, me sugirió inmediatamente las ocho luminarias de la fiesta judía de Janucá, cuyo candelabro, o *janukía*, tiene además de las ocho luces, otra pequeña luminaria, llamada *shammash*, que sirve para ir encendiendo las otras a lo largo de los ocho días de fiesta. Y de esta forma quedó, *Como las luces de Janucá*.

Se editó, como estaba previsto, en 2003, coincidiendo con el centenario del inicio de la migración masiva de hebreos de Marruecos en busca de la seguridad de las fronteras españolas, que culminó, en 1094, con el aporte de un millar de familias de religión judía a la ya establecida comunidad de judíos sefardíes, que llevaba afincada en Melilla desde poco después de mediado el siglo anterior.

6. Bereshit

Fue la consecuencia lógica, atendiendo a mi necesidad de utilizar un personaje a través del cual se pudiera ingresar en la época previa a la formación de la ciudad moderna.

En 1893, el Protectorado era un sueño, una entelequia en muy pocas mentes que buscaban la forma de establecer una influencia sólida en aquellas tierras, tan bien situadas en la embocadura del Mediterráneo y, a la vez, abiertas a las grandes magnitudes del Atlántico.

Bereshit cuenta los compases previos que se interpretaron, como un ensayo, de cara a la intervención europea en Marruecos. Melilla —y Ceuta— no era más que una fortaleza española varada desde hacía cuatro siglos en el litoral marroquí y, aunque ya existía un Tratado de Límites (1860) que otorgaba a España la plena soberanía de un territorio de 12,3 kilómetros cuadrados, la intención española no pasaba de mantener aquellas parcelas como colchón de separación entre la guarnición de la ciudad y los habitantes de los alrededores.

A través del personaje protagonista, la novela presenta tres etapas en la vida de una mujer, nacida en la fortaleza, quien, después de desenvolverse en el ambiente opresivo de la sociedad española y católica, se ve impelida a abandonar su hogar y buscar refugio en un poblado cercano, habitado por indígenas musulmanes, para acabar trasladándose o otra aldea costera, esta vez habitada por indígenas de religión judía.

Tres vidas, tres ambientes y tres formas de enfocar los acontecimientos que rodeaban a los habitantes de aquellas tierras que, poco más de una década después, iban a convertirse en los protectorados francés y español.

El título, *Bereshit*, lo elegí por ser la primera palabra de la Torá, del Antiguo Testamento, que significa, precisamente, *en el principio*, lo cual era lo adecuado para acabar relatando las vicisitudes de los hebreos marroquíes que, entre 1860 y 1904, fueron emigrando hacia el interior de las fronteras españolas y acabaron impregnando a la ciudad con el carácter comercial que después sería una de sus señas de identidad, es decir, estableciendo los principios de lo que después sería la ciudad moderna.

7. La virtud del Diablo

Libro 1º: *Nubes de levante, brisa de poniente*

Pero no hubiera estado bien descrito, por mi parte, el escalón histórico anterior al asunto que nos ocupa si, en las postrimerías de 2008, no hubiera surgido la idea de conmemorar de alguna forma el centenario de 1909, punto de partida de lo que se considera la apertura final de las ansias españolas, que empiezan a derramarse en África hasta culminar en el refrendo oficialista de la firma del Tratado de Algeciras.

Quiso el destino y, bien mirado, también la fortuna, que el entonces máximo representante de la autoridad militar local, el general César Muro Benayas, nos convocara a una nutrida reunión en la que nos instó a no dejar pasar de largo la fecha. Era otoño, y 2009 se perfilaba ya como un magnífico jalón en el que poder hacer un resumen de la centuria transcurrida desde aquellas fechas tan señaladas.

Hubo iniciativas de todo tipo, y yo, que, no tan casualmente, andaba con los primeros capítulos de un libro sin título aún, quise participar con mi homenaje particular a quienes, ya en marcha la Conferencia de Algeciras desde tres años antes, supieron mantener la dirección de los acontecimientos y consiguieron quemar etapas que, de otro modo, hubiera sido necesario recorrer luego que, en 1912, quedaran fijados los papeles que Francia y España deberían interpretar en el gran teatro marroquí.

Pude así sumergirme, con verdadero placer y delectación, en los detalles que, por suerte, están bien documentados, para poder referirme a aquel periodo en que, ni fortaleza ni ciudad, Melilla ya intuía que, muy poco tiempo después, se iba a convertir en el corazón y el cerebro de todo un fenómeno de europeización aplicado al territorio inmediato.

A mi disposición existía todo un muestrario de figuras capaces de convertirse en protagonistas o personajes destacados de una historia que yo quería que estuviese impregnada del romanticismo literario propio de la época y de la ubicación.

Elegí a un chico, un muchacho de diecinueve años, Santiago, hijo de uno de los ingenieros de la compañía minera alemana Müller & Co., para que el lector asistiera a las convulsiones previas de lo que, después, se convirtió en toda una guerra que alteró, y mucho, el tranquilo y triste discurrir de la vida de los españoles. Luego, la aparición de otro personaje, Flora Marquiegui, esposa del ingeniero-jefe, quien toma a su cargo la formación del muchacho, abrió la espita del romanticismo y, también, del submundo de intereses políticos internacionales que, ya en esas fechas, merodeaba en el entorno buscando obtener la parte más beneficiosa del pastel marroquí.

Francia, Gran Bretaña, Alemania y, un tanto forzada, España, empezaban a disponer las piezas sobre el tablero existente, y de un modo bastante más descarado que en la zona occidental del futuro —inminente— Protectorado.

El descubrimiento de un rico yacimiento de hierro en la cuenca minera de Uixan disparó las apetencias hispanas, y nace la Compañía Española de Minas del Rif (CEMR), empresa en la que se fundamentan los proyectos de crecimiento y dinamización económica de toda la zona, hasta entonces sumergida en un atraso sin parangón.

Francia, por su parte, acechando desde las cercanas fronteras de su territorio argelino, trata de compartir el filón, pero se queda corta, en principio, debiendo contentarse con una modesta mena de mineral de plomo, a pesar de que sus prospecciones fueron realizadas en el mismo entorno que las españolas. Nace así la CNA, la Compañía del Norte Africano, disfrazada de capital hispanizado, y con presidente y accionistas a medias españoles y franceses, toda vez que, ya estaba claro, el territorio donde están enclavadas las minas iba a estar, inminentemente, bajo administración española.

Y resulta curioso observar este *impasse* de 1909, por cuanto, a pesar de que la Historia fija los inicios del Protectorado tres años después, se vivía de facto una situación en la que estaba más que claro cuál iba a ser ese futuro todavía sin rubricar en las sucesivas reuniones de Algeciras.

Alemania, a pesar de todos los intentos por mantenerla a distancia del Magreb, no se resigna a perderse el festín; pero, ante la persistente mirada del ojo británico, que desde Gibraltar controla el ámbito mediterráneo occidental, y la cachazuda postura francesa, que considera suyo todo lo comprendido entre Túnez y Senegal, debe contentarse con efectuar acto de presencia vestida con un atuendo civil; y es en el extremo de Tres Forcas donde la compañía germana Müller & Co. obtiene licencias de explotación y donde se instala la mina que, aprovechando el calado de las rocosas costas, va a extraer el hierro para depositarlo directamente en los grandes barcos mineraleros.

Nunca se sabrá del todo y con claridad qué papel desempeñaron los intereses de cada cual cuando, en el verano de 1909, comienzan los ataques indígenas al tendido de ferrocarril, tanto de la CEMR española como de la CNA francesa. Es posible pensar que unos pagaran para quedar a salvo, determinando el ataque hacia los competidores, y viceversa; pudiera ser, incluso, que fuese la tercera en discordia, Alemania, la que hiciese esfuerzos para que los cabileños hostilizaran las más avanzadas obras de las otras dos compañías. Y también es posible, cómo no, que todo sucediera por esa imprevisible regla que parece regir los destinos humanos y que, en el norte de África, deviene en enfrentamientos armados cada verano, cuando, acabada la cosecha, el guerrero queda ocioso para intervenir y ajustar cuentas de modo violento entre clanes vecinos o tribus limítrofes.

Y quiso el albur de la Historia que, aquella vez, la presencia de elementos extraños —que además horadaban la montaña para llevarse lo que *Allah* había puesto en ella— mantuviera encendida la mecha del conflicto, que comenzó el 27 de julio con el ataque y asesinato de tres obreros de la CEMR y la consiguiente respuesta militar española.

Fue la primera salida en fuerza de la guarnición de Melilla, y el calzado militar español ya no dejaría de pisar el suelo marroquí hasta que, en 1956, comenzara la lenta retirada que culminó bien entrados los años sesenta.

8. *La virtud del Diablo*

Libro 2º: *Para Bellum*

Prevista su publicación para la primavera de 2013, *Para Bellum* es el lógico devenir de una historia que, aunque comienza en 1909, se retoma en junio de 1936 cuando aquel muchacho de diecinueve años, ahora exitoso corresponsal de cuarentaiséis, retorna a Melilla para asistir al sepelio de su madre, reencontrándose con un pasado macerado por el largo desarrollo de un Protectorado que, un mes después, se convierte en la olla a presión que acaba por cocinar una guerra que, hasta hoy día, sigue incidiendo en el consciente y el subconsciente colectivo de los españoles.

La guerra civil puede tener múltiples puntos de vista, numerosísimos enfoques desde los cuales atisbar aquellos tres años de contienda, pero lo que es determinante para todos es que la rebelión —cívico-militar, no lo olvidemos— se inicia con más soltura al contar uno de los bandos con la plataforma del Protectorado, sin el cual la intentona originada en la España peninsular no hubiese quedado más que en otro de los tradicionales *pronunciamientos* de los que la Historia de España está repleta.

Y no solo eso, sino que la materia más importante en el desarrollo de la guerra, los hombres, procedía también de allende el Mediterráneo; no ya la carne de cañón marroquí alistada en los Regulares, sino que los comandantes y tenientes coroneles que avanzaban hacia Madrid eran los tenientes y capitanes que habían luchado en el Rif, en una guerra que había acabado en victoria hacía apenas nueve años.

Retaguardia segura, el Protectorado fue, durante toda la contienda, la plataforma ideal que siguió procurando víveres, elemento humano e infraestructura, siempre a resguardo de cualquier acción del gobierno puesto contra las cuerdas y privado —por inconcebible decisión propia— de elementos eficaces con los que neutralizar la amenaza militar norteafricana.

9. *La tumba del guerrero*

La contienda civil española dio al Protectorado el marchamo de *patriota* para la clase dominante de posguerra; sus habitantes, fuesen marroquíes indígenas o españoles residentes, pudieron alardear de ser un poco los nue-

vos asturianos irreductibles que habían iniciado una reconquista a la inversa para librar a España del odiado enemigo *rojo*. La cantidad de sangre vertida, especialmente por los integrantes de las columnas de tropas Regulares, y el decidido apoyo de la sociedad en general habían supuesto una base sólida sobre la que cimentar una retaguardia segura y a prueba de reveses.

Aún más, si los miembros de la administración española en el Protectorado se comportaron en gran parte a favor del *Movimiento*, si los indígenas musulmanes se alistaron en masa para *devolver* a los españoles su condición de creyentes ante las *ateas hordas comunistas*, los marroquíes de religión judía que pudieron permitírselo se distinguieron por sus aportaciones económicas destinadas a conseguir los suministros que necesitaban los *nacionales*, tal y como los jerarcas de la Alemania nazi bautizaron a quienes, en principio, solo se les conocía como *rebeldes* sin más.

Esta circunstancia originó, incluso, una particularidad semántica en la que casi inconscientemente hemos estado sumergidos los educados en aquella época. Porque la propaganda del régimen se encontraba ante un dilema a la hora de designar a los judíos que tanto habían colaborado en su consolidación cuando, por otra parte, una de las muletillas políticas más en boga era acusar al complot judeo-masónico de todos los males que amenazaban a España.

Resultó así que, a medias inconscientemente o tal vez obedeciendo a una estrategia diseñada en el palacio de *El Pardo* que apenas si se ha tenido en cuenta, los judíos siguieron siendo los socios del mal que acechaba, en tanto que, para referirse a aquellos otros que tanto habían procurado el bien de la España en vigor, se empezó a utilizar la palabra *hebreos*.

Por supuesto, cualquier habitante del Protectorado incorporaba esta regla sin plantearse el porqué. Cualquier malnacido podía ser tachado de *perro judío*, y una *judiada* siguió sirviendo para describir una mala acción que no tenía peor calificativo. Pero a nadie se oyó nunca pronunciar la palabra *hebreada*, y, mucho menos, utilizar *perro hebreo* para denigrar a alguien.

Y el que esto escribe recuerda su desconcierto preadolescente cuando, a las hazañas del heroico pueblo judío en la Historia Sagrada, se superponía la propaganda todavía en vigor de los años cincuenta, que gustaba representar al judío usurero, taimado y traidor de que está dotada nuestra literatura. Pero el enigma se agrandaba cuando, al convivir con nuestros vecinos y amigos hebreos, acabábamos por darnos cuenta de que, en esencia, en origen, eran aquellos denostados judíos de tan mala prensa.

Tuvieron que pasar los años sesenta para que, personalmente, tratara de saciar mi curiosidad al preguntar directamente a uno de mis íntimos

amigos de aquella religión el porqué de las diferencias a la hora de referirnos a ellos.

Fue así como empecé a entender que, aunque sinónimos, podían establecerse diferencias entre los conceptos de judío, hebreo, israelita y, por supuesto, israelí. Y en ese estadio de mis pesquisas pude darme por satisfecho, sin caer en la cuenta de que tuvo que morir del todo el universo del Protectorado para que, transcurriendo ya por los años setenta, los propios hebreos españoles perdieran del todo su repugnancia a denominarse a sí mismos como judíos.

Sin embargo, el calendario tuvo que cambiar de siglo para que las circunstancias —ese eufemismo que usamos para evitar dar al azar la importancia que se le debe— me empujaran a desempeñar un quehacer profesional ciertamente especial, al tener que encargarme de revisar una serie de archivos para desclasificar todo aquello que hubiese cumplido más de cincuenta años, en aplicación de la Ley 16/85 de Archivos y Bibliotecas del Estado y el Real Decreto 2598/1998 que aprueba al Reglamento de Archivos Militares.

Me vi así inmerso en un proceso que, conforme leía los viejos escritos recubiertos de polvo y me aplicaba a la delicada tarea de extraer grapas oxidadas sin dañar el documento, se iba haciendo más y más revelador. Toda la Segunda Guerra Mundial pasó por mis manos en forma de acciones de espionaje de uno y otro bando, movimientos de buques implicados en el esfuerzo bélico —las minas de Uixan estuvieron proporcionando mineral de hierro tanto al Eje como a los Aliados durante casi toda la guerra— y las actividades casi siempre inconfesables de los viceconsulados europeos que radicaban en Tetuán, Melilla y, sobre todo, Tánger, incorporada esta última a la administración española de Marruecos en cuanto el conflicto mundial se inició.

Pero, si resultaba cautivador asomarse, a través de la ventana de documentos oficiales, a la maraña documental generada por el mayor síncope bélico que ha sufrido nuestra sociedad actual, no menos sorprendente resultó llegar, al final de mis pesquisas, a la época del fin del Protectorado. Justo ahí estaba la raya que dividía lo desclasificable de lo que, en el año en que yo desarrollé mi trabajo, debía permanecer bajo la protección del *secreto* documental. Y fue en las inmediaciones de esa línea contundente donde me di de manos a boca con la dilatada operación orquestada en Marruecos para procurar la salida ilegal de los judíos que no deseaban retornar, tras la firma de la independencia, a un estatus anterior que abrigaba indicios de torva revancha.

Mi trabajo archivístico acabó, pero aquellos viejos papeles sirvieron para que prendiera en mí la hoguera del interés desmedido por algo que había permanecido oculto a los estudiosos y eruditos o, al menos, que permanecía inédito, salvo algún suceso relacionado que, brotando por medio de noticias de prensa, había sido rápidamente silenciado o bien, al no poder establecerse una relación directa con la realidad, olvidado prontamente.

Todo había comenzado poco antes de 1956, cuando la situación en el Protectorado francés se convirtió en inestable a consecuencia de las actividades terroristas marroquíes, pero la operación salida no adquirió carta de naturaleza hasta después de que, una vez independiente, el Gobierno marroquí emitiera una serie de decretos y normas que impedían a los judíos hacer realidad su sueño de comenzar otra vida fuera de las fronteras del Magreb.

Y es en esta ambientación en la que discurre el argumento de *La tumba del guerrero*, en la que ficción y realidad se mezclan para contar la historia de cómo funcionaba aquel sistema, diseñado en Tel Aviv, organizado por una red de agentes y que contaba con lo que, en España, llamamos *vista gorda* por parte de las autoridades, que no ponían impedimento alguno para que los grupos de hebreos marroquíes traspusieran las fronteras de Ceuta y de Melilla de forma clandestina —desprovistos de documentación legal y, en muchos casos, hasta de las prendas de ropa imprescindibles—, se equiparan convenientemente en pisos francos y alcanzaran la Península Ibérica, vía marítima, para llegar a Gibraltar por tierra, donde les resultaba sencillo abordar un barco que los llevara a Israel u otra ciudad cualquiera de Europa o América.

El empuje de esa llama interior me llevó a indagar más y más, hasta el punto de llegar a conocer personalmente a uno de los artífices de aquella vasta *aliyá* que, para mi sorpresa, abarcó desde 1956 hasta principios de los años sesenta, consiguiendo evacuar, a través de Melilla, una media de millar y medio de personas por año, hasta completar una asombrosa cifra que superaba los siete mil expatriados, muchos de los cuales guardan aún en su memoria, de forma indeleble, aquella peripecia, los malabarismos necesarios para salir de forma oculta de tu propio domicilio, viajar en la oscuridad sobre medios variopintos y alcanzar la seguridad de las fronteras españolas como primer paso hacia la libertad absoluta. Y ha sido esa memoria atesorada por sus protagonistas y sus descendientes, más el propio caudal familiar de experiencias en el transporte por carretera durante aquellos años, lo que me ha permitido recrear una odisea que, solo recientemente, ha comenzado a difundirse en nuestro ámbito cultural.

10. *La cuarta mezquita*

Pero el Protectorado siguió dando de sí, hasta el punto de que, en una novela de corte policíaco, ambientada en el Marruecos actual, la protagonista debe unir su destino a un personaje que, aunque yo no había diseñado más que vagamente, acabó por convertirse en una figura rara y, por supuesto, impensable para alguien como Gabriela Urquiola, una española de mediana edad y cierto nivel cultural que, sin embargo, ignora todo de aquel mundo hispano-marroquí que produjo compatriotas para quienes ya no existe la escuela donde aprendieron a leer ni la localidad en la que nacieron. Adrián Monsilla es un sesentón nacido a las puertas del Rif, su padre se había pasado la vida trabajando de capataz en una hacienda y su abuelo había llegado, después de mil peripecias de juventud, a aquel Protectorado que prometía tanto.

Ela Urquiola, tras un percance que la deja inerme, indocumentada y herida en medio del Atlas Medio marroquí, se encuentra así con un individuo cuya identidad despierta recelos al medirla por sus propios conceptos del pasado; pero está en sus manos y, en su huida de una red de delincuentes y a la vez de la propia Policía marroquí —que la considera sospechosa del asesinato de dos personas—, va conociendo el presente de su protector y, poco a poco, ve aparecer los flecos de un pasado radicalmente distinto a lo que ella conoce y va a obligarla a cambiar sus criterios hasta ahora considerados como inamovibles.

Monsilla es un superviviente, un relicto de aquella época ya muerta; viudo desde hace mucho de una marroquí, ha visto en cambio cómo sus hijos encarnaban el mestizaje que, de haberse prolongado la situación político-administrativa, podría haber llegado a ser una generalidad dentro de la sociedad hispano-marroquí.

Pero la brusca explosión de la burbuja, en 1956, dejó escapar el contenido del preparado étnico-cultural que se había puesto a madurar, convirtiendo a Adrián en un extranjero en su propia tierra —jamás se avino a viajar a España, a la que consideraba un lugar ajeno a él—, y a sus hijos en el producto de un maridaje extraño que combinó —mal— características que, de otro modo, hubieran constituido un rico y variado caudal de identidad.

11. *Cita en el aire*

Escrita aún antes que *Prisioneros en el Rif*, esta novela estuvo guardando un reposo obligado durante largos años, hasta que, después de una aparición más que discreta en *El Telegrama de Melilla*, allá por 1995, encontró por fin su verdadera vocación cuando se publicó, también por entregas, en

la revista *El Caminante*, una edición mensual del Regimiento Mixto de Artillería nº 32; pero, con la salvedad de que esta es una publicación virtual que se remite a todos los subscriptores con puntualidad —evidentemente— militar.

En ella quise forzar al máximo la situación que se vivió en el Protectorado durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, mostrando a una administración española dolida por los años de posguerra e invadida por una corrupción que, más que enriquecer al que la ejercía, le procuraba lo imprescindible para poder sobrevivir.

El contrabando procedente de la zona francesa, que se conocía por el viejo nombre de *estraperlo*, fue la base del argumento a través del cual pude recrear una época en la que, a pesar de los avances en todos los aspectos que España iba introduciendo en el territorio asignado en Algeciras —en evidente detrimento del desarrollo del resto de la nación—, no resistía una ligera comparación con lo abultado de las carencias existentes. El aislamiento del resto de lo que ya se comenzaba a llamar Occidente determinó una falta total de recursos tecnológicos que, en muchos casos, solo se podían suplir por el celo con que se afrontaban los problemas.

Un piloto español idealista y una muchacha marroquí de elevada estirpe, un piloto norteamericano en paro tras la contienda y la hija de un acaudalado hombre de negocios francés afincado en Argelia; dos historias de amor que se van entrelazando mientras una falsa compañía postal francesa introduce en el Protectorado español todo de cuanto se carece.

Un homenaje a los sin patria que buscaban prosperar en el África a punto de ser poscolonial y el reconocimiento a los que, incapaces de ver la realidad que los rodea, siguieron persiguiendo la entelequia de una autarquía que solo existía en los deseos del régimen.

Conclusión

Once libros no son nada: unas cinco mil páginas de papel, veinte megabytes en soporte electrónico; pero, además del posible beneficio para los lectores, con todos ellos me he podido construir un puente, mi propio puente sólido y real por el que ha transcurrido mi vida desde aquel lejano 1955 en que, según me cuentan, nací en la localidad de Villa Nador.

Haber vivido en el Protectorado me ha proporcionado un inmenso caudal de vivencias y un sello indeleble en mi origen, qué duda cabe; pero han sido mis libros, las historias que he podido recrear a través de ellos, los que

dan forma a mi consciente actual de ser, sobre todas las cosas, uno de esos miles de hijos que produjo el Protectorado de España en Marruecos.

Uno de los últimos.

Bibliografía

Gil Ruiz, S.: *Prisioneros en el Rif*, Melilla: Asociación de Estudios Melillenses, 1989.

— *El cañón del Gurugú*, Melilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 1991; Rusadir media, 2005.

— *La tierra entregada*, Melilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 1992.

— *Jádir*, Melilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 1994.

— *Cita en el aire*, Melilla: El Telegrama de Melilla, 1996; El Caminante, 2010.

— *Como las luces de Janucá*, Melilla: Comunidad Israelita de Melilla, 2003.

— *Bereshit*, Melilla: Fundación Gaselec, 2004.

— *Nubes de levante, brisa de poniente*, Madrid: De Librum tremens, 2009; 2010; Goodbooks, 2013.

— *La tumba del guerrero*, Madrid: Hebraica Ediciones, 2010.

— *La cuarta Mezquita*, Madrid: De librum tremens, 2010.

— *Para Bellum*, Madrid: Goodbooks, 2013, en prensa.

Protectorado español en Marruecos: antes de olvidar

Said Jedidi

4 de octubre de 1947 / 7 de abril de 1956: 9 años. Pocos para poder reflexionar de manera coherente sobre el curso de los acontecimientos pero más que suficientes para gravar y almacenar imágenes y escenas de aquellos últimos años de aquel frívolo Protectorado, abierto, según los abstractos y nunca terminados comentarios de las familias tetuaníes en voz baja, casi murmurando, a todas las audacias. Imágenes y escenas, embrión de lo que iba a ser mi opción literaria e inagotable fuente y caudal de la inspiración para mi modesta creatividad literaria. Indicios del fin de una época que se conocía por haberla vivido y el comienzo de una nueva que se ignoraba y se temía porque, como todo misterio u opacidad, suele ser incierta… Reacciones de una intensidad difícil de definir, que, como diría Jean Monnet: "nada es posible sin los hombres, nada es duradero sin las instituciones".

En efecto, fueron justamente las incidencias de los hombres y la complejidad de las instituciones de aquella época (para un menor como lo era yo) las que forjaron irreversiblemente la trayectoria intelectual de muchos tetuaníes de aquella generación, para no cambiar nunca ni de rumbo ni de temática; aunque, eso sí, conservando una mezcla centesimal de rencor e indulgencia por el símbolo de una autoridad aborrecida. Se creía que unos

(ellos) "protegían" y establecían las reglas, otros (nosotros), apáticos y sobreexcitados, las acataban y padecían.

Sin embargo, independientemente de mi valoración política o moral de la época, creo que, por haber sido la más impactante en mi futuro desarrollo intelectual, resultó determinante en mis posteriores opciones literarias y, de manera general, en mi manera de expresión cultural. Tanto es así que más de una de mis novelas ha sido catalogada como autobiográfica.

Todo estaba allí... con el menor esfuerzo de recuerdo y de análisis

Hombres, circunstancias, instituciones y modelos de gestión y de administración. Todo un capital que se ha optimizado con vistas a dar lugar a una reflexión serena y atinada en torno a la época, al régimen y a su impacto sobre los que hemos vivido esta época o los que han leído sobre ella.

Más tarde, como muchos otros escritores o artistas de mi generación, me di cuenta de que sería anormal descuidar este caudal de material fácilmente narrable para ir buscando un nuevo y por consiguiente superfluo e incluso incierto esfuerzo de imaginación y de creatividad. Ello era la realidad. Lo demás la ficción. Esto se llamó después "literatura marroquí de expresión española".

No nos costó mucho comprender esta inasequible realidad a través de una pertinente y apasionante lectura de la coyuntura y del contexto que nos proporcionó un sentido de expresividad propio de un pasado vivido pero no extraño a un presente y un futuro nuestro que podía ser complementario para vivir. Una sensación interiorizada que vuelve a surgir, cada vez que decidimos escribir, bajo forma de relatos y expresiones de situaciones vividas.

De este modo, en esta óptica se enmarca el hecho de que *Radio Dersa*, toda una institución local, un auténtico orgullo de la ciudad de Tetuán y del norte de Marruecos, en general, haya inspirado y sigue inspirando a más de un escritor marroquí de expresión española y a muchos profesionales de la radio del norte de Marruecos, enriqueciendo el panorama cultural español en Marruecos, durante el Protectorado e incluso después de la independencia. Su desaparición a finales de los años cincuenta había significado la pérdida de parte del patrimonio informativo-cultural de la ciudad y de la zona norte del país, permaneciendo su recuerdo, no obstante, independientemente de su finalidad política y sus objetivos ideológicos, como una de las mejores estaciones de radio, fresca e inspirativa. Sus auditores y sus espontáneos discípulos se quedaron realmente huérfanos.

También se quedaron faltos muchos de esta época por la desaparición o la "metamorfosis" del hospital psiquiátrico de Sidi Frej y de "Mallorca" en

el monte Dersa como lo recoge uno de los personajes de *Grito primal*: "el Doctor Turrégano curó a medio Tetuán. Cuando estaba él, había muchísimo menos locos que ahora".

"Cuando estaba…." o "Antes…" acaparaban las exclamaciones de muchos amantes de las letras y más exactamente las de Cervantes durante años como expresión de la añoranza de una época a pesar de que, desde el punto de vista de la identidad nacional, no se debía añorar porque, entre otras cosas, caucionar la ocupación sería, peor que un crimen, un error. No obstante, en tanto que base y referencia resultaba inevitablemente indispensable. Para algunos porque no conocían otra, para otros porque era más cómodo, para todos porque era el pasado, una época que ha vivido Marruecos y algunos marroquíes; y el pasado es algo inamovible, inalterable, que se puede discutir o criticar, condenar o apreciar pero nada, absolutamente nada, recomienda olvidar o descuidar.

Imágenes y escenas que, para mí, hacían prescindible todo esfuerzo de imaginación de circunstancias o creación de situaciones e incluso exploración de estructuras e ideas. Todo estaba allí: historias, relatos, personajes, títulos… Todo listo para ser analizado, ordenado y escrito. Con sus realidades, sus estrategias de disimulación, sus pensamientos que seguían un lento curso en sus más ínfimos detalles, el Protectorado español en el norte de Marruecos fue y sigue siendo mi fuente de inspiración predilecta y mi materia de análisis y reflexión preferida.

Se trata de una labor de reciclaje cuando es imperativo y de lealtad hacia la historia para conservar toda la frescura de lo ocurrido y luego contarlo en el marco de una literatura-realidad. De curioso observador durante la infancia pasé a ser un interesado actor de mi entorno y de la prehistoria de la conciencia…, la de mi época. Un pasado que, más que surgir, se fue imponiendo de manera vertiginosa en la que, sin quererlo, me encontré, junto a los recuerdos infantiles, héroe de mis propias historias. Las evidencias de mis recuerdos forjaron una certeza: el campo más fértil para mi creatividad debía situarse entre los últimos años del Protectorado y comienzos de la independencia. La historia estaba allí, lista para ser relatada, por qué buscar en otro lado y de otra manera. Asi lo corrobora mi primera obra literaria, *Grito primal*:

> Por las estrechas callejuelas de su barrio, sólo se veían banderas rojas con una estrella verde en el centro y cuadros del Sultán Mohamed V. La gente parecía segura de sí misma y del futuro… su futuro. Los españoles que vivían en los barrios tradicionales se comportaban como indígenas. Mostraban o por lo menos aparentemente la misma alegría, la misma adhesión al advenimiento y el mismo entusiasmo por cerrar aquél paréntesis y construir una vida nueva.

Testimonios oculares que surgen nítidamente de la infancia como paradigma de una observación lúcida como lo ilustra el mismo *Grito primal*:

> Bien dicho, Si Abdeslam. Seamos indulgentes. Seamos pacientes. No nos enfademos con el presente. No insultemos al futuro. Los tuyos son también los míos. Los conozco. Son nobles y leales. Pero aquí, en esta ciudad, difícilmente nos podemos enfadar con los vecinos del norte.

Alusiones demasiado transparentes para una curiosidad infatigable

De esta forma, mis tres primeras obras literarias, *Grito primal*, *Autodeterminación de invernadero* y *Precintado* e incluso muchos capítulos bajo forma de *flash-back* de *Yamna o memoria íntima* o *11-M: Madrid 1425,* obedecen a aquel interminable episodio, aún relativamente virgen en cuanto a análisis literario objetivo con el lema: "El que no duda no sabe cosa alguna". Es decir: escribir basándose en los propios recuerdos y reminiscencias por más confusos que fueran y no limitarse a las experiencias ni de propios ni de extraños. Se trata de despejar las incógnitas de episodios de mis primeros pasos en la vida y de sacar las conclusiones pertinentes de lo que comenzaba a ser, para mí, más claro y más transparente.

Dicho con otras palabras: forjar una identidad literaria propia, basada en hechos, realidades, recuerdos y circunstantes vividos y no imaginados o creados para fines noveleros o novelescos. De tal modo que la mayoría de los nombres, circunstancias y acontecimientos en mis novelas son —coma más, punto menos— fruto exclusivamente de la realidad incrustada en mis recuerdos infantiles, siendo el objetivo principal, una simple configuración y una adaptación a los imperativos del texto y de la coyuntura socio-religiosa como es el caso de la historia de amor en *Grito primal* entre la hermana Marta, una monja, y un docto musulmán, Hadj Ahmed ben Ali, en una iglesia de Río Martín o Martil.

Martín o Martil de los años cincuenta fue el escenario que anunciaba la agonía de un sistema político y geopolítico en sus últimos días otoñales. El Protectorado preparaba maletas y esto se dejaba ver y prever en la marroquinización del personal de *La Valenciana*, autobús entre Tetuán y el balneario mediterráneo, y la paulatina deserción de la colonia española de dicho balneario, antaño ama y señora de las mejores y las más coquetas casetas al borde del mar.

Martín o Martil, precisamente escenario de *Grito primal*, se resistía desesperadamente al irreversible cambio, mientras que Tetúan, la capital, seguía luciendo su estatuto desde 1912.

La Plaza de España para el Protectorado, *Feddan* para la memoria colectiva autóctona, desde donde señoreaba la inconfundible iglesia Nuestra Señora de las Victorias, majestuosamente construida, a pesar de una austera arquitectura colonial e incluso peninsular, constituía en esta óptica una ilustración fiel y elocuente: el alto comisario, el coronel Juan Beigbeder, folclóricamente ceñudo, con su impecable traje y sus zapatos exageradamente brillantes y el jalifa del sultán en el norte de Marruecos, Moulay al Hassan ben el Mehdi, que no escatimaba esfuerzo alguno para sonreír a los súbditos del soberano al que representaba en la zona española, con su chilaba y capa blancas, sus babuchas amarillas y su *chachia* roja, encarnación de la autoridad del *majssen* e ilustración de la perennidad de la pleitesía al trono alauita; y dos categorías de espectadores de aquel dominical concierto: conjunto de la banda jalifiana y el Grupo de Nouba de Regulares de Tetuán N° 1.

Los pequeños tetuaníes, tanto los hijos de protectores como los de los protegidos, consumían alegre y orgullosamente sus caramelos Caparrós, sus galletas Roxi de producción local, y hasta exportadas a las demás ciudades del Protectorado español en Marruecos, y sus helados Hurtado también de producción local.

En el ensanche se seguían repartiendo gratuitamente los prospectos de los filmes en los diferentes cines de la ciudad, entre ellos Cine español y Victoria; en el barrio Málaga y en las cafeterías y bares que proliferaban a lo largo de las principales arterias de la ciudad, la gente devoraba las crónicas deportivas del *Diario de África* o *España de Tánger*, mi primera y trascendental escuela en el periodismo y en mi futura vida profesional, junto a los suplementos del lunes de la prensa del movimiento como *Arriba* o *Ya*.

Difícil de olvidar…, imposible de negar. Evidentemente, las primeras fuentes de aprendizaje suelen ser las que más forjan la personalidad del aprendiz.

El diario recorrido de Jinui, en el casco viejo de Tetuán a Pabellones Varela, había constituido para mí uno de los mayores descubrimientos de mi vida ¿Cómo se vive allí y dónde se vive aquí? Una inagotable fuente de inspiración citada como referencia en la mayoría de mis obras literarias y hasta en algunas crónicas en torno al tema del Protectorado y la independencia de Marruecos.

¡Era... otra cosa!

Un cine hispanohablante. Fútbol español y en español una termología española en todos los dominios y en todas las áreas e instituciones de

la enseñanza primaria y secundaria, algunas de ellas erigidas al rango de instituciones educativas tetuaníes, como Nuestra Señora del Pilar o el Jacinto Benavente, como anticuerpos a aquella indómita y, para muchos, indeseable invasión cultural francesa de los comienzos de la independencia y años posteriores. A todas luces, crecíamos, sin darnos cuenta, en un tejido abonado aparte del árabe, exclusivamente de castellano y sus dimensiones humano-culturales, alérgicos a cualquier otra cultura "foránea". Durante lustros, prácticamente hasta los años setenta, la mayoría de esta generación conocía de memoria los nombres de los suplentes de los extremos del Real Madrid o del Barcelona, pero pocos se acordaban de cómo se llamaban los primeros ministros nacionales.

Más que preferencia por un tipo de colonialismo cultural se trataba de un espontáneo rechazo a la aceptación de otro adicional: el francés que emergió en nuestros estudios y en nuestras vidas.

Más de medio siglo después, el escritor y crítico larachense Sergio Barce lo calificaba atinadamente:

> Como dice siempre nuestro amigo común, el poeta también tetuaní Abderramán el Fathi: "No sé si soy un marroquí en el cuerpo de un español, o un español en el cuerpo de un marroquí". Quizá sea la definición que Said Jedidi podría haber utilizado para resumir ese aspecto de su novela.

Ni tanto ni tan poco, siempre fui un marroquí en el cuerpo de un marroquí decidido a refugiarse en un futuro cultural bilingüe y bifocal, oponiéndose, eso sí, a cualquier tercer intruso impuesto.

Para los que no han vivido aquella interesante época, el Atlético de Tetuán, de Francisco Parra, les recordó minuciosamente lo que era: una ciudad a dos dedos de ser europea pero conservando total y religiosamente sus especificidades religioso-culturales. Lustros después, los tetuaníes seguían recordando con cariño y simpatía a los dentistas hermanos Martines, al fotógrafo Florido, a García Cortés, a Parra, al doctor Duaso y a muchos otros hombres y mujeres que forjaron la envergadura y la dimensión de Tetuán.

Así traté de describirlo en mi *Autodeterminación de invernadero*: "A dos dedos de Europa, incrustado entre dos realidades, dos contrastes y dos anacronismos, erigido en una especie de platillo volante, donde la impotencia de unos contrasta con el desamparo de otros…".

El Protectorado dejó intactos los usos, las costumbres y el modelo de vida de los autóctonos. Si no era suficiente, por lo menos no era deshonroso.

Imágenes que sobrevivieron en el subconsciente. Imágenes que condicionaron la posterior creación y creatividad literarias… Imágenes de las cuales se elaboraron historias y relatos medio ficción, medio reminiscencias

infantiles adaptadas, por un lado, a los imperativos del momento y celosamente cuidadas con vistas a una literatura-realidad, vivida y no total ni parcialmente imaginada.

Con sus escritores, sus poetas y sus universitarios, Tetuán era otra cosa, tuvo/tiene su propio hispanismo. Ciertamente cedió y retrocedió ante tan mortal indiferencia "propia" e insoportable presión "ajena", pero no desapareció nunca, convirtiéndose, de cierto modo, en una auténtica psicosis. De donde, pese al mortal indiferentismo de las autoridades culturales españolas, cincuenta y siete años después de la independencia del país, sigue existiendo, gracias a nadie, una auténtica literatura marroquí de expresión española, objeto de polémicas y de controversias, sin duda, pero literatura específicamente marroquí al fin y literatura propia e independiente al cabo. Francotiradores de las Letras Españolas que, a duras penas, logran editar sus obras, exponiéndose a mil y un peligros de toda índole para difundir a través de medios rudimentarios y muy a menudo con esfuerzos "heroicamente" personales sus frutos literarios. La mayoría de los autores, entre ellos servidor, escribieron/escriben siempre única y exclusivamente en español a pesar de su respetable bagaje literario y lingüístico árabe.

¿Emergencia de un atavismo cultural?

En efecto, si el acuerdo hispano-marroquí del 7 de abril de 1957 ponía fin, políticamente, al Protectorado español de la zona norte de Marruecos, el protectorado cultural o idiosincrático siguió durante más de un lustro: los tetuaníes seguían prefiriendo todas las mañanas el *Diario de África* y los tangerinos *España de Tánger*. De Castillejos hasta Al Kazar Kebir se seguía tratando con la peseta. Las librerías Escolar y Alcaraz agotaban prematuramente todas las ediciones de *El Pueblo* de Emilio Romero, *Informaciones* de Jesús de la Serna y hasta *Arriba* y *Alcázar* que llegaban a Tetuán, procedentes del enclave de Ceuta mucho antes de llegar *Al Alam* o *L'Opinion* —órganos de expresión árabe y francesa, respectivamente del partido nacionalista Al Istiqlal con bastantes lectores afines a la ideología del Istiqlal— o *Al Anbaa*, rotativo oficioso en Rabat. Los suplementos deportivos de los lunes acaparaban todas las atenciones y los norteños vivían con la mirada convergida los domingos hacia el Chamartín o hacia el Camp Nou. Hasta los años setenta, con la nacionalización del sector de prensa en Marruecos y, mucho después, "importándolos" de la vecina Ceuta, los tetuaníes éramos asiduos lectores de los diferentes títulos españoles. Había quienes presumían de sacar malas notas en el francés como una reacción espontánea aunque indi-

recta a la emergencia de otro colonialismo en el norte de Marruecos, más discreto y más sutil: el colonialismo cultural francés. De la incredulidad de un pasado aún fresco se ha pasado al pánico del presente y del futuro. "En Rabat mandan los francófonos y los norteños ni lo somos ni pensamos serlo, seguimos tan insignificantes como durante la época del Protectorado o más…". Comentario de un amigo tetuaní fallecido, célebre en la ciudad de la paloma blanca por su feroz oposición a lo que llamaba "invasión cultural francesa en el norte del país" y cuyo nombre estimamos conveniente omitir.

Más que una dialéctica perversa se trata de una ilusión lírica

Por obvias razones de los imperativos del momento socio-político del país, la mayoría de los que habían descubierto, en un momento u otro, de una u otra forma y en una u otra circunstancia, las Letras Españolas esperaban el milagro o la esperanza de no cesar nunca de seguir lo que eran, conscientes de que, sin apoyo o por lo menos interés de los propios protagonistas que al final brillaron por su ausencia, todos los minutos del mundo serían insuficientes para realizar esta anhelada esperanza.

Sin embargo, Tetuán y el resto de la zona del exprotectorado español en Marruecos hablaban español y siguieron hablando, a trancas y barrancas, el español durante lustros.

Durante el periodo del Protectorado hispano-francés en Marruecos (1912-1956), las publicaciones en español alcanzaron ciento sesenta y dos títulos, incluidos los de Ceuta y Melilla, en un país de menos de cinco millones de habitantes. Los franceses no superaban los dedos de una sola mano y no podía ser de otro modo.

El difunto rey Hassan II solía afirmar que "se puede cambiar todo…, todo menos la geografía".

¿Atavismo?

Cualquier respuesta sería inaudible. O lo que es igual: ni tanto ni tan poco. Los que hemos vivido y… comenzado a aprender bajo el Protectorado español, sin medios y sin apoyos, hemos combatido durante lustros, aunque de manera rudimentaria, a las intrusas cultura y educación francesas en nuestra idiosincrasia. "No se trataba de una desaceleración en la velocidad de adaptación, sino una alternativa que brillaba por su ausencia", subrayó un día el gran y difunto poeta hispanista larachense, Momata.

Ante una total indiferencia de las autoridades españolas para con el futuro de su patrimonio cultural en la zona exespañola de Marruecos, este

"espontáneo" apego al español, a los usos y costumbres españoles no disminuyó durante años. Al término de sus estudios secundarios, los norteños no lo pensaban dos veces. Destino: España. Medicina en Cádiz, Granada y Madrid; ingeniería agrónoma en Valencia; y muchas otras disciplinas en otras ciudades españolas como Zaragoza, Málaga o incluso Barcelona.

Con el advenimiento del fenómeno migratorio los menos favorecidos optaban casi siempre por las afinidades y por la cercanía.

En una entrevista el 14 de enero de 1983, en la que serví de intérprete, el difunto soberano marroquí, Hassan II, le dijo, pesando cada sílaba, al entonces director del diario *El País*, Joaquín Estefanía:

> Nunca suelo trabajar con gente que no habla español. Además. ¿Sabe usted cuantas escuelas españolas había sólo en Tetuán? Se lo diré yo: más de 60 ¿Y ahora? Menos de tres. ¿Quién tiene la culpa? Nosotros, no, porque yo siempre aposté por la cultura como medio de afianzar las relaciones con España.

Sin embargo, la vecindad suele ser, a menudo, caprichosa, pero determinante. Se pueden elegir muchas cosas…, muchas, menos la vecindad y su impacto o influencia culturales.

Imágenes y sonidos que, por la falta de una cultura de conflicto y su carácter literalmente surrealista, nunca pude olvidar. Escenas que emergen del pasado menos visibles, pero más sutiles: la comunión era paradójicamente recíproca.

En mi paso por *Radio Nacional de España*, recién contratado por *Radio Nacional Marroquí*, me fui a Madrid a reforzar mi formación en tanto que periodista y reportero, ejerciendo en *24 Horas*. Era el 3 de noviembre de 1973, todo el mundo me envidiaba por el afecto, cariño y la importante ayuda que me proporcionaba el redactor jefe de *24 Horas*, Abel Hernández. Resulta que su esposa nació y creció en Tetuán y se sentía más tetuaní que madrileña.

En esta misma óptica, durante un reportaje en Tetuán sobre la visita de una delegación de la Asociación La Medina de los antiguos españoles residentes en Marruecos, nos quedamos perplejos al ver que la mayoría de sus miembros, muchos de los cuales superaban los setenta y ochenta años y provenían de Estados Unidos, de América latina y hasta de Australia, no cesaban de llorar al ver algún lugar que les recordaba un hecho o una circunstancia, que no eran ni pocos ni abstractos.

Era evidente que, sin desear hacer el destape histórico, todos o casi todos querían un montón esta ciudad que consideraban tan suya como las ciudades españolas o de otros puntos del planeta de donde procedían.

Un colonialismo sin querer y unos colonialistas que, al abandonar Marruecos en 1956, no se fueron muy lejos… ni siquiera atravesaron el Estre-

cho de Gibraltar, conservando de esta forma, sin intención, sin agentes incrustados en los barrios más populares y más pobres y sin Delegación de Asuntos Indígenas en la zona que administraban antaño, un vínculo cultural con el exprotectorado que nunca se apagó.

Dejaron también víctimas a los que otros calificaban de victimarios como lo relatado en *Grito primal*:

> En torno a la legendaria plaza tetuaní, proliferaban pequeños grupos de antiguos combatientes franquistas que olvidando su miseria, la indiferencia de la administración del Caudillo, las incumplidas promesas de Quepo de Llano y sus eternas reivindicaciones de cobrar sus insignificantes jubilaciones que, además, nunca llegaban a tiempo, pasaban el día y la vida contando odiseas guerreras que sólo sus fértiles y perturbadas imaginaciones y la sed de sus auditorios de matar el tiempo escuchando lo que sea, eran capaces de tejer.
>
> Desde lejos oía sus relatos de epopeyas contra los rojos, ateos y enemigos de Dios y de la Patria.
>
> Me pregunté mil veces y volví a preguntarme otras mil veces por qué aquella gente vivió y sufrió agarrada a un subconsciente español: sólo sus íntimos sabían que Ibrahim nunca ocultaba el odio hacia lo que solía llamar "clérigo nacionalista". A todas luces, el hombre había jurado padecer la derrota de otros, acostumbrándose a vivir con el recuerdo de dos Españas.

Gracias a la terminología futbolística, cinematográfica y otros ocios, durante lustros, el vocabulario *darija* o *árabe dialectal* seguía conteniendo más del diez por ciento de palabras españolas o derivadas.

Nadie tenía ganas de cambiar, menos aún bruscamente.

Entre estos tetuaníes el escritor Ahmed Mgara escribía recientemente a este respecto:

> Desde mi humilde punto de ver estas cosas, pienso que la verdadera acción cultural de España en Marruecos siguió durante las décadas posteriores a la independencia. España sembró, y mucho, para que pudiésemos recoger esos frutos. Lo malo fue que nuestros irresponsables responsables de la cultura, se desmadraron y le abrieron el portal a "esas bombas culturales de los fanfarrones", al desmadre francés. Y no supieron valorar ese gran bagaje cultural que no se poseía en muchas ciudades españolas, incluso.

Comparación no es razón. Algunas instituciones coloniales, auténtico patrimonio de la ciudad, se convirtieron en un desastre. La Junta de Andalucía y algunas asociaciones de la sociedad civil andaluza han hecho/hacen lo que pueden. Entre estas instituciones, el hospital de Saniat R'mel, antes orgullo de la ciudad y sus realizaciones en el ámbito sanitario y, hoy, un auténtico cuadro abstracto de Picasso, como escribí en mi *Adulterio biológico*: "Conocía de memoria los pasillos de aquel hospital de Saniat R'mel del que se salía peor que cuando se entraba y que da la impresión de una conspira-

ción de los sanos contra los enfermos". O más explícitamente: "Cuando se le preguntaba su opinión sobre los partidos políticos nacionales y su papel en el desarrollo del Norte de Marruecos solía responder parafraseando a Teodoro Fontani, ¡cuántos gallos creen que el sol sale gracias a sus cacareos!".

Lenta e irremediablemente descubría pues con mi intuición, aún en estado embrionario, la existencia de dos mundos: el nuestro y el "suyo" con intrusos que se autocatalogaban como ilustres personalidades y consideraban a los demás como "colaboradores". Los que vivían en el casco viejo eran nuestros; los demás, aunque con sangre y rasgos indígenas, eran socialmente andróginos, con un bagaje avaro en certezas pese a la posición social privilegiada que les proporcionaba el ocupante español. Muchos años después, en la obra *Precintado*, lo describí de otra manera:

> Tenía seis años cuando descubrió la primera de lo que iba a ser, a lo largo de su existencia, una serie de lógicas compasivas. En su elocuencia infantil no cabía aún la tolerancia de la injusticia.
>
> — Mira Omar, hijo mío, le respondió, medio impotente, medio consternado su padre cuando un día, llorando, vino a quejarse por la soberana paliza que le acababa de propinar Si Yussef, padre de la pequeña Rime y uno de los ilustres, próximos a la Alta Comisaría en Marruecos, yo no soy más que un pobre conserje y él todo un consejero. Para evitar estos quebraderos de cabeza, desde ahora en adelante sólo jugarás con los tuyos, le advirtió en forma de ultimátum.
>
> — ¿Los míos? ¿Pero... qué significa esto? Desde entonces, siempre pensó en sentido figurado y soñó en metáforas.

Un duelo imprecatorio, a la vez inconfesado y desproporcional en el que se mezclaban y se perdían las nociones como honor, pudor, interés o conciencia. Una presión que no producía la lógica explosión ni la natural reivindicación o de manera muy relativa.

En el casco viejo se celebraban *Aid Al Adha* o Fiesta del Sacrificio y la Fiesta de la ruptura de ayuno. En los barrios llamados católicos o modernos, Nochevieja y Nochebuena… respeto mutuo… casi resignación y esto repercutió en la mayoría de mis novelas.

En mi barrio, la callejuela Al Khadem, en pleno corazón del casco viejo de Tetuán, era una auténtica caricatura de Naciones Unidas… religiosa en la que convivían y cohabitaban, en una aunque extraña perfecta armonía, musulmanes, cristianos y judíos. Es decir: marroquíes, españoles "de a pie" y judíos marroquíes, pero muchos de ellos nacionalizados españoles. Curiosamente las discrepancias surgían única y exclusivamente entre los miembros del mismo grupo social o el mismo clan y nunca entre grupos diferentes como si se tratara de una ley no escrita por la potencia colonial, pero acatada por los protegidos y por los demás.

A nadie se le ocurría preguntar por este, cuando menos, enigmático conglomerado y esta incongruencia socio-étnica, impuesta por la coyuntura y las condiciones que regían Marruecos bajo el Protectorado franco-español.

Pero tampoco podían dejar indiferente a un observador

En todas las escuelas de la ciudad y de la zona habían dos directores: uno español, efectivo y con una sospecha de desprecio en sus grandes y apagados ojos azules, con un retrato del general Franco colgado en su despacho; y el otro marroquí, accesorio con retrato del jalifa Moulay al Hassan Belmehdi. Olía a perfume de tutela. Una cuestión de estilo…, una patología singular de subordinación. Dos mundos delimitados por la aceptación fascinada del destino, donde la xenofobia no tenía carácter oficial sino popular y paradójicamente inverso: el tutor se mostraba xenófobo para con el autóctono y no viceversa. Así fueron las cosas, muchos creían que "os permitieron estudiar única y exclusivamente para comprender lo suficientemente sus órdenes".

¡Ni hablar! En la escuela primaria Sidi Ali Baraka y poco después en Sidi Mandri, sobre todo esta última con un gran maestro, Antonio Nogales, absorto exclusivamente en sus tareas educativas, generoso en su esfuerzo de inculcar, invadido literalmente por el amor a la enseñanza, nos mostró lo que nos marcó para siempre, figurando, como su anécdota "a Zaragoza o al charco…" en algunas de mis obras literarias.

"La zona del protectorado español en Marruecos no era enteramente marroquí ni enteramente española debía ser enteramente sometida" (parafraseando a Gandhi: "La India ni es enteramente hindú ni enteramente musulmana, debe ser enteramente tolerante").

Como otros altos cargos militares de la administración franquista, el general Emilio Mola decía —y lo escribió en voz alta y en mayúscula—:

> Afortunadamente en nuestro protectorado en Marruecos apenas se sintió la influencia de tal "Asociación científica", aunque no faltaron en Tetuán algunos seudointelectuales que trataron de erigirse en propugnadores del pan-islamismo, que fueron precisamente los que organizaron la misión que, a poco de instaurarse la república, vino a Madrid por su cuenta.

El jefe superior del ejército de España en África, en 1937, se refería al Movimiento nacionalista marroquí, liderado por Abdelkhalak Torres.

Casi medio siglo después, esto me sirvió para resolver este crucigrama en mi *Grito primal* y, años después, en *Precintado*. Reminiscencias que cobraron cuerpo y dimensión socio-política y su impacto sobre la constitución

de mi identidad cultural y la línea literaria que marcarían para siempre mis obras literarias.

Imágenes como la descrita en *Grito primal* volvían con fuerza de un recuerdo eternamente fresco en Río Martín, marroquinizado en 1956, sustituyendo la *n* por la *l* para adoptarlo al entusiasmo nacionalista de la época: Río Martil. El bar Playa era la ilustración fiel y elocuente de estos dos mundos. Resultaba casi imposible imaginar que donde había tanta opulencia prevalecía una pobreza extrema o casi. En su pista al compás y al ritmo de "Dame un poquito nada más…" y otras canciones de moda de la época, bailaban desenfrenadamente y se divertían los españoles y unos pocos ya rarísimos autóctonos privilegiados hasta altas horas de la noche. A pocos metros, las familias tetuaníes se amontonaban en la arena en grupos con sus pastelitos caseros, sus teteras y sus *lebdas* (especie de pequeña alfombra de producción local que sirve para la oración) apreciando aquel modo de vida tan alegre y, para la mayoría de ellos, tan atrevido. En *Grito primal* recojo uno de sus recuerdos:

> Un día, al acercarme demasiado a la pequeña muralla que rodeaba la discoteca un celador me paró brusca y violentamente.
>
> — ¿A dónde vas? ¿Dónde crees que estás?
>
> Con el lógico miedo de un niño a las autoridades, le contesté casi suplicando
>
> — Quería verlo de más cerca.
>
> Pero no ves que estás atrayendo moscas…

Para algunos, los moros atraíamos moscas y solo Dios sabe qué.

Sin embargo este tipo de situaciones o metáforas no han tenido absolutamente ningún impacto sobre la inmensa mayoría de los escritores o poetas marroquíes de expresión española, en el momento de elegir el lenguaje de su expresión.

Tanto es así que, en los años ochenta, durante más de diez años, *Opinión Semanal,* el suplemento español del diario marroquí *L'Opinion*, dirigido de 1980 a 1992 por el autor de este texto, era, contra todo pronóstico, el segundo más importante de esta publicación debido al número de cartas y mensajes recibidos, imponiéndose —como inevitables escritores, poetas y cronistas— hombres que desde hacía años escribían pero no encontraban donde publicar sus actividades creativas. Nombres como Fadel al Achhab o Momata, el doctor Bouissef Rekab, Ahmed Mgara o incluso el difunto Abdekdaer Weriachi, entre muchos otros, encontraron en este suplemento la tribuna ideal para dar un gran impulso al hispanismo marroquí, sirviendo como palanca de la cultura española durante años existente, pero inerte. En

la crónica *Hispanistas en ciernes*, imaginada por el doctor Mohamed Bouissef Rekab, se recibían semanalmente centenares de poemas, artículos y ensayos literarios muchos de los cuales se corregían y se publicaban, lo que suscitó un gran interés entre los que aspiraban en Marruecos a escribir en español y que ni eran pocos ni indecisos.

Antes, otras publicaciones —como *Marruecos* que dirigía Mohamed Chakor, con una temática netamente político-informativa— creaban las condiciones de la rehabilitación de la cultura española en Marruecos.

Con una evidente ausencia de espontaneidad o modelo de referencia o de concepción, sin sentido ni visión ni respuestas a las preguntas esenciales o, por lo menos, a las más pertinentes de la coyuntura, muchos nos preguntamos por qué el presente estaba tan orgánicamente dependiente del pasado. Todos recordamos durante muchos años aquel legendario Atlético de Tetuán; aquel apoteósico festival anual para clausurar el curso escolar en el estadio La Hípica organizado por una España pobre, casi hambrienta, aislada y casi unánimemente condenada, pero que se esforzaba en dar a la enseñanza, todas las enseñanzas, un valor añadido que nunca desapareció de la mente y de las futuras autoridades locales en la materia; o aquel enigmático "trole" en el que se pagaba para estar seguro de no llegar nunca a ningún lugar a tiempo.

Se fueron no siendo nunca remplazados… Algunos pensaban incluso que Rabat en aquella incertidumbre poscolonial tenía otro orden de prioridades. Ni se podía reivindicar una cultura foránea ni se tenía derecho a agarrarse a lo que todos consideraban como pasado. Otra cosa sería el recuerdo y la importancia histórica que se debía dar a este pasado.

Luego desaparecieron *in facto* para siempre, permaneciendo como verdaderas instituciones tetuaníes y fuente de inspiración para muchos futuros escritores en castellano, unos más que otros, sobre todo los contemporáneos de la era colonial española en Marruecos como Mohamed Sibari, escritor, poeta y conferenciante hispanista de Larache con más de veinte obras entre novelas, colecciones de cuentos, poemarios y ensayos publicados en español; el difunto Abdelkader Wariachi, auténtica enciclopedia marroquí de la época del Protectorado; o Fadel Al Acha-ab, gran conocedor de la administración y de las políticas del Protectorado en el norte de Marruecos y en Sidi Ifni y el Sáhara Occidental del que Tetuán era capital.

Sin embargo, y es lo que, en mi modesta opinión, infundió considerablemente en mi manera de escribir o de dar vida a grabaciones de la infancia, creíamos errónea o atinadamente que, en el mismo país, el sur estaba en estado de hecho mientras que nosotros, en el norte, relativamente

en estado de derecho. Casi dos países, con dos pueblos y un mismo legado común, la misma historia, la misma religión, la misma lengua y el mismo destino. Tanto es así que, para su propia seguridad, hasta los republicanos españoles preferían instalarse en Rabat, Casablanca, Kenitra o en otras ciudades del Marruecos "francés". O sea que, en su tentativa de dividir y de desmembrar el mismo país, el Protectorado toleraba la instalación de una España republicana en el sur y otra nacionalista en el norte. Tan distintos y menos distantes. En mi primera obra literaria, *Grito primal*, traté de plasmar el recuerdo del paradójico comportamiento de los españoles del Tetuán profundo que compartían con nosotros el regocijo de aquella nueva era:

> Por las estrechas callejuelas de su barrio, sólo se veían banderas rojas con una estrella verde en el centro y cuadros del Sultán Mohamed V. La gente parecía segura de sí misma y del futuro… su futuro. Los españoles que vivían en los barrios tradicionales se comportaban como indígenas. Mostraban la misma alegría y el mismo entusiasmo por construir una vida nueva.

Probablemente éramos/somos simplistas o mal documentados. Lo cierto es que para no descuidar una teología nacional/nacionalista primaria, reflejo de comentarios de prensa poco… muy poco comprendidos o de una línea editorial de una *Radio Dersa* que hizo apología en la demagogia y en las contradicciones de los intereses colonialistas en Marruecos, la inmensa mayoría de los intelectuales de mi generación han tenido que descuidar más de una realidad y ponerse al compás de la avalancha liberadora.

Todos o, por lo menos, la mayoría compartía este lamentable privilegio: eran alérgicos al cambio… cualquier cambio e impermeables a las convulsiones.

Así lo plasmé espontáneamente en la misma obra:

> — Es la situación política y la psicosis de los primeros años de la independencia. Hay miedo. Cunde el pánico. La gente no está segura de nada. No olvides que la abrumadora mayoría de nosotros nunca fue independiente. Nacimos y crecimos colonizados. Que no sabemos exactamente qué pinta tiene todo esto. Los dos gobiernos negocian las modalidades de estancia y del estatuto de estos españoles que, como tú sabes Si Abdeslam, no son marroquíes y no tienen por qué serlo ahora para poder seguir con sus negocios y sus trabajos.
>
> — Sí, sí, sí…
>
> — Sí, ¿qué? —cortó Hach.
>
> — Si todos respetamos al prójimo. ¿Has escuchado tú, Hach, algún incidente?
>
> — No, Hasta ahora.
>
> — Ni nunca. Créeme. Yo conozco a los míos. Son nobles y saben que a la geografía nadie, afortunadamente, la puede cambiar.

— Bien dicho, Si Abdeslam. Seamos indulgentes. Seamos pacientes. No nos enfademos con el presente. No insultemos al futuro. Los tuyos son también los míos. Los conozco. Son nobles y leales. Pero aquí, en esta ciudad, difícilmente nos podemos enfadar con los vecinos del norte.

— Vecinos ahora, antes ocupantes.

— Sí, antes ocupantes. Pero yo hablo del presente.

Para mí, era difícil de olvidar que antes de llegar hasta la escuela, al otro lado del casco viejo de la ciudad donde vivía, pasaba por un mundo de impresionantes contradicciones: plaza Primo de Rivera, ensanche, Plaza de España… Dos mundos, dos entornos, dos tipos de hombres y dos tipos de instituciones. Dos realidades que no resistían a la sed de "explorar" de un niño indígena incapaz de comprender las filigranas y las acrobacias de términos como protectorado, colonialismo, tutela, con derecho de paso entre las dos. Realidades ricas en diversidades y probablemente en consecuencias que para un pequeño autóctono y su conciencia de precariedad, pese a la casi abstracta falta de emociones o sobresaltos, debía ilustrar el epitafio de una época y, de paso, saciar su irresistible y abrasadora tentación de reclamar que era tiempo de cerrar aquel paréntesis.

Nadie desplegaba esfuerzo alguno para "descubrir" que la diferencia entre el norte y el sur del país es que el primero estaba ocupado por una potencia soberana, mientras que el segundo estaba colonizado por una Francia a su vez colonizada… un sub-colonialismo.

Más del 70% de los autóctonos hablaban o "chapurreaban" el español, lo que constituye un signo precursor de la ínfima diferencia en la relación entre el ocupante y el ocupado. Pero, por otra parte, constituye como lo reconoce Aziza Mimoun en un artículo titulado "El protectorado español en Marruecos entre 'fraternalismo' y colonialismo" en el que puntualiza: "A nivel cultural, España ha logrado implantarse mucho mejor que Francia. A título de ejemplo, la lengua española se hablaba en los puntos más recónditos del Rif".

Sin darme cuenta, mis amigos españoles de la infancia en la calle general José Sanjurjo, Uadi al Majasen después, impactaron de modo determinante en mi forma de ser y manera de actuar, literariamente hablando. La diversidad de su procedencia social y el punto común de la precariedad me hacían sentir como un punto de enlace entre dos civilizaciones o, por lo menos, dos realidades.

Eran amigos que, mucho después, descubrí que pertenecían a categorías sociales desfavorecidas y que encontraban más afinidades con los marroquíes que con los demás amigos del colegio o de la escuela.

En todas mis obras, nombres como Antonio Gutiérrez, José Pinto o Leopoldo Manzano protagonizan hechos y circunstancias. Los recuerdos de algunas causas y algunas inflexiones, objeto de una psicología de rumor al día siguiente de la independencia de Marruecos, como su repatriación o su expulsión, figuran de manera destacada en la totalidad de mis obras literarias.

De hecho, en más de una ocasión, desplegué enormes esfuerzos para situar los acontecimientos de mis novelas o de mis reflexiones históricas en otras fechas y en otras épocas, resultando infructuosos mis intentos o, cuando más, deficientes. Por ser reales y verdaderos los años del Protectorado y los diez o quince siguientes eran/son más inspirativos y más apetecibles. De/sobre ellos escribo con más facilidad, más comodidad y más convicción. El resto sería una pura ficción literaria.

Mucho después, comprendí que en esta parte del mundo debía haber, aunque unos y otros lo negaran a capa y espada, una especie de parentesco, de semejanza o de afinidad orgánica entre el "protector" y el "protegido" que ni siquiera las racistas ilustraciones graficas de los manuales escolares de Valderrama, en las que el ladrón llevaba una gorra y un hábito "moros" y el caballero un traje europeo, lograban tergiversar. Pero de esto se hablaba siempre en pasado. El propio general Mola lo ilustra de manera cabal y fehaciente al describir sus sentimientos respecto al viaje de una delegación de personalidades nacionalistas marroquíes a España en busca de apoyo para la causa de la independencia

> (…) que a poco de instaurarse la República, vino a Madrid por su cuenta y fue recibida con bombo y platillo por algún sector de la prensa izquierdista, que claro está, poco informados en sus redacciones de la idiosincrasia musulmana, ignoraban que son poco de fiar los indígenas marroquíes que en vez de babuchas calzan zapatos bajos y usan calcetines sujetos con ligas.

El humillante humillado: Robert Ricard describía así la ocupación española del norte de Marruecos: El tratado franco-español que atribuía a nuestros vecinos una zona de Marruecos remonta al 27 de noviembre de 1912. Se ha necesitado, pues, quince años para someter un territorio cuya superficie, nos gustaría recordarlo, no supera la de Badajoz.

Estaba acostumbrado a la gente que se comportaba con poca cortesía y me perdía en sensaciones fugaces entre la violencia de la insinuación y la fragilidad del argumento. Todos nos atábamos al menor estado de gracia, planteando más preguntas que respuestas que se podían obtener. Todos los instantes eran de emociones, de incomprensiones, de observaciones. Nombres como Azorín, Ortega o Américo Castro estaban a flor de boca…,

"gente clarividente"…, "nuestros abogados"…, "los mejores"…, "los pocos que se atreven"… Sin embargo, no fue hasta años después cuando decidimos leer *Imán* de Ramón José Sender Garcés; y lustros cuando sentimos la tentación de "explorar", en los *Episodios nacionales*, la novela *Aita Tettauen*, a pesar de haber sido publicada en 1905 y pese a que debía constituir para nosotros —por haber sido considerada por su autor, Benito Pérez Galdós, como la génesis de la historia contemporánea de la zona norte de Marruecos o contrapunto a la derrota de 1898— un auténtico motivo de, cuando menos, curiosidad científica o histórica.

Viajes por Marruecos, de Domingo Badía (o Alí Bey), ilustraba para los de mi generación la imperiosa necesidad de volver a escribir la historia del Protectorado español en el norte de Marruecos y sus etapas previas porque, como diría el escritor y periodista marroquí Mohamed Larbi Messari en una entrevista de Mohtar Gharbi de Tánger, publicada en su crónica en la revista *Tánger*, el 17 de junio de 2010: "Todo esto me parece como una tentativa de regenerar un africanismo renovado. El objetivo es el mismo, pero con nuevos ingredientes".

Pocas voces, poquísimas, se han lanzado a explicar las cosas como son quizás porque vivieron, actuaron y se fueron con la enigmática idea de que Tetuán y el norte era, más que materia pendiente, su ejercicio obligatorio.

Sin embargo, la cercanía geográfica y mil y una afinidades, además de legados comunes, se encargaron de dejar viva, aunque agonizante, una lengua y una cultura que muchos consideran, después del árabe, como legítimamente su segunda lengua, de ahí que los autores marroquíes de expresión española y periodistas marroquíes que ejercen exclusivamente en español se organizaron unos, se reorganizaron otros, vegetando ambos, sin absolutamente ninguna ayuda o interés de España o de Marruecos existiendo o sobreviviendo en tanto que francotiradores de las letras… españolas a pesar de la total ausencia de contribuciones en materia de edición y de distribución.

Pese a ello, durante años, no pocos tetuaníes seguían parafraseando a los granadinos, diciendo: "¡Dale limosna mujer, que no hay nada peor que ser ciego en Tetuán…!".

Bibliografía

BARCE, Sergio: "Otros libros: *Grito primal* y *11-M, Madrid 1425* de Said Jedidi", Sergio Barce/Blog personal, 25 de mayo de 2011, <http://sergiobarce.wordpress.com/2011/05/25/otros-libros-grito-primal-y-11-m-madrid-1425-de-said-jedidi/>, [12 de enero de 2013].

BENCHEIKH, M.: "Tesis para la obtención de máster UCA", en BUTRÓN PRIDA, G. (director de la tesis): *Literatura e historia: aspectos marroquíes en la obra de Badía, Galdós y Sender*, Universidad de Cádiz.

JEDIDI, S.: *Grito primal*, Tetuán: Ediciones Asociación Tetuán Asmir, 2001.

— *Precintado*, Tetuán: Ediciones Asociación Tetuán Asmir, 2002.

— *Autodeterminación de invernadero*, Tetuán: Ediciones Asociación Tetuán Asmir, 2002.

— *Yamna o memoria íntima*, Tánger: Ed. AEMLE (Asociación de escritores marroquíes en lengua española y AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional), 2006.

— "Madrid 11-M: los otros escombros o adulterio biológico", *Identidad Andaluza*, 26 de diciembre de 2007, <http://identidadandaluza.wordpress.com/2007/12/26/madrid-11-m-los-otros-escombros-o-adulterio-biologico/>, [11 de enero de 2013].

MGARA, Ahmed: "Acción cultural de España en Marruecos", *Mis ocurrencias*, 19 de noviembre de 2012, <http://elhispanismo.blogspot.com/search?updated-min=2012-01-01T00:00:00Z&updated-max=2013-01-01T00:00:00Z&max-results=9>, [11 de enero de 2013].

MIMOUN, A.: "El protectorado español en Marruecos entre 'fraternalismo' y colonialismo", *Boletín político sindical y cultural*, domingo, 14 de diciembre de 2008.

MOLA VIDAL, E.: *Memorias*, Madrid: Ed. Planeta, 1977.

RICARD, R.: "La zone espagnole du Maroc"*, Bulletin hispanique*, vol. 36, núm. 363, 1934, p. 341.

Rastreando la época en cuatro libros de relatos y una novela

Mohamed Lahchiri

1. Un escritor de la frontera

1.1. Dos grandes lenguas, dos grandes culturas

Allá por el año 2000 fui invitado, con varios de mis compatriotas, por la Universidad de Cádiz, a participar en unas jornadas sobre literatura marroquí de expresión hispana. En mi intervención yo afirmaba que era un escritor con unas características provenientes del hecho de ser natural de una ciudad fronteriza como Ceuta, en la que coexistían dos grandes lenguas y dos grandes culturas, la hispano-cristiana y la musulmano-marroquí.

En aquel año 2000, yo aún era autor de un solo libro de relatos en español: *Pedacitos entrañables*, y lo de "escritor" lo decía —e incluso lo pensaba— con la boca pequeña o como pisando huevos —como dice el dicho marroquí—, pese a que en mi cajón atesoraba un gran manojo de relatos, por varios de los cuales sentía algo parecidísimo al orgullo; y a pesar de que la frontera a la que pertenecía, que es la ciudad de Ceuta, mi patria chica, ya me había brindado, con sus dos lenguas y sus dos culturas fronterizas, el gustazo de traducir al árabe verdaderas joyas de la literatura hispana, entre las que figuran nada menos que *La dama del alba* de Alejandro Casona,

Noche de guerra en el Museo del Prado de Rafael Alberti y *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca.

1.2. Una comunidad bilingüe

Esas características que imprimió el hecho de ser natural de una ciudad fronteriza como Ceuta, especialmente entre la comunidad musulmano-marroquí de dicha ciudad, se dieron también, durante el Protectorado español en Marruecos, e incluso varios años después del final del mismo, en todas aquellas ciudades que formaban dicho Protectorado.

La comunidad musulmana de Ceuta en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo XX, años en los que transcurrió la niñez y la adolescencia de este escritor, aún no tenía la nacionalidad española y sus miembros circulaban por la villa con la llamada tarjeta estadística. Esta comunidad se concentraba en las barriadas de chabolas del Príncipe Alfonso y Los Rosales; y parte de ella, en Hadú y El Morro. Estaba formada por albañiles, marineros, pequeños comerciantes sobre todo de verduras, contrabandistas, vendedores ambulantes, mendigos…, constituyendo el estrato más bajo de la sociedad ceutí; y por ello, junto a su árabe casero, necesitaba aprender el español, muchas veces porque era imprescindible para ganarse el pan de cada día.

Cualquier chico ceutí listo que pertenecía a esa comunidad e iba a una escuela moderna (la mayoría iban a escuelas coránicas) era bilingüe por necesidad; había tenido la feliz carambola de embeberse, desde pequeño, en las dos lenguas, en las dos culturas, incluso en las dos religiones; y había tenido esta carambola bilingüe por pertenecer a la comunidad más pobre de la ciudad.

Esta situación se produjo también, a lo largo de medio siglo, en todas las ciudades que componían el Protectorado: para la comunicación entre españoles y marroquíes, eran estos los que aprendían el español.

Y si esa comunidad musulmana de Ceuta era el estrato más bajo de la ciudad, la otra, la hispano-cristiana, tampoco podía lanzar las campanas al vuelo por esos años. Estaba compuesta por militares (Ceuta era una ciudad abarrotada de militares); la administración era española: policías, guardias civiles por doquier, también payos pobres y gitanos más pobres aún...

1.3. La ley del mínimo esfuerzo

A esos militares aún se les oía decir aquello de que España era un imperio en el que no se ponía el sol, porque —explicaban— en el momento en que el astro rey desaparecía en la Península, ya había aparecido en la América española.

España aún era una potencia que ocupaba todo el norte de Marruecos, aunque no por mucho tiempo, porque se retiraría a mediados de los años cincuenta. Y ningún español de la ciudad fronteriza de Ceuta ni de las ciudades del Protectorado español se veía en la necesidad de conocer la otra lengua (ley del esfuerzo mínimo obliga…) y la otra cultura. No se sabe de ningún intelectual español natural de la ciudad fronteriza, ni de ninguna otra ciudad del Protectorado, que posea un mínimo de conocimientos del árabe, que es la lengua de la mitad de los habitantes de Ceuta y la del vecino del sur de España, que es Marruecos.

1.4. Marroquíes con cultura española

Muchos de los comentarios que se han publicado sobre alguna obra marroquí de expresión hispana subrayan la característica de los escritores marroquíes acerca del conocimiento de dos lenguas y de dos culturas.

"(El escritor) conoce Marruecos por dentro y por fuera, pero también conoce igual de bien España y a los españoles (...), es capaz de pasar de una lengua a otra, de una cultura a la otra con una facilidad envidiable", escribe Jorge Dezcállar, exembajador de España en Marruecos y en Estados Unidos, en un artículo aparecido en el periódico *La Mañana*, editado en lengua española en Casablanca, sobre mi única novela *Una historia repelente*, publicada por entregas en dicho periódico a principios del 2001.

Álvaro Rodríguez Díaz, profesor de sociología de la Universidad de Sevilla, en una carta dirigida al mismo periódico en el mes de mayo del 2001, aludió a esta circunstancia al referirse a mi novela, que había leído por casualidad, cuando se encontraba pasando unas vacaciones en la ciudad de Tánger.

Dice: "En los textos (de la novela) me sumergí en la curiosidad por conocer la vida de un marroquí con cultura española, que tantos hay y como sabe, no se da apenas lo contrario: españoles con cultura marroquí".

Esta sequía curiosa de españoles con lengua y cultura árabe parece que llega hasta nuestros días. Porque, exceptuando a Juan Goytisolo que se impuso aprender el árabe marroquí hablado, en mis trece años de periodista (1990-2003), en contacto continuo con corresponsales españoles en Rabat, no he conocido a ninguno que haya aprendido un mínimo de árabe. Todos parecían encontrarse con su francés como *Pedro por su casa*, incurriendo en alguna que otra monumental metedura de pata, como la de la noticia de un incendio en una cárcel de al-Yadida, del que informaron los principales diarios marroquíes en primera página el 2 de noviembre del 2002; y del que, al día siguiente, el diario español *El Mundo* informó, subrayando

que "la prensa marroquí pasa de puntillas sobre la tragedia". El corresponsal del diario español había hojeado un par de diarios marroquíes en francés, que sí habían pasado "de puntillas"; pero, al no conocer la lengua del país, no se había percatado de que la prensa en árabe informaba del hecho en las portadas.

1.5. Convivencia de dos culturas

El mapa del Protectorado español se extiende desde Castillejos hasta la frontera de Alcazarquivir y desde Tánger hasta casi cerca de la frontera con Argelia, abarcando todo el Rif. Y las dos culturas que convivieron y conviven en la ciudad fronteriza de Ceuta lo hicieron también en toda la zona norte de Marruecos, desde 1912 hasta 1956, y todos los que integramos el grupo de escritores marroquíes en español conocimos aquella realidad: nacimos, crecimos, nos formamos en medio de ese estar cotidiano —la una al lado de la otra— de estas dos culturas.

Ahmed Mohamed Mgara, Mohamed Chakor, el malogrado Mamoun Taha y tantos otros son naturales de la zona norte de Marruecos, entre Alcazarquivir y la frontera que forman el Estrecho de Gibraltar y la costa mediterránea de Marruecos; y si algunos como Chakor o Mamoun Taha conocieron bien los tiempos del Protectorado, porque los vivieron y ya eran adultos cuando esos tiempos acabaron, los otros empezaron a darse cuenta de lo que pasaba en su entorno (con cuatro, cinco y seis años) cuando se producían los últimos coletazos del Protectorado, con aquella algazara que acompañó la vuelta del exilio del sultán de Marruecos y la independencia del país; y todos tienen la memoria repleta de escenas, de historias, de personajes relacionados con esa época. Y esa memoria, esas historias son una fuente importante de lo mucho o lo poco, lo bueno, lo mediocre o lo malo que esos escritores han escrito y siguen escribiendo.

1.6. Corán y tebeos

Seguramente figura en algún texto mío, o de algún colega de nuestro grupo de escritores de expresión hispana, la escena de camiones militares españoles cargando con racimos de soldados que vuelven de Marruecos, entrando a Ceuta por la frontera del Tarajal. Es una escena que nunca abandonará mi recuerdo: un grupo de niños musulmanes ceutíes de la barriada del Príncipe Alfonso, saludando a los soldados desde la vía de tren que iba de Ceuta a Tetuán en 1956 o 1957...

Tampoco resulta difícil dar con párrafos (no en la literatura marroquí escrita en español, sino también en la escrita en francés) en los que un niño

o unos niños se encuentran aprendiendo el Corán, porque es una obligación aprenderse las palabras de Dios; lo dicen los seres queridos, la mamá y la abuela de las historias orales de demonios que aparecen por las noches, cuyas víctimas son los malos musulmanes; pero entre la camiseta —o la camisa— y el pecho, este niño guarda un secreto que sabe a pecado: uno o varios cómics (él los llama tebeos) que cuentan historias tan fantásticas, tan irresistibles como la hermosa hechicera de aquella isla del viaje de Ulises (me refiero a la hechicera de la película, Silvana Mangano, aquella bellísima actriz italiana); pero los cómics o tebeos cuentan esas historias en español, en cristiano, y el niño los lee en la clandestinidad.

Tales hechos han marcado a la mayoría de estos escritores y a muchos de sus condiscípulos; ese primer amor de la infancia repartido entre la obligación de estudiar el Corán y la cultura árabe-islámica —obligación que el amor a la mamá, y sobre todo a la abuela, convierte en algo sagrado— y la pasión propia de la infancia-adolescencia por los tebeos, las historias, las aventuras, el cine, el fútbol. Realidades y sueños que no existían en su lengua, el árabe, ni en la Ceuta fronteriza ni en las ciudades del Protectorado, sino en la otra lengua de la frontera, el español; y este escritor comparte con otros escritores que, sin ser de la frontera —vivían en Tetuán, en Larache, en Alcazarquivir, en Alhucemas, en Tánger—, tuvieron una infancia en la que se desvivían por conseguir un tebeo y aprendían el Corán en una escuela coránica o en una mezquita. Digo mezquita porque en la ciudad de Ceuta la escuela más importante donde se aprendía el Corán estaba en la Gran Mezquita (*el Dchamaa el Kbir*), que está cerca del estadio Alfonso Murube.

1.7. El español en Marruecos después de 1956

Estos escritores marroquíes en español —naturales de Tetuán, de Larache, de Tánger, de Alhucemas— pertenecen a una frontera entre dos épocas: los últimos años del Protectorado español en Marruecos y los primeros años del posprotectorado, en los que el español, lengua y cultura, se ha ido convirtiendo en un náufrago, extinguiéndose con el transcurrir de los años hasta recibir el golpe fatal, asestado desde Rabat, a principios de los sesenta.

Se ha escrito mucho sobre lo poco que había hecho el Estado español después del año 56, el año de la independencia de Marruecos, por lo mucho de español que había quedado en la zona norte de Marruecos.

Juan Goytisolo, en una entrevista que le hice en Marrakech para el periódico en el que trabajaba, me dijo que "la presencia española en Ma-

rruecos no fue una presencia cultural fuerte como la francesa. En aquella época, España era un país semidesarrollado y podía aportar muy poco a la cultura española en el Norte de Marruecos".

1.8. Un golpe fatal

Los niños de la Ceuta fronteriza (y también los de las ciudades que formaban parte del Protectorado español), los de principios de los sesenta (1962-1963), vivieron así esa agonía de lo español en la zona norte de Marruecos:

Estudiaron en Ceuta, en una escuela semiclandestina, que seguía los programas del Ministerio marroquí de Educación; muchos fueron a Castillejos, que ya pertenecía al Marruecos independiente y se llamaba *Fnideq*, en unos años marcados por mucho patriotismo y grandes esperanzas en todo Marruecos y también en la ciudad fronteriza. Decía que esos niños estudiaron en las dos lenguas de la zona, el árabe y el español (pero la mayoría de las asignaturas eran en español); y, al ir a Tetuán (Marruecos) para seguir sus estudios, porque en Ceuta solo había una escuela y era primaria, los que fueron en el año 62, que eran unos cuarenta, se encontraron como pez en el agua en un instituto donde, aparte de religión, literatura árabe y alguna otra *cosita* que se estudiaban en árabe, el resto de las asignaturas era impartido en español y por profesores españoles (incluso para el dibujo había un profesor español), y el francés se estudiaba como segunda lengua extranjera. Inmediatamente después, en el curso siguiente de 1963-1964, una decisión del Gobierno de Marruecos desplazó al español al rango de segunda lengua extranjera (rango que sigue ocupando hasta ahora), obligando a que todas las asignaturas que se estudiaban en español en la zona norte se estudiasen en francés, y que la lengua de Moliére se impusiese desde la escuela primaria en todas las escuelas del reino. Fue un golpe del que el español, lengua y cultura, sigue padeciendo hasta nuestros días: una de las consecuencias es que la inmensa mayoría de los profesionales marroquíes que utilizan el español como material de trabajo en la actualidad —y me refiero a los profesores de español—, salvo algunas excepciones, no dominan este idioma, porque han empezado a aprenderlo cuando tenían quince o dieciséis años, la edad en la que se empieza a estudiar la segunda lengua extranjera en Marruecos, una edad demasiado tardía para lograr el dominio que nos permite convertir esta lengua en material de nuestro trabajo.

Los que superaron aquellos legendarios exámenes de ingreso para acceder al bachillerato (que era la enseñanza media, niños de diez a doce años), en el verano del 62, se salvaron porque el francés solo se les impuso como segunda lengua extranjera y siguieron sus estudios hasta el final sin

sorpresa desagradable alguna. Pero son poquísimos los chicos —uno o un par— llegados de la frontera a los institutos de Tetuán, en el curso 63-64 y después, que terminaron sus estudios. Casi todos volvieron a la patria chica, sencillamente porque era imposible seguir con un bagaje desde mediocre hasta nulo en lengua francesa. La inmensa mayoría de esos chicos eran, años después, comerciantes, taxistas, albañiles, contrabandistas, traficantes de droga; o se habían ido a trabajar a Alemania, Holanda o Bélgica...

1.9. Escribir en árabe

Este escritor, que pertenecía a la comunidad —digamos— de rango inferior de las dos comunidades existentes en la ciudad de Ceuta, creció y se embebió en el ambiente que lo envolvía todo, a lo largo de aquellos años cincuenta: la independencia que estaba muy cerca con las canciones patrióticas sobre el Marruecos libre y nuestro, el sultán que volvía del exilio, la independencia en 1956 y ese abanico de grandes esperanzas; lo más natural era que este pretendiente a escritor empezase su andadura escribiendo en su lengua, el árabe, en las páginas culturales de los periódicos marroquíes.

Escribió todo lo que pudo y lo que el tiempo libre permitía: cuentos, artículos; soñaba con escribir una gran novela, ¡cómo no!; tradujo al árabe pequeñas joyas del cuento, del verso, del teatro hispano, durante diecisiete años. En español solo escribió cartas; y, aunque en un momento de su trayectoria en el mundo de la docencia cambió de asignatura, impartiendo clases de español en lugar de árabe, no pasó de las cartas.

1.10. La casualidad de escribir en castellano

Hasta que en julio de 1990, en un momento en que las relaciones entre Marruecos y Francia estaban en sus horas más bajas a causa de la publicación de un libro que criticaba con mucha dureza el régimen del rey Hassan II, se creó un periódico en español en Casablanca. Las relaciones con España estaban en un buen momento y, en 1991, se firmó en Rabat el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación entre el Reino de España y el Reino de Marruecos, en presencia de los reyes de España y de Marruecos y de los jefes de Gobierno de ambos países.

Este escritor, gracias a su valioso bagaje de lengua y cultura hispana, trabajó en el periódico de Casablanca creado por orden del rey Hassan II. Y de trabajar en un periódico marroquí, que se redacta en español, a escribir en la lengua de Cervantes no hubo más que un paso. En 1994, publicó un primer libro de relatos, fruto de su trabajo en ese periódico; luego, una novela; y más tarde, otros tres libros de relatos.

Gran parte de las historias que componen los cuatro libros de relatos así como muchos capítulos de la novela son autobiográficos y están relacionados con la ciudad de Ceuta de los años cincuenta y sesenta, en los que transcurrió la niñez y la adolescencia del autor, quien, al final del Protectorado, tenía seis años; y quien, al ponerse a escribir en castellano, se vio sorprendido por una verdadera cascada de historias, escenas, personajes y juegos de aquellos años.

2. Grandes esperanzas rotas

2.1. El tren Ceuta-Tetuán

En ese primer libro, titulado *Pedacitos entrañables*, compuesto por veinticinco relatos cortos y publicado en Casablanca, gracias a Francisco Albert, presidente de la comunidad española de Casablanca en aquel entonces, quien había leído algunos de los relatos, aparece un gran protagonista de la época del Protectorado español en Marruecos: el tren Ceuta-Tetuán. De él dicen los archivos que fue la primera línea de ferrocarril internacional española, inaugurada el 17 de marzo de 1918 y activa hasta dos años después de la independencia marroquí. Su objetivo fue fundamentalmente militar: el transporte de tropas y armamento.

En el cuento "La tía Aicha" se habla de un tren cuyo paso diario alimentaba los sueños de unos niños ceutíes de la barriada del Príncipe Alfonso (Lahchiri: 1994, 17) que juegan a contar los coches que pasan de Ceuta hacia la frontera del Tarajal o en sentido contrario; los críos están entreteniendo su aburrimiento en un montecito, junto a la huerta de su abuelo, y frente a sus ojitos se halla una alcántara, esto es, un puente sobre el que se encuentra la vía del tren, y la carretera. Los niños observan el paso de los coches a través del hueco de la alcántara. Cada coche que pasa vale un punto o un gol. "Los que van a Tetuán para ti y los que vienen a Ceuta para mí. A ver quién gana. El tren (…) valía diez puntos". Y cuando este pasa, se acaba la diversión. Pero un día de 1958, el tren dejó de pasar, y solo quedaron las vías y las historias de padres y abuelos —militares del ejército español— que lo habían cogido alguna vez para ir a Tetuán, en busca de pan, durante una famosa hambruna que había azotado la zona, causada por alguna sequía, en algún año después de la guerra de España.

Con este tren nos encontramos de nuevo en otro relato, "Dos buenas doncellas", de mi segundo libro *Cuentos ceutíes*, publicado en Casablanca en abril de 2004 (Lahchiri: 2004, 37), en el que hay dos niños cazando go-

rriones "en la Alcántara, en la parte de arriba del puente, junto a la vía férrea (hacía poco que el pequeño tren había dejado de aparecer, llegando a Ceuta o yendo a Tetuán)".

Más adelante, en el relato "Las entradas de Al-Mudarris", leemos lo siguiente: "El tren que llegaba de —o salía hacia— Tetuán aún hacía aletear nuestras fantasías. Tetuán y Tánger eran las capitales del mundo para esos años nenes nuestros, ¡y qué lejos estaban las dos ciudades!" (Lahchiri: 2004, 86).

En mi tercer libro de relatos, *Una tumbita en Sidi Embarek*, vuelve a aparecer este tren en el relato "Trintacuc" (Lahchiri: 2006, 42):

> La huerta se encontraba a pocos minutos de la Alcántara —que estaba entre el Tarajal y la Almadraba— sobre la que veíamos pasar, no sé cuántas veces al día, aquel tren ceutí de los años cincuenta que disparaba nuestros sueños, yendo a Tetuán o volviendo al puerto de Ceuta. Se llamaba también Alcántara la playa que había ahí, y que hervía de garopas, bodiones, sargos, doncellas, lisas, salemas, morenas, pulpos…

2.2. El correo

Otro medio de transporte protagonista de los años cincuenta, en la zona Ceuta-Castillejos-pueblos cercanos (yendo por la entonces carretera sin asfaltar —como cuando se acababa de inventar el automóvil— que llevaba a Alcazarseguer y Tánger, por la costa sur del Estrecho), que aparece en *Cuentos ceutíes*, es el autocar que cubría el trayecto Ceuta-Castillejos-Ain Edchir-Ain Eddchicha, desde donde se daba media vuelta para volver a Ceuta. En el relato "¿Pero el caballo es del yebli, no?", el autor nos informa, sin salirse de los límites de los conocimientos del protagonista de la historia, de que "su infancia está repleta de esos viajes desde Ceuta hasta el pueblo del abuelo en la montaña. Al principio, el correo —así llamaban al autocar— iba hasta el pueblo, había un chófer español… aquel autocar de principios de los cincuenta" (Lahchiri: 2004).

Como consecuencia del final del Protectorado,

> (…) el correo dejó de ir de Ceuta hasta el pueblo, y de ser conducido por un chófer español. Había que ir hasta Castillejos, esperar ahí un autocar que venía de Tetuán. Hay que ir mucho antes de la hora, solía decir el abuelo. Tú puedes esperar el correo, pero él nunca te esperará. Además, el autocar sólo llevaba hasta un lugar llamado Ain Edchir (el nombre es del pueblo que hay a la derecha de la carretera, yendo hacia el pueblo del abuelo, abajo, desde donde se ve el Estrecho) para luego continuar por otro camino, que no era el que llevaba al pueblo (…) En Ain Edchir se bajaba y se andaba bastante, hasta la entrada del pueblo, cruzarlo todo hasta la casa del abuelo, que encontraba a la salida (Lahchiri: 2004).

2.3. *El dchamaa*

La vida cotidiana en la barriada de chabolas del Príncipe Alfonso, de la época del final del Protectorado, aparece con mucha frecuencia en muchas historias que componen mis cuatro libros de relatos, una vida cotidiana en la que, muy a menudo, los protagonistas son niños, puesto que es un niño de entonces el que ahora recuerda y escribe aquello.

Y el día a día de aquellos niños principealfonsinos de mediados de los años cincuenta tiene un nombre propio: *el dchamaa*, que, traducido del árabe ceutí hablado al castellano, significa "escuela coránica" (también "mezquita"), donde la mayoría de los musulmanes ceutíes mandaban a sus vástagos. Era el lugar más detestado por aquellos críos, que lo calificaban con los calificativos más terribles, similares a las peores descripciones aparecidas en el Corán concernientes al lugar en el que es arrojada la canalla humana el día del juicio final.

En el relato "Recordar un cuento" del libro *Una tumbita en Sidi Embarek*, la escuela es descrita como

> el típico cuartucho con suelo cubierto de esteras —igual que el suelo de toda la mezquita—, que se encuentra en la parte trasera de las mezquitas, que se llama *almaqsura* y que sigue sirviendo para enseñar el Corán —en realidad una pequeña parte del libro— a los niños (Lahchiri: 2006, 15).

En el relato "Los nombres de Al-lah", volvemos al día a día del *dchamaa,* al niño

> con el trasero pegado a una estera dura de mimbre (…) con la única comodidad de la pared encalada y sucia sosteniendo su espalda, la tabla con textos coránicos que aprendía bajo la amenaza del palo largo, fino y flexible del maestro, que sigue dándole la impresión de que aborrecía a todos los pobres diablos cuyos padres les mandaban a aprenderse de memoria las palabras de Al-lah (Lahchiri: 2006, 21).

Y entre las cosas con las que aquellos niños llenaban su poco tiempo libre (en el que no existía el fin de semana, porque los domingos eran días de clase en *el dchamaa*) "estaba el llevarse a la boca toda plantita que levantaba cabeza para ver si estaba buena para comer" (Lahchiri: 2006, 44). O entraban

> a una tienda de ultramarinos a ver a la gente comprar, a descifrar las letras de los nombres de los productos o a esperar el grito del tendero ¿tú que haceh aquí? o ¿tú qué quiereh? ¡Entonceh largo!, para cometer la hazaña de gritarle ¡vete a tomá por culo!, y echar a correr (Lahchiri: 2006, 48).

Los menos pequeños

> iban al monte a fumar, también a masturbarse y de paso descubrir quién tenía el pajarito más grande. Los que tenían buenos cachos eran siempre respetados, envidiados y admirados. Parecían superiores, mejor tratados por Al-lah. ¡Dichosos

> ellos! Porque sus mujeres los querrían con locura y en sus camas nunca faltaría la felicidad. Algunos tenían cositas insignificantes y eran aterrorizados por los mayores, que les decían que normalmente los que tenían el pajarito muy pequeño podían convertirse en maricones (Lahchiri: 2006).

2.4. Los moros de Franco

Tanto en mis relatos como en mi novela *Una historia repelente*, aparece el tema de la Guerra Civil de España y de los marroquíes llevados allá, como carne de cañón. Unos cien mil muertos de hambre a causa de las malas cosechas fueron llevados en barcos y aviones alemanes, con órdenes claras de cometer todas las atrocidades que la imaginación popular peninsular había almacenado, durante siglos, como algo innato a la morería; y, al final de la contienda, fueron devueltos a sus montañas, sin contemplaciones, a patadas.

Yo conocí muy bien a mis dos abuelos. Los dos fueron soldados de Franco. Y la figura del abuelo, en mis libros, a menudo está relacionada con el final del Protectorado, la vuelta del sultán de Marruecos, y la guerra en España.

En "Trintacuc", el protagonista cuenta que su abuelo materno

> subía a vender sus higos (en la plaza principal del Príncipe Alfonso) y sobre todo a hacer las oraciones de al-Asr y al-Magreb, en la zauia de los tidchaníes, y pegar la hebra o jugar a las damas con sus amigos o supervivientes —como él— de la Guerra de España (Lahchiri: 2006, 42).

En "El capitán Crisna", el abuelo, que había estado en el ejército de Franco,

> era el moro de la costa versión siglo XX. Cobró su retiro hasta sus 104 años de guerra que le dio a la vida, hasta 1994, año en que se fue, ¡con esa sonrisa suya triste y tranquila de dientes decimonónicos! Pero la memoria familiar dice que no cruzó el Estrecho; esto es, no mató a —y no se hizo matar por- ningún ciudadano del país del otro lado del Estrecho, no violó a ninguna virgen peninsular ni a ninguna madre. Tuvo la carambola de no recibir el puntapié —mejor dicho, la puntabota- que catapultó hacia la Península a miles y miles de moros, para que participasen en aquella carnicería que se armó en la piel de toro y de flotar en el Estrecho con una jubilación y un palmo de suelo ceutí sobre el que montó, con tierra pura y lombriceada, una casita, en la que colocó a su unigénito recién casado —mi padre- y una pensión que le permitió darles —darse- pequeñas alegrías a sus nietos durante muchos años, santificar sus barbas blancas en las arenas que acogieron las pisadas del Profeta y mantener su orgullo bien afilado… (Lahchiri: 2004, 99).

En "Recordar un cuento" se habla del *Dchamaa el Kbir*,

> la Gran Mezquita de Ceuta, en cuya entrada principal —ya entrando en el templo— se veía una placa de mármol con un texto breve en cristiano (…) que ponía que el Generalísimo Francisco Franco Bahamonde hizo construir esta mezquita para sus fieles moros ceutíes, en el mes tal en el año mil novecientos... después de la guerra civil del treinta y seis... (Lahchiri: 2006, 17).

2.5. La España pobre

En los años siguientes al final del Protectorado, una visión según la cual España es tan pobre o más que Marruecos está muy extendida entre los marroquíes, sobre todo en las zonas del Protectorado francés, en cuya capital Casablanca todavía se hablaba en los años setenta de "el español que no tiene donde caerse muerto". Se decía también que nuestro país, recién liberado del yugo del colonialismo, no tardaría en dar el salto hacia el progreso y hacerse fuerte y rico, como *La France*. Y aunque, a medida que iban pasando los años, se iba comprobando que el país vecino era el que avanzaba a buenos pasos y que el nuestro lo hacía a pasos empantanados (un paso atrás y otros dos pasos atrás, como dijo algún humorista casablanqués), aquella visión de la España de los años cincuenta y sesenta, tan pobre como Marruecos, no cambió. Lo que pasa es que ellos —los españoles— han sido hombres, se decía ya con admiración, que han trabajado, mientras que nosotros nos hemos dedicado a mentir, robar o prostituir a la madre que nos parió por un plato de lentejas, porque lo llevamos en la sangre, nos lo han transmitido nuestros "gloriosos ancestros", como decía el rey Hassan II en sus discursos, refiriéndose a los sultanes de la dinastía alauí, y así nos va.

En mi relato "El morito de Arcila" aparece esta visión de la España pobre: nos encontramos una conversación entre dos personajes que están bebiendo en un bar de Casablanca, Mohamed el de Asilah y Mohamed Eddachichi:

> El de Asilah ahora está hablando del salto increíble que ha dado España desde los años cincuenta-sesenta hasta estos noventa (…) En Larache y en Asilah todavía nos acordamos perfectamente de que los españoles llevaban pantalones con remiendos en el culo. ¡Pues míralos! ¡Míranos! Eddachichi dice que eso tiene su explicación. España, antes de la guerra civil, no era un país pobre. Ha pasado por los desastres de la guerra, la posguerra, (Alemania... toda Europa pasó por eso) no tenían donde caerse muertos, y ahora se han recuperado (Lahchiri: 2006, 113).

Y piensa en lo que acaba de leer en el prólogo del libro sobre el Marruecos de Hassan II que está leyendo —de un periodista francés de la agencia AFP—. Hace un esfuerzo para recordar

> que el Marruecos de 1955 no estaba en la misma situación que España y Portugal, como se suele decir en Marruecos. El índice de alfabetización de los portugueses y de los españoles era mucho más elevado a mediados de los 50 que en Marruecos. Las bases de una industrialización ya existían en España. Sobre la corrupción, dice que estaba lejos de alcanzar en la Península —bajo Franco y Salazar— los niveles que siempre ha tenido en Marruecos, incluso en la época del Protectorado (Lahchiri: 2006, 113).

2.6. Una escuela malograda

Una consecuencia del final del Protectorado español en Marruecos, nefasta para los chicos de la barriada del Príncipe Alfonso (perdieron nada menos que su escuela y su maestro de árabe), la encontramos en el relato "Las entradas de Al-Mudarris":

> Estudiamos en la *essecuila* hasta que la cerraron. La calamidad se nos echó encima hacia 1956, 1957 (…) Y creo que tuvo que ver con la independencia de Marruecos (…).
>
> Un mal día, oímos a Al Mudarris decir a los chicos mayorcitos, que siempre se plantaban en los bancos delanteros y eran los que gozaban siempre del privilegio de hablar con él, que la escuela iba a cerrar y que a él lo habían llamado de Tetuán (…).
>
> Algunos de la clase —los mayorcitos— dejaron de estudiar para arremangarse y ponerse a surcar un pedacito de sitio en el mundo de los mayores. El resto respondió a la llamada de la frontera. Por allá llegaban noticias del Sultán Mohammed ben Yussef y gritos de que ¡Marruecos es nuestro y de nadie más! En Fnideq (que todavía se llamaba Castillejos) había una escuela marroquí, con internado. Éramos musulmanes y en las escuelas españolas de Ceuta no había ni pío de árabe. (Lahchiri: 2004, 85).

Con un pasaje similar a este, con ese futuro prometedor (de bienestar, de justicia, de libertades democráticas…) que llenaba las vidas de los musulmanes de Ceuta y de todos los marroquíes, ante la vuelta del sultán del exilio y el final del Protectorado, llegamos a mi cuarto libro de relatos, *Un cine en el Príncipe Alfonso*, publicado en Casablanca en septiembre de 2011.

> Además de éstos y de otros sueños descabellados, propios de la edad, como ser tarzanes, actores o cantantes, con fans bonitas y rubias (…), aquellos críos tenían también sueños con pies en el suelo.
>
> Cuando se les preguntaba qué querían ser de mayores, sus respuestas les separaban en dos bandos:
>
> — El de los listos, cuyos maestros decían que les esperaba un buen futuro y que hacían chisporrotear grandes ilusiones dentro de la familia, la mayoría con las miradas cruzando la frontera del Tarajal hacia Marruecos. Algunos estudiaban en la escuela primaria de Castillejos, comiendo, durmiendo y haciéndose vacunas ahí, todo a cargo del majzén marroquí, que acababa de tomar las riendas del poder (que había sido entregado —vendido por dos perras, dicen algunos— a franceses y españoles, décadas atrás, por los gloriosos antepasados) y se dedicaba a atiborrar las cabezas, con gaitas y atabales, de sueños del Marruecos uno, grande, libre, democrático, moderno, rico, etc. (los listos querían, por tanto, ser funcionarios o militares —oficiales, no soldados— o profesores o médicos, etc., en Marruecos).
>
> — Y el de los que eran burros, quienes (…) estaban aterrorizados ante la posibilidad (temible como una amenaza) de quedarse en Ceuta y verse obligados a la vergüenza del oficio del pico y la pala, como muchos padres o como los mendrugos

> procedentes de los montes cercanos... y tenían los ojos fijos como clavos en la orilla norte de su Estrecho: sacarse como fuera aquel pasaporte verde imposible, coger el barco y cruzar hacia la Península, coger un tren en Algeciras hasta Madrid y luego hasta Irún, destino: Bélgica, Holanda o Alemania. (Lahchiri: 2011,160).

2.7. *Una historia repelente*

Aquellas grandes esperanzas surgidas con el regreso del rey Mohammed V de Madagascar y la independencia de Marruecos, de "un país que era nuestro país (…) Que ya era soberano. Que iba a ser grande. Tan grande como en tiempos pretéritos. Teníamos un sultán y todo" (Lahchiri: 2004,100), desembocaron, para la inmensa mayoría de los marroquíes y para muchos musulmanes ceutíes, en una gran frustración.

En "El morito de Arcila", el personaje de Eddachichi piensa que

> en aquel entonces todos pensábamos que Marruecos, con la independencia aún fresquita, iba a convertirse en un gran país. Estábamos seguros de que Marruecos iba hacia arriba... Sin embargo, ¡míranos!, cruzando el Estrecho en pateras en busca de oficios menudos, ante los que los españoles no se dignan acuclillarse (Lahchiri: 2006, 120).

Y en la novela *Una historia repelente*, este tema ocupa varios capítulos, en los que el protagonista —un ceutí llamado Alí—, primero habla de los chicos ceutíes que fueron a seguir sus estudios en Marruecos:

> La mayoría éramos antiguos compañeros de clase protagonistas de aquel fenómeno que comenzó allá por los años de la postindependencia de Marruecos, cuando los chavales estudiábamos en Tetuán y poco a poco terminamos dividiéndonos en dos grupos: los que volvieron a Ceuta —que formaban el grupo más numeroso— arrastrando su fracaso en los estudios y dando a la familia el mayor disgusto de esos años (…) y los listos, que, a medida que avanzábamos en los estudios éramos cada vez menos, la flor y nata de la morería de la patria chica (...).
>
> Ahora los ex fracasados, los que aún daban señales de vida, por la patria chica, que no eran pocos, eran ciudadanos que llevaban una vida cómoda, con familia e ignorando totalmente los aprietos en los que se debatían —en las segundas mitades de cada mes, en cada Aid El Kebir, cada vuelta al colegio...— los antiguos alumnos brillantes antaño orgullo de su familia y de la morería ceutí, ahora funcionarios, profes, la mayoría, algunos, policías, militares, en Marruecos. Bueno, unos pocos se hartaron, abandonaron sus puestos y volvieron a Ceuta.
>
> Yo conocía a tres, pero eran de la generación inmediatamente anterior a la nuestra.
>
> Los de esa primera generación de la postindependencia dieron el salto casi todos (los que estudiaban y eran espabilados, claro), en cuanto se oyó hablar de la vuelta del Sultán y cantar que Marruecos es nuestro y de nadie más. Militares, policías, agentes de higiene la mayoría.
>
> Ahora, en este ya año final de milenio, muchos de ellos están seguramente contemplando —con esa amarga ironía, de los envejecidos a quienes los zaran-

deos de tantos años han enseñado tanto— las intentonas cotidianas de saltarse el Estrecho cometidas por los desheredados de la gran patria (sobre la que ellos saltaron con esas ganas hace ya más de tres décadas) para quienes la verdadera patria ya parece que tiene otro nombre: el pan nuestro de cada día (Lahchiri: 2004,120).

Y luego cuenta lo que le pasó a un tío suyo, Ahmed, quien, en cuanto vio las primeras señales del final del Protectorado, saltó sobre la ocasión de alistarse en el ejército del Marruecos independiente:

Cómo le queríamos. Ahora más porque ya está muerto (…).

¡Qué grande eras y qué grande me hacías —qué grandes nos hacías a todos tus sobrinos— cuando entrabas a nuestra Ceuta del alma con tu uniforme verde botella de las Fuerzas Armadas de Su Majestad el Sultán Mohammed V!

No había tebeos en nuestra lengua y nuestros héroes de la tierna edad estaban escritos en cristiano, pero tú llegaste con tu uniforme, tu optimismo incontenible, tu orgullo de ser marroquí, tu bondad y tu amor por nosotros y te convertiste en nuestro héroe vivo y hablado en la lengua que mamamos con la leche de los pechos de nuestras madres (Lahchiri: 2004).

Después:

El frío de las cosas ya estaba penetrándonos, sin que nos diésemos cuenta.

A habibi Ahmed se le desbocaban coletazos de amargura. (…) En sus cartas hablaba de la voluntad de Al-lah, que es el que ha escrito que las cosas ocurriesen así y no de otra forma. Las escribía en español. Creo que no sabía árabe, o sabía muy poco. Yo era quien se las traducía a la abuela (…) Fue al Sáhara con la Marcha Verde y ahí se quedó hasta que se retiró. Fue a vivir en Alcazarquivir con 1.000 dirhams de pensión. Qué pena nos daba nuestro héroe de los años juveniles. Para colmo, cometió la metedura de pata de casarse —por aquello de que casarse es un mandamiento de Al-lah, igual que las cinco oraciones, el ayuno, la ayuda al indigente o el hach—, fue a vivir a Fnideq para hacerse ahí un pasaporte que le facilitase la entrada a Ceuta y trabajar de contrabandista. Mi madre le ayudaba mucho, aunque no tenía gran cosa. Sigue dándome una gran pena recordarlo con la recién nacida independencia de Marruecos, en Ceuta, en el barrio de moros, cristianos y gitanos, con su uniforme verde oliva y esa boina de un color verde distinto al del uniforme, mis primos y yo inflándonos al decir a la chiquillería del barrio: Es habibi Ahmed. Y después, mucho después, en sus últimos años, derrotado, arrastrándose por la aduana española y marroquí con sus bultos para poder dar de comer a los vástagos que le estaba dando uno tras otro su mujer, mucho más joven que él. Cuando mi madre me oyó decir un día: Pobre mi tío, con un pedazo de pena por él llenándome el rostro, me dijo que ¿por qué pobre? Es un hombre y está trabajando por sus hijos.

Y luego su martillazo: Qué se va a hacer. Así ha hecho Al-lah este valle de dolores.

Tenía cuatro hijos cuando se murió. Y en sus últimos días estaba en contacto con un abogado ceutí sobre la posibilidad de recuperar su derecho a residir en Ceuta, por ser natural de ahí. Para recibir alguna ayudita y tener derecho a curarse gra-

tis si caía enfermo. No, nunca cayó enfermo, dice mi madre. Cuando cayó, cayó de verdad (Lahchiri: 2004).

2.8. Conclusión: "Moras pisoteadas"

Como conclusión, recurro a unas reflexiones muy pesimistas del personaje principal del relato "Moras pisoteadas", que cierra mi libro de relatos *Una tumbita en Sidi Embarek*, en los que se da una visión muy negativa de las más de cinco décadas de independencia del Marruecos moderno:

> Más de cuarenta años —se están celebrando los 50 años de la independencia del país— en los que los moros de la morería fueron pisoteados, machacados con saña. Medio siglo en el que acabamos como estas moras caídas que convierten el paso por la acera y los adoquines de la calleja paralela a la parte del palacio que da a al-Ahbas, en un andar pegajoso.
>
> Medio siglo después, esto es un hervidero de rateros —la palabra es casi ratas o ratones— corruptos, prostituidos hasta la médula, sin una pizca de escrúpulos, con muchamucha pocavergüenza. ¿Cuál fue la palabra por la que aquel sindicalista fue condenado a varios años de cárcel, con Hassan II aún vivo? Dijo que los ministros eran una turba de bandía (palabra casablanquesa procedente de la "bandits" francesa) y el diario español que le había hecho la entrevista la tradujo por: mangantes. Una palabra que le costó varios años entre rejas (por injurias). No sólo los ministros, señor Sindicalista, la inmensamensa mayoría de nosotros es mangante.
>
> Primero nos han pisoteado, como a las moras de acera, y después de haberse asegurado de que estábamos bien machacaditos, se pusieron a enseñarnos —con el comportamiento y no con los consejos, como aconsejan los especialistas de la educación que hay que enseñar a los nenes— a ser hijos de perra; esto es, corruptos hasta el culo, mucho más falsos que todos los ejemplos de la falsedad registrados por la historia, y un nauseabundo etcétera; toda una maquinaria de Ministerio del Interior en marcha para encauzar en la normalidad el mentir, el ser corruptos, el romperle el pescuezo a los escrúpulos, a los principios, en suma: aceptar todo, absolutamente todo por el dinero; volcándonos encima vómitos de desprecio doloroso y descorazonador de cristianillos valientes, a los que la vida ha hecho rodar hasta tierra de moros.
>
> Y la jugada le salió redondadonda al siniestro Ministerio y al adalid; todo les sale redondo a todos los adalides de este nuestro mundo árabe musulmán que nos ha tocado, y que, cada vez que se les ocurre organizar elecciones, las despachan todas con victorias increíbles del 99, 99 por ciento de votos a favor.
>
> Y en este punto, ya cerquita del instituto, pilla aquel chiste que se contaban los marroquíes en los años sesenta y setenta, en el que un grupo de alumnos —altezas reales, altezas a secas e hijos de grandes familias seleccionadas— se encuentran estudiando geografía en el Colegio Real y el maestro abre un mapa y se pone a preguntar:
>
> — ¿Esto qué es?
>
> Y el alumno de turno responde:

— Francia…

— Italia…

— España, etc.

Y de pronto, el maestro pone el dedo —o la regla— en el mapa de Marruecos y un principito responde:

Eso es la finca de mi tío… (Lahchiri: 2006, 130).

Esto es, la finca de su tío el rey Hassan II…

Bibliografía

LACHIRI, M.: *Pedacitos entrañables,* Casablanca: Serar, 1994.
— *Cuentos ceutís,* Casablanca: Dar Karaouines, 2004.
— *Una tumbita en Sidi Embarek*: Casablanca: Dar Karaouines, 2006.
— *Un cine en el Príncipe Alfonso y otros relatos*: Casablanca: Dar Karaouines, 2011.
— *Una historia repelente* (novela publicada por entregas en el periódico *La Mañana*): Casablanca, 2001.

Igueriben noventa años después

Rafael Martínez-Simancas Sánchez

En la película *Patton* hay un momento en el que le llevan a presenciar las ruinas de Cartago y le quieren explicar dónde sucedió la batalla con Roma y él corta el discurso diciendo: "yo ya he estado aquí". Patton sabía leer un campo de batalla donde otros solo veríamos ruinas y hierbajos.

En noviembre de 2008, justo el día en el que se acababa el Ramadán, cruzamos la frontera de Beni Enzar que separa Melilla con Marruecos (el mayor salto del PIB en el mundo, dos territorios tan diferentes que puedes llegar a pensar que no has pasado por una frontera sino que has cruzado un agujero del túnel del tiempo). La expedición la formábamos el coronel Benito Gallardo, nuestro "Patton" capaz de darle sentido a un campo de batalla, mi amigo el escritor David Torres y yo. Para agilizar los trámites fronterizos aprovechamos las primeras luces del día, lo que no contábamos era con despertar al gendarme marroquí. Sin duda que había tenido una noche muy dura aquel tipo dormido en la silla apoyado con los brazos sobre el mostrador de los pasaportes. "Poned que sois oficinistas del BBVA", dijo Benito; "¿Y por qué?", preguntó David. "¡Coño, tú ponlo, si dices que eres escritor o periodista entonces este tío se despierta, se orienta y no pasamos nunca!", fue un argumento de peso. Esto de ir con la verdad por de-

lante nunca fue buena cosa, la sinceridad a destiempo resulta extremadamente perjudicial.

De esa manera, convertidos en oficinistas de banco, y con bastante sueño, cruzamos la frontera de la Historia, de la Literatura y de las emociones porque nos dirigíamos a Annual que hasta ese momento para mí era una realidad literaria, desconocida pero mil veces recreada con todas las trampas y licencias que permite la ficción. Unas sensaciones que ponían la carne de gallina al contemplar por primera vez la Mar Chica de Nador que conocía por el relato que dejó escrito Carlota Leret, la mujer del aviador que se mantuvo fiel a la República en el 36 y acabó fusilado; y una emoción final por descubrir el cerro de Igueriben que tantas veces había recorrido con la lectura del libro que dejó escrito el único superviviente de aquellos días de julio de 1921, el teniente Casado. Todo mezclado con los relatos de Juan Pando, Lorenzo Silva, Ramón J. Sender y el *Expediente Picasso*.

De niño viví en Ceuta y conozco bien lo que hay al otro lado de la frontera con Marruecos, también estuve en El Aaiún en la época en la que fue provincia española del Sáhara, me faltaba poner pie en el Rif que durante años alimentó los miedos nocturnos de los españoles que veían cómo sus hijos iban a luchar contra el moro y, a pesar de pertenecer a un ejército organizado, eran incapaces de encontrar la paz en aquel territorio en el que hubo tantas bajas que por cada hierba que crece hay debajo un soldado español o el esqueleto de algún rifeño. En el Rif tuvo mando el temido Abd el-Krim que en 1921 estuvo a las puertas de Melilla, ciudad que no tomó, nunca sabremos bien por qué, después de haber corrido a pelo al ejército de Silvestre, o a lo que quedaba de él después de la rendición de Monte Arruit y posterior saqueo de la plaza tras fusilar a los defensores que salían con los brazos en alto a pesar de haber pactado el general Navarro su entrega a cambio de ser respetados.

Todo aquello lo sabía porque lo había leído previamente; me sorprendía que el resto de mis compañeros de profesión, o amigos dedicados a otros oficios, lo ignoraran en profundidad y algunos tuvieran cierto pudor a la hora de adentrarse en temática militar por si pudieran caer en el canto al guerrero. En cambio cualquier francés tiene claro dónde está Verdún y cuál fue el papel de Pétain o del mariscal Foch. En Europa se tiene una conciencia nítida de lo que pasó durante la I Guerra Mundial que trascurrió entre 1914 y 1918, en cambio en España desconocemos por completo lo ocurrido en Annual en 1921. Y, por supuesto las campañas anteriores en el Rif que fueron origen del "desastre", las del año nueve y el once. Durante los largos años de la dictadura de Franco todo lo que fuera uniforme se veía

con recelo, pero es que en esa ignorancia también se incluye de manera infame a la tropa, los hijos de la Patria que desempeñaron su papel y cayeron víctimas en muchas ocasiones de una desorganización del mando clamorosa. Lo que ocurrió en Annual no solo fue un problema de estrategia entre el general Silvestre y Abd el-Krim, aquella tropa mal equipada y peor alimentada había caído por nada, su muerte fue ocultada por el silencio oficial, los años pasaron y se extinguió su recuerdo.

Me resultaba difícil entender cómo España le había dado la espalda a una generación que luchó en Cuba, o en Filipinas, más tarde estuvo en las campañas del 9 y del 11, por supuesto en Annual en el 21, y llegó "viva" (que es mucho decir) a la guerra civil de 1936. Demasiado plomo para una sola generación, demasiada responsabilidad histórica, demasiado honor mal entendido y demasiadas vidas desperdiciadas, muchos de ellos muertos anónimos cuyos cadáveres no aparecieron o, lo que es más triste, no fueron reclamados. Tras el "desastre" iban y venían de Málaga a Melilla en barco las viudas y las madres para identificar a los suyos pero no todas pudieron hacerlo porque no pudieron pagarse el viaje a África.

Aquella tropa había desaparecido de nuestro pasado, unos dicen que por vergüenza militar al desastre encajado, otros se apuntan al alto índice de analfabetismo y a las escasas informaciones que llegaban de corresponsales de periódicos de aquellas fechas. El Rif estuvo siempre muy lejos de la Península y más que se encargó la propaganda oficial de situarlo; las atrocidades de la guerra amargaron los sueños de varias generaciones de españoles, ¡y si a los que estaban aquí, a cubierto, les parecía terrible habría que escuchar lo que relataron los supervivientes que regresaron en un vapor a Melilla año y medio después de haber caído en el cautiverio! Sí, por esos por los que se pagó un rescate y a los que Alfonso XIII dedicó una de sus frases más abyectas: "¡qué cara es la carne de gallina!".

Tuve suerte en transitar por la geografía de la historia en el "todo camino" de Benito Gallardo, un coche que brinca por senderos por los que resbalaría una cabra. Si no llega a ser por las narraciones vivas del coronel Gallardo me hubiera enterado menos de la mitad. Cuando llegas a un campo de batalla por el que han pasado noventa años y no eres ni Patton, ni experto en milicia, te puedes quedar con cara de excursionista que no encuentra el tapón de la cantimplora. Hacía falta que Benito nos explicara dónde estuvo el puesto de mando de Silvestre en Annual y en qué lugares se localizan nombres que fueron claves: Abarrán, Sidi-Dris, Igueriben, las posiciones A y B, el terrible barranco de Izúmar que hoy es una mansa carretera asfaltada que, en el día de la retirada, se convirtió en una trampa mortal

polvorienta para miles de soldados españoles que huían despavoridos sin tiempo para mirar hacia atrás. Y, por supuesto, el pozo en el que un guerrero culto, el coronel Morales, encontró la muerte siendo posteriormente el único cadáver que devolvió Abd el-Krim en razón a la vieja amistad que los había unido. La labor didáctica que desarrolla Benito Gallardo debería estar reconocida como bien de interés cultural, siempre está dispuesto a viajar a aquella zona y gracias a su prodigiosa memoria consigues situarte en algo que pasó hace casi un siglo y que, en los libros de Historia, se cita de puntillas, por lo que significó de trauma para la sociedad española y en concreto para su Ejército que se vio humillado ante las harcas de Abd el-Krim que previamente fueron ninguneadas con poco acierto. Cuando se quiso reaccionar fue demasiado tarde quizá por eso nunca mejor bautizado el asunto como "desastre". En términos militares se dice que Silvestre prolongó en exceso la "línea de elasticidad" del cuerpo del ejército que en caso de haber estado más concentrado podría haber respondido a las agresiones de mejor manera. Uno de los puestos en los que se dejaron la vida un puñado de hombres fue Igueriben, en el flanco sur de Annual.

El ascenso a la antigua posición defendida por el laureado comandante malagueño Julio Benítez se ha de hacer cruzando un poblado y, en concreto, el patio de un vecino que generosamente cede el paso y ya está acostumbrado a ver a Benito Gallardo acompañando a otros curiosos que van con él. Aquel día, como había acabado el Ramadán, daban cuenta de un cordero asado. El olor a cordero llegaba mas lejos de la línea de chumberas que servía para delimitar el territorio de la casa. Unos niños salieron a nuestro encuentro, uno de ellos con un problema en un ojo que, en Europa, hubiera sido resuelto en una consulta sin entrar en quirófano. Sobre unas ascuas se tostaba la cabeza del cordero que de manera macabra sonreía porque no tenía labios. Eso es el Rif, una zona donde los niños juegan todavía a recoger balas enterradas y restos de alambradas de las posiciones españolas. Quedan muy pocos viejos que recuerden el conflicto con los españoles (y los que lo recuerden será porque se lo contaron sus padres), ahora los niños llevan camisetas del Real Madrid o del Barcelona y los aficionados se reúnen ante el televisor del Bar Barcelona de Monte Arruit para reclamar penalti en caso de entrada dudosa. El Rif es probablemente la zona menos desarrollada de Marruecos, entre otras cosas, porque al anterior monarca, Mohamed V, no le gustaba el carácter independiente y guerrero de su gente que poco o nada tienen que ver con los ciudadanos de la prefectura de Rabat. Esos motivos históricos han marcado un injusto castigo en el desarrollo del Rif.

Para subir a Igueriben, hacerlo atravesando la casa del amable paisano es el camino más fácil; en ausencia de sendero lo suyo es poner los pies donde los coloca Benito e ir de manera lenta hacia la cumbre pero teniendo en cuenta que algún resbalón habrá de darse por el camino y, por supuesto, no mirar nunca hacia abajo porque la sensación de vértigo está muy presente. "Pasitos cortos para llegar lejos", repetía Benito. Nosotros íbamos ligeros, sin correajes ni armas, así que supongo el martirio que debió ser ascender o bajar esa loma sin acabar dando con los dientes en el suelo. Nuestro ascenso fue por la ladera noroeste, el lado sur de Igueriben es una cortada de caída pronunciada e imposible de ascender y el norte que da a Annual presenta en algunas zonas, no todas, una disposición más amable para el caminante. En el camino conviene hacer alguna pequeña parada para reconstruir la respiración y bajar las pulsaciones bastante aceleradas por el esfuerzo. Cuando coronas, y eres capaz de situarte, es cuando te das cuenta de la dimensión de la heroicidad del destacamento que mandó Julio Benítez. Allá arriba no hay nada más que un suelo duro, algunas hierbas bajas azotadas por el viento, ausencia de árboles y por lo tanto de sombras, y restos de las tiendas de los defensores que se mantienen aunque sea el círculo formado por las piedras que sirvieron de base. La vista es impresionante: el mar parece quedar cerca y supongo que esa vía de escape la tuvieron en mente muchos defensores entre los días 17 y 21 de julio de 1921. Desde lo alto de Igueriben se entiende mejor la tragedia de Annual: pequeños puestos destacados en condiciones ínfimas para su defensa, por supuesto que en Igueriben no hay pozo de agua, por lo tanto estuvieron a merced de un sol terrorífico que caía durante el mes de julio más caluroso del siglo XX según las notas de los meteorólogos. Sin agua, sin sombra, sin posibilidad de auxilio, pero viendo Annual muy cerca, a tan solo cinco kilómetros, los defensores sucumbieron de manera infame y sus cuerpos quedaron insepultos entre otros motivos porque en un suelo tan duro es imposible excavar fosas. También es fácil imaginar el hedor mezclado con los cadáveres de las mulas que sirvieron para transportar la aguada en los días previos al asedio de la posición.

Nada de esto existe de manera oficial. Si no hubiera sido por el libro y los dibujos que dejó el teniente Casado no habría quedado constancia de ese hecho de armas que contó con un último y dramático mensaje de heliógrafo: "los de Igueriben no se rinden" (Silvestre los había autorizado a capitular después de verse incapaz de recuperar el cerro y tras varios intentos que acabaron mal), "me quedan doce balas de cañón, contadlas, y al duodécimo disparo tirad sobre nosotros porque estaremos envueltos con los

moros". Fue el propio Benítez el encargado de organizar la retirada de la tropa que, en sus palabras, no habían tenido culpa de los errores cometidos por el mando; formó dos líneas de apoyo con oficiales y suboficiales y de esa manera algunos pudieron salvarse de aquella atrocidad. Benítez cayó ante la alambrada de acceso a la posición después de recibir un disparo en el estómago y otro en la cabeza. Por su actuación le fue concedida la Laureada de San Fernando.

Pero, repito, nada de eso existe de manera oficial porque no hay reseña alguna que se pueda ver en la cima de Igueriben, ni marca en el camino que te lleve desde la Loma de los Árboles hasta la posición. Ni ahora, ni en la época del Protectorado, hubo nadie que tuviera la piadosa misión de colocar una placa en honor a los caídos o de levantar una cruz en aquellos años en los que todo se hacía en connivencia con la Iglesia. Y eso es lo más injusto del relato del asedio a Igueriben: el abandono a los caídos, la desmemoria con sus almas, el silencio de aquello que pasó y que se acumula en la niebla de la Historia juntándose con otras acciones de aquellos días: Abarrán, Sidi Dris, Izúmar, Monte Arruit, Zeluán. Todo eso forma un tratado de olvido que nos es tan propio, "el español desprecia cuanto ignora" escribiría años más tarde Antonio Machado.

Escuchar a Benito Gallardo cómo se disponía la defensa de la posición es muy didáctico porque así tomas conciencia de dónde estuvieron los pozos de tiradores, las dos piezas de artillería, las dos líneas de alambrada; por qué se rebajaba el suelo de las tiendas de campaña (para quedar por debajo de los francotiradores); dónde estaban las letrinas de día y las de noche, la cocina, las tiendas de tropa y las de mando; en qué lugar de la loma estuvo el puesto avanzado que servía de primer acceso; por dónde los hostigó el cañón de Abd el-Krim, probablemente uno de los incautados tras la caída de Abarrán. Ahora todo estaba en silencio, pero repasando la lista de los que cayeron podías escuchar el ruido de la batalla que comenzó con estruendo y terminó contando las balas, en concreto las veinte que se repartieron por última vez entre cada defensor. Algunos se guardaron la última bala para ellos, otros atendieron la súplica de los heridos que pedían acabar con su vida antes de caer en manos del enemigo. Las horas finales debieron ser pavorosas y de ellas nada queda. El silencio de la cima de Igueriben sería ideal para un observador del vuelo de las aves porque desde esa plataforma se les ve planear sobre Annual. Nada nos haría sospechar que allí se dio una batalla tremenda entre hombres de uniforme y hombres con chilaba.

Según cuenta Casado, Benítez observó con sus gemelos cómo los jefes de varias harcas se reunían para entronizar a un nuevo notable. Dicen que

Benítez supo que se trataba de Abd el-Krim y pidió permiso al mando en Annual para disparar sobre los reunidos, pero se lo denegaron. De ser cierto habría acabado con el episodio de Annual, aunque tampoco es difícil aventurar que el general Silvestre no hubiera pisado nuevos charcos con sus siempre lustrosas botas de Caballería, pues en su naturaleza altanera faltaba tacto diplomático y sobraba testosterona a granel. En realidad el destino de Silvestre me importaba menos que la desventura de los que cayeron en Igueriben que sí merecieron un final mejor. Subir la loma para luego leer con detenimiento sus nombres es un homenaje obligado. Murieron sedientos tras compartir una lata con sus propios orines mezclada con tinta y con zumo de otras latas de conserva. Cayeron con la ropa hecha jirones, la cara quemada por el sol, los labios secos, las uñas sucias con tierra y los ojos abiertos como el que espera ver con curiosidad algo después de la muerte. Se tuvieron que tapar los oídos por la noche para no escuchar el coro de voces de los atacantes que no dejaron de acosar la posición desde el primer momento; fueron valientes porque superaron el miedo de morir con el cuello cortado por las gumías. Sin duda que dieron lo mejor que tenían, sus vidas, para una causa perdida y alocada en manos de un general veleta que aspiraba a tomar el té con el rey en Alhucemas el día de Santiago. Todo por eso, todo por una Patria que les negó una tumba en condiciones. Fueron carne de buitres, y los que sobrevivieron tuvieron que replegarse con la columna de Navarro (otros fallecieron tras empacharse de agua en Annual). Muchas de las desgracias españolas que vendrían después en el siglo XX tuvieron su origen en los combates del cerro de Igueriben donde hoy nada queda. Los diversos ministros de Defensa que ha habido tuvieron la oportunidad de rendir un homenaje a los caídos, pero recordemos que lo mejor que sabe hacer España es olvidar a sus hijos y darles la espalda.

Por suerte queda la memoria del coronel Benito Gallardo que vale por todo el cuerpo de ejército de Silvestre y en unas horas te sitúa sobre la cima de la Historia para que puedas tomar conciencia. Por fortuna España no combate en el Rif y los únicos conflictos con los rifeños pueden venir de las acciones de Ronaldo o Messi dentro del área. La desgracia es que ese niño medio tuerto de Annual no pueda recibir asistencia sanitaria en condiciones, para él no han pasado noventa años porque su vida está instalada en otra época. Si él, o sus amigos, les ofrecen unas balas no les regateen y paguen el precio que les piden. Ellos también son nietos de bravos guerreros como se dice en el monumento dedicado a Abd el-Krim. El monumento a Julio Benítez está al otro lado del mar, escondido entre palmeras en un parque de Málaga.

Hijos del olvido

Carlos Tessainer y Tomasich

Cuando se me brindó la oportunidad de participar en el proyecto de la empresa Iberdrola para abordar desde una visión multidisciplinar la presencia de España en el norte de Marruecos durante el siglo XX, y concretamente en el período del Protectorado (1912-1956), pensé antes de aceptar, ¿qué podía yo aportar al mismo?, sobre todo sin defraudar la confianza que con el ofrecimiento en mí se depositaba. Aun incluso, cuando comienzo a escribir estas líneas, y bulléndome en la mente ideas a borbotones, debo confesar que guardo ciertas reticencias acerca del interés que mis reflexiones puedan tener.

Sin duda ha constituido un aliciente el hecho de que lo que se me pide, tenga más de ensayo divulgativo o reflexión que de estudio académico. Resulta placentero escribir sin tener que enredarse en investigaciones que, en muchos casos, restan espontaneidad a las reflexiones y, en otros, pueden aburrir al lector. Y esta matización la hace alguien que, quien como yo, es historiador…

Decido además escribir en primera persona, queriendo con ello ser más directo, buscando quizás cierta complicidad con el lector, dándole asimismo a este ensayo calor y un toque fundamentalmente humano.

Pero existen otras motivaciones que moralmente me *obligaban* a participar en el proyecto. Efectivamente, este recién pasado año 2012 se han cumplido cien años desde el establecimiento oficial del Protectorado de España en la zona norte de Marruecos, tras los Acuerdos franco-españoles del 27 de noviembre de 1912. Pero a nivel personal y afectivo, ha sucedido también una pequeña efeméride en mi ámbito familiar. El 30 de agosto de 1912, mi abuelo paterno, Ferdinand Tessainer, desembarcaba en el puerto de Tánger. Tenía la nacionalidad del antiguo Imperio austrohúngaro, de donde era originario tanto él como toda su familia. Pero habiéndose trasladado a residir al entonces Imperio alemán —donde se casó con mi abuela Anna Sprenger en 1909 y, en 1910, nació mi padre— allí le surgió la oportunidad de trasladarse a Marruecos, pues la compañía en la que trabajaba, la *Sager und Woerner* de Múnich, le ofreció la posibilidad de mejorar su situación laboral, aceptando el puesto que le asignó la empresa en las obras de construcción del ferrocarril Larache-Alcazarquivir, que el entonces independiente Majzén cherifiano le había encargado a la mencionada compañía alemana. Al año siguiente, en 1913, llegaban a Marruecos mi abuela Anna y mi padre Guido. Mi abuelo inicialmente fijó su residencia en Larache en el campamento que los alemanes habían construido en "La Otra Banda" (en la margen derecha de la desembocadura del río Lukus), ya que, a su llegada, se le encomendó la supervisión de las obras del puerto de Larache, que también llevaba a cabo la compañía *Sager und Woerner*; poco tiempo después, le encargaban la supervisión de las obras del ferrocarril, para lo cual fijó su residencia en Auámara. Todos ellos salieron del Imperio alemán y, tras cruzar Francia de norte a sur, embarcaron en Marsella con destino a Tánger. Y los tres aprendieron a hablar el árabe antes que el español…

Una pequeña historia familiar cuanto menos interesante, prolija en un sinfín de detalles avalados documentalmente y que ha supuesto para mí un estímulo de no poco peso a la hora de escribir estas líneas. Toda ella, con el título de "El *maalen* Fernando", apareció en el boletín de la asociación *La Medina* en el mes de mayo del año 2000.

No podía ni debía fallar a mis mayores, no podía permitirme el dejar de aportar, aunque fuesen unas líneas, con ocasión de cumplirse en el mismo año el centenario del establecimiento del Protectorado de España sobre el norte de Marruecos y la llegada de mi abuelo paterno al entonces Imperio cherifiano donde le nacieron dos hijos más: Karl (muerto a corta edad) y Elisabeth. Él falleció en Larache, rodeado del respeto de muchos y sobre todo del afecto de los marroquíes y su tumba en el cementerio cristiano de Sidi Laarbi —de la que aún nos preocupamos que esté limpia y en condi-

ciones— queda como testigo mudo de quien llegó a un Marruecos aún independiente y falleció en plena etapa colonial.

Con él, se halla enterrado mi padrino de bautismo, Federico-Werner Kell, fallecido en Larache en 1958. Era familia de mi padre e hijo de Josef Kell, el último representante del Imperio austrohúngaro en Larache. Murió siendo yo muy pequeño, por lo que casi no me acuerdo de él. Pero de nuevo me encontraba con otro motivo de peso, desde el punto de vista emocional, para colaborar en esta obra colectiva.

Son demasiados los lazos que me unen a la tierra marroquí que fue administrada durante casi cuarenta y cuatro años por España como para no ya solo aportar un granito de arena a este trabajo, sino que además sea para mí motivo de orgullo y satisfacción.

Pero con todo lo contado, no finaliza el nexo estrecho y profundo que me une a Marruecos. Gracias a las gestiones encomendadas al vicecónsul de Gran Bretaña en Larache Lewis Forde, mi abuela materna y mi madre pudieron salir de Madrid a finales de 1937, en plena Guerra Civil. Fueron trasladadas desde Madrid a Valencia en un autobús, que era detenido en innumerables controles en los que, tras los oportunos registros e identificaciones, más de uno de sus compañeros de viaje fue fusilado en la cuneta. En Valencia, fueron embarcadas rumbo a Marsella. Allí, tras quitarles las autoridades galas el poco dinero que llevaban, las condujeron por las faldas del Pirineo francés, parte en tren, parte andando. Y volvieron a entrar a España por Hendaya. En el País Vasco cogieron un avión que, tras ir bordeando la zona republicana aterrizó en Tetuán. Sin duda todo este periplo, bien merece en sí mismo otra historia aparte… Seis meses después, en junio de 1938, mis padres se casaban en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Larache, y allí nacimos sus cuatro hijos (yo lo hice en Tetuán, como ha comentado en alguna ocasión un paisano médico por "prescripción facultativa"). Las raíces de mi familia con la zona norte de Marruecos se hicieron con ello más profundas.

Fui el único de los hermanos que nació siendo ya Marruecos independiente: reinaba Mohamed V. Pero debo reconocer que me siento producto del colonialismo, hijo del Protectorado. La historia familiar contada a grandes trazos y la numerosa colonia española residente durante bastantes años en el norte marroquí tras 1956, donde viví hasta los diecisiete años, tal vez sean las responsables de este sentir.

Pienso que lo contado hasta aquí tiene en sí mismo la suficiente entidad para implicarme en lo que se me ofrecía. Aunque sin duda al contactar conmigo, no lo hayan hecho por todo lo que antecede y hago ahora partí-

cipes a los lectores, cuestiones que quien me propuso la colaboración, no tenía por qué saber. El ofrecimiento vino marcado por considerarme especialista en el apartado "La vertiente literaria" y dentro de él en el epígrafe "Los autores y sus obras", para reflexionar acerca de lo que el Protectorado ha supuesto en mi producción literaria.

Hace pocas fechas, el destino me ha deparado de manera inesperada la oportunidad de contemplar la reproducción impresa de un cuadro del pintor marroquí Rachid Hanbali (Sidi Ifni, 1970) en el que aparecen dos ancianos marroquíes, tal vez marido y mujer, sentados apaciblemente al sol en la puerta de lo que bien pudiera ser su vivienda: están conversando. Y al instante he recordado la consideración que a menudo mi ya fallecido padre le hacía a mi madre. Cuando ellos se marcharon de Marruecos en diciembre de 1973, se establecieron en Madrid. El choque emocional entre el singular y tranquilo modo de vida que dejaron en Larache y la vorágine de la vida madrileña hizo especial mella en mi padre, que había vivido en Marruecos durante sesenta años, en los que siempre mantuvo relaciones estrechas con los marroquíes, muchos de ellos campesinos. Se encontró aquí en España en una sociedad distinta, en la que, en muchos aspectos, la deshumanización ganaba terreno. Aún no dejaban a los ancianos abandonados en las gasolineras para irse de vacaciones en verano, como luego en ocasiones sucedió. Pero ya había quienes nada querían saber de sus padres ancianos y, sin demasiado miramiento, se "deshacían" de ellos a la menor oportunidad. Era entonces cuando mi padre le decía a mi madre:

> Cada vez admiro más a los *moros*. En las cabilas, cuando los abuelos se hacen viejos, los hijos les construyen una barraca junto a la suya, para que no estén solos, se ocupan de ellos, procuran que no se preocupen de nada, y es muy frecuente verles en la puerta de la choza tomando tranquilamente el sol para calentar sus viejos huesos, a la vez que disfrutan con los juegos de los nietos.

No sé si la sociedad marroquí actual, incluso la rural, se ha deshumanizado actualmente en la misma medida que la española. Pero esta reflexión paterna que nunca olvidé, del Marruecos que él conoció, tomó inmediatamente forma al contemplar el cuadro de Hanbali. Esta fue la gota que colmó el vaso: todos los hilos me conducían y conducen a Marruecos, todos a la época del Protectorado.

Finalizada la carrera y después de algún escarceo con la Historia Contemporánea de Europa, de nuevo el destino en su vertiente investigadora y literaria, me condujo al *Magreb-al-Aksa*, al Imperio de Poniente. Cuando quise hacer la tesis doctoral, y sin conocer hasta ese momento ni tan si-

quiera su existencia, me vi acogido con entusiasmo y consideración en la Sección de África de la Biblioteca Nacional. Se afanaron para informarme acerca de sus fondos y consentí por educación que me los detallasen exhaustivamente. Pero yo ya me había decantado por lo primero con lo que tropecé, aunque me advirtieron la dificultad que entrañaba su investigación, toda vez que estaba sin catalogar. Era un voluminoso fondo sobre Mulay Ahmed el-Raisuni, que se hallaba por tanto sin investigar. Aceptaron que aun en aquel estado pudiese tener acceso a los documentos, los que fui catalogando siguiendo un elemental criterio cronológico. Fui yo el que les dio aquella signatura inicial que me imagino que habrá sido sustituida de manera adecuada al ser informatizado el fondo. Y con respecto a mi director de tesis, el apreciado y ya desaparecido profesor José Urbano Martínez Carreras, esgrimí tal seguridad en lo que quería hacer que, aunque el tema que me sugería era inicialmente otro, cedió ante mi deseo.

A partir de entonces —corría el final de la década de 1980— todos mis trabajos de investigación histórica se han centrado en Marruecos y en la época del Protectorado.

Cuando a comienzos de los años noventa una compañera me animó a lanzarme por la vertiente literaria, sin pensármelo dos veces —y con gran osadía por mi parte—, comencé a escribir una novela ambientada en Marruecos y que tiene la figura del Protectorado como eje central. De ahí surgió mi tercera obra: *Los pájaros del cielo (relato de un reencuentro con Marruecos)*, publicada en el año 2001 en Málaga y reimpresa en el 2007. En ella, y tomando como hilo conductor parte de la historia de mi familia paterna no contada al comienzo de estas líneas, reflexiono sobre el colonialismo en general y dentro de él, lógicamente, sobre la presencia española en el norte de Marruecos.

Cuando se estudia el colonialismo de los siglos XIX y XX, de manera habitual se hace una crítica al mismo hecho colonial en sí, visto por otra parte como manifestación del capitalismo. Y se pone el énfasis en la lucha por la independencia que los pueblos colonizados de Asia y África iniciaron con perseverancia tras la II Guerra Mundial. Lucha justa y lógica, por otra parte. Pero habiéndome declarado producto del colonialismo, me gustaría dejar constancia de los miles de personas repartidas fundamentalmente por Europa que tienen sentimientos encontrados y por tanto el alma dividida.

En el caso del Protectorado español sobre Marruecos, el de todos los nacidos allí, donde pasaron su infancia y adolescencia, incluso el de sus padres, que allí se establecieron animados en la mayoría de los casos por los diversos regímenes de turno que se sucedieron en el convulso siglo XX es-

pañol (monarquía, república, dictadura)—, somos cada vez menos los que vamos quedando. Nuestros mayores —si no han fallecido— son ya muy ancianos y los más jóvenes nacimos ya en la década de 1950 o 1960… Siempre fue para nosotros evidente que aquel no era nuestro país; que, aunque hubiéramos nacido y viviésemos en él, algún día nos marcharíamos a España. Los niños y jóvenes españoles vivimos bien en Marruecos en la década de 1960 y en los primeros años de la de 1970. Gozamos de una buena calidad de vida y de la posibilidad de impregnarnos de una riqueza multicultural que no tiene precio y que aún nos acompaña. Aunque también había sombras: crecimos con la machacona frase repetida por nuestros padres a manera de salmodia: "En el tiempo de los españoles…"; entiéndase del Protectorado, en el que veíamos una especie de paraíso perdido, imbuyéndonos en la creencia de que el tiempo pasado había sido mejor.

Junto a ello y, como telón de fondo, la marcha constante de españoles (se llamaban "expediciones") coordinada durante una época por los consulados de cada ciudad y de la que habitualmente oíamos hablar. Centrándome en mi ciudad —Larache— recuerdo a mi padre dando en casa la noticia de que ya solo quedaban diez mil españoles; a los dos o tres años, recuerdo la cifra de cinco mil; la última que le oí, a comienzos de la década de 1970, fue la de tres mil españoles residentes.

Todo eso creaba, sobre todo en los más jóvenes, una sensación de desesperanza y soledad difíciles de olvidar. Además, poco a poco los productos españoles fueron desapareciendo del mercado, para ser sustituidos por otros fabricados por industrias franco-marroquíes, creándose una extraña y desagradable sensación cuando en la radio o en la televisión —cuyo uso se fue extendiendo— teníamos acceso a emisoras de España que ya nos bombardeaban con anuncios de todo tipo excitando un deseo consumista, desde luego muy alejado del actual. Junto a ello, el idioma francés iba ganando terreno en la zona que había sido administrada por España. Sin duda nuestro país no ha sido modelo en proceso descolonizador alguno.

En la marcha (o regreso) a España, estaba por tanto para todos nosotros y en términos generales la pena por la tierra que dejábamos, pero sobre todo un optimismo parecido al que va a la "tierra prometida". Y nos fuimos, unos antes que otros. Y durante algún tiempo nos sumergimos en nuestro nuevo mundo y con él en una nueva vida. Aquí en España se sorprendían de nuestro lugar de nacimiento y nos preguntaban que si éramos *moros*: ¡no entendían nada!

Pero conforme fue pasando el tiempo, nos fuimos dando cuenta de que en nosotros había una herida sin cicatrizar: es la herida de los hijos del Pro-

tectorado. Casi todo el mundo tiene un pueblo al que regresar, aunque sea unos días por vacaciones o para ver a algún familiar. Nosotros, bien que nos pese, no tenemos pueblo. Está perdido en el tiempo, y si alguna vez volvemos a él, aparte de casi ni reconocerlo, nunca encontraremos a quienes fueron nuestros amigos, a sus hijos o a sus familiares. Esa es la otra cara del colonialismo, la que no se estudia ni se cura. No se estudia porque tal vez no interese, ni sana porque no tiene remedio. Nosotros fuimos también víctimas del colonialismo, no en la misma medida que los pueblos colonizados, pero víctimas al fin y al cabo. Y además, hijos del olvido.

Fue aproximadamente hacia mediados de 1990 cuando, según pude apreciar y luego he podido constatar hasta la actualidad, se ha producido en muchos de nosotros una especie de reacción colectiva, pero coincidente en el tiempo. Una reacción por querernos reencontrar los que a lo mejor nos marchamos sin tan siquiera despedirnos. Un ansia por contactar entre nosotros, y a veces desde los lugares más distantes e inimaginables del mundo. Sin duda internet nos ha facilitado desde entonces las cosas. Somos todavía miles los que nos deleitamos reuniéndonos, hablando de aquellas ciudades y campos del norte de Marruecos que un día fueron administrados por España, de aquella tierra de la que somos hijos y, aunque no volvamos o en la mayoría de los casos lo hagamos esporádicamente, está en lo más hondo de nuestro ser.

En el porqué de esta reacción colectiva y espontánea, estimo que el transcurso del tiempo ha tenido mucho que ver. La edad nos hace volver la vista atrás y en nuestro caso, tal vez de una manera especial, para hallar las auténticas señas de identidad, aquellas que nos diferencian del resto de la mayoría de los españoles. Somos un colectivo en la diáspora que nos sentimos a gusto cuando estamos entre nosotros, porque resulta casi imposible hacer partícipes a los "demás" de un mundo del que apenas si tienen idea y que, en cualquier caso, ya no existe.

Si llevo a mi mujer o a mis hijos a Larache, ¿qué les voy a enseñar? Si me da casi miedo a mí regresar, ¡qué no sentirán ellos! Quieren conocer Fez, Mequinez, Marrakech… pero a mí me interesa sobre todo mi pueblo. Solo he regresado a él una sola vez en 1996 y, aunque encontré todo muy cambiado, aún pude ver lo que desde entonces, la piqueta se está encargando de que desaparezca casi en su totalidad. En el caso de Larache, la medina, aunque mal conservada, no está siendo demolida. Pero sí la ciudad extramuros construida bajo el Protectorado, en la que se hallaban hermosos edificios; como si con ello quisiera borrarse toda huella española. Las edificaciones van cayendo una tras otra o, sobre las que existían de una o

dos alturas, alzan cinco o más plantas, hasta convertirlas en irreconocibles, transformando las calles en agobiantes, porque por su misma anchura no fueron concebidas para albergar inmuebles tan elevados.

El alma dividida de nosotros, los hijos del olvido, los españoles que fuimos marchándonos de Marruecos recibiendo como ayuda por parte de España misérrimas cantidades económicas; a los que en algunos casos les fueron expropiadas en virtud de las leyes de marroquinización extensas propiedades agrarias por las que, ya en democracia, el Estado español fijó como compensación cantidades tan ridículas que alguno de los afectados, por dignidad, se negaron a cobrar, somos además y para colmo una especie de seres extraños para la juventud marroquí que ha inmigrado en los últimos años a España.

Mi profesión me permite el trato con ellos, y ya sea porque nadie en su país se ha encargado de explicarles o hacer referencia en el estudio de su Historia a la época del Protectorado, ya por otro motivo que no acierto a entender, desconocen absolutamente la presencia hispano-francesa en su país. Se quedan con frecuencia atónitos cuando les digo que nací y crecí en Marruecos, y me cuesta hacerles comprender que no sea musulmán ni tenga la nacionalidad marroquí y que, aparte de palabras y frases, no sepa hablar árabe. Es algo que ha dejado de sorprenderme, tanto como el hecho de que prácticamente ninguno de los que procede de la zona que fue administrada por España tenga la más mínima idea de la lengua castellana. ¡Por supuesto que se defienden en francés! La acción de la piqueta sobre lo construido en época española y el desconocimiento de nuestro idioma dicen bastante del legado cultural que España dejó en Marruecos y, desde luego, sobre su mismo futuro.

Y conforme fuimos volviendo casi al unísono y de manera sorprendente la vista atrás, conforme fuimos reencontrándonos, alguno de nosotros sintió la necesidad de escribir. Ya se había escrito sobre Marruecos, eso es indudable. Pero ahora íbamos a hacerlo los hijos del olvido. Por supuesto que muchos otros escritores, sin casi vinculación con Marruecos, también lo harían y lo hacen, pero ahí estábamos nosotros, tratando de reflejar de una manera u otra nuestro pasado, nuestra misma existencia; liberándonos al volvernos a encontrar con nuestras raíces y disfrutando al hacer partícipes a cuantos quisieran leernos de nuestra singularidad y señas de identidad.

Tras leer mi tesis doctoral, y aunque había sido publicada por la Universidad Complutense en 1992, en el año 1998 lo fue por una editorial malagueña con su mismo título: *El-Raisuni, aliado y enemigo de España*. Se trata en realidad de una biografía ampliamente documentada que, para

muchos críticos, constituye el estudio más completo que hasta ahora se ha hecho sobre la figura de un personaje clave en la Historia de los últimos años del Marruecos independiente y en los primeros de la presencia española, hasta su fallecimiento en 1925.

Fue la redacción de la citada obra la que me sirvió tal vez de ensayo para ir modelando mi estilo a la hora de escribir. En cierta medida, fue además la responsable para reafirmarme en mis preferencias en cuanto al trasfondo de mis novelas. Solo en parte, porque, eligiendo la temática, estas ya se habían decantado de manera irremisible.

Creo que fue la herida sin cicatrizar de los hijos del Protectorado, que ya sentía abierta en aquel entonces, la que fue guiando mis pasos investigadores y literarios. Quiero dejar constancia que esta herida, y lo que de ella estimo que brota, no alberga en absoluto resentimiento, rencor u odio alguno, porque si a alguien hubiese que echarle la culpa, ¿a quién debería ser? ¿A Gran Bretaña que no quería la presencia francesa frente a su enclave de Gibraltar, posibilitando con ello el que las aspiraciones españolas sobre el norte marroquí fuesen tenidas en cuenta? ¿A mi abuelo germano que decidió aceptar la oferta laboral y establecerse en Marruecos? ¿O tal vez al vicecónsul de Gran Bretaña en Larache que posibilitó el que mi abuela y mi madre saliesen de Madrid en plena Guerra Civil y acabasen su periplo en Marruecos? Quizás al único que pudiera echarle la culpa de la herida —de nuestra herida— sea al colonialismo. ¿Y dónde lo encuentro?

Porque además si nosotros tenemos nuestra herida, como anteriormente manifesté, no debe en absoluto olvidarse que los pueblos colonizados no nos llamaron. Y que en el caso marroquí, Europa se metió donde sus habitantes no querían dejar de ser independientes ni deseaban se *protegidos* por Protectorado alguno.

Las fuentes de las que se nutre la imaginación de alguien que escribe (me resulta inmodesto autocalificarme como escritor) pueden ser casi infinitas. En más de una ocasión quienes me rodean me sugieren lo apasionante que podría resultar el que novelase tal o cual suceso, a veces muy cercano a mi entorno. Pero obstinadamente, sin descartarlo tal vez para el futuro, mi fuente de inspiración se halla en Marruecos, y concretamente en la directriz marcada por el Protectorado. Ocurrió cuando escribí *Los pájaros de cielo (relato de un reencuentro con Marruecos)* en el que, desde la primera página a la última, sentí como la mente se adelantaba a lo que iba narrando de manera sorprendente, disfrutando a mis anchas con la escritura. Me movía por calles y lugares con una agilidad (no digo calidad) que me resultaba en extremo placentera. Y reviví lo que me contaron mis mayores y expresé

mis cuitas. Hoy en día pienso que la trama de la novela hubiese dado para bastante más: pero cuando la escribí, ni tan siquiera me planteé la posibilidad de su publicación. Yo, para esas cuestiones, siempre he sido bastante caótico; o, si se prefiere, no he tenido demasiadas pretensiones.

Y junto a ello, algo que desde que escribí la obra sobre el-Raisuni se convirtió para mí en cuestión fundamental. Ya en la biografía del *Cherif* me puse como meta el ser lo más detallista posible, no obviando a ninguno de los personajes secundarios que salían de las sombras del tiempo. Posteriormente, he seguido con la misma actitud: que vean la luz personajes singulares por modestos o importantes que fueren, a quienes en muchos casos traté.

Porque en la sociedad en la que viví, única en su momento, podías encontrarte por la calle y saludar a un viejo oficial del Imperio otomano, a un alto cargo de la corte imperial de Rusia antaño a las órdenes de la zarina y luego admitido en el ejército español, si bien ya jubilado; a la reina madre de derecho de Francia (la duquesa de Guisa), a la nieta del mariscal Bazaine, a un hipotético espía de la Alemania nazi y a toda una serie de personas sin duda con menos importancia y blasones, a veces muy modestos, pero a los que también conocí. Y mi máxima ha sido siempre el hacerlos reaparecer y, con ello, sacarlos del olvido.

En este sentido, y respecto a diferentes personajes que vivieron en Larache, pueden leerse mis artículos en el boletín de la asociación *La Medina*, anteriormente citado. Así, con el título "La Duquesa de Guisa y Larache", dejo constancia de la presencia durante gran parte de su vida de esta señora en la ciudad, en los números correspondientes a los meses de mayo y agosto del año 2002, artículo que por su interés se estimó conveniente que fuese publicado en internet. Y en el mes de agosto de 2006 apareció el titulado: "Larache: en recuerdo de don Aurelio", dedicado a un entrañable profesor de música que pasó gran parte de su vida en Larache.

Ya con *Los pájaros del cielo (relato de un reencuentro con Marruecos)* escrito y arrinconado en algún lugar de mi cuarto de trabajo, pues no sabía qué hacer con el manuscrito, me hallaba inmerso en la trama de otra novela, preguntándome a veces para qué escribía. Aunque resulte extraño, sigo redactando a mano —incluso estas líneas que ahora escribo, originariamente así lo están—. Por tanto no es metafórico si os digo que el bolígrafo seguía deslizándose de manera ágil y llenando folios y folios con una nueva historia. ¿Dónde estaba ambientada? Se puede adivinar fácilmente: de nuevo en el Protectorado español en Marruecos y en esta ocasión, más que en la anterior, casi exclusivamente en la ciudad de Larache. Su título es *El árbol del acantilado (donde sefardíes y españoles se encontraron)*. Con ella que-

dé entre los finalistas del X Premio de Novela Fernando Lara 2005, siendo publicada en el año 2006 por la Consejería de Cultura de Ciudad Autónoma de Ceuta conjuntamente con la editorial malagueña que había editado mi novela anterior.

El subtítulo de la novela es suficientemente elocuente. España ya se había encontrado con los judíos sefardíes en la Guerra de África de 1859-1860. Y causó un fuerte impacto emocional el conocer a quienes se declaraban descendientes de españoles y, sobre todo, con quienes habían conservado el castellano de los siglos XV y XVI como idioma familiar que, aunque preñado de términos portugueses y árabes, era inteligible por los españoles. Y por los que sin rodeo alguno mostraban sus simpatías por España y se declaraban hijos de Sefarad.

Cuando el ejército español hizo acto de presencia en Marruecos en 1911 mediante el desembarco de Larache, y al año siguiente a España le fue reconocido el Protectorado sobre parte de la zona norte del país, el nuevo encuentro con los sefardíes fue más intenso y duradero.

Esencialmente la novela es una historia de amor: el que nació entre una hebrea y un cristiano y que, venciendo todo tipo de obstáculos —en los que el religioso ocupa un papel esencial—, pudo convertirse en realidad. Los protagonistas de la novela son auténticos: eran los abuelos de uno de mis mejores amigos de infancia; como verdadera fue su historia de amor.

La rica y variopinta sociedad del Protectorado discurre como telón de fondo de la trama, en la que, una vez más, he querido rescatar del olvido a quienes tuve ocasión de conocer. En este caso, ocupa un lugar preferente la fascinante figura de la hebrea que fue el gran amor de Manuel Fernández Silvestre, a quien conocí ya siendo anciana y yo muy niño. Haciéndola aparecer he querido a mi manera rendirle un tributo. Todavía recuerdo sus ojos color verde esmeralda. Aquella Sol se convertiría en casi el único *sol* en los últimos años de vida del militar español.

Estos sefardíes que convivieron con los españoles durante los cuarenta y cuatro años que duró el Protectorado, en los cuales fue posible hasta cierto punto restañar heridas del pasado, forman también en cierta medida parte de los hijos del olvido. En la zona administrada por España en Marruecos, la población judía es en la actualidad casi inexistente. En 1956, tras la independencia, poco a poco fueron también marchándose. Algunos se establecieron en la patria que los expulsó en 1492; otros, en los más dispares rincones del mundo. Pero la convivencia de aquellos años, el haber conservado el antiguo castellano (llamado *haquetía*) como medio de comunicación familiar y el que aprendiesen y sepan hablar el español actual, ha hecho posible

que parte de ellos, vivan donde vivan, hayan experimentado también esa reacción colectiva, espontánea y coincidente en el tiempo; ese volver la vista atrás para comprender mejor quiénes somos y de dónde procedemos. Sobre todo quienes tras la expulsión de España residieron en Marruecos durante siglos, generación tras generación.

Cuando hablo con amigos paisanos que también escriben novelas o poesía cuya inspiración está en Marruecos, he podido apreciar en alguno de ellos una evolución. Tras recrearse en sus primeras obras en su época de niñez, la que todavía era fruto del Protectorado, han pasado a abordar una temática en la que de manera airosa consiguen imbricar sus tramas en el Marruecos actual. He de decir que yo no he evolucionado en este aspecto: tal vez en el estilo, pero no en la fuente de inspiración. Es muy posible que se deba a mi carencia del conocimiento de la realidad marroquí del presente, por cuanto me marché de allí en 1974 y solamente regresé en 1996. Pero es que me resulta imposible el inspirarme, no ya solo en lo que me cuentan que pasa en mi pueblo y no me gusta, sino en cientos de fotografías y reportajes a los que tengo acceso. ¿Cómo voy a escribir sobre lo que ya me resulta absolutamente extraño y además no es de mi agrado? En lo único que sin duda podría inspirarme sería en el paisaje y en los fenómenos de la naturaleza: en las playas donde me bañé; en el ruido sordo del oleaje estrellándose contra el fondo del acantilado; en el rugir del viento en los días de temporal; en las puestas de sol que podían —y podrán— verse desde los jardines de *El Balcón del Atlántico*; en los bosques de pinos, acacias y alcornoques que rodeaban a Larache por el sur y que están siendo esquilmados de manera atroz. Aparte de ello, casi nada queda del mundo que conocí.

Es, en este primer centenario de la presencia de España en Marruecos, cuando, si como historiador y como hijo del olvido, tantas veces me he preguntado para qué fuimos allí, ahora lo haga con mayor intensidad. ¿Qué necesidad tenía España de embarcarse en la aventura marroquí? El resarcirnos por la pérdida de Cuba y Filipinas desde distintos puntos de vista, sin duda jugó un papel importante. Eso junto a una creencia latente en el subconsciente español de que, llegado el momento, éramos quienes más derechos teníamos. Consolidar el Protectorado le costó a España sangre, sudor, lágrimas y un gran desembolso económico; y, ya consolidado, hubo que invertir más allí de lo que la metrópoli obtuvo de la pequeña zona que nos asignaron. Sin duda un colonialismo muy peculiar sobre todo cuando en esencia, y aunque sea bajo la forma de Protectorado, el hecho colonial tiene como uno de sus primordiales objetivos la obtención de rápidos y sólidos beneficios económicos.

Haciendo una valoración que solo permite la perspectiva del tiempo —si desde el punto de vista urbanístico las demoliciones parecen empecinadas en borrar de las ciudades el legado español (a veces derribando construcciones de gran valor arquitectónico, cuando no protegidas, como lo fue el Teatro España de Larache); y, a pesar de los colegios, centros de enseñanza existentes y los Institutos Cervantes que pueda haber en la zona que fue administrada por España, el idioma español prácticamente se ha perdido entre la juventud marroquí, salvo los que cursan estudios en centros hispanos— de manera más categórica me vuelvo a preguntar para qué sirvió nuestra presencia donde no la querían. Quizás para que un hijo del olvido, como yo, esté escribiendo estas líneas: ¡triste consuelo!

Ya he mencionado que mi fuente de inspiración, a la hora de escribir, sigue siendo el Protectorado. He comentado cómo, frente a la evolución cronológica experimentada por algunos paisanos escritores dentro de la temática marroquí, yo no he podido o no he querido hacerlo. Y junto a ello, sin embargo, sigo "prisionero" de Marruecos como fuente de inspiración; pero de un país y una sociedad que en nada se asemejan a las actuales, de algo que ya no existe. En ese mundo me siento a gusto.

También, como he dicho, a veces personas muy próximas me incitan a escribir algo en absoluto relacionado con Marruecos en ninguna de sus épocas. He confesado anteriormente no haberlo descartado del todo. Sin duda hay temas apasionantes, incluso alguno está anidado en un rincón de mi mente. Pero si bien confieso que no lo desestimo tajantemente, debo sincerarme del todo. Y decir que a veces lo he intentado… Y no es que no sepa hacerlo, pero hasta el momento la falta de motivación me lleva al aburrimiento y él a dejar de lado lo apenas esbozado. Más de una vez nos han dicho que, para dejar de leer un libro y decidir que no nos gusta, debemos al menos haber leído unas cincuenta páginas. Traslado el símil a quien se propone escribir: si pasados unos cuantos folios el bolígrafo no corre como debiera. Si no consigo meterme en el personaje del que quiero contar algo y frente a él se cruzan de forma continua y a manera de obstáculo lugares por los que soy capaz de pasear y describir con relativa exactitud, y personas que me resultan más atractivas que las que me empeño en rescatar para insertarlas en la nueva trama. Si además estos *obstáculos* consiguen desviar mi atención hacia ellos, reclamando su sitio. Y, para culminar, compruebo cómo aquel peso que se abatía sobre mi mano desaparece y esa especie de callejón sin salida tiene al final una puerta enorme que proyecta una luz resplandeciente; y, al poco de garabatear una frase, mi mente bulle, y, adelantándose a la escritura, el camino queda trazado, abandono el intento, lo

dejo para otra ocasión —muy futura— y me sumerjo en un mundo en el que consigo nadar como pez en el agua y además me produce auténtica satisfacción.

Y aunque pueda parecer estrambótica y disparatada la comparación, los jardines del soberbio *Campo del Moro* madrileño, pierden por ahora la partida frente a los infinitamente más humildes de mi pueblo. Y el color del cielo y la luz de Madrid que tan magistralmente plasmó Velázquez deben cederle por el momento el puesto al cielo aún más estrellado por las noches de mi tierra. Y la puesta de sol en la *Casa de Campo* sale derrotada ante su homónima en *El Balcón del Atlántico*. Los bosques de alcornoques y pinos ganan a los de El Pardo y las huertas regadas por el río Lukus salen airosas frente a las dehesas y encinares. Y el océano antes citado, cuyo rumor de olas acunó mis sueños, vence a la grandiosidad de las sierras del Sistema Central.

Así otra vez Madrid, la ciudad que me acogió cuando me marché de Marruecos, debe contentarse con seguir ocupando un segundo plano en mis sentimientos y como fuente de inspiración a la hora de escribir. Debe de nuevo aceptar que no ha podido vencer a un mundo ya desaparecido y a una ciudad infinitamente más modesta que ella, debiendo conformarse con seguir anidada en algún lugar de mi mente.

Puede considerarse evidentemente que esta "prisión" marroquí debe tener unos límites. Y sin duda los tiene, incluso por cuestión de *higiene mental*. Pero me gustaría haceros partícipes de la cantidad de historias noveladas que, salidas de lo que hasta ahora ha sido mi fuente de inspiración, podrían cobrar forma: sin duda resultaría sorprendente.

Pero teniendo en cuenta que como autor no soy nada prolífico; pues la escritura para mí es un pasatiempo al que, por cuestiones laborales, cada vez puedo dedicar menos atención, y que la *gestación y partos literarios* en mí son muy largos, no creo que por ahora exista peligro alguno de que se agote la temática en la que me encuentro cómodo escribiendo. En cualquier caso, no es algo que me preocupe: el propio devenir será el encargado de ir marcando los derroteros. Cuando vea que lo que escribo aburre porque carece de interés, cuando considere que la temática marroquí no da para más, o sencillamente deje de inspirarme o quede saciado de ella, puede que dé paso a escenarios distintos.

Actualmente tengo escrita casi la mitad de una nueva novela que también transcurre en el Protectorado, basada en personajes y hechos reales, que no sé si algún día verá luz. Su trama me parece interesante (aquí soy totalmente subjetivo), y disfruto y me recreo al recorrer mentalmente luga-

res por los que anduve, al hacer hablar a quienes ya se marcharon, tras haber vivido muchos de ellos en el Protectorado de España en Marruecos, sin duda los mejores años de sus vidas.

Hace unos años, un compañero de trabajo me preguntaba sobre no sé qué cuestión relacionada con el mismo: a qué hora era el claustro de profesores aquella tarde o algo por el estilo. No había terminado de hacerme la pregunta, cuando de improviso añadió: "¿Para qué te preguntaré? ¡Si tú andas en tu mundo recorriendo las calles de tu pueblo!". Inicialmente no comprendí su reflexión, hasta me molestó. Pero pasado un tiempo comprendí que no se equivocaba y me sorprendió lo bien que me había captado. En aquel entonces estaba escribiendo *El árbol del acantilado* y, en el momento en que me hacían esa pregunta, intentaba recordar la sala de estar de aquella bellísima larachense sefardí que bien pudo haberse convertido en la segunda esposa de Manuel Fernández Silvestre.

Y es que como en tantas ocasiones, sobre todo al escribir, brota de manera irremediable en mí la infancia, que dicen que es la patria que todos tenemos; la infancia y la adolescencia de quien se considera hijo del colonialismo. Con sinceridad y orgullo, os hago partícipes de lo que es y ha sido mi fuente de inspiración, precisamente cuando se cumple un siglo del inicio del Protectorado de España sobre parte de la zona norte de Marruecos, lo que ha motivado que un hijo del olvido, cien años después, haga estas reflexiones.

Créditos fotográficos

Cubierta: © Sucesión Mariano Bertuchi, 2013**.** Pág. 9: © Sucesión Mariano Bertuchi, 2013**.** Pág. 81 © MNAC-Museu Nacional d´Art de Catalunya, Barcelona. Fotógrafos: Calveras/Mérida/Sagristá. Pág. 84: © Museo de Bellas Artes de Bilbao. Pág. 88: © Sucesión Mariano Bertuchi, 2013**.** Pág. 90: © Museo Ulpiano Checa, Colmenar de Oreja (Madrid). Pág. 92: © Sucesión Mariano Bertuchi, 2013. Pág. 93: © Museo Ulpiano Checa, Colmenar de Oreja (Madrid). Págs. 94, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103 y 104: © Sucesión Mariano Bertuchi, 2013. Págs. 169 y 325: © Familia Francisco García Cortés. Pág. 326: © Colección Pando. Pág. 327: © Familia Francisco García Cortés. Págs. 328 y 330: © Archivo Martínez-Simancas. Pág. 331: © Familia Francisco García Cortés. Págs. 332, 333, 334 y 335: © Archivo Martínez-Simancas. Págs. 336, 338 y 339: © Familia Francisco García Cortés. Pág. 340: © Colección Pando. Pág. 342: © Legado Pando-Protectorado, integrado en la Colección Pando. Págs. 344 y 345: © Colección Pando. Págs. 346 y 348: © Legado Protectorado, integrado en la Colección Pando.

Cumplido apenas el primer centenario de la instauración formal del Protectorado en 1912, la obra *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida* nos invita a revisar, en el devenir del tiempo, la relevancia de este singular contexto histórico y las trascendentes relaciones que generó entre Marruecos y España; al tiempo que nos permite rastrear las huellas que todavía perviven de aquella soberanía compartida.

El volumen II está dedicado a examinar este periodo desde los puntos de vista cultural e historiográfico y literario, y lo integra un conjunto de ensayos elaborados por autores marroquíes y españoles tan acreditados como Eduardo Torres-Dulce Lifante, Bouabid Bouzaid, Enrique Arias Anglés, Josep Lluís Mateo Dieste, Federico Castro Morales, Mustapha Adila, Paloma Rupérez Rubio, José Carlos Mainer Baqué, José Sarria, Vicente Moga Romero, Mohamed Abrighach, Mohamed Bouissef Rekab, León Cohen Mesonero, Abdelkader Chaui, Severiano Gil Ruiz, Said Jedidi, Mohamed Lahchiri, Rafael Martínez-Simancas Sánchez y Carlos Tessainer y Tomasich.

IBERDROLA

La edición en papel se complementa con una página web
www.lahistoriatrascendida.es
donde se incluyen contenidos complementarios con información sobre este periodo de la común historia de Marruecos y España.